



# La belleza es una herida

Eka Kurniawan

Lumen



# La belleza es una herida

Eka Kurniawan

Lumen

# La belleza es una herida

Eka Kurniawan

Traducción de  
Carlos Mayor

Lumen

---

*narrativa*

SÍGUENOS EN  
megustaleer



@Ebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin  
Random House  
Grupo Editorial |



Limpias, pues, sus armas, hecho del morrión celada, puesto nombre a su rocín y confirmándose a sí mismo, se dio a entender que no le faltaba otra cosa sino buscar una dama de quien enamorarse; porque el caballero andante sin amores era árbol sin hojas y sin fruto y cuerpo sin alma.

MIGUEL DE CERVANTES,  
*Don Quijote*

## Preludio

Según una vieja canción, antaño cualquier cosa que se plantase en una isla indonesia se convertía en un árbol repleto de flores y frutos.

Creíamos que el país era nuestro, pero un mal día llegaron los holandeses y vivieron aquí durante mucho tiempo, con sus soldados, su dinero y, sobre todo, su avaricia. Hasta nos pusieron un nombre (las Indias Orientales Neerlandesas) y nos obligaron a plantar productos que solo querían para sí mismos, desde nuez moscada hasta cacao. Aquello lo encendió todo, incluida nuestra lucha por la independencia.

Con la ayuda de los japoneses, finalmente logramos deshacernos de los holandeses, pero nuestra vida no mejoró. Los japoneses enviaron a nuestros hombres a la guerra y a campos de trabajo, y vimos cómo mandaban a nuestras mujeres a trabajar en los burdeles.

Dewi Ayu, la protagonista de *La belleza es una herida*, fue testigo de todo: allí estaba, joven y hermosa, cuando los holandeses y los japoneses creían que nuestra tierra era suya, cuando estas islas lograron por fin la libertad en 1945, después de la Segunda Guerra Mundial (a saber por qué la llaman segunda si no tuvimos una primera), y cuando dimos el nombre de Indonesia a nuestro país y a nuestro mar, solo para demostrar que la avaricia ya era también nuestra.

Después de la guerra revolucionaria empezamos a luchar entre nosotros. Los comunistas, los nacionalistas, los islamistas e incluso los rufianes

trataron de ocuparlo todo en beneficio propio, en nombre de la nación. Y entonces, en 1996, llegó al poder un general fuerte que acabó con las vidas de todos estos guerrilleros en lucha permanente.

Dewi Ayu y sus hijas volvieron a ver la brutalidad de la que era capaz el hombre, vieron las calles de su pueblo convertidas en ríos de sangre y los ríos en fosas comunes.

Esta es la historia de nuestro país. Una historia de fantasmas... Pasen y disfruten.



Una tarde, un fin de semana de marzo, Dewi Ayu se levantó de su tumba tras haber pasado veintiún años muerta. Un pastor que estaba echando la siesta a la sombra de un franchipán se despertó, se meó en los pantalones cortos y chilló, y sus cuatro ovejas salieron corriendo cada una por su lado, entre las lápidas de piedra y de madera, como si alguien hubiera soltado un tigre. El alboroto empezó con un ruido procedente de una tumba vieja, cubierta de hierba hasta la altura de la rodilla, cuya lápida no tenía inscripción, aunque todo el mundo sabía que era la de Dewi Ayu. Había fallecido a los cincuenta y dos años, resucitó tras haber estado muerta durante veintiuno y, a partir de aquel momento, ya nadie supo cómo calcular su edad.

Los habitantes del barrio que rodeaba el cementerio acudieron a la tumba cuando el pastor advirtió de lo ocurrido. Recogiéndose los bajos del sarong, cargando niños, agarrando escobas y manchados del barro de los campos, se congregaron detrás de los cerezos y de las jatrofas, y en las cercanas plantaciones de plátanos. Nadie se atrevió a aproximarse demasiado; se quedaron escuchando el estrépito que salía de aquella sepultura antigua como si se hubieran reunido en torno al vendedor ambulante de medicinas, que voceaba su mercancía en el mercado todos los lunes por la mañana. Los presentes disfrutaron a sus anchas del desconcertante espectáculo, sin pensar en que un horror de tal calibre los habría espeluznado si hubieran estado solos. Esperaban, incluso, una especie de milagro y no unos simples ruidos

procedentes de una tumba vieja, puesto que la mujer que yacía en esa tierra había sido prostituta de los japoneses durante la guerra y el kiai, su líder religioso, siempre decía que la gente manchada por el pecado recibiría con seguridad su castigo en la tumba. El sonido debía de proceder del látigo de un ángel torturador, pero los lugareños pedían más, esperaban algún otro prodigio, por pequeño que fuera.

Cuando se produjo, fue de la forma más extravagante. La tumba tembló y se resquebrajó, y la tierra reventó como si la hubieran hecho estallar por debajo, lo cual provocó un pequeño terremoto y un vendaval que hizo volar la hierba y las lápidas; y, por detrás de la tierra que empezó a llover cubriéndolo todo como una cortina, apareció la figura de una anciana agarrotada y con cara de pocos amigos, envuelta todavía en una mortaja, como si acabaran de enterrarla la noche anterior. Cundió la histeria y la gente salió corriendo de forma aún más caótica que las ovejas, con gritos que retumbaban contra las paredes de las lejanas colinas. Una mujer lanzó entre los arbustos a su hijo recién nacido, y el padre lo tapó con un tallo de plátano para que no chillara. Dos hombres se arrojaron a una zanja, otros se desplomaron inconscientes a los lados del camino, y otros más salieron disparados y recorrieron quince kilómetros seguidos sin detenerse.

Ante todo aquello, Dewi Ayu se limitó a toser un poco y a carraspear, fascinada al encontrarse en mitad de un cementerio. Ya había deshecho los dos nudos superiores de la mortaja y se puso a aflojar los dos inferiores para liberar los pies y poder andar. Le había crecido el pelo no se sabe cómo, de modo que, cuando con una sacudida se lo soltó de la pañoleta de percal, se agitó con la brisa de la tarde, rozó el suelo y resplandeció cual liquen negro en el lecho de un río. Tenía la piel arrugada, pero la cara blanca y reluciente, y los ojos cobraron vida dentro de las órbitas para observar a los curiosos, que abandonaban sus escondrijos detrás de los arbustos: la mitad de ellos

salía huyendo y la otra mitad se desmayaba. Se quejó, a nadie en particular, de que la gente era muy mala por haberla enterrado viva.

Lo primero en lo que pensó fue su hija recién nacida, que por supuesto ya no era una recién nacida. Veintiún años antes, Dewi Ayu había muerto doce días después de dar a luz a una niña horrenda, tan horrenda que la comadrona que ayudó en el parto no estaba segura de si realmente era una criatura y pensó que quizá fuera un montón de mierda, dado que los agujeros por los que salen los niños y la mierda están a solo dos centímetros de distancia. Pero entonces aquello se retorció y sonrió, y por fin la comadrona se convenció de que sí era un ser humano, y anunció a la madre, tendida en diagonal en su cama, debilitada y sin deseo aparente de ver a su retoño, que la criatura había nacido, estaba sana y parecía cariñosa.

—Es niña, ¿verdad? —preguntó Dewi Ayu.

—Sí —contestó la comadrona—, igual que las tres anteriores.

—Cuatro hijas y las cuatro hermosas —soltó Dewi Ayu con tono de absoluto fastidio—. Tendré que montar una casa de putas por mi cuenta. Dime, ¿cómo es esta de guapa?

La niña, bien envuelta en un pañal, empezó a revolverse y a llorar en brazos de la comadrona. Una mujer entraba y salía del cuarto para llevarse los trapos sucios, empapados de sangre, y deshacerse de la placenta, y por un momento la comadrona no contestó, porque se negaba a decir que un bebé que parecía un montón de mierda era hermoso. Para cambiar de tema, comentó:

—Ya eres vieja, no creo que puedas darle el pecho.

—Es verdad. Me desgastaron las tres niñas anteriores.

—Y cientos de hombres.

—Ciento setenta y dos. El mayor tenía noventa años; el más joven, doce, una semana después de su circuncisión. Me acuerdo bien de todos.

La niña volvió a llorar. La comadrona dijo que tenía que ir a buscarle leche materna. Si no había, le tocaría buscar leche de vaca, o de perra, o incluso de rata.

—Sí, anda —contestó Dewi Ayu.

—Pobre niñita, qué mala suerte —dijo la comadrona, mirándole la inquietante carita.

No se veía capaz de describirla, pero pensó que parecía un monstruo infernal afectado por una maldición. Tenía todo el cuerpo negro azabache, como si la hubieran quemado viva, y con una forma extraña e irreconocible. Por ejemplo, no estaba segura de si la nariz era eso, una nariz, porque en la vida había visto una que se pareciera más a un enchufe de pared. Y la boca le recordaba a la ranura de una hucha, y las orejas parecían las asas de una cacerola. Estaba convencida de que no había en la tierra una criatura más horrorosa que aquel espanto, y de haber estado en la piel de Dios, probablemente la habría matado de inmediato en lugar de dejarla vivir; el mundo iba a maltratarla sin piedad.

—Pobre bebé —insistió la comadrona, antes de salir en busca de alguien que la amamantara.

—Sí, pobre bebé —repitió Dewi Ayu, dando vueltas en la cama—. Hice todo lo que pude para matarte. Tendría que haberme tragado una granada de mano y haberla hecho estallar dentro de mi vientre. Ay, desdichada: igual que los malhechores, los desdichados son duros de pelar.

Al principio la comadrona trató de ocultar la cara de la niña a las vecinas que acudieron. Sin embargo, cuando dijo que iba a buscarle un ama de cría, se abrieron paso a codazos para verla: a quienes conocían a Dewi Ayu siempre les hacía gracia conocer a sus encantadoras hijitas. La comadrona fue incapaz de evitar la embestida de aquellas mujeres, decididas a apartar la tela que tapaba la cara del bebé, pero, una vez que la vieron y chillaron movidas

por el horror, la mujer se sonrió y les recordó que había hecho todo lo posible para no mostrarles aquel rostro infernal.

Después de aquel arrebato, cuando la comadrona ya se alejaba a toda prisa, las vecinas se quedaron quietas un momento, con cara de idiota, como si de golpe y porrazo les hubieran borrado la memoria.

—Habría que matarla —propuso una, la primera en liberarse de aquella amnesia repentina.

—Ya lo he intentado —dijo Dewi Ayu, haciendo su entrada entonces con un simple vestido de estar por casa y un paño anudado a la cintura. Tenía el pelo completamente despeinado, como quien se aleja tambaleándose de una pelea de gallos.

La miraron con lástima.

—Es guapa, ¿verdad? —preguntó.

—Eh... Sí.

—No hay peor maldición que traer a una niña guapa a este mundo de hombres repugnantes como perros en celo.

Nadie dijo esta boca es mía; se limitaron a seguir mirándola con compasión, conscientes de que mentían. Rosinah, la montañesa muda que llevaba años sirviendo a Dewi Ayu, condujo a su señora al cuarto de baño, donde había llenado la tina de agua caliente. Allí Dewi Ayu se remojó y se empapó de un aromático jabón sulfuroso mientras la muchacha le lavaba el pelo con aceite de aloe vera. La muda era la única que no parecía alterarse por nada, aunque sin duda ya sabía de la criatura espantosa, puesto que solo ella había acompañado a la comadrona mientras trabajaba. Restregó la espalda de su señora con piedra pómez, la envolvió en una toalla y, una vez que la hubo ayudado a salir, puso orden en el baño.

En un intento de alegrar el lúgubre estado de ánimo, alguien propuso a Dewi Ayu:

—Tienes que ponerle un buen nombre.

—Sí —contestó ella—. Se va a llamar Bella.

—¡Ah! —exclamaron las vecinas, y con bochorno trataron de disuadirla.

—¿Qué te parece «Lastimada»?

—¿Y «Herida»?

—Por el amor de Dios, no le pongas ese nombre.

—Está decidido: se llamará Bella.

Se quedaron contemplando impotentes a Dewi Ayu, que volvió a su cuarto para vestirse. Lo único que podían hacer era mirarse tristes unas a otras e imaginarse a una jovencita negra como el carbón y con un enchufe en plena cara que llevara el nombre de Bella. Era un escándalo vergonzoso.

Cierto es que Dewi Ayu había tratado de matar a la criatura al darse cuenta de que, por mucho que ya hubiera pasado del medio siglo, volvía a estar embarazada. Como en el caso de sus otras hijas, no sabía quién era el padre, pero aquella vez, a diferencia de las otras, no tenía ningunas ganas de que la criatura sobreviviera. Así pues, cogió cinco paracetamoles dobles que había conseguido de un médico de pueblo y se los tragó con medio litro de refresco, lo que casi bastó para matarla directamente a ella, pero no, como se vio más tarde, para acabar con la niña. Se le ocurrió otro sistema y llamó a una comadrona que accedió a matar a la criatura y a sacársela introduciéndole un palito de madera en el vientre. Sufrió una fuerte hemorragia durante dos días y dos noches, y expulsó el palito hecho astillas, pero su hija siguió creciendo. Probó seis formas más de deshacerse de ella, pero todo fue en vano y por fin tiró la toalla y se lamentó:

—Es muy peleona y está claro que en esta disputa va a derrotar a su madre.

Así pues, dejó que le creciera el vientre más y más, cumplió con el ritual del *selamatan* a los siete meses y permitió que la niña naciera, aunque se negó a mirarla. Ya había parido a tres hijas y las tres eran preciosas, casi

como trillizas nacidas una después de la otra. La aburrían las niñas así, que según ella eran como maniquíes de escaparate, así que no quiso ni mirar a la recién llegada, convencida de que no sería distinta de sus tres hermanas mayores. Se equivocaba, por supuesto, y aún no sabía lo repugnante que era en realidad su benjamina. Incluso cuando las vecinas susurraban a escondidas que la cría era como el resultado de cruzar sin ton ni son un mono con una rana y un varano, no se dio por aludida. Y cuando aseguraron que la noche anterior los perros salvajes habían aullado en la selva y los búhos se habían congregado, no le pareció ni por asomo que fueran malos augurios.

Después de vestirse volvió a echarse en la cama, consciente de repente de lo agotador que era todo, dar a luz a cuatro hijas y vivir más de medio siglo. Y luego comprendió apesadumbrada que, si la niña no quería morir, quizá la que debía marcharse era la madre, para no tener que verla convertida en una jovencita. Se levantó y llegó tambaleándose a la puerta, desde donde vio a las vecinas, que seguían congregadas chismorreando sobre la recién nacida. Rosinah volvió del cuarto de baño y se detuvo al lado de su señora con la sensación de que estaba a punto de darle una orden.

—Cómprame una mortaja —dijo Dewi Ayu—. Ya he dado cuatro hijas a este mundo infausto. Ha llegado el momento de que pase mi cortejo fúnebre.

Las mujeres chillaron y se la quedaron mirando boquiabiertas con cara de idiota. Dar a luz a una niña tan espantosa era una atrocidad, pero abandonarla sin más les parecía aún más atroz. Sin embargo, no se atrevieron a decirlo de buenas a primeras y sencillamente intentaron quitarle de la cabeza una muerte tan insensata, afirmando que había quien vivía más de cien años y que Dewi Ayu aún era muy joven para morir.

—Si llego a los cien años —contestó ella con calma comedida—, habré dado a luz a ocho hijas. Son demasiadas.

Rosinah salió y compró una tela de percal blanquísima que su señora se

puso de inmediato, aunque eso no bastó para que cayera fulminada. Así pues, mientras la comadrona recorría el barrio en busca de una mujer que estuviera dando el pecho —aunque fue en vano y acabó suministrando a la niña agua de lavar el arroz—, Dewi Ayu yacía tranquila en su cama, encima de la colcha, envuelta en una mortaja, esperando con una paciencia asombrosa a que acudiera el ángel de la muerte para llevársela.

Pasó el tiempo del agua de lavar el arroz y Rosinah empezó a dar a la niña leche de vaca —que se vendía con el nombre de Leche de Osa—, pero Dewi Ayu seguía en la cama, sin permitir que nadie le llevara a la niña llamada Bella. Sin embargo, la historia de la criatura espantosa y la madre envuelta en una mortaja se había difundido con rapidez, como una plaga, y había atraído a gente no solo de los barrios circundantes, sino también de los pueblos más lejanos del distrito, que quería ser testigo de lo que, según se decía, era el nacimiento de una profeta, con comparaciones entre los aullidos de los perros salvajes y la estrella vista por los magos de Oriente al nacer Jesús, y entre la madre envuelta en su mortaja y una María exhausta, una metáfora cuando menos rocambolesca.

Con el gesto de terror de una jovencita al acariciar a una cría de tigre en el zoo, los visitantes posaban con la niña espantosa para un fotógrafo ambulante. Antes habían hecho lo propio con Dewi Ayu, quien seguía tendida en aquella paz misteriosa que el clamor implacable no alteraba en absoluto. Apareció también una serie de personas con enfermedades graves e incurables que pretendían tocar a la niña, lo que Rosinah prohibió de inmediato por miedo a que tantos gérmenes la infectaran, y a cambio preparó baldes del agua donde la había bañado. Otros se presentaron con la esperanza de conseguir algo de suerte en la mesa de apuestas o una clave repentina para obtener beneficios en los negocios. Para todos ellos, la muda Rosinah, que enseguida había tomado las riendas como valedora de la criatura, preparó



cajas de donativos que pronto se llenaron de rupias. La muchacha, que con mucha sensatez preveía la posibilidad de que Dewi Ayu acabara muriendo de verdad, entró en acción con el objetivo de reunir algo de dinero con una oportunidad tan inusual, para no tener que preocuparse de la Leche de Osa o del futuro de las dos solas en aquella casa, pues no podía esperarse que las tres hermanas mayores de Bella se dejaran ver jamás por allí.

Sin embargo, el jaleo terminó rápidamente en cuanto se presentó la policía con un kiai al que todo aquello le pareció una herejía. Empezó a echar pestes, ordenó a Dewi Ayu que pusiera fin a aquella conducta vergonzosa e incluso le exigió que se quitara la mortaja.

—Le está pidiendo a una prostituta que se desnude —replicó ella, con desdén—. Más le vale tener dinero para pagarme.

El kiai enseguida se puso a rezar para pedir clemencia, desfiló y no volvió a aparecer por allí.

Una vez más, quedó solo la joven Rosinah, a la que nunca preocupaba la locura de su señora en ninguna de sus manifestaciones, y se vio más claro que nunca que era la única que de verdad comprendía a Dewi Ayu. Mucho antes de intentar matar a la criatura que llevaba en el vientre, Dewi Ayu ya había dicho que estaba harta de tener hijos, con lo que Rosinah se había enterado de que estaba embarazada. Si Dewi Ayu hubiera dicho eso a las vecinas, más aficionadas al chismorreo que un perro a los aullidos, se habrían sonreído con suficiencia y menosprecio y habrían contestado que no se diera tantas ínfulas, que si dejaba de ser puta ya no tendría que volver a preocuparse de si se quedaba preñada. Pero, entre ustedes y yo, eso se le podía decir a otra, pero no a Dewi Ayu, que jamás había considerado que sus tres y ahora cuatro hijas fueran una maldición por ser prostituta, y si las niñas no tenían padre, decía, se debía a que esa era la pura realidad, a que de verdad no lo tenían, no a que no supieran quién era, y desde luego no a que ella nunca se hubiera plantado

al lado de algún hombre ante un juez. Estaba convencida de que eran, por el contrario, hijas de demonios.

—Es que a Satán le gusta pasárselo bien tanto como a Dios o a los dioses —dijo—. Igual que María dio a luz al hijo de Dios, y las dos esposas de Pandú a sus hijos dioses, mi vientre es un lugar donde los demonios depositan su semilla, así que yo doy a luz a sus hijas. Estoy harta, Rosinah.

Como sucedía a menudo, Rosinah sonrió sin más. No podía hablar más que con un murmullo incoherente, pero sí sonreír, y le gustaba. Dewi Ayu le tenía mucho cariño, sobre todo por esa sonrisa. En una ocasión la había llamado «niña elefanta», porque, por mucho que se enfadaran, los elefantes siempre sonreían, como los que se veían en el circo que llegaba casi siempre a fin de año.

Con esa alegría siguió trabajando Rosinah, en absoluto molesta. Cuidaba a la niña, entraba en la cocina dos veces al día y hacía la colada todas las mañanas, mientras Dewi Ayu seguía en la cama casi sin moverse y parecía de verdad un cadáver a la espera de que acabaran de cavar su tumba. Por descontado, cuando tenía hambre se levantaba y comía, e iba al baño por la mañana y por la tarde, pero siempre regresaba y se envolvía en la mortaja para tumbarse con el cuerpo rígido y bien recto, las dos manos encima del vientre, los ojos cerrados y los labios curvados en una leve sonrisa. Algunos vecinos se acercaban a espiarla por la ventana, que estaba abierta. Una y otra vez, Rosinah trataba de ahuyentarlos, pero nunca lo conseguía, y la gente preguntaba por qué Dewi Ayu no se suicidaba para acabar antes. Ella reprimía su sarcasmo habitual y permanecía en silencio completamente inmóvil.

La muerte tan largamente esperada se produjo por fin la tarde del duodécimo día tras el nacimiento de la espantosa Bella, o al menos eso creyó todo el mundo. La señal de que se acercaba el momento llegó por la mañana,

cuando Dewi Ayu advirtió a Rosinah de que no quería su nombre escrito en la sepultura, sino un epitafio con una sola frase: «Parí cuatro hijas y luego morí». Rosinah oía perfectamente y sabía leer y escribir, así que anotó el mensaje en su integridad, pero el imán que ofició el entierro rechazó la orden de inmediato, por considerar que una petición tan disparatada hacía la situación aún más pecaminosa, y decidió por su cuenta y riesgo que no se inscribiría nada de nada en la lápida de aquella mujer.

Una de las vecinas que espiaban por la ventana encontró aquella tarde a Dewi Ayu sumida en ese sueño apacible que solo se ve en los últimos días de una persona. Pero había algo más: el olor a bórax en el aire. Rosinah había comprado en la panadería ese conservante de cadáveres, que a veces otros mezclaban con las albóndigas con fideos del *mie bakso*, y Dewi Ayu se lo había espolvoreado por encima. La criada había permitido a su señora, tan obsesionada con la muerte, hacer lo que quisiera, e incluso, si le hubiera ordenado que le cavara una fosa y la enterrara viva, habría obedecido y lo habría achacado todo a su peculiar sentido del humor, pero la fisgona ignorante no pensaba así. Se coló por la ventana, convencida de que Dewi Ayu había ido demasiado lejos.

—¡Escúchame bien, puta, que te has acostado con todos nuestros hombres! —dijo con resentimiento—. Si vas a morirte, muérete, pero no preserves tu cuerpo, porque ya nadie te envidiará cuando seas un cadáver podrido.

Le dio un empujón, pero solo consiguió volverla hacia el otro lado, sin despertarla.

Entonces entró Rosinah e hizo una señal para indicar que Dewi Ayu ya debía de estar muerta.

—¿Esta puta está muerta?

Rosinah asintió.

—¡¿Muerta?! —repitió la vecina lastimera. Y reveló su verdadero carácter

al echarse a llorar como si hubiera fallecido su propia madre y añadir entre sollozos guturales—: El ocho de enero del año pasado fue el día más hermoso para mi familia. Fue el día en que mi hombre se encontró un dinero debajo del puente, se fue a la casa de putas de Mamá Kalong y se acostó con esta misma prostituta que tengo muerta aquí delante. Luego volvió a casa y fue el único día en que se portó bien con la familia. Ni siquiera nos pegó, a ninguno.

Rosinah la miró con desprecio, como dando a entender que no se podía culpar al marido por querer pegar a una llorona de aquel calibre, y luego se deshizo de ella indicándole que fuera a anunciar la muerte de Dewi Ayu. No tuvo que salir a por una mortaja, porque ya había comprado una hacía doce días; no hubo necesidad de lavarla, porque ya se había bañado ella; incluso había amortajado su propio cuerpo.

—De haber podido —dijo Rosinah con gestos al imán de la mezquita más cercana—, también habría recitado las plegarias ella.

El imán miró a la muda con odio y contestó que él, personalmente, no se sentía inclinado a recitar las plegarias por aquel pedazo de carne, aquel cadáver de prostituta, ni tampoco a enterrarla.

—Como está muerta —aseguró Rosinah siempre con gestos—, ya no es prostituta.

El kiai Jahro, que así se llamaba el imán, acabó cediendo y ofició la ceremonia del entierro.

Hasta su muerte, que pocos creían que fuera a llegar tan pronto, siguió sin ver a la recién nacida. La gente decía que había tenido mucha suerte, porque cualquier madre se entristecería hasta lo inconcebible al ver que su hija había salido tan espantosa. Su final no sería sereno y sería imposible que descansara en paz. Rosinah era la única que no estaba tan segura de que Dewi Ayu se hubiera entristecido al ver a la criatura, puesto que sabía que lo que

más odiaba su señora en este mundo era una recién nacida guapa. No habría cabido en sí de alegría de haber sabido lo distinta que era la benjamina de sus hermanas mayores, pero no había llegado a descubrirlo. Como la muchacha obedecía siempre a su señora, durante los días previos a su muerte no la obligó a ver a su hija, a pesar de que, si hubiera sabido qué aspecto tenía, quizá Dewi Ayu habría pospuesto su fallecimiento al menos un par de años.

—Qué tontería, el momento de la muerte depende de Dios —replicó el kiai Jahro.

—Durante doce días se preparó para morir y luego se murió —dijeron los gestos de Rosinah, que había heredado la tozudez de su señora.

Según la voluntad de la muerta, Rosinah pasó a ser la tutora de la desdichada criatura. Y fue también la encargada de la inútil tarea de enviar telegramas a las tres hijas mayores de Dewi Ayu para anunciar la muerte de su madre y su entierro en el cementerio público de Budi Dharma. No se presentó ninguna de ellas, pero la ceremonia se celebró al día siguiente con un esplendor que no se veía en aquella ciudad desde hacía muchos años y que no se repetiría durante muchos años más. Y fue porque casi todos los hombres que se habían acostado con la prostituta a lo largo de su vida la despidieron con tiernos besos acariciando unos ramos de jazmines que luego lanzaban por todo el camino al pasar su féretro. Y sus mujeres y sus amantes también se apiñaron contra los traseros de sus parejas para verlo todo, celosas aún, puesto que estaban seguras de que aquellos hombres fogosos seguían dispuestos a pelearse entre sí por la oportunidad de acostarse con Dewi Ayu otra vez, sin importarles lo más mínimo que ya no fuera más que un cadáver.

Rosinah iba detrás del féretro, que portaban cuatro vecinos. La pequeña dormía a pierna suelta entre sus brazos, protegida por el borde del velo negro de la muchacha. Una mujer, la llorona, andaba a su lado con una cesta de pétalos de flor. Rosinah los agarraba y los lanzaba por los aires junto con

monedas por las que enseguida reñían los niños, que correteaban por debajo del féretro para recogerlas y se arriesgaban a caer de un empujón al canal de riego o a que los aplastara la multitud que coreaba las bendiciones del profeta.

Dewi Ayu fue enterrada en un rincón apartado del cementerio, rodeada de tumbas de otros desventurados, porque eso era lo que habían acordado el kiai Jahro y el sepulturero. Allí yacían un malvado ladrón de la época colonial, un asesino loco y unos cuantos comunistas, a los que se sumó una prostituta. Se creía que esas almas desdichadas se verían molestadas por continuos exámenes y juicios en la tumba, por lo que parecía buena idea alejarlas de la gente piadosa que quería descansar en paz, ser pasto de los gusanos y descomponerse tranquilamente, gozando con ninfas celestiales sin ningún estorbo.

En cuanto terminó la animada ceremonia, la gente no tardó en olvidar por completo a Dewi Ayu. Desde aquel día, nadie fue a visitar la tumba, ni siquiera Rosinah y Bella. Dejaron que las tormentas marinas castigaran sus ruinas, que la cubrieran montones de hojas de franchipán secas y que la invadieran los matojos. Claro que Rosinah tenía un buen motivo para no preocuparse por la sepultura de Dewi Ayu.

—Es porque solo cuidamos las tumbas de los muertos —informó a la espantosa criatura con el lenguaje de las manos, que por descontado la pequeña no comprendió.

Quizá era cierto que Rosinah podía ver el futuro, un modesto don heredado de sus sabios ancestros. Había llegado a aquella ciudad cinco años antes, cuando apenas tenía catorce, acompañada de su padre, un anciano que se había dedicado a la extracción de arena en las montañas y sufría un fuerte reumatismo. Se presentaron en el cuarto de Dewi Ayu en la casa de putas de

Mamá Kalong. Al principio, la prostituta no demostró el menor interés por aquella chiquilla, ni por su padre, un anciano con la nariz en forma de pico de loro, el pelo cano y ondulado, la piel arrugada y oscura como el cobre y, sobre todo, una forma de andar muy prudente, como si hasta el último de sus huesos fuera a desmoronarse si ella lo empujaba apenas un poquito. Dewi Ayu lo reconoció de inmediato.

—Eres insaciable, anciano —le dijo—. Hicimos el amor hace dos noches.

El hombre sonrió con timidez, como un chaval al ver a su enamorada, y asintió.

—Quiero morir en tus brazos —afirmó—. No puedo pagarte, pero te ofrezco a esta niña muda. Es mi hija.

Confundida, Dewi Ayu miró a la chiquilla. No muy apartada, Rosinah sonrió tranquila y con simpatía. Por aquel entonces estaba muy flaca. Iba descalza y llevaba un vestido bordado que le iba grande y el pelo ondulado recogido en la nuca con una simple goma. Tenía la piel fina, como la mayoría de las chicas de las montañas, y una cara sencilla y redonda, ojos inteligentes, la nariz chata y unos labios gruesos con los que podía ofrecer a todo el mundo aquella sonrisa encantadora. A Dewi Ayu no se le ocurría para qué podía servirle alguien así. Se volvió hacia el anciano.

—Yo ya tengo tres hijas, ¿qué iba a hacer con esta niña?

—Sabe leer y escribir, aunque no hable —dijo el padre.

—Todas mis hijas saben leer y escribir, y además hablan —replicó Dewi Ayu con una risa socarrona.

Sin embargo, el hombre estaba empeñado en acostarse con ella, morir en sus brazos y dejarle a la joven muda como pago. Dewi Ayu podía hacer lo que quisiera con ella.

—Puedes prostituirla y quedarte el dinero que gane mientras viva —

propuso—. O, si ningún hombre quiere acercarse a ella, puedes trocearla y vender la carne en el mercado.

—No estoy muy segura de que a nadie le apeteciera comerse su carne — dijo Dewi Ayu.

El anciano se negaba a tirar la toalla y al cabo de un rato empezó a parecerse a un crío con rabieta. No era que Dewi Ayu no quisiera ser buena y ofrecerle unas cuantas horas de felicidad en su colchón, sino que aquella transacción tan peculiar la había dejado realmente confundida, y una y otra vez miró al padre y a la hija muda, hasta que por fin esta pidió lápiz y papel y escribió: «Vamos, acuéstese con él. Puede morir en cualquier momento».

Así pues, se acostó con el anciano, pero no porque aceptara el trato, sino por la insistencia de la chica en que estaba a punto de fallecer. Forcejearon en la cama mientras la muda esperaba al otro lado de la puerta, sentada en una silla, aferrada a una bolsita que contenía su ropa y que hasta un momento antes había llevado su padre. Al final, Dewi Ayu no necesitó demasiado tiempo, y después reconocería que, en realidad, no había sentido gran cosa, solo unas cosquillitas en mitad de la entrepierna.

—Fue como si una libélula me arañara el ombligo —diría.

El anciano atacó con ganas, casi sin cháchara previa, como la carga de un batallón de soldados holandeses con órdenes de arrasar, y se movió con soltura olvidando su reumatismo. Esas prisas dieron su fruto enseguida cuando soltó un gruñido momentáneo y su cuerpo sufrió un espasmo; al principio, Dewi Ayu pensó que era el espasmo de un hombre al arrojar el contenido de los testículos, pero resultó ser algo más: el anciano también había arrojado el alma. Murió despatarrado en los brazos de la prostituta, con la lanza aún húmeda y desplegada.

Lo enterraron discretamente en el mismo rincón del cementerio donde más tarde acabaría también Dewi Ayu. Aunque nunca cuidó la tumba de su



señora, Rosinah siempre se acordó de visitar la de su padre al final del mes del ayuno para arrancar las malas hierbas y rezar sin mucho afán. Dewi Ayu se llevó a la muchacha a su casa, no como pago por aquel triste episodio, sino porque la mudita se había quedado sin padre ni madre ni ningún otro pariente y porque, se dijo, al menos podría hacerle compañía en casa, despiojarla todas las tardes y quedarse de guardia cuando ella se fuera a trabajar.

Rosinah no se encontró ni mucho menos con el hogar alegre que esperaba, sino una casa sin más que resultó tranquila y silenciosa. Había paredes de color crema con aspecto de no haber visto una capa de pintura en años, espejos polvorientos y cortinas mohosas. E incluso parecía que la cocina no se utilizaba nunca, más que para hacer café de vez en cuando. Las únicas habitaciones que estaban bien cuidadas eran el baño, con una gran bañera de estilo japonés, y el dormitorio de la señora. En sus primeros días en la casa, Rosinah demostró ser una jovencita que valía la pena conservar. Mientras Dewi Ayu se echaba la siesta después de comer, ella pintó las paredes, fregó los suelos, frotó los cristales de las ventanas con serrín que consiguió de un leñador, cambió las cortinas y empezó a organizar el jardín, que pronto se llenó con flores de todo tipo. Una tarde, Dewi Ayu se despertó y, por primera vez en mucho tiempo, le llegó un aroma a hierbas y especias procedente de la cocina; cenaron juntas antes de que la señora tuviera que salir. Rosinah no se dejaba amilanar en absoluto por aquella casa destartada que necesitaba tantos cuidados, pero la intrigaba el hecho de que vivieran allí las dos solas. Por aquel entonces, Dewi Ayu aún no había aprendido su particular lenguaje de signos, así que la muda recurrió de nuevo a la escritura.

—¿Había dicho que tenía tres hijas?

—Eso es —contestó Dewi Ayu—. Se largaron en cuanto aprendieron a desabrocharle la bragueta a un hombre.

Rosinah recordó de inmediato esa respuesta cuando, unos años después,

Dewi Ayu aseguró que no quería volver a quedarse embarazada —a pesar de que ya lo estaba— y que estaba harta de tener hijos. Solían charlar por las tardes, sentadas a la puerta de la cocina mientras veían picotear la tierra a las gallinas que Rosinah había empezado a criar y, cual Sherezade, Dewi Ayu le contaba muchas historias fantásticas, en particular sobre sus hermosas hijas. Así fue como surgió una amistad cargada de comprensión, hasta el punto de que, cuando la señora trató de matar a la hija que llevaba en su vientre de tantas formas distintas, la sirvienta no se lo impidió. Incluso cuando empezó a mostrar indicios de desesperación, Rosinah volvió a demostrar su inteligencia y le dijo con gestos:

—Rece para que la criatura sea fea.

—Hace años que no creo en la oración —contestó Dewi Ayu.

—Bueno, eso depende de a quién se rece —aseguró Rosinah, y sonrió—.

Es verdad que ciertos dioses han resultado bastante roñosos.

Tímidamente, Dewi Ayu empezó a rezar. Lo hacía siempre que se le pasaba por la cabeza; en el baño, en la cocina, en la calle o incluso si tenía a un hombre obeso nadando encima de su cuerpo y de repente se acordaba, al momento decía: «Sea quien sea el que escucha mi plegaria, dios o demonio, ángel o genio Iprit, que haga fea a mi hija». Incluso empezó a imaginarse todo tipo de fealdades. Pensaba en un diablo cornudo, con colmillos que sobresalían como los de un jabalí, y en lo mucho que le gustaría tener una hija así. Un día se fijó en un enchufe de la pared y se imaginó que era la nariz de la niña. También fantaseaba con la idea de que sus orejas fueran como las asas de una cacerola, y su boca como la ranura de una hucha, y con que su pelo pareciera el cepillo de una escoba. Llegó incluso a saltar de alegría al encontrarse una mierda realmente repugnante flotando en el retrete y pidió tener una hija así, por favor, con la piel como un dragón de Komodo y las piernas como una tortuga. Dewi Ayu se dejó llevar por la imaginación, que se

desbocaba más y más con el paso de los días, y mientras tanto la criatura seguía creciendo en su vientre.

Todo llegó a su apogeo la noche de la séptima luna del embarazo, cuando, acompañada por Rosinah, se bañó en agua de flores. En esa noche es cuando la futura madre pide un deseo para su hijo y dibuja su cara en una cáscara de coco. Casi todas las mujeres habrían dibujado el rostro de Draupadi, Shinta o Kunti, o de la marioneta más hermosa del *wayang*; o, en caso de desear un niño, habrían optado por Yudistira, Arjuna o Bima. Sin embargo, Dewi Ayu se sirvió de un pedazo de carbón negro para dibujar a un bebé espantoso. Tenía la ilusión de que su hija no se pareciera a nada ni a nadie que hubiera contemplado, salvo quizá a un cerdo salvaje o a un mono. En consecuencia, dibujó la figura de un monstruo aterrador, incomparable a nada de lo que había visto o llegaría a ver antes de que enterraran su cadáver.

Y entonces, después de esos veintiún años, el día que resucitó la tuvo por fin ante sus ojos.

La tarde ya estaba dejando paso a la noche y caía la lluvia debido a un ciclón que vaticinaba el cambio de estación. Los perros salvajes, los *ajaks*, aullaban en las montañas con voces estridentes que ahogaban la del almuédano que llamaba a la oración del ocaso en la mezquita y que, al parecer, estaba fracasando, porque a la gente no le gustaba salir cuando llovía torrencialmente al atardecer y se oían los aullidos de los perros, y menos aún cuando un fantasma amortajado campaba a sus anchas por los caminos, gimoteando y con muy mala pinta.

La distancia entre el cementerio público y la casa de Dewi Ayu no era poca, pero los conductores de los *ojeks*, los mototaxis, preferían estrellar sus vehículos en una zanja y salir por piernas antes que ofrecerse a llevarla. Ningún minibús se detuvo. Incluso los puestos de comida y las tiendas del

camino prefirieron cerrar antes, echar la llave a la puerta y atrancar las ventanas. No había nadie por la calle, ni siquiera mendigos o locos, nadie más que aquella anciana que había vuelto de entre los muertos. Solo se veía a los murciélagos, que volaban con todo el ímpetu del mundo y se estampaban contra la tormenta al moverse por el cielo, y las cortinas que de vez en cuando se abrían para descubrir caras blancas de miedo.

Dewi Ayu tiritaba de frío y también tenía hambre. En algún momento se decidió a llamar a las puertas de gente que, pensó, quizá se acordaría de ella, pero los residentes prefirieron quedarse en silencio, si es que no se habían muerto ya del susto. Por todo ello, se alegró enormemente cuando a lo lejos distinguió su propia casa, que estaba igual que antes de que la enterraran. Los brotes de la buganvilla cubrían la valla entera y había crisantemos por todo el perímetro con un aspecto pacífico bajo la capa de lluvia, además de una luz cálida procedente de la lámpara del porche. Echaba muchísimo de menos a Rosinah y anhelaba con todas sus fuerzas que la estuviera esperando un plato para cenar. Esa imagen la animó a apretar un poco el paso, como la gente al llegar a las estaciones de tren o de autobús, lo que a su vez provocó que se le soltara la mortaja y la tormenta la apartara para revelar su cuerpo desnudo, pero su mano agarró con rapidez el percal y Dewi Ayu volvió a envolverse en él como una jovencita en una toalla después del baño. Tenía ganas de ver a su hija, la cuarta, de ver cómo era. Lo que se dice es cierto: si alguien duerme a pierna suelta puede cambiar de opinión, y más si el sueño dura veintiún años.

Había una joven sentada en una silla en el porche, a solas bajo el halo de luz fantasmal, justo donde Dewi Ayu y Rosinah pasaban las tardes despiojándose mutuamente. Daba la impresión de que esperaba a alguien. Al principio, Dewi Ayu creyó que era Rosinah, pero en cuanto la tuvo delante se dio cuenta de que no la conocía. Estuvo a punto de chillar al ver de cerca a aquella figura horripilante, que parecía haber sufrido graves quemaduras, y en

su cabeza una vocecilla maliciosa le dijo que no había vuelto a la tierra, sino que estaba deambulando por el infierno. Sin embargo, fue lo bastante sensata para comprender enseguida que aquel monstruo espantoso no era más que una jovencita horrenda; llegó incluso a dar las gracias por haber encontrado por fin a alguien que no había salido corriendo al toparse con una anciana envuelta en una mortaja paseando en mitad de un aguacero. Por descontado, aún no había entendido que se trataba de su hija, pues aún no había entendido que habían pasado veintiún años, de modo que, para evitar toda confusión, Dewi Ayu decidió saludar.

—Esta es mi casa —dijo a modo de explicación—. ¿Cómo te llamas?

—Bella.

Dewi Ayu soltó una carcajada realmente grosera que reprimió al instante en cuanto lo comprendió todo. Se sentó en otra silla, separada por una mesa con un mantel amarillo y una taza de café que pertenecía a la chica.

—Como una vaca que ve que su ternerita ya sabe correr —dijo, desconcertada, y luego pidió educadamente el café de la mesa y se lo bebió—. Soy tu madre —añadió, henchida de orgullo al ver que su hija era exactamente como había deseado.

Si no hubiera estado lloviendo, y si no hubiera estado muerta de hambre, le habría encantado echar a correr y subir al tejado y ponerse a bailar para celebrarlo.

La muchacha no la miró y ni siquiera abrió la boca.

—¿Qué haces aquí fuera en el porche a estas horas de la noche? —le preguntó Dewi Ayu.

—Espero la llegada de mi príncipe —dijo ella por fin, aunque seguía sin volver la cabeza—. Para que me libere de la maldición de esta cara espantosa.

Vivía obsesionada con ese príncipe desde que se había dado cuenta de que los demás no eran tan feos como ella. Rosinah había tratado de llevarla a casa

de las vecinas cuando apenas era una niña de pecho, pero ni una sola las había recibido por miedo a que sus hijos se pusieran a chillar y a llorar durante toda la tarde y a que los viejos contrajeran unas fiebres instantáneas y se murieran al cabo de dos días. Las rechazaban en todas partes, y lo mismo sucedió cuando llegó el momento de escolarizar a Bella; ni un solo colegio la aceptó. Rosinah incluso recurrió a la súplica delante de un director, que sin embargo parecía más interesado en la joven muda que en aquella niña tan fea, y hasta la acarició groseramente en su despacho en cuanto cerró la puerta. Rosinah, muy sensata, se dijo que querer es poder y que si tenía que perder la virginidad para que Bella pudiera estudiar, la regalaría encantada de la vida. Por consiguiente, aquella mañana acabó desnuda en la silla giratoria del director y durante veintitrés minutos el hombre la embistió bajo el zumbido del ventilador, pero al final resultó que, a pesar de todo, Bella no pudo matricularse, porque si ella asistía a aquel centro nadie más querría ir.

Decidida a no tirar la toalla, Rosinah acabó decantándose por darle clases ella misma en casa, para enseñarle al menos los números y las letras, pero, antes de empezar siquiera, descubrió atónita que la niña ya sabía contar correctamente los chillidos de los lagartos. Se sorprendió aún más cuando, una tarde, Bella sacó un montón de libros que había dejado su madre y empezó a leerlos a voz en grito sin que nadie le hubiera enseñado el alfabeto. Había algo que no encajaba en aquellos sucesos asombrosos, que en realidad habían empezado años antes, cuando, para desconcierto de Rosinah, que no sabía quién se lo había enseñado, resultó que la niña había aprendido a hablar. La criada recurrió al espionaje, pero únicamente confirmó que la criatura nunca iba más allá de la valla y que no aparecía por allí ni una sola persona, de forma que nunca veía a nadie más que a ella, que hablaba con las manos. Y, sin embargo, sabía el nombre de todo lo visible y lo invisible, de

los gatos y los lagartos, de las gallinas y los patos que se paseaban por la casa.

Dejando a un lado todas esas maravillas, seguía siendo una niña desgraciada, fea y patética. A menudo, Rosinah se la encontraba detrás de una cortina, observando a hurtadillas a los peatones, o mirándola a ella cuando tenía que salir a comprar algo, como si le pidiera que la llevara consigo. Por descontado, a la criada le habría encantado, pero si lo intentaba, la propia Bella se resistía y soltaba con vocecilla lastimera:

—No, mejor que no vaya, porque la gente perdería el apetito para toda la vida.

Salía a primera hora, cuando aún no se había despertado nadie, salvo los verduleros que iban a toda prisa al mercado, o los campesinos que iban a toda prisa a los campos, o los pescadores que iban a toda prisa a su casa, a pie o en bicicleta, pero esa gente no la veía en la penumbra del amanecer. A esa hora podía conocer el mundo, lleno de murciélagos que regresaban a sus nidos, de gorriones que se posaban en los brotes de los almendros, de gallos que cantaban a pleno pulmón, de mariposas que salían de sus capullos y volaban hasta descansar en pétalos de hibisco, de gatitos que se estiraban en sus alfombrillas, de aromas que surgían de las cocinas de los vecinos, del clamor de motores que aceleraban a lo lejos, del sonido de un sermón radiofónico procedente de algún rincón y, sobre todo, de Venus incandescente al este, y disfrutaba sentada en su columpio, que colgaba de una rama del carambolo. Rosinah ni siquiera era consciente de que el pequeño resplandor que brillaba con tanta intensidad se llamaba Venus, pero Bella lo sabía perfectamente, al igual que acabaría conociendo los prodigios astronómicos de todas las constelaciones del cielo.

En cuanto despuntaba el día, desaparecía dentro de casa, como la cabeza de una tortuga al espantarse de quienes la molestan, puesto que los escolares

siempre se detenían delante de la verja con la esperanza de verla y se quedaban mirando la puerta y las ventanas intrigados. Los ancianos ya les habían contado historias de miedo sobre la aterradora Bella que vivía en aquella casa, siempre dispuesta a cortarles la cabeza ante la más mínima desobediencia, siempre dispuesta a engullirlos vivos por cualquier lloriqueo: todos aquellos cuentos los atormentaban y, al mismo tiempo, intensificaban el deseo de conocer a su protagonista, de comprobar si tan espeluznante espectro existía de verdad. Pero nunca la veían, porque enseguida aparecía Rosinah blandiendo el mango de una escoba, y los chiquillos salían corriendo y lanzando insultos a la joven muda. En realidad, no solo eran los niños quienes trataban de ver a Bella por la verja; las mujeres que pasaban por allí en ciclotaxi también se volvían para echar una ojeada, lo mismo que la gente que iba a trabajar y los pastores que sacaban a las ovejas.

Sin embargo, la chiquilla sí que salía por las noches, cuando los niños tenían prohibido pisar la calle, los padres estaban ocupados cuidándolos y solamente se veía a los pescadores que iban a toda prisa a la playa, cargando los remos y las redes a la espalda. Se sentaba en una silla en el porche con la compañía de una taza de café. Cuando Rosinah le preguntaba qué hacía fuera a esas horas, Bella contestaba lo mismo que más tarde le diría a su madre:

—Espero la llegada de mi príncipe, para que me libere de la maldición de esta cara espantosa.

—Pobrecita —contestaría Dewi Ayu la noche en que se conocieron—. Deberías bailar de alegría por la suerte que has tenido. Vamos dentro.

Dewi Ayu volvió a disfrutar de las atenciones de Rosinah, que casi de inmediato llenó de agua caliente la vieja tina y añadió azufre, una piedra pómez, trocitos de sándalo y hojas de betel, todo lo cual permitió que se sentara reanimada a la mesa de la cena. Rosinah y Bella descubrieron



boquiabiertas su voraz apetito: comió como si quisiera compensar los años que había pasado sin alimento alguno. Dio buena cuenta de dos atunes enteros, incluidas la columna y las espinas, de un cuenco de sopa y de dos platos de arroz. La bebida fue un caldo suave en el que flotaban pedacitos de nidos de pájaro. Comió más deprisa que las otras dos. Al terminar, las tripas empezaron a hacerle ruido sin parar y, tras soltar un buen estruendo por el culo, mientras se limpiaba la boca con la servilleta preguntó:

—A ver, ¿cuánto tiempo he estado muerta?

—Veintiún años —respondió Bella.

—Lo siento, se me ha ido la mano —se excusó su madre, acongojada—, pero en la tumba no hay despertadores.

—La próxima vez no te olvides de llevarte uno —dijo la joven, con consideración, y luego añadió—: Y también una mosquitera.

Dewi Ayu hizo caso omiso de esas palabras, pronunciadas con una estridente vocecilla melodiosa de soprano.

—Tiene que ser raro que haya resucitado después de veintiún años —continuó—, porque incluso el melenudo aquel que murió en la cruz solo se quedó muerto tres días antes de resucitar.

—Sí, sí, muy raro —confirmó Bella—. La próxima vez, manda un telegrama antes de venir, haz el favor.

Dewi Ayu fue incapaz de seguir desatendiendo aquella voz. Después de pensarlo un poco, decidió que había cierto tono de hostilidad en los comentarios de la joven. Se volvió hacia ella, pero la espantosa criatura se limitó a sonreír, como dando a entender que sencillamente le recordaba que no debía ser tan despreocupada. Dewi Ayu miró a Rosinah en busca de una pista, pero la muda tampoco hizo nada más que sonreír, a simple vista sin la más mínima doble intención.

—Y así, de golpe, Rosinah, ya tienes cuarenta años. Dentro de nada estarás

vieja y arrugada —dijo Dewi Ayu con una risa tímida para tratar de relajar el ambiente de la sobremesa.

—Como una rana —agregó la muda con lenguaje de signos.

—Como un dragón de Komodo —bromeó Dewi Ayu.

Las dos miraron a Bella y le dieron tiempo para decir algo. No le hizo falta mucho.

—Como yo —remató. Breve y atroz.

Durante unos días, Dewi Ayu, atareada con las visitas de viejos amigos deseosos de oír historias del mundo de los muertos, pudo pasar por alto la presencia del irritante monstruo que tenía en casa. Incluso el kiai que en su día había oficiado su entierro con reticencia y la había mirado con el asco que siente una niña por los gusanos, fue a verla con los modales virtuosos de los piadosos ante un santo y, con sinceridad, aseguró que aquella resurrección era como un milagro y sin duda eso no se le habría concedido a nadie que no fuera puro.

—Por supuesto que soy pura —dijo Dewi Ayu como quien no quiere la cosa—. Porque no me ha tocado nadie desde hace veintiún años.

—¿Qué se siente al estar muerto? —preguntó el kiai Jahro.

—La verdad es que es bastante entretenido. Es el motivo principal por el que, de todos los que se mueren, ni uno solo decide resucitar.

—Pero tú sí —apuntó él.

—Yo solo he resucitado para decirle eso.

Era una idea muy buena para el sermón del viernes al mediodía, así que el kiai se marchó exultante. No tenía que avergonzarse de haber visitado a Dewi Ayu, por mucho que, muchos años atrás, hubiera gritado que pisar la casa de aquella prostituta era pecado y que se podía arder en el infierno solo por abrir la verja, pues, como ella misma había dicho, ya no era prostituta después de

que no la hubiera tocado ni un alma durante veintiún años, y estaba clarísimo que a partir de entonces nadie querría rozarla.

Quien más sufrió todo el jaleo organizado por el regreso a la vida de la anciana no fue otra que Bella, que tuvo que encerrarse en su cuarto. Por suerte, las visitas no se quedaban más que unos pocos minutos, ya que enseguida notaban un terror espeluznante al otro lado de la puerta de la joven. Un extraño olor nauseabundo, un viento funesto, negro y espantoso pasaba a su lado, se colaba por debajo de la puerta y por la cerradura y les provocaba unos intensos escalofríos que les llegaban hasta el mismísimo tuétano. Casi nadie había visto a Bella, salvo cuando era recién nacida y la comadrona había recorrido las calles en busca de un ama de cría. Sin embargo, solo pensar en ella bastaba para erizarles el pelo de la nuca y hacerlos temblar de los pies a la cabeza al ver la puerta del monstruo, cuando los malignos efluvios que llevaba el viento les llegaban a la nariz y el sonido del silencio les retumbaba en los oídos. Entonces salían de su boca cuatro comentarios anodinos y, olvidando el deseo de escuchar las asombrosas historias que iba a contarles Dewi Ayu, se levantaban de golpe tras haber engullido medio vaso de té amargo y se excusaban para volver a su casa y contarlo todo.

—Por mucho que te pique la curiosidad por Dewi Ayu, la que volvió de entre los muertos —decían a todo el que les preguntaba por aquella visita marcada por el terror—, te aconsejo que no vayas a su casa.

—¿Por qué?

—Porque saldrás medio muerto de miedo.

Cuando la gente dejó de visitarla, Dewi Ayu empezó a fijarse en las peculiaridades de Bella, aparte de la costumbre de sentarse en el porche a esperar a un príncipe azul y de leer su futuro en las estrellas. A media noche oyó el ruido de una refriega procedente del cuarto de su hija, lo que la hizo bajar de la cama, andar a oscuras y plantarse ante su puerta con aprensión,

cada vez más confundida por los sonidos que surgían de aquella espantosa joven. Seguía allí cuando apareció Rosinah, linterna en mano, y la dirigió hacia la cara de su señora.

—Conozco esos ruidos —le dijo Dewi Ayu, casi susurrando— de las habitaciones de la casa de putas.

Rosinah asintió para mostrar su conformidad.

—Quieren decir que alguien está con Bella haciendo el amor —añadió Dewi Ayu.

Rosinah volvió a asentir.

—La pregunta es: ¿con quién está haciendo el amor? O, más bien, ¿quién iba a querer hacer el amor con ella?

No, no, indicó Rosinah. No estaba haciendo el amor con nadie. O sí, quizá fuera cierto, pero no se podía saber quién era, porque no se veía a nadie.

Dewi Ayu se quedó boquiabierta ante la ecuanimidad de la muda, que le recordó la época en que ella misma había enloquecido, cuando su criada era la única que la entendía. Aquella noche se sentaron delante de la cocina de leña de siempre a calentar el agua del café y se quedaron esperando a que hirviera. Iluminadas tan solo por la viva llama que acariciaba los bordes de la leña menuda y seca, compuesta por ramitas de cacao, ramas de palmera y fibra de cáscara de coco, charlaron como tantas veces en los viejos tiempos.

—¿Se lo has enseñado tú? —dijo Dewi Ayu.

—¿El qué? —preguntó Rosinah solo con la forma de la boca, sin emitir sonido alguno.

—A masturbarse.

Rosinah negó con la cabeza.

—Bella no está masturbándose —explicó con las manos—, sino haciendo el amor con alguien, lo que pasa es que usted no sabe quién es.

—¿Por qué no?

—Porque yo tampoco lo sé —aseguró, y volvió a negar con la cabeza.

Entonces le contó todos los sucesos milagrosos: que de pequeña Bella se había puesto a hablar sin que nadie la enseñara, que incluso había empezado a leer y escribir por su cuenta a los seis años y que, en realidad, ella no le había enseñado nada, porque la niña ya sabía hacer cosas que Rosinah aún no había aprendido. A los nueve años bordaba, a los once ya cosía y, por descontado, preparaba cualquier plato que una quisiera.

—Alguien se lo habrá enseñado —contestó Dewi Ayu, confundida.

—Pero si en esta casa no entra nadie —dijo Rosinah gesticulando.

—Me da igual cómo viniera, o que viniera sin que ni tú ni yo nos enterásemos, pero tiene que haber venido y habérselo enseñado todo, también a hacer el amor.

—Sí, es cierto, viene y hacen el amor.

—Esta casa está encantada.

Rosinah nunca había creído que la casa estuviera encantada, pero Dewi Ayu tenía sus razones para afirmarlo. De todos modos, ese era otro asunto del que no quería decir nada a la criada, al menos aquella noche. Se levantó y volvió de inmediato a la cama sin acordarse del agua puesta a hervir ni del café.

En los días posteriores, la anciana decidió espiar a la fea muchacha para encontrar una explicación lógica a todos aquellos milagros, puesto que no quería creer que el responsable fuera un fantasma, por mucho que de verdad hubiera uno presente en la casa.

Una mañana, Rosinah y ella se encontraron a un anciano sentado delante de la cocina encendida, temblando por el frío del aire matinal. Parecía un guerrillero, con el pelo enmarañado, apelmazado y recogido en la nuca con una hoja mustia y amarilla. Su rostro, demacrado como si llevara años pasando hambre, y su ropa oscura, cubierta de manchas de barro y de sangre

seca, acentuaban esa impresión. Llevaba incluso un pequeño puñal colgado a la altura de la cadera, atado al cinto de cuero. Calzaba unos zapatos, como los de los soldados gurkas durante la guerra, que le iban muy grandes.

—¿Quién eres? —preguntó Dewi Ayu.

—Llamadme Shodancho —dijo el anciano—. Estoy helado, dejadme que me quede un momento delante de la cocina.

Rosinah trató de entender racionalmente. Quizá en su día realmente había encabezado un *shodan*, quizá había formado parte de un batallón en Halimunda y se había rebelado contra los japoneses antes de huir a la selva. Quizá había pasado años recluido allí, sin saber que hacía ya mucho que Holanda y Japón se habían marchado y ahora teníamos una república con bandera e himno nacional propios. La criada le dio algo de desayunar con una mirada de ternura y unas muestras de respeto que resultaron algo excesivas.

Dewi Ayu, por su parte, lo contempló con recelo, preguntándose si sería el príncipe que su hija esperaba todas las noches y si podía ser incluso el que le había enseñado a hacer el amor. Sin embargo, el anciano aparentaba más de setenta años y debía de ser impotente desde hacía tiempo, y con esa idea los pensamientos sombríos de Dewi Ayu empezaron a perder intensidad. Incluso lo invitó a vivir en su casa, porque aún quedaba una habitación libre y daba la impresión de que el hombre había perdido toda conexión con el mundo exterior.

Shodancho, que se encontraba, en efecto, confundido y en un estado lamentable, aceptó. Eso sucedió un martes, tres meses después de que Dewi Ayu volviera de entre los muertos, el día en que encontraron a Bella en el suelo de su cuarto en muy malas condiciones. Su madre la ayudó a levantarse y, con ayuda de Rosinah, la tumbó en la cama. De repente apareció Shodancho tras ellas y dijo:

—Miradle el vientre, está embarazada de casi tres meses.

Sin dar crédito, Dewi Ayu miró a Bella con unos ojos que ya no reflejaban confusión, sino únicamente una rabia que la ignorancia no atenuaba en absoluto.

—¿Cómo te has quedado preñada?! —le preguntó.

—De la misma forma en que te quedaste tú cuatro veces —replicó la joven—. Me desnudé e hice el amor con un hombre.

Un buen día, hacía mucho tiempo ya, algo extraño debió de pasar, porque de repente un anciano se vio obligado a casarse con una adolescente Dewi Ayu. Dormía a pierna suelta, roncando, cuando un Colibri aparcó enfrente de su casa y el ruido del motor al toser en plena noche, oscura como boca de lobo, lo despertó de un sobresalto. El anciano, Ma Gedik, aún no se había recuperado del susto cuando todo sucedió como un huracán: un matón bajó del coche con un machete colgado del cinto y le atizó una patada a su chucho, que dormía delante de la puerta. El animal ladró con ganas y se levantó de un brinco, dispuesto a pelear, pero su esfuerzo fue en vano, porque el chófer del Colibri lo mató con un rifle en un abrir y cerrar de ojos. El chucho soltó un aullido antes de morir, en el momento en que el matón le propinaba una patada a la puerta de madera contrachapada de la cabaña del anciano y la dejaba colgando de una bisagra.

La cabaña estaba muy oscura, parecía más un habitáculo para murciélagos y lagartos que para un ser humano. Sus dos pequeños cuartos se distinguían a la luz de la luna: un dormitorio donde el anciano se había sentado en el catre, confundido, y otro cuarto donde había una cocina llena de ceniza. Un entramado de telas de araña lo había invadido todo, excepto el recorrido del catre a la cocina y a la puerta. El matón, con arcadas provocadas por el hedor a orines, mucho más intenso que el de cualquier pocilga, agarró un puñado de hojas de palma secas de un montón cercano a la cocina, las dobló y encendió



las puntas para hacer una antorcha. Al instante resplandecieron en el cuarto sombras de todas las formas y tamaños que se balanceaban y temblaban. Los murciélagos empezaron a dispersarse. El anciano seguía sentado en el extremo del catre, contemplando con una confusión que no perdía intensidad a aquel visitante al que nadie había invitado.

La siguiente sorpresa: el matón le enseñó una pizarra en la que había algo escrito con la letra pulcra de una jovencita. El anciano era incapaz de leerlo, lo mismo que el matón, pero este sabía lo que decía.

—Dewi Ayu quiere casarse contigo —anunció.

Tenía que ser una broma. Él tenía claro su lugar: era un anciano, había vivido ya más de medio siglo, e incluso las viejas viudas cuyos maridos habían muerto en la tierra de Deli o habían acabado entre rejas en Boven-Digoel preferían hacer acopio de buenas acciones piadosas para la otra vida antes que casarse con un carretero como él. Suerte habría tenido si hubiera recordado siquiera cómo mantener a una mujer, ya que prácticamente había olvidado cómo acostarse con ellas. Hacía muchos años de la última vez que había ido a la casa de putas, y también muchos de la última ocasión en que lo había hecho a solas, con su propia mano. Así pues, con la ingenuidad de un jovencito de pueblo, contestó al matón:

—No estoy muy seguro de poder casarme con ella.

—No importa si su virginidad te la llevas tú o una polla de perro, quiere casarse contigo —gruñó el matón—. En caso contrario, el señor Stammler te servirá de merienda a los *ajaks*.

Al oír aquello el hombre se estremeció. Muchos holandeses criaban perros salvajes para cazar jabalíes y era bien cierto que, si un indígena no les caía bien, lo lanzaban contra los *ajaks* para que luchara a muerte. Sin embargo, aunque la amenaza fuera cierta, casarse con Dewi Ayu no era ninguna tontería, y no acababa de entender por qué tenía que tocarle a él. Además,

había jurado no casarse con nadie por culpa del amor eterno que sentía por Ma Iyang, la mujer que un día se había ido volando por el cielo sin dejar rastro.

La de aquella mujer era otra historia, uno de esos amores que, de tan buenos, no podían durar. Ma Gedik y Ma Iyang habían crecido juntos en los poblados de pescadores, se veían a diario, se bañaban en la misma bahía y comían el mismo pescado, y lo único que les impedía casarse de inmediato era su edad, porque aún no habían alcanzado del todo la madurez. A diferencia de la mayoría de sus coetáneos, Ma Gedik llevaba a todas partes un recipiente de bambú lleno de leche de su madre, cuando hacía muchos años que había aprendido a andar y a dejarla atrás. Un día, Ma Iyang sintió curiosidad y le preguntó por qué, a los diecinueve años, seguía bebiendo aquella leche y le daba igual que se hubiera puesto mala hacía mucho tiempo.

—Porque mi padre bebió siempre la leche de mi madre, hasta que se hizo viejo.

Ma Iyang lo comprendió. Detrás de un macizo de pandanos, se quitó la blusa y le dijo que le chupara el pezón, encantador y respingón. No salió leche, pero Ma Gedik dejó por fin de beber la de su madre y se enamoró de por vida de aquella jovencita. Y eso fue lo que pasó, hasta que una noche llegó un coche tirado por un caballo para recoger a Ma Iyang, acicalada como una bailarina de *sintren*; daba gusto verla, pero también pena. Ma Gedik, que siempre era el último en enterarse de todo, corrió por toda la playa tras ella y, cuando alcanzó al cochero, corrió también a su lado para gritar a la hermosa muchacha:

—¿Adónde vas?

—A casa de un señor holandés.

—¿Por qué? No tienes que trabajar de sirvienta para un holandés.

—No es eso —respondió la muchacha—. Voy a ser su concubina. Puedes llamarme «Nyai Iyang».

—¡Mierda! —exclamó Ma Gedik—. ¿Por qué quieres ser la concubina de nadie?

—Porque, si no, servirán a mis padres de merienda a los *ajaks*.

—Pero ¿acaso no sabes que te quiero?

—Sí que lo sé.

Seguía corriendo junto al coche. Ahí estaban, joven él y joven ella, llorando por su dolorosa separación, y el único testigo de sus lágrimas era el cochero, que trató de tranquilizarlos un poco y hacerlos pensar, diciendo:

—No tenéis que ser el uno del otro para amaros el uno al otro.

Aquello no era en absoluto reconfortante y, de hecho, provocó que Ma Gedik cayera en la arena del arcén entre gemidos y lamentos por su desdicha. La muchacha ordenó al cochero que se detuviera y bajó para plantarse delante de su amado. Y allí, con el viejo cochero, el caballo, las ranas que no dejaban de croar, los búhos, los mosquitos y las polillas como testigos, hizo una promesa.

—Dentro de dieciséis años, el señor holandés se habrá cansado de mí. Espera en la cima de la colina rocosa si todavía me amas, si sigues interesado en las sobras de un holandés.

Después de aquello, no volvieron a verse ni a saber nada el uno del otro. Ma Gedik ni siquiera se enteró de quién era aquel señor holandés, un señor tan lujurioso que le arrebató a su enamorada, en la flor de la vida a los quince años. Ma Gedik, que había cumplido los diecinueve, juró que seguiría amándola aunque volviera hecha pedazos.

No obstante, perder a la enamorada no es ninguna tontería. Dio inicio a los años de espera volviéndose más loco que los locos, más idiota que los idiotas y más trágico que las plañideras en plena agonía. Sus amigos carreteros y los

culis del puerto trataron de consolarlo diciéndole que se casara con otra, pero él prefería dedicar lo que ganaba y su tiempo al juego y a acabar tan borracho de *arak* que volvía a casa dando tumbos. A continuación, sus amigos decidieron convencerlo de que fuera a la casa de putas, con la esperanza de que, al menos, el cuerpo de otra mujer aliviara su lujurioso dolor. Por aquel entonces solo había un burdel, al final del embarcadero. En realidad, lo habían construido para los soldados holandeses que vivían en el cuartel, pero, al propagarse la sífilis, casi todos habían dejado de ir porque preferían mantener cada uno su concubina, de modo que habían empezado a visitarlo los trabajadores del puerto.

—Ir a la casa de putas sería una traición igual de grande que casarme con otra mujer —replicó Ma Gedik con tozudez.

Sin embargo, al cabo de una semana sus amigos lo arrastraron hasta allí, borracho como una cuba y semiinconsciente, y se gastó la paga de un día en una cama y en una mujer obesa con una vagina del tamaño de una ratonera. Fascinado de inmediato por esos encantos, se corrigió:

—Hacerlo con una prostituta en realidad no es una traición, porque a las prostitutas se les paga con dinero y no con amor.

A partir de entonces se hizo cliente habitual del burdel del final del embarcadero, donde se acostaba con las putas mientras musitaba el nombre de Ma Iyang. Iba casi todos los fines de semana, con un grupo de amigos que se portaban con él igual de bien que siempre. Si el presupuesto se lo permitía, cada uno se acostaba con una mujer, pero a veces, cuando se veían obligados a hacer economías, cinco de ellos compartían a una sola. Siguieron así durante años, hasta que uno a uno todos acabaron casándose. Aquello no fue fácil para Ma Gedik, porque sus amigos ya no tenían tiempo de ir al burdel y, además, ahora había mujeres que se acostaban con ellos por amor, no por dinero, e ir a una casa de putas sin compañía era lo más deprimente del

mundo. Cuando Ma Gedik se sentía solo empezaba a practicar con la mano, pero aquello no tardaba en hacérsele insoportable y frustrante, y se veía obligado a escabullirse por su cuenta en plena noche, cuando todo estaba oscuro, para ir al burdel y regresar a casa antes de que los pescadores volvieran de faenar.

Al cabo de un tiempo se volvió una persona extraña, por no decir que un enemigo del pueblo, puesto que una y otra vez se producía un alboroto en el establo de un vecino y lo pillaban violando a una vaca, o incluso a una gallina, hasta que le reventaba los intestinos. En ocasiones le daba un puñetazo a un pastorcillo para luego atrapar una oveja y trabajársela en mitad de un campo, hasta el punto de que una vez una mujer de mediana edad que llevaba una cesta llena de hojas de batata cruzó corriendo un arrozal entero entre chillidos, presa de un pánico histérico, tras haber presenciado aquella lujuria tan descontrolada.

Todo el mundo empezó a alejarse de Ma Gedik, que dejó de bañarse. Dejó de comer arroz o cualquier otra cosa excepto su propia mierda y la mierda que recogía de los platanales. Su familia y sus amigos estaban preocupadísimos y llamaron a un *dukun* de tierras lejanas, un sanador místico famoso por curar todo tipo de enfermedades. Con su túnica blanca y su barba larguísima, parecía un apóstol sabio. Examinó a Ma Gedik en un corral de cabras, porque allí llevaba nueve meses atado, sobreviviendo exclusivamente a base de excrementos. Con tranquilidad, el *dukun* anunció a todos los que se habían congregado, preocupados:

—Solo el amor puede curar a quien está tan loco.

Pero aquel asunto era complejo, pues la gente no podía devolverle a Ma Iyang, así que al final tiraron la toalla y decidieron dejar que pasara la larga espera con los grilletes puestos.

—Se prometieron esperar dieciséis años —dijo su madre, malhumorada—,

pero está claro que se pudrirá antes de que llegue ese día.

Suya había sido la decisión de atar a su hijo, después de sacrificar a la sexta gallina que habían encontrado retorciéndose desesperada de dolor con los intestinos asomando por el culo.

Sin embargo, no se pudrió. En realidad, parecía bastante sano, con más color en las mejillas a medida que iban pasando los días e iba acercándose el momento que esperaba. Escolares descalzos se arremolinaban en torno a su corral por las tardes, antes de volver a sus casas a recoger el ganado. Entre bromas, Ma Gedik les enseñaba a acariciarse los genitales, a frotarse y a emplear su propia saliva, de modo que los maestros de la escuela prohibieron a los niños que se le acercaran. Sin embargo, los niños debían de poner en práctica sus enseñanzas, porque unos cuantos acudían en secreto al corral de las cabras en plena noche y le susurraban que habían descubierto una nueva forma de mear que les gustaba mucho.

—Disfrutaréis todavía más si lo probáis con las intimidades de alguna niña.

Cuando, una tarde, un campesino se encontró a dos niños de nueve años haciendo el amor entre los pandanos, los vecinos cubrieron con tablones el corral con toda la crueldad del mundo. Ma Gedik se quedó encerrado dentro sin nadie con quien hablar y, por supuesto, sin nada de luz.

A pesar de todo, tal castigo no lo desmoralizó. Con el cuerpo atado con grilletes en el interior de una jaula cerrada con tablones, su boca empezó a cantar canciones obscenas que hacían que los kiais se ruborizaran y la gente diera vueltas en la cama por la noche, estremeciéndose con amargura. Esa venganza se alargó varias semanas, pero precisamente cuando los vecinos habían decidido taponarle la boca con un coco verde, se produjo un milagro providencial. Aquella misma mañana dejó a un lado las canciones obscenas para cantar justo lo contrario: preciosas baladas de amor con las que a

muchos se les saltaban las lágrimas. De un extremo a otro del barrio, la gente dejó de trabajar, paralizada como si esperara que bajaran desde lo alto ninfas celestiales, hasta que por fin alguien ató cabos: era aquel el último día de la larga espera de Ma Gedik. Era aquel el día en que iba a reunirse con su amada en la cima de la colina rocosa.

Todos los que lo conocían acudieron de inmediato en tropel para desenclavar los tablones que lo encerraban. Cuando los rayos del sol iluminaron el corral, que desprendía un hedor acre como de ratonera, se lo encontraron todavía atado con los grilletes y todavía cantando. Lo liberaron y se lo llevaron a una zanja, donde lo lavaron entre todos, como si fuera un recién nacido o un anciano que acabara de fallecer. Rociaron su cuerpo de fragancias, de aceite de rosas a espliego, y le dieron ropa buena para que se abrigara, entre otras cosas una chaqueta y unos pantalones bombachos desechados por un holandés; lo emperifollaron como el cadáver de un cristiano a punto de ser metido en un ataúd. Cuando terminó todo ese proceso, uno de sus viejos amigos exclamó asombrado:

—¡Estás tan guapo que me da miedo que mi mujer se enamore de ti!

—Tienes motivos —se jactó Ma Gedik—. Hasta las ovejas y los cocodrilos se enamoran de mí.

Y se demostró que el *dukun* estaba en lo cierto: el amor podía curar su enfermedad, podía curar absolutamente cualquier enfermedad. Ya no preocupaba a nadie y todo el mundo olvidó su mala conducta anterior. Hasta las jovencitas se le acercaban mucho sin miedo de que se le fuera la mano con grosería, y los devotos lo saludaban afablemente sin temor a que las blasfemias les atestaran los oídos. Su madre montó una fiestecita para celebrar su recuperación repentina, con un cono amarillo de arroz *tumpeng* y un pollo sacrificado adecuadamente, sin los intestinos colgando del ano, e invitó a un *kiai* a recitar plegarias de bendición y agradecimiento. Fue aquella

una mañana memorable en los poblados de pescadores, en un rincón lejano de Halimunda cubierto todavía por la niebla, una mañana que se recordaría en los años venideros cada vez que alguien contara a sus hijos la historia de la pasión de los amantes, lo que durante generaciones sería un relato de amor verdadero e imperecedero.

Sin embargo, en realidad aquella larga espera de dieciséis años acabó en tragedia. Poco después de que el sol empezara a picar, llegó una gente a la carrera, en coches y a caballo, tras la pista de una concubina que había huido en dirección a la colina rocosa, sin duda Ma Iyang. En un burro que pidió prestado, Ma Gedik persiguió a los holandeses y a su amada, y los vecinos del barrio echaron a correr tras él en fila india, como la cola de una serpiente gigante. Habían llegado al valle cuando por fin los holandeses se detuvieron, y Ma Gedik aulló y repitió una y otra vez el nombre de su enamorada.

Ma Iyang parecía muy pequeña en lo alto de la colina rocosa, adonde no llegaban ni coches, ni caballos, ni burros. Los holandeses juraron con furia que, si la atrapaban, la meterían a rastras en la jaula de los *ajaks*. Ma Gedik trataba de escalar aquella colina rocosa, pero la subida era tan difícil, tan implacable, que los allí congregados se preguntaban cómo había logrado alcanzar la cima aquella mujer. Tras una lucha brutal, Ma Gedik se plantó al lado de su amada con un anhelo desbordante.

—¿Todavía me deseas? —preguntó ella—. La saliva de un holandés ha salpicado y recorrido todo mi cuerpo, y ese hombre se ha clavado en mis partes íntimas mil ciento noventa y dos veces.

—Yo me he clavado en las partes íntimas de veintiocho mujeres distintas la friolera de cuatrocientas sesenta y dos veces, y también en mi propia mano en innumerables ocasiones, y eso sin contar las partes íntimas de los animales. Así pues, ¿somos tan distintos?

Como si un dios lascivo se hubiera apoderado de ellos, se abrazaron con



todas sus fuerzas y se besaron bajo el calor del sol tropical. Y para aliviar la pasión que se había acumulado durante tanto tiempo, se quitaron todas las prendas que llevaban pegadas al cuerpo y las lanzaron por los aires: la ropa bajó flotando por el valle, dando vueltas sin cesar como las flores de la caoba cuando se las lleva el viento. A los presentes les costaba creer lo que veían y algunos incluso chillaron, y todos los holandeses se ruborizaron. Entonces, sin vacilar, los dos hicieron el amor en una roca plana, a la vista de la gente que colmaba el valle, convertidos en meros espectadores. Las mujeres decentes se taparon la cara con el borde del velo, los hombres no se atrevían a mirarse porque a todos se les había puesto dura, y los holandeses soltaron:

—Es lo que siempre hemos dicho, los indígenas son como monos.

La verdadera tragedia aconteció cuando terminaron de hacer el amor, en el momento en que Ma Gedik invitó a su enamorada a bajar de la colina rocosa e ir con él a su casa, para poder casarse, vivir juntos y amarse eternamente. Ma Iyang contestó que eso iba a ser imposible. En cuanto pusieran un pie en el valle, los holandeses los echarían a la jaula de los *ajaks*.

—Así pues, prefiero volar.

—Eso es imposible —dijo Ma Gedik—, no tienes alas.

—Si crees que puedes volar, puedes volar.

Para demostrarlo, Ma Iyang, con el cuerpo desnudo cubierto de gotas de sudor que reflejaban los rayos del sol como las perlas de un collar, dio un salto y voló hacia el valle para desaparecer tras la niebla que estaba descendiendo. La gente solo oyó los chillidos lastimeros de Ma Gedik, que bajaba por la ladera a toda prisa en pos de su amada. Todo el mundo la buscó, incluidos los holandeses y los perros salvajes. Rastrearón hasta el último rincón del valle, pero no hubo forma de dar con Ma Iyang, ni viva ni muerta, y al final la gente se convenció de que de verdad se había ido volando. Los holandeses lo creían a pies juntillas, lo mismo que Ma Gedik. Como lo único

que había quedado era la colina rocosa, entre todos decidieron llamarla como aquella mujer que desde allí había salido volando hacia los cielos: la colina de Ma Iyang.

Después de aquel día, Ma Gedik se fue a las marismas, donde los holandeses no soportaban la malaria en la temporada de lluvias, y se construyó una cabaña. Durante el día arrastraba hasta el puerto un carro repleto de café y granos de cacao, y a veces copra y batatas. Y, con la excepción de las breves conversaciones que mantenía con los demás carreteros, solamente hablaba consigo mismo o con los espíritus que lo rodeaban. La gente empezó a creer que había vuelto a caer en la locura, aunque ya no violaba a vacas ni a gallinas, ni comía mierda.

Casi de inmediato tras la construcción de esa primera cabaña, empezaron a llegar más pobladores a las marismas, y las cabañas que fueron apareciendo transformaron aquel lugar en un nuevo asentamiento. El único holandés que se adentró hasta allí alguna vez fue un inspector que recibió el encargo de confeccionar un censo, y al cabo de una semana lo encontraron en la habitación que tenía alquilada, muerto de fiebre palúdica. Fue la primera persona que visitó a Ma Gedik y la única durante muchos años, hasta la noche en que el chófer del Colibri mató de un tiro a su chucho y un matón reventó la puerta de su casa para darle la sorprendente noticia de que Dewi Ayu quería casarse con él. Ma Gedik no sabía por qué, casi sin querer, se puso a pensar en una historia retorcida. Sin dejar de tiritar, preguntó al matón:

—¿Está preñada?

Seguramente, la obligaban a casarse con él para tapar la vergüenza de la familia holandesa.

—¿Quién tiene que estar preñada?

—Dewi Ayu.

—Si quiere casarse contigo —aseguró el matón—, debe de ser

precisamente porque lo que no le interesa es quedarse preñada.

Dewi Ayu recibió a su prometido con alegría. Lo mandó a lavarse y le dio ropa buena que ponerse porque, según le dijo, el juez iba a llegar pronto. Sin embargo, eso no colmó a Ma Gedik de felicidad, sino más bien lo contrario. Le parecía una catástrofe absoluta y, cuanto más se acercaba el momento de la boda, más aumentaba su mal humor.

—Sonríe, cariño —le dijo Dewi Ayu—. Si no, te devorarán los *ajaks*.

—Dime, ¿por qué quieres casarte conmigo?

—Llevas toda la mañana preguntándome lo mismo —replicó Dewi Ayu, algo molesta—. ¿Tú crees que la gente en general tiene una buena razón para casarse?

—Suele ser porque se quieren.

—Y esto es justo la otra cara de la moneda: nosotros no nos queremos en absoluto. Es una buena razón, ¿verdad?

Con apenas dieciséis años, y como muchas chicas mestizas, era una joven hermosa. Tenía una melena negra y resplandeciente y unos ojos azulados. Llevaba un vestido de novia de tul, con una diadema pequeña con la que parecía un hada de cuento. Se había quedado como la única persona a cargo de la casa de los Stammler desde que los suyos habían hecho las maletas y, junto con las demás familias holandesas, se habían ido en tropel al puerto para huir a Australia mientras aún estaban a tiempo. El ejército japonés había ocupado Singapur y, aunque todavía no había llegado a Halimunda, era muy probable que estuviera ya en Batavia.

En realidad, hacía meses que había rumores de guerra, desde que habían oído por la radio que había estallado el conflicto en Europa. Por entonces, Dewi Ayu había empezado a asistir a clase en el Colegio Franciscano, que más tarde se convertiría en un centro público donde años después un perro

violaría a su nieta Rengganis la Hermosa en un retrete. Quería ser maestra por la sencillísima razón de que no quería ser enfermera. Iba al colegio con su tía Hanneke, que daba clases en el parvulario, en el mismo Colibri que poco después iría a buscar a Ma Gedik, y con el mismo chófer que mataría de un tiro al perro del anciano.

Tenía a las mejores profesoras de Halimunda: las monjas que le enseñaban música, historia, lengua y psicología. A veces, las visitaban los sacerdotes jesuitas del seminario para darles clase de educación religiosa, historia de la Iglesia y teología. Las monjas estaban impresionadas por la inteligencia natural de Dewi Ayu, pero preocupadas por su belleza, y varias de ellas trataron de convencerla para que hiciera voto de pobreza, pureza y castidad.

—Ni hablar —contestaba ella—. Si todas las mujeres hicieran votos así, la humanidad se extinguiría como los dinosaurios.

Su escandalosa forma de hablar era aún más inquietante que su belleza. Además, lo único que le gustaba de la religión eran las historias fantásticas, y lo único que le gustaba de la iglesia eran los tonos apacibles de las campanas del ángelus.

Cuando aún estaba en primero en el Colegio Franciscano se declaró la guerra en Europa. La radio que sor María había instalado en la tarima del aula informó con preocupación de que las tropas alemanas habían invadido los Países Bajos y solo habían tardado cuatro días en ocuparlos. Las niñas estaban asombradas y fascinadas con aquella guerra que era real, y no la palabrería escrita en sus libros de historia. Encima, había estallado en la madre patria y Holanda había perdido.

—¿Primero lo de Francia y ahora la ocupación alemana?! —exclamó Dewi Ayu—. Qué país tan lamentable, la verdad.

—¿Qué quieres decir, Dewi Ayu? —preguntó sor María.

—Quiero decir que tenemos demasiados comerciantes y nos faltan

soldados.

La castigaron por aquel comentario fuera de lugar y la obligaron a leer salmos. Sin embargo, entre sus compañeras de clase Dewi Ayu fue la única que realmente celebró la noticia de la contienda, e incluso llegó a hacer una predicción escalofriante: la guerra llegaría a las Indias Orientales e incluso a Halimunda. Aunque siguió participando en las oraciones que organizaban las monjas para pedir por la salvación de sus familias en Europa, a Dewi Ayu todo aquello prácticamente la traía sin cuidado.

No obstante, la inquietud por el conflicto también se apoderó de su casa, sobre todo porque sus abuelos, Ted y Marietje Stammler, tenían mucha familia en los Países Bajos. No dejaban de preguntar por unas cartas de Holanda que nunca llegaban. Y, sobre todo, sufrían por los padres de Dewi Ayu, Henri y Aneu Stammler, que habían huido. Se habían marchado de golpe y porrazo una mañana, hacía dieciséis años, sin despedirse, y habían abandonado a su hija, que era apenas un bebé. Si bien eso había desatado las iras de su familia, lo cierto era que seguían preocupándose por ellos.

—Estén donde estén, espero que sean felices —afirmó un día Ted Stammler.

—Y si se los cargan los alemanes, que sigan viviendo felices en el cielo — replicó Dewi Ayu, y luego se contestó ella sola—: Amén.

—Después de dieciséis años, ya no estoy enfadada —dijo Marietje—. En lugar de eso, deberías rezar para llegar a conocerlos un día.

—Pues claro que espero conocerlos, *oma*. Me deben dieciséis regalos de Navidad y dieciséis de cumpleaños, por no hablar de los dieciséis huevos de Pascua.

Conocía ya la historia de sus padres, Henri y Aneu Stammler. Algunos de los criados de la cocina se la habían contado entre susurros, porque, si Ted o Marietje Stammler se enteraban de que se habían ido de la lengua, lo más

probable sería que los hicieran azotar. De todos modos, transcurrido un tiempo, Ted y Marietje comprendieron que Dewi Ayu estaba al tanto de todo, incluido el hecho de que una mañana se la habían encontrado en una cesta a la puerta de casa. Dormía a pierna suelta, envuelta en una mantita, y a su lado había una breve nota que llevaba su nombre y explicaba que sus padres habían zarpado en el *Aurora* con destino a Europa.

Siempre la había fascinado el hecho de no tener padres, solamente abuelos y una tía, pero cuando se enteró de que en realidad sus padres habían desaparecido una mañana, no se enfadó, sino más bien todo lo contrario: se quedó impresionada.

—Son auténticos aventureros —le dijo a su abuelo.

—Lees demasiados cuentos, niña.

—Deben de ser religiosos. En la santa Biblia se habla de una madre que dejó a su hijo a la orilla del Nilo.

—Eso fue distinto —insistió él.

—Sí, claro. A mí me dejaron a la puerta de esta casa.

Tanto Henri como Aneu era hijos de Ted Stammler. Habían vivido bajo el mismo techo desde pequeños, pero nadie se dio cuenta de que se habían enamorado, un escándalo de lo más vergonzoso. Nacido del vientre de Marietje, Henri tenía dos años más que Aneu, hija de Ted y una concubina indígena llamada Ma Iyang. Aunque esta residía en otra casa, vigilada por dos matones, al nacer la niña Ted decidió llevársela a vivir con ellos. Al principio Marietje se resistió con uñas y dientes, pero ¿qué podía hacer? Al fin y al cabo, casi todos los hombres tenían concubinas e hijos bastardos. Al final, accedió a que Aneu viviera en su casa y le dio el apellido de la familia, para evitar chismorreos en el club.

Crecieron juntos, así que tuvieron tiempo más que suficiente para

enamorarse. Henri era un joven simpático, hábil para la caza de jabalíes con sus borzois —enviados directamente desde Rusia—, buen jugador de fútbol, nadador y bailarín. Aneu, por su parte, resultó ser una hermosa muchacha que tocaba el piano y cantaba con una encantadora voz de soprano. Ted y Marietje les dieron permiso para ir a las ferias nocturnas y al salón de baile, porque estaban en la edad de divertirse y quizá incluso encontrar un buen partido. Pero aquello fue el principio de toda la catástrofe: después de bailar hasta las doce de la noche bebiendo una limonada estupenda, no volvieron a casa. Ted se preocupó y se llevó a dos matones a la feria nocturna para buscarlos. Lo único que encontraron fue un tiiovivo oscuro e inmóvil, una casa encantada cerrada a cal y canto hasta el día siguiente, un salón de baile vacío, puestos de comida ya recogidos y algunos trabajadores agotados que se habían quedado dormidos, despatarrados delante de sus casetas. Allí no había ni rastro de los adolescentes, así que finalmente Ted decidió preguntar por su paradero a sus jóvenes amigos.

—Henri y Aneu se han ido a la bahía —dijo alguien.

Por la noche no había nada en la bahía más que unas cuantas pensiones. Ted las peinó una por una y encontró a la pareja en una habitación, desnuda y desprevenida. No les dijo ni una palabra y no volvieron a casa nunca más. Nadie sabía dónde se habían metido. Quizá vivían en una de las pensiones y sobrevivían haciendo chapuzas, cuando no pidiendo dinero prestado a sus amigos o aceptando su caridad. También es posible que se adentraran en el bosque y vivieran a base de frutas y carne de jabalí. Alguna otra persona dijo que estaban en Batavia trabajando para la compañía ferroviaria. Ted y Marietje no volvieron a saber ni dónde estaban ni cómo, y entonces, una mañana, Ted se encontró una recién nacida en una cesta delante de la puerta de su casa.

—Y esa recién nacida eras tú —concluyó—. Te pusieron Dewi Ayu.

—Y luego hicieron más niños en el *Aurora*... Podría haber cestas delante de todas las casas de Europa —dijo la chica.

—Cuando se enteró, tu abuela se puso histérica. Salió corriendo de casa como una loca y no hubo forma de atraparla, ni siquiera a caballo o en coche. La encontramos en la cima de la colina rocosa, pero no bajó. En lugar de eso, se fue volando.

—¿La abuela Marietje voló? —preguntó Dewi Ayu.

—No, Ma Iyang.

La concubina, su otra abuela. Según su abuelo, si se sentaba en el porche de atrás y miraba hacia el norte, vería dos colinitas rocosas. En la del oeste había sido donde Ma Iyang había salido volando para desaparecer por el cielo, y la gente de allí le había puesto su nombre: la colina de Ma Iyang. Era impresionante, pero también un poco triste. A menudo, Dewi Ayu se sentaba allí a solas por las tardes para contemplar aquella colina, con la esperanza de ver a su abuela flotando todavía como una libélula. Tuvo que llegar la guerra para desviar su atención, y desde entonces Dewi Ayu empezó a sentarse más a menudo delante de la radio para escuchar los informes del frente.

Aunque la contienda aún estaba lejos, sus efectos ya se hacían notar en Halimunda. Ted Stammler era copropietario, junto con otros holandeses, de una plantación de cacao y cocos, la mayor del distrito. Por culpa de la guerra, el comercio internacional pasaba por horas muy bajas. Los ingresos se redujeron y parecía que los negocios no tenían salvación. Las familias se apretaron el cinturón. Marietje solo compraba comida a los vendedores ambulantes que iban de casa en casa. Hanneke puso freno a la costumbre de ir al cine y comprar discos. Hasta el señor Willie, el mestizo que trabajaba para ellos de guarda y de mecánico, tuvo que ahorrar en el número de balas de su pistola y en la gasolina del Colibri. Y, mientras, hubo que evacuar a Dewi Ayu a la residencia del colegio.



Así trataban de ayudar las monjas franciscanas durante la guerra, abriendo las puertas de la residencia sin cobrar. Por entonces, todas las clases del colegio se habían llenado de historias angustiosas sobre la guerra que, finalmente, estaba ya a la vuelta de la esquina. Dewi Ayu, a la que impacientaban los discursos interminables, se levantó un buen día y preguntó en alto:

—En lugar de quedarnos aquí sentados hablando, ¿por qué no aprendemos a disparar fusiles y cañones?

Las monjas la expulsaron durante una semana, y si su abuelo no le impuso ningún otro castigo fue sencillamente porque estaban en guerra. La joven volvió a clase justo después de que cayera la bomba en Pearl Harbor, cuando sor María, que por lo general daba la clase de historia con semblante alegre, anunció con solemnidad:

—Ha llegado el momento de que Estados Unidos intervenga.

Se daban cuenta de que la guerra ya estaba muy cerca, avanzando sigilosamente como un lagarto por la hierba para, sin prisa pero sin pausa, cubrir la faz de la Tierra de sangre y casquillos de bala. De repente, la sugerencia de Dewi Ayu parecía profética, pero resultó que los que se acercaban no eran los alemanes, sino los japoneses. Como un tigre que marca con su orina un territorio en expansión, la bandera del sol naciente empezó a ondear en Filipinas y luego, de improviso, también en Singapur.

En casa de los Stammler, aquello provocó problemas muy serios. Como todos los hombres de edad adulta, Ted, que aún no era viejo, fue llamado a filas: tenía que cumplir el servicio militar obligatorio. Aquello suponía una situación mucho más compleja que las meras restricciones económicas. Entre lágrimas, Hanneke le dio unos amuletos protectores y Dewi Ayu, un buen consejo:

—Ser prisionero del enemigo es muchísimo mejor que morir de un tiro.

Ted se marchó sin que nadie supiera adónde iban a destinarlo, aunque lo más probable era que lo mandaran a Sumatra para enfrentarse a las tropas japoneses que se acercaban velozmente a Java. Con los demás hombres, en su mayoría procedentes de las familias de las plantaciones, Ted se fue de Halimunda y dejó atrás a los suyos.

—Juro por mi vida que jamás le ha dado ni siquiera a un jabalí, tiene muy mala puntería —decía Marietje entre lágrimas cuando se separó de él en la plaza mayor.

A partir de entonces, ocupó el lugar de su marido como cabeza de familia, con un aspecto tan lastimero que su hija y su nieta trataban de consolarla. El señor Willie iba por allí casi a diario; no lo habían llamado a filas porque era mestizo y nunca había pedido la nacionalidad holandesa, y además cojeaba de una pierna por culpa de la embestida de un jabalí.

—No te preocupes, abuela, los japoneses tienen los ojos demasiado cerrados para ver Halimunda en el mapa —dijo Dewi Ayu, aunque, por descontado, solo pretendía animar a Marietje, ya que ni siquiera esbozó una sonrisa.

El abatimiento se propagó por la ciudad. El mercado nocturno cerró y ya nadie iba al club. No había bailes y un puñado de ancianos debiluchos vigilaban las oficinas de las plantaciones. Los vecinos solo se congregaban en la piscina, donde se remojaban en silencio. Por aquel entonces, todos los japoneses que vivían en Halimunda desaparecieron. Algunos eran campesinos y otros comerciantes, uno fotógrafo y un par más acróbatas de circo, pero cuando de repente se esfumaron, todo el mundo se dio cuenta de que habían vivido rodeados de espías enemigos desde un principio.

Los únicos que no estaban preocupados por todo eso eran los indígenas; seguían haciendo lo que siempre habían hecho, fuera lo que fuera. Los carreteros no dejaban de dirigirse al puerto en tropel, porque el comercio

continuaba y los buques de carga seguían navegando. Los campesinos trabajaban la tierra como siempre y los pescadores salían a faenar todas las noches.

Los soldados llegaron al puerto de Halimunda, que era ya el mayor de toda la costa meridional de Java y la vía de salida más probable para una evacuación a Australia. Al principio no había sido más que un puerto de pesca común y corriente en la amplia desembocadura del río Rengganis, y no formaba parte de la tradición marinera. La gente de la costa y del interior se reunía allí para intercambiar mercancías. Los pescadores daban pescado, sal y pasta de gambas a cambio de arroz, verdura y especias.

Y, mucho antes de eso, Halimunda no había sido más que una franja de bosque pantanoso, una zona nebulosa que no era de nadie. Una princesa de la última generación del reino de Pajajaran había huido hasta esa región y le había dado nombre. Más tarde, sus descendientes la habían desarrollado con pueblos pequeños y grandes. El reino de Mataram desterró allí a sus príncipes disidentes y en un principio los holandeses no demostraron el más mínimo interés por el distrito: las marismas amenazaban con la malaria, las inundaciones eran incontrolables y las carreteras estaban en un estado lamentable. El primer gran barco en atracar allí llegó a mediados del siglo XVIII; fue un navío inglés llamado *The Royal George* que solo había acudido para recoger agua dulce, no para comerciar. Sin embargo, la administración holandesa se mosqueó, pues sospechaba que en realidad los ingleses habían comprado café y añil, y tal vez perlas, y quizá estaban haciendo contrabando de armas por Halimunda con el objetivo de almacenarlas en Diponegoro. En consecuencia, llegó por fin la primera expedición holandesa para echar un vistazo y trazar un mapa.

Un teniente, dos sargentos, dos cabos y aproximadamente sesenta soldados armados fueron los primeros holandeses en vivir allí, y la pequeña guarnición

constituyó un emplazamiento permanente en Halimunda. Eso fue después del final de la guerra de Diponegoro, cuando empezó el llamado «sistema de cultivo». Antes de esa guarnición, y antes también de que los holandeses empezaran a plantar cacao por su cuenta, la cosecha de café y añil, que crecían en abundancia en todo el interior de Halimunda, se trasladaba por la carretera interna que atravesaba Java en dirección a Batavia. Esa ruta presentaba muchos riesgos: la mercancía podía estropearse antes de llegar y había ladrones apostados a lo largo del camino. Desde el momento en que Halimunda contó con la guarnición y el puerto marítimo, las cosechas pudieron cargarse en los barcos allí mismo y enviarse directamente a Europa para su venta. Se construyeron calles más amplias para permitir la circulación de carros y carretas. Se excavaron canales para evitar las inundaciones y se levantaron almacenes alrededor del puerto. Aunque nunca llegó a tener la importancia de los puertos del norte, Halimunda llamó la atención del gobierno colonial y, finalmente, se abrió al tráfico privado.

Por descontado, la primera compañía que operó en la ciudad fue la Compañía de Buques de Vapor de las Indias Orientales Neerlandesas, que tenía distintas embarcaciones. También se crearon varias empresas de almacenaje, sobre todo desde que se inauguró el ferrocarril, que recorría la isla de este a oeste. Sin embargo, Halimunda no llegaría a vivir una edad de oro del comercio, pues, tras implantar aquella primera guarnición, el gobierno colonial decidió convertir la ciudad en una plaza fuerte militar. Vio allí una oportunidad estratégica; al ser el único gran puerto de la costa meridional, la ciudad podía servir de puerta trasera para evacuar a los holandeses hasta Australia, sin tener que pasar por los estrechos de Sunda o de Bali, en caso de que algún día se declarase una guerra.

Empezaron a construir fuertes y a instalar cañones en la playa para defender el puerto y la ciudad. Se levantaron atalayas en lo alto de las colinas

de la selva, en el mismo cabo en el que muchos años antes había vivido la princesa del reino de Pajajaran. Llegaron cien soldados de artillería. Veinte años después, se instalaron veinticinco enormes cañones Armstrong, y los planes de defensa llegaron a su apogeo a principios del siglo XX con la construcción de más cuarteles militares. Entonces aparecieron varias cosas distintas en Halimunda: casas de putas, clubes privados, hospitales, iniciativas para erradicar la malaria y empresarios holandeses que empezaron a desplegarse por la ciudad y en algunos casos fundaron plantaciones de cacao y se quedaron muchos años.

Cuando estalló la guerra y Alemania ocupó Holanda, todas las instalaciones militares de Halimunda se reforzaron y llegaron aún más soldados. Entonces la radio anunció que Japón había hundido dos buques de guerra ingleses, el *Prince of Wales* y el *Repulse*, y que la península de Malaca había caído en manos del enemigo. Las victorias japonesas no se quedaron ahí. Poco después de la conquista de la península de Malaca, el teniente general Arthur Percival, comandante de la defensa inglesa, firmó la rendición de Singapur, que según se rumoreaba desde hacía tiempo, era el bastión más fuerte de los británicos. Todo fue empeorando, hasta la mañana en que un inspector visitó las casas de los vecinos de Halimunda y les dijo algo que los dejó completamente pasmados:

—Japón ha bombardeado Surabaya.

Los indígenas dejaron de trabajar y se paralizó todo el comercio.

—Tienen que evacuar la zona, señora —dijeron a Marietje Stammler, que, al igual que Hanneke y Dewi Ayu, no contestó.

La ciudad se abarrotó enseguida de refugiados que llegaban en tren o en coches privados, que fueron extendiéndose más allá del perímetro urbano para llenar las zanjas mientras sus propietarios esperaban noche tras noche la oportunidad de embarcarse. Unos cincuenta buques militares llegaron al

puerto para ayudar en la evacuación. Todo era un caos y la derrota de las Indias Orientales parecía garantizada. Una vez les confirmaron cuándo podían marcharse, la familia Stammler, o lo que quedaba de ella, empezó a hacer las maletas a toda prisa, hasta que llegó como un bombazo la proclamación repentina de Dewi Ayu:

—Yo no voy.

—No digas tonterías, chiquilla —replicó Hanneke—. ¿Te crees que los japoneses te dejarán en paz?

—Pase lo que pase, tiene que quedarse aquí una Stammler —insistió ella—. Sabéis tan bien como yo a quién hay que esperar.

Marietje, hecha un mar de lágrimas por aquella testarudez, sollozó:

—Pero ¡te harán prisionera de guerra!

—Abuela, me llamo Dewi Ayu y todo el mundo sabe que es nombre de indígena.

Después de que los japoneses azotaran Surabaya con sus bombas, siguieron avanzando hacia su objetivo, Tanjung Priok. Un grupo de funcionarios de alto rango del gobierno colonial fueron los primeros en marcharse. Marietje y Hanneke Stammler embarcaron por fin en el descomunal buque de vapor *Zaandam* sin conocer el destino de Ted en el campo de batalla y dejando atrás a Dewi Ayu, como ella había pedido con vehemencia. El navío había transportado grandes cantidades de pasajeros en muchos viajes anteriores, pero aquel iba a ser el último: el *Zaandam* y otro buque se toparon con un crucero japonés que los mandó al fondo del mar sin encontrar resistencia. Dewi Ayu, el señor Willie, los criados y los matones se pusieron de luto.

La cuadragésima octava división de infantería japonesa tomó tierra en Kragan tras una batalla en Bataan, en Filipinas. La mitad de los hombres se trasladó a Malang pasando por Surabaya, y la otra mitad llegó a Halimunda.

Se hacía llamar «la brigada Sakaguchi». Los aviones japoneses ya surcaban los cielos y bombardearon las refinerías de petróleo de Mexolie Olvado, propiedad de la Bataafse Petroleum Maatschappij, las viviendas de los trabajadores y las oficinas de las plantaciones de cacao y cocos. Solo hacía dos días que la brigada Sakaguchi se enfrentaba al ejército holandés del KNIL, que se había hecho fuerte a las afueras de la ciudad, cuando el general P. Meijer recibió la noticia de que Holanda se había rendido en Kalijati. Las Indias Orientales habían caído y habían sido ocupadas en su totalidad. El general P. Meijer entregó el control de Halimunda a Japón en el ayuntamiento.

Dewi Ayu vio y oyó todos esos acontecimientos con sus propios ojos y oídos; sin embargo, durante el período de luto no habló con nadie; se limitó a quedarse sentada en el porche trasero de la casa, contemplando la colina que, según Ted, había recibido el nombre de Ma Iyang, su abuela. Una tarde, vio aparecer al señor Willie en el jardín, acompañado de un borzoi que, al parecer, había sido del padre de la joven, Henri. Y por vez primera desde el inicio del luto, habló:

—Una se fue volando, la otra se ha ahogado.

—¿Qué ha pasado, señorita? —preguntó el señor Willie.

—Nada, estaba recordando a mis abuelas.

—Tiene que hacer algo, señorita, los criados están desorientados. ¿No es usted ahora la cabeza de familia?

Dewi Ayu asintió. Después, al atardecer, ordenó al señor Willie que reuniera a todos los criados: las cocineras, las doncellas, los jardineros y los vigilantes. Les dijo que ahora era la única señora de la casa. Todas sus órdenes debían cumplirse y nadie podía negarse. Ella no pensaba azotar a nadie, pero si volvía Ted Stammler, azotaría a todos los disidentes y los

encerraría en las jaulas con los *ajaks*. No pareció que su primera orden molestara a nadie, pero sí los sorprendió y los confundió:

—Esta noche, alguien tiene que secuestrar a un anciano que se llama Ma Gedik y vive en los asentamientos de las marismas, porque mañana por la mañana voy a casarme con él.

—No gaste bromas, señorita —contestó el señor Willie.

—Adelante, ríete si crees que lo digo en broma.

—Pero ¡si el sacerdote ha desaparecido y de la iglesia no queda nada después de los bombardeos!

—Te olvidas del juez.

—¿Un juez musulmán? Señorita, usted no es musulmana, ¿verdad?

—No, pero tampoco católica desde hace mucho tiempo.

Y así se gestó el matrimonio de Dewi Ayu y Ma Gedik. Un anciano lastimoso se casaba con una joven hermosa: la noticia llegó con rapidez a todos los rincones de la ciudad y hasta los japoneses que acababan de llegar se enteraron del chisme. Por su parte, los holandeses que no habían logrado escapar mandaron cartas por mediación de sus criados para preguntar si era cierto, y algunos empezaron a desenterrar el vergonzoso escándalo de sus padres.

—¿Qué pasará si no me caso contigo? —preguntó por fin Ma Gedik, poco después de la llegada del juez.

—Servirás de merienda a los *ajaks*.

—Adelante.

—Y se aplanará la colina de Ma Iyang.

Ante aquella amenaza espeluznante, no tuvo más remedio que casarse con Dewi Ayu hacia las nueve de aquella mañana, en el preciso instante en que los soldados japoneses empezaban la ceremonia que celebraba la ocupación de la ciudad. No se invitó a nadie a festejar su boda más que a los criados y a



los vigilantes. El señor Willie hizo de testigo y en todo momento Ma Gedik tembló y tartamudeó y fue incapaz de decir los votos correctamente. Al final se desplomó, inconsciente, y el juez legitimó la unión de los novios.

—Pobre hombre —se lamentó Dewi Ayu—. Habría sido mi abuelo si Ted no hubiera hecho de Ma Iyang su concubina.

Cuando Ma Gedik recuperó el sentido por la tarde, se encontró casado con Dewi Ayu sin comerlo ni beberlo. La miraba boquiabierto como si fuera una diablesa. Se negaba a tocarla, chillaba cada vez que se le acercaba y le arrojaba todo lo que tenía al alcance de la mano. Cuando Dewi Ayu retrocedía, él se hacía un ovillo en un rincón del cuarto, tiritando y llorando como un bebé en su cuna. Dewi Ayu esperaba con resignación, sentada no lejos de él, todavía vestida de novia. De vez en cuando, trataba de engatusarlo para que se le aproximara y la acariciara, e incluso le hiciera el amor, puesto que era su esposa. Sin embargo, cuando Ma Gedik volvía a gritar, ella interrumpía la seducción y volvía a sentarse en su sitio, en silencio, para lanzarle una sonrisa de vez en cuando, con toda la paciencia del mundo.

—¿Por qué me tienes miedo? Lo único que quiero es que me toques y, por supuesto, que te acuestes conmigo, porque eres mi marido.

Ma Gedik no contestó.

—Piénsalo bien. Pongamos que, estando casados, no te acuestas conmigo —continuó—. No conseguiré quedarme preñada y todo el mundo dirá que ya no te funciona la polla.

—Eres una diablesa seductora —tartamudeó Ma Gedik finalmente.

—Soy una bella seductora —añadió Dewi Ayu.

—No eres virgen.

—¡Eso no es verdad, faltaría más! —exclamó Dewi Ayu, algo dolida—. Acuéstate conmigo y te darás cuenta de que te equivocas.

—No eres virgen y estás preñada, y quieres hacer de mí la oveja negra.

—Eso no es verdad.

El debate continuó hasta bien entrada la noche, y luego hasta la madrugada, y ninguno de los dos dio su brazo a torcer. Cuando llegó el nuevo día y la luz inundó su dormitorio nupcial, Dewi Ayu estaba agotada de los chillidos electrizantes de su flamante esposo y ya no se molestaba en acercarse. Se quitó todo lo que llevaba, el traje de novia y la diadema, y lo tiró encima de la cama. Completamente desnuda, se plantó delante del anciano histérico y le dijo bien alto al oído:

—¡Tómame y ya verás si soy virgen!

—¡Juro por Satán que no voy a hacerlo, porque sé perfectamente que no lo eres!

Entonces Dewi Ayu se metió el dedo corazón en la vagina, hasta el fondo, delante de la nariz de Ma Gedik. La joven gemía un poco de dolor y temblaba cada vez que el dedo se adentraba más entre sus piernas, hasta que lo sacó y se lo enseñó a Ma Gedik. Una gota de sangre colgaba de la yema, y con ella dibujó una línea recta desde lo alto de la frente de Ma Gedik hasta la punta de su tembloroso mentón.

—Bueno, supongo que ahora sí tienes razón —dijo Dewi Ayu—. Ya no soy virgen.

Se fue para darse un baño y después de eso durmió encima de las sábanas de su lecho nupcial, como si el anciano que seguía tiritando en el rincón la trajera sin cuidado. Hacía todo un día y una noche que no descansaba, de modo que durmió a pierna suelta y no reaccionó cuando los criados trataron de despertarla para almorzar. Abrió los ojos por la tarde y, sin preocuparse por Ma Gedik, se fue directa a la mesa y comió con apetito y sin decir una palabra mientras los criados la observaban, a la espera de sus órdenes. Cuando volvió a su cuarto, se dio cuenta de que el anciano había desaparecido. Lo buscó en el baño, en el jardín y en la cocina, pero no lo

encontró. Al final, preguntó por él a uno de los vigilantes apostados delante de la casa.

—Se ha marchado chillando como si hubiera visto al diablo, señorita.

—¿Y no lo habéis detenido?

—Corría demasiado deprisa, como corrió Ma Iyang hace dieciséis años — contestó el guardia—, pero el señor Willie ha salido tras él con el coche.

—¿Y lo ha alcanzado?

—No.

Dewi Ayu se dirigió a la cuadra a toda prisa y se sumó a la persecución a caballo. Se imaginó, aunque se equivocaba ligeramente, que su marido habría subido corriendo hasta la cima de la colina rocosa donde Ma Iyang había echado a volar y se había perdido en la niebla. Resultó que Ma Gedik no había ido a esa colina, sino a otra situada más al este. Tras interrogar a varias personas junto al camino, descubrieron el rastro de los neumáticos del Colibri, lo que los condujo hasta el pie de esa colina. Dewi Ayu se encontró al señor Willie sentado en el guardabarros trasero del coche, con aspecto de no poder seguir avanzando.

—Está cantando en la cima —anunció.

Dewi Ayu levantó la vista y vio a Ma Gedik, encaramado a una roca y cantando como una estrella de la ópera en el escenario. Lo oía a lo lejos, pero no sabía que era la misma canción que había cantado hacía mucho tiempo, el último día de los dieciséis años que había esperado a Ma Iyang.

—Está claro que va a saltar, como su amada —añadió el señor Willie—. Y se irá volando por el cielo y desaparecerá entre la niebla.

—No —replicó Dewi Ayu—. Se estrellará contra las piedras y acabará hecho picadillo.

Y eso fue lo que sucedió: en cuanto acabó la canción, Ma Gedik saltó al vacío. Pareció que volaba, rebosante de alegría, como no lo había visto nadie

desde hacía muchos años. Agitó los brazos como las alas de un ave, pero no podía hacer que su cuerpo volara más alto, de modo que cayó en picado a una velocidad cada vez mayor. Aunque sabía lo que le esperaba al final, no dejó de sonreír y de gritar con todo el entusiasmo del mundo. Fue a estamparse contra las piedras y su cuerpo quedó triturado, tal y como había predicho Dewi Ayu.

Llevaron a casa sus restos, que parecían más un caldo o una masa que un cadáver humano, y lo enterraron adecuadamente. Dewi Ayu decidió que la colina, situada junto a la de Ma Iyang, se llamaría «colina de Ma Gedik», y se impuso una semana de luto. Al final de ese período, se enteró de que Ted Stammer había caído defendiendo Batavia en la última batalla antes de la rendición de Holanda. Su cadáver nunca se recuperó, pero Dewi Ayu decidió hacer otra semana de luto. Al final de ese segundo período, feliz por no haber recibido más noticias trágicas, tiró a la basura toda la ropa de luto que había llevado. Se puso prendas alegres, se acicaló con esmero y se fue al mercado como si no hubiera pasado nada. Sin embargo, al volver a casa le dijeron algo mucho más sorprendente que la noticia de una nueva muerte.

El señor Willie, con traje y corbata y zapatos de piel relucientes, se le acercó para comunicarle que tenía que tratar un asunto importante con ella. Dewi Ayu se imaginó que iba a despedirse para ir a Batavia a buscar trabajo, y quizá alistarse en el ejército japonés. Ninguna de sus suposiciones se acercaba remotamente a la realidad. El rostro del señor Willie, rojo de bochorno, no dejó entrever nada hasta el momento en que habló. Dijo únicamente unas pocas palabras, pero bastaron para que a ella se le cortara la respiración:

—Señorita, ¿quiere casarse conmigo?

Dewi Ayu se había olvidado de que no era posible que los soldados japoneses estuvieran ganando la guerra sin información, como, por ejemplo, el hecho de que ella era hija de una familia holandesa. No solo la delataban la cara y la piel, sino también los archivos públicos de Halimunda, controlados en su totalidad por las fuerzas invasoras, de modo que no iba a haber forma de que se creyeran que era indígena, por mucho que se llamara Dewi Ayu.

—Supongo que no hay nada que hacer —comentó—. Igual que todo el mundo sabe que ese Multatuli es un borracho y en realidad no es javanés.

Estaba completamente sola, presa de la nostalgia, escuchando las canciones preferidas de su abuelo que daban vueltas en el gramófono, la «Sinfonía inconclusa» de Schubert y «Sherezade» de Rimski-Kórsakov, y pensaba en la respuesta que podía dar a la declaración del señor Willie. Sabía que era muy buena persona e incluso, en un momento dado, había tenido la esperanza de que se casara con su tía Hanneke. Decepcionar a un buen hombre como aquel era tan difícil como casarse con él temerariamente, pero, con independencia de las circunstancias, después de su turbulento matrimonio con Ma Gedik jamás volvería a casarse con nadie.

El señor Willie había llegado a Halimunda cuando el abuelo de Dewi Ayu había encargado el Colibri al concesionario Velodrome de Batavia, en sustitución del viejísimo Fiat. La empresa era propiedad de un individuo llamado Brest van Kempen, un hombre de buen corazón que permitía que la

gente comprara coches a plazos. A su abuelo no le hacía falta crédito, pero sus amigos le habían hablado de la excelente promoción que estaban ofreciendo en Velodrome: el coche contaba con un seguro de accidentes gratuito y el servicio de un taller mecánico estupendo, y encima incluían también a un conductor con experiencia en la reparación de motores. Volvió a casa con el señor Willie, que sería su chófer y su mecánico, y que resultó especialmente útil porque necesitaban a alguien que se ocupara de la maquinaria de la plantación. Era de complexión media y tendría unos treinta y cinco años. Llevaba el chaleco siempre desabotonado y la ropa eternamente cubierta de grasa, y tenía una pistola para matar ratas y jabalíes. Eso había sucedido cuando Dewi Ayu no era más que una niña de once años, cinco antes de que el señor Willie se le declarara.

—Piénselo bien, señor Willie —le dijo—. Estoy bastante loca.

—Cuando la miro, no veo ningún síntoma de demencia —respondió él.

—Al morir Ma Gedik, me di cuenta de que únicamente me había casado con él por la rabia que me daba que Ted hubiera destruido su amor, así que, evidentemente, estoy loca.

—Lo que pasa es que es un poco irracional.

—Que vendría a ser lo mismo que loca, señor Willie.

Y entonces llegó su salvación: podía huir y evitar dar una respuesta a su petición. Aún era por la mañana y no había terminado de sonar la música cuando vio unos camiones militares, alineados en la playa y preparados para hacer una ronda, recoger a los holandeses que quedaban y llevárselos a un campo de prisioneros. El día antes, los soldados habían ido casa por casa para ordenarles que hicieran las maletas. Por la noche, sin decir nada a nadie, y mucho menos al señor Willie, Dewi Ayu había recogido sus cosas. No se llevaba demasiado, solo una maleta llena de ropa, una manta, un jergón fino y

documentos que acreditaban las posesiones de su familia. No se llevó ni dinero ni joyas, porque sabía que se los robarían sin más. En lugar de eso, cogió un montón de collares y pulseras que habían sido de su abuela y los tiró por el retrete para que cayeran en el refugio de mierda del fondo. Repartió las joyas restantes en una serie de sobrecitos que pensaba entregar a los criados para que pudieran sobrevivir mientras buscaban trabajo en otro lugar. Para sí misma reservó seis anillos engastados con jades, turquesas y diamantes que se tragó. En su interior estarían a salvo, saldrían junto con la mierda y luego volvería a tragárselos otra vez mientras durase su encarcelación.

Era ya momento de partir: uno de los camiones se había detenido y de él habían bajado dos soldados con bayonetas que estaban subiendo los escalones del porche, donde se había sentado a esperarlos.

—Os conozco —aseguró Dewi Ayu—. ¡Sois los fotógrafos que trabajaban en la curva de la carretera!

—Sí, qué buenos tiempos. Hicimos fotografías de todos los holandeses de Halimunda, del primero al último —respondió uno de los soldados.

—Prepárese, señorita —ordenó el otro.

—Querrás decir «señora» —replicó Dewi Ayu—. Ahora soy viuda.

Pidió un momento para despedirse de los criados, que parecían estar al tanto de que su señora se marchaba. Vio a una de las cocineras, Inah, llorando. Inah era una auténtica maga de los fogones y la abuela Marietje le confiaba todas las comidas de los invitados de la familia. Dewi Ayu nunca volvería a probar su delicioso *rijsttafel*, quizá por el resto de la eternidad. Una buena cocinera era un indicativo importante de la posición económica de una familia, pero aquella familia en concreto había desaparecido y su última representante estaba a punto de convertirse en prisionera de guerra. Al entregar un collar de oro a Inah, Dewi Ayu se vio desbordada por los recuerdos. De pequeña, Inah le había enseñado a cocinar, le dejaba moler las

especias y avivar las brasas de la cocina. Sintió un arrebató de tristeza más abrumador que al enterarse de la muerte de sus abuelos.

Junto a la cocinera estaba otro sirviente, su hijo. Se llamaba Muin. Siempre iba más elegante que nadie, con su *blangkon* en la cabeza, y causaba buena impresión incluso entre los holandeses. Su cometido era hacer recados por toda la casa, pero cuando estaba más ocupado era durante las comidas, ya que tenía que poner y servir la mesa. Ted Stammler le había enseñado a manejar el gramófono y a menudo le ordenaba cambiar el disco o buscar una canción en concreto. Siempre lo hacía encantado: daba la vuelta al disco y colocaba la aguja como si nadie más pudiera encargarse de ello. Se había aprendido muchas piezas clásicas y además parecía que le gustaban de verdad.

—Puedes quedarte todo eso —le dijo Dewi Ayu, señalando el gramófono y el estante de los discos.

—¡De ninguna manera! —exclamó Muin—. Son del señor.

—Confía en mí: los muertos no escuchan música.

Años más tarde, acabada la guerra e instaurada la república, volvió a ver a Muin. Por aquel entonces ya casi no quedaba ninguna familia holandesa y nadie era lo bastante rico para tener muchos criados. Dewi Ayu era consciente de que Muin no sabía hacer gran cosa, aparte de poner la mesa y manejar el gramófono; y allí estaba, delante del mercado, poniendo los discos heredados de su abuelo, mientras un monito amaestrado muy espabilado iba de un lado a otro empujando una carreta o sujetando un paraguas, bailando al ritmo de la «Sinfonía número 9 en re menor», y la gente tiraba monedas dentro del *blangkon*, que Muin había dejado en el suelo del revés. Dewi Ayu se limitó a mirarlo desde lejos, sonriendo al ver su buena fortuna.

El otro cometido de Muin había sido la de correo: aún no había teléfonos en las casas y las cartas que llevaba el chico eran en realidad una pizarra de la que se utilizaban ambas caras. A menudo, Dewi Ayu escribía algún chisme



con tiza en un lado, Muin lo llevaba a toda prisa a casa de alguna de sus amigas del colegio y luego esperaba a que escribiera la respuesta por el otro. Mientras aguardaba, lo obsequiaban con una bebida fría y unos pastelitos que devoraba con ganas, y cuando volvía no solo llevaba la pizarra, sino también todos los cotilleos de los criados de la otra casa. Le gustaba ese trabajo y Dewi Ayu se lo encargaba casi a diario.

La única pizarra que no envió con Muin fue la última que escribió, el mensaje dirigido a Ma Gedik que el señor Willie y un matón entregaron en su cabaña.

—La pizarra también es para ti —le dijo al chico.

A continuación le llegó el turno a Supi, la lavandera, la reina de la bomba de agua y el jabón. De pequeña, la anciana siempre le había hecho compañía cuando se acostaba, cantándole la nana *Nina Bobo* y contándole el cuento de hadas «Lutung Kasarung». Su marido era el jardinero. Iba a todas partes con un machete colgado del cinto y una hoz en la mano, y a menudo se presentaba en la casa con sorpresas —un gatito negro, huevos de serpiente, un varano— o con regalos maravillosos, como un racimo de plátanos enormes, una guanábana medio madura o un saco lleno de mangos.

Había también varios matones —encargados de vigilar la casa, el jardín o la cabreriza— y a todos los abrazó. Por vez primera en muchos años, Dewi Ayu lloró. Dejarlos atrás era como perder una parte de su propio cuerpo. Finalmente, quedó frente al señor Willie.

—Estoy loca, y únicamente un loco se casaría con una loca —le dijo—. Y no quiero casarme con un loco.

Y le dio un beso antes de marcharse con los dos soldados japoneses, que se negaban a seguir esperando.

—Cuidad de mi casa —les pidió por última vez—, a no ser que esta gente la requise.

Subió a la parte trasera del camión que, con el motor en marcha, la esperaba en la calle. Le costó encontrar sitio, porque ya estaba atestado de mujeres y criaturas que lloraban y chillaban. Se despidió con la mano de los criados, que seguían en el porche. Había vivido en aquella casa durante dieciséis años, sin salir nunca de Halimunda, excepto para ir brevemente de vacaciones a Bandung o Batavia unas cuantas veces. Vio a los borzois, que llegaban corriendo desde la parte de atrás de la casa y ladraban en el jardín, cubierto por la hierba japonesa por la que les gustaba revolcarse, con flores de jazmín que asomaban al lado de la fachada y girasoles que crecían cerca de la valla. Aquel era su dominio, y Dewi Ayu esperaba que el señor Willie lo cuidara bien. El camión arrancó y la muchacha hizo un esfuerzo para respirar, aplastada como estaba contra los cuerpos de todas las demás prisioneras. No dejaba de agitar la mano en dirección a los ladridos de los borzois.

—¡Es increíble que abandonemos nuestras casas! —exclamó la mujer que tenía al lado—. Espero que no sea por mucho tiempo.

—Lo que yo espero es que nuestro ejército consiga derrotar a los japoneses —replicó Dewi Ayu—. En caso contrario, comerciarán con nosotras como si fuéramos azúcar o arroz.

Los indígenas sentados en cuclillas en los arceles observaban con gesto impasible a las mujeres que se daban codazos en la parte de atrás del camión, hasta que a algunos se les saltaron las lágrimas al distinguir a las pocas holandesas que conocían, y empezaron a agitar pañuelos entre sollozo y sollozo. Dewi Ayu, por su parte, se enjugaba las lágrimas y sonreía ante una escena tan extraña. Los indígenas eran buenos e inocentes, obedientes y un poco holgazanes. Dewi Ayu reconoció a algunos; habían trabajado en la plantación de cacao de su abuelo y de niña se había metido a hurtadillas en sus cabañas con frecuencia. Le caían bien porque le contaban muchas

historias fantásticas sobre el *wayang* y los *butas*, y se reían con ganas, y las mujeres la disfrazaban con sus estrechos sarongs y sus blusas *kebaya* de encaje y le recogían el pelo en un moño. Eran muy pobres, solo se les permitía ver las películas por detrás de la pantalla —de modo que la imagen estaba al revés— y nunca iban al club o al salón de baile si no era para barrer.

—Mira —dijo Dewi Ayu a una mujer que estaba a su lado—, deben de estar confundidos al ver que dos países extranjeros están en guerra en su tierra.

El trayecto hasta la cárcel, situada en la costa occidental del pequeño delta del río Rengganis, se hizo eterno. Hasta aquel momento, en la cárcel solo había habido delincuentes de verdad: asesinos y violadores, y prisioneros políticos del gobierno colonial, en su mayoría comunistas recluidos temporalmente antes de que los encerraran en Boven-Digoel. Las mujeres se achicharraban bajo el abrasador sol tropical, sin sombrillas ni nada que beber. A medio camino, el camión hizo una parada. Llenaron el radiador de agua, pero a las pasajeras no les dieron ni gota.

Dewi Ayu, agotada por el esfuerzo de ir en cuclillas y prestar atención al camino, echó un vistazo a su alrededor y se recostó contra la pared del vehículo. Se dio cuenta de que en realidad conocía bastante bien a varias de sus compañeras, que eran vecinas y amigas del colegio. Los holandeses hacían mucha vida social juntos. Los niños quedaban casi todas las tardes en la bahía para nadar. Los adolescentes se encontraban en el salón de baile, en el cine o en los espectáculos cómicos. Los adultos se reunían en el club. Dewi Ayu reconoció a algunas de sus amigas. Se sonrieron tímidamente y con amargura. Una de ellas le preguntó, con tono jocoso:

—¿Qué? ¿Cómo estás?

Con sinceridad y convicción, Dewi Ayu contestó:

—Fatal. De camino a un campo de prisioneros.

Con eso bastó para hacerlas reír un poquito.

La que había empezado la broma se llamaba Jenny. Habían ido juntas a bañarse muchas veces; se dedicaban a flotar en una vieja cámara de neumático que Dewi Ayu guardaba en el coche. Había sido una época feliz, antes del estruendo de la guerra. Los chicos se congregaban en la orilla y los viejos se sentaban en la arena, debajo de sus sombrillas y con la pipa en la boca, unos y otros con el objetivo de comerse con los ojos a las chicas en bañador. Dewi Ayu estaba al tanto de lo que hacían en el vestuario. Lo que llamaban «vestuario» era en realidad un manantial situado en el extremo de la playa y cercado con bambús entrelazados. Aunque la parte de los hombres y la de las mujeres estaban separadas, con frecuencia distinguía ojos que miraban a hurtadillas entre las rendijas de la cerca. Entonces acercaba la cara por el otro lado y gritaba:

—¡Ay, Dios mío, qué pequeña la tienes!

Y, por lo general, los hombres salían corriendo, abochornados.

En ocasiones, la aparición de una aleta de tiburón provocaba un alboroto entre los bañistas, pero nunca se producían ataques. La playa de Halimunda era muy poco profunda y por lo general los escualos daban media vuelta y se alejaban de la costa. A veces, algún ejemplar pequeño se quedaba atrapado en una red de pesca, pero los pescadores siempre los soltaban, porque decían que quedárselos traía mala suerte. Los tiburones no eran los únicos animales temibles, ya que cerca de la desembocadura del río había cocodrilos a los que también les gustaba comerse a la gente.

Ahora la bahía, con su plácido oleaje, debía de estar llena únicamente de niños indígenas, que iban siempre descalzos y llevaban una costra de suciedad en el cuerpo, y que se apartaban cuando las señoritas y los señores pasaban nadando. Dewi Ayu se preguntó si en la cárcel las dejarían ir a nadar.

—Pido a Dios que no nos topemos con un cocodrilo —dijo una mujer de unos cuarenta años con un niño pequeño en el regazo.

Hacía bien en preocuparse. Para llegar a la cárcel, que estaba en mitad del delta, tenían que ir por el agua. Tras el desagradable trayecto en el camión, se detuvieron en el río. Por la orilla rondaban soldados japoneses que chillaron cosas a las mujeres en su incomprensible idioma.

Las prisioneras se apretujaron en un transbordador, que daba más miedo que el camión, porque corrían el peligro de ahogarse y, como había dicho aquella mujer, podía aparecer un cocodrilo en cualquier momento, y ninguna de ellas era capaz de nadar más deprisa que una bestia así. El barco avanzaba a una velocidad desesperante, en círculos para no ir de frente contra la corriente. El humo de la chimenea, con pedazos de negro hollín, subía flotando hacia el cielo. El ruido espantó a una bandada de garzas que emprendió el vuelo para acabar posándose en aguas poco profundas; sin embargo, el panorama no era hermoso en absoluto cuando llegaron a un viejo edificio que estaba situado detrás de unos arbustos y tenía el aspecto de haber sido vaciado especialmente para acoger a prisioneros de guerra. Estaban en Bloedenkamp, una cárcel con una historia sangrienta, temida incluso por los criminales. Una vez dentro, había pocas posibilidades de huir, a no ser que alguien pudiera recorrer a nado kilómetro y medio hasta la orilla más deprisa que un cocodrilo.

Una vez atracó el transbordador, los soldados japoneses empezaron a chillar otra vez, y las prisioneras bajaron a toda prisa. Los niños se pusieron a llorar y se organizó cierto alboroto: una maleta fue a parar al río y su propietaria acabó empapada al intentar recuperarla, un jergón se cayó al barro y una madre se vio separada de su hija, que fue pisoteada en medio del caos. El grupo avanzó hacia la cárcel y pasó por tres portones de hierro vigilados por soldados. Antes de entrar, formaron una cola delante de una mesa tras la

que había dos japoneses sentados con una lista en la mano. A su lado vieron una cesta destinada al dinero y los objetos de valor. Algunas de las mujeres ya estaban quitándose las joyas y las echaban dentro.

—Hacedlo antes de que os cacheemos —ordenó uno de soldados en un malayo correcto.

«Vas a tener que cachear mi mierda», pensó Dewi Ayu.

La cárcel era mucho más asquerosa que una pocilga. Había goteras, las paredes tenían salpicaduras de sangre seca y también musgo y moho en las grietas. El suelo estaba sucio y los piojos, las cucarachas y las sanguijuelas campaban a sus anchas. Ratas de alcantarilla del tamaño del muslo de un niño correteaban con frenesí, atemorizadas por aquella invasión, y zigzagueaban entre las piernas de las recién llegadas, que daban saltos y chillaban.

Las prisioneras se apresuraron a marcar el territorio con las maletas y se dedicaron a limpiar sin dejar de llorar. Dewi Ayu se hizo con una pequeña zona en mitad de una galería, desplegó el jergón y, con la maleta a modo de almohada, se tumbó exhausta. Por fortuna, no tenía que cuidar de una madre o de un hijo y no se había olvidado de llevar pastillas de quinina y otros medicamentos, porque había riesgo de contraer malaria y disentería: el retrete no funcionaba.

No les dieron nada para cenar. Los pocos alimentos que habían llevado ellas mismas se habían terminado al mediodía. Alguien preguntó a los japoneses cuándo les darían algo de comer y la respuesta fue que quizá al día siguiente o al otro. Aquella noche les tocaría pasar hambre. Dewi Ayu salió de la galería en dirección al campo. Los tres portones de la cárcel estaban abiertos y las reclusas podían salir de la fortaleza para dar una vuelta. Al llegar, un rato antes, se había fijado en que había vacas. Quizá eran de los guardias indígenas o de los campesinos que vivían en el delta. Había recogido un puñado de sanguijuelas mientras limpiaba su zona de la galería y las había

metido en una lata de margarina Blue Band. Se acercó a una de las vacas que estaban pastando, la más gorda, y le pegó los bichos en la piel. El animal se limitó a levantar la vista un momento, impasible, y Dewi Ayu se sentó en una piedra a esperar. Sabía que las sanguijuelas estaban chupando la sangre de la vaca y que, cuando estuvieran llenas, se desplomarían como manzanas maduras. Las recogió del suelo y volvió a meterlas en la lata. Estaban hinchadas, gordas.

Hizo una pequeña hoguera e hirvió todas las sanguijuelas en la lata con agua del río. Sin añadir ningún aderezo, se las llevó de inmediato a la galería que se había convertido en su nuevo hogar.

—La cena está servida —anunció a un grupo de mujeres y niños que se habían instalado cerca de ellas.

Nadie demostró ningún interés por comer sanguijuelas y una mujer estuvo a punto de vomitar solo de pensar en ello.

—No vamos a comer sanguijuelas, sino sangre de vaca —explicó Dewi Ayu.

Con una navaja, las abrió en canal y extrajo los coágulos de sangre de su interior, los pinchó con la punta de la hoja y se los tragó. Nadie se movió para acompañarla en aquella cena salvaje, como mínimo hasta que cayó la noche y el hambre les resultó insoportable. Entonces lo probaron. No tenía mucho sabor, pero estaba más o menos bueno.

—No nos moriremos de hambre —aseguró Dewi Ayu—. Además de sanguijuelas, hay geckos, lagartijas y ratones.

—Bueno —se apresuraron a decir las mujeres—, estupendo, gracias.

Aquella primera noche fue realmente atroz. La luz del sol desapareció deprisa, como sucede en el trópico. Aunque no había electricidad, casi todo el mundo había llevado velas, y sus llamas colmaron las paredes de sombras temblorosas que asustaron a los niños pequeños. Echadas en sus jergones, en

un estado lamentable, las reclusas no podían dormir. Los ratones les pasaban por encima en la oscuridad, los mosquitos zumbaban en un oído y luego en el otro y los zorros voladores se cruzaban por las alturas. Aún peores eran las inspecciones sorpresa de los soldados japoneses, que querían descubrir a quien todavía escondiera dinero o joyas. Llegó la mañana, pero sin prometer nada.

En Bloedenkamp había aproximadamente cinco mil mujeres y niños traídos de mil lugares distintos. El único rayo de esperanza lo aportó una adivina, que leyó las cartas y les dijo que los pilotos estadounidenses estaban bombardeando el cuartel japonés. Dewi Ayu se dirigió al retrete a toda prisa, pero había ya una larga cola, así que cogió agua con la lata de margarina Blue Band y se fue al campo. Una vez allí, entre unas batatas, excavó un agujerito y defecó como un gato. Se limpió, reservando un poco de agua, y rebuscó en sus propios excrementos hasta dar con los seis anillos. Distintas mujeres la imitaban, haciendo sus necesidades a una distancia prudencial, pero sin saber que Dewi Ayu guardaba un tesoro. A continuación, aclaró los anillos con el resto del agua y se los tragó otra vez. No sabía qué pasaría después de la guerra. Quizá perdería la casa y la plantación, pero se juró no perder los anillos. Regresó a la galería sin saber si aquel día podría lavarse o no.

Aquella mañana, las recién llegadas recibieron orden de salir al campo, con un sol abrasador, y esperar la llegada del comandante y sus hombres; los niños lloraban y ellas estaban a punto de desmayarse. Por fin se presentó el comandante, con un bigote poblado, una katana que se balanceaba colgada del cinto y unas botas que reflejaban los rayos cegadores del sol. Informó a las prisioneras de que tenían que hacer una profunda reverencia, doblándose por debajo de la cintura, a todos los soldados japoneses en cuanto se diera la orden «Keirei!», y que no podían incorporarse hasta haber oído la orden «Naore!».



—Es la señal de respeto al emperador japonés —explicó a través de su intérprete.

Quienes no obedecieran recibirían un castigo proporcionado: más trabajo, azotes o incluso la muerte.

Una vez dentro, algunas de las mujeres, por miedo a un error debido a un descuido, se apresuraron a transmitir las órdenes a sus hijos. Sus gritos de «Keirei!» y «Naore!» provocaron que Dewi Ayu doblara la cintura, pero de risa.

—¡Sois más feroces que los japoneses! —exclamó, y las madres no tuvieron más remedio que reírse.

No había mucho con lo que entretenerse. El instinto de estudiante de magisterio de Dewi Ayu salió a la luz y la joven reunió a una serie de niños pequeños con los que montó una pequeña escuela en un rincón de la galería que no se utilizaba. Allí les enseñó lectura, escritura, aritmética, historia y geografía. Por la noche contaba cuentos populares e historias de la Biblia, e interpretaba los episodios de *wayang* sacados del *Ramayana* y el *Mahabharata* que había oído a los indígenas, así como el argumento de algunos de los muchos libros que había leído. Los niños estaban encantados con ella, porque sus cuentos nunca eran sosos ni aburridos. Así los distraía hasta que llegaba la hora de volver con sus madres y acostarse.

Los japoneses exigían que las celdas estuvieran limpias, de forma que las mujeres se organizaron en pequeños grupos de trabajo, cada uno con su jefa, y establecieron un calendario rotatorio con las tareas pendientes. Se turnaban para encargarse de la cocina comunitaria, llenar de agua los abrevaderos, lavar las herramientas y el material, limpiar el patio y llevar sacos de arroz, patatas y carbón vegetal, entre otras cosas, de los camiones al almacén. A pesar de su juventud, en su grupo eligieron a Dewi Ayu como jefa. Era ya lo bastante madura para dirigirlo y no tenía a nadie que la distrajera. Además de

montar la pequeña escuela, también encontró a una doctora con la que organizó un hospital sin camas ni medicamentos. Unas cuantas reclusas solicitaron un pastor, pero los hombres estaban en otra cárcel, así que Dewi Ayu dio con una monja y para ella con eso bastaba.

—Mientras no haya nadie que quiera casarse, no nos hace falta un pastor —aseguró, convencida—. Necesitamos simplemente a alguien que diga el sermón y dirija las plegarias.

Sin embargo, no todo salió a pedir de boca. Los niños se asilvestraron; formaban pandillas con los amigos de su misma galería y se insultaban. Era más fácil toparse con una pelea entre chiquillos que con un soldado japonés furioso. Las madres se sentían obligadas a dar una respuesta igual de severa y les pegaban, aunque no parecía que sirviera de nada. Los japoneses no tenían la más mínima intención de mediar o de detener esas refriegas, más bien lo contrario; promovían las riñas como quien descubre un nuevo juego.

La comida era otro problema. Las raciones que les entregaban no bastaban ni mucho menos para los miles de prisioneras. Les hacían seguir un régimen estricto destinado a matarlas de hambre. Para desayunar, únicamente les daban gachas de arroz con sal. El almuerzo consistía en cualquier cosa que pudieran encontrar por ahí o, más adelante, las verduras que habían plantado ellas mismas detrás de las celdas. Por la noche les daban una rebanada de pan blanco sin nada más. Nunca había carne y ya casi habían cazado todos los animales de Bloedenkamp hasta extinguirlos. Primero habían sido los ratones —aunque al principio nadie quería comérselos, al poco tiempo casi no quedaba ninguno en el delta— y luego habían desaparecido las lagartijas y los geckos. Después se habían evaporado las ranas. A veces los niños iban de pesca, pero no se les permitía alejarse demasiado y tenían que conformarse con pececillos del tamaño de un meñique de bebé o con renacuajos. El momento de máximo lujo fue cuando una vez encontraron unos plátanos,

pero se los dieron a los bebés y las madres tuvieron que pelearse por las pieles.

Los bebés empezaron a morir, y luego las ancianas. Las enfermedades también mataban a las madres jóvenes, a los niños, a las chicas: cualquiera podía caer muerto en cualquier momento. El campo de detrás de las celdas se convirtió en un cementerio.

Dewi Ayu era amiga de una joven que se llamaba Ola van Rijk. Hacía mucho tiempo que se conocían. El padre de Ola había sido propietario de una plantación de cacao y las chicas se visitaban con frecuencia. Ola tenía dos años menos y estaba encarcelada con su madre y su hermana menor. Una tarde, Dewi Ayu se la encontró hecha un mar de lágrimas.

—Mi madre se muere —dijo.

Dewi Ayu fue a verla. En efecto, parecía que era cierto. La señora Van Rijk tenía mucha fiebre, estaba bastante pálida y tiritaba. No daba la impresión de que pudiera hacerse nada, pero Dewi Ayu le dijo a su amiga que fuera a ver al comandante y le pidiera un medicamento y comida de las raciones de los soldados. Ola se estremeció de miedo ante la idea de acercarse a los japoneses.

—Ve o tu madre morirá —dijo Dewi Ayu.

Acabó obedeciendo, mientras Dewi Ayu ponía compresas frías en la frente de la enferma y trataba de entretener a la pequeña. Al cabo de unos diez minutos, Ola regresó sin el medicamento, llorando aún más.

—Deja que se muera —sollozó.

—¿Qué has dicho?! —preguntó Dewi Ayu.

Su amiga negaba con la cabeza, sin fuerzas, mientras se enjugaba las lágrimas con la manga.

—Es imposible —contestó entonces—. El comandante solo me dará el medicamento si me acuesto con él.

—Ya voy yo a hablar con él —dijo Dewi Ayu, furiosa.

El comandante estaba en su despacho, sentado en su silla, mirando ausente el café con hielo que tenía en la mesa y escuchando las interferencias de la radio. Ella entró con paso decidido, sin llamar. Él se volvió, sorprendido por su aplomo y con el gesto de rabia de quien no está para tonterías. Sin embargo, antes de que le diera tiempo de estallar, Dewi Ayu dio un paso adelante y quedó separada de él solo por el ancho de la mesa.

—Voy a ocupar el lugar de la otra chica, comandante. Puede acostarse conmigo, pero llévele a su madre un medicamento y un médico. ¡Un médico!

—¿Un medicamento y un médico? —repitió él, que ya sabía algunas frases en malayo.

Aquella jovencita era muy guapa, no podía tener más de diecisiete o dieciocho años y quizá aún era virgen, y se le estaba ofreciendo simplemente a cambio de un medicamento para la fiebre y un médico. Su rabia se evaporó al recibir un regalo de aquel calibre en una tarde tan aburrida. Sonrió, malicioso y depredador, con la sensación de ser un hombre con muchísima suerte, y rodeó la mesa mientras Dewi Ayu esperaba con su compostura habitual. Con una caricia, el comandante le tocó toda la cara, sus dedos se deslizaron como lagartijas por la nariz y los labios, y se detuvieron en el mentón para levantarle más la cabeza. Aquellos dedos prosiguieron su viaje, y descendieron por el cuello unas manos rugosas demasiado acostumbradas a sostener una katana que repasaron la curva de la clavícula y exploraron el cuello del vestido.

Las manos se abrieron paso bajo la tela y Dewi Ayu se sobresaltó un poco, pero el comandante ya estaba agarrándole el pecho izquierdo y a partir de entonces empezó a avanzar mucho más deprisa. Le abrió el vestido con la misma eficacia con la que pasaba revista a las tropas y luego se puso a

sobarla y a besarle el cuello con avidez ansiosa, y sus manos se movían frenéticamente, como si se lamentara de haber nacido solo con dos.

—Dese prisa, comandante. Si no, esa mujer morirá.

Aquel análisis debió de parecerle bien, porque, sin mediar palabra, tiró de Dewi Ayu, la levantó y, después de apartar el café y el transistor, la tumbó encima de la mesa. La desvistió con rapidez, se quitó la ropa él también y luego se abalanzó sobre su cuerpo como un gato sobre un pescado.

—No lo olvide, comandante: un medicamento y un médico —quiso asegurarse ella.

—Sí, sí, un medicamento y un médico —repitió él.

Entonces, sin andarse por las ramas, el japonés la atacó con ferocidad. Dewi Ayu cerró los ojos, ya que, con independencia de las circunstancias, no dejaba de ser la primera vez que un hombre la tomaba: se estremeció un poco, pero sobrevivió al horror. Luego ya no pudo mantener los ojos cerrados, el comandante le sacudía el cuerpo con demasiada violencia, la embestía sin pausa y la meneaba de un lado a otro. Lo único que consiguió Dewi Ayu fue esquivarlo cuando trataba de besarla en los labios. El juego terminó con una explosión y el comandante se apartó y se desplomó a su lado, resoplando entrecortadamente.

—Bueno, ¿qué me dice, comandante? —preguntó Dewi Ayu.

—Ha sido extraordinario, como un terremoto —contestó él.

—Me refiero al medicamento y al médico.

Al cabo de cinco minutos, Dewi Ayu recibió con alegría a un médico indígena, de gafas redondas y talante amable, y dio gracias por no tener que tratar demasiado con los japoneses en adelante. Lo acompañó a la celda en la que vivía la familia Van Rijk y en el umbral se encontró a Ola, que de inmediato le preguntó:

—¿Lo has hecho?

—Sí.

—¡Ay, Dios mío! —chilló la chica, y se puso a llorar sin poder contenerse.

Mientras el médico se acercaba corriendo a la enferma, Dewi Ayu trató de consolar a su amiga:

—No ha sido nada. Tu imagínate que he cagado por el agujero de delante y ya está.

Entonces el médico levantó la vista y anunció:

—Esta mujer ya está muerta.

A partir de aquel día formaron un trío, como una familia concentrada: Dewi Ayu, Ola y la pequeña Gerda, que solo tenía nueve años. Al padre de las hermanas lo habían llamado a filas y había ido a la guerra igual que Ted, pero aún no habían tenido noticias de él, no sabían si estaba vivo, encarcelado o muerto. Su primera Semana Santa y su primera Navidad en el campo de prisioneros pasaron sin más, sin huevos, sin abeto y sin velas, puesto que ya se habían acabado todas. Trataron de sobrevivir juntas, consolándose mutuamente y plantando cara a la enfermedad y a la muerte. Dewi Ayu prohibió a la pequeña Gerda robar nada a nadie, como estaban haciendo los demás niños. Se estrujaba el cerebro para pensar en algo que comer un día tras otro. Las vacas ya no pastaban por el delta y las sanguijuelas habían desaparecido hacía mucho tiempo.

Un día, Dewi Ayu vio una cría de cocodrilo en el extremo del delta y, como sabía que lo único que realmente hay que esquivar en tierra de esos animales es la cola, le aporreó la cabeza con un pedrusco. La pobre criatura estaba herida, pero no muerta. Pegaba coletazos de un lado a otro y empezó a avanzar hacia el río. Dewi Ayu agarró una estaca de bambú que normalmente se utilizaba para amarrar los cabos del transbordador, asestó un golpe temerario del que jamás se habría creído capaz y atravesó primero el ojo de la

cría de cocodrilo y luego el vientre. La criatura tuvo una muerte atroz. Antes de que su madre y sus compañeros pudieran acudir en su busca, la joven arrastró el cadáver hasta el campo de prisioneros tirando de la cola. ¡Menudo festín iban a darse, con sopa de carne de cocodrilo! Fueron muchas las que alabaron su valentía y le dieron las gracias.

—En el río hay muchos —contestó ella, como quien no quiere la cosa—, por si queréis más.

Desde pequeña le habían enseñado a no temer nada. Su abuelo la había llevado a cazar jabalíes con los matones unas cuantas veces. Incluso había estado al lado del señor Willie cuando lo había embestido el jabalí que lo había dejado tullido de por vida. Sabía cómo enfrentarse a una de esas criaturas: zigzaguear y no correr en línea recta, porque los jabalíes no saben girar. Eso se lo habían enseñado los matones, igual que le habían enseñado a acercarse a un cocodrilo, cómo reaccionar si de repente una pitón se le enroscaba por el cuerpo o si una víbora la mordía, cómo hacer frente a un *ajak* y qué hacer si una sanguijuela le chupaba la sangre. En realidad, ninguna de esas criaturas la había amenazado nunca antes de llegar a Bloedenkamp, pero las lecciones aprendidas de los matones siempre le rondaban la cabeza.

También le habían enseñado mantras para deshacerse de los malos espíritus y velar por su seguridad. Nunca recurría a ellos, pero se alegraba de saber que podía hacerlo. Conocía a una vendedora javanesa que vivía en una montaña y recorría a pie más de cien kilómetros solo para vender fruta de su huerto a los holandeses. Tardaba cuatro días en llegar. Por lo general, pasaba una noche en el almacén y la abuela de Dewi Ayu le daba de cenar y una taza de café caliente, y al día siguiente se marchaba para iniciar el viaje de regreso, de otros cuatro días. Además de dinero, a veces se llevaba algo de ropa usada. Nunca tenía miedo de bestias selváticas de ningún tipo, y Dewi Ayu sabía el motivo: era porque recitaba mantras.

Sin embargo, la joven no acababa de creer en ellos, igual que el sentido de las oraciones la confundía siempre. De todos modos, aunque no creía en el rezo, y nunca lo practicaba, sí le decía a Gerda:

—Reza para que Estados Unidos gane la guerra.

Los rumores sobre la victoria de Estados Unidos y la derrota de Alemania corrían por todo el campo. Las reconfortaban un poco, por muy esquiva que fuera esa esperanza, pero los días seguían pasando uno tras otro, al igual que las semanas y los meses. Llegó por fin la segunda Navidad y en esa ocasión Dewi Ayu solo la celebró para entretener a Gerda. Rompió una rama de un baniano que crecía delante del portón principal del campo de prisioneros, la decoró con adornos de papel, cantó *Jingle Bells* y se sintió muy feliz de tener a Ola y a Gerda; por un momento olvidó lo terrible que era pasar todos los días en un campo de prisioneros.

Empezaron a hacer planes para después de la guerra, daba igual cómo terminara, planes para cuando por fin fueran libres. Dewi Ayu quería volver a su casa, ponerlo todo en orden y seguir viviendo igual que antes. Quizá no exactamente igual, porque era posible que los indígenas fundaran una república propia y opusieran resistencia al sistema anterior, pero aun así volvería a su casa y viviría allí. Decía que le encantaría que Ola y Gerda la acompañaran, pero Ola pensaba, con sentido común, que quizá los japoneses ya la habían robado y se la habían vendido a alguien. O quizá se la habían apropiado los indígenas y ahora era suya.

—Podemos comprársela —aseguró un día Dewi Ayu, y les contó el secreto del tesoro que había dejado escondido, aunque no les dijo exactamente dónde—. Aunque los japoneses la hayan bombardeado y no quede más que un montón de tejas, podemos comprarla.

A Gerda le hizo mucha ilusión oír una historia así. Ya había cumplido los once años, pero estaba demacrada y no se le había desarrollado en absoluto el



cuerpo en los últimos dos años. Claro que estaban todas en el mismo barco, flacas y consumidas. A Dewi Ayu no le cabía duda de que su cuerpo había perdido diez o quince kilos de carne.

—Y con eso podrían prepararse cincuenta tazones de sopa —decía con una risilla.

La auténtica locura empezó casi dos años después de su llegada al campo de prisioneros, cuando los soldados japoneses empezaron a confeccionar una lista de todas las mujeres de entre diecisiete y veintiocho años. Dewi Ayu tenía ya dieciocho, casi diecinueve. Ola había cumplido los diecisiete. Al principio creyeron que la lista quería decir que iban a asignarles trabajos forzados más arduos, hasta que una mañana cruzaron el río unos cuantos camiones militares y un puñado de oficiales del ejército subió al transbordador con destino a Bloedenkamp. Ya se habían presentado varias veces, para hacer inspecciones o comunicar nuevas reglas o consignas, y en aquella ocasión la orden fue reunir a todas esas mujeres de entre diecisiete y veintiocho años. El caos estalló de inmediato, pues las reclusas se dieron cuenta de que iban a separarlas de sus amigas y familiares.

Algunas de las chicas, entre ellas Ola, trataron de disfrazarse de viejas, lo cual no sirvió de nada, por descontado. Otras huyeron y se escondieron en los retretes o se encaramaron al tejado y se hicieron un ovillo, pero los soldados japoneses las encontraron a todas. Una mujer mayor, que temía perder a su hija en un abrir y cerrar de ojos, intentó protestar y dijo que, si pensaban llevarse a las jóvenes, deberían llevárselas a todas. Como respuesta, dos soldados la molieron a palos.

Finalmente, todas las jóvenes formaron en varias filas en mitad del patio, temblando de miedo mientras sus madres se apiñaban todas juntas a lo lejos. Dewi Ayu vio a Gerda aferrada a un poste, completamente sola y tragándose

las lágrimas, y a su lado Ola no se atrevía a levantar la mirada de sus zapatos, feos y andrajosos. Oyó que algunas de las chicas lloraban y musitaban oraciones. Entonces llegaron los oficiales y las examinaron una por una. Se colocaban delante de ellas, riendo entre dientes mientras inspeccionaban su cuerpo, desde la coronilla hasta la punta de los dedos de los pies. A veces, para verles mejor la cara, les levantaban la barbilla con las yemas de los dedos.

A continuación hubo una selección. A algunas las separaron y las pusieron a un lado; cada vez que soltaban a una de ellas, era como si se lanzara una flecha desde el grupo de chicas hasta el de madres. Al final, solo quedaron una de cada dos en mitad del patio, entre ellas Dewi Ayu y Ola, que, incluso después de la segunda criba, permanecieron allí en medio, como peones impotentes del ridículo juego de los soldados japoneses. Las llamaron una por una para que las viera un individuo que las examinó aún más minuciosamente con unos ojillos pequeños y entrecerrados. Tras aquella última selección quedaron solo veinte muchachas en el centro del patio, aferradas unas a otras, sin atreverse ninguna de ellas a mirar a nadie más. A aquellas elegidas —jóvenes, guapas, sanas y fuertes— se les ordenó recoger todos sus enseres de inmediato y presentarse en la oficina del campo. El camión ya estaba esperando.

—Tengo que llevarme a Gerda —afirmó Ola.

—No —contestó Dewi Ayu—. Si nosotras morimos, al menos ella sobrevivirá.

—¿O al revés?

—O al revés.

Confiaron a la niña a una mujer que Dewi Ayu conocía desde hacía mucho tiempo, pero, de todos modos, Ola era incapaz de aceptar la situación y las hermanas se sentaron durante largo rato en un rincón, abrazadas. Dewi Ayu

recogió las cosas de las tres y ayudó a separar lo que había que dejar para Gerda.

—Bueno, ya basta. Después de aburrirnos como ostras durante dos años, nos vamos de viaje una temporada —dijo entonces Dewi Ayu a Gerda—. Te traeré algún recuerdo.

—No te dejes la guía —replicó Gerda.

—Qué graciosa eres.

Las veinte jóvenes se agolparon junto al portón principal. Dewi Ayu era la única que disimulaba, como si aquello fuera a ser una excursión entretenida. Las demás estaban sumidas en la confusión y el miedo y miraban a quienes dejaban atrás. Los oficiales ya se habían ido, y a las chicas las metieron en el transbordador unos cuantos soldados que las hacían avanzar a la fuerza, a base de empujones. Una vez a bordo, seguían viendo el portón de la cárcel y, a lo lejos, a las mujeres que se apiñaban en el interior para presenciar su partida. Ondeaban algunos pañuelos que recordaron a todo el mundo el día que los japoneses las habían arrancado de sus casas. Ahora les esperaba otro viaje. Una vez empezó a moverse el transbordador, el portón y la vista del interior desaparecieron. Entonces fue cuando las chicas se pusieron a llorar, y sus lloros ahogaron el ruido del motor y los rugidos de los soldados, que empezaban a cansarse de sus gimoteos.

A continuación las hicieron subir a un camión que esperaba en la otra orilla. Todas se acuclillaron a los lados, excepto Dewi Ayu, que se quedó de pie, pegada al lateral, para ver el panorama del conocido trayecto hasta Halimunda, al lado de dos guardias armados. Después de dos años en el campo de prisioneros, casi todas las jóvenes se conocían bien, pero al parecer a nadie le apetecía hablar, y el comportamiento tranquilo de Dewi Ayu las asombraba. Ni siquiera Ola sabía qué se le pasaba por la cabeza, y con osadía

concluyó que a su amiga ya no le quedaba nadie de quien preocuparse, no dejaba a nadie atrás.

—¿Adónde vamos, señor? —preguntó Dewi Ayu a un soldado, aunque sabía que el camión se dirigía hacia el extremo occidental de la ciudad, o quizá más allá.

Al parecer, a los guardias les habían dado orden de no hablar con ellas, por lo que no reaccionó ante la pregunta de Dewi Ayu y prefirió seguir hablando con su compañero en japonés.

Llegaron a un caserón con un magnífico jardín lleno de árboles y arbustos, un gran baniano en el centro y una hilera de palmeras y cocoteros chinos alternados al lado de la valla. Cuando el camión entró en el recinto, Dewi Ayu calculó que en aquella construcción de dos plantas debía de haber más de veinte habitaciones. Las jóvenes bajaron mudas de asombro: de un campo de prisioneros sombrío y miserable, habían pasado de repente a una mansión cómoda e incluso lujosa. Qué extraño era aquello; debían de haberse confundido las órdenes o algo así.

Además de los dos guardias, había más soldados que patrullaban el extenso recinto o jugaban a las cartas. Una mujer indígena de mediana edad salió de la casa con el pelo recogido en un moño y un vestido amplio con el cinturón sin abrochar. Sonrió a las muchachas que esperaban plantadas en el jardín como campesinas temerosas de acercarse al palacio del rey.

—¿Esta casa es suya, señora? —preguntó Dewi Ayu con educación.

—Llámame «Mamá Kalong» —contestó ella—, porque, como el *kalong*, el gran zorro volador, yo también soy un murciélago que las más de las veces revolotea de noche y no de día. —Bajó del porche y se les acercó, y trató de alegrar sus caras lúgubres con buen humor y una sonrisa—: Esto era la casa de vacaciones de un holandés de Batavia, el propietario de una fábrica de

limonada. No me acuerdo de cómo se llamaba, pero la verdad es que ya no importa, porque ahora es de todas vosotras.

—¿Para qué? —preguntó Dewi Ayu.

—Creo que ya sabes para qué. Habéis venido para ofrecer vuestros cuidados a los soldados enfermos.

—¿Como las voluntarias de la Cruz Roja?

—Qué lista eres, chiquilla. ¿Cómo te llamas?

—Ola.

—Muy bien, Ola, invita a tus amigas a entrar.

El interior de la casa era aún más espléndido. En las paredes había muchos cuadros, casi todos de estilo *mooi Indie*. Toda la estructura, hecha de madera tallada con intrincados diseños, estaba intacta. Dewi Ayu vio un retrato familiar aún colgado en el que parecía haber más de tres generaciones apretujadas en un sofá. Quizá habían logrado huir, o quizá vivían en Bloedenkamp, o más posiblemente estarían todos muertos. Había un gran retrato de la reina Guillermina apoyado contra la pared en un rincón; tal vez lo habían descolgado los japoneses. Todo aquello hizo que Dewi Ayu se diera cuenta de que su casa ya no debía de existir: lo más probable era que la hubieran ocupado los japoneses, o quizá había quedado hecha añicos por un obús que había errado el tiro. Sin embargo, allí hasta el último detalle estaba muy cuidado, tal vez por la propia Mamá Kalong, y cuando la joven entró en una de las habitaciones tuvo la impresión de penetrar en un dormitorio nupcial. La cama era grande y tenía un colchón grueso y mullido y una mosquitera del color de una manzana roja, y en el aire flotaba un aroma a rosas. Los armarios aún estaban llenos de vestidos, algunos de muchacha, y Mamá Kalong les dijo que podían ponérselos. Ola comentó que, después de dos años en el campo de prisioneros, todo aquello parecía un sueño.

—¿Qué te había dicho? —preguntó Dewi Ayu—. Estamos de excursión.

Todas las chicas tenían habitación propia, y los lujos no acababan ahí. Con ayuda de dos criadas, Mamá Kalong les sirvió para cenar un *rijsttafel* completo, lo cual, después de morir de hambre mes tras mes, les pareció lo mejor que habían comido. A pesar de todo, el recuerdo de los seres queridos que habían dejado atrás en el campo de prisioneros impedía que la mayoría de las jóvenes disfrutaran de aquel despliegue.

—Gerda tendría que estar con nosotras —se lamentó Ola.

—Si no acaban mandándonos a hacer trabajos forzados en una fábrica de armas, podremos ir a buscarla —afirmó Dewi Ayu en un intento de consolarla.

—La señora ha dicho que vamos a ser voluntarias de la Cruz Roja.

—¿Y qué? ¿Qué más da? Tú ni siquiera sabes vendar una herida, así que ¿qué iba a hacer Gerda?

Era cierto, pero todas estaban ya emocionadas con la idea de ser voluntarias de la Cruz Roja, por mucho que eso supusiera trabajar para el enemigo. Como mínimo, era mejor que morir de hambre en el campo de prisioneros. Se animaron mucho hablando de primeros auxilios. Una jovencita aseguró que había sido exploradora y sabía cortar una hemorragia, y no solo eso, también sabía tratar problemas menos serios, como la diarrea, la fiebre y las intoxicaciones, con plantas silvestres.

—Lo malo es que a los soldados japoneses no les hacen falta remedios contra la diarrea —dijo Dewi Ayu—. Lo que necesitan es que alguien les ampute la cabeza.

Se apartó del grupo y se fue a su cuarto. Al ser la más tranquila de todas, aunque no la mayor, habían acabado considerándola su cabecilla, así que las otras diecinueve chicas la siguieron hasta su dormitorio, donde algunas se sentaron en la cama, y se reanudó la conversación sobre cómo amputarle la cabeza a un soldado japonés, en el caso de que se la hubieran herido y ya no

le sirviera de nada. Dewi Ayu no prestaba atención a su parloteo insustancial y, en lugar de eso, prefirió disfrutar de su nueva cama, como una niña con un juguete nuevo. Manoseó el colchón, acarició la manta, rodó de un lado a otro e incluso se puso a pegar botes, con lo que sacudió el colchón y sus amigas pegaron un brinco.

—¿Qué haces? —preguntó una de ellas.

—Pues comprobar si esta cama se hunde cuando alguien le da una buena sacudida —contestó, sin dejar de saltar.

—Es imposible que haya un terremoto —replicó otra.

—¿Quién sabe? —dijo ella—. Si voy a acabar cayéndome al suelo en plena noche, la verdad es que prefiero dormir en el suelo directamente.

—Qué rara es —comentaron las demás, y una tras otra se fueron a sus respectivos cuartos.

Cuando ya se habían marchado todas, Dewi Ayu se acercó a la ventana y la abrió. Había gruesos barrotes de hierro y se dijo que no había forma de escapar. Cerró, volvió a la cama y se metió dentro sin desvestirse. Antes de dormirse, rezó:

—En fin, es una mierda pero la guerra es así. Ya se sabe.

Cuando amaneció, el desayuno ya estaba preparado: arroz hecho con huevos fritos por un solo lado. Todas las chicas se habían bañado, pero seguían llevando la ropa de siempre, que parecía hecha de trapos de cocina repugnantes que se habían utilizado, lavado y secado al sol demasiadas veces. En sus ojos rojos se detectaba el rastro de las lágrimas vertidas durante toda la noche. Dewi Ayu era la única que, con todo el descaro del mundo, había sacado la ropa del armario y se había puesto un vestido de color crema y manga corta, con lunares blancos y un cinturón de hebilla redonda que le marcaba el talle. Se había empolvado la cara, se había dado un toque de

carmín y su cuerpo desprendía el leve aroma de un perfume de lavanda. Lo había encontrado todo en los cajones del tocador. Estaba elegante y resplandeciente, como si fuera su cumpleaños, y contrastaba muchísimo con las jóvenes alicaídas que la rodeaban y que le lanzaban miradas acusadoras, como si hubieran pillado a una traidora con las manos en la masa. Sin embargo, después de desayunar se fueron todas corriendo a sus cuartos, se cambiaron a toda prisa y se dedicaron a admirarse mutuamente.

Eran casi las doce cuando llegaron los japoneses y el estruendo de sus botas inundó la casa. Las jóvenes recordaron de inmediato que, a pesar de todo, seguían siendo prisioneras, y les pareció raro haber estado tan alegres poco antes. Retrocedieron hasta pegar la espalda a la pared y el abatimiento volvió a apoderarse de ellas. Todas menos Dewi Ayu, que se apresuró a saludar a uno de los visitantes.

El militar apenas la miró un instante, sin molestarse en contestar, y luego fue en busca de Mamá Kalong. Hablaron un momento y a continuación el japonés volvió para contar a las chicas antes de marcharse. La casa se quedó en silencio, ocupada únicamente por las jóvenes, Mamá Kalong y un par de japoneses que patrullaban en el exterior.

—¡Nos ha contado como si fuéramos soldados! —se quejó una de ellas.

—Es lo que tiene que hacer un comandante —replicó Mamá Kalong.

Aquel día no hicieron nada más que pasar el rato en el salón o en alguno de los dormitorios, y el aburrimiento las dominó. Tras recordar con nostalgia su infancia feliz antes de la guerra, se quedaron sin tema de conversación. No sacaban el tema de la Cruz Roja, porque no había indicio alguno de que realmente fueran a ser voluntarias. Los japoneses no lo mencionaban, pero lo cierto era que no hablaban de nada en absoluto. A las jóvenes les parecía que para ser voluntarias necesitarían algún tipo de preparación, pero daba la



impresión de que en lugar de eso iban a pudrirse en aquel caserón, rodeadas de lujos absurdos.

—Además —dijo una de ella—, si lo pensáis bien, el frente está lejos de aquí, a saber dónde, quizá en el océano Pacífico, quizá en la India, pero desde luego en Halimunda no.

En aquella ciudad no había soldados heridos y nadie necesitaba la Cruz Roja.

—Lo que siguen necesitando es que alguien les ampute la cabeza —apostilló Dewi Ayu.

Aquel chiste ya no tenía gracia, sobre todo porque quien lo contaba parecía la persona más despreocupada del mundo. Daba la sensación de que disfrutaba de todo aquello; se comía las manzanas que les habían mandado y luego se comía con la misma voracidad los plátanos y las papayas.

—¿Es porque te mueres de hambre o por glotonería? —le preguntó Ola.

—Por las dos cosas.

El día siguiente, también pasó sin incidencias, por lo que estaban cada vez más confundidas. Ola trató de consolarse pensando que tal vez iban a intercambiarlas por otros prisioneros de guerra y por eso les daban buenos alimentos, casa y ropa, para que no tuvieran aspecto de haber sufrido. Ninguna de las demás se lo creyó. La oportunidad de hacer preguntas llegó cuando se presentaron en la casa varios japoneses junto con un fotógrafo. Sin embargo, ninguno de ellos hablaba inglés, holandés o malayo. Se limitaban a hacerles gestos para que se pusieran guapas, porque iban a fotografiarlas. A regañadientes, las jóvenes fueron poniéndose una a una delante del objetivo, con sonrisas forzadas y la esperanza de que Ola tuviera razón y aquellos retratos formaran parte de una campaña sobre las condiciones de los prisioneros de guerra, con la esperanza de que fuera a haber un intercambio.

—¿Por qué no le preguntáis a Mamá Kalong qué pasa? —propuso Dewi

Ayu.

La encontraron y la abordaron.

—¡Nos dijo que íbamos a ser voluntarias de la Cruz Roja!

—Voluntarias sí —respondió ella—, pero quizá no de la Cruz Roja.

—¿Y entonces?

Miró a las muchachas, que a su vez la miraban con expectación. Y así esperaron, con las caritas inocentes casi completamente libres de pecado, hasta que Mamá Kalong negó con la cabeza sin mucho afán y se marchó. La siguieron de inmediato para exigirle:

—¡Díganos algo!

—Yo lo único que sé es que sois prisioneras de guerra.

—¿Por qué nos dan tanta comida?

—Para que no os muráis.

Y acto seguido salió al jardín y desapareció. Las jóvenes no sabían adónde iba y no pudieron seguirla porque los soldados las interceptaron y dejaron que la mujer se alejara.

Su enojo fue en aumento cuando regresaron y se encontraron a su amiga Dewi Ayu sentada en una mecedora, canturreando en voz baja y comiendo más manzanas. Miró hacia donde estaban y les sonrió, pero se encontró unas caras que refrenaban la rabia.

—Estáis muy graciosas —aseguró—. Parecéis muñecas de trapo.

La rodearon formando un círculo, pero ella no abrió la boca.

—¿Tú no crees que aquí pasa algo raro? —preguntó por fin una de ellas—.  
¿No te preocupa nada?

—La preocupación es fruto de la ignorancia.

—O sea, que crees que sabes lo que nos va a pasar, ¿no? —intervino Ola.

—Sí. Van a prostituirnos.

Lo sabían todas, pero Dewi Ayu fue la única que tuvo el valor de decirlo.

El burdel de Mamá Kalong existía desde la apertura del inmenso cuartel colonial holandés. Antes, su propietaria no era más que una chiquilla que echaba una mano en la taberna de su malvada tía. Servían vino de arroz y *tuak* de caña de azúcar, y los soldados se convirtieron en clientes habituales. Aunque gracias a las tropas llegadas a la ciudad la taberna estaba más animada que nunca, la joven aún no se ganaba la vida. Estaba obligada a trabajar de las cinco de la mañana a las once de la noche, a cambio de lo cual recibía únicamente dos comidas diarias. Y entonces descubrió una forma de sacar partido del poco tiempo que le quedaba libre y conseguir dinero por su cuenta.

Cuando cerraba la taberna, se iba al cuartel. Ella sabía lo que necesitaban los soldados y ellos, lo que quería Mamá Kalong. Le pagaban para que se desnudara y se les sentara encima a horcajadas. Tres o cuatro se turnaban para follársela antes de que se fuera a casa con el dinero que le daban. Al cabo de un tiempo, empezó a ganar mucho más que su tía. Tenía buen instinto empresarial. Un día, después de llevarse una regañina por haberse dormido en el trabajo, dejó a su tía y abrió una taberna propia al final del muelle. Servía vino de arroz y *tuak* de caña de azúcar junto con su propio cuerpo. No volvió por el cuartel, sino que eran los soldados los que acudían a su taberna. Al final del primer mes, ya había encontrado a dos jovencitas de

doce o trece años que le echaban una mano, como camareras y como putas. Había empezado una carrera de madama.

Tres meses después, las putas eran ya seis, sin contarla a ella, lo que le bastó para ampliar la taberna con la construcción de varios cuartos de finas paredes de bambú trenzado. Un día, llegó un coronel para inspeccionar el emplazamiento militar y visitar el burdel, no con la idea de acostarse con una prostituta, sino de comprobar si el lugar era lo bastante bueno para sus soldados.

—Esto es una pocilga —exclamó—. Morirán de tanta miseria antes de llegar a ver al enemigo.

Mamá Kalong, con una actitud de respeto adecuada para un coronel, se apresuró a contestar:

—Pero morirán de frustración sexual si los obligan a esperar que abra un burdel mejor.

El coronel acabó convenciéndose de que el burdel levantaba la moral de sus hombres y era bueno para su espíritu de lucha, de modo que redactó un informe favorable y, mes y medio después de su visita, los militares decidieron levantar unas instalaciones más permanentes. Tiraron al suelo las paredes de bambú y el tejado de hojas de palma y colocaron suelos de cemento y paredes resistentes como las de un fuerte defensivo. Casi todas las camas eran de teca y los colchones estaban rellenos de las mejores fibras de algodón. Mamá Kalong, que había recibido todo eso de forma gratuita, parecía satisfecha y decía a todos los soldados que acudían:

—Adelante, haz el amor aquí como si estuvieras en tu propia casa.

—Eso es ridículo —contestó un soldado—. En casa solo tengo a mi madre y a mi abuela, que es una anciana.

A partir de entonces, se mimó y veneró a todo el que pisaba aquel lugar.

Las putas se vestían y se maquillaban mejor que las holandesas más respetables, y eran más hermosas que la reina.

Cuando hubo una epidemia de sífilis, Mamá Kalong y los soldados exigieron que se construyera un hospital. En realidad era militar, pero también acudían civiles. El burdel estuvo a punto de quebrar, pero su propietaria encontró varias soluciones buenas. Trató de convencer a algunos de los soldados para que eligieran una concubina en exclusividad, asegurándoles que podía encontrársela si le pagaban una determinada cantidad a cambio. Cruzó los pueblos e incluso se adentró en la montaña para encontrar a jovencitas dispuestas a que las mantuvieran los militares holandeses.

Seguía alojándolas a todas en la casa de putas, pero cada una estaba reservada para un único soldado. Con ese sistema se hizo rica rápidamente, ya que garantizaba que las mujeres no contagiaban enfermedades repugnantes. Si, en cambio, los soldados que se sentían exprimidos por las tarifas implacables de Mamá Kalong decidían casarse con sus concubinas, les pedía una indemnización aún más cuantiosa. Mientras, no había dejado de arrendar a las prostitutas de siempre a todo aquel que estuviera interesado. Para esas putas incluso encontró a nuevos clientes que sustituyeron a los soldados: eran los marineros y los trabajadores del puerto.

En los últimos años de poder colonial, podría decirse con tranquilidad que Kalong fue la mujer más rica de Halimunda. Empezó a comprar tierras a campesinos que lo habían perdido todo en la mesa de juego y a alquilárselas a ellos mismos, hasta que tuvo propiedades a lo largo de casi todas las estribaciones. Quizá solo la superaban en tierras los holandeses dueños de las plantaciones.

Era como una pequeña reina en aquella ciudad: todo el mundo la respetaba, tanto los indígenas como los holandeses. Iba siempre en coche de caballos

cuando tenía que ocuparse de sus asuntos empresariales, y el más importante seguía siendo las mujeres que comerciaban con sus partes íntimas. Su presencia pública era correctísima, con un ajustado sarong y una blusa *kebaya*, y el pelo recogido en un moño. Por supuesto, ya no estaba tan delgada como antaño, y fue entonces cuando la gente, siguiendo la costumbre de las prostitutas jóvenes, se puso a llamarla «mamá». Nadie sabía quién había empezado, pero luego su nombre se alargó hasta quedarse en «Mamá Kalong». A ella le gustaba y al cabo de poco tiempo todo el mundo, incluida ella misma, olvidó su verdadero nombre.

—Hoy en día, después del hundimiento de todos los demás reinos, en Halimunda hay uno nuevo —afirmó en la taberna un soldado holandés borracho—, y es el reino de Mamá Kalong.

Era codiciosa, por descontado, pero nunca quiso que sus jóvenes prostitutas sufrieran, todo lo contrario: tenía tendencia a consentirlas, como una abuela al cuidado de una caterva de nietas. Tenía criadas que les calentaban agua para que pudieran bañarse tras las extenuantes sesiones amorosas; a veces, les daba el día libre y se las llevaba de excursión a una cascada cercana, y hacía ir a las mejores modistas para que les confeccionaran la ropa. Y, ante todo, la salud era su máxima prioridad.

—Y eso porque —decía— el placer más exquisito se encuentra en un cuerpo sano.

Llegó el día en que se marcharon los soldados holandeses y llegaron los japoneses. Y en esos tiempos de cambio la casa de putas de Mamá Kalong permaneció exactamente igual. Ella atendía a los recién llegados con la misma deferencia que a sus anteriores clientes, e incluso buscó chicas más lozanas y más jóvenes. Un día, las autoridades civiles y militares la convocaron para hacerle un breve interrogatorio. No fue nada demasiado inquietante; en esencia, un grupo de oficiales de alto rango instalados en

Halimunda quería tener sus propias prostitutas, separadas de las de los soldados de baja graduación, y sobre todo de las que atendían a los trabajadores del muelle y a los pescadores. Querían putas nuevas que estuvieran impolutas y sumamente bien cuidadas, y Mamá Kalong tenía que buscar a esas chicas cuanto antes, porque, como ella misma había dicho en una ocasión, los hombres se estaban muriendo de frustración sexual.

—Encontrar a chicas así es sencillo, caballeros —aseguró.

—Dígame, ¿dónde?

—Entre los prisioneros de guerra —contestó Mamá Kalong, sin inmutarse.

Cuando, por la tarde, empezaron a llegar varios japoneses, las chicas se pusieron a correr de un lado a otro como locas. Buscaron algún resquicio por el que escabullirse, pero hasta el último rincón estaba vigilado. El jardín de la casa, que era bastante grande, estaba rodeado de un muro alto; solo había un portón en la parte delantera y una puertecita en la trasera, y por ninguno de los dos habría sido posible huir. Algunas de las jóvenes trataron de encaramarse al tejado, como si tuvieran la esperanza de salir volando o de dar con una cuerda por la que trepar hasta el cielo.

—Yo ya lo he intentado todo —afirmó Dewi Ayu—. No hay escapatoria.

—¡Van a prostituirnos! —chilló Ola, y se desplomó entre lágrimas.

—Creo que en realidad va a ser peor —replicó su amiga—. Me parece que ni siquiera nos van a pagar.

Otra chica, que se llamaba Helena, abordó de inmediato a los oficiales japoneses que se presentaron en la casa y los acusó de violar los derechos humanos, en contra de lo estipulado en la Convención de Ginebra. No solo los japoneses se echaron a reír a carcajadas, sino también Dewi Ayu.

—En una guerra no hay convenciones que valgan, monada —le dijo.

De todas ellas, Helena era precisamente la que parecía más contrariada

ante la perspectiva de que fueran a prostituirlas. Lo más curioso era que, antes de que estallara la guerra y se impusiera el caos generalizado, había decidido meterse monja. Era la única que había llevado consigo un devocionario, y en aquel momento se puso a recitar un salmo en voz alta, delante de los japoneses, quizá con la ilusión de que echaran a correr aullando de miedo, como los malos espíritus ante un exorcismo. Sin embargo, los soldados sorprendieron a todo el mundo al tratarla con mucha educación y contestar al final de cada oración:

—Amén.

Claro que lo hacían riéndose, por descontado.

—Amén —repitió ella, y se desplomó sin fuerzas en una silla.

Uno de los oficiales sacó unos papeles y les entregó uno a cada una. En ellos había unas palabras escritas en malayo que resultaron ser nombres de distintas flores.

—Son vuestros nuevos nombres —anunció.

Dewi Ayu recibió con emoción el suyo: Rosa.

—Cuidado —advirtió—. Todas las rosas tienen espinas.

A otra chica le tocó Orquídea y a otra, Dalia. El nuevo nombre de Ola era Alamanda.

Les ordenaron que se fueran a sus cuartos mientras unos cuantos japoneses hacía cola ante una mesa colocada en el porche para comprar billetes. Aquel primer día los precios eran muy caros porque creían que todas las chicas seguían siendo vírgenes. No sabían que Dewi Ayu ya no era pura. En lugar de irse cada una a su dormitorio, las muchachas se congregaron en el de Dewi Ayu, que de nuevo estaba probando la resistencia de su colchón.

—Parece ser que alguien sí que va a provocar un terremoto, y además encima de la cama.

A continuación, los soldados empezaron a atrapar a las jóvenes una por



una, en una batalla que ganaron con facilidad. Las agarraban entre los brazos como si fueran gatitas enfermas que se retorcían inútilmente mientras se las llevaban. Aquella noche, Dewi Ayu oyó chillidos histéricos procedentes de las distintas habitaciones en las que proseguía la contienda. Algunas incluso consiguieron salir corriendo al pasillo completamente desnudas, antes de que los japoneses volvieran a capturarlas y a arrojarlas encima de la cama. Gimotearon durante aquellas terribles uniones, y Helena incluso gritó varios versículos de salmos mientras uno de los soldados le desgarraba el himen. Dewi Ayu oía a los demás japoneses reírse de todo aquel alboroto en el porche.

Ella fue la única que no rezongó y ni siquiera rechistó. Le tocó un oficial japonés alto y corpulento, fornido como un luchador de sumo, que llevaba una katana colgada del cinto. La joven se tumbó en la cama y miró hacia el cielo, sin fijar la vista en el militar en ningún momento y, desde luego, sin sonreír. Parecía mucho más concentrada en el ruido del jaleo fuera de su habitación que en lo que pudiera suceder dentro. Se quedó quieta como un cadáver listo para el entierro. Cuando el japonés le ordenó a gritos que se desnudara, ella permaneció completamente inmóvil, como si ni siquiera respirase.

Enfadado, él desenfundó la espada y la blandió hasta que un lado de la hoja entró en contacto con la cara de Dewi Ayu. Entonces repitió la orden, pero ella continuó sin moverse, incluso cuando la punta del arma le dejó un rastro en la mejilla. Sus ojos seguían estando dirigidos hacia el cielo y era como si sus oídos estuvieran sintonizados con un sonido lejano. El japonés, cada vez más furioso, tiró la espada y abofeteó dos veces a Dewi Ayu, lo que le dejó un verdugón rojo e hizo que su cuerpo se balanceara por un momento, pero la joven mantuvo aquella actitud de indiferencia exasperante.

Resignado ante su mala suerte, el soldado fornido acabó arrancándole la

ropa del cuerpo a la mujer que tenía delante, lo tiró todo al suelo y la vio desnuda. Le apartó los brazos y las piernas hasta dejarla completamente abierta en la cama. Después de evaluar el pedazo de carne inmóvil y silencioso que tenía delante, se desvistió también a toda prisa, se abalanzó sobre el colchón, se echó encima de Dewi Ayu y la forzó. Durante aquella fría cópula, ella permaneció en la misma postura en la que la había colocado el japonés, sin responder con el más mínimo entusiasmo o vehemencia, ni ofrecer ninguna resistencia innecesaria. No cerró los ojos, no sonrió, se limitó a mirar hacia el cielo. Su gélida conducta tuvo un efecto extraordinario: la cosa no duró ni tres minutos. Fueron dos minutos y veintitrés segundos, según el cálculo de la propia Dewi Ayu, que estaba pendiente del reloj de pie que había en un rincón. El militar se desplomó a su lado y enseguida se levantó, refunfuñando. Se vistió apresuradamente y se marchó dando un portazo y sin decir palabra. Entonces fue cuando la joven se movió y, sonriendo con bastante dulzura, se desperezó y dijo en voz alta:

—Qué noche tan aburrida.

Se vistió y fue al baño. Allí se encontró a varias de las chicas que estaban lavándose, como si con el agua de unos pocos cazos pudieran quitarse de encima aquella sensación de asco, vergüenza y pecado. Nadie decía nada. Aquello aún no había acabado, porque la noche era joven y había varios japoneses esperando. Una vez limpias, las obligaron a volver a sus cuartos y entonces hubo más refriegas y más llantos, menos en el caso de Dewi Ayu, que repitió el mismo comportamiento glacial.

Aquella noche, cada una de ellas fue forzada por cuatro o cinco hombres. Lo que hacía sufrir a Dewi Ayu no eran los polvos desquiciados e incansables que sumían su cuerpo en una parálisis muda y misteriosa, sino los chillidos y los gemidos de sus amigas. «Pobrecitas —pensaba—. Luchar contra lo inevitable duele más que ninguna otra cosa.» Y entonces amaneció.

Aquella mañana hubo trabajo. Presa de la desesperación, Helena se había cortado el pelo a tijeretazos torcidos, y Dewi Ayu tuvo que igualárselo. La tercera noche, se encontró a Ola moribunda en el baño, donde había tratado de cortarse las venas. Se la llevó de inmediato a su cuarto, inconsciente y calada hasta los huesos, mientras Mamá Kalong buscaba un médico. No murió, pero, de todos modos, Dewi Ayu se dio cuenta de que lo que había experimentado su amiga había sido aún más horripilante de lo que había creído en un principio. Una vez superada la crisis, le dijo:

—Cuando vuelva a ver a Gerda, no quiero contarle que te violaron y te moriste.

Aunque la vida ya había seguido así durante días, varias de las chicas todavía eran incapaces de aceptar su terrible destino, y Dewi Ayu aún oía gritos en mitad de la noche. Dos de ellas se escondían con frecuencia por los pasillos o se subían al zapote que había detrás de la casa. Dewi Ayu recomendó a sus compañeras hacer lo que hacía ella todas las noches:

—Quedaos quietas, como cadáveres, hasta que se cansen.

Sin embargo, a las chicas esa perspectiva les parecía aún más espantosa. No podían ni imaginarse lo que sería quedarse inmóviles mientras alguien las agredía y se las follaba.

—Si no, tratad de encontrar a un soldado de entre todos ellos que os guste un poquito, y ofrecedle un servicio de primera para que se vuelva adicto a vosotras y quiera volver todos los días y pagar para quedarse toda la noche. Satisfacer a una misma persona una y otra vez es mucho mejor que acostarse con muchos hombres distintos.

¡Aquello les pareció mejor idea a sus amigas, pero seguía siendo tan horrible que les costaba imaginárselo!

—O contadles cuentos como Sherezade —continuó.

A ninguna de ellas se le daba bien contar cuentos.

—Invítadlos a jugar a las cartas.

Ninguna de ellas sabía jugar a las cartas.

—En ese caso, dadle la vuelta a la situación —concluyó Dewi Ayu, tirando la toalla—. Violadlos vosotras a ellos.

A pesar de todo, lo cierto fue que con el tiempo llegaron a disfrutar de las comodidades durante el día, sin que nadie las molestara. La primera semana estaban demasiado abochornadas para hablar entre sí y se encerraban en sus cuartos a pasar el rato llorando a solas, pero, cuando pasaron esos primeros días, empezaron a congregarse después de desayunar para tratar de consolarse y distraerse entre sí, y hablar de cosas que no tuvieran la más remota relación con sus trágicas noches.

Dewi Ayu pasaba algunos ratos con aquella señora indígena, Mamá Kalong, y entre las dos surgió una curiosa amistad que solo fue posible porque la joven hacía gala de una conducta tranquila que no delataba ningún deseo de rebelarse, y no daba ningún problema frente a los japoneses. Mamá Kalong se sinceró con ella y le contó que era la propietaria de burdel situado al final del muelle. Ahora estaban llevando a muchas chicas a la fuerza para atender a los soldados de baja graduación. Todas sus putas eran indígenas, excepto las de aquella casa.

—Vosotras tenéis mucha suerte de no tener que follar todo el día y luego toda la noche —aseguró—. Además, los soldados de a pie son mucho más cabrones.

—No hay diferencia entre un soldado raso y el emperador de Japón —replicó Dewi Ayu—. Todos van a por lo mismo: lo que tenemos entre las piernas.

Mamá Kalong llevó a una anciana indígena medio ciega para que diera masajes por las mañanas a todas las chicas, que creían a la madama cuando les decía que así evitarían quedarse preñadas. La excepción era Dewi Ayu,

que por lo general se pasaba la mañana durmiendo antes de bajar a desayunar y solo pedía masajes alguna que otra vez, cuando estaba especialmente cansada.

—Te quedas preñada por follar, no por no haberte dado un masaje — comentaba tranquilamente.

Asumía los riesgos y, después de un mes en la casa de putas, fue la primera en quedarse preñada. Mamá Kalong le recomendó abortar.

—Piensa en tu familia —le dijo.

—Eso es precisamente lo que estoy haciendo, Mamá —respondió Dewi Ayu—, pensar en mi familia. Y la única familia que tengo es esta criatura que llevo dentro.

Así pues, Dewi Ayu dejó que le creciera el vientre, que se le hinchara y se desarrollara día a día. El embarazo tenía sus ventajas: Mamá Kalong le ordenó quedarse en un cuarto trasero y anunció a todos los japoneses que estaba preñada y nadie tenía permiso para acostarse con ella. En realidad, ninguno de los soldados quería acostarse con ella en aquel estado, así que Dewi Ayu animó a las demás a seguir su ejemplo.

—Lo que dicen es cierto: todas las criaturas llegan con su propia buena suerte.

Sin embargo, ni una sola de sus compañeras se atrevió a correr ese riesgo.

Al cabo de tres meses, ninguna había abandonado la rutina del masaje matutino y ninguna se había quedado preñada. Todas las noches seguían enfrentándose al mismo horror, que bien mirado era preferible a que las mandaran con sus madres con el vientre hinchado.

—¿Qué le diría a Gerda? —preguntaba Ola.

—Muy sencillo: «Gerda, el recuerdo que te he traído lo llevo en el vientre».

Como siempre, durante el día tenían mucho tiempo libre. Se reunían para

charlar y chismorrear. Algunas jugaban a las cartas y otras ayudaban a Dewi Ayu a coser la ropita de la criatura. Estaban emocionadas ante la perspectiva de que una de ellas fuera a dar a luz, y les latía con fuerza el corazón mientras esperaban ilusionadas la llegada de aquel ser al mundo feroz en el que vivían.

A veces, también hablaban de la guerra. Se rumoreaba que las fuerzas aliadas iban a atacar al ejército japonés en determinados puntos y las chicas tenían la esperanza de que Halimunda fuera uno de ellos.

—Ojalá maten a todos los japoneses y se les salgan las tripas —deseó Helena.

—No seas tan bestia, que te está oyendo mi hijo —replicó Dewi Ayu.

—¿Y qué?

—Que su padre es japonés.

Todas se rieron de su humor amargo.

No obstante, la esperanza de que pudieran llegar las tropas aliadas las animaba mucho. Así pues, cuando una paloma mensajera perdida entró en la casa y una de las chicas la atrapó, decidieron mandarles mensajes: «Socorro», «Nos han obligado a prostituirnos», «Veinte chicas esperan a sus guerreros salvadores». La idea era ridícula y ni siquiera se imaginaban cómo podría aquel pájaro encontrar a los soldados aliados. De todos modos, una tarde lo soltaron.

No hubo ningún indicio de que la paloma hubiera regresado hasta los aliados, pero cuando volvió a aparecer sin las notas, las jóvenes concluyeron que al menos alguien, a saber dónde, las había leído. Por consiguiente, se emocionaron y enviaron más mensajes. Siguieron haciéndolo una y otra vez durante casi tres semanas seguidas.

No llegó ningún soldado aliado; el que si apareció fue un general japonés al que ninguna de ellas había visto nunca. Ante su repentina llegada, los soldados que vigilaban los rincones más alejados de la propiedad trataron de

impedirle el paso como pudieron. A los dos hombres a los que interrogó les entraron temblores y les repiqueteaban las rodillas.

—¿Qué clase de sitio es este? —preguntó el general.

—Un sitio donde hay prostitutas —gritó Dewi Ayu antes de que ninguno de los soldados pudiera responder.

Era un hombre de figura alta y robusta, quizá descendiente de algún samurái tradicional, con una katana colgada a cada lado de la cintura. Se había dejado unas patillas pobladas a los lados de un semblante frío y serio.

—¿Sois todas prostitutas? —quiso saber.

—Atendemos las almas de los soldados enfermos —dijo Dewi Ayu, después de asentir—. Así nos han hecho putas, a la fuerza y sin paga.

—¿Estás embarazada?

—Lo dice como si le costara creer que un soldado japonés pudiera dejar preñada a una chica, general.

Haciendo caso omiso del comentario de Dewi Ayu, el recién llegado se dedicó a reprender a todos los hombres que había en la casa. Y cuando cayó la noche y se presentaron algunos clientes habituales, su furia se volvió aún más vehemente. Llamó a varios oficiales y celebró una reunión privada en una de las habitaciones. Estaba claro que nadie se atrevía a desobedecerlo.

Mientras, las chicas de la casa pensaban en su salvador con felicidad y gratitud, como si representara una victoria maravillosa que habían logrado a base de enviar mensajes a diestro y siniestro.

—Casi ni me creo que un ángel pueda tener cara de japonés —aseguró Helena.

Antes de volver al cuartel, el general se acercó a las jóvenes, que se habían reunido en el comedor. Se plantó ante ellas, se quitó la gorra e hizo una reverencia doblándose hasta la cintura.

—*Naore!* —exclamó Dewi Ayu.

El general se enderezó y por primera vez lo vieron sonreír.

—Mandadme otra carta si esos dementes se atreven a poneros la mano encima otra vez.

—¿Por qué ha tardado tanto en venir, general?

—Bueno, si hubiera llegado demasiado pronto —contestó él con voz grave y afable—, solo me habría encontrado una casa vacía.

—¿Puede decirme su nombre, general? —preguntó Dewi Ayu.

—Musashi.

—Si tengo un niño, le pondré «Musashi».

—Reza para tener una niña —contestó el general—. Nunca he oído de una mujer que violara a un hombre.

Entonces subió al camión que esperaba en la calle y se marchó, mientras las chicas se despedían con la mano. Al momento, los oficiales que se habían quedado secándose el sudor frío con el pañuelo salieron corriendo tras él. Aquella fue la primera vez en que no fue nadie a violarlas. Había mucha calma y lo celebraron con una fiestecita. Mamá Kalong les dio tres botellas de vino y Helena lo sirvió en unos vasitos, como un cura al preparar la comunión.

—Por el bienestar del general —proclamó—. Qué guapo es.

—Si me forzara, no me resistiría —dijo Ola.

—Si tengo una niña, le pondré «Alamanda», como Ola —aseguró Dewi Ayu.

Todo terminó así, de repente: se acabó la prostitución y se acabaron los oficiales japoneses que aparecían al anochecer para comprar sus cuerpos. Una cosa que ponía nerviosas a algunas de las chicas era que iban a tener que ver a sus madres, y no sabían cómo hablar de lo que habían experimentado. Algunas probaron a colocarse delante del espejo, hacer de tripas corazón y anunciar a su propia imagen: «Mamá, me he hecho puta». Por descontado, no



podían decirlo con esas palabras, así que lo intentaban otra vez: «Mamá, he sido puta». No, aquello tampoco quedaba bien, era mejor decir: «Mamá, me han obligado a ejercer la prostitución».

Sin embargo, tenían claro que decírselo a sus madres sería mucho más difícil que decírselo a un espejo. Lo único ligeramente positivo era que, al parecer, los japoneses no tenían pensado devolverlas a Bloedenkamp de inmediato y preferían retenerlas en aquella casa, ya no como prostitutas, sino como prisioneras de guerra, igual que al principio. Seguía habiendo soldados que las vigilaban atentamente, y Mamá Kalong seguía animándolas a aprovechar los excelentes cuidados que podía ofrecerles.

—Yo trato a todas mis putas como reinas —decía, orgullosa—. Me da igual que se hayan jubilado.

Llenaban los días, las semanas y los meses entreteniéndose con Dewi Ayu, que seguía cosiendo para la criatura. Con la ayuda de sus amigas, ya tenía una cesta casi llena de ropita hecha con la tela que habían encontrado en los armarios de la casa. Al menos así aliviaban el tedio de dedicarse a esperar el final de la guerra. Hasta que, por fin, un día apareció Mamá Kalong con una comadrona.

—Siempre que una de mis prostitutas se ha quedado preñada, ha parido con su ayuda —aseguró.

—Bueno, espero sinceramente que no todas las mujeres a las que haya ayudado a parir fueran prostitutas —apostilló Dewi Ayu.

Un martes del mismo año que había empezado con su traslado forzoso de la cárcel de Bloedenkamp a la casa de putas, Dewi Ayu dio a luz a una niña a la que llamó Alamanda, como había prometido. La criatura era preciosa, había heredado toda la belleza de su madre. El único indicio de que su padre era japonés podía detectarse en los ojitos.

—Una blanca con ojos achinados —comentó Ola—. Esto solo pasa en las

Indias Orientales Neerlandesas.

—Qué lástima que no sea hija del general —replicó Helena.

La niña se convirtió enseguida en un estupendo entretenimiento para las habitantes de la casa, e incluso los soldados japoneses le compraron muñecas y celebraron una fiesta para desearle buena fortuna.

—Tienen que respetarla —decía Ola—, porque, a pesar de todo, Alamanda es hija de uno de sus superiores.

Dewi Ayu estaba contenta de que, poco a poco, Ola hubiera logrado olvidar su turbulento pasado y hubiera recuperado, en apariencia, la felicidad de antaño. Dedicaba los días a echar una mano con la pequeña, junto con las demás chicas, que se hacían llamar «tías».

Un día, temprano, un soldado entró en el cuarto de Helena y trató de violarla. La joven chilló tanto que despertó a todo el mundo y el japonés salió corriendo y se perdió en la oscuridad. No sabían cuál de ellos había sido, pero por la mañana se presentó el general, agarró a uno de ellos, lo arrastró hasta el centro del jardín y le dio una pistola. El soldado se pegó un tiro en la boca y se reventó el cerebro. A partir de entonces, ya nadie se atrevió a acercarse a las chicas.

Mientras, la guerra seguía sin terminar. Gracias a Mamá Kalong y a algunas de las criadas que iban a ayudarla, llegó a sus oídos el rumor de que las tropas japonesas acababan de cavar trincheras defensivas a lo largo de la costa meridional. A hurtadillas, Mamá Kalong les había dado una radio que en agosto de 1945 les permitió enterarse de que habían caído dos bombas en Japón y había una tercera que aún no habían lanzado, y eso bastó para entusiasmar a todas las chicas. Daba la impresión de que los soldados también habían oído la noticia. Durante los días siguientes se quedaron sentados a la sombra de los árboles, apáticos, y uno a uno empezaron a desaparecer. Debían de trasladarlos a algún otro lado. Cuando los aviones

aliados por fin empezaron a sobrevolar los cielos de Halimunda para soltar breves panfletos que proclamaban que el final de la guerra estaba cerca, ya solo quedaban dos japoneses a cargo de la casa.

Si las chicas no trataban de huir, aunque solo las vigilaban esos dos soldados, era porque la situación resultaba muy impredecible. Asimismo, habían oído por la radio que las tropas británicas habían tomado el control de las ciudades, por lo que quedarse en la casa era mucho menos peligroso que estar en la calle. Japón había perdido y las jóvenes esperaban que llegaran las fuerzas aliadas para salvarlas. Pero se hicieron de rogar, como si se hubieran olvidado de la existencia de Halimunda sobre la faz de la Tierra. Finalmente, regresaron los aviones para lanzar galletas y penicilina desde el aire, y aparecieron las fuerzas de emergencia. Los primeros en llegar fueron el segundo destacamento del Ejército Real de las Indias Neerlandesas, o KNIL por sus siglas en neerlandés, fundado a partir de las brigadas holandesas. Se apresuraron a sustituir la bandera japonesa que había delante de la casa por la suya propia. Los dos soldados japoneses que quedaban no tuvieron más remedio que rendirse.

Lo que más sorprendió a Dewi Ayu fue ver que el señor Willie se había metido en una de esas brigadas.

—Me he alistado en el KNIL —explicó.

—Bueno, siempre es mejor que alistarse en el ejército japonés —contestó Dewi Ayu, y le enseñó a su hija—. Esto es todo lo que ha quedado de ellos —dijo, con una risa tímida.

Llegaron las familias de las veinte chicas desde Bloedenkamp. Gerda estaba escuálida. Cuando les preguntó qué había pasado durante su ausencia, Ola contestó con evasivas:

—Hemos estado de viaje.

Sin embargo, la niña comprendió lo sucedido en cuanto vio a la pequeña

Alamanda.

Seguían viviendo en la misma casa, con unos soldados holandeses que se turnaban para vigilarlas. Fue una época difícil para Dewi Ayu, porque el señor Willie seguía manifestando su intenso amor por ella y, aunque ya se había topado con su rechazo una vez, parecía dispuesto a toparse con él de nuevo.

Sin embargo, una vez más la desgracia acudió en ayuda de Dewi Ayu.

Una noche, el señor Willie y tres soldados más estaban montando guardia en la casa cuando se produjo una incursión de guerrilleros indígenas, equipados con armas robadas a las tropas japonesas: machetes, cuchillos y granadas de mano. El ataque repentino fue un éxito y consiguieron matar a los cuatro soldados holandeses. Al señor Willie lo degollaron mientras charlaba con Dewi Ayu en el salón; su cabeza salió disparada hacia la mesa y su sangre salpicó a la pequeña Alamanda. A otro soldado lo acribillaron a tiros en el retrete, mientras se aliviaba, y a los dos últimos los mataron en el jardín.

Había más de diez guerrilleros. Reunieron a las prisioneras y, cuando descubrieron que eran todas mujeres y además holandesas, se pusieron aún más violentos. Ataron a algunas en la cocina y a las demás se las llevaron a rastras a las habitaciones para violarlas. Sus gritos fueron más desgarradores todavía que cuando los japoneses las habían forzado, e incluso Dewi Ayu tuvo que luchar más que nunca para repeler a un guerrillero que agarró a su hija y le hizo un tajo en el brazo con un cuchillo.

Llegó ayuda muy lentamente y los guerrilleros desaparecieron muy deprisa. Las mujeres enterraron a los cuatro soldados muertos en el jardín trasero.

—Si se hubiera alistado en la guerrilla, al menos podría haberme violado

—dijo Dewi Ayu mientras depositaba una flor encima de la tumba del señor Willie, y lloró por él.

Cosas así sucedieron más de una vez. A los cuatro soldados asignados a la vigilancia de la casa siempre los superaban en número los guerrilleros, que atacaban armados hasta los dientes. El comandante local no podía destinar más fuerzas, porque andaba escaso de hombres. Las mujeres no se sintieron a salvo hasta que llegaron los soldados británicos para reforzar la seguridad de toda la ciudad. Formaban parte de la vigesimotercera división de infantería india, procedente de Java, y varios de ellos eran gurkas. Instalaron sus metralletas por todas partes y algunos montaron un puesto en el jardín trasero. Cuando volvieron los guerrilleros indígenas, los recibieron con virulencia, les impidieron entrar en la propiedad e incluso mataron a uno de ellos. Después de aquello, no volvieron a atacar la casa.

Mientras contaron con la protección de los ingleses, la vida discurrió bastante apaciblemente. Celebraban fiestecitas para olvidar los malos momentos. A veces, las jóvenes iban a la playa en un jeep militar, custodiadas por un puñado de hombres bien armados. Unos cuantos oficiales llegaron incluso a enamorarse de alguna chica, y ellas de ellos. A las antiguas prisioneras les costaba hablar de lo que les había sucedido, pero una vez pasaron página, las cosas no dejaron de mejorar. Invitaron a un grupo musical autóctono y montaron otra pequeña celebración, con vino y pasteles.

El rescate de los prisioneros continuaba: llegó la Cruz Roja Internacional y anunció que iban a trasladar a todos los prisioneros de guerra de inmediato a Europa en avión. El país era peligroso para los civiles, sobre todo teniendo en cuenta que habían pasado tres años en campos de prisioneros. Los indígenas habían declarado la independencia y había milicias armadas por todas partes. Unos cuantos decían ser el Ejército Nacional, otros se hacían llamar los Soldados del Pueblo, y todos ellos eran guerrilleros de fuera de Halimunda. A

la mayor parte de esos milicianos los habían adiestrado los japoneses durante la ocupación, y se enfrentaban en una guerra caótica a los indígenas adiestrados por los militares holandeses que se habían alistado en el KNIL. La lucha no había terminado; en realidad, no había hecho más que empezar y los indígenas aseguraban que era una guerra revolucionaria.

Todas las jóvenes de aquella casa de cautivas y sus familias se prepararon para marcharse en un vuelo organizado por la Cruz Roja, con la excepción de una que siempre había tenido ideas propias: Dewi Ayu.

—En Europa no me queda nadie —dijo—. Solo tengo a Alamanda y esta otra criatura que está creciendo en mi vientre.

—Bueno, nos tienes a Gerda y a mí, como mínimo —contestó Ola.

—Pero es que yo soy de aquí.

Ya había informado a Mamá Kalong de que no quería irse de Halimunda. Había decidido quedarse, aunque eso supusiera ejercer la prostitución.

—Quédate en la casa como hasta ahora —le contestó la madama—. Ahora es mía y sería imposible que la familia holandesa la reclamara.

Así pues, cuando todas las demás se marcharon, Dewi Ayu permaneció allí con Mamá Kalong y unas cuantas criadas. Esperaba el nacimiento de su segundo hijo, cuyo padre, estaba segura, era uno de los guerrilleros, y mientras tanto leía el ejemplar de *Max Havelaar* que había dejado Ola. Ya lo había leído, pero lo releyó porque no había nada más que hacer y, además, Mamá Kalong le prohibía mover un dedo. La niña nació finalmente cuando Alamanda casi había cumplido los dos años, y Dewi Ayu la llamó Adinda, como la chica de la novela que estaba leyendo.

Después de vivir varios meses en casa de Mamá Kalong, Dewi Ayu empezó a pensar en el tesoro que había dejado enterrado en la mierda del pozo negro de su antigua casa, y también empezó a pensar que ya iba siendo hora de

recuperar su propiedad. La casa donde vivía en aquel momento ya había vuelto a ser un burdel y estaba llena de mujeres que habían servido a los japoneses durante la guerra. Mamá Kalong había conseguido reunir a bastantes chicas que no se habían atrevido a volver a sus casas y habían preferido quedarse con ella, y se habían lanzado a ocupar las habitaciones para vivir como princesas en el reino que les ofrecía. Los soldados del KNIL eran sus fieles clientes. A Dewi Ayu, Mamá Kalong le había permitido ocupar uno de los dormitorios con sus dos hijas mientras lo necesitara, sin pedirle que se prostituyera a cambio. La joven aceptaba su amabilidad con gratitud, pero no dejaba de pensar que un burdel no era el lugar más adecuado para dos niñas pequeñas, y estaba decidida a volver a su antigua casa.

En realidad, no le hacía falta prostituirse, porque aún tenía los seis anillos que se había tragado una y otra vez a lo largo de la guerra. Vendió uno de ellos, engastado con un jade, a Mamá Kalong, y con ese dinero vivió una temporada. Incluso compró un cochecito en la tienda de viejo y en él metió a sus dos hijas para recorrer la calle principal de Halimunda por primera vez en mucho tiempo. La pequeña Adinda iba tumbada debajo del toldo, y Alamanda, con su jersey y su gorrito, se había sentado detrás de su hermana. Dewi Ayu llevaba el pelo recogido en un rodete y un largo vestido atado por la cintura, cuyos bolsillos iban repletos de baberos, pañales y biberones. Empujaba el cochecito con toda la tranquilidad del mundo.

No se veía un alma, la calle estaba desierta. Había oído que casi todos los hombres mayores de edad se habían ido a la selva con la guerrilla. Solo se cruzó en una esquina con un viejo barbero que estaba a punto de morir de aburrimiento esperando a un cliente. Aparte de eso, vio únicamente a soldados del KNIL que vigilaban la ciudad mientras leían periódicos viejos, con aspecto adormilado e igual de aburridos. Algunos se habían sentado al volante de sus camiones y sus jeeps, mientras que otros se habían

encaramado a un tanque. La saludaron con efusividad al darse cuenta de que era blanca y se ofrecieron a escoltarla, porque era peligroso que una holandesa fuera por ahí sola. En cualquier momento podía aparecer un guerrillero, le dijeron.

—No, gracias —contestó ella—. Voy a buscar un tesoro y no quiero compartirlo con nadie.

Siguió un recorrido que tenía grabado en la memoria, en dirección al barrio que había pertenecido a los propietarios de las plantaciones holandesas. Las casas estaban pegadas a la playa: los porches delanteros daban a una calle estrecha que se extendía a lo largo de la costa, y los traseros, a dos colinas que se elevaban a lo lejos tras la exuberante vegetación de las plantaciones y las granjas. Llegó siguiendo un trayecto apacible, siguiendo el camino de la playa, convencida de que ningún guerrillero iba a salir de repente del mar. Todo estaba exactamente igual que siempre. La valla seguía inundada de crisantemos y el carambolo permanecía junto a la casa, con un columpio colgado de la rama inferior. Las macetas que su abuela había dispuesto en fila en el porche no se habían movido, si bien todo el aloe vera había muerto por falta de agua y los taros estaban completamente enmarañados. Era evidente que nadie cuidaba la hierba ni las orquídeas que crecían en la pérgola de la parte delantera, que colgaban hasta el suelo. Enseguida se dio cuenta de que los criados y los guardias habían abandonado la casa, y al parecer ya ni siquiera vivían allí los borzois.

Entró en el jardín empujando el cochecito y se sorprendió al ver que el suelo del porche estaba limpio. «Alguien debe de haber barrido todo el polvo», pensó. Giró el pomo de la puerta y vio que estaba abierta. Entró, con el cochecito por delante, aunque las niñas habían empezado a dar guerra. La sala estaba a oscuras y accionó el interruptor. La electricidad aún funcionaba y, en cuestión de un instante, el espacio quedó iluminado. Todo seguía en su



lugar: las mesas, las sillas y los armaritos, todo menos el gramófono que se había llevado Muin. Dewi Ayu se encontró su retrato colgado todavía en la pared: una jovencita de quince años a punto de matricularse en el Colegio Franciscano.

—Mira, esta es mamá —dijo a Alamanda—, fotografiada por un japonés poco antes de que la violara otro japonés que podría ser perfectamente tu papá japonés.

Las tres siguieron con la visita a la casa y subieron al primer piso. Dewi Ayu compartió todos sus recuerdos con sus hijas, les contó dónde dormían sus abuelos y les enseñó la fotografía de Henri y Aneu Stammeler, tomada cuando aún eran muy pequeños y no se habían enamorado. Por descontado, las niñas todavía no entendían nada, pero no por eso dejó ella de disfrutar del papel de guía turística, hasta que recordó el tesoro escondido en el pozo negro. Invitó a las dos criaturas a inspeccionar el retrete con ella y se sintió aliviada al comprobar que todavía existía. Lo único que tenía que hacer era desmontar las cañerías y dar con su tesoro.

—Una holandesa que se pasea por ahí en tiempos de la nueva república. — Oyó de repente una voz a su espalda—. ¿Qué está haciendo aquí, señorita?

Se volvió para encontrarse con la propietaria de aquella voz: una anciana indígena que parecía de armas tomar. Llevaba un sarong y una *kebaya* andrajosa, y un bastón para aliviar el peso en una pierna. Tenía la boca llena de una masa de hojas de betel. Se quedó mirando a Dewi Ayu con resentimiento, como si fuera capaz de atizarle con el bastón del mismo modo que le atizaría a un perro callejero, sin pensárselo dos veces.

—Ya ve usted misma que mi fotografía sigue colgada en esa pared —dijo la joven, señalando el retrato de aquella muchacha de quince años—. Soy la propietaria de esta casa.

—Aún no he tenido tiempo de cambiar su foto por la mía.

La anciana se apresuró a ordenarle que se marchara, pero Dewi Ayu insistió en que la casa le pertenecía. A modo de respuesta, la mujer se rio e hizo un gesto con la mano.

—Su casa ha sido confiscada, señorita —afirmó.

Y quedó claro, según le explicó mientras acompañaba a la visitante indeseada hasta la puerta, que los japoneses se habían apoderado de la casa y luego, al acabar la guerra, la había robado a su vez una familia de guerrilleros, la de aquella mujer: su marido había perdido medio brazo por culpa de una katana antes de refugiarse en la selva con cinco de sus hijos, y poco después un soldado del KNIL lo había matado de un tiro, junto a dos de esos hijos.

—O sea, que ahora yo he heredado la casa. Pero puede llevarse las fotos si quiere, no se las haré pagar.

Dewi Ayu se dio cuenta de que no había forma de enfrentarse a aquella mujer con palabras. Se marchó de inmediato, empujando el cochecito, pero seguía decidida a recuperar su casa. Acudió a la oficina del gobierno civil temporal y a los militares, fue a ver a un comandante del KNIL y le pidió consejo. Su recomendación fue bastante decepcionante: le dijo que desechara toda esperanza de recuperar su casa a corto plazo. La situación no lo permitía, aseguró, porque los guerrilleros aún andaban sueltos. Si se la había quedado una de sus familias, era mejor olvidarse del asunto, a no ser que tuviera dinero suficiente para recomprarla.

No lo tenía. Los cinco anillos que le quedaban no bastarían ni mucho menos. Su única esperanza, su tesoro, seguía en el retrete, y le resultaría imposible echarle mano sin recuperar antes la casa. Se dirigió a Mamá Kalong de inmediato, puesto que sabía que la madama siempre estaba dispuesta a ayudar a quien lo necesitaba, y le habló con toda la sinceridad posible:

—Mamá, préstame dinero. Quiero recomprar mi casa.

Mamá Kalong lo estudiaba todo desde el punto de vista económico y siempre reconocía una buena oportunidad de negocio.

—¿Y cómo me lo devolverás?

—Tengo un tesoro familiar —contestó Dewi Ayu—. Antes de la guerra, enterré todas las joyas de mi abuela en un escondrijo del que solo estamos al tanto Dios y yo.

—¿Y si Dios te lo ha robado?

—Entonces volveré y me prostituiré para ti para saldar mi deuda.

Acordaron que eso era lo más adecuado. Mamá Kalong incluso se ofreció a hacer de mediadora en la recompra de la casa, ya que, si se encargaba la propia Dewi Ayu, existía la posibilidad de que la vieja guerrillera se negara a vender. Una indígena jamás confiaría en ella, con su aspecto de holandesa; por otro lado, la madama tenía mucha experiencia en la compra de propiedades a gente así, que necesitaba dinero. Prometió a Dewi Ayu que regatearía todo lo que pudiera.

El asunto duró casi una semana. Mamá Kalong fue y volvió a diario para hablar con la temible anciana hasta que logró cerrar el trato. La abuela guerrillera accedió a vender la casa si podía comprarse otra y quedarse algo de dinero a cambio. Mamá Kalong lo negoció bien y, por fin, Dewi Ayu pudo ordenar a aquella mujer que saliera de la casa y jamás volviera a poner un pie allí. Acompañada por la madama, se mudó al poco tiempo con sus dos hijas, sirviéndose de un jeep militar que pertenecía a un cliente de la casa de putas que era del KNIL. Estaba feliz de volver a su hogar, con la certeza de que por fin era de su propiedad.

—Bueno, ¿y cuándo vas a pagarme? —preguntó por fin Mamá Kalong.

—Dame un mes.

—Sí, eso basta para una búsqueda. Si alguien te molesta, ve a verme.

Tengo buenos amigos en la guerrilla y, por supuesto, conozco a soldados del KNIL. Son todos clientes.

Dewi Ayu no empezó a excavar de inmediato. Primero buscó una niñera y la encontró en los campamentos de las estribaciones. Era una mujer mayor que se llamaba Mirah y que había sido criada de los holandeses antes de la guerra. Dewi Ayu le explicó con rotundidad que no era holandesa, sino indígena, y que por eso se llamaba Dewi Ayu. Gracias a Mirah, localizó a un jardinero capaz de poner en orden el jardín abandonado. Pasó una semana antes de que pudiera relajarse y empezar a ver que todo volvía a ser como antes, con la hierba despejada y las plantas lozanas.

«Tenemos suerte de que ni los soldados japoneses ni los aliados lo destrozaran», se dijo.

Fue entonces cuando le llegaron noticias de Ola y Gerda. Se habían reunido con sus abuelos e incluso había resultado que su padre estaba a salvo: lo habían retenido en un campo de prisioneros de guerra en Sumatra. Ola iba a casarse con un soldado inglés aquel mismo año, el 17 de marzo, en la iglesia de Santa María. Dewi Ayu no podía asistir a la ceremonia, pero les mandó fotografías de sus hijas y a cambio recibió la de la boda. La colgó en la pared, para que Ola la viera si algún día la visitaba.

Tras ocuparse de la mayor parte de las tareas domésticas, empezó a pensar en recuperar el tesoro. Confiaba ya en el jardinero, que se llamaba Sapri, así que lo llamó y le contó su plan de abrir el pozo negro. Le dijo que, en caso contrario, no podría pagarle su sueldo. Así pues, el hombre fue a buscar una palanca y una azada, y Dewi Ayu se arremangó la chaqueta, se puso los pantalones bombachos de su abuelo y lo ayudó a levantar el suelo a excavar la tierra que rodeaba la cañería que desembocaba en el pozo negro.

El trabajo resultó más fácil debido al hecho de que el retrete no se utilizaba desde el inicio de la guerra.

Trabajaron todo el día mientras Mirah cuidaba a las dos niñas, y únicamente se detuvieron un momento para comer antes de seguir levantando el cemento para remover lo que quedaba de la mierda, ya convertida en simple mugre. Pero no encontraron nada. Dewi Ayu estaba segura de que habían extraído todos los excrementos y la tierra de las cañerías, pero no dieron con ninguna de las joyas que había tirado por el retrete. No había ni collares ni pulseras de oro, solamente montones de materia en descomposición, húmeda y amarronada. No le parecía posible que las joyas se hubieran podrido junto con la mierda, así que tiró la toalla, gruñendo:

—Las ha robado Dios.

En la era revolucionaria, la gente gritaba consignas provocadoras con atrevimiento y las escribía en las paredes por las calles, las desplegaba en pancartas e incluso las garabateaba en los cuadernos escolares. Mamá Kalong decidió rebautizar su casa de putas en la misma onda, con un nuevo nombre que representara la auténtica esencia de su alma. En un principio utilizó «Hacer el Amor o Morir» y luego «Hacer el Amor una Vez, Hacer el Amor para Siempre», pero al final se decidió por «Hacer el Amor Hasta la Muerte».

Lamentablemente, esas palabras se hicieron realidad, pues un soldado del KNIL murió mientras hacía el amor cuando un guerrillero le rebanó el pescuezo, y un guerrillero murió mientras hacía el amor cuando un soldado del KNIL le pegó un tiro, y también murió una prostituta en mitad de una sesión amorosa, después de besar tanto rato que se quedó sin respiración.

Y allí, en Hacer el Amor Hasta la Muerte, era donde Dewi Ayu se prostituía. No vivía en esa casa, porque tenía una propia. Iba al atardecer y se marchaba cuando amanecía. Ya tenía a tres niñas que cuidar: Alamanda, Adinda y Maya Dewi, nacida tres años después que Adinda. Por la noche, las cuidaba Mirah, pero de día se ocupaba de sus hijas ella misma, como

cualquier otra madre. Las mandaba a los mejores colegios y a la mezquita a recitar sus plegarias con el kiai Jahro.

—No serán putas —le decía a Mirah—, a no ser que de verdad, realmente, quieran serlo.

Ella misma nunca reconocía con sinceridad que ser puta era lo que quería realmente, sino todo lo contrario; siempre afirmaba que las circunstancias la habían obligado a prostituirse.

—Igual que provocan que alguien sea profeta o rey —les decía a sus tres hijas.

Era la puta preferida de Halimunda. Prácticamente todos los hombres que habían pasado por el burdel se habían acostado con ella al menos una vez sin importarles lo que les tocara pagar. No era porque tuvieran la obsesión de follarse a una holandesa, sino porque sabían que Dewi Ayu era toda una experta en las artes amatorias. Nadie la maltrataba, lo que sí les sucedía a las demás prostitutas, porque en ese caso todos los demás hombres se habrían vuelto locos, como si les tocaran a su propia esposa. No pasaba un solo día sin atender a un cliente, pero se limitaba a rajatabla a un hombre por noche. Por aquella aparente exclusividad, Mamá Kalong cobraba un alto precio, y el beneficio adicional se lo quedaba ella, la reina murciélago que nunca dormía por la noche.

Sí, Mamá Kalong era la reina de aquella ciudad y Dewi Ayu, la princesa. Tenían los mismos gustos, eran de esas mujeres que se cuidaban mucho y vestían con mucha más modestia que las señoras decentes. A la madama le gustaba ponerse batiks hechos a mano que compraba directamente de Solo, Yogyakarta y Pekalongan, con una *kebaya* y el pelo recogido en un moño tradicional. Incluso vestía así en el burdel, y únicamente cuando descansaba se ponía un vestido amplio de estar por casa. Dewi Ayu, por su parte, copiaba

con exactitud todo lo que quería de las páginas de las revistas de moda e incluso las mujeres decentes la copiaban a hurtadillas a ella.

Las dos eran la fuente de alegría de la ciudad. No había acto de importancia al que no las invitaran. Todos los años, en el día de la Independencia, Mamá Kalong y Dewi Ayu se sentaban con el alcalde Sadrah y los regentes. Aunque las señoras decentes y virtuosas las odiaban con todas sus fuerzas, pues sabían que sus maridos desaparecían en plena noche para frecuentar Hacer el Amor Hasta la Muerte, delante de ellas eran educadas.

Entonces, un buen día, a un hombre se le metió entre ceja y ceja que tenía que agenciarse a la princesa para él solo, e incluso quiso casarse con ella. Nadie se atrevió a contrariarlo, porque se decía que era invencible. Aquel hombre se llamaba Maman el Loco, o Maman Gendeng.

Y así fue como tocó a su fin la felicidad de los hombres de Halimunda y se dibujaron amplias sonrisas en las caras de sus mujeres y sus novias.

Incluso hoy en día, la gente recuerda con claridad la llegada de aquel hombre una mañana tormentosa, cuando Dewi Ayu aún vivía y estaba discutiendo con unos pescadores en la playa. Sí, los habitantes de Halimunda se saben todas sus hazañas de memoria igual de bien que las parábolas de la Biblia.

De muy joven, Maman Gendeng era ya todo un guerrero de la última generación de grandes maestros, el único alumno del maestro Chisel de la Gran Montaña. A finales de la etapa colonial, se marchó para vagar y buscar su fortuna, pero no vio a nadie, ni a un alma, ni a amigos ni a enemigos, hasta la llegada de los japoneses. Entonces luchó con el Ejército Popular y durante la guerra revolucionaria se adjudicó el grado de coronel, aunque, con la reestructuración de las tropas fue uno de los miles de soldados licenciados y se quedó sin nada más que la gloria de haber participado en la contienda. De todos modos, Maman Gendeng no se enfadó en absoluto. Volvió a vagar y pasó el resto de la guerra ganándose una nueva reputación: la de bandolero.

El instinto de ladrón le venía del odio a los ricos, y el odio a los ricos era perfectamente comprensible. Era hijo bastardo de un regente. Su madre había trabajado de ayudante de cocina en casa del regente, lo mismo que varias generaciones de su familia antes que ella. Nadie sabía cuándo había empezado aquel amorío furtivo, pero lo que sí sabía todo el mundo era que, debido a su voraz apetito sexual, era imposible que su mujer, sus concubinas y sus amantes satisficieran al regente por sí solas: algunas noches, también se



llevaba a alguna de las criadas a rastras a sus aposentos. La madre de Maman Gendeng fue una de las mujeres que tuvieron esa mala suerte, y al final se quedó preñada. La esposa del regente se enteró de la noticia y, para salvaguardar el buen nombre de la familia, echó a la ayudante de cocina. Le daba exactamente igual que la familia de aquella muchacha, incluidos sus padres y sus dos abuelas, así como los padres de sus abuelas, hubiera servido en aquella casa. Sin otra cosa que la criatura que crecía en su vientre, la desdichada se adentró en la selva y pronto se perdió en la Gran Montaña. La encontró el maestro Chisel, un viejo gurú que la ayudó a dar a luz a la sombra de una palmera.

—Llámalo Maman como su padre —pidió la joven cuando estaba a punto de morir—. Es hijo bastardo del regente, su hijo ilegítimo.

Y pasó a mejor vida antes de poder posar la vista en su hijo por segunda vez. El viejo maestro, sumamente apenado, se llevó al niño a su casa.

—Serás el mejor guerrero del mundo —le dijo.

Lo cuidó bien, le dio una alimentación abundante y empezó a endurecerlo y a entrenarlo antes de que supiera andar. A tan tierna edad, lo sumergía en agua helada y lo asaba al sol del mediodía. Cuando aún gateaba, el anciano lo tiró al río y lo obligó a nadar. Al cumplir los cinco años, por increíble que parezca, ya era el niño más fuerte sobre la faz de la Tierra. Maman Gendeng, pues ese era ya su nombre, era capaz de pulverizar una piedra con las manos desnudas y convertirla en minúsculos granos de arena. A diferencia de los demás gurús, el maestro Chisel enseñó al crío todo lo que sabía, sin ocultarle nada. Le enseñó a luchar cuerpo a cuerpo como el mejor, le dio todos los talismanes y amuletos posibles e incluso le enseñó a leer y escribir en sondanés antiguo, en holandés, en malayo y en latín. Le enseñó a meditar y, con la misma determinación y la misma seriedad, le enseñó a cocinar.

Cuando Maman Gendeng tenía doce años, el maestro Chisel falleció. Tras

enterrar al anciano y pasar una semana de duelo, bajó de la montaña y dio inicio a una odisea de venganza contra su padre biológico. Sin embargo, por aquella época fue cuando llegaron las tropas japonesas, de modo que no encontró a su padre en casa, puesto que la familia estaba ya arruinada, arrollada por la guerra. El regente había huido, como cómplice de los holandeses que era, por lo que Maman Gendeng tuvo que dedicar tres años a la búsqueda de su enemigo, el que había echado a su madre y era responsable de su muerte. Y tampoco pasado ese tiempo pudo cumplir su venganza, dado que, cuando dio con su padre, un pelotón acababa de fusilarlo. Vio su cadáver, pero no se dignó a enterrarlo.

Después de que se marcharan los japoneses, se declarara la independencia y estallara la guerra revolucionaria, se alistó en la guerrilla. Pasaban el día en cabañas de pescadores de la costa septentrional y luchaban de noche, pero por lo general las tropas del KNIL ganaban las refriegas. En aquella época no le sucedió nada demasiado interesante, con una excepción: se encaprichó de una pescadora jovencísima llamada Nasiah. Era una muchacha delicada, con hoyuelos en las mejillas y una piel oscura preciosa. Él la veía cuando daba paseos por la playa para recoger pescado para merendar. Nasiah era simpática y se escabullía para llevar a los guerrilleros toda la comida que encontraba, sonriendo siempre con muchísima dulzura.

Maman Gendeng sabía poco de ella, aparte de su nombre, pero cada vez que la veía se sentía tan vivo que juró poner fin a sus andanzas y ganar todas las batallas para que pudieran estar juntos. Sus amigos se dieron cuenta de su pasión secreta y lo animaron a pedir la mano de la joven formalmente. Maman Gendeng nunca había hablado directamente con ninguna mujer, excepción hecha de las prostitutas durante la ocupación japonesa, y de repente cayó en la cuenta de que abordar a la joven y delicada Nasiah iba a

ser mucho más aterrador que plantar cara a un pelotón de fusilamiento holandés. Sin embargo, cuando surgió la oportunidad, al verla pasear a solas con una cesta de pescado fresco en la mano, ya de vuelta a casa, se le acercó. Ante la dulce sonrisa de la chiquilla, con la que se le marcaban los hoyuelos, hizo acopio de valor y le pidió que se casara con él.

Nasiah acababa de cumplir trece años. Quién sabe si fue su tierna edad o alguna otra cosa lo que provocó que se atragantara, soltara la cesta y echara a correr hacia su casa sin despedirse siquiera, como una criatura aterrorizada por un loco. Maman Gendeng, rodeado de peces voladores, la vio alejarse y se quiso morir. Pero no por eso se amilanó, ni mucho menos. El amor le confería ese valor incomparable. Recogió el pescado y, avanzando con paso decidido, llevó la cesta a casa de Nasiah. Se declararía adecuadamente y le pediría su mano a su padre.

Se la encontró a la puerta de su casa, al lado de un muchacho enclenque con una sola pierna. Lo único que había oído de ella era que sus dos hermanos mayores habían muerto en escaramuzas de la guerrilla y que su padre era un viejo pescador. No sabía nada de aquel jovencito raquítico y tullido. Maman Gendeng se plantó delante de ellos, tratando de sonreír, y dejó la cesta a los pies de su amada. Se le había acelerado el corazón, desbocado e inflamado por los celos. Únicamente el valor, o tal vez la estupidez, lo llevó a repetir la propuesta.

—Nasiah, ¿quieres casarte conmigo? —pidió con gesto de súplica—. Cuando acabe la guerra, te haré mi mujer.

La muchacha dijo que no con la cabeza y se echó a llorar.

—Señor guerrillero —tartamudeó—, ¿no ve al hombre que tengo a mi lado? Es débil, eso no puede negarse. Jamás podrá hacerse a la mar para pescar y desde luego no podrá luchar en las guerras como usted. Sé que podría matarlo con los ojos cerrados y luego atraparme a mí con la misma

facilidad con la que atrapa a un pez volador, pero entonces permítame al menos morir a su lado, porque nos amamos y estar separados nos resulta insoportable.

El joven flacucho se quedó callado, con la cabeza gacha, y en ningún momento levantó la cara. A Maman Gendeng se le cayó el corazón a los pies en un instante. Asintió despacio y se alejó, sin despedirse y sin volver la vista atrás. Era evidente: estaban enamoradísimos. No quería destrozar su felicidad, por mucho que le tocara sufrir aquel desengaño durante una muy larga temporada.

Durante el resto de la guerra lo asolaron unas alucinaciones espantosas provocadas por aquel trágico rechazo a su amor. A veces, se quedaba rezagado en tierra de nadie con la esperanza de que el enemigo le disparara. Se convirtió en objetivo de fusiles y cañones, pero su destino era sobrevivir. Durante todo aquel tiempo, no volvió a ver a la muchacha y evitó cualquier posibilidad de cruzarse con ella. Sin embargo, cuando acabó la contienda y se enteró de que se había casado con su enamorado, le envió a modo de regalo de boda un hermoso fajín rojo que compró a un tejedor de la zona.

La guerrilla se disolvió y Maman Gendeng sintió más alegría que tristeza, pues de nuevo era libre para vagar, si bien ahora llevaba dentro aquella herida en el corazón. Deambuló por toda la costa septentrional, siguiendo los viejos senderos de la guerrilla, y sobrevivió a base de asaltos a las casas de los ricos, a los que decía:

—Si no fuisteis cómplices de los holandeses, debisteis de ser secuaces de los japoneses, porque solo los colaboracionistas se enriquecen en una revolución.

Junto con una docena de hombres, sembró el terror en las ciudades costeras, mientras la policía y los militares le pisaban los talones. Con su banda, vivía como Robin Hood, robando a los ricos para redistribuir el botín

entre los pobres, ocupándose de las viudas y los huérfanos cuyos maridos y padres habían muerto en la guerra. No obstante, su reputación, amedrentadora para sus amigos igual que para sus enemigos, no lo hacía feliz. Allá adonde iba, seguía arrastrando la antigua herida, que no podía curar ninguna de las hermosas jovencitas que veía, y desde luego ninguna de las prostitutas que encontraba en los tugurios donde servían vino de palma. Cuando anocheecía y empezaba a enloquecer, ordenaba a sus hombres que salieran a buscar a jovencitas delicadas con hoyuelos y exquisita piel morena. Describía a Nasiah con todo lujo de detalles, y todas las chicas que llegaban a su escondrijo parecían réplicas suyas, indistinguibles unas de otras. Les hacía el amor noche tras noche, pero nadie podía ocupar el lugar de su amada.

No recuperó las ganas de vivir hasta mucho tiempo después, cuando por casualidad oyó una leyenda, que los hijos de los pescadores contaban con frecuencia, sobre una princesa llamada Rengganis, tan hermosa que todo el mundo estaba dispuesto a morir por ella. Maman Gendeng se despertó una noche dispuesto a enfrentarse a cualquiera con tal de conseguir a una mujer así, y empezó a sacudir a sus hombres uno por uno para preguntarles dónde vivía la princesa Rengganis.

—En Halimunda, por supuesto —le contestaron.

Maman Gendeng nunca había oído hablar de esa ciudad, pero uno de sus amigos le dijo que, si remaba en dirección oeste siguiendo la costa, llegaría a Halimunda. Con gran convicción y, ante todo, con la firme determinación de curar su antigua herida, dejó el control de su territorio en manos de su banda y anunció que iba a emprender un viaje en cayuco para encontrar a la mujer de su vida. Por fin se había enamorado una segunda vez, pese a que lo único que sabía de Rengganis era lo que había oído a los hijos de los pescadores.

Decían que la princesa era bellísima, la última descendiente de la estirpe real de Pajajaran, y que había heredado la hermosura de todas las princesas

del reino de Pakuan. Aseguraba la gente que la propia princesa se había dado cuenta de que su belleza provocaba desventura. Cuando aún era niña y tenía libertad para deambular fuera de los muros del palacio, provocaba alborotos y trastornos, grandes y pequeños. Fuera donde fuera, la gente contemplaba su rostro, envuelto en una fina bruma de melancolía, con ojos vacíos e idiotas. Congelados como estatuas humanas absurdas, los lugareños movían únicamente los ojos, que la seguían por todas partes. Sus apariciones provocaban que los funcionarios soñaran despiertos y descuidaran los asuntos de Estado, de modo que bandas de ladrones se apoderaron de varias zonas del reino que costó mucho esfuerzo y dinero recuperar, con el sacrificio vital de la mitad del ejército real.

—Sin duda, vale la pena ir en pos de una mujer así —dijo Maman Gendeng.

—Bueno, espero que no se te caiga el corazón a los pies por segunda vez —contestó uno de sus amigos.

Incluso el padre de aquella princesa, que según decían había sido el último monarca antes de que Demak atacara el reino, envejeció prematuramente obsesionado por la belleza de su propia hija. Pese a que nadie puede acostarse con una hija, enamorarse no dejaba de ser enamorarse. Aquellos sentimientos de deseo e indecencia colisionaban y le roían las entrañas, hasta que se convenció de que solamente la muerte podía liberarlo de su sufrimiento. Y la reina, que por descontado tenía celos, se convenció de que la única salida para aquella situación era matar a la niña. A menudo entraba furtivamente en la cocina, se hacía con un cuchillo y se dirigía de puntillas al dormitorio de su hija dispuesta a clavárselo en pleno corazón. Sin embargo, cuando la veía, también ella quedaba hechizada y se enamoraba, y olvidaba por completo sus intenciones asesinas. Soltaba el cuchillo, se acerca a la criatura, le acariciaba

la piel y la besaba, antes de recuperar la cordura. Abochornada, se alejaba entonces de ella, sufriendo pero sin decir una palabra.

Durante todo el trayecto, los pescadores fueron contando historias de la princesa Rengganis a Maman Gendeng, que no dejaba de remar en dirección oeste en su pequeño cayuco. Al anochecer, se detenía en los poblados de pescadores y preguntaba cuánto quedaba para Halimunda, y la gente le respondía que siguiera hacia el oeste antes de girar hacia el sur para luego continuar hacia el este. Le advertían que llevara cuidado en el mar del Sur. Y luego le hablaban de la princesa, con lo que el viajero solitario se entusiasmaba cada vez más.

—Me casaré con ella —juraba.

La propia princesa Rengganis sufría terriblemente por su creciente belleza, hasta el punto de que se encerró en su dormitorio. Su único contacto con el mundo exterior se establecía a través de una pequeña rendija de la puerta, por la cual las criadas pasaban la ropa y los platos de comida. Juró no exhibir jamás su hermosura y vivía con la esperanza de casarse algún día con un hombre que la amara por otros motivos. Y así, mientras cosía su traje de novia y su ajuar, se mantenía siempre oculta, aunque sin poder esconder la noticia de su magnificencia, que habían difundido narradores y viajeros errantes. Su padre, atormentado por sus sentimientos prohibidos, y su madre, cegada por los celos, decidieron casarla. Enviaron a noventa y nueve correos a los confines más remotos del reino e incluso a países vecinos para anunciar un concurso abierto a príncipes, caballeros y pretendientes en general. El primer premio era el derecho a desposar a la mujer más bella del mundo, la princesa Rengganis.

Llegaron hombres apostados y empezó el concurso. No se trataba de una competición de tiro con arco, como aquella en la que Arjuna se llevó a

Draupadi. Se les pedía simplemente que describieran a su mujer ideal — cuánto medía, cuánto pesaba, cuáles eran sus platos preferidos, cómo se peinaba, qué colores vestía, a qué olía su cuerpo, todo— y luego que se sentaran delante de la puerta del dormitorio de la princesa Rengganis y se dejaran interrogar. El rey prometió que, si un hombre buscaba a alguien igual a la princesa y la princesa buscaba a alguien igual al hombre del otro lado de la puerta, podrían casarse. Era muy poco habitual que alguien encontrara esposo de aquella forma y, de hecho, al acabar el concurso no quedó ni un solo pretendiente que estuviera a la altura.

Estaba claro que conseguir a una mujer así no era tarea sencilla. Cuando Maman Gendeng cruzó el estrecho de Sunda, una banda de piratas trató de arrebatarse sus riquezas, así que los ahogó para purgar sus deseos reprimidos. Y ese no fue el único obstáculo. Al adentrarse en el mar del Sur, le cortaron el paso no solo unas encarnizadas tormentas, sino también un par de tiburones que rondaban el cayuco sin cesar. Tuvo que atracar en las marismas y cazar un ciervo que lanzó a los escualos para que fueran sus camaradas durante el resto del viaje.

Y todo eso por aquel raro espécimen llamado Rengganis.

Después del infructuoso concurso, el reino volvió a la misma desesperación, a la misma belleza aterradora, hasta que, un buen día, un príncipe insatisfecho planeó llevarse a la princesa a la fuerza, acompañado de trescientos soldados a caballo. Si bien la perspectiva de que alguien raptara a su hija y se casara con ella abrumaba de alegría al rey, la caballerosidad lo obligó a permitir que sus hombres se enfrentaran a los intrusos. Acudió en su ayuda el príncipe de otro reino con otros trescientos soldados a caballo que albergaba la esperanza de recibir la mano de la princesa en señal de agradecimiento, y se declaró una gran guerra. Poco a poco, se vieron arrastrados a la contienda otros caballeros



y otros príncipes, de modo que, al acabar el año, ya no estaba claro quién luchaba contra quién, solo que todos se peleaban por la mujer que desde hacía años era la diosa de la belleza de aquella ciudad. La maldición de su hermosura se agudizó aún más: miles de soldados acabaron heridos o muertos, toda la nación quedó en ruinas, la enfermedad y el hambre campaban a sus anchas y todo ello se debía a aquella belleza infernal.

—Fue una época de lo más terrible —aseguró un viejo pescador en la pensión en la que Maman Gendeng iba a pasar la noche—. Peor que la guerra de Bubad, cuando el Majapahit nos atacó con tanta astucia. Al fin y al cabo, como sabes, no nos gusta hacer la guerra.

—Yo, personalmente, soy veterano de la guerra revolucionaria —contestó Maman Gendeng.

—Huy, eso no es nada en comparación con la guerra por la princesa Rengganis.

Por descontado, la joven estaba al tanto de lo que sucedía. Sus damas de honor le susurraban todas las noticias por el ojo de la cerradura, del mismo modo que el ciego Dritarastra se enteró del destino de sus hijos en el campo de batalla de Kuruserta. La hermosa muchacha sufría terriblemente, incapaz de comer ni dormir, torturada por saberse el motivo de tanta desdicha. No podía expiar su culpa con meras lágrimas, tal vez ni siquiera con la muerte, pero de repente se acordó de su vestido de novia y decidió que la única forma de liberarse de todo aquello era casarse con alguien de inmediato, lo cual, sin duda, pondría fin a la guerra y a tantas desgracias.

Por aquel entonces, llevaba ya años encerrada en su cuarto en penumbra, con la sola compañía de una tenue lámpara de aceite y su traje de novia. Había acabado de coserlo con sus propias manos, y gracias a su destreza lo había convertido en el vestido nupcial más hermoso sobre la faz de la Tierra, por encima del trabajo de cualquier costurera o sastre. Una mañana, la

princesa lo dio finalmente por terminado. No sabía con quién casarse, así que se dijo que lo mejor era abrir la ventana sin más y quien apareciera ante ella se convertiría en su compañero para toda la vida.

Antes de eso, se bañó en agua aromatizada con flores durante cien noches. Después, una mañana inolvidable, se puso el traje de novia. No era de las que se desdican de un compromiso: pensaba cumplir su palabra. Estaba decidida a abrir aquella ventana, por vez primera en años, y casarse con el primer hombre que viera. Si veía a más de uno, se quedaría con el más próximo. Eso sí, juró no quedarse con el marido de otra ni con alguien que ya tuviera amante, porque no quería hacer daño a nadie.

Con aquel flamante vestido, estaba más guapa que nunca. Su belleza refulgía, incluso en aquella habitación en penumbra, y embelesaba a las jóvenes damas de honor que la espiaban y que se preguntaban qué tramaba. Con paso elegante, la princesa Rengganis se dirigió a la ventana y se detuvo un instante, ansiosa. Se había comprometido consigo misma e iba a hacerse su voluntad. Le temblaron terriblemente las manos al tocar los postigos y, de repente, se echó a llorar, atrapada entre una profunda tristeza y una alegría abrumadora. Con un roce de las yemas de los dedos, giró la falleba. Los postigos se abrieron con un crujido.

—Quien esté ahí, que se case conmigo —dijo.

—Qué lástima que no fuera yo —se lamentó Maman Gendeng ante otro pescador, otra mañana—. Dime, ¿estoy lejos de Halimunda?

—No mucho.

Mucha gente le había dicho ya «no mucho», de modo que aquellas palabras no lo reconfortaron en absoluto: no llegaba nunca. Seguía avanzando y se detenía en todos los poblados de pescadores y todos los puertos para preguntar:

—¿Esto es Halimunda?

—No, no, siga más al este —le decían.

Todo el mundo repetía lo mismo, lo cual le hacía perder confianza. De golpe y porrazo, tuvo la impresión de que todo aquello era una gran conspiración, de que todo el mundo le mentía y Halimunda no era más que una invención. Decidió que, si preguntaba una sola vez más y le contestaban que tenía que seguir más al este, le daría un puñetazo al que lo dijera para acabar con aquella broma de mal gusto y aquella connivencia.

Precisamente entonces vio un puerto de pesca y una hilera de poblados de pescadores. Viró con rapidez hacia tierra y se despidió brevemente de la pareja de tiburones que lo había acompañado durante el trayecto y con la que había entablado una curiosa amistad. Temblaba por la fatiga y la derrota, y estaba perdiendo la esperanza de conocer algún día a la maravillosa princesa Rengganis. Desembarcó y vio a un pescador que arrastraba una red por la playa. Apretando los puños, le preguntó:

—¿Esto es Halimunda?

—Sí, esto es Halimunda.

El pescador había tenido suerte, porque, si Maman Gendeng, a quien su propio maestro había llamado «el mejor guerrero del mundo», hubiera desatado toda su furia, nada habría podido pararle los pies. En cambio, Maman Gendeng estaba realmente feliz tras su largo viaje: Halimunda no era ningún invento, había llegado por fin, estaba respirando su aire con olor a pescado y hablando con uno de sus habitantes. Se postró de hinojos de tanta gratitud como sentía, mientras el pescador lo miraba atónito.

—Qué hermoso es todo —murmuró.

—Sí —replicó el otro, ya a punto de marcharse—, aquí hasta el estiércol huele bien.

Maman Gendeng lo detuvo.

—¿Dónde puedo encontrar a Rengganis? —preguntó.

—¿Qué Rengganis? Aquí hay montones de mujeres con ese nombre. Hasta las calles y los ríos se llaman Rengganis.

—La princesa Rengganis, por supuesto.

—Murió hace cientos de años.

—¿Cómo dices?

—Que murió hace cientos de años.

Todo terminó abruptamente. «No puede ser verdad», se dijo Maman Gendeng, pero eso no lo tranquilizó y su rabia estalló con ferocidad. Amenazó al pobre pescador, gritándole que era un mentiroso. Se acercaron a ayudarlo varios de sus compañeros armados con remos de madera, pero el guerrero destrozó los remos y dejó a sus propietarios inconscientes en la arena mojada. Luego se presentaron tres hombres, tres *premanes*, tres matones. Le ordenaron que se largara, la playa era su territorio. Maman Gendeng no se marchó, y en lugar de eso los atacó sin piedad y los dominó a los tres a la vez antes de soltarlos, mustios y medio muertos, encima de los cuerpos de los pescadores.

Aquella fue la caótica mañana en que Maman Gendeng llegó a Halimunda y provocó un gran alboroto. Los cinco pescadores y los tres *premanes* fueron sus primeras víctimas. La siguiente fue un viejo veterano que apareció con un fusil y le disparó desde lo lejos. No sabía que el desconocido era invulnerable a las balas. Al comprenderlo, echó a correr, pero Maman Gendeng lo persiguió, le arrebató el fusil y le pegó un tiro en la pantorrilla, con lo que el veterano se desplomó en mitad de la calle.

—¿Quién más quiere pelea? —preguntó entonces.

Tenía que castigar como mínimo a algunos de los habitantes de aquella ciudad, que lo había engañado con una historia de cientos de años de antigüedad. Hubo unas cuantas refriegas más aquella mañana y las ganó

todas él, de modo que en la playa no quedó nadie con ganas de plantarle cara. Sin embargo, ya empezaba a acusar el cansancio. Con la cara pálida, se acercó a un puesto de comida y el propietario le sirvió lo que había. La gente incluso le ofrecía buenas cantidades de *arak* de palma, con la esperanza de que se emborrachara y no diera más guerra. Saciado y extenuado, Maman Gendeng empezó a adormilarse. Volvió a la playa dando tumbos y se echó en su cayuco, que había varado en la arena. Reflexionó sobre todo el viaje y su enorme decepción y, antes de cerrar los ojos, habló con voz firme y clara.

—Si tengo una hija, le pondré Rengganis —dijo, y entonces se durmió.

Era cierto que la princesa Rengganis había muerto muchos años antes, pero primero se había casado y se había recluido en Halimunda. Al abrir aquella ventana, después de tantos años, los cálidos rayos del sol de la mañana inundaron su dormitorio y por un momento la cegaron. Era como si el universo se hubiera detenido para ser testigo de aquel prodigioso retorno de la belleza, surgida de una oscuridad cerrada a cal y canto. Los pájaros dejaron de piar, el viento dejó de soplar y la princesa se quedó allí como un cuadro en el que la ventana hacía las veces de marco. Sus ojos tardaron un rato en adaptarse, pero luego empezó a observar lo que la rodeaba. Había nervios en su mirada y un rojo intenso en sus mejillas, pues estaba a punto de conocer a la persona que iba a ser su amante. Sin embargo, no había nadie hasta donde alcanzaba la vista, nadie más que un perro que había vuelto la cabeza hacia ella tras oír el crujido de la ventana al abrirse. La princesa se quedó aturdida por un momento, pero recordemos que nunca incumplía su palabra, de modo que prometió desde el fondo de su corazón que se casaría con aquel perro.

Nadie aceptaría tal matrimonio, así que la pareja huyó a un bosque brumoso al borde del mar del Sur. Fue precisamente ella quien le puso Halimunda, la Tierra de la Niebla. Allí vivieron muchos años y, por descontado, tuvieron hijos. La mayoría de los habitantes de Halimunda se

consideraban descendientes de la princesa y de aquel perro, cuyo nombre nadie llegó a saber. Ni siquiera parecía saberlo la propia princesa, que tampoco le puso ningún apodo. Al verlo aquella primera vez desde la ventana, lo único que había pensado era que tenía que bajar cuanto antes para reunirse con su prometido, sin importar lo que dijera la gente.

—Y es que a un perro —había afirmado— no podría importarle menos si soy bella o no.

La noticia de la llegada de Maman Gendeng a Halimunda corrió como un reguero de pólvora. Tras aquella cabezadita, decidió instalarse en la ciudad, junto a los descendientes de la princesa Rengganis. Era feliz en los bulliciosos poblados de pescadores, que le recordaban los viejos tiempos, con los puestos de bebidas y las tabernas que había por toda la playa, con las tiendas de ambos lados del *jalan* Merdeka y, por descontado, con la casa de putas de Mamá Kalong, la mejor de Halimunda.

Llegó hasta allí por recomendación de un transeúnte con el que se cruzó. Se dijo que, si quería vivir en aquella ciudad, debía controlarla, y la mejor forma de conseguirlo era empezar por la casa de putas. Entró en la taberna, donde lo esperaba la madama en persona, que ya estaba al tanto de la reputación que se había granjeado desde que había desembarcado en la playa, acompañada de un puñado de sus putas y algunos *premanes*. La propia Mamá Kalong le sirvió una cerveza y, después de apurar el vaso, Maman Gendeng se plantó en mitad de la taberna y preguntó quién era el hombre más fuerte de Halimunda. A varios de los *premanes* que trabajaban de gorilas en la casa de putas les sentó mal aquella pregunta, que dio lugar a la enésima pelea en el jardín de la taberna. Maman Gendeng no se dejó amedrentar por sus machetes, sus hoces y sus katanas abandonadas por los japoneses, y no tardó mucho en dejarlos bien amoratados.

Frotándose las manos de satisfacción, volvió a entrar en busca de alguien más a quien dar una paliza, pero en lugar de eso vio a una hermosa mujer sentada en un rincón con un cigarrillo entre los labios.

—Quiero acostarme con esa mujer, me da igual si es prostituta o no —susurró a Mamá Kalong.

—Esa es Dewi Ayu, y es la mejor puta de la casa.

—¿Una especie de mascota?

—Una especie de mascota.

—Voy a vivir en esta ciudad —añadió Maman Gendeng— y pienso mearme en sus partes íntimas como haría un tigre para marcar su territorio.

Dewi Ayu seguía en su rincón con aire indiferente. A la luz de la lámpara, su piel resplandecía limpia y blanca, y su herencia holandesa resultaba evidente. Tenía los ojos de un azul intenso, llevaba la melena negra recogida en un largo moño francés y sostenía el cigarrillo entre los finos dedos, acabados en uñas pintadas de rojo sangre. Se había puesto un vestido color marfil con un cinturón que realzaba su esbelta figura. Como había oído lo que había dicho Maman Gendeng a Mamá Kalong, se volvió. Se miraron a los ojos por un momento y ella sonrió seductora sin mover un músculo.

—Pues entonces date prisa, guapo, o acabarás meándote en los pantalones —dijo.

Le informó de que tenía una habitación especial, un pabellón situado justo detrás de la taberna, y que nunca había llegado hasta allí por su propio pie, ya que quien la quería tenía que llevarla como un recién casado lleva a su novia. A Maman Gendeng eso no le importaba en absoluto, así que se acercó, se detuvo delante de la hermosa puta y se agachó. Al levantarla, calculó que pesaría unos sesenta kilos. Después se dirigió a la parte de atrás de la taberna, salió por la puerta y cruzó un fragante naranjal de camino a una construcción pequeña y poco iluminada, rodeada de otras construcciones.

—He venido a casarme con la princesa Rengganis, pero he llegado con más de cien años de retraso —le dijo—. ¿Te gustaría ocupar su lugar?

Dewi Ayu besó en la mejilla a su pretendiente antes de contestar:

—Una esposa mantiene relaciones sexuales por voluntad propia, pero una prostituta es una trabajadora del sexo con fines comerciales. La verdad es que no me gusta acostarme con nadie sin que me paguen.

Hicieron el amor durante casi toda la noche, rebotantes de ardor y de pasión, como unos enamorados reunidos tras una larga separación. Al llegar el amanecer seguían desnudos y, envueltos en la misma colcha, se sentaron delante del pabellón a disfrutar el aire fresco. Los gorriones saltaban por las ramas de los naranjos con gran estruendo y hacían vuelos cortos hasta el borde del tejado. El sol emergió con todo su calor por la hendidura entre las colinas de Ma Iyang y Ma Gedik, al norte de la ciudad.

Halimunda empezaba a despertar. Los amantes se prepararon para la jornada: apartaron la colcha, se sumergieron en agua caliente en una gran bañera que habían dejado los japoneses y se vistieron. Como todas las mañanas, Dewi Ayu volvió a casa en ciclotaxi para estar con sus tres hijas. Maman Gendeng se dispuso a empezar un nuevo día en la ciudad.

Mamá Kalong le dio de desayunar arroz amarillo con setas de la paja y huevos de codorniz que había comprado en el mercado a primera hora. Maman Gendeng volvió a preguntar por el hombre más fuerte de Halimunda, el más hercúleo de verdad.

—Porque no puede haber dos peces gordos en el mismo sitio —sentenció.

La madama le dio la razón y mencionó a un hombre, Edi el Idiota, el *preman* más temido de la estación de autobuses, y le habló de su reputación en dos pinceladas: los soldados y los policías le tenían un miedo atroz, había matado a más gente que cualquier guerrero legendario y todos los bandoleros, los ladrones y los piratas de la ciudad eran sus secuaces. Además, era



bastante probable que ya supiera de Maman Gendeng, puesto que los *premanes* de la casa de putas debían de haber ido a informarlo. Cuando dieron las doce, Maman Gendeng se encaminó hacia la estación de autobuses, donde encontró a aquel individuo tomando el aire en una mecedora de caoba.

—Dame tu poder o lucharemos a muerte —lo amenazó.

Edi el Idiota lo esperaba. Aceptó el desafío y la buena noticia corrió como un reguero de pólvora. Hacía muchos años que los habitantes de Halimunda no disfrutaban de un espectáculo realmente soberbio, y hordas entusiasmadas se dirigieron a la playa, donde los dos hombres habían decidido luchar. Nadie podía predecir quién iba a matar a quién. Un alto cargo militar mandó a una unidad de sus hombres, al mando de un individuo flacucho al que todo el mundo conocía por su apodo, Shodancho, pero nadie lo consideraba capaz de detener la pelea.

Shodancho controlaba una pequeña zona de la ciudad desde su cuartel general, donde una placa lo proclamaba «comandante del Distrito Militar de Halimunda». Dado que la brutal reyerta iba a producirse dentro de su jurisdicción, se había presentado voluntario al mando como persona más indicada para ocuparse del asunto. En realidad, una unidad de soldados no podía hacer gran cosa, más que mantener una ilusión de orden entre los mirones. En el fondo, Shodancho albergaba la esperanza de que murieran los dos contendientes, porque no cabía la posibilidad de que tres personas llevaran las riendas de una misma zona, y consideraba que el único que merecía tal honor era él. De todos modos, se mantuvo a la expectativa como los demás, incapaz de predecir el resultado.

Al final, hubo que esperar una semana entera para que acabara la pelea. Llevaban allí siete días y siete noches sin descanso cuando Shodancho dijo a uno de sus hombres:

—Está claro que Edi el Idiota va a morir.

—Bueno, para nosotros no cambia nada —contestó el soldado con tristeza—. Esta ciudad está llena de bandoleros, ladrones, guerrilleros, revolucionarios y comunistas. Nosotros no tenemos más remedio que limpiar cuando acaba el jaleo, y jamás conseguiremos pararles los pies.

—Sencillamente, estamos sustituyendo a Edi el Idiota por Maman el Loco —dijo Shodancho, asintiendo.

El otro sonrió con amargura y musitó:

—Esperemos que no meta la nariz en asuntos militares.

Aunque solo tenía el control del distrito militar situado en una esquina de Halimunda, Shodancho era bastante respetado en toda la ciudad. Incluso algunos de sus superiores le expresaban su respeto formal, puesto que todo el mundo sabía que había sido el cabecilla del motín del *daidan* o batallón de Halimunda durante la ocupación japonesa, y que durante aquel episodio nadie había demostrado más valor que él. Los vecinos estaban muy seguros de que si Sukarno y Hatta no hubieran proclamado la independencia, Shodancho se habría encargado de ello en persona. Caía muy bien a todo el mundo, aunque se sabía que no era un soldado ejemplar: su distrito se ocupaba principalmente de pasar tejidos de contrabando a Australia y meter en el mercado negro vehículos y artículos de electrónica. Aquel era un excelente negocio por entonces y ninguno de sus superiores quería perturbar el desarrollo de un comercio que daba tanto dinero a los generales. Poner orden en una refriega era la última de sus preocupaciones.

Al final, exhausto, Edi el Idiota acabó pasando a mejor vida, después de que Maman Gendeng lo cogiera de la cabeza y lo ahogara hundiéndosela en el mar. Luego lanzó su cuerpo al agua, donde sus amigos los tiburones disfrutaron de una merienda inesperada. Maman Gendeng regresó a la playa y se plantó ante todos los habitantes de la ciudad más fresco que una rosa, como si pudiera acabar con siete hombres más de la misma forma.

—Ahora, todo el poder es mío —anunció—. Y nadie más que yo puede acostarse con Dewi Ayu.

Sorprendida por la proclama de Maman Gendeng, la prostituta decidió actuar con cautela y envió a un correo para invitar al nuevo *preman* a visitarla. Él aceptó cortésmente y prometió acudir lo antes posible.

No cabía duda de que Dewi Ayu era la mejor puta de Halimunda; con solo treinta y cinco años, seguía siendo una mujer muy hermosa. Todas las mañanas se frotaba el cuerpo con jabón sulfuroso y una vez al mes se sumergía en un baño caliente de hierbas. La leyenda de su belleza no tenía nada que envidiarle a la de la fundadora de la ciudad, y el único motivo por el que nunca se había declarado una guerra por ella era el hecho de que fuera puta, de modo que todo el mundo podía acostarse con ella mientras tuviera dinero. El monopolio declarado por Maman Gendeng no era cosa zanjada.

Dewi Ayu casi nunca aparecía en público, solo en ocasiones se la vislumbraba cuando pasaba en ciclotaxi al atardecer, de camino al burdel de Mamá Kalong, o al volver a casa por la mañana. Aparte de eso, se la veía llevando a sus hijas al cine, a la feria o al colegio. A veces acudía al mercado, pero muy raramente. Para los recién llegados a Halimunda habría sido imposible adivinar que era puta, pues vestía con más modestia que nadie y andaba con la elegancia de una doncella palaciega, la bolsa de la compra en una mano y la sombrilla en la otra. Incluso en la casa de putas llevaba un vestido grueso y abrigado que lo ocultaba todo, y prefería sentarse a leer guías de viajes en un rincón de la taberna. Nunca provocaba a los hombres en público: no era su estilo.

La antigua casa familiar estaba en la parte colonial de la ciudad, al pie de una montañita con vistas al mar, detrás de las plantaciones de cacao y cocos que quedaban. La había recuperado por añoranza del pasado, pero la nostalgia había empezado a asfixiarla. Estaban construyendo una nueva zona

residencial a la orilla del río Rengganis y ya había reservado una de las casas, a la que esperaba mudarse al año siguiente.

Aquella tarde, el *preman* se presentó poco después de que la señora de la casa se hubiera levantado y aseado. Lo recibió una niña de unos once años. Dijo llamarse Maya Dewi y pidió a Maman Gendeng que esperase en la sala de estar, porque su madre estaba secándose el pelo. La pequeña, que llegaría a ser tan hermosa como su madre, eso ya era evidente, le llevó un vaso de limonada bien fría y, cuando el invitado sacó un cigarrillo, se apresuró a colocar un cenicero encima de la mesa. Maman Gendeng se imaginó que el aspecto pulcro y ordenado de la casa debía de ser cosa de la niña. Gracias a Mamá Kalong se había enterado de que Dewi Ayu tenía tres hijas y lo intrigaba averiguar si las otras dos hermanas eran igual de guapas, pero al parecer Alamanda y Adinda habían salido.

Dewi Ayu apareció con la melena suelta y refulgente con la luz de primera hora de la tarde. Ordenó a su hija que los dejara solos, despertó a un gato que estaba acurrucado en su sillón y se sentó. Todos sus movimientos eran pausados, elegantes y deliberados. Se recostó y cruzó las piernas, cubiertas por un largo vestido con grandes bolsillos a ambos lados y un lazo atado a la altura de la garganta. Su pelo desprendía un leve aroma a espliego y aloe vera. Aunque Maman Gendeng ya se había acostado con ella y la había visto desnuda, su belleza embriagadora lo dejó pasmado. Con una mano esbelta y blanca como la leche, Dewi Ayu sacó un paquete de cigarrillos de uno de los bolsillos y se puso a fumar. Por un momento, el *preman* solo fue capaz de tartamudear torpemente y de mirar aquellos pies y las zapatillas de terciopelo verde oscuro que se balanceaban lentamente hacia delante y hacia atrás.

—Gracias por venir —lo saludó su anfitriona—. Bienvenido a mi hogar.

Maman Gendeng ya sabía el porqué de la invitación, o al menos podía imaginárselo. Era consciente de que no podía justificar su pretensión, pero se

había enamorado de aquella mujer. Por fin había podido olvidar todo el dolor, olvidar a Nasiah y a la princesa Rengganis, embelesado como estaba con aquella puta increíble. No quería que volvieran a hacerle daño, de ahí que, si no podía casarse con Dewi Ayu, al menos aspirara ser el único hombre que se acostase con ella.

La serenidad de la puta, debida sin duda a su inteligencia, era realmente extraordinaria. Expulsaba el humo con regularidad y con los ojos lo seguía mientras flotaba, como quien reflexiona sobre algo. El olor de su tabaco importado era nítido y suave, sin rastro de clavo. Había llegado con un vaso de limonada en la mano y, cuando hubo terminado el cigarrillo, tomó un sorbo e hizo un gesto al matón para que bebiera del vaso frío que tenía delante, lo que él hizo con incomodidad. En una mezquita lejana, un niño tocó un tambor, por lo que debían de ser las tres.

—Qué pena —empezó la puta—. Antes que tú ha habido treinta y un hombres que han tratado de poseerme.

Aquello no sorprendió al *preman*, que ya sabía lo que iba a decir Dewi Ayu.

—O me caso contigo o te pago todos los días por la exclusiva de tus servicios —le propuso.

—Lo que pasa es que no puedo mantener relaciones sexuales a diario, de modo que a menudo recibiría dinero a cambio de nada —contestó ella con una risilla—. Pero sí me gustaría, porque al menos, si me quedo preñada, sabría quién es el padre.

—Así pues, ¿aceptas ser mi puta privada por el resto de tus días?

—Durante tanto tiempo, no —respondió Dewi Ayu, negando con la cabeza—, pero sí mientras lo permitan tu polla y tus finanzas.

—Si no quedas satisfecha, puedo utilizar el dedo o una pezuña de vaca en lugar de la polla.

—Estoy segura de que con el dedo bastará, siempre que sepas utilizarlo —aseguró ella, riendo. Se quedó en silencio un momento y luego musitó—: Así que este es el final de mi carrera como prostituta pública.

Lo dijo casi con nostalgia. A lo largo de los años, había habido mucha tristeza, pero también buenos momentos.

—En realidad, todas las mujeres somos putas, porque hasta la esposa más decente se vende por una dote y una asignación para gastos... O por amor, si es que existe —afirmó—. No es que no crea en el amor, más bien todo lo contrario, hago todo esto con muchísimo amor. Nací en una familia holandesa y fui católica hasta que recité el *syahadat* y me convertí al islam el día de mi boda. Estuve casada en su día y en su día fui religiosa. Haber perdido todo eso no quiere decir que haya perdido el amor. Creo que me he convertido en sufí, en santa. Para ser puta hay que amar a todo el mundo, amarlo todo, absolutamente todo: las pollas, los dedos y las pezuñas de vaca.

—A mí el amor solo me ha servido para sufrir un dolor atroz —replicó el *preman*.

—Bueno, eres libre de amarme —dijo Dewi Ayu—, pero no esperes gran cosa a cambio, porque la esperanza no tiene nada que ver con el amor.

—¿Y cómo voy a amar a alguien que no me ama?

—Ya aprenderás, matón.

Para cerrar el trato, Dewi Ayu tendió la mano a Maman Gendeng, que le besó las yemas de los dedos. El acuerdo era del agrado de ambos y, aunque no vivían en la misma casa, empezaron a parecer cada vez más unos recién casados. Cuando Maman Gendeng conoció a las otras hijas de la prostituta, que habían heredado la belleza absoluta de su madre, Alamanda tenía dieciséis años y Adinda, catorce.

—Mataré a todo aquel que moleste a estas jovencitas —proclamó.

Empezaron a dejarse ver en familia aquí y allá, iban juntos al cine y

pasaban los domingos en la playa, pescando o bañándose. Luego, por la noche, el *preman* se reunía con Dewi Ayu en el pabellón de detrás de la taberna de Mamá Kalong. Cuando llegaba el amanecer, ella ya no se marchaba a toda prisa, sino que se quedaban tranquilamente en el naranjal, charlando.

Sin embargo, una noche, varias semanas después de su llegada, Maman Gendeng no se presentó en la casa de putas de Mamá Kalong. Nadie más se atrevió a tocar a Dewi Ayu, de modo que se puso a matar el tiempo con sus guías de viajes hasta que, flanqueado por sus guardaespaldas, llegó otro hombre: Shodancho.

Era su primera visita al burdel. Encantada de la vida, Mamá Kalong salió corriendo a recibirlo en persona, dispuesta a ofrecerle lo que pidiera. Shodancho pidió una sola cosa: la puta más hermosa del lugar. Se volvió hacia Dewi Ayu y, sin vacilar, la señaló claramente. Los presentes temblaron ante aquella elección y nadie se atrevió a abrir la boca cuando Dewi Ayu dijo que no con la cabeza. Era la primera vez que rechazaba a un cliente, pero Shodancho no era hombre que se dejara vencer por un mero gesto. Blandiendo la pistola, se acercó a la prostituta y le ordenó dejar la guía de viajes a un lado y acompañarlo a la cama. Fue también la primera vez en que alguien la condujo a la fuerza a su cuarto, sin mimarla ni llevarla en brazos, y eso la llenó de rencor. Shodancho la siguió hasta el pabellón mientras sus guardaespaldas se quedaban en la taberna.

—Empuñas esa pistola como un cobarde.

—Es una mala costumbre, te ruego que me disculpes —pidió Shodancho—. En realidad solo quería preguntarte una cosa: ¿me concedes la mano de tu hija mayor, Alamanda?

Dewi Ayu reaccionó con desdén. Para empezar le recordó que tratarla con aquella crudeza no le ayudaba en nada, pero luego añadió más calmada:

—Alamanda es dueña y señora de su cabeza y su cuerpo, así que lo mejor será que le preguntes a ella si quiere casarse contigo o no.

«Qué infeliz es este soldado flacucho, que se declara así», pensó para sus adentros.

—En Halimunda todo el mundo sabe que ya ha desilusionado a muchos hombres y tengo miedo de que me suceda lo mismo.

Dewi Ayu sabía que jóvenes y viejos estaban locos por Alamanda. Muchos habían tratado de ganarse su amor y no habían sacado nada en limpio, porque, como su madre sabía muy bien, la muchacha solo quería a un hombre que se había marchado y cuyo regreso esperaba.

—Da igual, tienes que preguntárselo a ella —insistió Dewi Ayu—. Si resulta que quiere casarse contigo, os organizaré una fiesta magnífica. Si resulta que no, te sugiero que te suicides.

En el naranjal, un búho ululó y se lanzó en picado para atrapar a una marmota. Dewi Ayu trataba de hacer tiempo, con la esperanza de que llegara por fin su matón y entre los dos hombres solucionaran el asunto. Shodancho se le acercó, le acarició la barbilla, suave como la cera, y le preguntó:

—¿Y exactamente qué me sugieres que haga ahora?

—Buscar a otra chica —le aconsejó ella.

Había muchas muchachas hermosas en aquella ciudad, todas ellas herederas de la princesa Rengganis y su belleza mítica. Sin embargo, Shodancho no se marchó, sino que metió a Dewi Ayu en el dormitorio a empujones y le arrancó la ropa. Se folló a la puta con ansia y, después de que su polla soltara su chorro, descansó un momento y por fin se fue sin decir nada más.

Dewi Ayu se quedó quieta, incapaz de creer lo que acababa de suceder. No era solo que alguien se hubiera acostado con ella después de que Maman Gendeng lo hubiera prohibido explícitamente, sino que era también la



primera vez que alguien abusaba de ella con tanta crudeza. Los hombres de Halimunda la trataban mejor que a sus propias mujeres. Se miró el vestido, al que le faltaban dos botones por culpa del tirón, y rezó para que a Shodancho lo fulminara un rayo. Su rabia fue aumentando sin parar al pensar en que se había acostado con ella como si fuera un pedazo de carne, como si se hubiera follado el agujero del retrete durante unos escasos minutos, como si no estuviera la ciudad entera fascinada con ella. Todo aquello bastó para que soltara una maldición e incluso llorara un poco, y luego se fue a su casa apresuradamente.

Maman Gendeng se enteró de la noticia en cuanto llegó el nuevo día. No conocía a Shodancho, pero sí sabía dónde encontrarlo. Desde la estación de autobuses, donde vivía, se dirigió al cuartel del mando militar en Halimunda. A la entrada, desde el interior de la llamada «jaula de los monos», el soldado que estaba de guardia lo detuvo. Maman Gendeng pidió ver a Shodancho. El soldado no llevaba ningún arma de fuego, tan solo un puñal y una porra, y sabía que no podría enfrentarse a él, así que se limitó a saludar y a señalar una puerta, y el *preman* se abrió paso.

Con vaqueros y una camiseta de manga corta que dejaba al descubierto el tatuaje de un dragón en el bíceps derecho, de su época de guerrillero, Maman Gendeng entró con paso decidido y sin llamar en el despacho de Shodancho. El comandante, que estaba en mitad de una conferencia por radio con el mando central, levantó la vista, sorprendido. Al reconocer al guerrero de la playa, que se había plantado allí con aire osado y engreído, cortó la conversación abruptamente y se levantó con una furia contenida. Antes de que Shodancho pudiera decir nada, Maman Gendeng se le adelantó:

—¡Escúchame bien! Nadie más que yo puede acostarse con Dewi Ayu. Si te atreves a volver a su cama, no tendré piedad.

Shodancho se puso furioso al ver que lo amenazaba así: allí, en su propio

despacho. Le preguntó si sabía que podían ahorcarlo, que el Estado podía ajusticiarlo, solo con que él dijera una palabra. Además, sabía que Dewi Ayu era puta, de modo que si el problema era que se había acostado con una puta sin pagar, le pagaría más de lo que le hubiera pagado nadie nunca. Iracundo ante el comportamiento altivo y petulante del matón que tenía delante, Shodancho desenfundó la pistola que llevaba al cinto, le quitó el seguro y lo encañonó, como diciendo que no le daban miedo sus amenazas y recomendándole que se largara si no quería que le pegara un tiro.

—Bueno —dijo el *preman*—, al parecer no sabes quién soy.

Shodancho no tenía ninguna intención de disparar, solo pretendía amedrentarlo, pero al ver que Maman Gendeng blandía un puñal, no tuvo más remedio que apretar el gatillo. Con la descarga de la pistola observó que su oponente se echaba hacia atrás tambaleándose, pero entonces se dio cuenta de que no había sufrido ninguna herida. La bala daba vueltas en el suelo.

Shodancho estaba seguro de que había acertado de pleno, y su sorpresa fue en aumento cuando vio que Maman Gendeng le sonreía.

—Escúchame bien, Shodancho. Si he sacado este puñal no ha sido para atacarte, sino para demostrarte que no te tengo miedo. Soy invencible. Tus balas no pueden hacerme daño, y esta hoja tampoco —declaró, antes de clavársela en el vientre con todas sus fuerzas.

El puñal se partió y la punta cayó al suelo con un traqueteo sin haberle hecho ni un simple rasguño. Recogió la bala y el pedazo de metal y, con la mano extendida, se los mostró a su contrincante en la palma.

Shodancho, que se había quedado inmóvil como una estatua, con la pistola colgando de la mano inerte e impotente y la cara del color de la ceniza clara, había oído hablar de hombres así, pero era la primera vez que veía a uno con sus propios ojos.

—Por última vez, Shodancho, no toques a Dewi Ayu —advirtió Maman

Gendeng antes de irse—. Si me desobedeces, no solo destrozaré todo esto, sino que te mataré.

No iba a ser tarea fácil matar a Shodancho, que en su juventud había capitaneado la guerrilla contra los japoneses. Sus hombres y él eran auténticos rebeldes, aunque quizá algo desorientados de tanto quedarse escondidos en las marismas.

Una mañana soleada e inolvidable, Shodancho acababa de aliviarse en un arrecife de coral cuando se encontró el cadáver de un hombre que las olas habían arrojado contra la orilla. El cuerpo, ya tan hinchado que parecía a punto de estallar, solo estaba cubierto por un taparrabos. Shodancho y sus hombres lo sacaron del agua y, una vez en la playa, lo examinaron. Presentaba una herida profunda en el vientre.

—Es un tajo de bayoneta —afirmó Shodancho—. Lo han matado los japoneses.

—Es un rebelde de otro *daidan* —dijo un soldado.

—O quizá se acostó con la amante del emperador Hirohito.

De repente, Shodancho se quedó callado y miró el rostro del muerto. Estaba claro que era indígena: estaba demacrado, como si hubiera pasado hambre, al igual que la mayoría de los indígenas, y no llevaba ni bigote ni barba. Pero no fue eso lo que le llamó la atención, sino la forma extraña de la boca. Al final llegó a una conclusión:

—Este hombre está chupando algo.

Con un esfuerzo considerable y la ayuda de otro soldado, consiguió abrir

las rígidas mandíbulas del cadáver con los dedos.

—Ahí no hay nada —dijo el soldado.

—No —contestó Shodancho, y palpó el interior de la boca del muerto hasta sacar un pedazo de papel que casi se había desintegrado por completo—. Lo mataron por esto.

Desplegó el papel encima de un coral caliente. Parecía una octavilla impresa con una multcopista. El agua salada que se había colado en la boca del difunto había provocado que la tinta perdiera intensidad y se corriera, pero aún se leía el texto. Todo el mundo tenía el corazón a mil, a la espera de un mensaje importante, porque no podían haber matado a nadie por una octavilla vieja, insignificante y hecha una bola. Con dedos temblorosos —y no por el aire helado ni por el hambre—, Shodancho sostenía el papel mientras le caían lágrimas por las mejillas. Antes de que sus hombres, confundidos, tuvieran oportunidad de preguntarle nada, habló él para preguntarles:

—¿Qué día es hoy?

—Veintitrés de septiembre.

—O sea, que llevamos más de un mes de retraso.

—¿Para qué?

—Para la celebración. —Y entonces leyó lo que estaba escrito en la octavilla del muerto:

PROCLAMACIÓN: POR LA PRESENTE, EL PUEBLO DE INDONESIA DECLARA SU  
INDEPENDENCIA [...]. 17 DE AGOSTO DE 1945. EN NOMBRE DEL PUEBLO INDONESIO,  
SUKARNO Y HATTA.

Hubo un momento de silencio, antes de que estallara una oleada de gritos y alaridos discordantes. Con la excepción de Shodancho, empezaron todos a

correr y a bailar delante de sus cabañas como posesos, cantando canciones victoriosas. Sin una sola orden, se pusieron a recoger sus pertenencias, como si todo hubiera terminado. Estaban ya listos para salir corriendo de la selva e irrumpir en la ciudad para dar la feliz noticia, pero Shodancho se apresuró a pararles los pies antes de que aquella locura siguiera adelante.

—Tenemos que reunirnos —dijo.

Todos obedecieron y se congregaron delante de la cabaña.

—Sigue habiendo muchos japoneses en Halimunda —afirmó Shodancho—, y ya deben de estar informados, pero habrán decidido no decir nada.

En cuestión de poco tiempo, preparó una estrategia. La mitad de los hombres tenía que perpetrar un ataque relámpago contra la oficina de correos, con toma de rehenes en caso necesario; no debía ser demasiado peligroso, ya que todos los empleados eran indígenas. Allí había una multicopista con la que imprimirían la nota del muerto para distribuirla por toda la ciudad lo antes posible. «¡Que lo hagan los carteros!», propuso, con decisión. La otra mitad de los guerrilleros debía infiltrarse en el *daidan* para contar lo sucedido, desarmar a los japoneses, movilizar a las masas y convocar una concentración multitudinaria en el campo de fútbol. Después de aquella reunión rápida y concisa, salieron de la selva.

Con solo verlos llegar, todo el mundo se puso muy nervioso, antes incluso de que se distribuyera con prontitud la octavilla impresa en la oficina de correos. Shodancho consiguió requisar un camión para dar vueltas por la ciudad al grito de: «¡Indonesia declaró la independencia el diecisiete de agosto y Halimunda ha seguido su ejemplo el veintitrés de septiembre!». Todos los que estaban en la acera se quedaron quietos, como petrificados. Un barbero casi le rebana una oreja a un cliente y un chino que vendía *bakpao* perdió el control de la bicicleta y cayó al suelo rodeado de sus bollos al vapor. La gente miraba el camión con incredulidad y luego recogía las

octavillas esparcidas por todas partes y las leía. Entonces estalló la alegría: los alumnos de la escuela primaria se pusieron a bailar por la calle y luego los imitaron todos los adultos.

Los japoneses salieron de sus despachos, incluido el comandante militar Sidokan. Al enterarse de lo sucedido se quedaron indefensos y no opusieron resistencia cuando se presentaron los soldados del Peta del *daidan* para arrebatárles las armas. Sin la ceremonia necesaria, los rebeldes arriaron el Hinomaru mientras gritaban a la cara a los japoneses: «¡Comeos esta bandera detestable!». A continuación la sustituyeron con la enseña rojiblanca en una ceremonia solemne en la que cantaron el himno *Indonesia Raya*.

Los ciudadanos empezaron a congregarse en el campo de fútbol, escuálidos y harapientos, pero aun así radiantes. En toda su vida no había existido la independencia, y tampoco en la de sus abuelos ni la de sus bisabuelos, pero aquel día lo habían oído en persona: Indonesia era libre y, por lo tanto, también Halimunda. Shodancho presidió otra ceremonia de izado de la bandera por la tarde en la que volvió a leer la proclamación, mientras la gente de a pie se sentaba de piernas cruzadas en la hierba y los militares se ponían firmes, bien erguidos y bien rígidos. Desde aquel año y durante muchos más, los escolares y el ejército fueron los únicos en celebrar la proclamación cada 17 de agosto. Los habitantes de Halimunda oficiaban sus propios rituales privados el 23 de septiembre, y al cabo de un tiempo se les sumaron también los escolares y el ejército. En ese día, no solo rendían homenaje a la bandera y leían el texto de la proclamación mientras se cantaba el *Indonesia Raya*, sino que también se regalaban entre ellos cestas de comida y se celebraba una fiesta popular. Y si un forastero preguntaba, si un profesor preguntaba a sus alumnos cuándo se había independizado Indonesia, la respuesta siempre era: «El veintitrés de septiembre». El gobierno central hizo varios intentos de aclarar la confusión sobre la demora de la información en

el año 1945, pero los ciudadanos de Halimunda juraban a muerte que siempre celebrarían el día de la Independencia el 23 de septiembre. Pasado un tiempo, ya nadie le dio demasiada importancia.

Se produjo un alboroto cuando un grupo de personas sacó a rastras al *daidanchó* y dio la impresión de que iban a ejecutarlo brutalmente alegando en que había cometido traición durante la rebelión. Estaban dispuestos a colgarlo de un almendro malabar que había en una esquina del campo de fútbol, pero Shodancho les paró los pies. Liberó al *daidanchó* y se lo llevó al centro del campo. Ya estaba al tanto de su traición, por lo que le entregó un revólver. A continuación, todos los que se habían arremolinado a su alrededor lo oyeron decir:

—A los dos nos instruyeron los japoneses, así que sabes tan bien como yo lo que debe hacer un traidor.

El *daidanchó* se llevó el arma a la sien y se quitó la vida. A pesar de todo, Shodancho ordenó a todos los soldados que hicieran el ritual del último saludo y el cadáver se envolvió en una bandera y se enterró en una parcela no muy alejada del hospital, origen del cementerio militar. La suya fue la única muerte de aquel día. Shodancho asumió todo el poder del *daidan*, enseguida envió a varios correos a recabar más información y, en colaboración con los habitantes de la ciudad, reparó el puente que él mismo había destruido en su día. Al cabo de dos días, los correos regresaron para anunciar el desmantelamiento del Peta y la conversión de todos los *daidanes* en el Organismo para la Seguridad del Pueblo.

En consecuencia, constituyeron una delegación del Organismo para la Seguridad del Pueblo, pero dos días después llegó otro correo que informó de que el Organismo para la Seguridad del Pueblo ya se había disuelto para dar paso al Ejército para la Seguridad el Pueblo.

—Si vuelven a cambiarlo, Halimunda declarará la guerra a Indonesia —



amenazó Shodancho, enfadado.

El gobierno central tomó decisiones sobre la asignación de grados militares. A Shodancho, que superó a los comandantes de los demás *shodanes*, se le concedió el de teniente coronel y el tonto de su amigo Sadrah, se quedó satisfecho con el de comandante. No obstante, Shodancho no prestaba excesiva atención a esos asuntos y a todo el mundo decía: «Prefiero seguir siendo “Shodancho” a secas». Al cabo de unas semanas, se presentó otro correo con un paquete que contenía una carta que parecía escrita muchos meses antes y llegaba con mucho retraso a su destino. Era del presidente de la República de Indonesia e iba dirigida a Shodancho. Su contenido no tardó en ser del dominio público: el presidente lo había nombrado comandante en jefe del Ejército para la Seguridad el Pueblo con el grado de general, en reconocimiento por su heroísmo al mando de la rebelión del 14 de febrero de 1945.

Mientras la gente de Halimunda celebraba su ascenso, Shodancho desapareció. Volvió a su antiguo escondrijo de guerrillero y se pasó todo el día pescando y nadando en el mar a solas, meditando mientras flotaba en la superficie del agua como si también él fuera un cadáver a la deriva. No quería pensar en la pesadilla que supondría ser comandante en jefe del Ejército para la Seguridad el Pueblo. Antes de su partida, comentó al comandante Sadrah:

—Qué triste saber que fui el primero en rebelarme y por ese motivo me han designado comandante en jefe. Tengo que preguntarme qué clase de ejército tenemos cuando se elige para un cargo así a un hombre que ni siquiera ha visto las partes íntimas de una mujer de cerca.

Cuando el día ya se transformaba en la noche, sus amigos dieron con él y se lo llevaron a Halimunda.

Un tiempo después, otro correo le llevó una noticia que supuso un gran alivio. El comandante de división y el comandante de las islas de Java y

Sumatra señalaban que Shodancho no había ocupado el puesto de comandante en jefe ni una sola vez y que, en consecuencia, habían celebrado un consejo para sustituirlo.

—El presidente de la república ya ha elegido al coronel Sudirman como comandante del Ejército para la Seguridad el Pueblo con el rango de general —anunció el correo.

—Alabado sea Dios —exclamó Shodancho—. Ese cargo solo es adecuado para quien de verdad lo desea.

Aunque todos los ciudadanos de Halimunda se entristecieron al enterarse de que lo habían relevado, Shodancho rebosaba una alegría inimaginable.

El Ejército para la Seguridad el Pueblo pasó a llamarse entonces Ejército para la Salvación del Pueblo. Acababan de cambiar todas las placas cuando llegó la noticia: el Ejército para la Salvación del Pueblo se transformaba en el Ejército de la República de Indonesia.

—¿Vamos a declarar la guerra a Indonesia? —preguntó el comandante Sadrah.

Shodancho se echó a reír y negó con la cabeza.

—No será necesario —contestó para tranquilizarlo—. Somos un país nuevo y aún estamos aprendiendo a poner nombre a las cosas.

El ejército japonés todavía no se había marchado y la gente aún no había tenido la oportunidad de disfrutar de un período de paz cuando los aviones aliados empezaron a sobrevolar el cielo de Halimunda. En cuestión de pocos días llegaron los soldados ingleses y holandeses. Los prisioneros de guerra del KNIL quedaron en libertad, se rearmaron y empezaron a arrebatar armamento al ejército indígena. Shodancho tomó medidas extraordinarias de inmediato e hizo volver a todos sus hombres al bosque. En esa ocasión los mandó hacia los cuatro puntos cardinales, encargándose él personalmente de

dirigir a los soldados que debían fortificar las selvas del sur. Decidió empezar otra guerrilla, en ese caso contra las tropas aliadas y sobre todo contra la Administración Civil de las Indias Neerlandesas, la NICA. Sin embargo, no se fueron a la selva solo los guerrilleros, sino que los siguieron algunos civiles, en su mayoría hombres jóvenes, que juraban lealtad a Shodancho, quien dividió a todos sus soldados de forma que cada uno pudiera encabezar una pequeña unidad guerrillera, compuesta principalmente por esos civiles. Algunos eran los mismos hombres que habían violado a Dewi Ayu y a sus amigas antes de que llegaran los ingleses.

Aquella nueva guerrilla duró dos años, y sus miembros experimentaron el dolor de la derrota más a menudo que la victoria. Sin embargo, aunque sabían que se había hecho fuerte en la selva del cabo, los soldados del KNIL jamás encontraron al hombre que perseguían: Shodancho. La selva estaba repleta de guerrilleros que la conocían como la palma de su mano y se refugiaban en las antiguas cárceles fortificadas de los japoneses. Los soldados del KNIL, con la ayuda de los ingleses, no tenían el valor necesario para adentrarse en ella: preferían mantener sus posiciones en la ciudad. Y, por su parte, a la guerrilla le resultaba difícil entrar en Halimunda. El KNIL bloqueaba el suministro de alimentos y armas, pero no servía de nada, porque los hombres de Shodancho habían plantado arroz en mitad de la selva y ya estaban acostumbrados a hacer la guerra sin municiones. Entonces pasaron a los ataques aéreos, pero ya sabían esquivarlos.

Shodancho mejoró sus técnicas guerrilleras y dio con las mejores formas de camuflarse e infiltrarse: podía aparecer de repente y desaparecer con la misma rapidez, y, una vez se disfrazaba, ni siquiera sus propios hombres lo encontraban.

—No es lo mismo que jugar al escondite —decía—, porque un guerrillero es hombre muerto en cuanto lo encuentran.

La situación se prolongó hasta que Shodancho recibió una noticia que puso fin a todos los combates: los Países Bajos habían reconocido la soberanía de la República de Indonesia en la mesa de negociaciones. Aquello no le hizo ninguna gracia: la república ya había declarado la independencia cuatro años antes, pero ahora de repente los Países Bajos la reconocían, de manera que se les permitía marcharse sin más.

—Es como si toda esta guerra no hubiera servido para nada —comentó desanimado.

A pesar de todo, Shodancho salió del bosque con el grueso de sus guerrilleros. Los ciudadanos recibieron su aparición con alegría, porque seguía siendo su héroe. La gente ondeaba vistosas banderas a su paso, pero él, que iba montado en una mula, no prestó atención a aquella bienvenida excesivamente entusiasta y se encaminó directamente al puerto. Allí, los soldados y civiles holandeses se preparaban para subir al barco que iba a llevarlos a su país. Shodancho se acercó al comandante del KNIL, que se mostró encantado de ver por fin a su enemigo. Se dieron la mano con efusividad e incluso llegaron a abrazarse.

—En algún momento, volveremos a hacer la guerra —pronosticó el comandante.

—Sí, si lo permiten la reina de los Países Bajos y el presidente de la República de Indonesia.

Se separaron en la pasarela. Shodancho se quedó en el muelle después de que recogieran la escalerilla y levaran el ancla, y el comandante permaneció a su vez en la barandilla. Cuando se oyó el rugido del motor y el barco empezó a alejarse, los dos se despidieron con la mano.

—Sayonara —dijo por fin Shodancho.

El final de la guerra derivó en un silencio peculiar, como los que se hacen en

torno a la gente cuando se jubila. Durante unos días, Shodancho mató el tiempo en el antiguo cuartel de su *shodan*, en la playa de Halimunda. De día, lo único que hacía era segar la hierba y dársela de comer a su mula, o pescar en el arroyuelo cercano, hasta que por fin reunió a sus amigos y les anunció que volvía a la selva indefinidamente.

—¿Qué vas a hacer allí? —preguntó el comandante Sadrah, que ahora estaba al mando del ejército de la ciudad—. A nadie le conviene que haya más guerrillas.

—En tiempos de paz, un soldado no tiene nada que hacer —contestó Shodancho con serenidad—, así que voy a ocuparme de una serie de cosas en la selva.

Y eso fue exactamente lo que hizo. Se puso en contacto con Bendo, el amigo que gracias a su protección había pasado madera de teca de contrabando a cambio de apoyo logístico a la guerrilla. Con un comerciante chino que aportó el propio Bendo, Shodancho y él decidieron hacer contrabando de más mercancías que entrarían por el cabo. Después de que el trío alcanzara un acuerdo, Shodancho volvió a la selva y eligió a treinta y dos de sus más fieles soldados para que se le sumaran en aquella nueva empresa.

—Ahora, nuestros únicos enemigos son los ladrones —les dijo.

En Halimunda, todo el mundo, civil o militar, estaba al tanto de aquel contrabando. Todo entraba y salía por un pequeño embarcadero construido en la punta del cabo: televisores, relojes de pulsera, copra e incluso chancletas. La gente jamás se quejó, porque Shodancho seguía siendo su héroe y, además, el excedente se vendía allí mismo a precios muy baratos antes de enviar el grueso de las mercancías a otras ciudades. Los militares, por su parte, tampoco abrían la boca, en parte porque el comandante Sadrah era viejo amigo de Shodancho, pero sobre todo porque este apartaba la mitad de los beneficios y se los hacía llegar al general a la capital. Pronto, todo el

mundo se dio cuenta de que, además de un don natural para la guerra, también tenía un instinto empresarial asombroso.

—No hay diferencia entre la guerra y los negocios —decía él—. En ambos casos hay que hacer gala de una astucia extraordinaria.

En realidad, Shodancho no se implicaba demasiado en la gestión cotidiana, porque sus treinta y dos hombres se ocupaban de todo a las mil maravillas. Pasó más de una década viviendo en una cabaña de guerrillero, pescando, meditando y domesticando perros salvajes. Incluso ordenó a sus soldados que se casaran, compraran casas, vivieran en la ciudad y se turnaran para hacerle compañía en la selva, donde por lo demás no había ni un alma. Los hombres fueron perdiendo todo instinto de combate a medida que sus cuerpos se hinchaban por el exceso de comida y las vidas placenteras que llevaban, pero Shodancho se mantuvo como siempre: seguía estando flaco y ágil, sin el más mínimo atisbo de declive. Se mantenía ocupado e incluso cocinaba para todos sus subalternos, si bien él comía muy poco, y fue disfrutando de aquella vida tranquila, hasta que el comandante Sadrah le pidió que abandonara la selva para exterminar los jabalíes que vivían en las laderas de las colinas de Ma Iyang y Ma Gedik.

—No sé si se puede convencer a los soldados para que se dediquen a cazar cerdos salvajes —confesó Tino Sidiq a Shodancho—. Se han pasado diez años sentados al volante de un camión.

—No pasa nada, ya he reclutado a nuevos soldados con ganas de pelea —respondió Shodancho.

A continuación emitió un silbido estridente y acudieron todos sus *ajaks* a la carrera: grises, ágiles y listos para el combate. Había casi cien perros y se abrían paso a empujones para colocarse a los pies de su amo.

—Desde luego, son más que suficientes para repeler una invasión de

jabalíes —contestó Tino Sidiq, acariciando a uno de los animales.

—La semana que viene nos trasladaremos al frente.

La exterminación había empezado cuatro o cinco años antes, con un campesino llamado Sahudi y cinco amigos suyos. Los jabalíes llevaban un mes causando estragos en sus arrozales y sus campos, situados al pie de la colina de Ma Iyang. Cuando ya se acercaba la cosecha, el hijo pequeño de Sahudi, que solo tenía siete años, vio uno en el jardín trasero de la casa. Para su padre, fue la gota que colmó el vaso. Reunió rápidamente a sus amigos y se prepararon para una emboscada.

Eligieron la noche de la luna llena. Los seis hombres se subieron por parejas a un guayabo, un zapote y un jobo de la India, cada uno en un rincón del campo, y esperaron con paciencia y en silencio, con una escopeta en las manos y la punta de un cigarrillo incandescente en la oscuridad, decididos a disparar al primer jabalí que vieran. Justo antes del amanecer, oyeron por fin unos gruñidos y unos resoplidos. En cuestión de minutos, el animal apareció bajo la luz de la luna llena... y no iba solo, sino que eran dos los que se paseaban por los fértiles campos de alubias y maíz.

Sahudi se apresuró a agarrar la escopeta y apuntar a uno de los jabalíes, perfectamente visible a la luz de la luna. En el mismo momento en que apretó el gatillo, tres escopetas más dispararon al mismo animal, que se derrumbó con tres agujeros de bala en plena sien. Los otros hombres trataron de dar al segundo jabalí, pero logró huir: al oír las escopetas y ver a su compañero desplomado en el suelo, salió corriendo y arrasando con todo lo que se le puso por delante.

Los seis hombres bajaron de un salto de las ramas a las que se habían encaramado, y al comprobar que el animal herido aún no estaba muerto, Sahudi le clavó una estaca en el corazón con todas sus fuerzas, con lo que

liberó su alma de una vez por todas. Sin embargo, algo empezó a sucederle a aquel bicho a la luz de la luna: a los seis hombres les costaba creer lo que veían, pero el cuerpo de pelo negro embadurnado de barro se transformó de repente en un cadáver humano, con tres heridas de bala en la cabeza y una estaca clavada en el pecho.

La noticia corrió con rapidez de un pueblo al siguiente, hasta que finalmente se enteró toda Halimunda. Nadie reconoció al muerto y nadie reclamó sus restos, por lo que se pudrieron en el depósito municipal hasta que los enterraron en el cementerio público. Desde entonces, los campesinos no se habían atrevido a matar a ningún jabalí, aterrados como estaban por la maldición que había caído sobre Sahudi y sus cinco amigos: todos habían enloquecido. Cuatro años habían pasado sin que nadie matara a ningún jabalí, aunque esos animales se habían convertido en unos intrusos sumamente agresivos. La única esperanza era la llegada del ejército. El comandante Sadrah ya había enviado a varios soldados al bosque; habían vuelto cargados con aves salvajes y conejos para la cena, pero sin jabalíes. Al final, el comandante decidió enviar a un correo para pedir ayuda a Shodancho, consciente de que, en el fondo, no podía confiar en nadie más.

La gente esperaba con ansia su llegada. Como diez años antes, se congregaron en las aceras agitando pañuelos y banderines, con la esperanza de ver a su héroe tras su larga ausencia. Delante se pusieron los niños pequeños, intrigados por aquella figura de la que sus padres y sus abuelos les habían contado tantas historias. Los veteranos de la guerra revolucionaria también estaban presentes, vestidos de uniforme, como si fuera el día de la Independencia. Los soldados lo saludaron disparando los cañones al aire en la playa, y los escolares se sumaron a la celebración con sus comparsas de tambores.

Shodancho apareció por fin, en aquella ocasión no a lomos de una mula



sino a pie. Llevaba ropa amplia y la cabeza rapada; estaba igual de enclenque que siempre y parecía más un monje budista que un soldado. Lo escoltaban sus treinta y dos hombres, que seguían siéndole fieles, a pesar de que llevaba una semana torturándolos con un intenso entrenamiento físico para hacerlos adelgazar un poco de cara a la misión. Lo acompañaban noventa y seis soldados más, algunos grises, algunos blancos y algunos marrones: eran los *ajaks* que trotaban tras él, entusiasmados ante aquel extraordinario recibimiento de la gente de Halimunda. El comandante Sadrah fue a saludar en persona a su amigo.

Tras abrazar a Sadrah, que había echado una tripa considerable, con la que parecía una embarazada, Shodancho bromeó con crueldad dirigiéndose a la multitud:

—¡Me parece que ya he cazado a un cerdo salvaje! Háganme caso: estos perros nos van a venir muy bien.

El grupo se alojó en el antiguo cuartel general de Shodancho, que desde el final de la etapa japonesa había quedado desocupado en señal de respeto. Al día siguiente, tal y como había prometido, dieron inicio a la épica cacería sin haber descansado mucho. Cada uno de los soldados estaba a cargo de tres perros, mientras que Shodancho los guiaba a todos con una escopeta y un puñal. No se sentaron a esperar, como Sahudi y sus amigos, sino que se adentraron en la maleza de la selva donde se habían instalado los jabalíes. Las grandes bestias se despertaron de la siesta de un respingo y salieron disparadas en todas direcciones.

Aquel día consiguieron cazar veintiséis jabalíes, y al siguiente veintiuno, y al tercero diecisiete, lo que provocó un descenso apreciable de la población porcina. Algunos los mataron con disparos de escopeta, mientras que otros los atraparon vivos y los encerraron en un corral improvisado en el campo de fútbol, cerca del cuartel del *shodan*. Lo más extraño fue que, de todos los

jabalíes que mataron, ni uno solo se transformó en humano. Eran todos jabalíes comunes y corrientes, con sus colmillos y sus hocicos y su piel de cerdas bien negras rebozadas de barro. Aquello animó a los campesinos a sumarse a la empresa al cuarto día, y en adelante cazar jabalíes desde la época de la cosecha hasta la de la siembra se convirtió en una tradición anual.

Los hombres de Shodancho descargaban los animales sacrificados en las cocinas de los restaurantes chinos, mientras que los que habían quedado con vida los entrenaban para peleas que pensaban organizar para celebrar su éxito triunfal. Iban a emparejarlos con *ajaks* en un recinto cerrado, y los ciudadanos de Halimunda, tan faltos de entretenimiento, esperaban el acontecimiento con entusiasmo. Shodancho encargó a sus soldados la creación de ese recinto en el campo de fútbol: lo construyeron con tableros de unos tres metros dispuestos en una gran circunferencia. En el perímetro exterior, a una altura de aproximadamente dos metros, levantaron una sólida plataforma, sostenida por bambúes cruzados, en la que los espectadores ponían colocarse de pie. Para llegar hasta allí, había que subir por unos escalones vigilados por dos soldados que controlaban que todo el mundo tuviera una de las entradas vendidas por una bella jovencita sentada allí cerca tras una mesa.

Las peleas de jabalíes empezaron un domingo por la tarde, dos semanas después de la llegada de Shodancho. Duraron seis días, hasta que todos los animales, del primero al último, acabaron muertos y en la cocina de algún restaurante. Desde los rincones más alejados de la ciudad, y desde otras localidades, llegaban los espectadores, que hacían cola delante de la bella taquillera. Los que querían ver el espectáculo y no podían permitirselo trepaban a los cocoteros que rodeaban el campo de fútbol y se sentaban en las ramas. Su ropa de vivos colores llamaba la atención desde lejos, como si los cocos ya no tuvieran los tonos habituales de verde y marrón.

Las peleas de jabalíes eran muy entretenidas. Los *ajaks* que Shodancho aún no había domesticado del todo mostraban una enorme ferocidad cuando los ponían delante de los jabalíes. Uno de estos tuvo que enfrentarse a cinco o seis perros, lo cual, por descontado, no era justo, pero todo mundo quería asegurarse de que muriera: no se buscaba una batalla, sino una carnicería. Si el jabalí trataba de lanzarse contra uno de los *ajaks*, el resto de la jauría atacaba: le mordían la carne y se la desgarraban. Cuando el animal empezaba a mostrar signos de agotamiento, un soldado le echaba un cubo de agua fría por encima para espabilarlo de cara a la siguiente arremetida. El resultado de todas y cada una de las representaciones era el mismo: el jabalí moría y uno o dos de los *ajaks* acababan con heridas leves. Luego soltaban un nuevo jabalí en el recinto junto con seis perros descansados y dispuestos a hacerlo pedazos. Todo el público parecía encantado con la brutal exhibición, con la excepción de Shodancho, al que de repente fascinaba un espectáculo completamente distinto.

Allí, en mitad de los espectadores, Shodancho vio a una joven muy hermosa que no parecía inmutarse por el hecho de que la mayoría de los presentes fueran hombres. Debía de tener solo unos dieciséis años y parecía un ángel caído a la Tierra, ni más ni menos. Llevaba el pelo recogido con un lazo verde oscuro e, incluso desde lejos, Shodancho distinguió sus ojos adorables y penetrantes, su nariz proporcionada y su sonrisa, de aire bastante cruel. Tenía la piel de un blanco resplandeciente, como si brillara con luz propia, e iba con un vestido color marfil que se agitaba con la brisa marina de la tarde. Sacó un cigarrillo del bolsillo y con una calma extraordinaria se puso a fumar, sin apartar los ojos en ningún momento de los perros y el jabalí que luchaban en el recinto. Shodancho la observaba desde que había subido los escalones y tenía la impresión de que había acudido sola. Intrigado, preguntó al comandante Sadrah, que estaba a su lado:

—¿Quién es esa muchacha?

—Se llama Alamanda —contestó su amigo, siguiendo su mirada—. Es la hija de la puta Dewi Ayu.

Concluido el asunto de la caza de jabalíes, Shodancho repartió sus noventa y seis *ajaks* entre la población de Halimunda. Entregó la mayoría a los campesinos, para que los ayudaran a vigilar los arrozales y los campos, y los demás los distribuyó al azar. A los que no consiguieron ninguno les ordenó ser pacientes, porque muy pronto tendrían cachorros. Halimunda se llenaría de perros, todos ellos descendientes de aquellos *ajaks*.

Shodancho tendría que haber vuelto a la selva, como había pretendido en un principio. Al llegar, le había dicho al comandante Sadrah que solamente se quedaría hasta que se solucionara el asunto de los jabalíes. Sin embargo, después de ver a Alamanda en la pelea, no había podido pegar ojo. «Esto debe de ser el amor», se había dicho. Y era el amor lo que lo hacía temblar y buscar excusas para quedarse más tiempo en la ciudad y quizá ya no marcharse nunca.

Encontró la solución cuando el comandante Sadrah le dijo:

—No te vayas de inmediato, tenemos más festejos para celebrar nuestra victoria. Un *orkes melayu*.

—Por el amor que siento por esta ciudad, voy a quedarme un poco más — aceptó Shodancho sin pensárselo dos veces.

Volvió a ver a la muchacha la noche del *orkes melayu*, que se presentó en el mismo campo de fútbol, aunque en esa ocasión no hacía falta entrada, por lo que hubo mucha más concurrencia. Llegó un grupo musical de la capital, con cantantes de las que nadie había oído hablar, pero a todo el mundo le dio igual, no dejaba de ser buena música para bailar y los jóvenes de ambos sexos

de Halimunda podrían dar vueltas y balancearse, gracias al ritmo o quizá a la bebida.

Las canciones eran siempre lamentos sobre rupturas amorosas, sobre amores no correspondidos, que eran como aplaudir con una sola mano, o sobre mujeres engañadas, pero daba igual que la letra fuera muy trágica, las cantantes no lloraban, sino que sonreían y reían con aquel maquillaje tan sexy, daban la espalda al público y meneaban el culo. Después de que les aplaudieran el trasero, se volvían otra vez y se agachaban un poco, y entonces la gente aplaudía mucho más, porque las chicas llevaban minifalda para que todo el mundo viera lo que quería ver. Aquella mezcla particular de música, sentimentalidad y lascivia fue lo que entusiasmó aquella noche a tantos de los presentes.

Shodancho vio a Alamanda, que andaba sola. En aquella ocasión vestía vaqueros y una cazadora de cuero, y de nuevo llevaba un cigarrillo entre los dulces labios. Shodancho dio gracias de todo corazón por haber podido salir de la selva y conocer a un ángel de verdad en su querida ciudad. No se balanceaba delante del escenario, sino que se había apostado al lado de uno de los puestos de comida desperdigados por el campo de fútbol y observaba. Incapaz de resistir la provocación de su belleza, Shodancho se acercó. Su popularidad hizo el recorrido hasta ella bastante trabajoso, ya que tuvo que sortear muchos saludos cariñosos, pero por fin la tuvo delante, o ella lo tuvo delante a él, y pudo apreciar de cerca su espectacular hermosura. Trató de sonreír, pero Alamanda se limitó a mirarlo con indiferencia.

—No está bien —dijo él, para iniciar una charla— que una jovencita vaya por ahí de noche completamente sola.

Alamanda clavó los ojos en él.

—Qué estupidez, Shodancho, si voy por ahí es con los cientos de personas que han venido esta noche.

Y, con esas palabras, se marchó sin más. Él se quedó petrificado, sin dar crédito. Aquella conversación disparatada había sido mucho más aterradora que cualquiera de sus batallas. Dio media vuelta y echó a andar, con el cuerpo y el alma despojados por completo de toda energía.

«¿Habría una estrategia guerrillera para derrotar al amor?», se preguntó en un breve lamento.

Trató de olvidar a la muchacha, pero, cuanto más se esforzaba, más se le aparecía aquel rostro medio japonés y medio holandés, con unas gotas de sangre indonesia. Buscó motivos por los que no podía quererla. «Si está muy claro —se decía justo antes de conciliar el sueño (aunque, por descontado, jamás volvería a dormir bien)—: esa chica debió de nacer el mismo año en que llegué y empecé a tramar la rebelión.» Los separaba una diferencia de edad de veinte años y, de repente, un hombre al que habían nombrado comandante en jefe y al que el presidente de la República de Indonesia había otorgado el grado de general tenía que rendirse ante una chiquilla. Seguir pensando en eso aumentaba su sufrimiento, y se encontró aún más sumido en un amor sin fondo.

Una mañana se despertó y juró que se quedaría para siempre en Halimunda y que Alamanda sería su mujer.

Sin embargo, no llegó a decírselo a sus treinta y dos fieles soldados, que esperaban sus órdenes, hasta que por fin Tino Sidiq preguntó:

—¿Cuándo vamos a regresar, Shodancho?

—¿Regresar adónde?

—A la selva donde hemos vivido los últimos diez años —contestó Tino Sidiq.

—Ir a la selva no sería un regreso —aseguró Shodancho—. Tú y yo y todos los demás nacimos aquí, en esta ciudad, Halimunda. Aquí es adonde hemos regresado.

—Entonces, ¿no quieres volver a la selva?

—No.

Y lo demostró colocando una placa a la entrada del antiguo cuartel de su *shodan*: «Distrito Militar de Halimunda». Al comandante Sadrah, que apareció en cuanto se enteró de que Shodancho había decidido quedarse en la ciudad y de su impulsiva instauración de un distrito militar, le dijo secamente:

—Aquí estoy, soy el comandante del distrito militar, fiel a mis acérrimos soldados, y estoy a la espera de recibir órdenes.

—No seas tonto. Eres general y tu lugar está al lado del presidente.

—Mientras pueda quedarme en esta ciudad, al lado de la muchacha cuyo nombre tú me dijiste —respondió Shodancho con un tono de voz desgarrador—, seré quien haga falta o lo que haga falta, aunque tenga que convertirme en perro.

Sadrah miró a su amigo con ojos llenos de compasión. Después de vacilar un momento, anunció:

—Esa muchacha ya tiene novio. —No se sentía capaz de mirarlo a la cara, así que apartó la vista antes de añadir—: Es un joven que se llama Kliwon.

Sabía que estaba diciendo algo que lo taladraba hasta el corazón.

Nadie sabía cómo había entrado el compañero Kliwon en las juventudes comunistas, porque, aunque nunca había sido rico, siempre había sido hedonista. Su padre había sido comunista de los pies a la cabeza, por supuesto, y un magnífico orador. Había evitado que el gobierno colonial lo mandara a Boven-Digoel, y así, sobrevivió durante un tiempo, aunque al final lo fusilaron los japoneses después de que el Kenpeitai comprendiera, debido a sus interminables intromisiones y a las octavillas que escribía, que era un rebelde comunista. A pesar de todo, no había habido indicios de que Kliwon fuera a seguir los pasos paternos. Era buen estudiante e incluso se había saltado dos cursos, y daba la impresión de que cuando creciera podría ser lo que se propusiera.

En realidad, Kliwon parecía más un hijo pródigo que un joven comunista disciplinado. Dirigía una pandilla de jóvenes maleantes del barrio que robaban todo lo que pillaban por puro placer: cocos, troncos o un puñado de granos de cacao para comérselo allí mismo. La víspera de la celebración del Eid, robaban un pollo y lo asaban, y luego al día siguiente iban a ver a su dueño para pedirle perdón. No molestaban demasiado a nadie, por lo que generalmente los dejaban tranquilos, aunque una o dos personas sí se quejaban. Cuando llegaron a la adolescencia, todo el mundo sabía que habían empezado a ir a la casa de putas. Para ganarse un dinero, se embarcaban o echaban una mano en la pesca al cerco, y en cuanto cobraban se iban a buscar



una puta, pero en ocasiones estaban sin blanca y, debido al burdel, habían perdido la capacidad de controlar los apetitos de la carne.

Kliwon era listo y a veces su forma de pensar resultaba sorprendente, por no decir prácticamente desquiciada. Una vez llevó a tres amigos a la casa de putas y se turnaron para acostarse con la misma mujer. Al principio, ella los animaba a subirse a la cama por parejas, porque, como bien decía, tenía un agujero delante y otro detrás. No obstante, ninguno de ellos quería partes traseras, así que la disfrutaron de uno en uno. Kliwon demostró ser un cabecilla generoso e invitó a sus compañeros a pasar delante de él, que se quedó el último. Una vez terminado el servicio, a la prostituta se le cayó el alma a los pies cuando los cuatro jovencitos salieron pitando y desaparecieron sin pagar.

«Le pregunté si le gustaba acostarse con nosotros —aseguró Kliwon al contar la historia en la terraza del bar no mucho después— y me dijo que sí. Si a ella le gustaba y a nosotros también, ¿por qué íbamos a tener que pagar?» A la gente por lo general le gustaba oírle contar aquellas historias.

Su madre, Mina, que no quería que le sucediera lo mismo que a su padre, trató de alejarlo de las alocadas ideas marxistas y todo lo que tuviera que ver con ellas. Le traía sin cuidado lo que hiciera, mientras no se volviera comunista. Lo mandaba al cine y a conciertos, dejaba que se emborrachara en la terraza del bar y comprara discos y le parecía estupendo que saliera con un montón de jovencitas. Sabía que se había acostado con muchas de ellas, y que muchas otras se lo habían rogado, pero le daba igual. Desde su punto de vista, era mejor que tener que verlo un día delante de un pelotón de fusilamiento.

—Y si se hace comunista, al menos que sea un comunista feliz —decía.

Su matrimonio con un comunista, que había durado bastantes años, y el trato que había tenido con los compañeros de su marido la habían llevado a la conclusión de que los comunistas estaban siempre tristes y meditabundos, y

nunca se lo pasaban bien. Así pues, durante todo aquel difícil período, el de la ocupación japonesa y la guerra revolucionaria, permitió que Kliwon llevara una vida de inagotable desenfreno.

A los diecisiete años, la vida sonreía de oreja a oreja a la joven estrella de Halimunda. Vestía pantalones de pinzas de pata ancha, una americana oscura y mocasines relucientes. Las jovencitas salían de casa para seguirlo allá adonde fuera y formaban una estela que era como la cola de un vestido de novia, y tras ellas iban a su vez todos los chicos, pendientes de ellas. Las chicas se enamoraban de él y lo cubrían de regalos que fueron amontonándose hasta que su casa empezó a parecer un vertedero. No pensaban en nada más y montaban fiestas casi todas las noches. Sus amigos también lo adoraban, porque nunca se quedaba a las chicas para él solo. Y así vivían. Durante aquellos años, Kliwon y sus amigos vivieron probablemente una existencia más feliz que la de cualquier otro habitante de la ciudad.

El joven había oído hablar de la célebre prostituta Dewi Ayu y, si había algo que empañaba su dicha, era el hecho de haber cumplido los diecisiete años sin haberse acostado con aquella puta que estaba en boca de todo el mundo. Lo había intentado un par de veces, pero Dewi Ayu solo aceptaba a un hombre por noche, y él llegaba tarde sin excepción, cuando ya había cola por delante. O si conseguía aparecer a tiempo, alguien lo apartaba de un codazo porque tenía más dinero: Mamá Kalong siempre daba prioridad a quien más podía pagar. Durante todo ese tiempo, se obsesionó con la idea de meterse en su cuarto y en su cama, y esa imagen lo atormentaba de forma infernal, hasta el punto de que a veces se acostaba con alguna otra chica imaginándose que era Dewi Ayu, a la que había vislumbrado apenas unas pocas veces en sus paseos por la ciudad.

Como mínimo, la historia de Dewi Ayu le sirvió para darse cuenta de que no todas las mujeres sobre la faz de la Tierra, de la primera a la última,

estaban locas por sus huesos. Era cierto que hasta las mujeres casadas y las viudas, si bien sin la obsesión de las jovencitas que lo seguían a todas partes, lo miraban siempre de reojo, y Kliwon sabía que, en el fondo, se morían de ganas de llevárselo a la cama. Con algunas se había acostado y daba la sensación de que podía conseguir a quien quisiera..., a cualquiera menos a Dewi Ayu. Estaba seguro de que era la única mujer que no estaba chiflada por él y, de hecho, la situación era exactamente la contraria: si la quería, tendría que pagarle. Se puso a pensar en cómo conseguir acostarse con ella. No tenía que ser mucho rato, le bastarían incluso menos de cinco minutos, con solo tocar su cuerpo ya se sentiría satisfecho. Decidió ir a verla a su casa, algo que, estaba convencido, no había hecho ningún otro hombre antes.

A Kliwon le gustaba la música y era buen guitarrista, o al menos tenía un notable repertorio de canciones sentimentaloides que cantaba para sus amigos. Hizo la visita a solas, un domingo, vestido de músico ambulante, con la guitarra en la mano y la intención de conquistar a Dewi Ayu con sus canciones y su galantería de tres al cuarto. Ya había hecho cosas así varias veces y había conseguido que más de una chica perdiera la cabeza por él al cantarle canciones debajo de la ventana de su habitación. Una vez delante de la puerta de la casa de la prostituta, empezó a puntear las cuerdas de la guitarra y a cantar con un marcado falsete.

Por lo visto, la puta no sintió la más mínima curiosidad, así que tuvo que quedarse allí plantado y cantar cinco canciones enteras sin que nadie le abriera la puerta. Había oído decir que Dewi Ayu vivía con sus tres hijas y dos criados, y que eran todas muy gentiles. Pensando en esa amabilidad, siguió allí cantando hasta haber completado diez canciones y notarse la garganta seca. Luego, transcurrida ya una hora entera, sacó el pañuelo y se secó las gotas de sudor que empezaban a salpicarle la frente y el cuello. Las piernas ya casi no podían sostenerlo y no había ningún indicio de que la

señora de la casa fuera a hacer su aparición. Al final, dejó la guitarra encima de una mesa y se sentó en una silla para descansar un momento: prácticamente veía las estrellas, pero estaba decidido a no tirar la toalla.

Resultó que el silencio interesó más a Dewi Ayu que la música que lo había precedido. Sin previo aviso, se abrió la puerta y salió una niña de unos ocho años con un vaso de limonada fría que dejó en la mesa, al lado de la guitarra.

—Puedes seguir cantando delante de nuestra casa todo lo que quieras —dijo—, pero debes de tener ya muchísima sed.

Kliwon se levantó de un respingo y se quedó quieto sin saber qué hacer. No fue una reacción ante las palabras de la niña ni la limonada fría que le había ofrecido, sino ante la visión de aquella ninfa adorable. En toda su vida, jamás había visto a una niña tan guapa, y eso que había visto a Dewi Ayu. No sabía a qué material había recurrido Dios para forjar una criatura así, porque tenía la impresión de que de todo su cuerpo emanaba luz. Esa imagen hizo que se estremeciera más bruscamente que mientras había pasado una hora de pie, cantando sin que nadie le hiciera el más mínimo caso.

—¿Cómo te llamas? —preguntó, con los labios temblorosos.

—Soy Alamanda, la hija de Dewi Ayu.

Aquel nombre le dio un mazazo en el cerebro. Echó a andar con la guitarra en la mano, aturcido y desorientado. Se volvió varias veces para mirar a aquella criatura maravillosa, pero siempre apartaba la vista enseguida, como si no pudiera soportarlo. Acababa de llegar al portón del jardín cuando la niña lo llamó y le dijo:

—Bébetela antes de irte, debes de tener hambre.

Como hipnotizado, Kliwon dio media vuelta y regresó al porche, donde cogió el vaso lleno de limonada fría mientras la niñita le sonreía con cariño.

—Me la bebo solo porque me la has preparado tú, jovencita —afirmó

Kliwon.

—No, no, te equivocas, no he sido yo. Te la ha preparado la criada.

A partir de entonces, Kliwon se olvidó de su deseo de acostarse con la puta Dewi Ayu. La hermosa criatura había borrado todo lo demás y con ello había destruido su vida cotidiana y tal vez su futuro. En los días posteriores a aquel breve encuentro, todo cambió. Ahuyentaba a todas las chicas que trataban de acercársele, rechazaba todas las invitaciones a fiestas y prefería quedarse en casa cavilando sobre su triste destino romántico, el de un donjuán doblegado por una niña de ocho años. Esa era la realidad, si bien nadie más sabía qué había sucedido. Ninguno de sus amigos estaba al tanto de la visita dominical a casa de Dewi Ayu, de modo que no se atrevieron a suponer cuál podía ser la causa de aquella introspección repentina. Su madre se preocupó mucho, porque, a lo largo de todos los años que llevaba criándolo, jamás había visto a Kliwon tan abatido.

—¿Te has hecho comunista? —le preguntó, casi desesperada—. Solamente un comunista podría tener ese aire tan melancólico.

—Me he enamorado —contestó él.

—¡Eso es aún peor! —La mujer se sentó al lado de su hijo y le acarició el pelo, que era rizado y estaba cada vez más largo—. Bueno, vete a tocar la guitarra debajo de la ventana de su habitación, como haces siempre.

—Ya he ido, para seducir a su madre —confesó Kliwon, casi con lágrimas en los ojos—. No conseguí nada de la madre, pero de golpe y porrazo me enamoré de la hija, y jamás podré hacerla mía.

—¿Por qué no? ¿Me estás diciendo que hay una chica suelta por ahí que no te desea?

—Puede que sea la única —dijo Kliwon, y se lanzó al regazo de su madre como un gatito mimado—. Se llama Alamanda. Y si tengo que hacerme

comunista, y sublevarme, y ponerme delante de un pelotón de fusilamiento como mi padre y el compañero Salim para conseguirla, estoy dispuesto.

—Cuéntame cómo es —pidió Mina, que se había estremecido al oír la promesa de su hijo.

—No hay criatura más hermosa en Halimunda, ni quizá en todo el universo. Es más hermosa que la princesa Rengganis, la que se casó con un perro, o al menos eso creo. Es más hermosa que la reina del mar del Sur. Es más hermosa que Helena, la que originó la guerra de Troya. Es más hermosa que Diah Pitaloka, la que provocó la guerra entre el Majapahit y Pajajaran. Es más hermosa que Julieta, la que hizo que Romeo quisiera quitarse la vida. Es más hermosa que nadie. Es como si todo su cuerpo resplandeciera, su pelo reluciera como los zapatos recién brillantados, su rostro fuera fino y suave como si estuviera hecho de cera y su sonrisa lo magnetizara todo a su alrededor.

—Tú estarías a la altura de una chica así —trató de consolarlo su madre.

—Lo que pasa es que aún no han empezado a salirle los pechos y tampoco tiene vello público. Solo tiene ocho años, mamá.

Angustiado por ese sufrimiento, Kliwon encontró cierto alivio en la escritura de cartas de amor que jamás enviaba. Durante días, trató de redactar una que le pareciera adecuada para una niña de ocho años, pero todas acababan hechas trizas en la papelera, porque al escribir una carta de amor a una niña no podía expresar adecuadamente su pasión. Entonces trató de verter en el texto todo el contenido de su corazón, pero no sabía si la criatura lo entendería. Al final, abandonó la idea.

Por aquel entonces, Kliwon ya había terminado la secundaria, dos años antes que los demás chicos de su edad, de modo que, mientras todo el mundo iba al colegio o al trabajo, él se entretenía con su búsqueda del amor. Todas las mañanas, salía a hurtadillas de su casa y se dirigía a la de Dewi Ayu, pero

nunca pasaba del portón. Esperaba a que apareciera Alamanda, con el uniforme escolar y la cartera, junto con su hermana pequeña, Adinda. Se acercaba y se ofrecía a acompañarlas al colegio.

—Como quieras —decía ella—, pero luego no me eches la culpa si te cansas.

Hacía lo mismo día sí y día también. A la hora del recreo, se colocaba a la sombra de un zapote que había delante del aula solo para verla jugar con sus amiguitas. Cuando acababa la jornada ya estaba esperándola en la puerta para acompañarla a casa. Si Alamanda seguía en clase o ya se había ido a casa, Kliwon volvía a sumirse en la desolación. Parecía que su cuerpo se encogía y empezaba a vagar por cualquier lado.

—¿No tienes nada mejor que hacer que andar a nuestro lado? —preguntó la niña un día.

—Eso lo dices porque aún no comprendes lo que es estar enamorado —contestó él.

—Los vendedores de juguetes también siguen a los niños a todas partes. No sabía que eso era estar enamorado.

Aquella niña lo aterraba por completo, lo hacía temblar más que si se hubiera topado con un demonio. Por la noche, Kliwon soñaba con ella, pero sus sueños eran más bien pesadillas, porque se despertaba sobresaltado y jadeante, con el cuerpo rígido y bañado en sudor. Al cabo de un tiempo, su tímida relación, que se limitaba al paseo de ida al colegio y al de vuelta, entró en crisis. Kliwon se veía totalmente incapaz de vivir así el resto de sus días, hasta que una mañana se levantó con fiebre y se vino abajo, y fue la primera vez que no acompañó a Alamanda al colegio. En realidad, trató de ir, pero solo llegó hasta la puerta de casa. Mina volvió a meterlo en la cama a rastras y le puso una compresa fría en la frente mientras le cantaba himnos relajantes, como cuando se ponía malo de niño.

—Tú ten paciencia —le recomendó—. Dentro de siete años tendrá edad para quererte.

—Lo que pasa —contestó él con un hilo de voz— es que seguro que, antes de que llegue ese día, este amor no correspondido me habrá matado.

Su madre fue a ver a varios *dukunes* que le aconsejaron ciertos hechizos y mantras que podían hacer que alguien se enamorara ciegamente, pero ella rechazó esas cosas: Kliwon perdería la cabeza si se enteraba de que había conseguido el amor de la niña con ayuda de un *dukun*. Lo que en realidad buscaba Mina era algo que sofocara la pasión que estaba destrozando a su hijo.

—Para eso no hay hechizos y nunca los ha habido —aseguró el último *dukun*, después de que todos los anteriores hubieran dicho exactamente lo mismo.

—¿Y qué debo hacer?

—Esperar a que se aclare la situación; entonces, o conseguirá llevar a buen puerto su amor o morirá de pesar.

Cuando Kliwon ya casi se había recuperado de la fiebre, Mina probó otro remedio tradicional para hacerlo feliz. Para empezar, se lo llevó a dar un paseo por la playa y luego se sentaron en un parque cercano a dar de comer a los monos y los ciervos. Mina mimaba a su hijo como si fuera un crío de seis años y trató de que le hablara de muchas cosas distintas, de todo menos de aquella niña llamada Alamanda.

Mientras, Mina también se lo contó todo a los amigos de Kliwon, con la esperanza de que la ayudaran a resolver tan complejo problema. Los chicos empezaron a invitar a Kliwon a fiestas otra vez y a pedirle que tocara la guitarra y cantara. Lo animaban además a ir con ellos a robar gallinas y también peces de los estanques de la gente, a hacer un viaje a las montañas y a acampar en alegres fiestas en torno a una hoguera. Las jovencitas incluso



trataban de seducirlo otra vez, de conquistar su corazón o al menos despertar su deseo. Una llegó a meterlo a rastras en una tienda de campaña, desnudarlo y ponerle la polla dura. Él quería hacerle el amor, pero con eso no habría hecho volver al viejo Kliwon. Había perdido todo su humor espontáneo, había perdido el gesto jovial de su semblante y había perdido hasta la lujuria de la que antes hacía gala encima del primer colchón que encontraba.

Aquellos esfuerzos no servían de nada y él mismo lo sabía. Padecía la maldición del sufrimiento y tan solo el amor de aquella niñita podía llegar a curarlo. Le habría gustado secuestrarla y llevársela a algún escondrijo, quizá en mitad de la selva. Podrían vivir juntos en una cueva o en un valle y tener un rebaño de cabras salvajes. Él la cuidaría, la vigilaría y satisfaría sus necesidades, y la educaría para convertirla en una señorita hasta que llegara el momento en que, por fin, pudiera ganarse su amor. Abandonó a sus amigos para esperar de nuevo a Alamanda a la puerta de su casa todas las mañanas. La niña se sorprendió al verlo reaparecer tras la larga ausencia y le preguntó:

—¿Cómo estás? He oído que te habías puesto enfermo.

—Sí, estoy enfermo de amor.

—¿El amor es como una especie de malaria?

—Peor.

Alamanda se estremeció y luego, cogiendo de la mano a su hermanita, echó a andar hacia el colegio. Kliwon la siguió y anduvo a su lado muy abatido, hasta que finalmente habló.

—Escúchame, pequeña —le dijo—. ¿Te gustaría sentir amor por mí?

Ella se detuvo, lo miró y dijo que no con la cabeza.

—¿Por qué no? —preguntó Kliwon, desesperado.

—Pero si acabas de reconocer que el amor es peor que la malaria.

Y, dicho eso, Alamanda volvió a coger a su hermana de la mano y siguió

andando. Allí dejó a Kliwon, que no tardó nada en caer víctima de otra fiebre y de un sufrimiento aún más atroz.

Cuando Kliwon tenía trece años, un anciano se presentó en su casa con una extraña petición:

—Permítame morir aquí.

Su madre fue incapaz de denegar una súplica así, de modo que lo invitó a pasar y le ofreció algo de beber. Kliwon no sabía cómo iba a morir aquel hombre dentro de su casa; quizá de hambre, porque tenía pinta de no haber comido desde hacía días. Sin embargo, cuando su madre lo invitó a almorzar, comió con tanta avidez que dio la impresión de que, en realidad, no estaba preparado para morir. Devoró todo lo que se le puso delante e incluso royó las espinas del pescado; no dejó ni las migas. Luego soltó un eructo de satisfacción y volvió a abrir la boca para preguntar:

—¿Dónde está el compañero?

—Lo fusilaron los japoneses —contestó Mina, cortante.

—Y ese crío ¿es el hijo que tuvo con él?

—Pues claro —replicó ella, aún con cierta brusquedad—. Desde luego, no lo tuve con un jabalí.

El visitante se llamaba Salim. Aunque Mina no parecía contenta con su llegada, él insistió en quedarse con ellos.

—Puedo dormir en el baño y comer solo gachas de salvado como las que se echarían a las gallinas, siempre que me permita morir aquí, se lo ruego.

Kliwon trató de convencer a su madre de que era mejor dejar que el hombre muriera en su casa que en una zanja de evacuación de aguas. Al final, Salim se instaló en la habitación delantera de la planta baja, un cuarto de invitados que no se había utilizado nunca, y Kliwon prometió que no dejaría de llevarle comida hasta el momento en que muriera.

No era ningún vagabundo. En cuanto se quitó los zapatos, Kliwon se fijó en que tenía la piel de los pies cubierta de llagas.

—¿Es usted fugitivo? —preguntó Kliwon.

—Sí, mañana vendrán a fusilarme.

—¿Por qué? ¿Le ha robado algo a alguien?

—A la República de Indonesia.

Esa conversación desembocó en una amistad. Salim incluso regaló al chico su gorra de visera corta: le dijo que se la habían dado cuando aún estaba en Rusia y le contó que allí todos los trabajadores llevaban una igualita. Había visitado muchos países, aseguró, desde 1926.

—Pero no ibas de vacaciones —contestó Kliwon.

—Es verdad, era fugitivo.

—¿A quién habías robado entonces?

—A las Indias Orientales Neerlandesas.

Aquel hombre era rebelde y comunista, un comunista de los de antes, uno de los pocos que habían sacado sus ideas directamente del comunista holandés Sneevliet, y se hacía llamar «compañero Salim».

—Si alguien dice que es comunista pero no tiene intención de rebelarse —aseguró a Kliwon—, no te creas que es comunista de verdad.

Se tumbó en la cama de una forma peculiar: completamente desnudo. Se quitó toda la ropa sucia que llevaba, y que apestaba a barro, y aunque Kliwon se ofreció generosamente a prestarle prendas viejas de su padre, Salim las rechazó. Al principio, el chico se sintió incómodo, pero al cabo de un rato se sentó en una silla, cerca de la puerta, mirando al anciano desnudo con toda la comodidad de la que fue capaz.

—Quiero morir sin nada —confesó el compañero Salim—. Me da miedo que me peguen un tiro antes de despertar.

—En ese caso, no se duerma. Cuando esté muerto, ya podrá dormir todo lo

que quiera. Para siempre.

Era cierto. Y, así, trató de mantener los ojos abiertos, aunque Kliwon sabía que debía de estar agotado. Para asegurarse de que no se dormía, el compañero Salim hablaba sin cesar, a veces divagando incoherencias y a veces como si estuviera recitando un lamento. A Kliwon la pareció que desvariaba. Decía que era muy amigo del presidente de la república. Habían vivido en los mismos barracones en Surabaya, habían estudiado con el mismo profesor y a veces se habían enamorado de la misma mujer. Más tarde, a su vuelta después de haber huido y haber pasado mucho tiempo en Moscú, los dos hombres se habían reencontrado. Se habían abrazado y se les habían llenado los ojos de lágrimas de alegría.

—Puede que ahora no me creas, pero en algún momento lo leerás todo en el periódico —aseguró—. Y, sin embargo, ahora ese mismo hombre envía soldados a asesinarme.

—¿Por qué? —preguntó Kliwon.

—Es lo que sucede cuando robas algo, cuando te llevas algo que no es tuyo —contestó el compañero Salim.

—¿A quién más ha robado?

—A la República de Indonesia.

Se levantó porque tenía que ir al baño y Kliwon se apresuró a tapar su cuerpo con un sarong.

—Mi madre se pondrá a chillar como una posesa si lo ve andando por la casa en cueros —le dijo.

Aunque permitió que cubriera su cuerpo, el compañero Salim replicó:

—¿Qué más da? Mañana me verá en cueros y encima muerto.

Siguieron charlando, entonces en el porche, donde el compañero Salim se quedó vestido únicamente con el sarong. Desde allí veían la extensión del oscuro mar punteada por las luces de los faroles de los pescadores y oían el

sonido de las olas con su pausado martilleo. El chico preguntó qué buscaban los comunistas y el compañero Salim contestó:

—El cielo.

Cuando dieron las doce, vieron pasar un camión lleno de soldados del KNIL que no se fijaron en aquella pareja sentada a oscuras en un porche.

—El mundo está cambiando —dijo el compañero Salim.

Durante cientos de años, más de la mitad de la Tierra había estado en manos de países europeos que la habían transformado en colonias y la habían despojado de todo lo que habían encontrado para llevárselo a su casa y hacerse ricos. Pero Alemania y Japón no; no se habían quedado nada. Y ahora que tenían tanto poder como cualquier otro país desarrollado exigían su parte. Ese había sido el origen de la guerra, una guerra entre países avariciosos. Los indígenas eran el pueblo más patético que existía, de lo más lamentable. Después de haber vivido tantos años dominados por los rajás y haber oído tantas mentiras de los reyes, de repente vieron llegar a los europeos, que ni siquiera entendieron el sentido del respeto, excesivo y delirante, que seguía existiendo en la tierra de Java. Los campesinos, después de que los hubieran hecho trabajar a la fuerza y los hubieran obligado a entregar la mayor parte de la cosecha al gobierno colonial, seguían haciendo reverencias por la calle al ver pasar a una jovencita holandesa. El comunismo nació de un sueño hermoso como no volverá a haber otro en la faz de esta Tierra: que nunca volviera a haber holgazanes que se comieran su ración mientras otros se dejaban la piel trabajando y pasaban hambre. Kliwon preguntó si la revolución era la forma de alcanzar tan hermoso sueño.

—Es cierto —contestó el compañero Salim— que los pueblos oprimidos solo tienen un instrumento de resistencia: desbocarse. Y, si quieres que te diga la verdad, la revolución no es más que un desbocamiento colectivo, organizado por un partido concreto.

Su único motivo para defender la rebelión comunista era el hecho de que la burguesía jamás negociaría pacíficamente. Jamás entregaría el poder sin oponer resistencia, jamás renunciaría libremente a sus riquezas y, desde luego, jamás renunciaría a las comodidades de su existencia. Los burgueses no querían compartir lo que tenían, porque entonces no habría nadie que les preparase y les sirviese el café, no quedaría nadie para hacerles la colada, nadie para repararles los motores, nadie para recogerles el cacao. En el mundo comunista, todos tenían derecho a ser vagos y también la responsabilidad de trabajar.

—A la burguesía eso no le gustaría, así que la única salida es la revuelta.

Salim había vuelto del extranjero unos días antes de la celebración del día de la Independencia. La república tenía ya tres años de vida, pero los holandeses seguían estando por todas partes. Y, lo que era más sobrecogedor, la república había perdido todas las guerras y todas las negociaciones, de modo que solo controlaba una pequeña zona del interior. El compañero Salim se había reunido con el presidente de la república, su viejo amigo, que enseguida le había propuesto:

—Ayúdanos a fortificar este país y a montar una revolución.

—Esa es, de hecho, mi responsabilidad. *Ik kom hier om orde te scheppen* —había contestado él—. He venido a poner orden.

Creía que el origen de todo el caos era, en el fondo, el propio presidente de la república, así como el vicepresidente y todos los altos cargos y los hombres del partido.

—Vendieron a la gente como si fueran poco más que esclavos durante la ocupación japonesa y ahora están vendiendo el territorio a los holandeses —decía.

El único grupo en el que aún confiaba era el Partido Comunista Indonesio. Lo habían recibido públicamente, pero el compañero no había tardado en

darse cuenta de que habían cometido errores decisivos en la orientación de su lucha. Él quería redirigirla y le habían entregado las riendas de todo, como a un salvador recién llegado de Moscú. Un mes después de su retorno, la revuelta había estallado por fin en Madiun: sí, por supuesto, habían sido los comunistas. Él en concreto no había estado presente en aquel primer momento, pero había ido luego a ofrecer cierto apoyo. La revolución solo había durado una semana y luego el compañero Salim había vuelto a ser un fugitivo.

—Y aquí estoy, a la espera de que cavén mi fosa.

—Ya ha recorrido un largo camino —respondió Kliwon—. Si quiere huir, todavía está a tiempo.

—He experimentado la revolución y he fracasado. Eso me basta para saber mi valía —afirmó con tristeza y amargura—. Ya ha llegado el momento de que muera y estoy seguro de que, aunque volviera a huir, no lograría escapar de mi destino.

Kliwon no comprendía en absoluto aquel razonamiento.

—Pero si muere, todo habrá terminado.

El compañero Salim entrecerró los ojos y sintió la brisa nocturna que le rozaba la cara.

—Ahora te toca a ti, compañero —dijo.

Reconoció que no era un buen marxista y que aún no entendía toda esa teoría de clase, pero estaba bastante seguro de que había que luchar contra la injusticia de todas las formas posibles.

—En este país no hay marxistas, pero sí muchas masas hambrientas que trabajan mucho y no reciben suficiente a cambio, que tienen que doblar las rodillas cada vez que aparece un pez gordo, que solo tienen clara una cosa: la única forma de liberarse de todo eso es la rebelión. Piénsalo —insistió—, hay miles de trabajadores en las refinerías de azúcar de todas las plantaciones de

caña. Trabajan todo el año, mientras que los propietarios disfrutan cómodamente de sus casas de fin de semana y de vacaciones al pie de las montañas. Los trabajadores solo reciben dinero suficiente para subsistir entre una paga y otra, mientras que los dueños de las plantaciones recogen beneficios ingentes. Lo mismo sucede en las plantaciones de té. Es el único motivo que necesitamos para rebelarnos, y la única consigna marxista que necesitamos guardar en el corazón es: «¡Trabajadores del mundo, uníos!».

Cuando se oyó el canto del gallo a lo lejos, la conversación fue apagándose, como si hubieran empezado a percibir el olor de la muerte. El compañero Salim se quedó en silencio, igual que si hubiera muerto antes de que llegara su hora. No dormía y, de hecho, estaba completamente alerta, esperando pacientemente que empezara su última mañana.

—Como los devotos que creen que van a entrar en el cielo, yo soy un comunista de raza y no tengo miedo a morir —afirmó con un hilillo de voz apenas perceptible.

—¿Cree en Dios? —preguntó Kliwon tímidamente.

—Eso es irrelevante —replicó Salim—. No es trabajo del hombre pensar si Dios existe o no, sobre todo cuando sabes que, delante de tus propias narices, una persona le está pisando el cuello a otra.

—O sea, que va a ir al infierno.

—Es que prefiero ir al infierno, porque me he pasado toda la vida tratando de eliminar la superioridad de cualquier hombre con respecto a los demás. — Y añadió—: Si me permites ofrecer mi opinión personal, este mundo es el infierno y lo que tenemos que hacer es crear nuestro propio cielo.

Llegó su última mañana y, como él mismo había predicho, de repente apareció un pelotón republicano dispuesto a fusilarlo, a las órdenes de un capitán. Llegaron discretamente, vestidos de civil, porque Halimunda estaba



en una zona ocupada por el KNIL. Los soldados rodearon a Salim, que seguía sentado tranquilamente en el porche con Kliwon.

—Quiere morir desnudo, con la misma pureza del día en que nació —informó el chico.

—Eso es imposible —contestó el capitán—. A nadie le apetece ver sus partes íntimas colgando de un lado para otro, sobre todo porque es comunista.

—Pero es su última voluntad.

—Ni hablar.

—Bueno, en ese caso, háganlo en el baño —pidió Kliwon—. Dejen que se quede desnudo. A lo mejor le apetece aliviarse primero. Mátenlo luego.

—El número uno comunista muere en un retrete —dijo el capitán, moviendo la cabeza de un lado a otro—. Menudo episodio para los libros de historia.

Y así acabó todo. El compañero Salim se quitó el sarong y lo tiró al suelo, y se embadurnó de tierra mientras tomaba grandes bocanadas de aire fresco, como para despedirse del mundo. Kliwon, el capitán y un puñado de soldados lo siguieron hasta el baño. El chico tenía la esperanza de que su madre no se despertara con aquel alboroto matutino. Una vez en el baño, antes de que lo mataran a tiros, el compañero Salim cantó *La sangre del pueblo* y *La Internacional*, y a Kliwon se le saltaron las lágrimas. En cuanto terminó la segunda canción, el capitán empuñó la pistola al otro lado de la puerta, que estaba entornada, y le disparó tres veces, un tiro tras otro. El compañero Salim murió desnudo en el baño: había nacido sin nada y al morir seguía sin tener nada. Los disparos despertaron a Mina, que fue corriendo a ver qué había sucedido y se encontró con un par de soldados que sacaban el cadáver a rastras ante la mirada de su hijo.

—Has visto a tu padre fusilado por los japoneses —dijo—. Y ahora acabas

de ver morir a este hombre a manos del Ejército Republicano. Piénsalo bien y ni por un segundo te plantees hacerte comunista.

—A muchos reyes los han ahorcado —replicó Kliwon— y no por eso dejan los hombres de querer ser reyes.

—¿Te influyó en algo anoche? —preguntó Mina con un atisbo de preocupación.

—Como mínimo, me hizo coger un resfriado por el frío que hacía.

Los soldados sacaron el cuerpo hasta un cruce. No les preocupaba la patrulla del KNIL, porque a aquellas horas era evidente que aún no se habían despertado. Kliwon los siguió y vio el cadáver del compañero Salim despatarrado en mitad de la calle. Rodeado de la multitud que se congregó para admirar el cuerpo adornado con tres agujeros de bala, el chico seguía llevando la gorra que le habían regalado hacía tan poco, y que llevaría durante muchos años, también el día en que se presentaría el ejército para fusilarlo. La sangre de Salim se desparramaba por todas partes. Un soldado le echó gasolina por encima y otro arrojó una cerilla. Al arder, el cadáver desprendió un olor a jabalí asado.

—¿Quién es? —preguntó uno.

—Desde luego, no es un jabalí —contestó Kliwon.

Se quedó a su lado hasta que se consumieron las llamas y los soldados desaparecieron. Recogió las cenizas, las metió en una cajita y se las llevó a casa. Su madre se preocupó por la conducta exagerada de la que hacía gala y le dijo que aquellas cenizas traerían mala suerte.

Ahora Kliwon ya no tenía trece años. Se sentó en la acera, delante de una tienda que estaba cerrada, y se entretuvo haciendo trizas unos anuncios de cigarrillos que había arrancado de cualquier manera de las paredes. Se dedicaba a meditar sobre su penoso amor y a ver pasar los coches

preguntándose si había alguien en todo el mundo más desgraciado que él. Su madre y sus amigos ya le habían ordenado que cambiara de actitud, pero él se negaba, afirmando que era completamente imposible que nada le hiciera sentirse mejor, excepto conseguir el amor de aquella criatura.

—Ve a buscar a alguien más desgraciado que tú —propuso finalmente Mina—, y a ver si con eso te animas al menos un poquito.

Las primeras personas en las que pensó fueron su padre y el compañero Salim, ambos ejecutados. Sin darse cuenta, su madre lo había animado a recordar a aquellos dos hombres. Se pasó una semana entera sentado en la acera mirando a los miserables de los que le había hablado el compañero Salim, la misma gente de la que hablaba su padre cuando él era un crío. Kliwon quería verlos pasar en sus coches alemanes o estadounidenses mientras tenía a su lado a un mendigo con el cuerpo cubierto de llagas y forúnculos. Quería ver a una jovencita de camino al mercado rodeada de criados que le llevaran todas las cestas e incluso el parasol que le servía de protección. Quería ver todas esas contradicciones sociales por sí mismo, para distraerse más que nada, y pensar en lo deprimente que era el que un hombre quedara destrozado por el amor mientras otros morían de hambre o debían trabajar hasta casi dejarse la piel.

Hacía más de un mes que se había ido de casa y vivía con los mendigos. Su cuerpo, que había sido fuerte y atractivo, se había demacrado con rapidez hasta convertirse en un saco de huesos, y el pelo se le estaba quedando rojo claro y más duro que las cerdas de una escoba. No fingía en absoluto; al contrario, trataba de borrar su sufrimiento con otro tipo de sufrimiento. Comía lo que le daban los demás y, si nadie le ofrecía nada, rebuscaba en los cubos de la basura y se enfrentaba a otros mendigos, perros callejeros y ratas.

Las chicas ya no lo seguían adondequiera que iba. En realidad, sucedía todo lo contrario: si una jovencita se cruzaba con él, sin darse cuenta de que

era el Kliwon que la había vuelto loca en su día y quizá se la había llevado a la cama, se cogía la nariz con dos dedos, reprimía una arcada, se tapaba la cara y apretaba el paso. Hasta los niños le tiraban piedras, de forma que a menudo iba cubierto de heridas, y los perros callejeros lo perseguían como si fuera un erizo que pudieran devorar. Incluso volvió a su casa y Mina no lo reconoció en absoluto.

—Si ves a un mendigo que se llama Kliwon, dile que vuelva —le pidió la mujer—, que su madre se muere y quiere verlo por última vez.

Kliwon aceptó un plato de arroz de su madre y contestó:

—La verdad es que no tiene aspecto de estar muriéndose.

—Por mentir un poquito no pasa nada.

Transcurrido largo tiempo, acabó por considerar que aquella vida era lo normal. Empezaron a olvidársele muchas cosas: su madre y su casa, sus amigos y todas las chicas, y sobre todo Alamanda, si bien ese último recuerdo aún lo inquietaba de vez en cuando; todo quedó borrado por la existencia rutinaria de vagabundo. En lugar de pensar en esas cosas, pensaba en encontrar un puñado de arroz y un rincón cómodo en el que echarse, lo que acabó pareciendo mucho más importante. Al liberarse de todas aquellas ideas enrevesadas, acabó siendo un vagabundo feliz, hasta el día en que se topó con un problema: una joven mendiga llamada Isah Betina.

La vio dos veces. Una, cuando estaban violándola cerca del borde del basurero cinco pordioseros desbocados y no le cupo duda de que le resultaría imposible defenderla. Pero ya la había visto pasar antes de que la acorralaran aquellos cinco vagabundos, guapa pero también apestosísima, tras llevar varias semanas sin entrar en contacto con el agua o el jabón. Sus gemidos eran desgarradores y perturbaron hasta tal punto la siesta de Kliwon en su chabola de cartón que salió blandiendo un machete y se acercó. Dos de ellos

acababan de follársela y sonreían de oreja a oreja mientras se limpiaban los genitales con los faldones de la camisa. Otro estaba clavándole el arpón, haciendo un esfuerzo para meterlo y sacarlo, pero la chica ya no se resistía. El cuarto le sobaba los pechos y el último esperaba con impaciencia, acariciándose la polla él solo.

—Dejadme a esa chica —ordenó Kliwon con voz clara y firme.

Uno de los que ya se la habían follado, el que parecía el cabecilla del grupo de indigentes, lo miró a la cara mientras se arremangaba.

—He dicho que me dejéis a la chica —repitió Kliwon.

—Tendrás que pasar por encima de mi cadáver si quieres tirártela.

—Muy bien.

Y así, antes de que se dieran cuenta de que llevaba un machete escondido en la espalda, Kliwon rebanó con él el cuello de su atacante. La sangre salió a chorro mientras la cabeza se encorvaba, con el cuello casi partido, y al cabo de unos segundos el individuo ya se había derrumbado, muerto a todas luces. Kliwon le propinó una patada y se acercó a los cuatro que quedaban.

—Ya he pasado por encima de su cadáver. Ahora, dadme a la chica.

El que estaba tirándosela sacó la polla al momento, con un ruido repugnante, y echó a correr con la cara blanca como el pan podrido, seguido de sus tres amigos. Dejaron a la chica tirada, sin más, tumbada boca arriba encima de una mesa que ya no tenía patas, desnuda e inconsciente. Después de envolverla en su propia camisa, Kliwon se la echó a la espalda y se la llevó a su chabola. La acomodó en su cama, que era en realidad un sofá viejo, y la miró un momento antes de tumbarse él también encima de un montón de periódicos viejos y quedarse dormido.

Cuando despertó, ya se había hecho de noche. Se encontró a la chica sentada en el sofá, aferrándose las rodillas y tiritando de hambre. Seguía desnuda, como la había acostado, apenas cubierta por la camisa echada por

los hombros. Kliwon le dio gachas de maíz directamente en el cazo, nada más que los restos fríos y casi echados a perder de su desayuno, pero ella se las comió con fruición. Durante todo ese rato, Kliwon no se movió de su lado ni dejó de mirarla con la atención concienzuda de un niño. La joven comía sin hacer caso de su presencia. No parecía en absoluto traumatizada, o quizá ya había olvidado lo sucedido. Con luz, Kliwon apreció su pelo claro que parecía de seda, sus ojos penetrantes, su nariz estrecha, sus labios finos.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Kliwon.

Ella no contestó. Se limitó a dejar el cazo de las gachas debajo del viejo sofá y volvió a sentarse mirando a Kliwon con la actitud recatada de una joven virgen. Su mano buscó la de él y la acarició con la ternura de una amante. Kliwon se estremeció por un instante y, antes de que se diera cuenta de lo que sucedía, ella ya se le había echado encima, lo había tumbado bruscamente en el sofá debajo de su cuerpo y lo abrazaba con fuerza y lo besaba casi en un ataque de violencia. Al principio, él trató de apartarla con todas sus fuerzas, pero luego vaciló y se quedó quieto con las manos levantadas, como quien se rinde ante un pelotón de fusilamiento. Entonces, cuando la chica le quitó la camisa y sintió el contacto de sus senos, firmes y redondos, sobre el pecho, todo se deshizo en un calor hechicero. Kliwon volvió a sentir que la sangre apasionada circulaba con ansia por sus venas, correspondió a sus abrazos, correspondió a sus besos y se quitó los pantalones.

Después del brutal ataque que había supuesto la violación a manos de cinco pordioseros, la chica se reveló una amante apasionada. El propio Kliwon olvidó todo lo sucedido, la aferró con vigor e intercambió sus posiciones para quedar encima de ella, los dos desnudos y excitados. Superaron las limitaciones del estrecho sofá e hicieron el amor con movimientos repetitivos que, sin embargo, estaban cargados de ardor, entre

convulsiones, vaivenes y sacudidas, como un barco azotado por una tormenta.

—¿Cómo te llamas? —volvió a preguntarle después, pero tampoco entonces contestó.

Se quedó mirándolo sin más y musitó algo incoherente, quizá delirando, antes de cerrar los ojos y sumirse en un sueño profundo acompañado de leves ronquidos.

—Se llama Isah Betina —le dijo un vagabundo a Kliwon no mucho después—, porque es como la llama todo el mundo.

—¿De dónde ha salido? —siguió preguntando el chico.

—Se la encontraron hace una semana en el arcén y desde entonces la violaban en grupo casi a diario, antes de que llegaras tú y te cargaras a uno —explicó el otro—. Esa chica tiene el cerebro frito.

Así estaban las cosas. Kliwon no se imaginaba lo que dirían sus amigos si supieran que se había acostado con una loca, pero, haciendo caso omiso de toda lógica, o quizá movido por algún otro impulso, lo primero que decidió fue llevarse a la muchacha a la playa y lavarla y vestirla con mejor ropa, que robó del tendedero de su madre. Se instalaron en su chabola de cartón, con el viejo sofá en el que algunas veces se sentaban tranquilamente a comer nueces que abrían con ayuda de una piedra, y otras dormían o hacían el amor, al lado de una cocina hecha de ladrillos donde había un cazo en el que guisar. No volvieron a tener noticias de los violadores de Isah Betina, aunque durante una temporada él vivió con miedo de que regresaran para vengarse. Por otro lado, desde que convivían todo el mundo aceptaba que eran pareja oficial y ya nadie se metía con la joven desequilibrada.

Daba la impresión de que ni el propio Kliwon recordaba el motivo porque el que se había hecho indigente. Ya no buscaba a los desgraciados para distraerse ni se atormentaba con el objetivo de olvidar la amargura provocada

por el rechazo de la niña Alamanda a su amor, pues había descubierto que para olvidar a una chica lo mejor era otra chica. Y su caótica existencia, sin nada que comer ni un lugar adecuado en el que vivir, no lo hacía sufrir; en realidad, estaba encantado con su situación. Había redescubierto el fervor amoroso en su máximo apogeo, sobre todo porque Isah Betina respondía a su amor con idéntica pasión y los dos olvidaban de inmediato la miseria en la que se encontraban. Al verla así, embriagada de amor, nadie se habría imaginado que la joven estuviera loca. A Kliwon le traía sin cuidado no conocer sus orígenes y le prometía: «Un día, me casaré contigo». No hacían gran cosa, aparte de acariciarse casi todo el día y toda la noche, y solo se detenían para comer cuando les entraba hambre o para dormir cuando estaban cansados. El sofá era su lugar preferido para hacer el amor, entre gemidos que despertaban a los vecinos en plena noche y a continuación los excitaban. Su actitud provocaba celos, pero se aceptaba por considerarse la luna de miel de una nueva pareja, aunque durara ya semanas y semanas.

Una noche, en mitad de una de sus sesiones habituales, salió una serpiente de un montón de basura, se metió con sigilo en su chabola y mordió a Isah Betina en la punta del dedo gordo del pie, que se interponía en su camino. La joven no chilló, absorta como estaba en el acto amoroso, que los llevó al clímax más intenso que habían alcanzado jamás. Pero su sorprendente fortuna no debía durar. Después de eyacular, Kliwon se derrumbó de costado y la oyó gemir y retorcerse. En un principio supuso que aún lo deseaba, pero al ver que se le ponía la pierna azul comprendió lo sucedido. Era demasiado tarde; la serpiente que la había mordido era una cobra venenosa y la muchacha murió allí mismo en el sofá, desnuda y aún resplandeciente por el sudor de su pasión consumada.

Los vecinos, que estaban hartos de tanto chillido nocturno, interpretaron aquella tragedia como un justo castigo por la relación despreocupada de la



pareja, que en su opinión era poco más que un escarceo. Kliwon llevó el cadáver de Isah Betina a Kamino el sepulturero y le pidió un enterramiento como el que solía ofrecerse a los creyentes devotos. El muchacho fue el único que acompañó al sepulturero en la procesión, a la que se presentó con ropa buena que había robado de alguna casa. «Vivía únicamente para hacerme feliz», aseguró, entre lágrimas.

Al séptimo día de duelo, Kliwon estalló. Quemó la chabola hasta reducirla a cenizas y las llamas estaban a punto de alcanzar las viviendas de cartón de los vecinos cuando llegaron a toda prisa sus propietarios con agua de las cloacas para apagar el fuego. Su locura le llevó a lanzar mierdas de perro a la gente y piedras a las farolas. El dolor era incontenible. Rompió los escaparates de todas las panaderías del *jalan* Merdeka con pedruscos grandes como la palma de sus manos e hizo chillar de terror a las dependientas. Hirió a un cartero después de robarle la bicicleta y hacerlo rodar por el suelo, con lo que las cartas se desperdigaron por la calle. Mató a tres perros salidos de los jardines de los ricos, rajó los neumáticos de coches aparcados delante del cine y prendió fuego a una caseta de seguridad. Todo eso provocó una enérgica respuesta de la policía, que lo detuvo rápidamente y sin encontrar resistencia cuando trataba de derribar el murete que indicaba el límite urbano.

Se lo llevaron sin que a nadie le importara si iba a pasar por un tribunal de justicia o no. En la celda de aislamiento, Kliwon sintió que recuperaba la paz, que su antigua solemnidad resurgía poco a poco y cobraba fuerza. Ya solo provocaba molestias de noche, porque hablaba en sueños y en su delirio llamaba a Isah Betina con chillidos desgarradores que ahogaban los aullidos de los perros salvajes y los maullidos de los gatos al aparearse. La noticia de que había un hombre encarcelado por el sufrimiento provocado por un amor perdido se difundió y llegó a oídos de su madre. Kliwon estuvo preso siete meses hasta que llegó Mina para pagar la fianza. Se lo llevó a casa a rastras,

como una madre furiosa al encontrarse a su niño jugando con las vacas en el establo.

—¿Es que para ti no hay nada más importante que el amor de una mujer? —preguntó malhumorada mientras le daba un buen baño, a pesar de que su hijo era ya un hombre hecho y derecho.

La casa estaba igual que en el momento de su partida. Todos los muebles y los objetos seguían exactamente donde los había dejado. Leyó novelas de quiosco e historias de amor con final feliz que le habían regalado las chicas, en un intento vano de que le levantaran la moral. También leyó las muchas cartas de amor que le habían mandado esas mismas chicas, pero, por descontado, aquello lo hundió cada vez más. Era como si todo hubiera vuelto al principio, a la misma tristeza, al mismo sufrimiento. Había ido en busca de sus amigos, algunos de los cuales estaban ya casados y con hijos, para robarles apenas una pizca de su felicidad. También había visitado a varias de sus antiguas novias, entre las cuales había unas cuantas casadas y más de una divorciada, y trató de volver a acostarse con tres o cuatro, únicamente para sentir una vez más la calidez del amor. Pero solo le servía para echar aún más de menos a Isah Betina.

—Vete a vivir a la calle otra vez —le reprochó su madre—. A lo mejor te enamoras otra vez.

—Es lo que pienso hacer —replicó él.

Ya había recogido sus cosas, con la esperanza de que, si un día regresaba, allí estuvieran aguardando bien dispuestas. Había reunido los libros que hasta entonces estaban esparcidos por la cama, la mesa y el suelo y los había organizado en cajas de cartón amontonadas en un rincón de su cuarto. También había ordenado toda la ropa del armario y había guardado su vieja guitarra y todos sus discos. Incluso había metido cuidadosamente la navaja y

el cepillo de dientes en un cajón. Encima de la mesa solo quedaba una cosa, pero no pensaba dejarla a buen recaudo como lo demás, porque había decidido ponérsela: era la gorra que le había regalado el compañero Salim. Se plantó delante del espejo y contempló su reflejo. Se había quedado muy delgado tras años de sufrimiento y tenía la cara chupada y los ojos sin brillo. Conservaba en la cabeza los rizos de tres dedos de largo. Se quedó allí un buen rato, observando la gorra y pensando si sería cierto lo que le había contado el comunista, que en Rusia todos los trabajadores llevaban una gorra así.

—Ante ti, un alma en pena —dijo a su reflejo—, hasta el punto de que se ha puesto esta gorra.

En ese momento apareció Mina, que se quedó en el umbral mirando a su hijo ante el espejo. Se preguntó adónde iría vestido con los pantalones perfectamente planchados, la camisa de algodón y aquella gorra.

—Hijo mío, no pareces un mendigo.

—Desde ahora y en adelante —dijo Kliwon mientras se volvía hacia ella—, llámame «compañero Kliwon», mamá.

Una mañana de neblina, la multitud que abarrotaba el andén de la estación de Halimunda se quedó atónita ante algo fantástico: nadie había visto jamás una cosa así. Delante de la ventanilla, a la sombra de un almendro, una pareja se besaba apasionadamente sin noción del tiempo ni el lugar. Sus besos eran tan ardorosos que los testigos de los hechos, que los contarían durante años, juraban haber visto una llama encenderse entre los labios de los amantes. Y aquello pasó a ser legendario, porque se trataba de Kliwon y Alamanda. Tanto hombres como mujeres recordarían aquel momento con enorme envidia.

En realidad, su conducta provocadora se había hecho ya muy conocida durante aquellas últimas semanas, antes de que él se fuera a Yakarta, la capital, para estudiar en la universidad.

Alamanda y Kliwon eran novios y todo el mundo creía que formaban la pareja más atractiva que había existido sobre la faz de la Tierra, con la excepción de Adinda. No obstante, la hermana mayor se metía los dedos en los oídos cuando la menor le decía:

—Eres una puta barata y te gusta hacer sufrir a los hombres. Déjalo ahora mismo, hazlo al menos por ese pobre chico.

Quizá la muchacha recordaba todavía que Kliwon se había enamorado perdidamente de Alamanda cuando esta solo tenía ocho años y quizá le parecía que sería una pena que su hermana destruyera a propósito una pasión

tan profunda. Adinda llegó a jurar que, si Alamanda se atrevía a hacer daño a Kliwon, la mataría. Era de la opinión de que rechazar su amor sin ambages sería mucho mejor que aceptarlo para luego desecharlo como quien tira algo a la basura. A Alamanda le traían sin cuidado las amenazas que salían de la boca de su hermana pequeña y quedó claro de una vez por todas que era una jovencita muy testaruda a la que no se le podían dar órdenes.

—Hay que ver los celos que tienes, niña —le dijo un día.

—Si tuviera celos de alguien, sería de mamá, que ya se ha acostado con cientos de hombres —replicó Adinda.

—¿Te crees que no puedo acostarme con un hombre?

—Estoy segura de que podrías acostarte con todos los solteros de esta ciudad, del primero al último, y ser tan fantástica como mamá, pero no serías capaz de quererlos a todos como se merecen.

A diferencia de su hermana, que era bastante hogareña, Alamanda se pasaba el día yendo a conciertos con su novio y sus amigos y reuniéndose con ellos en cualquier parte para cantar al ritmo de una guitarra. Salían por la noche e iban al cine, y a veces no volvía hasta que ya estaba amaneciendo. Aunque sus dos hermanas menores la esperaban asomadas a la ventana con cara de preocupación, se iba directamente a su cuarto sin decir palabra, canturreando aún algún acorde de una de esas canciones melancólicas tan de moda por entonces.

—Eres peor que una prostituta —la acusaba Adinda de mal humor—. Ellas, al menos, cuando vuelven a casa llevan algo de dinero.

—Dilo de una vez, gruñona —contestaba Alamanda desde su habitación—. ¿O vuelvo a decirlo yo por ti? Te has enamorado de Kliwon.

Y así era. Después de enamorarse de Alamanda cuando solo tenía ocho años, hacerse vagabundo y liarse con una loca llamada Isah Betina, ahora todo el mundo decía que Alamanda y Kliwon hacían una pareja

extraordinaria, un jovencito espabilado y atractivo y una hermosa muchacha, la heredera de la prostituta más apreciada de todo Halimunda. Todo el mundo, claro, menos Adinda, a la que aquello le parecía ni más ni menos que una catástrofe absoluta. Por entonces, Alamanda ya había estado con muchos hombres a los que había desechado uno tras otro. Tenía mala reputación y eso lo sabía todo el mundo, incluida Adinda.

Alamanda se había portado así con varios de sus compañeros de clase, a los que provocaba con su belleza, su sonrisa cautivadora, sus coquetas miradas de soslayo, su paso grácil y demás cosas por el estilo, que quitaban el sueño a muchos de los chicos de su edad. Algunos de ellos mordían el anzuelo y entonces era cuando ella empezaba a cambiar y se volvía una tórtola a medio domesticar que se escapaba con un saltito cada vez que intentaban atraparla.

Sin embargo, sus pretendientes no tiraban la toalla con tanta facilidad y la sumían en galanteos encantadores, la ahogaban con promesas y la colmaban de regalos, cháchara intrascendente, flores, tarjetas, cartas, poemas y canciones. Ella lo aceptaba todo y respondía con una sonrisa aún más cautivadora, los recompensaba con miradas aún más cautivadoras y con la contemplación de su paso, que se volvía aún más grácil, y a todo eso añadía unas migajas de adulación para decirles qué amable eres, qué listo y qué guapo, y qué buen pelo tienes, y ellos se sentían halagados y se creían en el séptimo cielo.

El enamorado en cuestión ganaba aún más confianza en sí mismo, se consideraba el hombre más guapo del mundo, el hombre más amable del universo con el mejor pelo del planeta, y se quedaba convencido por todo aquello de que a la primera de cambio debía declararse o mandar una carta en la que soltara su deseo reprimido: «Te quiero, Alamanda». Ese era el mejor momento para acabar con un hombre, para conmocionarlo, para hacerle

añicos el corazón, la mejor oportunidad de demostrar la superioridad de una mujer, de modo ella que contestaba: «Pues yo no».

En una ocasión, dijo: «Me gustan los hombres, pero aún me gusta más verlos llorar por amor». Había jugado a aquel juego muchas veces y siempre había disfrutado al pasar de una ronda a la siguiente, aunque al final todo resultaba previsible: ella ganaba la partida y el hombre la perdía. Y entonces se reía con ganas y un nuevo pretendiente ocupaba el lugar del anterior.

Hay que pensar que se dedicaba a aquello desde los trece años, hacía ya dos. No podía negarse que, en efecto, había heredado la belleza casi perfecta de su madre, así como los penetrantes ojos del japonés que se la había follado. Había comprendido que podía conquistar el corazón de un hombre a los ocho años, cuando Kliwon se había enamorado de ella. Luego, a los trece, dos chicos se habían pegado sencillamente porque no se ponían de acuerdo sobre el color de su ropa interior. El primero juraba haber visto que llevaba unas bragas rojas, mientras que el otro estaba empeñado en que eran blancas. Se habían peleado al fondo del aula y habían acabado con la cara llena de moratones sin que una sola persona se hubiera atrevido a intervenir; de hecho, aquello había servido de espectáculo hasta que la maestra se había percatado de lo que sucedía. Una vez los dos chicos estaban encabritados y ensangrentados como resultado de la reyerta, Alamanda había intervenido para decirles: «Llevo bragas blancas, pero también son rojas, porque tengo la regla».

A partir de entonces se había dado cuenta de que su belleza no solo era una espada que podía mutilar a los hombres, sino también un instrumento para controlarlos. Su madre, preocupada, le había llamado la atención:

—¿No sabes lo que nos hicieron los hombres a las mujeres durante la guerra?

—Yo solo sé lo que siempre me has contado —había contestado Alamanda

—. Y ahora vas a ver lo que son capaces de hacerles las mujeres a los hombres en tiempos de paz.

—¿A qué te refieres, hija?

—En tiempos de paz, tú has conseguido que muchos hombres hagan fila y paguen por acostarse contigo. Y yo he hecho que muchos chicos lloren al sentirse rechazados.

Hacía mucho tiempo que la terquedad de su primogénita inquietaba a Dewi Ayu, quien seguía sus tejemanejes gracias a los cotilleos que llevaban hasta su lecho los hombres, cotilleos sobre la cantidad de jovencitos a los que su belleza había hecho perder la razón.

—Al menos puedo estar agradecida de que no se haya hecho puta —decía a sus clientes—, porque, en ese caso, quizá ahora no estarías aquí conmigo en esta cama.

Así era Alamanda. Había conseguido incluso seducir a Kliwon, el ídolo de tantas muchachas de Halimunda; lo que lo hizo diferente de todos los jóvenes a los que conquistaba fue que, al acabar la partida, no le dio la patada, pues ella también se había enamorado. Había oído hablar de su reputación porque las vecinas mayores que ella siempre cuchicheaban cosas sobre él, el hombre más guapo del mundo.

Había rumores absurdos que decían que en realidad no era hijo de la viuda Mina y su difunto esposo, el comunista al que habían fusilado los japoneses en Madiun después de que fracasara la rebelión de los suyos, cuando mucha gente se había hartado de todo lo que tuviera que ver con el comunismo. Una chica se inventó la historia de que la pareja se lo había encontrado acurrucado dentro de una gran sandía a la orilla del río; era hijo de una ninfa que se había apiadado de su desgracia y les había confiado a su retoño durante una temporada para mitigar en los nuevos padres la carga del castigo eterno. Otra contaba que Kliwon había bajado de un arcoíris cuando era un recién nacido



y una tercera, que lo habían hallado en el interior de una flor cónica gigantesca, aunque, a decir verdad, ninguna de ellas había nacido en el momento de la llegada del niño a este mundo.

Esas historias no las difundían solo las jóvenes enamoradas de él en secreto; también la gente mayor juraba que, en el momento de su nacimiento, las estrellas habían brillado con un poquito más de intensidad en aquella ciudad, como si el mundo esperase el advenimiento de un nuevo profeta, y los holandeses que rondaban por Halimunda por aquel entonces se lo habían tomado como un mal presagio.

Con independencia de que aquellos chismes fueran ciertos o no, Alamanda se había sentido fascinada por aquel hombre que, a los ocho años, le había confesado su amor sincero. Después de aquello, durante años, siguió oyendo historias sobre él, aunque decían que había desaparecido. Durante todo el tiempo en que fue vagabundo y casi nadie sabía lo que le había sucedido, las jovencitas siguieron hablando de él y lo echaban de menos. Muchas sostenían que lo había raptado una banda de forajidos, a saber por qué, y que se lo habían llevado a algún lado para luego matarlo. Otras estaban convencidas de que se había ocultado porque creía que su alma corría peligro. Daba igual lo que creyeran: Kliwon se convirtió en un ídolo mítico para muchas chicas, hasta casi rivalizar con el heroísmo de Shodancho en Halimunda.

Alamanda tenía ya quince años cuando el joven reapareció por fin. Había cumplido los veinticuatro y se hacía llamar «compañero Kliwon». A la vuelta de su vida de pordiosero, se hizo modisto para trabajar en casa junto a su madre, pero no le fue demasiado bien porque, en el fondo, lo que hacían era compartir los mismos ingresos que había tenido siempre Mina, apenas suplementados gracias a las pocas chicas que le encargaban un vestido para que se fijara en ellas. Abandonó pronto aquella trayectoria mediocre de modisto y se puso a construir barcas con uno de sus amigos. Por aquel

entonces, la fibra de vidrio aún era bastante cara, de modo que utilizaban brea para calafatear las barcas de madera y a eso se dedicó en aquel taller, además de a algunos retoques de pintura, hasta que pasó a cultivar champiñones en una granja propiedad del viejo Kuwu, donde sus principales tareas eran estar pendiente del termómetro del granero para asegurarse de que se mantenía a la temperatura justa, y remover la paja. A veces también ayudaba a echar la levadura, recoger los champiñones, envolverlos, transportarlos y cualquier otra cosa que le pidieran. A esas alturas ya era bien sabido que se había afiliado al Partido Comunista, uno de los tres más votados en las elecciones municipales cuatro años antes, y casi podría haber ganado, de no haber sido por el trauma sufrido por la gente de Halimunda durante la revolución. Kliwon era el miembro más joven que se veía en la sede del partido, ubicada en una esquina del *jalan* Belanda.

El Partido Comunista empezó a aprovechar la reputación del compañero Kliwon para atraer a las jovencitas y conseguir que se afiliaran, pues era evidente que, cuando le tocaba subir al estrado en un mitin, no cabía ni un alfiler y las chicas chillaban como posesas. Y es que el compañero Kliwon era sumamente atractivo y, además, un excelente orador. Alamanda fue a verlo hablar una vez, en una fiesta popular con motivo del Primero de Mayo, intrigada por la histeria de sus amigas. Mucha gente era de la opinión de que, si el Partido Comunista conseguía la mayoría en su ciudad, sería gracias al compañero Kliwon.

Cuando Alamanda sintió la tentación de seducir al hombre más guapo de Halimunda, ya tenía la eminente reputación de ser la única chica que había desairado a veintitrés hombres distintos que se habían enamorado de ella, mientras que Kliwon había salido con doce muchachas en un período bastante corto y había rechazado a las demás. Aquello iba a ser una competición entre dos guerreros absolutamente formidables y los

trabajadores de la granja no eran los únicos que esperaban con interés el resultado, sino que todos los miembros del Partido Comunista y todos los habitantes de Halimunda en general estaban a la expectativa, con el corazón a mil, deseosos de saber qué sucedería. Algunos incluso apostaron a ver quién despreciaba a quién, y los jóvenes de ambos sexos se preparaban con antelación para sufrir.

Cuando el colegio ordenó a los alumnos que empezaran las prácticas laborales, Alamanda convenció a varios de sus amigos para que las emplearan en la granja del viejo Kuwu. Y así fue como se reencontraron: entre champiñones cultivados, en el centro de un granero recalentado, rodeados de lonas de plástico. Ella se presentaba en la granja haciendo ver que quería ayudar en la recogida matutina de champiñones y allí lo veía y lo tentaba con su sonrisa, o lo provocaba dejando el cuello del vestido sin abrochar. Él la observaba desde la rejilla del cuarto nivel del granero y ella se quedaba abajo y lo tentaba un poco más con alguna petición intrascendente. Kliwon la trataba con una tranquilidad mesurada, admirando con descaro su magnificencia, como si le diera igual que unos años antes aquella misma belleza hiriente hubiera estado a punto de volverlo completamente loco.

Durante aquellas semanas se vieron a diario, removieron la paja juntos, debatieron la temperatura a la que había que tener el granero, riñeron sobre el tamaño que debían tener los champiñones antes de recogerlos y discutieron si había que echar la levadura encima de la paja.

Allí, frente a frente, entre los palos de bambú que sostenían las rejillas de champiñones, Kliwon dijo por fin: «Jovencita, eres guapa, pero también muy pendenciera». Y la dejó en el granero para reunirse fuera con los demás trabajadores, que descansaban tras la jornada laboral.

«Imbécil», pensó Alamanda. Lo lógico no era que la hubiera dejado plantada sin más, lo lógico era que la conquistara con más fervor, que la

persiguiera para que luego ella pudiera deshacerse de él como siempre, pero no. Alamanda se quedó en la puerta del granero, viéndolo pasar el rato con sus amigos en el borde del campo: intercambiaban cigarrillos y los encendían, todos soltaban el humo al aire, charlaban y reían.

Fue entonces cuando perdió el control de la situación y, por primera vez en la vida, sufrió en sus propias carnes el insomnio del amor. Esperaba todas las noches que llegara la mañana para poder volver al granero de los champiñones y estar con aquel hombre, sin saber si la fiebre del amor ardía todavía en él o no. Cuando empezó a comprender que se había enamorado como una tonta, Alamanda se horrorizó por haberse dejado conquistar y trató de ahogar aquellos sentimientos apasionados pensando en las formas más espantosas de doblegar a Kliwon. Daba igual que lo quisiera o no, pensaba deshacerse de él sin más, como venganza por haber hecho que lo amara. Sin embargo, cada vez que se veían, él se limitaba a aceptar la suerte de contar con la presencia de la bella muchacha en el granero sin hacer el más mínimo esfuerzo, como si le bastara su compañía para estar más que contento.

Alamanda se sumió aún más en ese amor que no podía controlar, embelesada por haber descubierto a un hombre tan peculiar, que la observaba con admiración y contemplaba todas las curvas de su cuerpo con deseo, pero, a pesar de todo, no se apartaba un ápice de su cometido con la levadura y los champiñones. Empezó a soñar que Kliwon la seducía, que le mandaba flores y cartas de amor. Quería verlo hacer todas aquellas cosas humillantes que había hecho cuando ella solo tenía ocho años, hasta que por fin se rindió ante la evidencia de que se había enamorado de él hasta las trancas y ya no sentía la necesidad de oponer resistencia. Sin embargo, él seguía manteniendo la misma actitud, hasta que un buen día algo cambió, de repente lo vio cortar una rosa para ofrecérsela. El amor de la joven volvió a encabritarse.

—El domingo por la mañana vamos a la playa —dijo él—. Si quieres

acompañarnos, te espero detrás del granero.

Ni siquiera le dejó tiempo para contestar, sino que volvió de inmediato a reunirse con los demás trabajadores para fumarse un cigarrillo. Alamanda se fue a su casa, metió la rosa en un vaso encima de la mesa y la dejó allí varios días, hasta que se marchitó.

Aquel domingo por la mañana no estaba segura de si debía ir de excursión con él o no. Había estallado una guerra en su corazón; su ego de conquistadora decía que tenía que hacerse de rogar, pero su otro yo, que se había quemado con la llama del amor, le ordenaba ir porque, en caso contrario, pasaría el día sin ver a Kliwon ni un momento. Las piernas la llevaron sin mucha fuerza hasta el campo que había detrás del granero de los champiñones y allí se lo encontró inflando la rueda de una bicicleta. Se acercó y le preguntó dónde estaban los demás.

—Vamos a ir tú y yo solos —contestó él sin volverse.

—Si no hay nadie más, no quiero ir.

—Bueno, si es lo que prefieres, me voy yo solo.

«Mierda», pensó Alamanda, y cuando él acabó de inflar la rueda se encontró sentada en la parte de atrás de la bicicleta, como si las manos del diablo la hubieran colocado allí. El compañero Kliwon no dijo nada. Se limitó a subir al sillín y juntos se dirigieron a la playa.

Al final, resultó ser un día precioso para Alamanda. Kliwon la ayudó a revivir todos los buenos recuerdos de la infancia. Primero, como dos críos, se sentaron en la arena a construir castillos cuanto más altos mejor. Cuando las olas se los llevaron por delante, compitieron para ver quién atrapaba antes los dientes de león que el viento hacía flotar por encima de la arena, luego cogieron caracoles marinos y organizaron una carrera en la que cada uno animaba a un molusco, y después, cansados de todo eso, se lanzaron al agua y nadaron con regocijo. Echada en la arena mojada, mientras el agua del mar se

arremolinaba a su alrededor, Alamanda miró al cielo teñido de rosa con el deseo de que aquel día no terminara jamás, que se prolongara en un atardecer eterno en compañía del hombre más guapo del mundo.

A continuación, el compañero Kliwon la invitó a subir a una barca atracada en la arena.

—No pasa nada —aseguró—. Es de un amigo mío.

Además, él sabía navegar aunque hubiera temporal, daba igual lo violento que fuera. Dentro de la barca había varias cañas de pescar y pececillos para utilizarlos de cebo.

—Parece que estamos preparados para ir de pesca —dijo el compañero Kliwon.

Y así avanzaron con serenidad hacia mar abierto aquel domingo despejado, sin que Alamanda se diera cuenta de que no volverían a casa antes de que hubiera anochecido por completo. El compañero Kliwon alejó mucho la barca de la playa, hasta que ya no se vio nada de tierra y solo quedó el mar, en forma de círculo perfecto a su alrededor.

—¿Dónde estamos? —preguntó ella, algo nerviosa.

—En un lugar donde un hombre secuestró a una chica que amaba, hace muchos muchos años.

Tras aquella enigmática respuesta, el compañero Kliwon se echó tranquilamente encima de una de las tablas que iban de lado a lado y contempló unas gaviotas que volaban por el cielo azul. Con el paso de los minutos, Alamanda, que no estaba acostumbrada a encontrarse en medio del mar, empezó a tiritar de frío. Aún tenía la ropa mojada tras el baño. Él le dijo que se la quitara y la pusiera a secar en la capota de la barca mientras aún quedaba algo de sol, porque iba a pasar mucho tiempo en el mar.

—¿Tú te has creído que puedes ordenarme que me desnude? —replicó Alamanda.

—Haz lo que te parezca, jovencita —dijo el compañero Kliwon.

Como él también tenía la ropa empapada, se la fue quitando prenda por prenda para extenderla en la capota hasta quedar completamente en cueros.

—¿Se puede saber qué haces, imbécil?!

—Lo sabes perfectamente.

Volvió a tumbarse en el mismo sitio, con los genitales colgando sin el más mínimo rastro de excitación, lo que confundió a Alamanda. Tras pensárselo unos minutos, la chica decidió que tal vez sí sería buena idea quitarse la ropa y ponerla a secar en la capota, como había hecho él. Se quedaría desnuda, y si eso provocaba que él se excitara y la forzara, bueno, lo que tuviera que ser sería.

—No voy a hacerte daño —dijo el compañero Kliwon como si pudiera leerle el pensamiento—. Solo te estoy secuestrando.

Se desnudó por fin. Se sentó de espaldas a él, apretando las rodillas. Siguieron en aquel punto muerto hasta el atardecer y a los dos empezó a entrarles hambre. El compañero Kliwon se puso a pescar y cogió varios peces voladores que había que comer crudos porque no tenían fuego. Él ya estaba acostumbrado a raíz de su amistad con los pescadores y no le costó nada, pero ella se negó y prefirió pasar hambre. Cuando ya era noche cerrada, incapaz de aguantar más, decidió probar el pescado crudo y le entraron arcadas.

—Solo notarás el sabor mientras lo tengas en la boca —afirmó el compañero Kliwon—. Una vez llegue al estómago, volverás a sentirte normal.

—Igual que tú solo vas a estar conmigo mientras me tengas secuestrada —contraatacó Alamanda con acritud—, y cuando volvamos a casa seguirás siendo el mismo miserable de siempre.

—A lo mejor no volvemos a casa.

—Eso es aún más miserable —siguió atormentándolo Alamanda—, porque ni siquiera te atreves a abalanzarte sobre mí en un sitio tan aislado como este, sin un solo testigo y teniéndome desnuda.

El compañero Kliwon rió por toda respuesta y siguió comiendo pescado crudo. Incapaz de soportar su provocación, Alamanda acabó por envalentonarse, cogió otro trozo de pescado y lo engulló. Contuvo las náuseas, lo masticó lo menos que pudo y se lo tragó de inmediato; así siguió comiendo.

Ese drama se prolongó dos semanas en las que navegaron juntos a la deriva, completamente solos. Ni siquiera se cruzaron con ningún pescador, porque Kliwon se había encargado de dirigir la barca hacia una zona muy profunda que no gustaba a los pescadores, ya que allí era difícil faenar. El cielo siguió su curso, dándoles agua de vez en cuando para poder paliar su sed, pero dentro de la barca sí se produjeron algunos cambios.

Alamanda se acostumbró por fin a comer pescado crudo e incluso ayudó a pescarlo a partir del segundo día. Al tercero, los dos se echaron al agua juntos y se bañaron en torno a la embarcación entre gritos de alegría y risas. A continuación, se quitaron la ropa, la pusieron a secar en la capota y se sentaron cada uno en un extremo de la barca: no hicieron el amor, créanme, pero por la noche el compañero Kliwon protegió a Alamanda del viento frío cubriéndola con su propio cuerpo, y durmieron juntos plácidamente. Empezaban a acostumbrarse a aquella extraña vida, e incluso a disfrutarla, pero al decimocuarto día Kliwon decidió remar hacia la costa.

—¿Por qué tenemos que volver? —preguntó Alamanda—. Podemos quedarnos aquí sin ningún problema.

—Mi intención no era secuestrarte hasta el fin de nuestros días.

Mientras remaba, el compañero Kliwon iba sentado al lado de la muchacha, pero permanecieron callados. Había algo que les rondaba por la



cabeza a los dos, aunque no hacía otra cosa más que dar vueltas y vueltas, y ninguno de los dos permitió que saliera a la superficie durante todo el viaje de regreso, hasta que por fin, cuando ya habían atracado en la playa, él la sorprendió al decir con su voz pausada:

—Mira, jovencita, yo te quiero, pero si tú no me quieres a mí, no pasa nada.

Sorprendida, Alamanda prefirió callar.

Mantuvieron el silencio durante el viaje de vuelta en la bicicleta. Alamanda interpretó el de Kliwon como sufrimiento por no haber recibido respuesta, mientras que Kliwon interpretó el de Alamanda como la vacilación vergonzosa de una jovencita para responder al amor de un hombre. Ella estaba preocupada y quería tranquilizarlo asegurándole que no tenía por qué sufrir, que lo quería, de modo que cuando llegaron a su casa se dispuso a hablar, pero él la interrumpió antes de que pudiera articular palabra:

—No me contestes ahora, jovencita. Primero piénsalo bien.

Pasó una semana repleta de días felices. Trabajaban codo con codo en el granero de los champiñones sin discutir nada, hablando sencillamente de las cosas que les gustaban a los dos. Allí adonde iba Kliwon, Alamanda lo seguía y viceversa, hasta que quienes los veían empezaron a imaginarse que salían juntos.

La noticia de su noviazgo no se comentó únicamente en la granja, sino también entre los arroceros y los cosecheros del maíz, y luego el chisme empezó a difundirse más allá de los límites de Halimunda. A Alamanda no le hacía gracia ser objeto de habladurías cuando ni siquiera habían reconocido su relación entre ellos, así que un día le preguntó por fin al compañero Kliwon:

—¿Es que no sabes que te quiero?

Y al instante él contestó con absoluta convicción:

—Eso parece.

Aquello bastó para poner fin a sus reputaciones: el compañero Kliwon dejó de ser un mujeriego y Alamanda dejó de ser una devoradora de hombres.

El noviazgo prosiguió durante aproximadamente un año, hasta que él recibió una beca del partido para ir a la universidad, y para eso debía trasladarse a Yakarta. La separación fue tan dolorosa que ella le suplicó:

—Tómame antes de irte, por favor.

—No.

—¿Por qué no? ¿Te has acostado con casi todas las chicas de Halimunda y no quieres tomar a tu propia novia?

—No, tú eres distinta.

El compañero Kliwon no dio su brazo a torcer.

—Hasta que no estemos casados, nada —decía, como un jovencito devoto.

Durante la semana previa a su partida no soportaban separarse, pasaban juntos desde la mañana hasta la noche. Entonces llegó el día. Alamanda acompañó a Kliwon a la estación. Cuando el maquinista estuvo preparado y sonó el silbato, la joven no pudo contenerse más y besó a su enamorado. Hasta entonces ni siquiera se habían rozado los labios, pero en aquel momento se besaron en un abrazo ardoroso a la sombra del almendro. Es cierto lo que dice la gente: de sus labios brotaron llamas. Eran besos de despedida, de una despedida que resultó atroz.

El tren empezó a moverse y la pareja despejó sus labios a regañadientes, mientras en la estación todos los presentes se habían quedado paralizados como estatuas, mirándolos.

—Dentro de cinco años volveremos a vernos a la sombra de este almendro —afirmó el compañero Kliwon.

Entonces echó a correr y subió de un salto al tren, que empezaba a ganar velocidad, y lo despidieron la mano que agitaba Alamanda y las lágrimas

provocadas por su marcha. La muchacha se quedó clavada en aquel lugar hasta que desapareció en el horizonte el furgón de cola del tren.

Volvemos ahora al hombre más famoso de Halimunda, el jefe del distrito militar que en su día había encabezado la rebelión más endemoniada contra los japoneses: Shodancho. Como un viejo pescador en el momento en que pica una gran aguja un día tranquilo en el mar, los sentimientos de la joven estaban revolucionados solo de pensar que podía atrapar a una presa tan grande, quizá la mayor de toda su vida, y siempre recordaría los días de seducción, paso a paso, empezando por aquella primera ofensiva en las peleas de jabalíes. Aquella tarde ya se había dado perfecta cuenta de que lo había atraído con el señuelo de su belleza, y lo único que le quedaba era tirar del hilo para atraparlo.

Un año había pasado ya desde que Alamanda había dejado de ser una joven tentadora que conquistaba a los hombres solo para hundirlos, del mismo modo que Kliwon ya no iba de flor en flor. Se amaban, y día a día ese amor había ido echando raíces hasta que habían jurado no traicionarse jamás. Sin embargo, él se había ido a la capital para estudiar en la universidad y ella se aburría. No tenía intención alguna de ser infiel a su novio, puesto que el amor que sentía por él seguía siendo tan alto como las montañas y tan profundo como el mar; sencillamente le apetecía pasar un buen rato como en otros tiempos, coquetear con los hombres sin tener que quererlos.

Lo que no comprendió fue que tenía ante sí a un hombre como no había ningún otro, un hombre que había sido fugitivo de los japoneses durante meses tras una rebelión en tiempos de guerra, un hombre que había capitaneado a cinco mil soldados en una batalla contra los holandeses, un hombre que a lo largo del tiempo de agresión militar había acumulado experiencia en muchas ofensivas, un hombre que había sido brevemente

comandante en jefe y tenía muchas más condecoraciones que cualquier otro soldado, y el único hombre a quien se había confiado la administración de una ciudad donde se llevaban a cabo operaciones de contrabando a gran escala en absoluto secreto. Tarde o temprano, Alamanda acabaría sabiéndolo todo de aquel hombre, pero, al principio no comprendió que Shodancho no era una de esas presas con las que podía entretenerse sin más.

Como había imaginado Alamanda, unos días después de su encuentro en el concierto de *orkes melayu*, Shodancho se presentó en su casa. Iba solo, al volante de su jeep, y lo recibió la madre de la joven, con lo que se sintió como un mocoso el día de su primera cita con una chica. Se enredaron en una conversación sobre asuntos de la ciudad, pero Alamanda estaba convencida de que en realidad ese no era el motivo de la visita, porque había llevado un ramo de flores que de hecho entregó a la chica y que esta se llevó a su cuarto y tiró por la ventana al montón de basura que había en el jardín trasero antes de volver para sentarse con su madre y Shodancho luciendo una sonrisa arrebatadora.

Aquello duró días. En cada visita, Shodancho llevaba flores que acababan de inmediato en el montón de desechos del jardín, aunque eso él no lo sabía. Y no eran solo flores; al tercer día llevó un oso panda de peluche que había pedido directamente a China, luego un jarrón de cerámica y al día siguiente un montón de discos de música pop estadounidense que Alamanda decidió no tirar.

No jugaba a ese juego desde hacía un año y, orgullosa de que su capacidad para hacer que los hombres parecieran tontos y ridículos siguiera inalterada, puso aquellos discos y bailó a solas en su cuarto, imaginándose que la acompañaba su enamorado. Bailar con Kliwon al ritmo de los discos que le había regalado Shodancho: aquella sí que era una idea graciosa. Se rio de la estupidez del héroe de Halimunda, pero luego, por la noche, soñó que Kliwon

se enteraba de todo y se enfadaba tanto que quería matarla, y se despertó jadeante con la colcha empapada en sudor frío. Maldijo aquella pesadilla y se tranquilizó: no estaba traicionando en modo alguno a su novio, porque el amor que sentía por él no había cambiado en absoluto.

Al día siguiente le llegó una carta suya. Se puso algo nerviosa al verla y se preguntó si tendría algo que ver con la pesadilla. Fue a su cuarto y se echó en la cama, sin atreverse en un principio a abrir el sobre por miedo a que el sueño se hiciera realidad, pero luego se dijo que tenía que saber lo que decía aquella carta.

Resultó que sus temores eran completamente infundados; no había sospechas ni la más mínima consecuencia. Kliwon le contaba que había empezado el segundo curso, que la carrera no era tan difícil como esperaba y que todo iba bien. Alamanda, convencida de que jamás tendría dificultades con lo que se propusiera seriamente, se sintió orgullosa de tener un novio tan inteligente. Cuando leyó que Kliwon era fotógrafo ambulante y también trabajaba a media jornada en una lavandería, le cayeron lágrimas por las mejillas y musitó que el futuro iba a ser mejor para los dos. Besó el papel en el que estaba escrita la carta, sin dejar de llorar, antes de quedarse dormida con ella pegada a la cara.

Al despertar dos horas más tarde, tras el hermoso sueño de una boda feliz con su enamorado, se dio cuenta de que no había acabado de leer la carta hasta el final. Entre sus páginas había una foto de Kliwon con una nota donde le explicaba que la había tomado él mismo, de manera que, si estaba torcida o su cara salía ridícula, pedía indulgencia.

Alamanda se rio al ver la foto y la besó con cariño... no una sino ocho veces, y luego tres más de propina. La apretó contra el pecho y luego la dejó a un lado para acabar de leer la carta, lo que no resultó demasiado apasionante, ya que se limitaba a hablar de cosas del partido. A ella esos

asuntos no le interesaban, de modo que agradeció que Kliwon solo les dedicara un párrafo antes de acabar pidiéndole una foto suya. La joven volvió a sonreír y dijo en voz alta, como si lo tuviera delante:

—Voy a mandarte, a ti que eres el hombre más atractivo del mundo, una foto de la chica más hermosa del mundo.

Aquella tarde se puso bien guapa y estaba preparándose para ir a ver al fotógrafo cuando se topó con Shodancho, que charlaba con su madre en la sala de estar, como ya era habitual. El instinto de devoradora de hombres asomó la cabeza de inmediato y Alamanda sonrió coqueta. El visitante perdió el hilo de golpe y porrazo, pues creyó que se había arreglado para él, y ya había empezado a recitar para sus adentros plegarias de la más profunda gratitud al rey de los cielos cuando la muchacha anunció que no podía quedarse a charlar con ellos porque tenía que ir al fotógrafo.

La tremenda decepción de Shodancho era evidente —se había dado cuenta de que el maquillaje era para el fotógrafo y no para él—, pero enseguida retomó el control de la situación y se ofreció a llevarla. A Alamanda eso no se le había ocurrido, pero ¿qué tenía de malo dejarse acompañar, aprovecharse de la amabilidad de un perdedor, de un ingenuo, para hacerse un retrato destinado a su novio? Volvió a sonreír y miró a su madre, que estaba claramente molesta por la mala educación de su hija.

Así pues, Shodancho llevó a Alamanda al estudio de fotografía que existía desde tiempos coloniales, primero a cargo de un espía japonés y ahora propiedad de un matrimonio chino. Él se sentó en la salita de espera, detrás del escaparate, y pidió a la mujer del fotógrafo que hiciera dos copias de todas las fotos sin decírselo a la jovencita que lo acompañaba. Ella asintió con aire de complicidad.

Alamanda, por su parte, entró en el estudio con el marido. Primero la fotografió de pie, muy elegante, delante de un fondo con una imagen de un

lago que unas garzas reales cruzaban a nado, con unas montañas azules a lo lejos, y luego sentada en una roca falsa, y a continuación cambió el fondo por un panorama fluvial en el que había un puente para cruzar a pie y varios árboles, y después lo sustituyó por una extraña escena invernal de China. Sacó diez fotos en total, y, cuando fue a pagar, Alamanda descubrió que ya lo había hecho Shodancho. La chica se alegró muchísimo de poder mandarle una foto a su novio a costa del bolsillo de aquel hombre, pero Shodancho entendió que el hecho de que aceptara el obsequio era un buen presagio para su relación.

El propio Shodancho le llevó las copias cuatro días después, con el pretexto de que había pasado casualmente por delante del estudio. Alamanda las aceptó encantada y se retiró rápidamente a su cuarto para disfrutar de las fotografías de sí misma. Eligió las cuatro que más le gustaban y empezó a escribir una carta a Kliwon en la que le contaba toda la historia de Shodancho y lo estúpido que era, y reconocía con franqueza que parecía atraído por ella. A continuación tranquilizaba a su enamorado asegurando que ella no estaba en absoluto interesada, que seguía sintiendo lo mismo, que su amor era para él y para nadie más y que no tenía la más mínima intención de serle infiel. Si le hablaba de ese hombre no era para darle celos, sino para demostrarle que entre ellos no había secretos. Alamanda estaba segura de que Kliwon confiaba en ella, de modo que hablarle de Shodancho no debía suponer ningún problema. Espolvoreó un poco de maquillaje por el papel, de modo que su enamorado pudiera aspirar el aroma de su cuerpo, e incluso se pintó ligeramente los labios para estampar su marca al final de la carta, junto a su firma, a modo de beso simbólico de añoranza en la distancia. Metió la carta y las fotos en un sobre y sonrió al imaginarse que su hombre la recibiría al cabo de pocos días.

Mientras, Shodancho había regresado a su casa, junto al cuartel militar, y

se había recostado con las fotos de Alamanda en la mano para mirarlas con unos ojos húmedos que parecían penetrar la superficie del papel. Una por una, fue poniéndose las imágenes en el pecho desnudo boca abajo y luego se llevó las manos a la nuca.

Soñó despierto con la belleza de la muchacha, y con su cuerpo, y se vio perdido en un deseo que prácticamente estallaba de impaciencia, de forma que volvió a mover las manos para coger las fotografías, acariciar el papel como si fuera el cuerpo mismo de Alamanda y recorrer su silueta con los dedos, y entonces se encontró aún más sumido en el deseo, como un perro en celo; los ojos se le empañaron de melancolía y sus labios empezaron a musitar el nombre de su amada. Pasó media hora con ese malestar hasta que las imágenes empezaron a llenarse de borrones y de grasa, de modo que acabó guardándolas en un cajón, se puso el uniforme y salió de su habitación para ir a ver al soldado de guardia en la jaula de los monos, junto al portón de entrada del Mando del Distrito Militar de Halimunda.

—Buenas tardes, Shodancho —saludó el cabo.

—¿Dónde están las prostitutas de esta ciudad?

El otro se rio y contestó que en Halimunda había muchas putas, pero solo una buena, y le contó la historia del burdel de Mamá Kalong.

—Si quiere, puedo acompañarlo esta noche.

Shodancho soltó una carcajada, sin sorprenderse de que sus subordinados estuvieran al tanto de lo que pasaba en las casas de putas, y enseguida aceptó:

—Iremos esta noche.

—Si es lo que desea, Shodancho, por supuesto que iremos.

Fue entonces cuando visitó la casa de putas de Mamá Kalong y se acostó con Dewi Ayu, y al día siguiente Maman Gendeng se cabreó y se presentó en su despacho para amenazarlo.



Con la visita del delincuente, Shodancho comprendió enseguida que se había hecho un enemigo en Halimunda. Durante unos días, sus hombres anduvieron en busca de información, y pronto se enteró de la reputación de aquel individuo y de su nombre: Maman Gendeng. Al parecer, no había motivo para volver al burdel y hacer el amor con Dewi Ayu otra vez, ya que no había ningún buen motivo para complicarse la vida con aquel hombre. Además, para alguien que estaba tratando de impresionar a su posible futura esposa, ir a una casa de putas era una tontería como una casa.

Estaba más decidido que nunca a conseguir a Alamanda, la mujer que consideraba creada especialmente para él: una mujer que sería apasionada en la cama, elegante en las fiestas, encantadora en los actos públicos y lo bastante imponente para acompañarlo en las ceremonias militares. Sin embargo, no pudo negar su intranquilidad cuando los hombres que lo informaron sobre la reputación de Maman Gendeng también le hablaron de Alamanda: una joven devoradora de hombres que se reía al verlos sufrir angustiados por un amor no correspondido, obsesionados con su belleza. El único que había llegado a conquistar su corazón había sido un joven comunista al que llamaban «compañero Kliwon».

—Pero ese se ha ido a la capital para estudiar en la universidad, así que parece que han roto.

Como mínimo, aquello quería decir que en una ocasión la chica había sido derrotada y se había enamorado, lo que supuso cierto alivio. Y costaba creer que fuera tan atrevida y tan torpe como para jugar con el hombre que tenía el control absoluto de la ciudad...; a menos ser que se hubiera enamorado por segunda vez, una posibilidad que Shodancho prefería sin lugar a dudas.

Esa esperanza aumentó más cuando una tarde, durante la habitual visita del pretendiente, Alamanda se fijó en que se le habían soltado unas puntadas del uniforme.

—Se te ha descosido un hilo del uniforme, Shodancho —dijo la muchacha—. Si no te importa, me gustaría arreglártelo.

Aquello le pareció de una gentileza tan increíble que se le fue el corazón flotando hasta el séptimo cielo. Se quitó la chaqueta de inmediato, con lo que quedó con una simple camiseta verde, y se la entregó a Alamanda, que se marchó al cuarto de costura. Por encima de todo, fue ese episodio el que lo convenció de que la joven sentía lo mismo que él, como por otro lado era de esperar. Ya solo le quedaba hablar más en serio sobre su relación: tenía incluso la ilusión de poder tratar el asunto de la boda y se quejó mentalmente de lo lento que pasaba el tiempo.

La oportunidad de ser franco llegó una tarde soleada mientras paseaban juntos por el bosque; habían salido a buscar las antiguas rutas de la guerrilla. Él le enseñó la cabaña en la que había vivido durante muchos años, las cuevas en las que se había ocultado para meditar y los escondrijos en los que habían quedado fusiles, morteros, pistolas y pólvora. También le mostró los fuertes defensivos que habían construido los japoneses. Luego se acercaron a las sillas y la mesa de piedra que había en el claro situado delante de la cabaña, las mismas donde Shodancho había celebrado las reuniones con sus hombres, y se sentaron a contemplar el mar. Hacía calor y soplaba una agradable brisa de levante.

—¿Te apetece tomar un zumo aquí a la orilla del mar? —preguntó Shodancho.

—Sí, me encantaría —contestó Alamanda, que se había imaginado que una guarida de guerrilleros daría mucho más miedo.

Shodancho fue al jeep y regresó con un termo.

Las pocas barcas que habían salido a faenar a media tarde se mecían suavemente aquí y allá en mitad del mar, flotando como flores de loto en un estanque. Había dos o tres pescadores en cada una, todos ellos sentados cara a

cara. No agitaban la mano ni gritaban, se limitaban a mirar a su alrededor y charlar con sus amigos.

Los pescadores llevaban ropa gruesa de manga larga, con el sarong atado por los hombros, sombreros cónicos, guantes y zapatillas deportivas en los pies, todo ello para protegerse del temible aire frío del mar, que a medida que se hicieran mayores iría debilitándolos a golpe de reumatismo. Shodancho comentó que los pescadores que trabajaban por su cuenta desaparecían poco a poco; los grandes pesqueros capaces de atrapar lo mismo que cincuenta hombres sustituirían a aquellas barcas, tan pequeñas y vulnerables frente a los temporales, y sus capitanes no tendrían que preocuparse por el reumatismo. Alamanda respondió, sencillamente, que hacía mucho tiempo que los pescadores eran amigos del mar y los temporales, de modo que el reumatismo no los asustaba, y quizá no querían pescar más de lo que necesitaban cada día. Todo eso se lo había oído a Kliwon.

Shodancho soltó una carcajada y luego se pusieron a hablar del pescado que les gustaba. Ella aseguró que el mero era el más sabroso, él replicó que él prefería el calamar y ella protestó porque los calamares no eran peces, puesto que no tenían ni escamas ni aletas. Al oír eso, Shodancho volvió a reírse. A continuación los dos se quedaron en silencio un momento y él sirvió en el vaso vacío de ella un poco más del zumo frío que había llevado en un termo. Entonces fue cuando dijo lo que quería decir, o más bien preguntó exactamente lo que quería preguntar:

—Alamanda, ¿querrías ser mi mujer?

La joven no se sorprendió en absoluto. Había oído esa pregunta de labios de tantos hombres, con tantas variantes distintas, que con el tiempo había perdido la capacidad de impresionarla; hasta era capaz de adivinar, más o menos, cuándo iba a formularla el candidato en cuestión. La experiencia le decía que siempre había síntomas de que un hombre estaba a punto de

declararse, si bien esos síntomas variaban de uno a otro. Era de la opinión de que la mujer se daba cuenta, sobre todo si, como ella, esa mujer ya había rechazado a veintitrés hombres y había aceptado al vigesimocuarto. Se puso a maquinar cómo sumir al vigesimoquinto en una fiebre de amor no correspondido.

Se levantó y se dirigió al borde del acantilado, desde donde vio a dos pescadores que remaban despacio en una barca, y luego dijo, sin mirar a su pretendiente:

—Si un hombre y una mujer se casan, Shodancho, deben quererse.

—Bueno, ¿y tú no me quieres?

—Yo ya tengo novio.

«Pero, entonces, ¿por qué te arreglas tanto cada vez que nos vemos? — pensó Shodancho con cierta indignación—. ¿Y por qué quisiste que te acompañara al fotógrafo y me dejaste mirar las fotos de tu cuerpo? ¿Y por qué me cosiste el uniforme, sino para demostrarme que me querías?»

Shodancho repasó mentalmente su cortejo, y se indignó aún más al darse cuenta de que Alamanda había estado jugando con él desde el principio. Se maldijo por no haber prestado más atención, por haber tenido la debilidad de olvidar que aquella chica era la misma que había conquistado a tantos hombres antes que a él para luego desecharlos como quien tira algo a la basura. Había sido un ingenuo al creer que no se atrevería a hacer lo mismo con un soldado que había capitaneado una rebelión y era el héroe de Halimunda, porque se había atrevido y, al parecer, se lo había pasado de maravilla.

Su furia aumentó todavía más al verla allí tan tranquila al otro lado de la mesa, después de que hubiera vuelto a sentarse para acabarse el zumo. Cuando encima le sonrió, Shodancho ya estaba ciego de ira, aunque no por eso perdió la compostura.

—El amor es como un diablo, da más miedo que satisfacción —dijo por fin—. Si no me quieres, no pasa nada, pero al menos haz el amor conmigo.

«Este hombre da pena», pensó Alamanda. Lo miró y por un momento se preguntó por qué, de repente, su rostro temblaba y se agitaba de arriba abajo y parecía a punto de partirse en dos, y por qué era como si cada una de las mitades subiera y bajara sin contar con la otra. Quería preguntarle qué le pasaba en la cara, pero la boca no le respondía, lo cual era igual de inexplicable. De repente, notó una sacudida en todo el cuerpo y rogó a Dios que no se le hubiera partido en dos, como la cara de Shodancho, pero eso era precisamente lo que había sucedido cuando se miró la mano que aún sostenía el vaso de zumo medio vacío: la mano también se había partido en dos, y en tres y en cuatro.

Aún veía, pero todo empezaba a ponerse borroso cuando Shodancho se levantó y rodeó la mesa hacia ella, diciendo algo que no entendió en absoluto, aunque sí sintió su suave caricia cuando se le sentó al lado y empezó a tocarle la mejilla, y luego la barbilla y la punta de la nariz. Alamanda sintió ganas de levantarse y darle un bofetón por ser tan atrevido, pero no le quedaba ni un ápice de fuerza: lo único que pudo hacer fue tambalearse y desplomarse contra él.

Sintió que las manos de Shodancho aferraban su esbelto cuerpo y entonces, de improviso, fue como si volara; no sabía si había muerto y su alma se dirigía al reino de los cielos. Sin embargo, veía, a pesar de que todo estaba cada vez más borroso, que en realidad no estaba volando, solo flotando un poco, porque él la había levantado y se la había echado al hombro. «Eh, ¿adónde me llevas?», trató de protestar, pero de su boca no salió sonido alguno. Shodancho entró con ella en su antigua cabaña y Alamanda voló una vez más cuando la dejó caer encima de la cama.

Allí tumbada, empezó a comprender lo que sucedía. El miedo a lo que

podiera sucederle la impulsó a oponer resistencia, pero aún no había recuperado las fuerzas. A medida que pasaba el tiempo se sentía cada vez más débil, hasta que su cuerpo, incluidas las manos y también los pies, se quedó completamente pegado a la superficie de la cama y ya no pudo moverse en absoluto.

Cuando Shodancho empezó a desabrocharle el vestido, Alamanda estaba totalmente impotente y se abandonó a la situación, sumida en la rabia y la perdición. Vio cómo le quitaba el vestido y lo lanzaba a un lado. Él seguía a lo suyo con una calma espeluznante y, cuando la tuvo desnuda de pies a cabeza, ella notó que sus dedos, con las yemas duras, encallecidas por el contacto con las armas durante la guerra y marcadas por las heridas de metralla, empezaban a deslizarse muy despacio por su cuerpo. Sintió náuseas.

Shodancho le dijo algo que no entendió, y de repente ya no notó solo las yemas de los dedos, sino las palmas de las manos enteras, que empezaron a sobarle todo el cuerpo como si pretendieran destruirla. Le estrujó los pechos con violencia, lo que le dio ganas de aullar, y exploró todo su cuerpo, se abrió paso entre los muslos y empezó a darle besos y a dejar un rastro de saliva por toda la piel. Alamanda ya no solo deseaba aullar, sino degollarse ella sola para morir antes de que la cosa fuera a más. No tuvo conciencia del tiempo que pasó así, quizá media hora, quizá una entera, un día, siete años u ocho siglos: lo que sí comprendió claramente fue que Shodancho se había desnudado y se había quedado de pie junto a la cama, como si nada.

Por un momento, siguió sobándole los pechos, antes de lanzarse encima de ella, besarle los labios con unos mordisquitos repugnantes y, sin perder más tiempo, penetrarla. Alamanda seguía viéndole la cara, que parecía una mancha blanca muy cerca de sus ojos, y sentía cómo le desgarraba la vagina con saña. Se puso a llorar, pero ni siquiera sabía si su cuerpo aún tenía capacidad para fabricar lágrimas. Era como si aquello no tuviera fin, como si

se prolongara ocho siglos más. Ya no le quedaban fuerzas para abrir los ojos, solo sentía que su cuerpo recibía un trato repugnante. Y entonces perdió el sentido, o eso le pareció, porque ya no sentía absolutamente nada, aunque quizá lo que sucedía era que no quería sentir. Finalmente, Shodancho la soltó y se desplomó junto a su cuerpo, que desde el principio había permanecido en la misma posición: desnudo boca arriba, prácticamente pegado a la cama.

Él seguía a su lado y respiraba cada vez más profundamente, hasta el punto de que Alamanda pensó que se había dormido. Juró que, en caso de tener todas sus fuerzas en aquel momento, no dudaría en coger un cuchillo y cortarlo a tajos mientras dormía. O en hacerle estallar un mortero en la boca. O en mandarlo al fondo del mar de un cañonazo. Pero se equivocaba: Shodancho no se había dormido, sino que se levantó diciendo:

—Lo único que te interesa es seducir a los hombres y luego deshacerte de ellos como si fueran una basura repugnante, pero has tenido la mala pata de dar conmigo, Alamanda. Yo gano todas las guerras en las que participo, incluida la que me ha enfrentado a ti.

Ella escuchó esas palabras cínicas y desdeñosas, que se le clavaron como una espina, pero no pudo contestar nada, solo clavar en él una mirada aún borrosa y verlo levantarse y recoger su ropa.

A continuación, Shodancho se la puso y también vistió a la muchacha, poco a poco, antes de asegurar que ya era hora de marcharse de la selva y volver a casa. Alamanda ya estaba vestida y parecía que allí no había pasado nada, aunque en realidad no estaba despierta del todo, ni mucho menos: seguía anestesiada por el veneno secreto. Lo único que tenía claro era que todo había sucedido después de beberse aquel zumo.

Volvió a tener la sensación de que volaba cuando Shodancho la levantó de la cama. En esa ocasión no se la echó al hombro, sino que la llevó pegada a la cintura con aquellos brazos tan fuertes, que en los viejos tiempos habían

cargado un cañón e incluso a uno de sus hombres, herido en una batalla contra los holandeses, hasta ponerlo a salvo. Alamanda salió de la cabaña en sus brazos y se dirigieron al jeep. Shodancho la sentó a su lado y luego condujo por la pista de tierra que cruzaba la selva oscura y densa.

La llevó a su casa. Ella recordaría el trayecto como un largo túnel de luz menguada. Al llegar, Shodancho bajó del vehículo con el cuerpo de Alamanda en brazos y lo recibió Dewi Ayu, que lo ayudó a llevar a la chica a su cuarto. La dejaron echada en su cama y Dewi Ayu preguntó qué había sucedido. Shodancho contestó con toda la tranquilidad del mundo que no había que preocuparse.

—Se ha mareado por el camino.

—Lo que ha pasado es que te has servido de su cuerpo sin su permiso, Shodancho —contestó Dewi Ayu, a la que la experiencia vital había permitido comprender lo sucedido sin que nadie se lo contara—. Pero no creas que has vencido solo porque has ganado esta batalla.

Alamanda quedó a solas en su cuarto y, por primera vez, notó que las lágrimas empezaban a mojarle las mejillas al tiempo que todo se ponía negro, y entonces perdió el sentido por completo.



Al despertar al día siguiente, Alamanda pensó antes que nada en Kliwon, y al instante se dio cuenta de que para su enamorado y ella todo había terminado.

En aquel momento sintió que pesaba sobre ella una maldición; quizá no se arrepentía de sus actos y quizá aceptaba lo que por ello le había sucedido, pero aun así creía que pesaba sobre ella una maldición. Quiso escribir una carta a su enamorado que le llegara justo después de la que incluía las fotografías, para contarle lo sucedido, si bien omitiendo que había perdido el control y había jugado con un hombre con el que no se podía jugar, y omitiendo también que Shodancho la había violado. Decidió contarle solo que se había acostado con él. Sentía vergüenza, pero lo único que de verdad lamentaba era perder al hombre que amaba; a pesar de que sabía que Kliwon la aceptaría en cualquier circunstancia, no quería volver a verlo bajo ningún concepto. Aún lo amaba, pero había decidido mentir y asegurar que se había enamorado de Shodancho, que dejaba a su antiguo novio para casarse con su nuevo amor. Y decidió pedirle perdón. Escribió la carta aquella misma tarde y la llevó al buzón en cuanto la metió en un sobre y pegó el sello.

Ya solo tenía que pensar en Shodancho, en su venganza y en lo que podía hacer para dar rienda suelta a su rabia sin llegar a clavarle un estilete. Y así, nada más echar al correo la carta para Kliwon, se fue al cuartel, recibió un saludo inusitado del soldado que montaba guardia en la jaula de los monos y, al igual que Maman Gendeng, entró directamente en el despacho de

Shodancho sin llamar. Se lo encontró sentado a su mesa, mirando dos fotografías suyas que tenía en las manos, mientras que las otras ocho estaban desperdigadas por la mesa. Pillado por sorpresa, trató de esconderlas, pero con un gesto ella le indicó que no era necesario. Acto seguido se plantó delante de él y apoyó una mano en la mesa y la otra en la cadera.

—Ahora ya sé a qué os dedicabais cuando hacíais vuestra guerrilla — espetó, mientras él la miraba con ojos de pecador perdidamente enamorado —. Te va a tocar casarte conmigo, aunque jamás te querré. En caso contrario, me mataré después de contar a toda Halimunda lo que me has hecho.

—Me casaré contigo, Alamanda.

—Muy bien. Tendrás que organizarlo todo por tu cuenta —replicó ella, y se marchó sin añadir una sola palabra.

En cuestión de una semana, su boda se convirtió en la comidilla de sus conciudadanos, que se dedicaban a especular, a darle vueltas con mucha solemnidad y también a hacer chistes. No obstante, la gente de Halimunda ya se había acostumbrado a casi todo, por lo cual la noticia no sorprendió demasiado a nadie. Hubo incluso quien dijo con aire de autoridad que Alamanda y Shodancho hacían la mejor pareja que pudiera imaginarse ser humano alguno sobre la faz de la Tierra: ¿qué podía haber más indicado que la boda de una muchacha, hija de una prostituta sumamente respetada, con un antiguo rebelde que había sido comandante en jefe? Otros afirmaron que, en realidad, Shodancho era mejor partido que aquel agitador de Kliwon, y que Alamanda no era tan tonta como para no darse cuenta.

Sin embargo, el joven comunista tenía muchos amigos en Halimunda: estaban los pescadores, porque cuando vivía allí se había embarcado con ellos y los había ayudado a arrastrar las redes hasta la orilla, lo que le pagaban con una bolsa de plástico llena de pescado, y también se había dedicado a calafatear las barcas que hacían agua cuando trabajaba en el taller;

estaban los campesinos, porque en las afueras de la ciudad había muchos hombres que trabajaban tierras ajenas, como había hecho el propio Kliwon, y lo habían oído entretener a sus amigos con sus historias, cuando contaba mil cosas que salían de aquella mente prodigiosa, cosas que nadie conocía y cuya existencia ni siquiera se habían planteado; estaban las jovencitas que en su día se habían enamorado de él, y las que seguían enamoradas de él, y si bien Kliwon las había abandonado a todas, de la primera a la última, para ir a buscar a otra, no le guardaban rencor y seguían queriéndolo igual que siempre; estaban sus compañeros de juegos de la infancia, con los que había ido a bañarse y a cazar pájaros, y a buscar leña y hierba que vender a los ricos, cuando aún eran unos críos; y todos ellos se disgustaron al enterarse de que Alamanda había dejado a su amigo para casarse con Shodancho. Claro que aquello no era asunto suyo, sino de la chica; además, si Kliwon sufría por ese abandono o dejaba de sufrir era de su incumbencia y de la de nadie más.

Con una cosa y la otra, la noticia de aquella boda, que según contaba la gente iba a ser la celebración más fastuosa que había habido en la ciudad o que iba a haber jamás en el futuro, corrió como un reguero de pólvora de un rincón apartado a otro, por toda la extensión de aldeas dispersas que rodeaban Halimunda. Aseguraban que iban a amenizar el banquete siete grupos de *dalangs*, maestros titiriteros que interpretarían todo el *Mahabharata* de principio a fin a lo largo de siete noches; que hasta el último habitante de la ciudad estaría invitado a asistir, y que la comida que iban a servir bastaría para sustentar a Halimunda entera durante siete generaciones. También habría espectáculos de *sintren*, de baile en trance *kuda lumping*, un *orkes melayu*, películas proyectadas en una pantalla y, por supuesto, peleas de jabalíes.

La noticia llegó por fin hasta Kliwon gracias a la carta que le había mandado su amada. Un día antes de la ceremonia, cuando ya se habían instalado las carpas delante de la casa de Dewi Ayu y Alamanda estaba

acicalando, mimando y preparando su cuerpo con ayuda de varias organizadoras de bodas, Kliwon regresó en tren a Halimunda con una furia que lo abrasaba de la cabeza a los pies, no solo porque era la primera vez que una mujer lo hacía sufrir o lo abandonaba, sino porque realmente amaba a Alamanda con todo su corazón.

Delante de la estación, en el lugar donde se habían visto por última vez, donde se habían besado, Kliwon taló el almendro con una multitud como espectadora. Nadie se atrevía a inmiscuirse, en parte porque veían que sus ojos resplandecían de rabia dentro de las órbitas, pero sobre todo porque llevaba un machete en las manos, de modo que ni siquiera los policías que pasaban por allí tuvieron el valor de prohibirle talar el árbol, que en su día se había plantado para dar sombra y que la gente pudiera descansar a su cobijo. Cuando se estampó contra el suelo, los mirones apenas dieron un par de pasos atrás para protegerse del impacto de las ramas, sin dejar de preguntarse por qué el chico descargaba toda su pasión y su rabia contra un pobre almendro que no le había hecho daño a nadie.

No parecía que a Kliwon le molestara la gente que se había congregado delante de la estación para observarlo. Se puso a continuación a cortar a machetazos ramas y ramitas y a arrancar las hojas, hasta que bloquearon el camino que llevaba al andén. Cuando el viento se las llevó formando un remolino, como un tornado, ni siquiera los barrenderos osaron entrometerse y se limitaron a mirarlo mientras trataban de dilucidar si se había vuelto completamente chalado o no.

Solamente una persona, un amigo de la infancia de Kliwon, tuvo el arrojo de preguntarle qué estaba haciendo con el árbol.

—Pues talarlo —contestó él, lacónicamente, y a partir de ese momento ya nadie volvió a abrir la boca y lo dejaron continuar con su labor.

Una vez limpio el almendro de ramas y hojas, Kliwon siguió cortándolo

como para hacer leña. De las ramas grandes fue haciendo dos o cuatro trozos, de forma que en cuestión de minutos la madera empezó a acumularse a un lado de la calle. Luego se dirigió a la consigna, donde cogió un pedazo de sogá sin pedir permiso, aunque, por descontado, nadie se lo impidió, y con él ató la leña. Cuando hubo acabado, y sin decir nada a toda la gente que seguía arremolinada a su alrededor, expectante, volvió a meterse el machete por la cintura del sarong, recogió el fardo y se alejó de la estación.

Al principio, los mirones querían seguirlo, pero el amigo que había hablado poco antes, al comprender de repente lo que iba a suceder, se apresuró a decirles:

—Dejad que vaya solo.

Y resultó que lo que ese amigo había supuesto fue exactamente lo que acabó pasando: Kliwon fue a casa de Alamanda y se la encontró supervisando los preparativos de la fiesta. Ella se sorprendió al verlo llegar y todavía más al darse cuenta de que el hombre al que seguía amando tanto cargaba un montón de leña por algún extraño motivo.

Por un momento, sintió el impulso de echarse sobre él, abrazarlo y besarlo como había hecho en la estación, decirle que aquel banquete era para su boda con él, que lo de que iba a casarse con Shodancho era mentira. Sin embargo, recuperó la cordura de inmediato y trató de aparentar que se sentía orgullosa de lo que iba a hacer, de parecer ufana y petulante. Kliwon dejó caer al suelo fardo de leña que llevaba al hombro, con lo que Alamanda se apartó de un salto para que no le aplastara los dedos de los pies, y finalmente abrió la boca para decir:

—Este es aquel dichoso almendro a cuya sombra nos prometimos volver a vernos. Te lo ofrezco para que lo utilices como leña el día de tu boda.

Alamanda agitó las manos como para ordenarle que se marchara y Kliwon obedeció sin más, sin decirle que aquel gesto había sido un auténtico mazazo,

que lo había lanzado contra una tormenta de odio que lo borraba todo a su paso. Seguramente ni supuso que, en cuanto desapareció en la distancia, Alamanda se fue corriendo a su cuarto, rompió a llorar y quemó las fotografías de sí misma que conservaba hasta que quedaron reducidas a cenizas. Cuando al día siguiente subió a la tarima en la que la esperaba Shodancho para casarse con ella, ya había hecho todo lo posible para ocultar las huellas de toda una noche de llanto, pero con escaso éxito, de modo que durante meses, e incluso años, el asunto fue la comidilla de los ciudadanos de Halimunda.

Después de aquello, Kliwon desapareció durante un tiempo, o al menos Alamanda no supo nada más de él, o quizá ya no quería saber de él. Se imaginó que habría vuelto a la capital para terminar la carrera o para colaborar con las juventudes comunistas, a saber. Pero en realidad Kliwon no se había ido a ninguna parte. Se quedó en Halimunda y fue pasando de la casa de un amigo a la de otro, o se ocultó en la de su madre. Incluso asistió en secreto a la boda de Alamanda. Saludó a los novios disfrazado, sin que ellos lo reconocieran, y se percató de que ella se había pasado la noche llorando, prueba innegable de que se casaba contra su voluntad y demostración inequívoca de que no quería a su marido. Él, por su parte, ya no estaba enfadado, tan solo entristecido por el trágico destino que había sufrido la mujer a la que amaba.

Mientras, no dejaba de preguntarse por qué habría decidido Alamanda casarse con Shodancho, al que había conocido apenas unas semanas antes, hasta que oyó de labios de un pescador que una tarde, a última hora, había visto a Shodancho volver de la selva al volante de un jeep con Alamanda inconsciente a su lado, y otro pescador juró que desde el mar había visto a Shodancho entrar en su antigua cabaña de guerrillero con la chica al hombro.

—Siento en el alma lo que ha acabado pasando entre Alamanda y tú —

afirmó ese pescador—, pero no te precipites. O, si pretendes vengarte, deja que te echemos una mano entre todos.

—No pienso vengarme —contestó Kliwon—. Ese hombre gana todas las guerras en las que participa.

Por el momento, Kliwon volvió a faenar con sus amigos como antes y Alamanda pasó por la farsa de una noche de bodas tensa y angustiada. Había drogado con un somnífero a Shodancho, que se durmió enseguida y se puso a roncar encima del lecho nupcial, que era de un amarillo intenso y tenía flores frescas y olorosas dispuestas alrededor. Agotada, la joven desplegó un jergón en el suelo y se acostó en él, puesto que no tenía ningunas ganas de echarse junto a su marido, como habría sido habitual en una recién casada. Shodancho se despertó inesperadamente de madrugada, echó un vistazo a su alrededor y se quedó desconcertado al descubrir que su noche de bodas casi había terminado sin que se diera cuenta y su flamante esposa estaba acostada en un fino jergón en el suelo. Maldiciéndose ante aquella escena imperdonable, se agachó de inmediato, cogió a Alamanda en brazos y la tumbó en la cama.

Al abrir los ojos, ella se topó con la sonrisa de Shodancho, que le decía lo tonto que sería dejar pasar su noche de bodas sin hacer nada. Cuando él se quitó toda la ropa y quedó completamente desnudo, ella le dio la espalda y le propuso:

—¿Qué te parece si te cuento un cuento antes de que hagamos el amor?

Shodancho se echó a reír y contestó que era una idea interesante, luego se metió en la cama y se acurrucó contra la espalda de su mujer.

—Corre, empieza ese cuento, porque ya me han entrado muchas ganas —dijo, aspirando el aroma de su melena.

Así pues, Alamanda empezó a inventarse una historia lo mejor que pudo,

una narración que se perdía en circunloquios sin desenlace alguno, con el objetivo de que no les diera tiempo de hacer el amor... antes de que les llegara la muerte o incluso antes del fin del mundo. Mientras ella hablaba, él iba explorando todo su cuerpo con ambas manos, impaciente por llegar a la conclusión, aunque lo cierto era que no se imaginaba cómo podía acabar. Empezó a manosear los botones del camisón de su mujer y a desabrocharlos uno por uno. Ella intentó evitarlo haciéndose un ovillo, pero Shodancho, con sus fuertes manos, le dio la vuelta con facilidad y la inmovilizó boca arriba para colocarse encima. Ella consiguió apartarlo de un empujón y dijo:

—Ya haremos el amor cuando acabe el cuento.

Él la miró mal, y replicó que podía escuchar la historia perfectamente mientras hacían el amor.

—Acordamos, Shodancho —dijo Alamanda—, que podías casarte conmigo, pero yo nunca te daría mi amor.

Aquello lo puso de tan mal humor que ya todo le daba igual, de forma que pegó varios tirones al camisón de la mujer con la que acababa de casarse, sin miramientos, y lo desgarró. Ella dejó escapar un grito, pero él la hizo callar al momento y siguió tirando de la tela. Cuando por fin parecía que la joven había dejado de oponer resistencia, Shodancho acabó de arrancarle el camisón y soltó un grito de sorpresa.

—¡Mierda! Pero ¿qué te has hecho en la entrepierna? —preguntó, contemplando boquiabierto unas bragas metálicas cerradas con un candado que parecía no tener cerradura con la que abrirlo.

—Esta una prenda mágica, Shodancho —explicó Alamanda con una calma misteriosa—. Se la he encargado directamente a un orfebre y un hechicero. Únicamente puede abrirse con un mantra que solo yo sé recitar, y jamás en la vida la abriré para ti, aunque se nos caiga encima el cielo.

Aquella noche, Shodancho trató de romper el candado con todo un



despliegue de herramientas: hizo palanca con un destornillador, lo aporreó con un clavo y un hacha e incluso le pegó un tiro con una pistola, lo que prácticamente provocó que Alamanda se desmayara de miedo. Sin embargo, todos los intentos de abrir aquella prenda metálica fracasaron y, acorralado entre el deseo y la furia, al final lo único que pudo hacer fue mantener relaciones sexuales con su mujer sin llegar a penetrarla. Por la mañana se rajó la yema de un dedo y manchó con unas gotas de sangre las sábanas, para conseguir el símbolo consagrado por la tradición que los novios debían mostrar a la lavandera.

Una semana después de la boda, cuando lo único que quedaba de los festejos era basura y rumores, los recién casados se trasladaron a la casa que había comprado Shodancho, una mansión de tiempos coloniales en la que ya había dos criadas y un jardinero. Había sido Dewi Ayu la que les había ordenado que se mudaran y les había dado a entender que debían visitarla poco o incluso nunca.

—Una mujer casada no debe dejarse ver con putas —había dicho a su hija.

Su madre siempre tenía razón, así que, apesadumbrada, Alamanda se marchó.

Durante todo ese tiempo, como había prometido, no se quitó ni una sola vez las bragas de hierro. Se comportaba como un soldado de la Edad Media, siempre temerosa del enemigo que podía tenderle una emboscada en cualquier momento y embestirla con su espada, blanda pero no por ello menos mortal. Por su parte, Shodancho parecía haber abandonado toda esperanza de forzar aquel artilugio, en especial después de consultar a distintos hechiceros. Todos se habían encogido de hombros y habían asegurado que no había fuerza alguna, ni había espíritu ni bueno ni malo que pudiera aplacar la energía vengadora de una mujer agraviada. Pagó mucho dinero por esas consultas inútiles, pero no por los dictámenes en sí, sino para

que los hechiceros mantuvieran la boca cerrada y la vergüenza familiar no se supiera a diestra y siniestra. Y por culpa de ese mismo miedo a la vergüenza tampoco podía pedir consejo sobre sus problemas de alcoba a nadie más.

Ya había tratado de convencer a su mujer de que dejara de lado aquella detestable tozudez suya, pero entonces, sin rendirse en ningún momento ni quitarse la ropa interior de hierro, Alamanda decidió que debían dormir en habitaciones separadas, como un matrimonio a la espera de que el juez confirme su divorcio. En consecuencia, Shodancho tenía que pasar las noches solo, abrazado a la almohada y dando vueltas sumido en una excitación sexual desesperada.

—Si te mueres de ganas de soltar el contenido de los huevos, tienes mi permiso para ir de putas —le dijo Alamanda en una ocasión, quién sabe si por compasión o simplemente para hacer alarde de su magnanimidad—. Yo no me enfadaría; la verdad es que me alegraría por ti.

Shodancho se negaba a hacer lo que recomendaba su mujer, y no porque creyera que podía dominar el deseo, ni porque no le interesaran las putas, sino porque quería demostrarle lo profunda que era su fidelidad, lo desinteresado que era su amor por ella, y porque albergaba la esperanza de que, al cabo de un tiempo, el corazón de Alamanda se rindiera ante aquella actitud tierna e inocente.

No obstante, ella no mostraba ningún indicio de claudicación y solamente se quitaba las bragas de hierro en los breves momentos en que iba al baño y echaba la llave para orinar y lavarse. A continuación volvía a cerrarlas a cal y canto con el mantra secreto, que llevaba escondido en la boca allí adonde iba, a salvo de curiosos.

Shodancho tenía la esperanza de que, en un descuido, su mujer recitara ese mantra en voz alta y él lo oyera, pero era en vano, porque ni siquiera lo murmuraba en sueños. Lo único que podía hacer era abandonarse a su destino

y reconocer que jamás volvería a hacer el amor a una mujer, que quedaría limitado para siempre a las sesiones de urgencia con la almohada en su cama solitaria. Otras veces, cuando ya no soportaba más aquel juego alocado, se metía corriendo en el baño para descargar el contenido de los testículos en el retrete.

Durante esos días, trató de distraerse concentrándose de nuevo en el contrabando que tenía organizado desde hacía años con su amigo Bendo. Hacía poco habían adquirido un gran barco pesquero, su única actividad legal. También recuperó la antigua afición de criar y domesticar perros salvajes. Al cabo de un año, los animales ya estaban preparados para ayudar a los campesinos a espantar a los jabalíes que se colaban en sus tierras. Sin embargo, durante todo ese año los recién casados no habían hecho el amor una sola vez y la gente empezaba a murmurar. Había quien tenía la osadía de jurar, con toda la seguridad del mundo, que Shodancho y Alamanda no habían practicado el coito ni una sola vez, lo cual se demostraba viendo que Alamanda aún no presentaba ningún indicio de estar embarazada.

Unos cuantos chavales empezaron a comentar que, si Shodancho no era impotente, quizá sí era estéril, y otros cuantos se atrevieron a decir que los japoneses lo habían castrado en la guerra. Aquella historia descabellada fue pasando de labios de un muchacho a oídos de otro y al poco ya estaban al tanto algunos adultos que se la creyeron y la difundieron aún más.

A nadie se le ocurrió hacer otras especulaciones, por ejemplo, que aquel apresurado matrimonio no se había basado en absoluto en el amor, y es que, a pesar de sus tragedias de alcoba secretas, en público los esposos siempre se mostraban bien avenidos, como una pareja enamorada de verdad. Acudían juntos a fiestas y con frecuencia se los veía pasear de la mano por la tarde e ir al cine el sábado por la noche. Era lógico que la gente malinterpretara la situación al ver la armonía de la que hacían gala. Alamanda siempre estaba

alegre y Shodancho siempre se desvivía por ella, por lo que el motivo de que hubiera pasado un año sin que ella se hubiera quedado preñada tenía que ser que uno de ellos era estéril, o los dos: no podía haber otra razón. «Es una lástima, su boda fue una historia de ensueño», dijo alguien por fin.

La única persona a la que todos aquellos chismes no molestaban en absoluto era Alamanda. Era como si el asunto la trajera sin cuidado, o incluso le resultara entretenido, y cuando no acompañaba a Shodancho a algún acto pasaba el tiempo libre leyendo novelas. En realidad, en los libros había aprendido a desempeñar el papel de esposa feliz de cara a la galería. Y no lo hacía solo por mantener la reputación de su marido, sino por la suya, ya que no quería que nadie supiera que se había casado con un hombre al que no amaba. No quería que le tuvieran lástima.

Al parecer, los oídos de Shodancho fueron los últimos en recibir los chismes de mal gusto sobre su impotencia y su posible castración, que habían salido de boca de aquellos chavales metomentodos y había llegado tan lejos que los niños habían dejado de jugar a la guerra, por la falsa convicción de que los soldados podían acabar castrados. Cuando por fin se enteró, Shodancho se quedó angustiadísimo, sumido en una mezcla de humillación, rabia e indefensión. Aparte del asunto de las relaciones sexuales, tenía la impresión de que su matrimonio era un éxito. Alamanda se presentaba como la esposa afectuosa que le tocaba ser, hasta el punto de que a él no le molestaba demasiado que estuviera fingiendo. Sin embargo, no podía seguir tirando las semillas de sus futuros hijos al retrete eternamente, y por fin se dio cuenta de que ya había pasado un año entero y aún no había podido abrir aquellas bragas de hierro que tanto lo humillaban.

Así pues, una noche, después de dormir en camas separadas desde hacía muchos meses, Shodancho entró en el cuarto de Alamanda y se la encontró poniéndose el pijama. Cerró la puerta, echó la llave y se acercó a su mujer,

que lo miró con recelo mientras se llevaba las manos a la entrepierna para comprobar que seguía teniendo la protección metálica en su sitio y bien cerrada.

—Haz el amor conmigo, cariño —pidió entonces él, con voz lastimera.

Alamanda dijo que no con la cabeza y le dio la espalda para meterse en la cama. Shodancho la agarró por detrás y le desgarró el pijama. Sin darle tiempo a reaccionar, la tiró sobre el colchón de un empujón, se desnudó y acto seguido se abalanzó sobre ella. Alamanda opuso resistencia y trató de apartar su cuerpo con todas sus fuerzas, pero Shodancho la aferraba firmemente, la besaba como un poseso y le manoseaba los pechos rebosante de pasión.

—¡Me estás violando, Shodancho! —chilló ella, tratando de escabullirse, pero él siguió embistiendo, siguió explorando y estrujando hasta el último rincón de su cuerpo—. ¡Maldito satán, diablo, cabrón! ¡Intenta violarme y tu lanza se partirá contra mi escudo de hierro! —añadió, mientras dejaba de resistirse para permitir que su marido la sobara en vano.

A partir de ese momento, Shodancho pudo moverse con más libertad y engañarse hasta creer que de verdad estaba haciendo el amor a su mujer. Por fin su arma arrojó semen contra la superficie de la plancha de metal que protegía la vagina de su esposa. El hombre se apartó y se derrumbó jadeante, con gotas de sudor decorándole todo el cuerpo. Se quedó completamente en silencio un momento mientras Alamanda se regodeaba en tanta insensatez, feliz por haber logrado su victoria y su venganza. Entonces, furioso, miró aquellas dichas bragas y sintió un dolor insoportable en las piernas provocado por tantas embestidas contra el hierro. Haciendo una mueca, se sentó en el borde de la cama y se puso a derramar las lágrimas lastimeras de un hombre patético y rechazado.

—Por muchas veces que te haga esto, nunca te quedarás preñada. ¡Tu coño

y tu vientre están malditos! —exclamó, antes de levantarse, vestirse y salir de la habitación de su mujer.

Alamanda se equivocaba al creer que Shodancho se rendiría y se sometería al castigo que le había preparado. Una mañana, cuando estaba en el baño tras cerrar meticulosamente con llave, completamente desnuda y con la ropa interior metálica colgada del borde de la bañera, algo se estrelló con una fuerza tremenda contra la puerta y Shodancho irrumpió por el boquete que quedó abierto. Alamanda no tuvo tiempo ni de hacer ademán de coger las bragas de hierro, porque su marido ya las había agarrado. Se puso a gritar como una tigresa herida, pero él se la echó al hombro del mismo modo que había cargado su cuerpo indefenso por la selva donde había luchado con su guerrilla. Cuando la sacó del baño, se revolvía y le aporreaba la espalda. Las dos criadas fueron testigos de la escena a hurtadillas, por una grieta de la puerta de la cocina, temblando de miedo.

Shodancho se llevó a su mujer al dormitorio, el que en su día había esperado que fuera para los dos, y la dejó caer encima de la cama antes de darse la vuelta para cerrar con llave.

—Maldito seas, Shodancho —exclamó Alamanda, de pie encima de la cama, mientras retrocedía hacia la pared—. ¡Cómo te atreves a violar a tu propia esposa!

Él no contestó; se limitó a desnudarse y contemplarla con el gesto de un perro en celo. Al verlo así, Alamanda se pegó contra la pared, pero él la atrapó en un abrir y cerrar de ojos, la tumbó con brusquedad y se lanzó encima de su cuerpo.

Pasó un minuto y otro y siguieron enzarzados en una batalla, la batalla de un hombre que necesitaba dar rienda suelta a sus apetitos y una mujer que arañaba y chillaba para protegerse de un amor que en modo alguno deseaba consumir. Alamanda apretó los muslos con fuerza, pero Shodancho se abrió

paso frente a aquella última defensa con una fornida rodilla y lo que debía suceder sucedió. El marido violó a su propia mujer hasta el final de la agotadora batalla, cuando ella se desmayó justo después de decir:

—¡Maldito seas, satán violador!

Él acabó con dos arañazos en la cara y ella, con un dolor tremendo en la entrepierna. No sabía cuánto tiempo había pasado inconsciente, pero, cuando recuperó el sentido, se encontró todavía allí tumbada, desnuda. Tenía las manos y los pies atados a las cuatro esquinas de la cama. Tiró de las cuerdas que la aprisionaban, pero estaban tan tensas que cualquier movimiento solo servía para que le dolieran cada vez más las muñecas y los tobillos.

—¿Qué has hecho, diablo violador? —preguntó con rabia al ver a Shodancho junto al lecho, completamente vestido—. Si lo que buscas es un agujero para meter la polla, todas las vacas y las cabras tienen uno.

—¡Ahora puedo acostarme contigo siempre que quiera! —replicó su marido, sonriendo por primera vez desde que había irrumpido en el baño para secuestrarla.

Al oír eso, Alamanda lanzó insultos y arrojó maldiciones, sin dejar de forcejear con las cuerdas, mientras su marido ya se alejaba.

Aquel mismo día, Shodancho encontró a un carpintero que arregló la puerta destrozada del baño y tiró las bragas de hierro al pozo. Con una mirada temible en los ojos, amenazó a las dos criadas para que nunca contaran a nadie lo que habían visto. Mientras, Alamanda fue debilitándose tras tantos esfuerzos por liberarse y rompió a llorar con gritos lastimeros. Shodancho volvió una y otra vez al dormitorio en el que la tenía cautiva para hacerle el amor como si fueran recién casados, aproximadamente cada dos horas y media, sin cansarse. Estaba encantado, como un niño con un juguete nuevo, y cuanto más se prolongaba la situación, menos sentido tenía la resistencia de Alamanda.

«Aunque me muriera —se decía, derrotada—, está claro que ese hombre seguiría follándose mi tumba.»

Y así, durante todo aquel día Alamanda estuvo atada encima de la cama, donde su marido la violó una y otra vez. Por la tarde, se presentó con un barreño de agua caliente y una manopla y acarició el cuerpo de su mujer con la misma delicadeza y el mismo cuidado que si estuviera manipulando un jarrón de cerámica frágil y caro. A continuación volvió a acostarse con ella, y luego la lavó otra vez, y así siguió durante un buen rato. El corazón de Alamanda no se ablandó con las delicadas atenciones de Shodancho; y, cuando le llevó algo de comer, cerró la boca apretando los dientes; y, cuando se la abrió a la fuerza y le metió una buena cantidad de arroz, lo escupió de inmediato y le salpicó toda la cara.

—Come, porque no disfrutaría si tuviera que hacer el amor con un cadáver —ordenó Shodancho.

—Pues aún disfruto yo mucho menos teniendo que hacer el amor con una criatura viva de tu calaña —espetó ella.

«Esto es una locura», pensó él mientras seguía engatusándola. Alamanda se negó a comer mientras no la desatara y le devolviera las bragas de hierro, pero él no tenía ninguna intención de atender esa petición. Para sentirse mejor, Shodancho se dijo que la determinación de su mujer debía alcanzar su límite en algún momento. Después de que la atormentaran los dolorosos retortijones del estómago vacío durante toda la noche, por la mañana seguramente estaría dispuesta a aceptar algo de comer.

Con esa idea en la cabeza, devolvió el plato de Alamanda a la cocina y comió él solo en la mesa. Al atardecer, se sentó en el porche a disfrutar de la brisa vespertina y de las tórtolas que les habían regalado con motivo de la boda. Los pajarillos daban saltitos dentro de las jaulas, que estaban colgadas del techo. También gozó de las lámparas radiantes y del cigarrillo de clavo



que chupaba con sumo placer, recordando aquella jornada victoriosa. Por fin sabía lo que era hacer el amor a su esposa, puesto que, si bien ya la había violado con anterioridad, había sido antes de casarse.

Por lo general, a esa hora se sentaba con ella en la terraza que daba a la calle. Mucha gente se había fijado en esa costumbre, de modo que al pasar y saludarlo con un «Buenas tardes, Shodancho» también le preguntaron dónde estaba la señora de la casa. Él les dio también las buenas tardes y les explicó que su mujer no se encontraba bien y se había acostado. Al decir eso, la echó de menos, de forma que, cuando aún le quedaban unas caladas al cigarrillo, lo tiró al jardín y entró a ver a Alamanda.

Se la encontró atada boca arriba, tal y como había estado todo el día, pero al parecer se había dormido. Solamente Dios sabe si en ese momento Shodancho se transformó, por un momento, en un buen marido, pero lo cierto es que la tapó con una colcha para protegerla del aire frío y los mosquitos, aunque al final resultó que no pudo pasar toda la noche sin volver a violarla, dos veces: primero a las once cuarenta y luego a las tres de la madrugada, antes de que cantara el primer gallo.

Llegó por fin la mañana y Shodancho reapareció en el dormitorio donde su mujer seguía despatarrada debajo de una colcha, con las manos y los pies aún atados a las cuatro esquinas de la cama. Para desayunar le llevó arroz con un huevo frito encima, unas rodajas de tomate a un lado y un vaso de leche con cacao. Ella se despertó y lo miró abatida, con una mezcla de asco y odio.

—Ven, deja que te dé la comida —pidió él cordial, y continuó con la sonrisa sincera de un marido a su mujer—: Hacer el amor siempre da hambre.

Alamanda le devolvió la sonrisa, pero no con el encanto habitual, sino con una mueca de repugnancia y desdén. Lo miró como si mirase al diablo personificado que se había imaginado desde niña. No tenía cuernos ni

colmillos y solo se le veían los ojos un poco rojos por no haber dormido lo suficiente, pero aun así estaba convencida de que su marido era el demonio.

—Aléjate de mí —le gritó.

—Vamos, cariño. Si no comes nada, te morirás —contestó él.

—Pues creo que sería lo mejor.

Y eso fue lo que empezó a suceder: por la tarde le subió la fiebre, se quedó pálida como un muerto y, debido a la temperatura en ascenso, se puso a tiritar. Shodancho no la violó ni una sola vez más aquel día, tal vez porque estaba exhausto o porque por fin se había quedado satisfecho, o quizá para mejorar su relación con ella y convencerla de que comiera algo. Y es que la muchacha había empezado a rechazarlo todo, no solo el arroz: ya ni siquiera bebía, y eso fue en última instancia lo que la enfermó y la hizo delirar, aunque no dejaba de soltar maldiciones.

Shodancho empezó a asustarse al ver que empeoraba y seguía intentando persuadirla para que comiera, aunque fuera un simple cuenco de gachas, pero ella siempre se negaba. Los temblores que había empezado a sufrir su cuerpo eran ya violentas sacudidas, como si estuviera con un pie en la tumba, pero ella lo sobrellevaba todo con una calma extraordinaria; parecía preparada para soportar incluso el final más horripilante. Él trató de bajarle la fiebre poniéndole una compresa fría en la frente. Una niebla vaporosa surgió del tejido húmedo, pero no pareció que la calentura remitiera.

Finalmente, Shodancho tomó la decisión de desatarla, pero, aunque ya era libre de levantarse y salir corriendo, Alamanda se quedó quieta en la misma postura. Tampoco opuso resistencia cuando su marido la vistió y la sacó del dormitorio. Ya no comprendía lo que sucedía, de modo que no preguntaba nada, sencillamente colgaba inerte de los hombros de Shodancho, que se apresuró a decirle, aunque ella era incapaz de oír nada:

—No quiero verte convertida en un cadáver, así que nos vamos al hospital.

Se imaginó que a su mujer solo le hacía falta una inyección de vitaminas y quizá una tisana, pero Alamanda acabó pasando dos semanas ingresada. Él se presentaba en la habitación a diario para decirle lo mucho que lamentaba haberla tratado así. Ella ya no parecía hostil. Aceptaba las gachas que las enfermeras le metían en la boca cucharada a cucharada, aunque seguía sin permitir que se las diera Shodancho, y asentía cuando él prometía que no volvería a hacerlo. Pero no se creía ni una palabra de su arrepentimiento.

Cuando se cumplieron catorce días, el médico pasó visita y anunció que iba a darle el alta. Shodancho lo abordó en el pasillo.

—Buenos días, Shodancho —saludó el médico con cordialidad.

—Buenos días, doctor.

El médico lo invitó a ir a la cafetería para hablar de Alamanda.

—¿Le pasa algo muy grave a mi mujer, doctor? —preguntó Shodancho mientras el otro pedía un almuerzo ligero.

El hombre no contestó y se limitó a negar con la cabeza hasta que le sirvieron la comida.

—Las enfermedades graves no existen, siempre que se sepa tratarlas adecuadamente —aseguró entonces.

Y empezó a comer, como para crear tensión, mientras Shodancho esperaba pacientemente. Encendió un cigarrillo, ya que la cafetería era el único lugar de todo el hospital en el que podía fumar, sin dejar de preocuparse por Alamanda, sin dejar de preocuparse por si todo era culpa suya, como había pensado desde el primer día, cuando el médico había diagnosticado deshidratación y una úlcera, y había afirmado que la paciente mostraba síntomas del tifus. Luego había añadido que no había que preocuparse, que Alamanda solo necesitaba descansar, comer gachas siempre sin aderezos, evitar todos los alimentos ácidos, beber muchos líquidos y tomar antibióticos, y así las bacterias que había en su cuerpo morirían por sí solas en menos de

dos semanas. Sin embargo, aunque le había dicho que no se preocupara, Shodancho seguía preocupándose, consciente de que le resultaría imposible soportar que Alamanda muriera y lo dejara solo, aunque sabía que nunca lo había querido ni lo querría.

—Bueno, si le doy una buena noticia, ¿me paga usted el almuerzo, Shodancho? —preguntó entonces el médico, en cuanto acabó de comer.

—Dígame, doctor, ¿qué le pasa a mi mujer?

—Tengo bastante experiencia con este tipo de diagnóstico, así que preste atención: ¡va a tener un hijo, Shodancho! Su mujer está embarazada.

El hombre se quedó en silencio un momento. «La pregunta es: ¿quién la ha dejado embarazada?», pensó, pero, por supuesto, no dijo eso, sino:

—¿De cuántos meses?

No parecía nada contento, tenía la cara blanca como el papel y le temblaban las manos encima de la mesa. Se le pasaron imágenes desagradables por la cabeza a toda velocidad: se imaginó a Alamanda manteniendo relaciones sexuales a hurtadillas con quien le venía en gana, con un antiguo novio o con un nuevo pretendiente, como venganza por haberse visto condenada a casarse con un hombre al que no amaba.

—¿Qué, Shodancho?

—¿De cuántos meses está embarazada mi mujer, doctor?

—De dos semanas.

Shodancho se desplomó contra el respaldo de la silla y soltó un largo suspiro. Estaba muy aliviado. Sacó un pañuelo y se secó las gotas de sudor que resplandecían en su frente. Permaneció unos instantes en silencio y luego empezó a sonreír; a continuación fue embargándolo la alegría y por fin contestó:

—Le pago yo el almuerzo, doctor.

Así que iba a tener un hijo, lo que demostraría que los chismes que decían

que nunca había hecho el amor a su mujer, que era impotente o que lo habían castrado eran completamente falsos. Fueron los dos a ver a Alamanda, que ya tenía otra cara y fuerzas suficientes para irse a casa. El médico le había dicho que podía comer algo más que sustancioso que gachas de arroz, lo que le apeteciera, y poco a poco iba mejorando su aspecto. Había empezado incluso a moverse un poco, aunque sin levantarse de la cama.

Cuando el médico los dejó solos para ir a gestionar el alta, Shodancho dijo a su mujer:

—Te has recuperado, cariño.

—Supongo que ya estoy lo bastante sana para excitarte otra vez —replicó ella sin expresión.

Sin dejar que la dureza de su corazón lo desanimara, él se sentó en el borde de la cama y apoyó una mano en la pierna de su mujer, que permanecía inmóvil, mirando al techo.

—El doctor me ha dicho que vamos a tener un hijo. Estás embarazada, cariño —anunció, deseoso de compartir su felicidad.

Pero Alamanda lo sorprendió al contestar:

—Ya lo sé, y pienso abortar.

—¡No, cariño! —suplicó su marido—. Tenlo y te juro que jamás volveré a hacerte nada parecido.

—De acuerdo, Shodancho —accedió Alamanda—, pero si en algún momento te atreves siquiera a tocarme, no dudaré en matarlo.

A ella, la velocidad con la que Shodancho retiró la mano de la pierna le dio ganas de echarse a reír. Él le reiteró la promesa de no volver a abusar de ella en modo alguno, aunque no llevara las bragas de hierro. Y así sucedió: Alamanda se olvidó de la prenda metálica, no solo porque él la hubiera tirado al pozo, sino también porque estaba segura de que no incumpliría su palabra. Para un hombre con un amor propio como el suyo, tener un hijo era más

importante que cualquier otra cosa, y Alamanda aseguró que, aunque estuviera embarazada de siete u ocho meses, o incluso nueve, abortaría si Shodancho la obligaba a satisfacer sus viles apetitos, le daba igual que le fuera la vida en ello. Debía quedar claro que no dejaba de llevar las bragas de hierro por haber cambiado de opinión. Ya había jurado que jamás lo amaría, de forma que nunca se entregaría a él. Y sabe Dios que no lo amaba de ninguna de las maneras.

Los amigos y familiares de la pareja celebraron con alegría la vuelta a casa de Alamanda, y en cuanto la noticia de su embarazo hubo alcanzado los rincones más remotos de Halimunda, Shodancho organizó una pequeña ceremonia de agradecimiento. Los ciudadanos hablaban del asunto en todas las cantinas como si esperasen el nacimiento de un príncipe heredero, casi todos con mucha emoción, excepto Kliwon y sus amigos pescadores.

—Es una puta —llegó a exclamar su antiguo novio con brusquedad. Sus compañeros se sorprendieron al oírle decir una cosa así de la mujer que había amado con tanta pasión, pero él añadió tranquilamente—: Una puta hace el amor por dinero, así que ¿qué otra cosa puede decirse de una mujer que se casa por dinero y por posición social? Es más que una puta, es la reina de las putas.

En su voz no había amargura, hablaba como si estuviera expresando, sencillamente, algo bien sabido. Y si existía en su corazón cierta amargura hacia aquella familia, en especial hacia Shodancho, no se debía tanto a que le hubieran arrebatado a su novia sin miramientos. Era todo un hombre y como tal siempre estaba preparado para que la mujer que amaba lo abandonara. Lo que provocaba en realidad el rencor hacia Shodancho eran sus dos pesqueros gigantescos. Esos dos barcos habían cambiado el panorama de la costa de Halimunda. Salían a faenar y echaban sus redes al agua. Los marineros iban de un lado a otro de la cubierta y los culis llevaban la pesca al mercado. Los

dos barcos también habían cambiado los rostros de los pescadores, preocupados porque cada vez había menos peces. No podían competir con el equipo de recién llegados y, aunque sí pescaban algo, los precios habían bajado debido a la saturación del mercado provocada por la nueva situación.

Fue entonces cuando Kliwon, a instancias del Partido Comunista, decidió fundar un Sindicato de Pescadores y empezó a explicar a sus amigos lo que estaba sucediendo con los pesqueros y con sus barcas:

—Esto es algo más que una competencia; nos han robado el pescado.

A muchos de ellos les parecía que podía contraatacar quemando los barcos, pero el compañero Kliwon, como lo llamaba ya todo el mundo, trató de tranquilizarlos y aseguró que no podía haber nada peor que un acto anarquista.

—Dadme tiempo para hablar con Shodancho, que es el propietario de esos pesqueros —pidió.

Eligió el momento en que la noticia del embarazo de Alamanda era ya un secreto a voces en toda la ciudad. Tenía la esperanza de que, al estar de buen humor, Shodancho se dejara convencer para negociar el asunto de la pesca. Se reunió con él una tarde en su despacho del distrito militar, pues prefería no ir a su casa para no ver a Alamanda ni alterar en modo alguno la felicidad de la pareja ante la llegada de su primer hijo.

—Buenas tardes, Shodancho —saludó el compañero Kliwon cuando se vieron y se dieron la mano.

Su anfitrión le sirvió un café. En efecto, parecía muy feliz e hizo gala de una cordialidad fuera de lo común.

—Buenas tardes, compañero. Me he enterado de que eres el cabecilla del Sindicato de Pescadores y de que los pescadores se quejan de mis barcos.

—Sí, es cierto, Shodancho.

El compañero Kliwon le contó que los pescadores protestaban por la

escasez de pescado y por la bajada de los precios. Shodancho le habló del progreso de una nueva era, de que el empleo de barcos grandes era inevitable. Era la única forma de que los hombres no sufrieran la lacra del reumatismo al envejecer. La única forma de que las mujeres de los pescadores tuvieran la garantía de que el mar tempestuoso no se tragaría a sus maridos. La única forma de poder pescar más y así satisfacer las necesidades de todo el mundo, no solo las de quienes vivían allí en Halimunda.

—Durante años, Shodancho, hemos pescado únicamente lo que necesitábamos para el consumo diario y para tener pequeñas reservas cuando llegara un gran temporal. Y durante años hemos sobrevivido; nunca hemos sido ricos, pero tampoco pobres. Ahora estáis abocando a los hombres a una pobreza sin esperanza; tus barcos y tú habéis robado su pesca habitual, y cuando consiguen coger algo, ya no tiene ningún valor en el mercado, así que se ven obligados a salarlo para su propio consumo.

—Me da la impresión de que se os olvidó hacer el ritual de arrojar una cabeza de vaca y por eso la reina del mar del Sur ya no comparte su pescado con vosotros —replicó Shodancho, riendo entre dientes, y siguió bebiéndose el café y fumándose un cigarrillo de clavo.

—¡Es cierto, Shodancho, no cumplimos con el ritual porque ya no tenemos dinero ni para comprar una vaca! No provoques a esta pobre gente, porque nadie puede ganar si se enfrenta a un hombre dominado por la furia y el hambre.

—Me estás amenazando, compañero —contestó Shodancho sin dejar de reír—. Muy bien, de acuerdo, ya pago yo una ceremonia marítima en la que arrojaremos una cabeza de vaca para la muy tacaña de la reina, en señal de gratitud por el próximo nacimiento de mi primer hijo. Pero para el asunto de los pescadores solo veo una solución: añadir otro barco y permitir que trabajen en él tus hombres, con un sueldo y la garantía de que no enfermarán



de reumatismo ni los amenazarán los temporales. ¿Qué te parece, compañero?

—Sería mejor que actuaras con sensatez, Shodancho.

Dicho eso, el compañero Kliwon se despidió de inmediato de aquel individuo que solo quería dar rodeos y no mostraba ninguna intención de retirar sus barcos.

El nuevo pesquero llegó, en efecto, cuando Alamanda ya estaba de siete meses, pero ninguno de los pescadores quiso asistir a la ceremonia de lanzamiento de la cabeza de vaca que celebraron unos pocos hombres de Shodancho. El compañero Kliwon se cabreó e informó a Shodancho de que ya no podía garantizar la protección de sus barcos frente a la furia de los pescadores, pero este respondió tranquilamente que no debían precipitarse. No parecía demasiado preocupado por el asunto, ya que después de aquello no se reunió con nadie y se quedó en su casa a esperar la llegada de su primer hijo, que iba a ser su gran orgullo, su futuro, y por él trabajaría menos para poder pasar las tardes juntos en cuanto naciera. Incluso lo llevaría al colegio cuando fuera un poco mayor y le daría todo lo que pidiera.

Por ese motivo, no prestó ninguna atención a la huelga de los trabajadores de sus barcos, que en su mayoría eran pescadores de los pueblos de la costa. Los hombres recibieron los golpes propinados por todo un ejército de policías y soldados del distrito militar, pero no cedieron. Sin consultar a Shodancho, los capitanes los despidieron uno por uno y los sustituyeron por otros que estaban dispuestos a cumplir lo estipulado en su contrato. El Sindicato de Pescadores había logrado meter a un par de sus miembros a bordo, pero también acabaron de patitas en la calle.

Aquello provocó la ira generalizada de los pescadores, que, derrotados, se plantearon en serio quemar los barcos, si bien una vez más el compañero Kliwon hizo lo que pudo para pararles los pies y prometió ir a hablar con

Shodancho. Esa vez no le quedó más remedio que acudir a su casa, ya que, al parecer, en aquellos dos últimos meses de embarazo de su mujer apenas pisaba su despacho. Así pues, quisiera o no, daba la impresión de que iba a tener que ver a Alamanda.

Y así fue, porque fue precisamente ella la que le abrió la puerta, andando a pasitos cortos por el peso de su vientre, hinchado bajo el vestido blanco de estampado de flores que llevaba por casa. Por un momento, se miraron con creciente anhelo, unidos por el mismo deseo reprimido de abalanzarse el uno sobre el otro para abrazarse, besarse y llorar juntos por su sufrimiento. Ni siquiera sonrieron o se saludaron, se quedaron allí plantados mirándose a los ojos. El compañero Kliwon se asombró de que Alamanda estuviera aún más radiante debido al embarazo y se sintió como si contemplara a una de esas sirenas bellísimas sobre las que los pescadores contaban historias, o a la reina del mar del Sur, fascinante y embaucadora.

Clavó los ojos en el vientre de Alamanda como si viera el niño de su interior. Ella estaba incómoda, pensando que él se imaginaría que la criatura acurrucada en su interior tendría que haber sido suya. Quiso pedirle perdón por todo, decirle que aún lo amaba pero un destino nefasto los había desgarrado. «Quizá algún día, cuando enviude, podré casarme contigo», quiso decirle, pero al parecer él no pensaba en absoluto lo mismo, porque entonces dijo:

—Tu vientre es como una olla vacía.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Alamanda, mientras el deseo de contarle todo lo que pensaba se esfumaba con rapidez.

—Ahí dentro no hay ni una niña ni un niño, está lleno de aire y nada más, como una olla vacía.

Alamanda se molestó, se ofendió, al entender aquella observación como el insulto de un hombre abandonado. Se dio cuenta de que, cuanto más tiempo

pasara delante de él, más palabras hirientes oiría, de forma que, sin replicar, dio media vuelta y estuvo a punto de chocar con Shodancho, que acababa de aparecer en el umbral y estaba igual de sorprendido por las palabras del compañero Kliwon. Alamanda desapareció en el interior de la casa y los dos hombres se acomodaron en las sillas del porche, donde el matrimonio solía sentarse al atardecer.

A diferencia de Alamanda, Shodancho se tomó muy en serio lo que había salido de la boca del visitante y se preocupó tanto que volvió a preguntarle qué había querido decir con lo de la olla vacía. Como en su respuesta anterior, el compañero Kliwon afirmó que el vientre de Alamanda era como una olla vacía, que dentro no había ni una niña ni un niño, allí dentro no había nada más que aire y viento.

—Eso es imposible, el médico ya ha confirmado que mi mujer está embarazada. ¡Tú mismo le has visto el vientre! —protestó Shodancho muy inquieto.

—Sí, le he visto el vientre —contestó el compañero Kliwon—. Puede que lo mío no sea más que el desquite de un hombre celoso.

Hacía mucho tiempo, se había armado un gran alboroto entre los habitantes de Halimunda cuando se descubrió un recién nacido en las basuras. El niño seguía con vida, a pesar de que los perros lo habían arrastrado de un lado a otro, por lo que la gente se dio cuenta de que de mayor sería muy fuerte. Durante días, trataron de dar con su madre, pero no apareció, y nadie tenía ni idea de quién podía ser el padre.

Cuidó del bebé una solterona llamada Makojah, la vieja más odiada de la ciudad, pero también la que todo el mundo más necesitaba. Se ganaba la vida prestando dinero, porque era lo único que podía hacer. No podía dedicarse a la agricultura, porque nadie quería venderle un terreno y lo único que poseía era la parcelita heredada en la que vivía, y no podía trabajar por cuenta ajena porque nadie quería darle trabajo. Tampoco consiguió marido mientras vivió, pese a que se declaró a unos dieciséis hombres. Llevaba una existencia solitaria y cargada de tristeza, pero se vengaba fingiendo ser generosa y prestando dinero a los vecinos que habían quedado sumidos en la pobreza, para luego asfixiarlos con intereses desorbitados.

Conviene repetir que todo el mundo la odiaba, en especial los que vivían con el agua al cuello, por todo lo que le debían y nunca acababan de pagar. Los ciudadanos de Halimunda la esquivaban, la rehuían y la consideraban peor que una hija del diablo, pero cuando las cosas iban mal dadas y habían agotado todas las demás vías, llamaban a su puerta, pues sabían que al otro

lado había una ayuda pasajera. Makojah era consciente de que aquellas reverencias tan formales eran una farsa, y de que las sonrisas de pega ocultaban sus verdaderas intenciones, pero le daba igual: todo aquello formaba parte de su quehacer.

A veces la gente se preguntaba adónde iba a parar todo el dinero que cobraba, porque no parecía que se enriqueciera. Su casa estaba igual que siempre, excepción hecha de alguna mano de pintura o algún arreglillo. No vivía por todo lo alto, no tenía ningún pariente y nadie la veía ir al banco a ingresar el dinero que les sacaba, de modo que empezaron a imaginarse que la vieja solterona lo escondía debajo del colchón. Así, una noche, cuatro enmascarados se metieron en su casa a hurtadillas para robar. Los vecinos, que estaban al tanto, lo vieron todo parapetados tras las cortinas. Makojah los contempló con calma mientras registraban hasta el último rincón. Mirasen donde mirasen, los ladrones no encontraban el dinero: no había nada debajo del colchón, nada en la cocina y nada en la jarra del agua. En el ropero únicamente tenía ropa, y dentro del armario de la cocina solo había un plato de arroz y un cuenco de sopa de zanahorias. Los cuatro enmascarados tiraron la toalla y abordaron a Makojah, que no se había movido de la puerta de su habitación.

—¿Dónde tiene el dinero? —preguntó uno de ellos, enfadado.

—Os lo doy encantada —contestó ella con una sonrisa—, con un cuarenta por ciento de intereses, si me lo devolvéis hasta la última moneda antes de que acabe la semana.

Se marcharon sin decir una palabra más.

Nadie volvió a intentar robarle nada, y menos desde que acogió al recién nacido. Makojah cuidó del pequeñín sobre todo porque siempre había soñado con tener un hijo, pero también porque nadie más estaba dispuesto a rescatarlo de las basuras. Y así el niño creció con ella. Makojah le puso un

buen nombre, Bima, en honor al príncipe fuerte del *Mahabharata*, pero la gente lo llamaba «el Idiota» por lo pesado y lo molesto que era, y con el tiempo todo el mundo se olvidó de que su verdadero nombre era Bima, incluida su madre adoptiva, hasta que él mismo también lo olvidó y se le quedó «Edi el Idiota».

Se daba por hecho que sobre el crío pesaba una maldición que se haría evidente al poco tiempo, porque la solterona traía mala suerte: su madre había muerto al nacer ella y luego, a los cinco años, también había muerto su padre por la picadura de un escorpión que se había colado en la cocina. A partir de entonces la había cuidado una tía viuda sin hijos que se había ido a vivir con ella. Cuando la niña tenía siete años, la vieja tía también había fallecido al caerle un coco en la cabeza. De todos modos, como su padre tenía una tienda de empeños, Makojah había recibido una herencia más que suficiente que le había bastado para contratar a una criada que se ocupara de sus necesidades cotidianas, pero a su vez la criada también había pasado a mejor vida, víctima de una fiebre intermitente, cuando su ama tenía doce años. A partir de entonces, ya nadie había querido vivir con ella; se creía que tenía mal fario.

Lo cierto era que, de joven, había sido bastante guapa. Muchos hombres se habían enamorado de ella en secreto, pero, como sabían que todo el que había convivido con ella había muerto, habían preferido casarse con otras chicas que no eran tan atractivas pero con las que pretendían pasar muchos años después del día de su boda. Nadie sabía de dónde salía toda aquella mala suerte, pero nadie consideraba que todas esas muertes fueran meras coincidencias: preferían una interpretación más agorera, y de hecho no la tocó un solo hombre hasta el día en que se fue al otro barrio.

Edi el Idiota creció bajo su ala sin ningún indicio de la maldición. La única mala suerte que tenía era que los demás niños no querían jugar con él, pues se habían contagiado del prejuicio contra la familia. Los pequeños rehuían a Edi

el Idiota del mismo modo que sus padres rehuían a Makojah, salvo cuando necesitaban su dinero. Por ello, se volvió impulsivo y difícil y se dedicó a meterse con los demás. Tenía berrinches siempre que no se salía con la suya. Regañaba a la gente ante el menor desaire, lo que provocó que sus compañeros se alejaran aún más de él.

Trataba de hacer amigos sembrando el miedo por ser el chico más fuerte de Halimunda.

Sin embargo, al final encontró amigos de verdad entre los demás parias del colegio. Se fijó en que dos niños tullidos eran el blanco de las burlas de la mayoría. Vio que se metían con un chico que pasaba hambre y estaba en los huesos y que hacían el vacío a otro porque sus padres eran un culi y una carterista. Edi el Idiota empezó a defenderlos siempre: aparecía cuando veía que los intimidaban y atacaba sin piedad a sus torturadores. Se convirtió en su protector y el grupo formó una amistad tan íntima que los escolares se dividieron en dos grupos: los buenos chicos y los delincuentes encabezados por Edi el Idiota.

Empezaron a convertirse en los enemigos públicos de la ciudad. A diferencia de sus compañeros, que provocaban el caos a pequeña escala, Edi el Idiota no dudaba en llevarse todas las gallinas de un corral para organizar un festín en la playa. Cuando apenas tenía once años, ya había robado una taberna, donde había herido al dueño y había cogido botellas y más botellas de *arak* y cerveza para luego emborracharse con sus amigos en un campo de cacao. También habían empezado a probar casi todas las prostitutas de Halimunda. Y habían tenido el singular honor de conocer el interior de una cárcel a tan tierna edad. En esas situaciones, Makojah los rescataba sobornando a la policía, pero sin molestarse lo más mínimo por ninguno de los actos de Edi el Idiota. Al contrario, la solterona estaba muy orgullosa de él.

—Va a hacer daño a los habitantes de esta ciudad —dijo en una ocasión a los policías que custodiaban a su hijo adoptivo—, igual que ellos me lo han hecho a mí durante tantos años.

Y era cierto. Cuando los padres amenazaron con sacar a sus hijos del colegio si no echaban a Edi el Idiota, el director, incapaz de oponer resistencia, acabó expulsándolo, pero luego, una mañana, se encontró todas las ventanas y la puerta destrozadas, todas las patas de mesas y sillas rotas y el poste de la bandera derribado.

Así fue como Edi, a sus doce añitos, se echó a la calle sin que nadie le parara los pies. Entraba en las tiendas y pedía dinero al dueño, y si no se lo daba, el escaparate acababa hecho añicos. Iba de putas y no pagaba, o se metía en el cine a ver una película sin comprar entrada, y si a alguien le parecía mal, se peleaba con él. Ganaba siempre.

Para controlarlo, algunos tenderos acabaron contratando a un *preman* con el que Edi el Idiota se enfrentó a muerte. Volvieron a meterlo entre rejas, pero organizó un motín carcelario en el que los presos destruyeron las celdas y apalearon a los guardias, y enseguida lo soltaron. Al volver a la calle, mató a dos o tres personas más que trataron de plantarle cara, pero la policía ya no tenía interés en detenerlo.

Finalmente se instaló en un rincón de la estación de autobuses donde una mecedora de caoba que habían dejado los japoneses le hacía las veces de trono. Fue reuniendo seguidores uno a uno. A algunos se los ganaba al derrotarlos en una pelea, pero la mayoría llegaba por voluntad propia. Cobraban un «impuesto» a los tenderos, a todos los autobuses que entraban en la estación e incluso a los que no entraban, a todos los puestos del mercado, a todas las barcas de pesca, a todos los burdeles y a las terrazas de los bares, a todas las fábricas de hielo y de aceite de coco, e incluso a todos los ciclotaxis y los coches de caballos.



Los pandilleros, que aparecían en cualquier momento para desvalijar y saquear, también se convirtieron en una seria amenaza para los jóvenes honrados, a los que arrebataban sus guitarras y, en innumerables emboscadas, obligaban a entregar los zapatos a medio paseo. Y mejor no pensar en cuántos paquetes de cigarrillos sustraían a lo largo de un día. Las protestas solo engendraban más peleas. Se hizo cada vez más evidente que no había forma de vencer a aquella banda, sobre todo si intervenían los puños del propio Edi el Idiota. Lo más irritante era la actitud de la policía, que se lo tomaba como poco más que una serie de travesuras infantiles.

—Acabará muriendo, seguro —dijo alguien, para animarse—, porque no hay que olvidar que vive con Makojah.

—Ya, pero la cuestión es cuándo.

Su muerte tardó tres años más en llegar. En realidad, Makojah falleció primero, una mañana, sin previo aviso, mientras se aliviaba en el baño de su casa. La encontró el propio Edi el Idiota. Al despertarse a las nueve y no encontrar el desayuno preparado como siempre, empezó a buscarla por todas partes, pero no conseguía encontrar a la solterona. Entonces le escamó ver la puerta del baño cerrada. Trató de abrirla. Estaba corrido el pestillo. La echó abajo y se la encontró aún sentada en la taza, desnuda, sin rastro alguno de fuerza vital.

—Mamá, ¿estás muerta? —preguntó.

Makojah no contestó.

Edi el Idiota le tocó la frente con la punta del dedo y su cuerpo cayó hacia atrás de inmediato.

Su muerte alegró a los ciudadanos: muchos le debían dinero. Ninguno de sus vecinos quiso ocuparse del cadáver, así que su hijo adoptivo se encargó personalmente de llevarlo a casa de Kamino el sepulturero. Por aquel entonces, Kamino todavía estaba soltero, puesto que no había ninguna mujer

dispuesta a vivir con él en pleno cementerio, de forma que los dos hombres tuvieron que preparar solos el cadáver de Makojah antes de que llegara un kiai que se apiadó de ellos y que ordenó lavarlo. Luego dijo los ritos fúnebres junto con el sepulturero mientras Edi el Idiota aguardaba incómodo. Y así, solo hubo tres personas presentes en el entierro de Makojah, la que todo el mundo conocía tan bien en Halimunda, la que siempre estaba más que dispuesta a ayudar a los demás.

La prestamista no había dejado a Edi el Idiota ninguna herencia, salvo la casa en la que había vivido todos aquellos años, con su jardín. Nadie sabía adónde había ido a parar todo el dinero que había ganado con los intereses de sus préstamos. En realidad, a Edi el Idiota el dinero no le importaba en absoluto, pero a sus conciudadanos sí, porque creían que les pertenecía por derecho. Por ello, la gente se dedicó durante años a buscar el tesoro de Makojah. Se decía que tenía una cámara subterránea, así que algunos trataron de excavar un túnel desde la casa de un vecino. No encontraron nada, pero uno de ellos murió por inhalación de emanaciones sulfurosas, así que lo tapiaron de inmediato.

La alegría de la gente no duró mucho. Creían que, con la muerte de la solterona, Edi el Idiota empezaría a portarse bien, o al menos se quitaría de en medio un par de meses en señal de duelo. Se equivocaban. En lugar de eso, se llevó a varias chicas a casa para acostarse con ellas, mientras sus padres las buscaban debajo de las piedras, hasta darse por vencidos. Exigía comida cada vez que veía una cocina abierta: se sentaba a la mesa y devoraba lo que se le pusiera por delante antes de que la propia cocinera pudiera probar lo que había preparado. Y a eso se sumaban los asesinatos y los asaltos a los autobuses.

Cuando Shodancho volvió de la selva con sus guerrilleros, muchos de los

habitantes de Halimunda esperaban que no se ocupara únicamente de los jabalíes, sino también de todos los *premanes*. Pero se negó.

—Son como la mierda —afirmó—: cuanto más la remueves, peor huele.

No añadió nada más, pero la gente lo entendió a la primera: si alguien se metía con Edi el Idiota y su banda, aún resultarían una molestia más grave para la ciudad.

Fue una etapa en la que muchos de los residentes en Halimunda se sentaban en el porche de su casa con cara de agotamiento.

—¿Qué hacéis? —preguntaba algún que otro visitante malicioso.

—Esperar a que pase el ataúd de Edi el Idiota —contestaban.

Sus plegarias no fueron atendidas. Y no porque Edi el Idiota no falleciera, sino porque no tuvo entierro ni ceremonia alguna. Murió en el mar y una pareja de tiburones devoró su cadáver.

Sí, ya dijimos que una mañana apareció un forastero, Maman Gendeng, que lo ahogó tras una pelea legendaria que duró siete días y siete noches. Al principio, nadie creía que aquel chiquillo tan duro de pelar estuviera realmente muerto, pero luego fue como despertar de una pesadilla: Edi el Idiota era mortal, como todo el mundo. La gente de Halimunda demostró un tremendo agradecimiento a aquel forastero, que enseguida fue aceptado como uno más.

Para celebrarlo, se organizó una gran fiesta. Ni siquiera la celebración de la independencia de Halimunda había sido nunca tan alegre. Hubo una feria nocturna que duró un mes, con un circo ambulante repleto de elefantes, tigres, leones, monos, serpientes, contorsionistas jovencitas y, por descontado, payasos enanos. En todos los rincones de la ciudad, la gente pudo disfrutar de espectáculos gratuitos de *sintren* y de baile en trance *kuda lumping*. Las parejas jóvenes salieron a disfrutar de sus noviazgos, sin miedo a que la banda de Edi el Idiota se metiera con ellas. Las gallinas volvían a

campar a sus anchas por los patios y las puertas de las cocinas dejaron de estar cerradas a cal y canto.

En consecuencia, cuando Maman Gendeng anunció que nadie más que él podía acostarse con la puta Dewi Ayu, los habitantes de Halimunda no se enfadaron demasiado, aunque, por descontado, aquello era una gran pérdida. Les pareció que era un homenaje bastante adecuado para el héroe que había matado a Edi el Idiota, el maldito hijo de Makojah.

Sin embargo, un mal día, en pleno calor tropical, Maman Gendeng se levantó de la mecedora de caoba que había heredado de Edi el Idiota y fue de la estación de autobuses a la tienda más cercana con un zumbido en los oídos, una especie de rugido. Pidió una caja entera de cerveza fría, por aquel dichoso calor, pero el tendero solo le dio una botella. Maman Gendeng se puso hecho una furia, hizo añicos el escaparate y se llevó la caja entera después de reprender al comerciante, que, según él, no había sido nada educado. Volvió a sentarse en la mecedora y mitigó la sensación abrasadora a base de cerveza requisada.

Aquel suceso provocó que todo el mundo se diera cuenta al instante de que, para los ciudadanos de Halimunda, no había cambiado nada. Edi el Idiota había muerto, pero otro sinvergüenza ocupaba su lugar. Se llamaba Maman Gendeng.

Tras el animado banquete de boda de Alamanda, Dewi Ayu había ordenado a los recién casados que se mudaran a su nueva casa. Seguía estando muy disgustada por los últimos acontecimientos y por cómo habían afectado a su primogénita. La había reprendido una y otra vez por su forma de tratar a los hombres, pero Alamanda había heredado la tozudez de algún familiar, a saber cuál, y le tocaba sufrir las consecuencias de sus actos.

Dewi Ayu jamás se había imaginado que daría a luz a unas hijas hermosas

pero alocadas que perseguirían a los hombres con el único fin de repudiarlos. Sin embargo, estaba al tanto del comportamiento de Alamanda desde el momento en que de jovencita había descubierto a los chicos, y ahora parecía que Adinda compartía el mal temperamento de su hermana. Hasta hacía poco había sido completamente inocente y había preferido quedarse en casa antes que callejear, pero, desde la repentina boda de Alamanda, cada vez desaparecía con mayor frecuencia. Y ahora no había más que verla, estaba siempre allí donde el Partido Comunista organizara una de sus escandalosas celebraciones. Y Adinda empezó también a perseguir al que había sido el novio de su hermana, el compañero Kliwon. Dewi Ayu no sabía qué se le había metido en la cabeza a su hija, pero sospechaba que quería utilizar a aquel hombre para vengarse de Alamanda. Estaba sumamente disgustada.

«Los hombres van detrás de mis partes íntimas —se dijo—, y yo he traído al mundo a chicas que van detrás de las partes íntimas de los hombres.»

Por todo ello, se preocupaba aún más por su hija menor, Maya Dewi, de doce años. Tenía miedo de que la niña fuera a imitar las infamias de sus dos hermanas. Por el momento, era una niña buena y obediente que no parecía en absoluto temeraria. Tenía las manos más ocupadas que cualquier otra persona de la casa y se desvivía para que todo fuera cómodo y agradable. Cogía rosas u orquídeas que colocaba en un jarrón de la sala de estar todas las mañanas. Quitaba todas las telarañas de los techos los domingos por la tarde. Sus maestros dejaban constancia de su buen comportamiento y la niña abría los libros de texto todas las tardes y terminaba los deberes antes de acostarse. Sin embargo, todo podía cambiar, como había sucedido con Adinda, y eso era lo que preocupaba tanto a Dewi Ayu.

—Casarse con alguien a quien no amas es mucho peor que ser puta —la aleccionaba.

Le parecía buena idea casar a Maya Dewi en cuanto fuera posible, antes de

que creciera y perdiera el norte. Llevaba años resolviendo sus problemas a base de pensar con rapidez: la primera idea que se le ocurría era siempre justo lo que hacía. No quería que Maya Dewi se encontrara con el mismo destino que había sufrido Alamanda y que podía sufrir Adinda, pero no sabía a quién emparejar con aquella niña de doce años, puesto que no estaba dispuesta a entregársela a cualquiera.

Quería hablarlo con su amante, Maman Gendeng. Un domingo, fueron los tres al parque. Pasaron allí todo el día, relajados, tomaron todos los tentempiés que les apetecieron, dieron de comer a los ciervos y jugaron en los columpios. Dewi Ayu veía a Maman Gendeng llevar a Maya Dewi de un lado a otro de la mano, señalar los pavos reales escondidos entre la maleza y tirar frutos secos a las pandillas de monos. Ni se molestó porque, al parecer, se hubieran olvidado de su presencia. Los vio acercarse al borde del acantilado y ponerse a contar las gaviotas que volaban por el cielo.

Una vez en casa, Maya Dewi salió con sus amigas del vecindario y por fin Dewi Ayu tuvo oportunidad de hablar con Maman Gendeng.

—¿Por qué no os casáis?

—¿Quiénes? —preguntó Maman Gendeng—. ¿Con quién quieres que me case?

—Con Maya Dewi.

—Estás loca —contestó Maman Gendeng—. Con quien quiero casarme es contigo.

Dewi Ayu le contó sus temores mientras se tomaban una limonada bien fría. Se habían sentado en el porche y el aire de la tarde era cálido. Oían el retumbar de las olas a lo lejos y el alboroto de los gorriones en el nido del tejado. Hacía ya muchos meses que eran amantes: ella, una prostituta, y él, el cliente que la disfrutaba en régimen de monopolio. Dewi Ayu insistía en que

tenía que casar a Maya Dewi y, como no había nadie más en su círculo, el único hombre indicado era Maman Gendeng.

—¿Intentas decirme que no quieres seguir acostándote conmigo?

—No me malinterpretes —respondió Dewi Ayu—. Podrás seguir yendo a verme a la casa de putas de Mamá Kalong como cualquier otro marido de Halimunda, si no te da demasiada vergüenza.

—Una cosa así tendría que meditarla bien, quizá durante muchos años —murmuró Maman Gendeng.

—¡Trata de pensar en los demás por una vez! Los hombres de Halimunda se están volviendo locos. Están casi medio muertos porque tienen prohibido tocar mi cuerpo por culpa de un matón como tú. Si me devuelves la libertad, serás su héroe. Y, a cambio, conseguirás a una chica que nunca te decepcionará, la hija menor de la puta más hermosa de la ciudad.

—Solo tiene doce años.

—Las perras se casan a los dos años y las gallinas, a los ocho meses.

—Pero ella no es ni una perra ni una gallina.

—Si piensas así es, sencillamente, porque no has ido a la escuela. Todos los seres humanos somos mamíferos, como los perros, y andamos sobre dos patas, como las gallinas.

Maman Gendeng ya conocía el carácter de aquella mujer, o al menos eso creía. Sabía que Dewi Ayu era incapaz de abandonar una idea por alocada que fuera. Bebió un sorbo de limonada y sintió un escalofrío, como si tuviera que cruzar un puente de solo siete pelos de ancho con todo el infierno desplegado a sus pies.

—Pero no sería un buen marido —protestó.

—Pues sé un mal marido si quieres, malísimo.

—Y no está claro que ella vaya a aceptar.

—Es una jovencita obediente —afirmó Dewi Ayu—. Hace caso de todo lo

que le digo y, sinceramente, no creo que vaya a costar que se case contigo.

—No pienso acostarme con una niña tan pequeña de ninguna de las maneras.

—Solo tendrías que esperar unos cinco años.

Era como si ya estuviera decidido. Aunque era un *preman* despiadado, Maman Gendeng se puso a temblar al imaginarse las habladurías que provocaría tal matrimonio. La gente diría que había violado a la niña y lo obligaban a casarse con ella.

—Cásate con ella por el amor que me tienes —pidió finalmente Dewi Ayu—, si no encuentras otro motivo.

Para Maman Gendeng, aquello fue como la sentencia de un juez. Le daba la impresión de tener una abeja zumbando dentro del cráneo y libélulas revoloteando en el estómago. Apuró la limonada, pero no consiguió expulsar a todas aquellas criaturas de las entrañas. Entonces tuvo la sensación de que le crecía un matorral silvestre en el pecho, con espinas que se clavaban por todas partes. Como un pelele, un perdedor, se derrumbó contra el respaldo de la silla con los ojos casi cerrados.

—¿Por qué has tenido que darme esta bofetada así, de repente? —preguntó.

—Te habría resultado igual de sorprendente en cualquier otro momento.

—Déjame dormir en algún sitio, quiero echarme un momento.

—Mi cama siempre está a tu disposición.

Maman Gendeng durmió a pierna suelta casi cuatro horas, roncando ligeramente. Era la única forma de sobrevivir a todas esas tonterías de las abejas, el matorral y las libélulas. Dewi Ayu dedicó la tarde a refrescarse en el baño y descansar en la sala de estar con un cigarrillo y un café, a esperar a que su amante se despertara. En un momento dado, apareció Maya Dewi y



dijo que quería darse un baño, pero su madre le pidió que aguardara y que se sentara con ella.

—Niña, te vas a casar muy pronto, como tu hermana Alamanda —anunció a continuación.

—Me han dicho que casarse es fácil —respondió Maya Dewi.

—Es muy cierto. Lo difícil es divorciarse.

Entonces salió Maman Gendeng del dormitorio con la tez pálida de un sonámbulo, y se sentó en una silla, reticente a mirar a la niña que estaba sentada delante de su madre.

—He tenido un sueño —aseguró, y ni Dewi Ayu ni Maya Dewi contestaron, porque esperaban a que continuara—. He soñado que me mordía una serpiente.

—Eso es un buen presagio —dijo Dewi Ayu—. Os casaréis pronto. Voy a ir a buscar un juez.

Y así fue como Maman Gendeng, que tendría unos treinta años, se casó con Maya Dewi, de doce, el mismo año en que Alamanda había desposado a Shodancho. Su boda, breve y sencilla, fue recibida con animados chismorreos por toda la ciudad: la gente quería saber lo que había sucedido «en realidad», pero al menos el matrimonio hizo muy felices a los hombres de Halimunda, puesto que podían volver a visitar a la madre de la novia en la casa de putas de Mamá Kalong.

Dewi Ayu dejó su casa y a sus dos criados a los recién casados, mientras que Adinda y ella se trasladaron a un complejo de casas abandonadas por los japoneses y recién renovadas. Aquello le gustaba porque los japoneses tenían bañeras grandes que casi parecían piscinas.

—Si tú también quieres casarte, dilo, Adinda —propuso un día.

—Huy, yo no tengo tanta prisa —contestó la joven—. Todavía queda mucho para el apocalipsis.

Antes de irse para siempre de aquella casa, Dewi Ayu preparó una lujosa estancia para el nuevo matrimonio donde flotaba en el aire el aroma del jazmín y las orquídeas. La nueva cama que había encargado, con el mejor colchón de toda Halimunda, equipado con la última tecnología en muelles, había llegado directamente de la tienda aquella misma tarde; la rodeaba una mosquitera rosa recogida con mucha elegancia. Las paredes del dormitorio estaban decoradas con flores de papel crep. Sin embargo, todo fue bastante inútil, porque la pareja no pasó junta su primera noche de casados.

En lugar de eso, Maya Dewi, que llevaba el pijama puesto, se puso a dar saltos en la cama con el desenfado de una criatura. Quería probar los muelles, como había hecho su madre hacía muchos años en el burdel de los japoneses. Cuando se cansó de admirar el colchón y la espléndida habitación, se tumbó, abrazó un almohadón y se puso a esperar a su flamante marido, Maman Gendeng, presa de una incomodidad indescriptible. El hombre no se subió a la cama, ni abrazó el cuerpo de su mujer y la poseyó sin clemencia, como tantos recién casados desconsiderados, sino que acercó una silla y se sentó a contemplar la carita de la niña con la mirada torturada de un hombre al ver morir a su amante. La belleza en miniatura de Maya Dewi era, en efecto, muy seductora. La melena negra resplandecía, desplegada debajo de su cuerpecillo sobre la almohada. Los ojos que devolvían su mirada eran claros e inocentes. La nariz, los labios y el conjunto en general eran maravillosos. Pero, claro, era todo aún diminuto, adorable. Tenía todavía las manos y las pantorrillas de una niña pequeña, y bajo el pijama los pechos aún no estaban desarrollados del todo. No podía bajo ningún concepto mantener relaciones sexuales con una criatura tan joven.

—¿Por qué te quedas ahí sin decir nada? —preguntó Maya Dewi.

—¿Y qué quieres que haga? —replicó Maman Gendeng con tono de protesta.

—No sé, al menos podrías contarme un cuento.

A Maman Gendeng no se le daba bien inventar cuentos, así que le contó el único que había oído en toda su vida: la historia de la princesa Rengganis.

—Si tenemos una hija, le pondremos Rengganis —propuso Maya Dewi.

—Es lo que estaba pensando yo.

Y así fueron pasando todas las noches de la misma forma: Maya Dewi se ponía el pijama y se acostaba primero, y luego llegaba Maman Gendeng con el mismo aire de confusión. Acercaba una silla y miraba a su mujer con la misma expresión abatida de siempre, y Maya Dewi le pedía un cuento. Siempre le contaba el mismo, casi palabra por palabra, el de la princesa Rengganis, la que se casó con un perro. No obstante, pasaban esas noches igual de felices que muchas parejas recién casadas y en sus rostros no había indicios de aburrimiento. Por lo general, Maya Dewi se dormía antes del final del cuento. Maman Gendeng la arropaba, cerraba la mosquitera, apagaba la luz y encendía la lamparilla. Después de mirar la carita apacible de la niña dormida, salía de la habitación, cerraba la puerta con cuidado y subía al primer piso para dormir en un cuarto vacío hasta que se hacía de día, cuando llegaba su mujer para despertarlo con un café bien caliente. Mientras, en su nuevo hogar, Dewi Ayu y Adinda se reían de esas ridiculeces.

Maman Gendeng se acostumbró a una nueva rutina. Por las mañanas, a primera hora, se bebía el café que le había preparado Maya Dewi. Media hora después, Mirah servía el desayuno y los dos se sentaban a la mesa como tantas familias felices. Al principio, aquello le resultaba un fastidio monumental, porque estaba acostumbrado a levantarse tarde, pero después de desayunar su mujer le permitía volver a la cama, y resultó que el sueño era aún más apacible con el estómago lleno. Maman Gendeng volvía a despertarse hacia las diez y se encontraba la ropa perfectamente planchada y dispuesta al lado de la cama. Se daba un baño, algo poco habitual en él hasta

entonces, y se vestía. Se le hacía raro verse en el espejo con una camisa de cuello abotonado y pantalones de pinzas con una pulcra raya planchada por toda la parte delantera. Aunque lo hacía solo por Maya Dewi, aceptaba ponerse esa ropa y, después de dar un beso en la frente a su mujer, ya en la puerta, se dirigía a su sitio de siempre en la estación de autobuses.

Al cabo de un tiempo, todo aquello dejó de ser un fastidio, si bien sus amigos de la estación no dejaron de observar con recelo su nueva conducta. Se pasaba el día con ganas de llegar a casa y echaba de menos a su mujer constantemente, de forma que ya no se quedaba hasta altas horas, sino que volvía apresuradamente en cuanto empezaba la tarde.

Una noche, cuando ya llevaban un mes casados, Maya Dewi le preguntó:  
—¿Puedo volver al colegio, por favor?

Aquella petición era sorprendente. Por supuesto, aún estaba en edad escolar y todas las niñas de doce años debían estar en el colegio de la mañana a la tarde, pero también estaba casada, y Maman Gendeng nunca había oído hablar de una mujer casada que se sentara en un pupitre. Aquello le dio que pensar, hasta que comprendió que su matrimonio no era todavía verdadero, como el de los demás. Todavía no se había acostado con su esposa ni tenía ganas de hacerlo. Quizá sería mejor que volviera al colegio.

Claro que había un problema. El colegio no permitía que se matricularan mujeres casadas por miedo a que fueran una mala influencia para las demás alumnas. Maman Gendeng se vio obligado a ir a ver al director y negociar con él para que Maya Dewi pudiera continuar sus estudios. La negociación acabó mal: aplastó al director contra la pared y derribó a puñetazos a los dos maestros que acudieron en su ayuda. Y muchos años después tendría que hacer exactamente lo mismo cuando el colegio se negó a aceptar a su hija, Rengganis la Hermosa.

Después de tan implacable intimidación, el colegio readmitió a su mujer.

Su matrimonio continuó con la misma tranquilidad del principio. Por las mañanas, como siempre, Maya Dewi despertaba a Maman Gendeng con un vaso de café de Lampung recién molido, aunque ya vestida con el uniforme escolar. Se sentaban a la mesa y desayunaban, mirando a los criados como un padre sin esposa y una niña sin madre. A las siete menos cuarto, Maya Dewi ya estaba lista, cartera en mano. Salía después de que Maman Gendeng le diera un beso en la frente y, mientras se dirigía al colegio, él volvía a acostarse.

Por la tarde, a la vuelta del colegio, su marido aún no estaba en casa, de modo que Maya Dewi lo ponía todo en orden con suma atención. Luego, cuando volvían a estar juntos después de cenar, la niña se sentaba a su escritorio y terminaba los deberes que le habían mandado los maestros. Maman Gendeng no podía ayudarla, solo hacerle compañía con toda la paciencia de un amante entregado. Aquel momento concluía hacia las nueve de la noche. Entonces llegaba la hora de acostarse, pero Maman Gendeng ya no le contaba el cuento de Rengganis la Hermosa, la que se casó con un perro. La niña se ponía el pijama y se metía en la cama, y él acudía a arroparla, correr las cortinas, apagar la luz y encender la lamparilla, para luego decir:

—Buenas noches.

—Buenas noches —contestaba Maya Dewi, antes de cerrar los ojos.

Seguían sin hacer el amor, aunque ya había transcurrido todo un año.

Una noche, Maman Gendeng fue a ver a Dewi Ayu en sus aposentos de la casa de putas de Mamá Kalong, como tantas veces con anterioridad. El único cliente ya se había marchado.

—¿Por qué has venido? —preguntó ella.

—No puedo reprimir el deseo.

—Estás casado.

—Mi mujer es tan adorable que no puedo hacerle daño. Es tan pura que no puedo tocarla. Quiero acostarme con mi suegra.

—Mi yerno está muy mal de la cabeza —dijo Dewi Ayu.

E hicieron el amor hasta el amanecer.

La extraña amistad entre Maman Gendeng y Shodancho iba a empezar en la mesa de cartas que había en el centro del mercado. Sería una amistad extraña porque, desde que Shodancho se había acostado con Dewi Ayu y Maman Gendeng había ido al cuartel militar, un rencor profundo y eterno había quedado plantado en el corazón de ambos. Y eso se había agravado por el hecho de que los hombres de Maman Gendeng siempre tenían problemas con los de Shodancho.

A los soldados no les gustaba pagar en la casa de putas, pero allí estaban los *premanes* para ocuparse de todo aquel que se acostara con las chicas sin retratarse. Lo cierto era que a los soldados tampoco les gustaba pagar en las terrazas de los bares ni en las tabernas: en realidad, los propietarios no le daban demasiada importancia, porque eran hombres que nunca bebían demasiado, pero los *premanes* prácticamente vivían en las terrazas y lo consideraban un agravio comparativo. Además, siempre había algún que otro *preman* al que los militares detenían por alguna tontería, como estar borracho y tirar piedras contra un escaparate, y luego le daban una buena paliza detrás del cuartel antes de soltarlo, completamente amoratado. Todo eso provocaba pequeñas refriegas entre los soldados de Shodancho y la banda de Maman Gendeng.

Hasta aquel momento esos problemas se habían resuelto con facilidad. Si los soldados cogían a un *preman* y lo molían a palos, la banda capturaba al primero de los de Shodancho que pasaba por allí y lo apaleaba en alguna plantación de cacao. Si detenían a un delincuente y lo metían en el calabozo,

Maman Gendeng iba a liberarlo con algo de dinero para sobornar a los soldados y cerrarles la boca. En medio de todas esas disputas estaba la policía, que, sin embargo, prefería quedarse quietecita en sus puestos y encogerse de hombros ante tanto alboroto.

Eran muchos los que tenían la esperanza de que Shodancho se ocupara de aquellos enemigos públicos con rapidez, pero, como en el caso de Edi el Idiota, eran ilusiones vanas, puesto que el héroe de Halimunda estaba ocupado con sus problemas familiares y las exigencias del Sindicato de Pescadores, y no tenía tiempo de pensar en Maman Gendeng y sus amigos. Y, así, su popularidad como héroe ciudadano cayó en picado; de hecho, la gente empezó incluso a desconfiar de él y a sospechar que los militares conspiraban con los *premanes* para provocar todo aquel caos, en especial teniendo en cuenta que tanto Shodancho como Maman Gendeng eran yernos de Dewi Ayu.

Así las cosas, se desencadenó un alboroto cuando, un día, un soldado del cuartel militar se peleó con uno de los gorilas del burdel de Mamá Kalong. La disputa empezó por una chica de pueblo que ambos querían beneficiarse. Salieron a la calle a pegarse y luego se presentaron sus amigos. La disputa privada se convirtió en una reyerta acalorada entre un grupo de soldados y una panda de matones.

Daba igual cómo hubiera empezado: al final, después de una hora de lucha encarnizada, habían derribado casi veinte árboles que daban sombra en la acera y habían destrozado varios escaparates. Había piedras y neumáticos viejos achicharrados en mitad de la calzada y dos coches volcados, y la comisaría estaba incendiada.

La gente, aterrada, se refugió en su casa. El altercado provocó que el *jalan Merdeka*, por lo general muy animado, quedara paralizado. A un lado de la calle, una banda de *premanes* montaba guardia con sables, katanas, lanzas,

barras de hierro, machetes, pedruscos y cócteles molotov. Tenían incluso granadas de mano y otras armas abandonadas por la guerrilla. Mientras, al otro lado, los soldados, no solo hombres de Shodancho sino también de todos los demás puestos militares de Halimunda, también montaban guardia armados hasta los dientes.

Aquel día todo quedó en el silencio más absoluto, como si la ciudad llevara años abandonada. Una tensa quietud se extendió por el territorio, junto con el miedo de que estallara una guerra civil en Halimunda cuando la guerra de la independencia había quedado atrás hacía ya mucho tiempo. Había una gran cantidad de ciudadanos hartos de los *premanes* que, en caso de conflicto, pensaban alinearse con los soldados. Sin embargo, otros muchos estaban cansados de los soldados, que siempre parecían tan engreídos, y si se declaraba la guerra, pensaban ayudar a los matones.

Y, al final, se matarían todos entre ellos, sin dejar títere con cabeza.

Después de comer, los estallidos de granadas y cócteles molotov y los disparos de pistolas silbaron entre las tiendas y las casas. Nadie sabía si ya habían matado a alguien. Inmerso en sus interminables conflictos domésticos, Shodancho tardó en enterarse de la gravedad de la situación, y cuando por fin estuvo al tanto, se enfadó porque una muchacha de pueblo pudiera provocar la destrucción del corazón de la ciudad. Decidió incomunicar a aquel maldito soldado durante siete días y siete noches sin comida ni bebida, sin importarle si moría. Pero lo primero era impedir la destrucción generalizada, así que se apresuró a enviar al hombre en el que más confiaba, Tino Sidiq, a hablar con Maman Gendeng para pedir un alto el fuego y redactar un tratado de paz.

Maman Gendeng, que todavía estaba disfrutando de la luna de miel de su peculiar matrimonio, también acababa de enterarse de la reyerta del *jalan Merdeka*, pero tampoco le interesaba demasiado. Le molestaba que la gente



siguiera interponiéndose en su intento de construir una vida feliz que compensara todos los años que había pasado vagabundeando, solo y sin rumbo. Estaba seguro de que la riña la había empezado algún soldado sin escrúpulos.

Sin embargo, la niña de doce años que era su esposa lo convenció de que debía ocuparse de aquel caos, y Maman Gendeng acabó saliendo a la calle, después de acordar con Tino Sidiq que se reuniría con Shodancho en un lugar neutral a medio camino entre la estación de autobuses y el cuartel militar. Ese lugar era el mercado.

Apartaron a los cuatro hombres —un vendedor de salazones, un ciclotaxista, un culi y el marido de una de las comerciantes de ropa— que estaban sentados en torno a una mesa de cartas en mitad del mercado, apostando con monedas que tintineaban de una esquina a otra del tablero. Los jugadores se hicieron a un lado y se quedaron a contemplar el espectáculo desde el puesto de la pollera. Entonces apareció por fin Shodancho. Todas las actividades del mercado se detuvieron en seco a medida que los comerciantes y los clientes fueron quedándose paralizados, a la espera de que aquellos dos individuos decidieran si iba a estallar una guerra civil aquella tarde o si se posponía unos años o incluso unos siglos.

Shodancho afirmó que los *premanes* debían retirarse de inmediato y entregar todas las armas, puesto que solo los militares tenían derecho a ir armados. Por su parte, Maman Gendeng aseguró que eso era imposible, ya que los soldados utilizaban sus armas con impunidad.

—Ay, querido amigo, no vamos a resolver este problema riñendo como chiquillos —dijo Shodancho, para luego añadir—: Muy bien, pues, de momento no habrá desarme, pero ordena a tus hombres que despejen las calles y diles que no puede haber más saqueos ni más escaparates rotos.

—Ay, querido Shodancho —respondió Maman Gendeng—, en ese caso

estarás de acuerdo, sin duda, en que no puede haber más disputas por parte de soldados armados sobre jovencitas de pueblo ni sobre nadie más. Y en que, como cualquier otro hombre de esta ciudad, los militares van a tener que pagar en todas sus visitas a la casa de putas, y también en las terrazas de los bares cada vez que beban, y al conductor del autobús siempre que suban. Se acabó eso de ser niños mimados.

Shodancho tomó aire con ganas y se quejó de que el gobierno no pagaba lo suficiente a los soldados, y de que el general, en la capital, se quedaba con la mayor parte de lo obtenido con sus negocios con las fuerzas militares y municipales.

—Así pues, amigo mío, voy a hacerte una oferta que al principio quizá no parezca demasiado atractiva, pero que nos ayudará a encontrar una solución para este complejo problema —dijo por fin.

—Habla, te lo ruego.

—Quizá, querido amigo —empezó Shodancho—, podría acordarse que tus matones y tus gorilas entregaran una parte de lo que ganáis a los soldados, para que pudieran pagar a las putas y emborracharse como se merecen.

Maman Gendeng reflexionó un momento y no vio inconveniente en recortar un poquito lo que se embolsaban sus secuaces, con la promesa de que los soldados no se metieran con los *premanes* pasara lo que pasara, y todos acordaran vivir en una paz beneficiosa para ambos bandos.

Así se alcanzó un pacto, tras unos susurros que no entendió nadie en todo el mercado, con la gente de espectadora, muerta de curiosidad. Maman Gendeng y Shodancho enviaron a sus hombres de confianza a difundir la noticia de que a las cuatro empezaría el alto el fuego. Los soldados debían regresar a sus puestos y los *premanes* volverían a su lugar habitual. Maman Gendeng y Shodancho se quedaron solos en el centro del mercado,

respirando aliviados los dos, como si acabaran de liberarlos de las fauces de un tigre, y se recostaron en la silla hasta que el segundo preguntó:

—¿Sabes jugar al triunfo?

—Suelo jugar con mis amigos en la estación de autobuses —contestó Maman Gendeng.

Invitaron al vendedor de salazones y al culi a jugar con ellos, y ese fue el principio de su extraña amistad ante una mesa de cartas. Muchos asuntos que afectaban a los soldados y a los *premanes* los resolvieron allí tranquilamente los dos. Iniciaron una nueva rutina de encontrarse en la misma mesa de juego tres veces por semana. No era ningún secreto que siempre trataban de hacer trampas y que siempre querían ganar, pero el coste no era excesivo; apenas había unas monedas de diferencia si ganaban o perdían. Unas veces jugaban con el marido de una de las comerciantes de ropa y otras, con vendedores ambulantes de medicamentos, culis, ciclotaxistas, carniceros, vendedores de salazones o correos, cualquiera que encontraran por el mercado que conociera las reglas del triunfo.

Eso sí, cuando Shodancho se sentaba a la mesa siempre andaba por allí Maman Gendeng, y viceversa. Era una extraña amistad, vale la pena repetirlo, porque en el fondo no se soportaban. Maman Gendeng aún guardaba rencor a Shodancho por el descarado de haberse follado a la puta que amaba, y Shodancho aún guardaba rencor al insolente que se sentaba delante de él por atreverse a amenazarlo en su propio despacho sin importarle un comino que se tratara del jefe del distrito militar, nombrado comandante en jefe por el presidente de la república.

Su amistad aturdía a sus conciudadanos. Daban las gracias por la fácil resolución de todos los problemas de Halimunda en la mesa de juego, pero también se cabrearon cuando por fin comprendieron que existía una astuta conspiración entre soldados y *premanes* para disfrutar del dinero arrebatado a

la gente. Y de paso se dieron también cuenta de que ya no les quedaba nadie a quien elevar sus quejas. Y no crean que podían pedir ayuda a la policía, porque los agentes se limitaban a hacer sonar el silbato en los cruces concurridos.

Únicamente podían acudir al Partido Comunista, y se dirigieron, sobre todo, al compañero Kliwon. Por aquel entonces, tanto el uno como el otro, el Partido Comunista y el compañero Kliwon, disfrutaban de la mejor reputación de Halimunda.

Mientras, la amistad entre Shodancho y Maman Gendeng seguía adelante. Con el paso del tiempo, dejaron de tratar en la mesa de las cartas únicamente disputas entre soldados y *premanes* o la forma más justa de compartir el botín: el primero de ellos también empezó a lamentarse de sus problemas como quien desnuda su alma con un viejo amigo. De eso solían hablar después de terminar la partida de cartas y de que los comerciantes del mercado empezaran a cerrar las puertas de sus puestos y a marcharse a casa. A veces también hablaban del compañero Kliwon. Shodancho aún estaba convencido de que en el fondo no era comunista y solo quería vengar a su amada Alamanda. Maman Gendeng se rio al oír aquel drama, si bien, en realidad, ya estaba al tanto de todo, y opinó que robarle la novia a otro era feo. Por eso se había molestado tanto al enterarse de que Shodancho se había acostado con Dewi Ayu. Ante esas palabras, este se ruborizó y se le llenaron los ojos de lágrimas, como si fuera un chiquillo que acabara de ver morir a su madre.

—No hay nadie que esté más solo que yo en este mundo convulso, joder —aseguró—. Empecé la instrucción militar en el Seinendan, a las órdenes de los japoneses, cuando apenas era adolescente, antes de llegar a *shodancho*. Me rebelé contra ellos en una guerrilla que se prolongó durante meses después de que ya se hubieran rendido. Mi vida ha sido una guerra tras otra,

incluida la que disputé contra los jabalíes. Estoy cansado de esas cosas. — Maman Gendeng le entregó el pañuelo que Maya Dewi siempre le ponía en el bolsillo de los pantalones y Shodancho se enjugó las lágrimas—. Quiero vivir como los demás. Quiero amar y ser amado.

—Tus hombres te quieren mucho —recordó Maman Gendeng.

—Pero sabes perfectamente que de ninguna manera podría casarme con ellos.

—Bueno, al menos ahora los dos tenemos bellas esposas.

—Sí, pero la mala suerte me ha llevado a casarme con una mujer que ya quería antes a otro hombre, con un amor que quizá nunca se apague.

—Podría ser. He visto al compañero Kliwon ante un grupo de pescadores. Es muy comprensivo y se esfuerza mucho para poner remedio a las desgracias ajenas. Hay días en que le tengo envidia. A veces creo incluso que es la única persona de esta ciudad que se plantea el futuro con esperanza.

—Así son los comunistas —replicó Shodancho—. Gente deplorable que no se da cuenta de que este mundo está destinado a ser el lugar más asqueroso imaginable. Ese es el único motivo por el que Dios prometió el cielo, como consuelo para las masas miserables.

Se ensimismaban tanto en sus conversaciones que no se daban cuenta de que el día se acababa y llegaba la noche. Cuando por fin se fijaban en la hora, se levantaban de inmediato, se abrazaban y se despedían hasta la próxima antes de irse cada uno en una dirección, cada uno a su casa con su mujer.

Un día Maman Gendeng tuvo un golpe de mala suerte: Mirah y Sapri decidieron dejar de trabajar en su casa porque, de repente, se dieron cuenta de que estaban enamorados y querían casarse y trabajar la tierra en un pueblo. Maman Gendeng no sabía qué hacer, cómo conseguir otro criado, y recordó que su mujer era todavía una mocosa, pero las cosas no salieron como

esperaba. El primer día sin servicio, al volver a casa después de jugar a las cartas con Shodancho, cuando ya había anochecido, se encontró la cena en la mesa.

—¿Quién ha preparado todo esto? —preguntó, confundido.

—Yo.

Fue entonces cuando se percató del extraordinario talento de su mujer como ama de casa. No solo le planchaba estupendamente la ropa y se la perfumaba, sino que también cocinaba para los dos, y a Maman Gendeng le pareció todo delicioso y a su gusto. Dewi Ayu la había instruido desde pequeña, explicó Maya Dewi. También hacía unos pasteles y unas galletas riquísimos, y estaba siempre experimentando con nuevas recetas que luego daba a probar a las vecinas. Se había convertido en la embajadora de la familia, la que mantenía relaciones cordiales con las mujeres del barrio, porque para su marido habría sido imposible llegar a cambiar su mala reputación. Aquellos pasteles y galletas dieron muy buena suerte al matrimonio, porque las vecinas pronto comenzaron a encargarnos para la celebración de la circuncisión de sus hijos, y los pedidos no dejaban de llegar. Maya Dewi lo preparaba todo por la tarde, al volver del colegio; así, pasara lo que pasara, la familia nunca tendría que preocuparse por su situación económica.

Maman Gendeng empezó a arrepentirse de todas las veces que había ido a la casa de putas de Mamá Kalong para acostarse con su suegra, teniendo como tenía una esposa formidable. Una noche volvió al burdel y fue a ver a Dewi Ayu, que le preguntó con una carcajada:

—A ver si lo adivino: aún no has tocado a tu mujer y quieres acostarte con tu suegra. ¿Es eso?

—He venido simplemente a decirte que no volveré a tocarte.

Aquello sorprendió a Dewi Ayu, que le preguntó por qué.

—Con una compañera tan maravillosa como tu hija menor, nunca más necesitaré a ninguna otra mujer —replicó Maman Gendeng.

Y se marchó de inmediato, pues añoraba a su esposa, que lo esperaba en casa.

Después de llevar la leña hecha con el almendro talado a Alamanda el día de su boda, el compañero Kliwon se reunió con sus amigos en la playa. Desde pequeño le gustaba mucho el mar. Había vivido entre pescadores y había navegado con la misma frecuencia que sus hijos. Había estado a punto de ahogarse las mismas veces que el hijo de un campesino se corta accidentalmente con el machete. No quería volver a cultivar champiñones: aquella granja le hacía pensar demasiado en Alamanda y no le apetecía ahondar en recuerdos amargos.

Con dos de sus viejos amigos, Karmin y Samiran, levantó una pequeña cabaña en la playa, detrás de unos pandanos. Por la noche salía a faenar con ellos y se repartían lo que pescaban con el dueño de la barca. A las doce de la mañana, después de una corta siesta, se ponía a estudiar libros sobre el marxismo y enseñaba a sus dos compañeros todo lo que aprendía. Iba con frecuencia a la sede del partido, en el *jalan* Belanda, y se escribía con otros comunistas de la capital. Durante su breve estancia en Yakarta se había apuntado a la escuela del partido, donde había hecho nuevas amistades.

Sus corresponsales le mandaban revistas y otras publicaciones, y el partido le hacía llegar su periódico a la cabañita. Los libros empezaron a acumularse en un rincón: podía estudiar exactamente lo que habían dicho Marx, Engels, Lenin, Trotski y Mao, y leer octavillas escritas por indonesios como Semaun y Tan Malaka. En realidad, varios de esos escritores, como Trotski y Tan



Malaka, estaban prácticamente prohibidos, pero en el partido había alguien que conseguía sus libros especialmente para Kliwon.

Todavía no era miembro del partido, a decir verdad, solo candidato. Estudiaba todo el material por su cuenta y asistía diligentemente a los debates políticos que organizaba el partido, en los que subía al estrado siempre que surgía la oportunidad. Organizó a los pescadores y a los trabajadores de las plantaciones. Seis meses después de la boda de Alamanda, los responsables de la sede de Halimunda decidieron que era el mejor afiliado de la región y fue aceptado como miembro de pleno derecho del Partido Comunista. Le asignaron su primera tarea, reunir a los guerrilleros que quedaban del ejército revolucionario, en su mayoría antiguos comunistas, los hombres que habían luchado en la guerra al lado de los soldados de Shodancho y que se habían desperdigado tras la fallida rebelión hacía tantos años. Ahora estaban volviendo a afiliarse movidos por una nostalgia romántica de la revolución.

Entonces se creó el Sindicato de Pescadores, con Samiran y Karmin como primeros miembros y el compañero Kliwon de presidente. Al cabo de quince días ya tenían cincuenta y tres miembros, y poco tiempo después todos los pescadores se habían apuntado al sindicato. Los domingos, cuando no tenían nada importante que hacer, se reunían en el patio de la lonja de pescado, que estaba pegada al puerto. El compañero Kliwon distribuía propaganda del partido y explicaba la amenaza que representaban los grandes pesqueros para su subsistencia.

Todas las ceremonias de los pescadores habían quedado a cargo del sindicato. El compañero Kliwon pronunciaba un breve discurso en el que citaba algunas frases del *Manifiesto comunista* antes de que se arrojara una cabeza de vaca al mar a modo de ofrenda a la reina del mar del Sur. Hacía lo mismo en los entierros de pescadores muertos por el embate de las olas y

cuando los hombres del mar celebraban las ceremonias de bendición, para dar gracias por el buen tiempo con un espectáculo de *sintren*.

Todas las canciones populares se habían sustituido por «La Internacional» y todas las plegarias finales se resumían en un: «¡Proletarios de todos los países, uníos!».

—Soy como un misionero que difunde una nueva religión —afirmaba el compañero Kliwon, riendo con sus compañeros en la sede del partido—. Con el *Manifiesto comunista* como libro sagrado. Esa es la labor más importante de los comunistas o de la religión: conseguir más seguidores.

Fue una época de mucho ajetreo para el compañero Kliwon. Además de lo que tenía que organizar y de dedicarse a hacer propaganda, empezó también a trabajar en la escuela del partido, donde se ofrecían clases de política para los nuevos afiliados. Seguía saliendo a faenar y encargándose del Sindicato de Pescadores, y al parecer le gustaba, de forma que, cuando el partido le ofreció la oportunidad de continuar sus estudios en Moscú, puso reparos y prefirió quedarse en Halimunda.

El único momento del día en el que podía relajarse era por la mañana, cuando volvía de pescar. Se sentaba delante de la cabaña con tres periódicos que alardeaban de llegar a Halimunda antes del desayuno. Leía *El Diario del Pueblo*, el periódico del Partido Comunista; *La Estrella de Oriente*, que pertenecía a otro partido considerado «aliado», y un periódico local del partido publicado en Bandung. Se dedicaba a leer y a tomarse un café antes de ir a bañarse al aire libre en el arroyo que había detrás de la cabaña, para luego desayunar y acostarse hasta las doce.

En una ocasión, durante esa rutina matinal, vio a siete muchachas con uniforme escolar que andaban por la arena hacia el este. Se fijó en ellas un momento, pero era normal ver grupos de chavales que se aburrían en el colegio y en vez de acudir a clase se iban a la playa, así que no dio

importancia a su presencia y volvió a concentrarse en el café y el periódico que tenía entre manos. No había terminado todavía el artículo de portada — que seguía en la página ocho— cuando oyó un alboroto. Tenían que ser las chicas, el ruido no podía proceder de otro lado: la playa estaba casi siempre desierta a las nueve de la mañana. Las oyó soltar gritos estridentes: no eran los chillidos de unas jovencitas traviesas, sino alaridos de miedo.

El compañero Kliwon dejó el periódico y se dirigió hacia las chicas, que, a lo lejos, estaban dispersándose, corriendo de un lado a otro; de repente, una se alejó mucho del resto del grupo, perseguida por un perro. En Halimunda había demasiados *ajaks*, se dijo, desde que Shodancho había empezado a criarlos.

Quería ayudar a la muchacha, pero estaba demasiado lejos y ya tenía el perro a apenas tres metros de distancia. Al ver al compañero Kliwon y darse cuenta de que era testigo de su terror, ella echó a correr hacia él con el *ajak* detrás, ladrando como loco. Entonces el compañero Kliwon también echó a correr.

—¡Socorro! —chillaba la chica, despavorida, mientras sus amigas pegaban alaridos mucho más allá.

El compañero Kliwon aceleró, pero lo extraordinario, lo que no comprendió en aquel momento, era lo deprisa que iba la joven. Entre gritos y ladridos, conseguía mantener la distancia ante las feroces fauces del animal y, al acercarse, vio por sí mismo que la distancia que había recorrido ella era el doble de la que había recorrido él, a pesar de que había galopado con todas sus fuerzas para salvarla. El terror era evidente en la cara de la chica, que, cuando estuvo a metro y medio de distancia, se le echó encima de un salto para aferrarlo con todas sus fuerzas, en el mismo momento en que el perro saltaba también, creyendo que aquel era el momento ideal para hincarle el diente. Sin embargo, el compañero Kliwon fue más rápido y justo entonces

golpeó con todas sus fuerzas la mandíbula del animal, que salió disparado y aulló por un instante antes de estamparse contra la arena y quedar inmóvil, con la boca llena de espuma. Tenía la rabia y estaba muerto.

Kliwon se encontró entre los brazos de una muchacha por vez primera desde que se había besado apasionadamente con Alamanda delante de la estación de tren. Aunque había varias chicas y varias madres aún jóvenes que le lanzaban miraditas, se había sacudido la reputación de donjuán y dedicaba la mayor parte del día al partido y al trabajo, sin tiempo para conquistas ni seducciones. Sin embargo, de repente aquella jovencita lo aferraba con intensidad y, sin darse cuenta, solo para protegerla del perro rabioso, también él la abrazó.

Estaban agarrados el uno al otro con tanta fuerza que el compañero Kliwon notaba sus pechos, tersos y cálidos, y mechones de su cabello ondeaban al viento y le rozaban la cara. Cuando llegaron sus amigas, aliviadas, él la apartó con delicadeza. Fue entonces cuando se fijó en su belleza singular, con aquella elegancia anticuada, delicada y natural, el pelo recogido en dos trenzas y los ojos cerrados con las pestañas afiladas de una ninfa, la nariz fina, las orejas bien perfiladas, los labios ligeramente fruncidos y las mejillas carnosas, y entonces se dio cuenta de que la chica se había desmayado y quizá estaba inconsciente desde el momento en que se le había echado a los brazos.

Con ayuda de sus amigas, la sentó en una silla. Primero trataron de reanimarla y luego paró un carro tirado por un caballo que avanzaba despacio entre las malas hierbas, junto al arroyo próximo a la cabaña al que iba a bañarse, y pidió al conductor que llevara a la muchacha inconsciente a su casa. Sus compañeras también subieron y se apiñaron.

Cuando ya habían desaparecido al doblar la curva y el repiqueteo de los cascos había dejado de oírse, el compañero Kliwon aún olía el aroma del

cabello de la muchacha y notaba el suave contacto de sus pechos y el efecto de su belleza mística. Trató de apartar de la cabeza esas sensaciones, diciéndose que tenía que hacer un gran esfuerzo por el futuro del partido, pero aquella calidez se negaba a desvanecerse, incluso cuando se concentró en enterrar al perro rabioso entre los matorrales y se encargó de despertar a sus compañeros para avisarlos de que el arroz estaba listo.

Al acostarse sufrió aún más. Los acontecimientos de la mañana lo obsesionaban y se dio cuenta de que la cara de aquella muchacha quizá le sonaba de algo, de que incluso podía saber cómo se llamaba. Sintiendo aún el calor de su cuerpo, trató de recordar de qué la conocía. Debía de tener unos quince años, así que seguro que no había salido con ella. Y entonces, una vez comprendió de quién se trataba, sufrió todavía más: desde luego que había visto aquella cara, e incluso sabía su nombre, lo sabía desde que era una chiquilla de seis años. En realidad, el año antes de irse a Yakarta la había visto casi a diario. De inmediato trató de borrar de su cuerpo todo el recuerdo del calor de aquella muchacha, de suprimir el suave tacto de sus pechos, pero fue inútil.

—Ay —dijo en voz alta, con mucho pesar—, se llama Adinda y es la hermana menor de Alamanda.

Al final, decidió levantarse. Los pescadores habían salido de sus casas y algunos estaban revisando las redes, reparando los trozos rasgados por los peces al retorcerse, mientras que otros se dirigían al centro a pie en busca de entretenimiento. Tras asegurarse de que las redes tendidas al sol al lado de su cabaña estuvieran en buen estado, el compañero Kliwon fue a bañarse en el arroyo. En aquel lugar había una espita al aire libre protegida únicamente por un macizo de pandanos. Había solamente un gran tonel con un agujerito taponado con una vieja sandalia de goma. Sin embargo, el compañero Kliwon tenía claro que no le gustaba lavarse en una ducha de la que goteaba el agua

como si fuera orina. Prefería aquello: recogerla directamente y echársela por todo el cuerpo.

Resultó imposible olvidarse de aquella chica, como si su familia estuviera destinada a perseguirlo durante el resto de sus días. Aún no había acabado de lavarse cuando Karmin gritó que había dos jovencitas que lo buscaban. Se vistió y, con el pelo aún mojado, fue a recibir a las dos visitantes en la sala de estar, donde miraban los retratos de Marx y Lenin y la hoz y el martillo que colgaban de la pared.

—Gracias por ayudarme —dijo Adinda con una reverencia discreta y retraída. No se parecía en nada a Alamanda: tenía un rostro sereno, inocente y tímido.

—Corrías más deprisa que el perro —respondió el compañero Kliwon—. A ese ritmo, podías haberlo matado de agotamiento.

—Me habría mordido —afirmó Adinda—, porque me habría desmayado.

Por el momento, sus deberes en el partido consiguieron dominar la perturbación provocada por aquella chica. Tenía que encargarse de las quejas del Sindicato de Pescadores sobre la actividad de los pesqueros de Shodancho. Una mañana trató de organizar a un grupo de hombres para pasar a la acción. Cuando los grandes barcos se disponían a descargar la pesca en la lonja, el compañero Kliwon y su grupo les bloquearon el paso. Les dijo a los capitanes que no pensaban moverse de allí hasta tener una garantía de que aquellas enormes embarcaciones dejarían de faenar en los caladeros tradicionales.

—Me da igual que se os pudra todo el pescado —empezó, y por supuesto terminó con—: ¡Proletarios de todos los países, uníos!

Los marineros se quedaron tan tranquilos en la barandilla, sin intención alguna de enfrentarse a sus vecinos. También les traía sin cuidado que el

pescado se pudriera, ya que, al fin y al cabo, no les pagaban con pescado. Mientras, los compradores de la lonja, que tendrían que haberse sentido estafados, permanecieron en silencio al ver a tantos pescadores, que tenían cuerpos fuertes como crías de ballena. Los que sí se preocuparon y se molestaron muchísimo, por supuesto, fueron los capitanes y los oficiales de los barcos de Shodancho, pero tampoco movieron un dedo para plantar cara a los hombres del Sindicato de Pescadores. Pasó una hora tensa, con agitación y un coro de voces que entonaba «La Internacional», y los pescadores entrelazaron los brazos para formar una línea frente a lo que pudiera bajar de los barcos, fueran hombres o pescados.

El compañero Kliwon estaba bastante seguro de la victoria. El pescado empezaría a pudrirse con rapidez y, si los barcos no cedían, durante los siguientes días seguirían cogiendo pescado que se estropearía. Sin embargo, antes de que se derritieran los bloques de hielo de los pesqueros y su mercancía empezara a oler realmente mal, se presentaron la policía y una unidad del ejército. Tras unos momentos de ansiedad, los pescadores decidieron luchar, pero entonces los soldados dispararon los fusiles al aire y los hombres salieron huyendo a la desesperada. El compañero Kliwon se vio obligado a ordenar la retirada.

Todo aquello debería haber bastado para hacerle olvidar a Adinda, pero no fue así. La muchacha apareció entre la masa de pescadores y él la vio.

La cabaña donde vivía con Karmin y Samiran hacía las veces de sede del Sindicato de Pescadores, por lo que estaba abierta a todo el mundo. Allí celebraban sus frecuentes reuniones y hablaban sin cesar de todo y de nada, de modo que no podía pedirle a Adinda que se marchara sin más si, al volver del colegio, le daba por presentarse con unas cuantas amigas.

A la chica se le daba bien el inglés, lo cual no era demasiado extraordinario

en Halimunda, puesto que muchos extranjeros visitaban la ciudad. El compañero Kliwon tenía una biblioteca que hacía felices a los aficionados a la lectura; casi todos los volúmenes eran de filosofía y política, pero también había libros de cuentos que a Adinda le gustaban mucho. Al despertarse de la siesta a media tarde, con frecuencia Kliwon se la encontraba sentada a la gran mesa, justo debajo de la foto de Lenin, leyendo muy seria. Entonces levantaba la vista un momento para mirarlo y sonreír, como diciendo: «Perdona que haya venido sin avisar». Él le servía un té con nerviosismo, aunque ella le contestaba:

—Gracias, puedo hacerlo yo.

Claro que, cuando pronunciaba esas palabras, el compañero Kliwon ya estaba saliendo a toda prisa por la puerta trasera para temblar al lado del pozo.

Adinda leyó allí muchos libros. Devoró todas las novelas de Gorki, Dostoievski y Tolstói que encontró. Las había publicado la Editorial en Idiomas Extranjeros de Moscú y las distribuía el partido. También leyó novelas de autores indonesios y otras traducidas y publicadas por Yayasan Pembaruan, el editor del partido, así como los libros de Balai Pustaka, editorial de titularidad estatal.

El compañero Kliwon nunca le pedía que se marchara, pero sí la evitaba todo lo que podía. Dos cosas lo atormentaban cuando la tenía cerca: en primer lugar, Adinda suscitaba en él una intensa nostalgia por Alamanda y, en segundo lugar, al verla recordaba el cálido abrazo que tanto lo había embriagado. Se implicó aún más en los asuntos del Sindicato de Pescadores para analizar el fracaso de su primera actuación contra los barcos de Shodancho. Organizó a los miembros del sindicato para que trabajaran en esos pesqueros y, una vez infiltrados, se ganaran a sus compañeros. Sería un



proceso lento, pero estaba convencido de que los comunistas eran las criaturas más pacientes sobre la faz de la Tierra.

No fue fácil, pero al final consiguió meter a dos de sus hombres en cada barco: no bastaba, ni mucho menos, pero era mejor que nada. La mayoría de los pescadores se impacientaban, tenían ganas de provocar a los marineros de Shodancho e insistían al compañero Kliwon para quemar los barcos. Él trataba de tranquilizarlos.

—Dadme tiempo para hablar con Shodancho —decía.

La primera negociación no había sido productiva y, de hecho, Shodancho había acabado sumando un barco más a su flota. Entonces los pescadores habían vuelto a defender el atajo consistente en quemar los barcos. Por segunda vez, Kliwon había ido a hablar con Shodancho. Entonces había sido cuando se había presentado en su casa y había visto el vientre de Alamanda, hinchado pero vacío. Y no fue el futuro padre el único que interpretó sus palabras como una maldición pronunciada por un hombre celoso, pues Adinda pensó lo mismo. Adinda se presentó una tarde para rogarle, a punto de llorar:

—No hagas daño a mi hermana, ya ha sufrido suficiente al tener que casarse con ese Shodancho.

—Yo no he hecho nada.

—Le echaste una maldición para que perdiera al niño.

—Eso no es cierto —respondió el compañero Kliwon para defenderse—. Lo único que pasó fue que le miré el vientre y le dije lo que había visto.

La chica no se creyó nada de nada. Se sentó en el mismo lugar en que solía leer los libros, presa de una mezcla de rabia y confusión. Por lo general, el compañero Kliwon la dejaba a su aire, pero aquel día acercó una silla sin mucha decisión y se sentó a su lado. Aquella tarde no había nadie más que las lagartijas de la pared y las arañas que colgaban del techo tejiendo sus telas.

—Te lo ruego, compañero, olvídate de Alamanda.

—Si ya me había olvidado hasta de que ese era su nombre.

Adinda ni reaccionó ante esa broma tan tonta.

—Si estás molesto con ella, descarga toda tu rabia conmigo —pidió.

—Muy bien, voy a aplastarte como a un tomate —respondió el compañero Kliwon.

—Puedes matarme o violarme siempre que quieras, no pienso oponer la más mínima resistencia —dijo Adinda, a la que aquellas bromas no hacían ninguna gracia—. Puedes hacer de mí tu esclava o lo que sea. —Sacó un pañuelo del bolsillo de la falda y se secó las lágrimas que le caían a chorro por las mejillas—. Hasta podrías casarte conmigo si te apeteciera.

Un gecko gritó siete veces a lo lejos, señal de que estaba buscando compañera.

Si aquella criatura desaparecía realmente del vientre de su mujer, Shodancho estaba seguro de que sería por culpa de la maldición del compañero Kliwon, la maldición de un amante celoso. Un problema así no podía resolverse con armas, ni con una guerra de siete generaciones; para salvar a su primogénito tenía que encontrar una solución pacífica. Al final anunció a Kliwon que iba a ordenar a sus capitanes que empezaran a faenar lejos de la playa y de los caladeros tradicionales.

—Pero, a cambio —pidió entonces—, te pido por favor que retires la maldición del vientre de mi esposa.

Deseaba un hijo desesperadamente, para demostrar al mundo que su mujer y él se querían, que el suyo era un matrimonio feliz. Al oír aquella petición, el compañero Kliwon sonrió, no porque supiera que Alamanda solo lo quería a él y no sentía ningún amor por su marido, sino por el motivo que expuso a continuación:

—No hay ninguna relación entre una olla vacía y esos barcos.

Como si no hubiera oído aquellas palabras, Shodancho alejó sus barcos hasta mar abierto de todos modos.

Los pescadores celebraron su victoria: los grandes barcos ya no faenaban en sus caladeros y tampoco vendían en su lonja, sino que atracaban en ciudades más grandes que necesitaban mayores cantidades de pescado.

El compañero Kliwon trató de explicar lo sucedido de la forma más clara posible, según instruían sus gurús marxistas, y de debatir las nuevas iniciativas que debían tomar después de haber apartado a los grandes barcos y de que hubiera vuelto el pescado, pero resultó que, en cuanto los pescadores tuvieron dinero, compraron una cabeza de vaca y, después de celebrarlo en la playa con varias botellas de *tuak*, la arrojaron al mar como ofrenda a la reina del mar del Sur, con la misma superstición de siempre. Contra eso, el compañero Kliwon no podía hacer gran cosa, convencido de que sería difícil enseñarles siquiera la lógica más rudimentaria, y aún menos inculcarles la dialéctica marxista que él mismo, en realidad, apenas había aprendido a trancas y barrancas durante su breve estancia en la capital. Sí, se alegraba de que hubieran tenido el valor de contraatacar ante la amenaza a su unidad y su sustento, pero una y otra vez había insistido ante sus amigos en que la vida no era tan sencilla, en que no debían entusiasmarse con una pequeña victoria y en que los lazos de su amistad debían estar mejor anudados que nunca, porque sin duda llegarían amenazas aún mayores.

Los pescadores no fueron los únicos en celebrar un alegre ritual *syukuran* para dar gracias. Shodancho estaba tan contento que no dejaba de organizar festejos para mostrar su reconocimiento. Quizá porque la maldición del compañero Kliwon lo había angustiado sobremanera, encargó también que tuviera lugar una ceremonia tradicional por la salud de Alamanda y la del niño que crecía en su vientre. Para ello, la futura madre se bañó en plena

noche en agua llena de todo tipo de flores, mientras una comadrona tradicional recitaba mantras. La comadrona aseguró al futuro padre que el vientre de su mujer estaba perfectamente lleno y que la criatura se encontraba a las mil maravillas; era una niña que sería tan hermosa como su madre.

A Shodancho le daba igual que fuera niño o niña, le bastaba con saber que iba a ser padre, pero al oír la predicción de la comadrona se puso a dar saltos de alegría, convencido de que la maldición no era más que una bravuconada de un hombre muerto de celos. Se puso a pensar un nombre de inmediato y se decidió por Nurul Aini, no porque tuviera ningún significado especial, sino porque se le apareció mentalmente de repente y por esa razón consideró que era una inspiración divina que había que seguir. Mientras, la comadrona vertía cucharón tras cucharón de agua de flores sobre Alamanda, que tiritaba de frío a aquellas horas de la noche, convencida de que por la mañana se despertaría con gripe. Y lejos de allí, en el mar, el compañero Kliwon tenía la esperanza de haberse equivocado y deseaba que el matrimonio tuviera un hijo de verdad.

Sin embargo, Alamanda no llegó a dar a luz a Nurul Aini, porque la niña se esfumó, desapareció de su vientre sin más pocos días antes de la fecha prevista para el nacimiento. Ni la propia Alamanda sabía qué había sucedido. Nada más despertar, había eructado exageradamente y había expulsado una enorme cantidad de aire, y de repente se había sentido como una virgen esbelta, sin peso alguno en el vientre. Recordó con total claridad que el compañero Kliwon había dicho que su vientre era como una olla vacía en el que solo había aire y viento, pero aun así se quedó estupefacta y sus chillidos se propagaron por el aire fresco y tranquilo de la mañana. Shodancho, que dormía en otra habitación, llegó a toda prisa, en calzoncillos atados con un nudo en la cintura y camiseta, la cara marcada por las arrugas de la almohada y los brazos cubiertos de picaduras de mosquito. Entró corriendo en el cuarto

de su mujer y se quedó boquiabierto al ver que volvía a estar delgada y con una bonita figura.

En un primer momento creyó que ya había dado a luz y buscó los charcos de sangre y a la criatura, encima de la cama e incluso debajo, pero no encontró a ningún recién nacido y no oyó sus gritos. Miró a su mujer, que también lo miraba con la cara blanca como el papel. Alamanda trató de decir algo, pero se le quedó la boca abierta sin más, con los labios temblorosos como si tuviera escalofríos, y no pronunció ni una sílaba.

Shodancho recordó las palabras del compañero Kliwon y, presa de un pánico creciente, sacudió a su mujer con violencia mientras le ordenaba que le contara lo sucedido, pero Alamanda se desvaneció encima de la cama en el momento en que llegaba la comadrona, mujer con experiencia en todo tipo de sucesos extraños que, tras recolocarla en una postura más cómoda, afirmó:

—Esto sucede a veces, Shodancho: dentro no hay ningún niño, solo aire y viento.

—Pero ¡si usted misma me dijo que iba a tener una hija! —gritó él, incapaz de aceptar la realidad.

Lo dijo con voz estridente y cargada de rabia, pero al ver la actitud tranquila de la comadrona, se sentó en el borde de la cama y se puso a llorar desconsoladamente. Le daba igual ser un hombre hecho y derecho: había perdido a Nurul Aini, la niña de sus sueños. Se acordó de inmediato del compañero Kliwon, esa vez no con el miedo angustioso de que su maldición pudiera cumplirse, sino con una furia arrolladora, puesto que la maldición, en efecto, se había cumplido. Kliwon le había robado a su hija y Shodancho pensaba desquitarse.

El matrimonio trató de ocultar lo sucedido y anunció que la criatura había muerto. El único que sabía la verdad era el compañero Kliwon. Para vengarse de él, tras una semana de duelo, Shodancho ordenó que sus barcos volvieran

a los caladeros de antes y vendieran el pescado en la lonja de siempre. Sus marineros protestaron porque, decían, los pescadores quemarían las naves sin pensárselo dos veces. A Shodancho le traía sin cuidado y, de hecho, despidió a todo el que se negó a cumplir sus órdenes.

El compañero Kliwon intentó hablar con él para decirle que había roto su promesa, pero Shodancho replicó que él también. El compañero Kliwon aseguró que jamás había prometido nada que no fuera proteger los barcos de la cólera de los pescadores, pero el otro no dejaba de mencionar la maldición y de repetir que todas las mujeres del mundo tenían derecho a elegir marido.

Aunque estaba sumamente molesto por aquella acusación de haber lanzado una maldición a una criatura aún no nacida movido por los celos, el compañero Kliwon trató de mantener la calma y contestó:

—Solamente hay una explicación, Shodancho, y es que te acostaste con tu mujer sin que mediara el amor: el hijo que resulta de esas relaciones sexuales o nunca nace, o nace loco y con una cola de rata en el culo.

Shodancho se abalanzó sobre él, pero el compañero Kliwon lo esquivó y añadió:

—Llévate esos barcos ahora mismo, antes de que se nos agote la paciencia.

En lugar de eso Shodancho ordenó que los pesqueros faenaran como siempre, aunque con la vigilancia de soldados que montaban guardia en cubierta, pegados a las barandillas y controlando desde lo alto a los pescadores que los observaban con rabia. Con una sonrisa taimada, Shodancho fue testigo de la caída de la noche y de cómo Kliwon y tres hombres más se acercaban a los barcos en unas motoras, seguidos de los demás pescadores en sus esquifes, que trataban de encontrar un lugar en el ancho mar donde aún quedaran peces, como mínimo para dar algo de comer a sus familias.

Al igual que su marido, Alamanda estaba muy afectada por la pérdida de la

criatura: daba igual cómo o con quién la hubiera concebido, era suya. Una vez pasó la semana de duelo y Shodancho volvió a sus ocupaciones, ella se quedó encerrada en su habitación sumida en un dolor tremendo, llamando a veces a Nurul Aini.

Él trató de convencerla de que todo se ajustaba a los designios de Dios y de que tendrían un segundo hijo, y un tercero, y un cuarto, de que había, en resumen, infinitas posibilidades de ser padres.

—Vamos, cariño —le dijo—, podemos volver a hacer el amor y tener todos los hijos que queramos.

Alamanda contestó que no con la cabeza, rotunda, y le recordó la promesa que le había hecho: que se casaría con él pero jamás le daría su amor. Shodancho siguió tratando de engatusarla y le aseguró que podían concebir a otra Nurul Aini, una niña que esa vez sí sería real, pero ella contestó con ferocidad:

—Perder un hijo es más horripilante que toparse con un demonio, pero entregarte mi amor sería peor que perder a veinte hijos.

En ese preciso instante, Shodancho recordó que su mujer ya no llevaba las bragas de hierro y una idea repugnante empezó a darle vueltas por la cabeza. Antes de que Alamanda comprendiera lo que estaba pensando, se dio la vuelta y cerró la puerta con llave. Ella, que no se había levantado de la cama desde que había perdido a Nurul Aini, entendió al instante lo que pretendía hacerle. Se levantó de un respingo y lo miró con la actitud de una mujer dispuesta a luchar.

—¿Estás cachondo, Shodancho? —preguntó con amargura—. Aún tengo el agujero de la oreja muy prieto, si te apetece.

—Me sigue gustando tu coño, cariño —dijo su marido riendo.

Alamanda no tuvo oportunidad de hacer nada más: él la tumbó en la cama de un empujón. Con todas las fuerzas que fue capaz de reunir, ella trató de

protegerse una vez más, pero al cabo de un instante ya estaba completamente desnuda y su ropa hecha jirones como si la hubiera atacado una manada de lobos. Shodancho cayó sobre ella.

Durante la cópula, Alamanda ya no opuso resistencia, pues sabía que era inútil, aunque, si su marido se le acercaba a la boca, le mordía los labios con todas sus fuerzas. Al final, Shodancho acabó embistiéndola incansablemente una y otra vez, en una unión perturbadora de placer y dolor. El ánimo de Alamanda estaba ya hecho añicos —se sentía humillada, sucia y llena de pesar—, pues una vez más había sido incapaz de defenderse. Cuando Shodancho hubo terminado, lo tiró al suelo de una patada y gritó:

—¡Monstruo repugnante y asqueroso, que violas a tu propia esposa y probablemente violabas también a tu madre!

Esa vez, al menos, su marido no la ató, de modo que al día siguiente, cuando se quedó sola, Alamanda desapareció. A Shodancho le entró el pánico. Mandó a alguien a buscarla a casa de Dewi Ayu, pero allí no la encontraron. Abrasado por la llama de los celos, también mandó a alguien a casa de Kliwon, pero tampoco allí había rastro de su presencia. Decidió enviar a gente a los confines más remotos de la ciudad y luego a la estación de autobuses para averiguar si se había ido de Halimunda, pero nadie la había visto por ninguna parte. Desesperado, Shodancho se dejó caer en una silla del porche, tan perdido en el lastimoso destino de estar casado con una mujer a la que amaba tanto pero que nunca lo había amado que, cuando quienes pasaban por allí lo saludaban, no respondía.

Al llegar el atardecer se sintió aún más vacío, más solo y más abandonado, y empezó a darse cuenta de la pena que daba. Aunque Alamanda volviera, seguir viviendo con ella no podía darle ninguna felicidad si no veía ningún indicio de reciprocidad de su amor, nada en absoluto. Quizá había llegado el momento de pensar como un guerrero, como un hombre de verdad, como un



soldado de la cabeza a los pies, y ofrecerle el divorcio, y quizá así Alamanda podría volver a ser feliz. Sin embargo, solo de pensar en divorciarse de ella le daban ganas de llorar aún más, de modo que se juró que, en caso de que la encontraran, jamás volvería a hacerle daño y se convertiría en su esclavo para retenerla. Quizá podrían adoptar hijos de otros padres.

Ya había oscurecido mucho y las lámparas del porche estaban por encender. Cuando la sombra de Alamanda se proyectó sobre el portón, Shodancho la vio de inmediato y rogó al cielo para que no fuera una alucinación, pero la sombra se acercó y entonces se hincó de rodillas ante su mujer para suplicar su perdón.

—No tienes que disculparte, Shodancho —contestó Alamanda, arrugando un poco la frente ante aquella conducta—. Ahora llevo una nueva protección. Aunque esté completamente desnuda, no podrás penetrarme.

Él la miró con asombro genuino, estupefacto al no ver ni rastro de animadversión en ella.

—Ya es de noche y ha refrescado, Shodancho. Entremos.

Despidieron a más trabajadores de los pesqueros por ir a la huelga; no se habían afiliado al sindicato, pero les daban tanto miedo las amenazas de quemar los barcos que no se habían atrevido a volver a sus puestos. Los que sí volvieron fueron los barcos en sí, y una vez más robaron pescado de las aguas poco profundas y lo vendieron en la lonja de Halimunda.

—No hay otra salida, compañero, tenemos que quemar los barcos de Shodancho —insistían los pescadores.

Nervioso y deprimido, el compañero Kliwon no era ni mucho menos un hombre despiadado capaz de decidir con facilidad la quema de unos barcos. En realidad, como siempre señalaban sus amigos, se le ponían los ojos llorosos solo de ver una película de amor.

En secreto, intentó hablar con Shodancho una vez más, pero la conversación se atascó en el tema de Alamanda y por fin, al igual que los pescadores, el compañero Kliwon acabó convencido de que, en efecto, no había otra salida que quemar esos barcos de una puta vez. Al fin y al cabo, la Revolución rusa quizá nunca se habría producido si Lenin no hubiera ordenado a Stalin que robara un banco.

No obstante, Shodancho había apostado a una gran cantidad de soldados en la cubierta de sus barcos, por lo que a los pescadores no les resultaba fácil poner en práctica su plan. Pasaron seis largos y agotadores meses, pero las reuniones secretas del Sindicato de Pescadores siempre acababan en un callejón sin salida cuando no conseguían decidir exactamente cómo hacerlo, y los hombres eran cada vez más pobres y estaban cada vez más enfadados.

En otros tiempos, cuando el compañero Kliwon se había enfrentado a problemas tan graves que creía que iba a estallarle la cabeza, las mujeres habían sido su refugio, pero ahora la única con la que tenía trato era Adinda, a la que conocía desde hacía un año. En consecuencia, como si no tuviera elección, salió de la cabaña, donde los hombres seguían debatiendo sus dificultades, y se dirigió a casa de Dewi Ayu cual lastimero refugiado, agotado por la interminable lucha revolucionaria. Quería contarle a alguien sus sentimientos, sus deseos, pero el partido había hecho hincapié en que el asunto era secreto, así que pasó una hora aburrida en el porche con Adinda charlando de generalidades, lo cual no supuso ningún alivio para su ánimo fatigado, y al volver a la cabaña se dejó caer en una silla que había en el exterior y se quedó mirando el cielo del atardecer sobre el mar.

—Alguien tendría que ponerte una pistola en la frente —le había dicho Adinda antes de que se marchara—, para que te veas obligado a pensar por ti mismo por un momento.

Era el mismo cielo que veía todas las tardes, pero en ese momento le

pareció distinto. Por lo general, le recordaba aquel hermoso momento pasado junto a Alamanda en la arena, pero aquel día el cielo estaba en silencio, triste, como un espejo de su corazón, árido, reseco. Mientras se fumaba un cigarrillo de clavo, se preguntaba si, en el fondo, la revolución podría hacerse realidad un día, si era posible que los seres humanos no se oprimieran unos a otros.

Hacía mucho tiempo, había oído en la mezquita a un imán que hablaba del cielo, de los ríos de leche que fluían a los pies de los fieles, de bellas vírgenes siempre a su disposición, de que todo estaba al alcance de la mano y no había nada prohibido. Todo aquello parecía muy hermoso, tanto que resultaba increíble. A él no le hacía falta nada tan exagerado: le bastaría con que todo el mundo tuviera la misma cantidad de arroz. O quizá ese deseo era en realidad el más disparatado.

Al pensar así sentía invariablemente nostalgia del pasado, de antes de saber que necesitaba la revolución. Siempre había sido pobre, pero antes tenía una forma mucho más sencilla de manejar a los ricos: robar todo lo que tuvieran en el jardín, conquistar a sus mujeres y dejar que pagaran lo que comía y las películas que veía en el cine, o aceptar las invitaciones a sus fiestas y beberse su cerveza de gorra, y para nada de eso hacían falta el partido, ni la propaganda, ni el *Manifiesto comunista*. Se sentía exhausto solo de mirar el atardecer rojizo y reluciente porque no conseguía relajarse mentalmente; se hundió aún más en la silla y, sin darse cuenta, se durmió. Así fueron las cosas durante los seis meses anteriores a la quema de los barcos, hasta que una noche unos cuantos pescadores se acercaron a su silla y lo despertaron.

Hacía ya quince días que los soldados no montaban guardia en los pesqueros. Al parecer, se habían aburrido. Los capitanes de las embarcaciones, convencidos de que las amenazas no eran fundadas, habían decidido prescindir de los soldados para no tener que seguir dándoles de comer y suministrándoles cigarrillos y cervezas. Los barcos empezaron a salir

a fondear sin protección alguna, y solo los vigilaba un puñado de soldados armados cuando atracaban y descargaban la pesca del día. El plan del Sindicato de Pescadores era atacar de madrugada cuando hubiera luna nueva, esa noche en que despertaron al compañero Kliwon, la noche que tanto habían esperado, la noche en la que por fin iban a ajustar cuentas.

—Despierta, compañero —lo azuzó uno de sus amigos—. La revolución no se hace durmiendo.

Y así, a las órdenes del propio Kliwon, que ya se había quitado de encima el sopor y se había armado de valor, treinta pequeños esquifes zarparon bajo un cielo despejado y plagado de estrellas. Aquella noche fue un punto de inflexión para el compañero Kliwon, la noche en que empezó a creer que un revolucionario debía tener el corazón frío e inamovible, una audacia obstinada fruto de la convicción. Las tenues luces de los ojos de buey de los pesqueros se distinguían en la oscuridad, pero los esquifes no llevaban ninguna luz: los hombres se guiaban por instinto, pues conocían el mar igual de bien que las aldeas en las que habían nacido. «Esto es como la toma de la Bastilla —se decía su cabecilla para darse valor—, por el bien de las masas azotadas y desdichadas.»

Los enormes barcos faenaban a poca distancia unos de otros. En cada uno de los esquifes, que iban a dividirse a razón de diez por pesquero, viajaban de tres a cinco hombres. Avanzaban despacio, como treinta serpientes de campo deslizándose hacía tres ratones desprevenidos. Gracias a la luz parpadeante de los barcos veían a sus trabajadores subir las redes y soltar la pesca en el casco.

Después de conducir sus diez esquifes hasta el pesquero del medio, y una vez le pareció que los otros dos también estaban rodeados, el compañero Kliwon tocó el silbato estridentemente y los marineros se detuvieron, sorprendidos. Aún no se les había pasado el asombro cuando se dieron cuenta

de que había treinta barcas llenas de hombres que estaban encendiendo antorchas. Unas manchas de luz circunscribieron de repente los pesqueros como luciérnagas flotantes.

—¡Amigos, saltad y nadad hasta nuestros esquifes —gritó el compañero Kliwon a los hombres que estaban en cubierta—, este barco está a punto de arder!

Aunque el capitán les ordenó con furia que opusieran resistencia, fue el primero en lanzarse al agua, aterrado, para nadar hasta la barca más cercana. Se puso a reprender a los pescadores, hasta que alguien le pegó un puñetazo y lo dejó inconsciente. Mientras, los marineros competían para ver quién se daba más prisa en saltar y nadar hasta las pequeñas embarcaciones, y los pescadores empezaron a lanzar vítores entusiasmados e incluso alguien se puso a cantar «La Internacional»: era su celebración más gloriosa.

Bolsas de plástico llenas de gasolina salieron volando para estrellarse contra las cubiertas vacías de los barcos, y entonces las antorchas salieron disparadas, listas para dar un lametazo al combustible. Se encendieron tres hogueras formidables en mitad del mar y los esquifes se retiraron de inmediato. Cuando los tres pesqueros estallaron con unas detonaciones tremendas, los hombres se pusieron a pegar alaridos.

—¡Larga vida al Sindicato de Pescadores! ¡Larga vida al Partido Comunista! ¡Proletarios de todos los países, uníos! —gritaban.

Shodancho se enteró de que el cabecilla de los disturbios había sido el compañero Kliwon, de que no había habido heridos y de que los tres barcos habían quedado destruidos.

Tras escuchar el informe, se limitó a suspirar, convencido de que podría conseguir otros pesqueros y dotarlos de mejor vigilancia. No parecía enfadado, lo que solo podía explicarse por el hecho de que Alamanda estaba embarazada de seis meses. Daba gracias de que aquel episodio sexual aislado

hubiera dado su fruto. No quería preocuparse de nada más que de la preparación para el nacimiento del sustituto de Nurul Aini. En dos ocasiones llevó a su mujer a un gran hospital de la capital provincial, para que volvieran a comprobar que llevaba una criatura en el vientre, y pagó a prestigiosos hechiceros para que protegieran a su hijo de cualquier tipo de maldición.

Sin embargo, cuando Alamanda estaba de nueve meses, la segunda criatura se esfumó de su vientre en un abrir y cerrar de ojos, igual que la primera. Shodancho tuvo un arrebatado de ira incontrolable, agarró la pistola y salió hecho una furia, pegando tiros a diestro y siniestro como un poseso. La gente, desesperada, se apartaba a toda prisa de su camino: creían que había perdido la razón, porque no dejaba de chillar que la maldición del compañero Kliwon le había arrebatado a sus hijas, las había hecho desaparecer antes de que nacieran. Cuando por fin se cansó de disparar contra todo lo que veía, echó a correr hacia la playa con un claro objetivo: encontrar al compañero Kliwon y matarlo, lo mismo que a todo el que se atreviera a interponerse en su camino.

El compañero Kliwon sacó el café al porche y se sentó a esperar la llegada de los periódicos. El día antes de que Shodancho tratara de matarlo, se había mudado de la cabaña que también hacía las veces de sede del Sindicato de Pescadores a la sede del Partido Comunista, al final del *jalan* Belanda. Shodancho no encontró a nadie en la cabaña abandonada, así que lo arrasó todo: primero la cosió a balazos y luego le prendió fuego. Al final, agotado y hecho un mar de lágrimas, se derrumbó boca abajo en la arena y se quedó allí tirado hasta que pasó alguien y lo encontró inconsciente. La buena suerte del compañero Kliwon se había manifestado: tras años de dedicación al partido, hacía un tiempo que lo habían nombrado líder del Partido Comunista en Halimunda.

Era el primero de octubre y estaba inquieto porque no habían llegado los periódicos. Temblando de impaciencia, cogió los del día anterior y se puso a leer la publicidad, porque todo lo demás ya lo había leído. No había nada de interés, salvo dos anuncios: uno de un crecepelo para el bigote y otro de coches alemanes que se vendían a crédito. Tiró los periódicos debajo de la mesa y bebió un sorbo de café. Miró hacia la calle con la esperanza de que apareciera el repartidor en su bicicleta, pero en su lugar vio acercarse a una jovencita. Era Adinda.

—¿Cómo estás, compañero? —saludó.

—Fatal. Aún no me han llegado los periódicos.

—¿No te has enterado de los hechos sangrientos de Yakarta? —preguntó ella arrugando la frente.

—¿Cómo voy a enterarme, si no tengo periódicos?

Adinda se sentó a su lado y, sin pedir permiso, bebió un sorbo de café.

—La radio no habla más que del Partido Comunista —informó—, dicen que han dado un golpe de Estado y han matado a unos generales.

—Nos enteraremos de todo cuando lleguen los periódicos.

Empezó a llegar gente, jóvenes y viejos, nuevos miembros y veteranos, entre ellos las principales figuras del partido. El compañero Yono, que había sido el número uno antes que Kliwon, fue el primero, y lo siguieron Karmin y los demás. Todos hablaban de lo mismo: en Yakarta había disturbios sangrientos.

—La cosa tiene muy mala pinta —dijo Karmin.

—Tienes razón —contestó el compañero Kliwon—. Hemos pagado todas las suscripciones íntegramente y los periódicos aún no han llegado. Tendría que darles un buen sopapo a los chiquillos que los reparten.

—Pero ¿qué te pasa, compañero? —preguntó Yono—. ¿Solo sabes pensar en los periódicos?

Kliwon lo miró con cara de pocos amigos y replicó:

—Es que no habían dejado de llegar nunca. Y, ahora, ¿qué?

—Escúchame bien —pidió Adinda—. Hoy no se ha publicado ningún periódico.

—¿Y por qué? Hoy no es el Eid, no es Navidad y no es Año Nuevo.

—El ejército está ocupando todas las redacciones —dijo Karmin—. En fin, lo siento, compañero, pero hoy no vamos a leer ningún periódico.

—Eso es peor que un golpe de Estado —se quejó Kliwon, y apuró el café de un sorbo.

Fuera como fuera, muchos hombres importantes del partido se



congregaron para celebrar una reunión de urgencia. Llegaban noticias de distintas ciudades, pero sobre todo de Yakarta: se decía que habían detenido a los principales dirigentes del Partido Comunista, que había habido varios asesinatos y que ya habían muerto algunos afiliados. Así pues, decidieron movilizar a las masas y organizar una enorme manifestación en Halimunda; y, si en efecto habían detenido a los líderes del partido en Yakarta, pedirían su liberación incondicional. Sin embargo, la información era una maraña de contradicciones: según algunas noticias, habían fusilado a D. N. Aidit, mientras otras decían que solo lo habían detenido y otras aseguraban que estaba perfectamente. También había información contradictoria sobre lo sucedido a Nyoto y a algunos otros. Sin embargo, con independencia de lo que hubiera sucedido, había que reunir a todos los afiliados, a los simpatizantes, a los pescadores, a los trabajadores de las plantaciones, a los del ferrocarril, a los campesinos y a los estudiantes. Aquel día y los siguientes iban a ser los más tempestuosos de la historia de la ciudad: la gente tendría que enfrentarse con gigantes en las calles.

Se asignaron tareas y los compañeros se dispersaron rápidamente para ponerse en contacto con las células del partido y preparar todo lo que pudieran necesitar durante la crisis. Se confeccionaron carteles y pancartas. Mientras, Kliwon celebró una reunión secreta entre cinco hombres y ordenó preparar las armas por si la situación degeneraba. Hicieron inventario de lo que tenían: aún quedaban muchas cosas de tiempos de los guerrilleros y algunos de los hombres tenían experiencia de combate de la guerra de la independencia. A Karmin se le encargó organizar ese brazo armado, de modo que se marchó de inmediato. El compañero Kliwon se agenció una pistola; era demasiado valioso para el partido, no podía correr riesgos.

A las diez de la mañana, un nutrido grupo de pescadores y trabajadores de las plantaciones ya se había congregado en el *jalan* Belanda. Los campesinos,

los trabajadores del ferrocarril, los estibadores y los estudiantes estaban en camino.

—Vamos a tomar las calles —dijo el compañero Yono.

—Id vosotros —contestó Kliwon—. Yo me quedo a esperar los periódicos.

Nadie protestó. Veían en su conducta la depresión de un dirigente político ante unas circunstancias sumamente graves y trataban de entenderlo. Lo dejaron en el porche de la sede del partido, al final del *jalan* Belanda, a la espera de unos periódicos que no iban a llegar y con Adinda como única compañía.

Hacía ya dos años que Kliwon dirigía el partido en Halimunda y ya no salía a faenar por las noches porque cada vez estaba más ocupado. Con su firme liderazgo había alcanzado la cumbre de su reputación; la gente siempre lo recordaría como el dirigente más carismático del Partido Comunista que se había visto en Halimunda.

—Es temporada de lluvias —dijo el hombre de repente.

Adinda le dio la razón, mirando el cielo despejado: aquella mañana hacía sol, pero no había nada garantizado en el mes de octubre.

—Pero no se retirarán por la lluvia —aseguró—. Creo que las tropas de Yakarta nos están engañando.

—A lo mejor los camiones de los periódicos han quedado atascados en una inundación.

—Hoy no se han publicado periódicos, compañero —insistió Adinda—. Y me atrevería a apostar que no van a salir durante como mínimo una semana. Es posible que no vuelva a haber periódicos nunca más.

—¡Sin periódicos volveríamos a la Edad de Piedra!

—Voy a hacerte un café, a ver si con eso entras en razón.

Adinda fue a la cocina y, al volver con dos cafés, se encontró a Kliwon junto al portón de entrada, mirando la calle. Daba la impresión de que no

perdía la esperanza de que apareciera el repartidor de periódicos en su bicicleta. Dejó las tazas en la mesa y se sentó en su silla.

—Vuelve aquí —pidió la mujer— si has entrado en razón.

—Lo que es irrazonable es un día sin periódicos.

—¡Joder, olvídate de los periódicos, compañero! Tu partido está sufriendo una crisis y necesita un líder lúcido.

Desde luego Kliwon era un líder a la altura de su misión. Los partidos rivales estaban impresionados por su increíble popularidad y rezaban para que no hubiera elecciones demasiado pronto. También había otras formaciones políticas que aseguraban ser aliados revolucionarios y estaban a la espera de que los comunistas bajaran la guardia para clavarles una puñalada traperera. Sin embargo, el camino no fue fácil, llegar hasta allí costó dos años de trabajo agotador. Se sabía, incluso, que el compañero Kliwon había sido víctima de dos misteriosos intentos de asesinato. Una noche lo había apuñalado un individuo que había aparecido de repente y luego se había esfumado con la misma rapidez y sin dejar rastro. Otro había lanzado una granada de mano por la ventana de su dormitorio. No obstante, seguía más fresco que una rosa y en un mitin afirmó que perdonaba a quienes habían intentado acabar con él, fueran quienes fueran. Declaró que la gente así no comprendía la misión comunista, que era erradicar los abusos de unos hombres contra otros, y con aquello logró que su reputación y la del partido subieran puntos a ojos de la gente; ya incluso los niños pequeños los alababan.

Toda aquella actividad política enloquecida preocupaba muchísimo a Mina, su madre, que recordaba todavía a su marido, fusilado por los japoneses, y consideraba que toda la propaganda y los desfiles eran un alboroto ridículo e inútil. A veces, veía a su hijo pronunciar un discurso delante de una masa formada por miles de personas y gritar consignas como

«¡Abajo los hacendados!» que la gente coreaba con entusiasmo. Y no solo se metía con los hacendados, sino también con los prestamistas, los propietarios de las fábricas, los capitanes de los barcos, los capataces de las plantaciones y la empresa del ferrocarril. Por descontado, atacaba asimismo a Estados Unidos, a los Países Bajos y al neocolonialismo, todo ello con tanta elocuencia que parecía que Dios en persona le susurrara las palabras al oído.

Cada vez que iba a su casa a verla, Mina repetía al compañero Kliwon, que no era bueno hacerse tantos enemigos.

—Un amigo es poco, pero un enemigo es demasiado —decía, preocupada—. Estás provocando que mucha gente te odie.

Kliwon la tranquilizaba asegurando que no iba a pasarle lo mismo que a su padre, y luego sonreía y se bebía el té que le había hecho su madre antes de echarse en la cama.

Un día, a instancias del Partido Comunista, metieron a un grupo de jóvenes en la cárcel militar. Habían celebrado una fiesta en el colegio y su único error había sido subir al escenario y cantar varias canciones de rock and roll, pero Shodancho accedió a la petición de los comunistas. Al enterarse, Mina pasó de preocupada a furiosa y se presentó en la sede del partido para sentar las costuras a su hijo.

—¡No puedo permitirlo! —gritó en mitad de su despacho, que estaba lleno de gente—. ¿No tocabas tú mismo esas canciones a la guitarra en tu época? ¿No las tocabais todos? —preguntó a los congregados—. ¿Y ahora metéis a esos chavales en una cárcel militar por cantarlas?

Sin embargo, la disciplina del partido había hecho inflexible a Kliwon, y se comportó con su madre con frialdad. Se limitó a apaciguarla, acompañarla a la calle principal y pedir a un ciclotaxista que la llevara a su casa.

Y no cambió de idea, sino que empezó a presionar al ayuntamiento, al ejército y a la policía para que se confiscaran esos discos de pop occidentales

que pudrían el cerebro y se encarcelara a todo aquel que los escuchara, aunque fuera en privado en su propia casa.

Aquel día empezaron a volver los hombres y a informar sobre las manifestaciones. El ejército estaba preparado por todos los flancos: las fuerzas de la ciudad se habían echado a las calles y las habían tomado, a las órdenes de un Shodancho movido por el odio personal hacia el compañero Kliwon.

—Han detenido a D. N. Aidit —aseguró alguien.

—Han fusilado a Nyoto —afirmó otro.

—D. N. Aidit se ha reunido con el presidente.

Todas las historias eran enrevesadas y la única información que podía conseguirse procedía de la radio y no era de fiar. Llevaban toda la mañana repitiendo lo mismo una y otra vez, como si estuviera pregrabado: «El Partido Comunista ha intentado dar un golpe de Estado que ha fracasado porque el ejército ha actuado con celeridad. El ejército ha asumido el poder temporalmente con el objetivo de rescatar al país». Llegó otra noticia: el presidente estaba en arresto domiciliario. Todo era terriblemente confuso.

—¡Haz algo! —pidió Adinda.

—¿Qué quieres que haga? —replicó Kliwon—. No se ha sabido nada ni de la Unión Soviética ni de China.

Los compañeros tenían previsto alargar las manifestaciones y las protestas hasta la noche, y luego indefinidamente, pero, mientras todo el mundo estaba ocupado preparando comedores populares y los veteranos del Ejército Popular se disponían a hacer la guerra con los soldados de verdad, Kliwon seguía sin salir a la calle. Adinda lo dejó allí, sentado todavía en el porche, esperando los periódicos.

A la mañana siguiente, como siempre, preparó el desayuno para su madre, que aún no había vuelto del burdel de Mamá Kalong, y luego se fue a ver la

protesta. De allí se dirigió a la sede del partido, con un desayuno en una bandeja, y se encontró a Kliwon en el porche bebiendo café.

—¿Cómo estás, compañero?

—Fatal.

—Come algo, ayer no probaste bocado —recordó Adinda, y dejó la bandeja en la mesita que había entre los dos.

—No puedo comer hasta que lleguen los periódicos.

—Te juro que no van a llegar —dijo ella—. El ejército les ha prohibido publicar nada.

—Los periódicos no son de su propiedad.

—Pero es que tienen armas. A ver, dime, ¿desde cuándo eres tan idiota?

—Bueno, pues saldrá prensa clandestina —insistió el hombre—. Es lo que suele pasar.

Aquella mañana prosiguieron las reuniones de urgencia. Habían llegado anticomunistas a las calles y los dos grupos se habían apiñado cada uno por su lado. Parecía que la guerra que los ciudadanos habían temido en el pasado entre los soldados y los matones fuera a estallar ahora con un nuevo reparto: los comunistas contra los anticomunistas. El ejército y la policía patrullaban, pero no podían impedir pequeñas refriegas ni el lanzamiento de cócteles molotov. La gente también empezó a tirar piedras y se convocaron más reuniones de urgencia.

—Todo este caos empezó con la desaparición de los periódicos —se lamentó el compañero Kliwon.

—No digas tonterías —contestó Karmin—. Hace dos días asesinaron a siete generales.

—¿Por qué te interesan tanto esos periódicos? —se vio obligado a preguntar el compañero Yono.

—Porque la Revolución rusa jamás habría tenido éxito si los bolcheviques

no hubieran tenido su periódico.

Esa explicación tenía más sentido que todo lo anterior, así que lo dejaron esperando en el porche con Adinda.

La mañana dio paso al mediodía y las oleadas de anticomunistas fueron creciendo y repitiendo la noticia radiofónica del día anterior: los comunistas habían intentado dar un golpe de Estado.

Kliwon, que aún no había perdido el sentido del humor, comentó:

—Han intentado dar un golpe de Estado y han censurado sus propios periódicos.

El primer encontronazo se produjo finalmente a la una. El lanzamiento de piedras degeneró en intensas batallas en las que la gente se sirvió de lo que pudo encontrar para herir o matar. El hospital pronto se vio desbordado. El partido montó un hospital de campaña y la propia Adinda se puso a trabajar con los enfermeros de urgencias, pero a Kliwon no hubo forma de convencerlo.

Empezaron a llegar heridos a la sede del partido, donde los ánimos acabaron terriblemente exaltados. Aún no había víctimas mortales en Halimunda, ni comunistas ni anticomunistas, pero llegaron noticias de una matanza en Yakarta: allí habían muerto cien comunistas y a los demás los estaban deteniendo, y en el este de Java habían asesinado a cientos de comunistas más, mientras que en el centro de la isla se iniciaron las matanzas. Todo el mundo comenzó a tener el mal presentimiento de que aquello acabaría llegando a Halimunda.

Al final, mataron a alguien aquella misma tarde. El primer comunista que murió en Halimunda fue un guerrillero, veterano de la revolución, que se llamaba Mualimin. Era uno de los miembros más fieles del partido, maestro de su ideología tanto en la teoría como en la práctica, un auténtico luchador que había peleado por la causa desde tiempos coloniales hasta la era

neoliberal. Eso dijo el compañero Kliwon en el breve panegírico que le dedicó en su entierro, celebrado aquel mismo día. Comunista a la vez que musulmán, Mualimin siempre había querido morir por la causa, por su yihad particular. Unos años antes ya había escrito en su testamento que, si moría en la lucha, quería que lo enterraran como a un mártir. Así pues, no lo lavaron, solo rezaron ante su cadáver y lo enterraron de inmediato con la ropa aún cubierta de sangre. El ejército lo había alcanzado durante un tiroteo en la playa y fue el único en morir aquella tarde. Mualimin dejaba solo a una hija de veintiún años que se llamaba Farida. Estaban muy unidos desde el fallecimiento de la madre muchos años antes, de modo que, cuando la gente empezó a salir del cementerio, la joven se quedó junto a la tumba paterna, por mucho que todo el mundo trató de convencerla de que se fuera a su casa. Al final, la dejaron allí sola.

El sepulturero y vigilante del cementerio público del distrito de los pescadores era Kamino, un joven de treinta y dos años. Era sepulturero y vigilante del cementerio de Budi Dharma desde los dieciséis, al morir su padre de malaria. Como hijo único, había heredado el puesto paterno, que había sido la ocupación familiar desde, quizá, tiempos de su tatarabuelo, ya que nadie más la quería y su familia ya estaba muy hecha al mundo de los muertos. Kamino, acostumbrado al silencio de aquel lugar desde niño, no había tenido problemas para aprender el oficio. Era capaz de cavar una fosa igual de rápido que un gato al excavar un agujero. Eso sí, aquel trabajo tenía un grave inconveniente: no había forma de casarse con ninguna chica, porque nadie quería vivir en mitad de un cementerio.

Lo cierto es que la mayoría de los habitantes de Halimunda eran supersticiosos. Seguían creyendo que por el cementerio campaban a sus anchas demonios, espectros y todo tipo de seres sobrenaturales que vivían



entre los espíritus de los muertos. Y también estaban convencidos de que el sepulturero vivía confabulado con todos ellos. Consciente de lo delicado de su situación, Kamino nunca había intentado ni siquiera declararse a nadie. Su único trato con el prójimo se producía por cuestiones laborales. Por lo general no salía mucho y se quedaba en la húmeda casa de hormigón mohoso en la que vivía, a la sombra de unos grandes banianos. Solo había un entretenimiento en su solitaria vida: jugar al *jailangkung*, otro talento que habían ido heredando las distintas generaciones de su familia y que le permitía invocar a los espíritus de los muertos mediante una pequeña efigie de juguete para charlar de mil y una cosas.

Pero entonces, por vez primera, empezó a palparle con fuerza el corazón al ver arrodillada a una chica que se negaba a apartarse de la tumba de su padre: Farida. Kamino ya había intentado convencerla después de que todos los demás hubieran fracasado, con el argumento de que al anochecer allí el aire era más frío que en ningún otro punto de Halimunda y sería mejor que se fuera a su casa. A la muchacha no pareció asustarle lo más mínimo un poco de aire frío. Así pues, decidió hablarle de los yinn y los espectros, pero tampoco con eso la persuadió. Aquella reacción lo entusiasmó aún más y rezó en silencio para que Farida fuera realmente muy terca y jamás se marchara de allí, para que después de tantos años por fin hubiera aparecido alguien que le hiciera compañía en aquel lugar.

El cementerio público de Budi Dharma cubría unas diez hectáreas desplegadas junto al borde de la playa y separadas de las viviendas de los seres humanos por una plantación de cacao. Construido en tiempos coloniales, estaba lleno de parcelas vacías y cubiertas de malas hierbas, y lo azotaba un fuerte viento procedente del mar. Al caer la noche, Kamino volvió a acercarse a la muchacha con un farol encendido que colocó encima de la lápida.

—Si de verdad no quieres irte a tu casa —dijo Kamino, sin atreverse a mirarla a la cara—, puedes quedarte en la mía, de invitada.

—Gracias, pero jamás iría a casa de nadie de noche yo sola.

Empezó a hacer cada vez más frío y la chica se quedó donde estaba, sin una manta ni un cojín, sentada directamente en el suelo arenoso. Kamino tenía la impresión de que su presencia la molestaba, así que al final se marchó y se metió en casa para preparar la cena. Volvió al cabo de un rato con un plato para Farida.

—No tenías que haberte molestado —dijo ella.

—Bah, es un servicio complementario que ofrecemos los sepultureros.

—Estoy segura de que no hay demasiada gente que se siente delante de una tumba hasta que les llevas la cena.

—No te falta razón, pero muchas almas de muertos pasan hambre.

—¿Qué? ¿Hablas con los muertos?

Kamino adivinó una grieta por la que podía colarse en la vida de aquella muchacha.

—Sí. Si quieres, puedo convocar al espíritu de tu padre.

Y eso fue lo que sucedió. Jugando al *jailangkung*, como había aprendido de sus antepasados, Kamino llamó al alma de Mualimin y permitió que el viejo veterano tomara posesión de su cuerpo. Se convirtió en Mualimin, habló con la voz de Mualimin y en nombre de Mualimin, que se vio cara a cara con su hija. La chica estaba contentísima de volver a oír la voz de su padre, como si fuera cualquier otra noche y fueran a charlar un rato después de cenar y antes de retirarse cada uno a su dormitorio. Pues bien, una vez terminada la cena que le había llevado Kamino, Farida se encontró de nuevo charlando con su padre, como si la muerte no existiera, hasta que se acordó y dijo:

—Pero ¡si estás muerto, papá!

—Bueno, no me tengas mucha envidia —contestó él—. Ya te llegará el turno algún día.

La conversación la agotó, sobre todo porque llevaba muchas horas allí sentada, y se quedó dormida junto a la tumba. Kamino concluyó la sesión de *jailangkung* y fue a buscar una manta. Tapó a Farida con los gestos atentos y delicados de un hombre embriagado de amor y luego se quedó mirándole la cara, que aparecía y después era engullida por la oscuridad, y a continuación volvía a aparecer a la luz temblorosa del farol, agitada por el viento. Después de asegurarse de que la joven estaba bien arropada debajo de la manta y de que el farol duraría hasta el amanecer, Kamino volvió a su casa y trató de dormir, pero se pasó toda la noche pensando en ella y no concilió el sueño hasta que las primeras luces del alba ya se colaban entre las hojas del franchipán.

A las diez y media lo despertó un aroma a especias. Aún medio adormilado, se levantó y se dirigió a la cocina a trompicones. Tenía todavía la visión algo borrosa, pero vio a una chica que llevaba un cuenco humeante y lo dejaba en la mesa del comedor.

—Te he preparado el desayuno.

Reconoció de inmediato a Farida. Estaba asombrado.

—Primero dúchate —dijo la chica— o lávate la cara. Vamos a tomarlo juntos.

Como hipnotizado, se dirigió semiinconsciente al baño y estuvo a punto de dejarse la toalla. Se duchó a toda prisa. Al volver, se la encontró sentada a la mesa, esperándolo. El arroz aún estaba caliente. El cuenco contenía sopa de col, zanahoria y macarrones. En un plato vio tempé frito, y en otro, pez volador cortado a trocitos y frito lo justo para quedar crujiente.

—Lo he encontrado todo en la cocina.

Kamino asintió. Parecía un milagro: no había comido en compañía desde

hacía años, desde la muerte de sus padres. Y, de repente, allí estaba con una joven de la que se había enamorado en secreto la tarde anterior. Se le aceleró el corazón y no tuvo valor para mirarla a la cara mientras comía. Solamente se miraban a hurtadillas de vez en cuando y, si sus ojos se encontraban, sonreían con timidez, como dos pecadores pillados in fraganti. Se habían sentado cara a cara y parecían una pareja de felices recién casados.

Su historia de amor quedó ligeramente perturbada por un día muy movido. Habían muerto cinco personas en un encontronazo entre comunistas y anticomunistas. Se trataba de cuatro comunistas y un anticomunista, y Kamino tenía que enterrarlos a todos. Enseguida se dio cuenta de que iban a llegar a aquel cementerio cada vez más cadáveres, y de que aquellos días iban a provocar el desmoronamiento inevitable del Partido Comunista. Lo sabía por el número de muertos. Cavó cinco fosas más, cuatro en un rincón para los comunistas y la quinta en otro donde se enterraba a gente corriente. Cinco muertos, cada uno con su parentela hecha un mar de lágrimas ante la tumba, y breves discursos de los dirigentes del partido ocuparon todo el tiempo de Kamino hasta la tarde. Sin embargo, mientras él trabajaba, Farida no se fue a ningún lado. Se pasó las horas sentada al lado de la tumba de su padre, igual que el día anterior.

—Me atrevería a apostar —le dijo él después de acabar con sus obligaciones, cuando ya volvía a su casa a asearse— que mañana morirán diez comunistas más.

—Si no puedes con todo, entiérralos en una fosa común —propuso Farida—. Dentro de siete días podría llegar a haber novecientos comunistas muertos: sería imposible que cavaras tantas tumbas.

—Espero que sus hijos no sean tan insensatos como tú —replicó Kamino—, porque para darles de comer tendría que organizar un banquete.

—Esta noche ¿puedo quedarme de invitada?

La pregunta pilló desprevenido a Kamino, que solo pudo contestar con un gesto afirmativo. Farida hizo la cena, y al acabar, volvieron a convocar a un espíritu: ni más ni menos que a Mualimin, por supuesto, para que la muchacha pudiera charlar tranquilamente con su padre una vez más. Así siguieron hasta las nueve de la noche, cuando llegó el momento de acostarse. Farida se instaló en la habitación que había sido de los padres de Kamino, él durmió en la misma que había ocupado desde niño.

Al día siguiente se cumplieron las predicciones de Kamino y Farida: a primera hora murieron doce comunistas. En esa ocasión no hubo panegíricos de los dirigentes del partido, porque la situación era desesperada. Se decía que, en efecto, habían fusilado a D. N. Aidit y los dirigentes del Partido Comunista. Soltaron los doce cadáveres de los comunistas en el cementerio sin ceremonia alguna. Kamino no sabía cómo se llamaban. Y aunque solamente cavó una gran fosa para todos, aquel día no paró ni un momento, porque a la hora de comer volvió a aparecer el camión militar y arrojó ocho cadáveres más. Luego, por la tarde, se les sumaron otros siete.

Farida pasó las horas sentada delante de la tumba de su padre y al caer la noche fue la invitada de Kamino, mientras él seguía ocupado con la avalancha de cadáveres. Y así siguieron las cosas hasta el séptimo día.

Si bien la mayoría de los simpatizantes del Partido Comunista había huido, más de mil seguían resistiendo al final del *jalan* Belanda contra la ofensiva de soldados y anticomunistas.

Cuando ya se acercaba el atardecer, alcanzados por todos los flancos, los compañeros empezaron a desplomarse en plena calle. Los que aún no habían muerto corrían de un lado para otro a ciegas, espantados, derribándose entre sí, hasta que las balas acabaron con todos ellos uno por uno. Aquella tarde, en una única y rápida matanza, murieron mil doscientos treinta y dos hombres,

con lo que llegó a su fin la historia del Partido Comunista en Halimunda y en todo el país.

Los subieron a unos camiones de cualquier manera, cada vez más, y los amontonaron como si estuvieran llenando el camión del matadero. Y una caravana de esos vehículos cargados de muertos se dirigió a casa de Kamino. Aquel fue el día de más trabajo de toda su vida. Tuvo que cavar una fosa inmensa y de madrugada aún no había terminado; solo lo consiguió, con la ayuda de un puñado de soldados, al amanecer. No perdía la esperanza de que los comunistas se rindieran, para que no aparecieran más cadáveres y poder descansar por fin. Durante todo ese tiempo, Farida permaneció a su lado, esperándolo, preparándole la comida y sentándose junto a la tumba de su padre.

Por la mañana, después de que se marcharan las tropas en sus camiones y de que mil doscientos treinta y dos cadáveres de comunistas fueran enterrados en una enorme fosa común, Kamino, que no había dormido pero seguía pareciendo lleno de energía, se acercó a Farida, que llevaba allí casi una semana, y le preguntó:

—Señorita, ¿le gustaría venir a vivir conmigo y ser mi mujer?

Farida sabía que su destino era aceptar a aquel hombre, de modo que aquella misma mañana, después de ducharse y ponerse sus mejores galas, acudieron al juez y le pidieron que los casara. Ya marido y mujer, se fueron de luna de miel a la antigua casa de la muchacha.

En consecuencia, aquel día no hubo sepulturero de guardia, pero no pasó nada, porque los soldados se habían cansado de llevar tantos cadáveres de comunistas al cementerio y de tener que ayudar a Kamino a cavar fosas comunes. Al fin y al cabo, a algunos los había matado el ejército, pero a la mayoría se los habían cargado los anticomunistas, que llevaban machetes, espadas, hoces y cualquier cosa que pudiera utilizarse para asesinar, y que

habían abandonado los cuerpos sin vida en la cuneta para que se pudrieran allí. Halimunda estaba repleta de cadáveres tirados por los canales de riego y por las afueras, por las laderas y por las orillas, en mitad de un puente y debajo de los arbustos. La mayoría de esos hombres habían sido asesinados cuando intentaban huir.

Pero no todos habían muerto. Algunos se habían rendido y los habían encerrado en cárceles cercanas o en prisiones militares antes de llevarlos a Bloedenkamp, el aterrador centro penitenciario del delta. Los interrogatorios duraban horas y terminaban con la promesa de continuar al día siguiente. Allí murieron algunos, de hambre o molidos a palos. A los comunistas que seguían libres les daban caza ferozmente, aunque estuvieran en las profundidades de la selva.

Y el compañero Kliwon era el más buscado de todos.

Shodancho creó una unidad especial para capturarlo, vivo o muerto.

En realidad, al llegar las fuerzas especiales, Kliwon seguía sentado con Adinda en el porche de la sede del Partido Comunista, esperando pacientemente los periódicos. Pero por Dios que no los vieron. Entraron hechos una furia y lo destrozaron todo, despedazaron el cuadro de Karl Marx y lo quemaron en la acera junto con la bandera del partido, la hoz y el martillo y todos los libros de la biblioteca, salvo los que hablaban de *silat*, el arte marcial indonesio, que Shodancho rescató para disfrutarlos por su cuenta. Había encabezado el ataque en persona y se llevó dos cajas enteras de libros de *silat* que cargó en el jeep de inmediato. Y todo eso pasó delante de las narices del compañero Kliwon y Adinda, que estaban estupefactos de que nadie se percatara de su presencia.

Los soldados se marcharon a buscarlo en el cementerio público, porque alguien había informado de que se escondía allí, pero se lo encontraron abandonado; no estaba ni el sepulturero. A continuación, sin perder tiempo,

se fueron a casa de Mina, siguiendo otro soplo, pero durante el largo interrogatorio ella insistió en que no había visto al compañero Kliwon desde la semana anterior.

Cuando se marcharon los soldados, Mina se dijo: «Ese idiota tendría que haberse dado cuenta: todos los comunistas acaban delante de un pelotón de fusilamiento».

Un hombre se acercó corriendo a Shodancho para anunciar que había visto al compañero Kliwon huir en barca con una joven. Cada vez más cabreado y presa de un anhelo de venganza pertinaz e insatisfecho, Shodancho ordenó una búsqueda en mar abierto. Sus soldados persiguieron a Kliwon en lanchas, pero únicamente encontraron un esquife vacío que flotaba a merced de las olas, sin rastro alguno de él. Con la esperanza de que dieran con su cadáver, Shodancho mandó a tres soldados que se tiraran al agua a bucear, pero regresaron sumamente decepcionados.

Para dar salida a la rabia, Shodancho volvió a interrogar a los escasos hombres importantes del partido que habían logrado arrestar. Todos y cada uno de ellos dijeron que la última vez que lo habían visto estaba sentado en el porche esperando los periódicos. Shodancho entendió esas historias como una burla y se llevó a esos comunistas a la parte de atrás de la prisión militar, donde los ejecutó uno por uno con su propia pistola.

Corrió el rumor de que el compañero Kliwon tenía poderes místicos, de que podía disfrazarse de otra persona o dividirse y multiplicarse para estar en muchos sitios distintos a la vez, pero, al final, consiguieron atraparlo. Shodancho volvió sobre sus propios pasos, condujo a sus hombres hasta la sede del partido, al final del *jalan* Belanda, y entonces, de repente, lo vio allí, sentado todavía en el porche nada menos que con su cuñada, precisamente como habían dicho los hombres a los que acababa de ejecutar. Era por la tarde y una niebla lloviznosa cubrió la ciudad. A Shodancho le dio demasiada



vergüenza preguntarle dónde había estado todo el día, ya que parecía evidente, por como estaba sentado, que no se había movido de allí.

—Quedas arrestado, compañero —anunció Shodancho—. Y tú, querida Adinda, será mejor que te vayas a casa.

—¿De qué se me acusa? —preguntó el compañero Kliwon.

—De esperar unos periódicos que no van a llegar nunca —contestó Shodancho, con un humor amargo.

Kliwon ofreció las manos y el otro lo esposó.

—Shodancho —dijo Adinda, a la que le caían las lágrimas a chorro por las mejillas—, deja que me despida, porque me da miedo que lo fusiles nada más llegar a la prisión.

Su cuñado asintió. La despedida fue simplemente un largo beso en los labios al compañero Kliwon.

La noticia de su arresto se extendió enseguida y los ciudadanos de Halimunda, algunos aún con las manos cubiertas de sangre seca, se congregaron de inmediato a ambos lados de la calle que llevaba de la sede del Partido Comunista a la prisión militar. Todo el mundo tenía recuerdos entrañables del compañero Kliwon. Esperaron pacientemente a que pasara.

Kliwon se negó a subir al jeep militar y prefirió andar con la dignidad que le quedaba, escoltado por soldados. Adinda iba con Shodancho en el vehículo, que avanzaba muy despacio detrás de la exigua procesión, mientras que la gente apelotonada a derecha e izquierda guardaba un silencio solemne. Miraban con emociones encontradas al hombre que, incluso en aquel momento, seguía llevando su querida gorra. Muchos de los presentes habían sido amigos suyos desde el colegio y se preguntaban cómo podía ser que el hombre más listo y más guapo de Halimunda se hubiera equivocado tanto y elegido vivir como un comunista. Algunas eran mujeres que habían salido

con él, o que habían soñado con salir con él, y lo miraban con los ojos llorosos como si el gran amor de sus vidas las abandonara.

La rabia de la gente se esfumó nada más verlo. Andaba muy erguido, igual de decidido que siempre, no parecía en absoluto un hombre derrotado. Caminaba como un comandante convencido de ganar pronto las guerras que le pusieran por delante. Y la gente que lo veía recordaba todas las cosas buenas que había hecho y olvidaba todas las malas. Era un joven inteligente, espabilado, diligente y educado, y de repente ya nadie se acordaba de que había sido un agitador que se había dedicado a estafar a prostitutas o a quemar barcos.

Llevaba bordada en la gorra una pequeña estrella roja. Vestía una camisa que le había hecho su madre, pantalones de pinzas de su breve estancia estudiantil en la capital y zapatos de piel prestados.

Volvió la cabeza con la esperanza de ver de refilón a Adinda y no pudo distinguirla dentro del jeep. También buscó a Alamanda entre la multitud, pero no estaba. Convencido de que no había nadie importante entre tanta gente, siguió andando con tranquilidad hasta la prisión situada detrás del cuartel militar, donde, sin juicio alguno, Shodancho decretó que sería ejecutado a las cinco de la mañana del día siguiente.

Adinda reapareció poco después, pero, como estaban prohibidas las visitas, se limitó a dejar una muda y a solicitar a su cuñado que se la entregara junto con una bandeja llena de comida.

—Prométeme, Shodancho —pidió—, de que te encargarás de que coma algo. Desde que dejaron de llegar los periódicos, no ha probado bocado.

Shodancho se lo entregó todo en persona. Se encontró al compañero Kliwon tumbado en el catre, con las dos manos detrás de la cabeza y mirando al cielo.

—Supongo que aún tienes buena reputación entre las féminas, compañero

—dijo—. Hay una que te ha mandado ropa y una bandeja de comida.

—Sé quién ha sido: tu cuñada en persona.

Dicho eso, Kliwon se quedó en silencio, sin cambiar de postura. Sin embargo, en la penumbra de la celda, Shodancho sonrió, disfrutando de su pequeña venganza. «Este es el hombre que enamoró a mi hermosa mujer —se decía— y lanzó una maldición sobre mis dos hijas.»

—Voy a encargarme de que mañana te ejecuten.

No quería que su muerte fuera tan sencilla ni tan rápida como un disparo. Su intención era verlo morir lentamente, mientras le extirpaban las uñas una a una, le arrancaban la cabellera, le sacaban los ojos y le cortaban la lengua. Solo de imaginárselo, en los labios de Shodancho se dibujó una sonrisa cruel y mordaz.

No obstante, el compañero Kliwon no reaccionó. Era increíble, pero no parecía que le importara, lo cual enfureció a su rival. Echado en el catre, aquel cadáver viviente parecía colmado de autoridad, colmado de satisfacción, como si fuera a morir mártir, colmado de admiración por la vida que había elegido y jamás lamentaría, por mucho que lo hubiera llevado hasta ese final desventurado. Había un abismo enorme entre ellos, entre un hombre con autoridad para ordenar ejecuciones y otro que contaba las horas que quedaban hasta su muerte. El primero, incomodado por su poder; el segundo, tranquilizado por su destino.

En realidad, Kliwon no pensaba en absoluto en Shodancho, sino que se dejaba llevar por la nostalgia de todos los recuerdos de la ciudad que pronto iba a abandonar. «Qué agotadora es la revolución», pensó, y se preparó para descansar y morir.

Es mucha la gente que se casa durante los meses de la temporada de lluvias. En los pueblos muchísima gente asiste a una ceremonia tras otra durante semanas interminables y los dorados postes *janur kuning* que marcan las casas donde se celebra una boda asoman en las vallas de casi todos los cruces, formando un arco sobre la calle en el que quedan suspendidos sus alegres adornos. Mientras, los hombres que aún no están casados se van a la casa de putas, los amantes se ven más a menudo para quererse en secreto, los matrimonios que llevan muchos años casados parecen revivir su luna de miel en esa época y Dios crea muchos embriones diminutos.

Incluso durante la matanza de los comunistas, la gente seguía haciendo el amor siempre que tenía oportunidad, sobre todo durante los aguaceros más intensos. Sin embargo, eso no les sucedía, al menos por el momento, a Shodancho y Alamanda. Y tampoco a Maman Gendeng y Maya Dewi, que seguían con el mismo ritual que habían estrenado en su noche de bodas, hacía ya casi cinco años.

De todos modos, para Maman Gendeng sí había un motivo de gran felicidad: tenía por fin lo que podía considerarse un hogar, algo con lo que había soñado durante mucho tiempo, desde que se había enamorado de Nasiah y había sido testigo de lo mucho que quería a su novio. Durante años había anhelado una mirada amorosa como la suya, una familia y una casa; habían sido años cargados de desesperación, en los que había dudado de

poder acercarse siquiera a su sueño, en especial porque todo el mundo lo consideraba un sinvergüenza y un alborotador.

Desde el día de su boda, cuando volvía a casa de la estación de autobuses, después de haberse pasado toda la tarde sin hacer nada, charlando o jugando a las cartas con Shodancho, su mujer lo esperaba con la mesa puesta y se apresuraba a prepararle un baño. Pasaba todas las noches flotando en una dicha indescriptible y se sentía por fin muy civilizado, ya que llevaba ropa limpia igual que sus vecinos, comía en una mesa como sus vecinos y dormía en una cama con una colcha, como sus vecinos.

Como había prometido a Dewi Ayu, Maman Gendeng jamás tocaba a otra mujer, y eso que tampoco había llegado a tocar a la suya. Pasó un año tras otro y la chica fue creciendo y llegó a la adolescencia. Ya era mucho más alta, su cuerpo había cobrado forma y sus pechos estaban desarrollándose a la perfección. No obstante, Maman Gendeng seguía viendo en ella a la misma niña de siempre. Le hacía compañía, se fumaba sus cigarrillos mientras ella hacía los deberes y la arropaba por las noches, pero ni siquiera habían llegado a dormir en la misma cama.

Con esa abstinencia sexual, Maman Gendeng estaba logrando una proeza realmente memorable. Cuando, de vez en cuando, sus apetitos hacían acto de presencia, realizaba determinados experimentos en el baño para tratar de tranquilizarse y, en relación con ese asunto, Shodancho era el mejor amigo que podía tener. Aunque procedían de mundos muy distintos, el destino los había unido en una amistad cada vez más estrecha y Shodancho no solo se quejaba de la posibilidad de que su mujer siguiera amando al compañero Kliwon, sino que también empezó a hablar de todos sus problemas familiares con su amigo más fiel. Ya no parecían amigos, sino más bien dos hermanos que se lamentaban y suspiraban en mutua compañía. Un día, Shodancho habló con sinceridad de la ropa interior de hierro de Alamanda.

—Y la llave que la abre es un mantra que no conoce nadie más que mi mujer.

—Pero ¿no decían que estaba preñada?

Entonces, de repente, Shodancho rompió a llorar y sollozar.

—Ha estado preñada dos veces. A las dos criaturas les puse Nurul Aini, pero ¡las dos se esfumaron de su vientre!

—Ninguna mujer puede quedarse preñada sin follar, a no ser que creas en la virgen María.

Shodancho respiró entrecortadamente y se explicó:

—Bueno, la violé cuando tuvo un descuido con ese protector de entrepierna.

Maman Gendeng lo consoló asegurando que él ni siquiera había tocado aún a su mujer.

—Y además, Shodancho, juré no volver nunca a la casa de putas, así que solo me alivio en el baño. Va muy bien para apaciguar el mal humor y prevenir los cabreos. Hay que purgar habitualmente el contenido de los huevos, eso está claro.

—Pero si yo ya hago esas cosas —se quejó Shodancho.

A continuación coincidieron en que con el tiempo encontrarían la clave de un matrimonio feliz para ambos, aunque todo parecía avanzar muy despacio y así lo aceptaban, con paciencia. Maman Gendeng iba a tener que vivir de ilusiones hasta que su mujer fuera lo bastante mayor para hacerle el amor.

—No sé cuándo será, Shodancho. Y, la verdad, lo que tú necesitas también es tiempo, ¿no te parece? Tiempo para hacerte perdonar, porque tarde o temprano, con la suficiente perseverancia, se puede convencer a una mujer. —Al menos, eso era lo que decían los sabios que habían estado con muchas mujeres—. Así pues, si tienes paciencia, esa actitud dará su fruto. Del mismo modo que las gotas de agua pueden hacer un agujero en la piedra, tu mujer

acabará por dejar a un lado esa tozudez e incluso empezará a enamorarse de ti. No tendrás que engatusarla, ni convencerla, ni seducirla para que abra el protector de entrepierna, porque una noche lo abrirá ella misma para ti. Tienes que creer que eso sucederá, Shodancho, porque no existe mujer, ni hombre, capaz de llevarse la terquedad a la tumba.

A diferencia de Shodancho, Maman Gendeng no tenía la más mínima intención de violar a su mujer. Tal vez, si se lo pedía, Maya Dewi se desvestiría y se tumbaría en la cama a esperar que saltara sobre ella completamente desnudo. Pero no, no podía tratar con tanta crueldad a la muchacha, cuya mirada eran aún muy inocente. «La dulce hija menor», así la llamaba en la época en que aún era amante de Dewi Ayu. Consideraba que la tarea más importante de un marido era garantizar la felicidad de su esposa y dejar que aprendiera por sí misma cómo ser una buena compañera.

—Y mirad qué orgulloso estoy de mi mujercita —decía siempre a sus amigos—. A los doce años, cuando me casé con ella, ya se le daba bien cocinar, coser, ordenar y preparar adornos florales. Ahora, en cuanto vuelve del colegio, está aún más ocupada preparando todos los pedidos de galletas.

De hecho, el negocio iba viento en popa y Maya Dewi se había buscado a dos colaboradoras: eran dos huerfanitas, de unos doce años las dos, a las que había acogido en casa. Las tenía ocupadas todo el día con la masa, el horno y la decoración de las galletas.

Pero de repente, un buen día, cuando casi había cumplido los diecisiete años, Maya Dewi sorprendió a Maman Gendeng.

—Voy a dejar los estudios —dijo, y le dio una razón con mucha firmeza: quería cuidar mejor de su casa y de su marido.

Aunque podría haber protestado argumentando que hasta la fecha tanto la casa como él habían estado bastante bien cuidados, probablemente mejor que nadie en toda la ciudad, teniendo en cuenta la de hombres casados que se

escapaban al burdel de Mamá Kalong, Maman Gendeng acató la decisión de su mujer, pues vio en sus ojos una determinación inquebrantable.

Unas horas después, fue a su dormitorio, como de costumbre, para darle un beso de buenas noches y arroparla. Se la encontró desnuda, tumbada en la cama, sobre sábanas rosas y a la luz escasa de una lamparita, sonriéndole envuelta en una fragancia de rosas.

—Cariño —dijo Maya Dewi—, soy tu mujer y ya he crecido lo suficiente para recibirte en esta cama. Abrázame y hazme el amor. Va a ser la noche más hermosa de nuestras vidas, la noche que llevamos cinco años esperando.

Había heredado la belleza de su madre y estaba realmente espléndida, con la melena desplegada sobre la almohada, los pechos respingones y las caderas fuertes y encantadoras. A Maman Gendeng se le cortó la respiración por un momento. Por Dios que en ningún momento se había imaginado que aquellos cinco años de espera fueran a tener como recompensa una bendición tan extraordinaria, como si hubiera recorrido un largo trayecto para encontrar por fin la joya más preciosa del mundo.

Entonces, como si lo empujara una fuerza invisible, se acercó y extendió los brazos para explorar el cuerpo de su mujer con caricias tan tiernas que la hicieron arquearse y retorcerse entre suspiros susurrados. Con una enorme calma, fruto de años de anticipación, Maman Gendeng subió a la cama y olisqueó cariñosamente la frente de su mujer antes de cubrirle las mejillas y los labios de besos ardientes. Ella lo desvistió con gestos tan delicados que al principio ni se dio cuenta de que ya estaban desnudos los dos.

Se fundieron en una noche de bodas magnífica que duró semanas. Como si de verdad fueran recién casados, casi nunca salían de casa y hacían el amor desde que caía la noche hasta que salía el sol, y luego desde la mañana hasta la tarde. Solo se levantaban de la cama para comer y beber, y para ir al baño y respirar aire fresco. Seguían sumidos en aquella extraordinaria luna de miel a



principios de aquel octubre lluvioso y sangriento en Halimunda, de modo que no tenían ni idea de lo sucedido.

Alamanda fue la última persona en enterarse del arresto del compañero Kliwon y de los planes para ejecutarlo a las cinco de la mañana. Le llegó la noticia con el viento que entró por la ventana mientras esperaba el regreso de su marido tumbada en su dormitorio. Casi no salía de casa desde que Shodancho se había obsesionado tanto con los sucesos de principios de octubre, tan repentinos y tan extraños. Alamanda se estremecía al pensar que el hombre al que seguía amando en secreto iba a morir al alba, quizá frente a un pelotón de fusilamiento, quizá ahorcado, quizá ahogado o quizá arrojado a los *ajaks*.

Se sentó en el borde de la cama, envuelta en una colcha, sin despegar los ojos del reloj de la pared, donde veía la manecilla de los minutos avanzar lenta pero segura hacia el momento en que terminaría la vida de su antiguo novio por orden de su marido. Tal vez se encargaría de ejecutarlo el propio Shodancho en persona. Se sentía aislada, apartada y completamente sola, y se echó a llorar porque de repente anhelaba un abrazo masculino. El hombre con el que se había casado la había abandonado por su preocupación por el reciente caos y, por otro lado, se veía incapaz de ayudar a aquel otro hombre, el que sin duda alguna habría preferido tener en su cama.

No era la única que no estaba dispuesta a aceptar la ejecución del compañero Kliwon: para ella y muchos otros, daba igual que hubiera incendiado los tres pesqueros de su marido y metido a adolescentes en la cárcel por estar obsesionados con el rock and roll: aquel hombre era Halimunda y punto, y Halimunda era él. A él se debía la buena reputación de la ciudad, que se había redimido de su mala fama anterior como refugio de prostitutas, bandoleros y viejos guerrilleros.

Todas las chicas de Halimunda, Alamanda incluida, se lo imaginaban siempre que pensaban en la ciudad, pero al alba debía morir, de modo que las plegarias empezaron a flotar por el aire por encima de las casas, surgidas de la boca de personas incapaces de impedir su castigo. La única que podía suspender su ejecución era Alamanda: tenía la llave.

A las cinco menos cuarto de la mañana, Shodancho se presentó por fin en casa con la intención de descansar un momento antes de ver morir a su enemigo más acérrimo, tiró encima de la cama el revólver que pensaba utilizar para acabar con aquel comunista loco y luego, exhausto, se echó al lado del arma antes de darse cuenta de que Alamanda estaba sentada en un rincón del colchón, tiritando.

—Dime, Shodancho, está previsto que muera a las cinco, ¿verdad? —le preguntó desde la oscuridad.

—Sí.

—Estoy dispuesta a recitar el mantra y darte mi amor si me garantizas que lo dejarás vivir —afirmó con determinación.

Shodancho se incorporó y se quedó sentado delante de su mujer en la penumbra de la habitación por un momento, antes de proceder a la transacción más extraña de la historia de los matrimonios.

—Lo digo en serio, Shodancho.

—Me parece un buen trato, aunque me llena de celos.

No dijo una palabra más. Se levantó, recogió el revólver y salió del dormitorio con paso decidido. Se dirigió al cuartel militar y se encontró al pelotón sacando brillo a los fusiles con orgullo, puesto que dentro de poco iban a matar al prisionero más importante de su carrera.

Shodancho se acercó al jefe del pelotón y le dio sus órdenes. Nadie tenía permiso para matar al compañero Kliwon y nadie tenía permiso para preguntar el motivo. Afirmó que todo lo que competía a los generales del

mando central era responsabilidad suya y que, si alguien se atrevía a matar a aquel hombre, no dudaría en matarlo a su vez con su propio revólver así como a sus hijos, a su mujer, a sus suegros, a sus hermanos mayores, a sus sobrinos, a sus primos y a sus tíos de ambos sexos.

La orden fue tan rotunda que nadie se atrevió a replicar, aunque estaban todos devanándose los sesos para entender lo que había sucedido. Pero Shodancho ya se disponía a marcharse, si bien se volvió a la altura del portón y miró a los soldados, que aún no se habían acostado a la espera del fusilamiento, y añadió:

—Podéis darle cuatro puñetazos, pero repito: no lo matéis. A las siete de la mañana deberá quedar libre.

Y acto seguido se dirigió a su casa.

Al llegar se encontró a su mujer desnuda encima de la cama, exactamente igual a como había descubierto Maman Gendeng a Maya Dewi. Dentro de la habitación había un aire caliente y refrescante, aunque en el exterior la temporada de lluvias lo había helado todo. A la luz de la lamparilla distinguió la silueta del cuerpo que tan bien conocía, todos sus arcos, sus hoyuelos y sus curvas. Su mujer tenía ya veintiún años y estaba madura, apetecible.

Entonces Shodancho se percató de que el cuarto estaba decorado como un dormitorio nupcial. Todo era de color oro, como le gustaba a Alamanda, desde las sábanas hasta la colcha pasando por la mosquitera. En la mesita del rincón había un jarrón con orquídeas y nardos para deleitar la nariz. Era todo como el maravilloso regalo de una noche de bodas que llegaba con cinco años de retraso.

Shodancho adoptó la actitud tímida de un recién casado: no se precipitó, como era habitual en él, sino que se desvistió poco a poco. Y entonces tuvo lugar aquella noche de bodas pospuesta, seguida de una luna de miel extraordinariamente romántica y cariñosa. El amor de aquella noche fue

formidable y alocado; cuando se cayeron de la cama dorada, sin darse cuenta, continuaron en el suelo y de ahí pasaron al baño, antes de hacerlo en el sofá cuando los rayos del sol empezaban a colarse ya por la ventana.

Cerraron todas las puertas de la casa, confinaron a las criadas a la cocina y volvieron a copular en la sala de estar mientras se leían párrafos de novelas pornográficas el uno al otro. A continuación volvieron al baño. Para las criadas en la cocina y también para los vecinos fue una sorpresa oír los chillidos entrecortados de Alamanda y los gruñidos graves de Shodancho, que aquella noche se corrió tres veces, aunque la satisfacción no llegó hasta que lo hicieron once veces más al día siguiente: eran, en verdad, una pareja de glotones que llevaban cinco años a pan y agua.

Al igual que Maman Gendeng y Maya Dewi, tardaron varias semanas en salir de casa. Ya no les importaba nada de lo que sucediera en el exterior.

Luego, al cabo de unos meses, Shodancho se enteró de que la mujer de Maman Gendeng estaba preñada. Se celebró una fiestecita y todos los *premanes* se emborracharon en el jardín trasero, sin hacer caso de los gritos del futuro padre, que prohibía que nadie bebiera en exceso bajo su techo, hasta el punto de que empezaron a perder el conocimiento y el propio Maman Gendeng se vio obligado a sacarlos a la calle a rastras, uno por uno.

Seguía siendo un matón en la calle y un pedazo de pan en casa cuando por fin nació su hija. Como había jurado, le puso Rengganis, aunque casi todo el mundo acabó llamándola «Rengganis la Hermosa» debido a su extraordinaria belleza.

También apareció Shodancho, feliz porque su amigo había tenido una hija igual de guapa que su madre y su abuela. Por descontado, también le tomó el pelo y lo felicitó por tener el aparato en buen estado después del descanso forzado de cinco años, salvo unos cuanto episodios ridículos en el baño. Al

oír sus palabras, Maman Gendeng, por lo general tan tosco e implacable, se sonrojó con timidez y le preguntó al otro, no sin cautela, cómo le iba todo.

—Mírame bien, querido amigo —contestó Shodancho con una sonrisa de oreja a oreja—. A los dos se nos ha concedido buena fortuna y toda nuestra paciencia por fin ha dado su fruto. Mi mujer también está preñada y su vientre está bien redondo y lleno. Ay, amigo, no me mires así, no lo hice igual que en los dos primeros embarazos. Es cierto que perdimos a esas dos niñitas encantadoras, pero ahora tengo la esperanza de que por fin desaparezca mi sufrimiento. Creo que mi mujer va a dar a luz a una niña completamente real, y te juro que no va a ser menos guapa que tu hijita. Porque esta vez lo he hecho bien. Hemos copulado como todos los recién casados, con un poquito de timidez al principio, pero con ardor, pasión, sinceridad y mucho amor.

»Seguro que oír esto te sorprende. Yo me sorprendí tanto como tú cuando una noche, estando ya a punto de amanecer, me encontré a mi mujer desnuda y se me ofreció, diciendo que estaba preparada, dispuesta a que la tomara, y que no iba a oponer resistencia, y desde entonces, durante varias semanas, disfrutamos de las noches de nuestra luna de miel, de una belleza exquisita. Mi historia no es demasiado distinta de la tuya, amigo mío, porque tal vez el universo nos ha asignado el mismo destino.

Shodancho no mencionó, pues le pareció que Maman Gendeng no tenía por qué saberlo, que se había granjeado el amor de su mujer al perdonar la vida del compañero Kliwon. Radiantes de felicidad, brindaron por ambos en el jardín trasero, cerca de los estanques de Maman Gendeng. Hablaron de muchas cosas, entre ellas estrategias aplicables al jugar al triunfo, y prometieron regresar pronto a la mesa de juego tras la larga ausencia provocada por sus interminables lunas de miel.

Seis meses después del nacimiento de Rengganis, al enterarse de que

Alamanda se había puesto de parto, Maman Gendeng llevó a su mujer y a su hija a casa de Shodancho. Llegaron justo cuando la criatura lloraba por primera vez y, en ese preciso instante, Maman Gendeng estrechó la mano del flamante padre, que estaba muy emocionado de ver al bebé, con carne y hueso de verdad, sangre y piel, absolutamente perfecto, como casi todos los recién nacidos del mundo. Había sido niña y resultó que, en efecto, no era menos hermosa que la hija de su querido amigo, su enemigo.

—Enhorabuena, Shodancho —lo felicitó Maman Gendeng—. Espero que estas primas sean muy buenas amigas. ¿Ya habéis elegido el nombre?

—Al igual que a sus dos hermanas mayores, las que desaparecieron, le pondré Nurul Aini —contestó Shodancho, aunque luego la gente prefirió llamarla Ai.

Y hasta aquí la historia de dos padres que, cada uno por su lado, tuvieron que esperar varios años para coger en brazos a sus diablillas, dos hombres que querían con locura a sus hijas, hasta el punto de que, cuando se reunían en torno a la mesa de las cartas con el sardinero y el carnicero, a veces se llevaban a las niñas. Y resultó que las chiquillas crecieron juntas. Los hombres las dejaban barajar en mitad de una partida o lanzar las monedas con las que apostaban, y su amistad se estrechó debido a la presencia de las dos niñas.

Habría que añadir que doce días después del nacimiento de Nurul Aini, nació un tercer primo. Al niño, hijo de Adinda, su padre le puso Krisan. Pero esa es otra historia, la de otra familia, otro destino que empezó el día en que, al alba, estaba previsto el fusilamiento del compañero Kliwon, a quien perdonaron porque Alamanda compró su vida rindiéndose ante Shodancho. Por entonces, nadie se imaginaba que el nacimiento de aquellos tres primos, los nietos de Dewi Ayu, tendría atroces consecuencias.

Mientras, en el cementerio, Kamino y Farida disfrutaban de su tranquila vida en común. A él, feliz por haber encontrado por fin a una chica dispuesta a vivir con un sepulturero, ni siquiera le importaba que su flamante esposa asegurara repetidamente que el único motivo por el que se había casado con él era estar cerca de la tumba de su padre.

«Tener celos de un muerto sería inútil», le contestaba.

Seguían jugando con frecuencia al *jailangkung* para convocar el espíritu de Mualimin. El muerto parecía contento de que Farida hubiera encontrado un marido sepulturero. «No hay nadie más atento que los sepultureros —afirmaba—. Cuidan gentilmente de gente que ya no necesita que la cuiden.»

El matrimonio fue aún más feliz cuando Farida se quedó embarazada.

—Si es niño, ya tendremos la nueva generación de sepultureros —dijo a su marido—, pero, si resulta que es niña, puede que esta ciudad se quede sin alguien que entierre a sus muertos.

Así era su vida en común. Pasaban el tiempo, sobre todo, hablando entre ellos y con los espíritus de los muertos, y de vez en cuando con los familiares que acompañaban a los cadáveres, y también, muy de vez en cuando, visitaban a sus vecinos, al otro lado de las plantaciones de cacao y cocos.

Su vida podría haberse considerado próspera. Tenían la casa que les había dado el ayuntamiento y a la familia nunca le faltaba dinero porque casi a diario llegaban familiares de algún fallecido que depositaban uno o dos billetes en la mano de Kamino. La gente peregrinaba hasta la tumba al séptimo día de la muerte de alguien y también al cuadragésimo, y de nuevo al centésimo, y una vez más al milésimo. A principios del mes del ayuno, el ramadán, también se peregrinaba, y después de la celebración del Eid había quien también cumplía con esa tradición. Dado que en el cementerio había tanta gente enterrada, no era sorprendente que aparecieran peregrinos todos

los días, y Farida y Kamino disfrutaban con el entretenimiento que ofrecían esos visitantes.

Lo único que resultaba algo molesto era el asunto de los fantasmas. No es que fueran malos, pero sí traviesos. Con frecuencia se burlaban de la gente que se veía obligada a pasar por delante del cementerio: hacían ruidos espeluznantes o se aparecían como vendedores de boniatos decapitados. Todo el mundo evitaba aquel lugar de noche, pero Kamino y Farida estaban muy acostumbrados y se limitaban a espantarlos como quien espanta a una gallina que se ha colado en la cocina. De vez en cuando, el matrimonio incluso se burlaba de ellos.

A la hora de comer, si no había mucho que hacer, Farida seguía visitando la tumba de su padre a solas. Había llevado una silla, pero, cuando el embarazo ya estaba avanzado, estar sentada empezó a resultarle cansado, de modo que decidió desplegar una esterilla y tumbarse a la sombra de las hojas del franchipán, pero resultó que cerca del suelo la brisa marina levantaba la arena. Kamino le hizo una hamaca de cuerda que ató entre dos franchipanes para que su mujer pudiera tumbarse y dejar que la meciera el viento, con los ojos cerrados mientras su cuerpo se balanceaba suavemente.

Sin embargo, un día todo desembocó en un desastre. Cuando ya estaba de seis meses, Farida se durmió en aquella hamaca y tuvo una pesadilla aterradora. Se despertó del susto y al incorporarse rebotó y se cayó al suelo. Sufrió una hemorragia, y antes de que pudiera alcanzarla Kamino, que había oído el golpe seco de su cuerpo contra el suelo, ya había muerto.

Él mismo se hizo cargo del entierro de su mujer y solo contó lo sucedido a uno o dos vecinos, pues estaba demasiado abrumado para decírselo a nadie más. Con todo el amor del mundo, lavó el cadáver, lacerado por el dolor y culpándose de haber hecho aquella hamaca. Él mismo rezó ante el cuerpo y, dado que en su casa había un buen surtido de mortajas, él mismo se encargó



también de envolverlo en una. Por la tarde empezó a cavar la tumba de Farida, al lado de la de Mualimin, ya que sabía que eso era exactamente lo que habría querido. Al caer, la noche, la fosa estaba terminada. Llorando sin freno, trasladó el cadáver de su mujer y lo colocó en el pequeño hueco del fondo. Lo cubrió con tablas de madera. Cuando empezó a echar tierra en el agujero, sus sollozos se transformaron en convulsiones desgarradoras.

Aquella noche no durmió. Como había hecho Farida tras la muerte de su padre, Kamino se sentó junto a la tumba de su esposa y se quedó allí sin mover un solo músculo. Aún tenía el cuerpo manchado de la tierra de la fosa y la pala, clavada a su lado. De repente, oyó unos leves gemidos. Era el llanto de un niño... No, de un bebé. Miró a un lado y a otro, pero no vio a nadie. Empezó a pensar que se trataría de una travesura de uno de los fantasmas del cementerio, pero, cuando el llanto fue ganando en intensidad y en claridad, se dio cuenta de que procedía de la tumba de Farida.

Como un poseso, empezó a retirar la tierra y sacar las tablas protectoras. El cuerpo seguía ahí, bien envuelto en su mortaja, pero cerca de la entrepierna distinguió algo que se movía. Retiró la tela de inmediato y vio un niño que había salido a medias y estaba atrapado entre los muslos del cadáver. Lo sacó y comprobó que estaba vivito y coleando, y que lloraba con ganas, y cortó el cordón umbilical de un mordisco.

Era su hijo. Nacido en una tumba, prematuro, pero al parecer en buen estado de salud. Aquella criatura fue una bendición para Kamino en aquel momento de dolor, como un regalo de amor enviado por su querida Farida. Él mismo lo crió y lo mimó; lo llamó Kinkin.

La mañana del día en que debían haber fusilado al compañero Kliwon, Adinda, que había acudido para ver si estaba muerto, se lo encontró apaleado y amoratado en el campo situado detrás del cuartel militar. Como ella había

querido, llevaba la ropa limpia y formal que le había mandado, aunque decorada con salpicaduras de sangre: a las cuatro y media de la madrugada, el condenado se había bañado con tranquilidad y luego se había mirado atentamente al espejo, con la esperanza de que al ángel de la muerte le gustara lo que iba a encontrarse.

—¿Tienes miedo, compañero? —había preguntado uno de los guardias un momento antes de que llegara la hora de la ejecución.

—No son más que soldados aterrados —había contestado el compañero Kliwon—. En caso contrario, no necesitarían armas.

Al dar las cinco, había llegado un grupo de soldados para llevárselo, soldados cabreados porque Shodancho había ordenado cancelar la misión consistente en matarlo a tiros. Y su rabia se había intensificado aún más ante la tranquilidad con la que el condenado se enfrentaba a la muerte.

—Puedo ir hasta mi tumba por mi propio pie —había dicho el compañero Kliwon.

—Le rogamos que nos permita molestarnos en llevarlo nosotros —habían contestado ellos.

Lo habían arrastrado por los suelos con las piernas extendidas detrás. Mientras tiraban de él por el pasillo habían empezado a pegarle patadas, sin darle la oportunidad de decir una sola palabra de protesta. Luego lo habían soltado en mitad del pequeño campo donde tendrían que haberlo fusilado y un foco había iluminado la hierba, por lo que el compañero Kliwon, que intentaba levantarse, había empezado a parpadear. Le dolía todo el cuerpo de las patadas que le habían propinado por el camino. Incluso a las puertas de la muerte, se había preocupado por si tenía algún hueso roto.

Se había levantado y había notado que le chorreaba la sangre por la espalda al andar, al tambalearse un poco en dirección al muro contra el que debía ponerse para que lo fusilaran. Sin embargo, aquellos soldados lo habían

apaleado con golpes violentos y estudiados, habían vuelto a patearlo con las botas y le habían clavado las culatas de los fusiles.

«Así no conseguiréis matarme», había dicho el compañero Kliwon.

Un porrazo más y había perdido el sentido. Con eso había acabado toda la tortura. Los soldados ya solo le habían dado la vuelta con la puntera de las botas. Nadie se había atrevido a seguir pegándole en aquel estado, por miedo a que muriera. Shodancho les había dado permiso para torturarlo, pero no para matarlo, de modo que habían arrastrado su cuerpo inconsciente hasta un campo situado fuera del cuartel. Si moría descuartizado por los perros, ya no era responsabilidad suya.

Al recuperar el sentido, el compañero Kliwon se encontró en una cama de hospital, con el cuerpo dolorido y envuelto en vendajes que se cruzaban por todas partes. A su lado estaba sentada Adinda, esperando, con una cara adorable en la que había una sonrisa sincera, pues estaba contentísima de verlo vivo y consciente.

—Esta jovencita lo arrastró hasta la calle principal y luego lo trajo hasta aquí en ciclotaxi. Ha estado inconsciente dos días y dos noches, pero ella no se ha movido de aquí —informó el médico que estaba a su lado.

El compañero Kliwon musitó un agradecimiento inaudible —ya que tenía incluso la boca vendada—, pero Adinda lo entendió mirándolo a los ojos y asintió antes de decirle que esperaba que se recuperase lo antes posible.

Aquel era el hombre que tantas huelgas había encabezado, que había dirigido a más de mil comunistas en Halimunda, y lo había perdido todo: a sus amigos e incluso su propia ciudad, que se encauzaba hacia un mundo nuevo, un mundo sin comunistas.

Pasó una semana postrado en la cama, con Adinda a su lado y visitas de Mina todas las mañanas. A veces, cuando todavía perdía y recuperaba el

sentido como si flotara, empezaba a delirar y a llamar a sus amigos, aunque, por supuesto, estaban casi todos muertos y quizá ya habían llegado al infierno. En otros momentos pedía los periódicos, convencido aún de que todo aquel caos había comenzado cuando no habían aparecido. Si los desvaríos se intensificaban, Adinda enseguida le ponía una compresa fría en la frente, que ardía por la fiebre, y al momento volvía a dormirse.

—¿Tengo que recomendar que se lo lleven a un hospital psiquiátrico? —preguntó el médico a la chica.

—No hará falta —contestó ella—. En realidad, está extraordinariamente cuerdo, el que está loco es el mundo al que va a enfrentarse.

Una vez le dieron el alta, ya recuperado más o menos en cuanto a lo físico, el compañero se instaló en casa de Mina, sin querer ver a nadie: sustituyó a su madre en su trabajo de modista y evitaba el trato con los demás. Perdió el contacto con la realidad de su ciudad, pues sus ojos hundidos solo miraban el movimiento de la aguja. Incluso cuando no había pedidos, se dedicaba a coser otras cosas, desde pañuelos hasta fundas de almohada; y, a partir del momento en que se acabaron los pedazos de tela grandes, se puso a reunir los retales desgarrados y hacer labores con ellos.

Como no quería hablar con nadie, y ya nunca salía de casa, la gente empezó a comportarse como si no existiera, a no hacerle caso y algunas veces incluso a murmurar: «Habría sido mejor si al final lo hubieran fusilado de verdad».

«Es como si hubieras muerto sin que te ejecutaran. A lo mejor sí que deberían mandarte a un hospital psiquiátrico», le decía Adinda, que en diversas ocasiones trató de devolverlo a la vida. Él no contestaba y la muchacha perdió la esperanza de recuperarlo.

Sin embargo, una mañana salió de casa hecho un brazo de mar, con lo que sorprendió a su madre cuando lo vio cruzar el umbral y caminar. Al oír la

noticia de que el compañero Kliwon había vuelto a dejarse ver por las calles de Halimunda, la gente corrió a comprobarlo de inmediato, como una marea humana. Lo vieron cruzar el *jalan* Pramuka, el *jalan* Rengganis, el *jalan* Kidang, el *jalan* Belanda, el *jalan* Merdeka y muchas otras calles, igual que lo habían visto llegar a la prisión rodeado de soldados. Y, al igual que aquel día, andaba también con una indiferencia extraordinaria. Kliwon pensó en todos aquellos curiosos, que iban creciendo en número para formar una multitud que atravesaba como si estuviera en una feria ambulante.

—¿Puedo preguntarte adónde vas? —dijo alguien.

—Al final de la calle.

Era la primera frase que pronunciaba desde su salida del hospital y para quienes la oyeron fue un acontecimiento. Muchos de los presentes creían que se dirigiría a la antigua sede del partido, que había quedado reducida a un montón de escombros, para proclamar la vuelta del Partido Comunista. Otros suponían que se suicidaría tirándose al mar, pero nadie lo tenía muy claro, así que no dejaron de seguirlo como un auténtico desfile de caravanas de circo.

Contemplaron atónitos cómo, al pasar por una plaza, de repente arrancó una rosa e inhaló su aroma como si tal cosa, con lo que las chicas estuvieron a punto de desmayarse. Después de un mes encerrado en casa, estaba más rollizo que cuando dirigía el Partido Comunista y, al verlo oler aquella rosa, vislumbraron un indicio del brillo que había tenido en la mirada y que había enamorado perdidamente a tantas mujeres. Todas empezaron a desear que se dirigiera a su casa en concreto, con un espíritu de reconciliación o nostalgia, o como se quisiera llamarlo, con el fin de revivir una historia de amor que había florecido en su día o que aún no había tenido oportunidad de florecer.

—¿Puedo preguntarte para quién es esa flor, compañero? —dijo una chica joven con un temblor en los labios.

—Para un perro —contestó él, y se la tiró a un perro salvaje que pasaba

por allí.

Muchas mujeres se quedaron aún más desconsoladas cuando se comprobó que iba a ver a Adinda, que ya había cumplido los veinte años y había heredado toda la belleza materna. Dewi Ayu, que se sorprendió al ver aparecer al compañero Kliwon, lo invitó a pasar, mientras que los centenares de curiosos congregados en el jardín se apiñaban contra las ventanas para escuchar lo que decían y enterarse de lo que iba a suceder. Incluso Shodancho y Alamanda, que no habían visto a Dewi Ayu en cinco años, hicieron acto de presencia y se apretujaron con los demás, olvidando por un momento su ardiente y apasionada luna de miel. La gente no sabía si había ido a ver a Adinda o a Dewi Ayu; al parecer, seguía siendo el mismo hombre que siempre había gozado de mucha popularidad y todo el mundo estaba a la espera de que protagonizara otro drama. Ya había interpretado el papel del hombre más querido de la ciudad y también el del más odiado.

—Buenas tardes, señora —saludó.

—Buenas tardes. Me quedé con la duda de por qué no te habían fusilado —contestó Dewi Ayu.

—Porque sabían que la muerte me daría demasiado placer.

Dewi Ayu se rio de su ironía.

—¿Te apetece un café hecho por mi hija, compañero? Me han dicho que en los últimos años os habéis hecho íntimos.

—¿Qué hija, señora?

—Solo queda una: Adinda.

—Sí, gracias, señora. He venido a pedir su mano.

Surgió un alboroto atronador de la multitud allí congregada, asombrada por aquella declaración de intenciones, y, por supuesto, las chicas se quedaron aún más desoladas. Incluso Alamanda rompió a llorar al oírlo, emocionada como si hubiesen pedido su mano, pero también celosa de que su hermana

pequeña hubiera recibido semejante bendición. Adinda, que había estado escuchando al otro lado de la pared, se sorprendió más que nadie al oír el repentino anuncio del compañero Kliwon. Llevaba dos tazas de café en una bandeja, pero se había detenido detrás de aquella pared y tuvo suerte de que no se le cayeran al suelo.

Se quedó allí, confundida y presa de la felicidad y el estupor. Dewi Ayu, a quien una vida de amarguras había acostumbrado a no perder el control, sonrió con amabilidad y compostura.

—Bueno, tendré que preguntarle a mi hija qué opina.

Dicho eso, se fue a verla. Adinda tenía vergüenza y no quería salir, sobre todo por la multitud que rodeaba la casa, pero al ver a su madre asintió con total determinación. Dewi Ayu volvió a donde estaba el compañero Kliwon y se sentó delante de él con la bandeja.

—Ha asentido —informó, y continuó entre risas—: de modo que vas a ser mi yerno. El único que nunca se ha acostado conmigo.

—Bueno, en un momento dado sí que lo intenté, señora —contestó él, con una miradita tímida.

—Ya me parecía a mí.

Kliwon acabó casándose con Adinda a finales del mes de noviembre de aquel año, con un animado banquete pagado íntegramente por Dewi Ayu. Mataron dos vacas bien gordas, cuatro cabras y centenares de pollos, y se consumieron incontables cantidades de arroz, patatas, judías, fideos y huevos. Al principio, Kliwon esperaba que fuera la boda más sencilla y más modesta posible, ya que no tenía mucho dinero, solo los escasos ahorros que había conseguido en su época de pescador. Sin embargo, Dewi Ayu quería un gran banquete, puesto que Adinda era la única hija que le quedaba.

A modo de dote, el compañero Kliwon regaló a la novia un anillo que había comprado cuando estaba en Yakarta, pagado con sus ganancias como

fotógrafo ambulante, un anillo que, a decir verdad, había adquirido para Alamanda. Adinda conocía la historia de aquella dote, pero no sufría los celos de los que la acusaba su hermana. Incluso lo lucía con orgullo sincero. Pasaron la luna de miel en un hotel del golfo que Dewi Ayu se había encargado de reservar.

La puta incluso regaló a los recién casados una casa en la misma urbanización donde vivía Shodancho, a escasa distancia. Por su parte, Kliwon compró una parcela y empezó a labrar la tierra él solo. En el extremo más alejado excavó un estanque en el que soltó renacuajos a los que daba paja y hojas de mandioca y papaya todas las mañanas. Y sembró arroz, como todo el mundo. Adinda tenía mucho que aprender para ser la mujer de un campesino, porque en la vida había tocado siquiera el barro de un arrozal, pero, por descontado, estaba enormemente satisfecha.

Kliwon salía muy temprano, como cualquier otro campesino, para ir a sus campos. Comprobaba el drenaje, desherbaba, daba de comer a los peces y plantaba frutos secos y judías. Adinda se ocupaba de todas las tareas domésticas y, cuando se acercaba el mediodía, una vez terminadas todas sus labores, recorría el mismo camino que su marido hasta los campos con una cesta repleta de alimentos. Comían juntos en la pequeña cabaña que él había levantado en el extremo del arrozal, y cuando volvían a casa, la cesta iba llena de brotes de mandioca y boniatos.

En enero, Adinda fue al hospital por su cuenta y allí le confirmaron que, en efecto, esperaba un hijo. Todos los que los conocían se alegraron por ellos. Alamanda fue la primera en felicitarlos. Por entonces, también ella estaba embarazada, pues Nurul Aini aún no había nacido. Llegó cuando el matrimonio descansaba en el porche, contemplando las hermosas flores que había plantado Adinda, que ya se estaban abriendo. Los dos se sorprendieron



un poco al verla aparecer, ya que, si bien eran vecinos, Alamanda nunca había pasado a saludarlos, ni viceversa.

Kliwon se sintió algo violento, pero Adinda fue a abrazar de inmediato a su hermana mayor y se besaron en las mejillas.

—¿Qué ha dicho el médico? —preguntó Alamanda.

—Que, si es niña, espera que no salga puta como su abuela; y, si es niño, que no sea comunista como su padre.

Alamanda se echó a reír.

—¿Y qué te han dicho a ti de tu vientre? —preguntó entonces Adinda.

—Bueno, este vientre ya nos ha engañado dos veces, así que no tengo nada claro.

—Alamanda —dijo de repente el compañero Kliwon, y las dos mujeres se volvieron hacia él. Se lo encontraron mirando el vientre de su cuñada, que se quedó blanca como el papel al recordar que, en su día, aquel hombre había dicho que dentro de su vientre no había más que aire y viento, que era como una olla vacía—. Juro que ahora no es una olla vacía como antes —proclamó.

Alamanda se quedó mirándolo, pues quería oírlo repetir aquellas palabras, y Kliwon asintió para tranquilizarla.

—Es una niña preciosa —afirmó—, quizá más guapa incluso que su madre, perfecta, con el pelo negro azabache y una mirada penetrante heredada de su padre. Nacerá doce días antes que mi hijo. Podéis ponerle Nurul Aini, como a sus hermanas mayores, pero créeme cuando te digo que llegará a ser una jovencita preciosa.

Con el correr de los días, Kliwon, que se daba cuenta de que su responsabilidad crecía al mismo tiempo que la criatura que había en el vientre de su mujer, empezó a pensar en otro trabajo que no fuera el de los campos y los arrozales. Cuando aún era el líder del Partido Comunista, había reunido libros para que los leyera los niños que acudían a la escuela dominical,

además de material político. La mayor parte de esos libros había sido destruida, quemada por los hombres de Shodancho y los anticomunistas que habían incendiado su sede. No obstante, Shodancho había rescatado las novelas de artes marciales y algunas de literatura barata, sin rastro de ideología comunista, y se las había llevado al cuartel militar para sus soldados y para él. Un día, no mucho después de la visita de Alamanda, le devolvió dos cajas de cartón llenas de esos libros. Y, con eso, el compañero Kliwon emprendió un modesto negocio, una pequeña biblioteca situada delante de su casa. Sus clientes eran sobre todo niños en edad escolar, pero así Adinda tenía algo que hacer y, además, todo el mundo estaba muy contento.

Y entonces, por fin, nació Nurul Aini. Shodancho se quedó impresionado al oír decir a Maman Gendeng:

—Enhorabuena, Shodancho. Espero que las primas sean buenas amigas.

Era una idea sumamente original, dejar que las dos niñas crecieran unidas por la amistad, como forma de apaciguar la hostilidad que había surgido hacía tanto tiempo entre sus padres. Shodancho coincidió con él y propuso que, cuando llegara el momento, matricularan a las dos niñas, Rengganis la Hermosa y Nurul Aini, en el mismo parvulario.

Y entonces, movido por esa idea, cuando Adinda dio a luz a su hijo doce días después del nacimiento de Nurul Aini, según había predicho Kliwon, Shodancho se hizo eco del deseo de paz y esperanza de Maman Gendeng con unas palabras ligeramente distintas:

—Enhorabuena, compañero. Espero que, a diferencia de nosotros, tu hijo y mi hija puedan ser buenos amigos y quizá incluso se enamoren.

El padre puso Krisan al niño. Y es posible que, en efecto, hubiera estado destinado para Nurul Aini, pero la vida siempre tiene algo más que decir.

En 1976, Halimunda estaba llena de rencor, con fantasmas vengativos atrapados en el limbo e incapaces de descansar. Toda la gente de la ciudad lo notaba, lo mismo que los dos turistas holandeses que acababan de bajar del tren. Parecían un matrimonio de más de setenta años, pero, incluso a esa edad, el marido podía cargar con una mochila enorme llena a reventar, mientras que su mujer llevaba una bolsa pequeña y una sombrilla. Nada más pisar el andén, se echaron atrás al notar el aire denso y turbio, con un hedor rancio y lleno de sombras que parpadeaban con un brillo rojizo.

—Es como entrar en una casa encantada —comentó ella, negando con la cabeza.

—No —la contradijo él—, es como si en esta ciudad hubiera habido una matanza.

El ciclotaxista que los llevó al hotel les habló de los fantasmas:

—Tienen mucha fuerza, así que crucen los dedos para que no nos hagan volcar en mitad de la calle.

—¿Pasan cosas así a menudo? —preguntó el marido.

—Lo que es rarísimo es que no pasen —contestó el ciclotaxista.

Les contó que un coche se había estampado contra la valla protectora y había salido disparado hasta caer en el mar. Habían muerto todos sus ocupantes, y los habitantes de Halimunda, del primero al último, creían que habían sido cosas de fantasmas que no podían descansar. También les habló

del enorme incendio que se había declarado en el mercado hacía dos años: todo el mundo estaba convencido de que lo habían provocado aquellos fantasmas.

—¿Cuántos hay? —quiso saber la mujer.

—¿Sabe, señora? Nunca ha habido nadie tan insensato como para atreverse a contarlos.

Entonces se enteraron de que, unos años atrás, habían muerto en aquella ciudad más de mil comunistas en una horrenda matanza. Aunque la gente odiaba a los comunistas, decía que nunca había habido en su ciudad una carnicería tan espeluznante, y con suerte no volvería a haberla. Sí, habían muerto más de mil personas. Casi todas estaban enterradas en una fosa común en el cementerio de Budi Dharma. A los demás los habían dejado en la cuneta para que se pudrieran, hasta que la gente ya no pudo soportarlo más y acabó enterrándolos.

Aquellos dos turistas holandeses habían encontrado un hotel bastante bueno en la bahía.

—Una vez hicimos el amor aquí —susurró la mujer a su marido—. Fue cuando nos pilló papá, la última vez que lo vimos.

Él asintió. Se dirigieron a la recepción y los recibió un joven de uniforme blanco con una pajarita de simetría tan perfecta que lo hacía parecer rígido y antinatural mientras les sonreía y deslizaba hacia ellos el registro de clientes. El marido escribió en él sus nombres con una letra bastarda elegante y anticuada: Henri y Aneu Stammler.

Pasaron el resto del día en la habitación, que, como señaló Aneu Stammler, había cambiado mucho desde la época colonial:

—Me atrevería a apostar algo a que el dueño actual es un indígena.

Habían previsto una pequeña excursión para el día siguiente, pero no parecían tener la más mínima prisa, como si pensarán quedarse mucho

tiempo en Halimunda, tal vez meses o incluso años. Les pasaba a muchos turistas holandeses, que se ponían muy nostálgicos por los tiempos pasados en los que habían vivido allí, antes de que la guerra los expulsara.

Llegó un botones con el servicio de habitaciones y también con un mensaje:

—Mientras estén aquí, señores, vayan con mucho cuidado con los fantasmas de los comunistas.

—Karl Marx ya nos advirtió de eso en el primer párrafo de su *Manifiesto comunista* —contestó Henri Stammler entre risas.

A continuación degustaron una cena que les devolvió todos los sabores tropicales que ya casi habían olvidado, pero antes de eso, y antes de que se fuera el botones, Henri le preguntó:

—¿Conoce a una mujer que se llama Dewi Ayu? Tendrá cincuenta y dos años.

—Por supuesto —contestó el chico—, no hay una sola persona en Halimunda que no la conozca.

Henri Stammler y su mujer pegaron un respingo de extraordinaria alegría. Habían cruzado casi la mitad del mundo en un avión solo para llegar a esa ciudad y dar con su hija, a la que habían abandonado recién nacida a la puerta de la casa de su abuelo. Los dos se quedaron mirando al muchacho mudos de asombro, como si les costara creer que fuera posible encontrarla con tanta facilidad.

—¿Es medio blanca?

—Sí, no hay ninguna otra Dewi Ayu es esta ciudad.

—¿O sea, que sigue viva? —preguntó Aneu Stammler con los ojos llenos de lágrimas.

—No, señora. Murió no hace mucho.

—¿De qué?

—Murió porque quiso —afirmó el chico antes de marcharse, pero cuando ya estaba en el umbral añadió—: Claro que hay muchas putas más, si eso es lo que buscan.

Así se enteraron de que Dewi Ayu había sido prostituta. El botones les contó que era toda una leyenda en Halimunda, la puta más venerada de toda la ciudad, aunque eso no impresionó demasiado a Henri y a Aneu Stammler.

—Todos los hombres querían acostarse con ella. Hasta dos de sus tres yernos se la llevaron a la cama. Era una puta de primera.

—Así pues, ¿tiene tres hijas? —preguntó Aneu Stammler.

—Cuatro. La menor nació doce días antes de la muerte de Dewi Ayu.

El botones les dio la dirección donde podían encontrar a su nieta menor y les informó de que vivía con una criada muda llamada Rosinah, que era quien la cuidaba, y de que Dewi Ayu le había puesto Bella.

—Pero es horrenda, como un monstruo —les advirtió.

Lo comprobaron por sí mismos cuando acudieron a la casa al día siguiente. Los dos estuvieron a punto de desmayarse, incapaces de creerse que tenían una nieta con aquel aspecto.

—Como un pastel quemado —dijo Aneu Stammler, desplomándose en la silla.

Rosinah tumbó a la pequeña Bella en una cuna-columpio de tela que colgaba en el umbral y ofreció a los invitados sendos vasos de limonada fría.

—Dewi Ayu estaba aburrida de tener hijas guapas, así que pidió una fea y este fue el resultado —explicó con sus gestos habituales.

Henri y Aneu Stammler no entendían ni una palabra. Nada ponía de peor humor a Rosinah que tener que comunicarse con gente que no comprendía su lenguaje de signos, pero, como era buena mujer, fue a buscar un cuaderno y escribió lo que acababa de decirles.

—¿Y las demás niñas? —preguntó Henri.

—Jamás han vuelto a poner un pie en esta casa desde que descubrieron las pollas de los hombres —escribió Rosinah, repitiendo lo que una vez le había dicho Dewi Ayu.

El matrimonio dio una vuelta por la casa, mirando las fotografías que colgaban de las paredes. Había una de Ted y Marietje Stammler que los hizo romper a llorar, y Rosinah movió la cabeza de un lado a otro en respuesta a la sensiblería de aquellos ancianos. Después de las lágrimas llegaron las risas al ver en la sala de estar una foto de ellos mismos de adolescentes.

—Me apostaría algo a que acaban de salir de un hospital psiquiátrico —dijo Rosinah con las manos a la pequeña, que se balanceaba en el columpio.

Henri y Aneu Stammler contemplaron fascinados las fotos de Dewi Ayu. Había una de cuando aún era una niña y otra de la adolescencia. De cuando era veinteañera no había ninguna, debido a la guerra, pero luego volvía a haber más de cuando ya era toda una mujer, incluso una en la que tendría unos cincuenta años. Los sorprendió comprobar que, a cualquier edad, su hija hacía gala de una belleza igual de cautivadora. No era de extrañar que hubiera sido puta, un ídolo para muchos hombres.

También había fotografías de otras jóvenes hermosas, y Rosinah, en su papel de guía turística, se las fue señalando.

—La de la cara blanca y los ojillos como de japonés se llama Alamanda. Se casó con Shodancho, un soldado, y tiene una hija, Nurul Aini —escribió en el cuaderno—. La que más se parece a Dewi Ayu es Adinda, la segunda. Se casó con un veterano comunista, el compañero Kliwon, y tiene un hijo que se llama Krisan. La tercera hija, que parece más mestiza que indonesia, la más bella de todas, es Maya Dewi. A los doce años se casó con el delincuente más temido de esta ciudad, Maman Gendeng, y ahora, después de cinco años de esposa virgen, por fin tiene una hija, Rengganis la Hermosa.

Rosinah jamás había visto a ninguna de las tres, pero Dewi Ayu le había

contado todo eso.

De repente los golpeó una fuerza increíble, como si alguien hubiera succionado el aire de la habitación, o como si se hubieran congelado en su propia piel, y se les erizó el vello del cogote.

—¡Ay, Dios mío! —exclamó Henri—. ¿Qué clase de poder maligno es ese?

—No lo sé, pero esta casa está encantada, desde luego. No es un fantasma especialmente malvado, pero está claro que guarda rencor por algo.

—¿Es el fantasma de un comunista? —preguntó Aneu Stammler, encogida de miedo y apoyándose en su marido.

—Esos fantasmas andan por la calle, no en esta casa.

Las fotografías de las paredes empezaron a oscilar ligeramente, como movidas por la brisa. El cuaderno que tenía Rosinah entre las manos se abrió y se cerró. El columpio de la pequeña Bella se meció a un lado y a otro con suavidad. Entonces se oyó un plato que se rompía en la cocina y una olla vibró al estamparse contra el suelo.

—¿Es el fantasma de Dewi Ayu? —preguntó Aneu.

—No estoy segura —escribió Rosinah—. Dewi Ayu dijo una vez que el fantasma de Ma Gedik la seguía a donde fuera, y que le daba miedo, pero de momento no ha hecho nada para hacernos daño.

—¿Quién es Ma Gedik? —preguntó Henri.

—Dewi Ayu decía que había sido su marido.

Una vez pasó esa perturbación sobrenatural y las fotografías se quedaron colgando quietas y rectas de sus clavos, Henri Stammler dijo:

—En esta ciudad hay demasiados fantasmas. —Y acto seguido se bebió de un trago la limonada, en un intento de tranquilizarse—. No veo fotos de ningún hombre que pueda ser Ma Gedik.

—Yo tampoco lo he visto nunca —contestó Rosinah.



Antes de que naciera Bella, ellas dos, Rosinah y Dewi Ayu, se sentaban a menudo en un banquito delante de la cocina de leña y se contaban historias. En una ocasión, Dewi Ayu le había hablado de Ma Gedik. Se había casado con él, lo había obligado a ser su marido, porque lo quería muchísimo. Jamás había querido a ningún hombre tanto como a aquel anciano. «Y eso que era evidente que mi amor no era correspondido en absoluto. En realidad, me consideraba una bruja malvada —había dicho Dewi Ayu entre risas. Lo había amado antes incluso de conocerlo, porque la madre de su madre había estado perdidamente enamorada de él—. Menuda pareja desdichada, Ma Gedik y mi abuela Ma Iyang. Su amor quedó destrozado, al igual que sus vidas, por la codicia y la lujuria desenfrenadas de un holandés. Y lo más trágico de todo es que ese holandés codicioso y lujurioso era mi propio abuelo.» Dewi Ayu había amado a Ma Gedik desde que había oído esa historia. Tal vez se la habían contado los sirvientes o los vecinos. Había llegado a afirmar que se suicidaría en caso de no poder casarse con aquel hombre, así que lo había hecho secuestrar y luego había celebrado la boda contra su voluntad, aunque lo cierto era que no habían llegado a consumir la unión. «Luego subió corriendo hasta lo alto de una colina y se tiró al vacío.» Desde entonces, su fantasma la había seguido allí adonde fuera.

Por supuesto, los Stammler conocían la historia de Ma Iyang y Ma Gedik. Lo que no sabían era que Dewi Ayu se había casado precisamente con ese Ma Gedik.

—Y así vivió Dewi Ayu, con la compañía de ese fantasma, hasta los cincuenta y dos años de edad —escribió Rosinah.

—Pero ¿por qué se prostituyó? —quiso saber Aneu.

Rosinah les contó lo que le había sucedido a Dewi Ayu durante la guerra y que una vez le había asegurado que, después del conflicto, había seguido siendo puta no solo para pagar sus deudas a Mamá Kalong, sino también

porque no quería que lo que les había pasado a Ma Iyang y Ma Gedik volviera a pasarles jamás a otras parejas de enamorados. «Si un hombre va de putas, ya no necesita buscarse concubina —había afirmado—. Cada vez que alguien elige a una concubina, probablemente provoca la desgracia del novio de esa mujer. Se destruye un amor y se desgarran vidas. En cambio, si va a ver a una prostituta, solo hace daño a su mujer, que evidentemente ya está casada e, igual de evidentemente, en algo falla para que su marido tenga ganas de ir a un burdel.»

—Y por eso se prostituyó —afirmó Rosinah—. Tengo la impresión de estar escribiendo la biografía de la señora —añadió, y se echó a reír.

—¿Cómo podía pensar nuestra hija de una forma tan repugnante? —preguntó Aneu a su marido.

—No juzgues a la chiquilla —contestó Henri—. Nosotros no somos mejores, somos unos hermanos que decidieron casarse: que no se te olvide.

Nadie lo había olvidado, ni siquiera Rosinah, que solo había oído su historia de labios de Dewi Ayu.

Entonces regresó el fantasma, esa vez para volcar la mesa y con ella los vasos de limonada fría.

Las tres hijas mayores de Dewi Ayu tenían sobradas razones para no frecuentar la casa de su madre, y es que sus propias vidas eran un auténtico disparate, empezando por los fantasmas. A pesar de todo, nadie lo pasaba peor por culpa de los fantasmas que Shodancho. Desde la matanza, llevaba años padeciendo un insomnio horroroso, y luego, cuando por fin conciliaba el sueño, sufría sonambulismo. Los fantasmas de los comunistas lo acosaban constantemente e incluso sabotaban sus partidas de cartas para hacerlo perder una y otra vez. Sus continuas interferencias lo estaban volviendo loco: con frecuencia se ponía la ropa del revés o salía a la calle en paños menores o

se equivocaba y se metía en una casa que no era la suya. O se creía que estaba haciendo el amor con su mujer cuando en realidad estaba follándose el agujero del retrete. El agua de la bañera se convertía en una balsa de sangre pegajosa y, cuando echaba un vistazo, descubría que toda el agua de la casa, incluida la de la tetera y el termo, se había espesado de repente hasta transformarse en sangre de un rojo oscuro.

En Halimunda todo el mundo percibía a los fantasmas y les tenía miedo, pero el que más miedo pasaba era Shodancho.

A veces se le aparecían en la ventana de su habitación, les salía sangre a chorro de los agujeros de la frente y gemían como si trataran de decir algo pero hubieran perdido la capacidad de hablar. Cuando los veía, Shodancho se ponía a chillar y se encogía, blanco como el papel, hasta que llegaba Alamanda y trataba de tranquilizarlo.

—Piénsalo, no son más que fantasmas de comunistas —le decía, pero él no se dejaba consolar y Alamanda tenía que ahuyentarlos.

Con todo lo que estaba sufriendo, parecía que se hubiera vuelto loco, pero no tenía alucinaciones. Otros veían lo mismo que él y también pasaban miedo. La diferencia estribaba en que el suyo era un terror violento más intenso que el de los demás, sobre todo en comparación con su mujer, que al cabo de un tiempo había acabado por acostumbrarse a los fantasmas y había decidido que seguramente en algún momento acabarían cansándose de molestarles.

Lo peor de todo era que su hija, que ya tenía diez años, también parecía angustiada. Ai, o Nurul Aini, se quejaba a todas horas de tener una semilla de jobo de la India clavada en la garganta y perseguía a su padre para pedirle que se la sacara. Él le decía que era culpa de los fantasmas y Ai se lo creía. La única que entendía que la chiquilla solo buscaba que su padre le hiciera

caso era su madre, puesto que Shodancho se había vuelto muy distante y vivía encerrado en su propio miedo.

Además, eso lo empujaba a hacer todo tipo de cosas irracionales. En una ocasión vio a un mendigo chiflado pegar a un perro. Todo el mundo sabía que Shodancho adoraba a los perros, que tenía varios y que durante su época de guerrillero había criado *ajaks*. Al ver al mendigo chiflado atizar al perro perdió los papeles, le dio una paliza tremenda y luego lo arrestó. Por supuesto, el que un mendigo chiflado estuviera recluido en la prisión militar sin ningún tipo de juicio solo por haber pegado a un perro confundía a todo el mundo. Incluso Alamanda se sorprendió y preguntó a su marido:

—¿Qué ha pasado, en realidad?

—Ese mendigo estaba poseído por el fantasma de un comunista.

Luego un pescador borracho se puso a cantar a voz en grito en plena noche y despertó a todo el mundo, incluido Shodancho, que justo acababa de conciliar el sueño por un momento, tras vencer su insomnio febril. El hombre salió a la calle de inmediato pistola en mano y pegó un tiro en la pierna al borracho antes de llevárselo a rastras a la prisión.

—¿Estás loco? —preguntó Alamanda—. ¿Cómo arrestas a alguien solo por emborracharse?

—Estaba poseído por el fantasma de un comunista.

Una y otra vez, acusaba a todo el que hacía algo que no le gustaba de estar poseído, y los últimos rastros del Shodancho tranquilo de siempre, al que le encantaba meditar, desaparecieron por completo.

Finalmente, en 1976, Alamanda se lo llevó a Yakarta, puesto que en Halimunda aún no había hospital psiquiátrico, y regresó al cabo de una semana tras dejar a su marido en manos de las enfermeras, pues, a pesar de lo que estaba sucediendo, tenía a una hija a la que atender.

Shodancho pasó una temporada lejos de Halimunda. Los fantasmas no desaparecieron con su marcha, pero dejaron de mostrar sus cuerpos dañados y de dar rienda suelta a sus gritos de dolor. Y Shodancho, que podía acusar con impunidad a quien le apeteciera de estar poseído por el fantasma de un comunista y torturarlo o encarcelarlo indefinidamente, de repente pareció más aterrador a sus conciudadanos que los propios fantasmas, de modo que su ausencia fue un alivio para todo el mundo.

Sin embargo, no tardó en regresar.

—¡Aquí estoy! —fue lo primero que dijo—. Esos médicos se creían que estaba chalado, así que le he pegado un tiro a uno y he vuelto.

—Tengo una semilla de jobo de la India en la garganta, papá —terció Ai.

—Abre la boca y le pego un tiro a ese comunistilla.

—Si lo haces, te mato —amenazó Alamanda.

Shodancho no llegó a disparar a la semilla de jobo de la India, por mucho que Ai abrió la boca todo lo que pudo.

Volver a casa a Halimunda significaba volver al origen de todos sus temores. Decidió criar más perros para ahuyentar a cualquier fantasma que se le acercara, y tuvo cierto éxito en la reducción de los ataques, pero unos cuantos fantasmas los burlaban volando hasta el tejado para aparecerse por el techo. Shodancho gritaba y chillaba en la cama y Alamanda les servía algo de comer o de beber, que era lo único que al parecer les apetecía.

—Solamente Kliwon conseguiría ponerlos firmes —se quejaba Shodancho.

—Pues es una pena que lo mandaras a la isla de Buru poco después del nacimiento de Krisan —replicó Alamanda, cortante.

Era cierto, y Shodancho lo lamentaba terriblemente. Y no porque su mujer se hubiera puesto furiosa asegurando que había roto su promesa, ya que,

desde su punto de vista, no tenía razón: lo único que le había prometido había sido que lo dejaría vivir, y eso lo había cumplido; además, él no tenía autoridad para influir en los generales al mando que habían decidido que Kliwon era un comunista intransigente y que había que exiliarlos a todos en Buru. Lo que Shodancho lamentaba era solo que su cuñado no estuviera en Halimunda para controlar a los fantasmas de los comunistas. Necesitaba su ayuda y decidió que, de una forma u otra, le tocaba hacerlo volver o, si no, exiliarse él también.

Eligió lo segundo.

Habían ido llegando noticias de una ocupación militar en Timor Oriental: los guerrilleros estaban provocando ciertos quebraderos de cabeza a las Fuerzas Armadas Nacionales y Shodancho se alistó. Decidió decir «sayonara» a los fantasmas y marcharse a Timor Oriental, aunque eso significara abandonar a su mujer y a su hija. Todos los generales estaban al tanto de su reputación y sabían que su experiencia como guerrillero era precisamente lo que hacía falta en las zonas ocupadas.

Los planes de partida de Shodancho fueron pronto la comidilla general. En una fiesta de despedida en el Campo de la Independencia el día de su marcha tocó una banda militar. A continuación, Shodancho cruzó la ciudad en un jeep descapotado, con uniforme, saludando a toda la gente de la ciudad y sonriendo burlescamente a todos los fantasmas, intranquilos y torturados. La comitiva traspasó el límite de la ciudad y desapareció en el horizonte.

Se había olvidado de despedirse de su mujer y su hija.

—Ni siquiera me ha quitado la semilla de jobo de la India —se quejó Ai.

—No te preocupes, allí no durará mucho —la consoló Alamanda—. En Halimunda fue un guerrillero formidable, pero Timor Oriental no es Halimunda.

Estaba en lo cierto. Al cabo de seis meses, mandaron a Shodancho a casa

con una bala alojada en la espinilla. Parecía que la gente de Halimunda jamás se libraría de él del todo.

Se quejó a su mujer de lo difícil que era hacer la guerra allí en el culo del mundo, para tratar de no desanimarse con aquel retorno tan rápido.

—No sé qué están buscando en ese campo de batalla estéril.

Alamanda trató de convencerlo para ir al hospital a que le sacaran la bala, pero Shodancho se negó. Decía que ya no le hacía daño, que solo le provocaba una leve cojera. Quería conservarla como recuerdo.

—Y es que el que me disparó apuntó el fusil cantando «La Internacional» —explicó—. Resulta que esos sinvergüenzas de los comunistas están por todas partes.

A todas esas, la biblioteca de Kliwon tuvo que cerrar. Había corrido el rumor malvado de que estaba corrompiendo a los niños dándoles a leer estupideces no educativas, lo que se vinculaba con sus antiguas actividades, como comunista legendario que había sido. Esas sandeces lo enfurecieron, pero Adinda logró tranquilizarlo. Acabó cerrando la biblioteca, guardando los libros en un almacén y jurando que, cuando su hijo creciera, haría que los leyera todos, y ya vería la gente si su moral quedaba aniquilada o no.

Shodancho acababa de abrir una fábrica de hielo en la que había invertido junto con un socio en la sombra. Como sabía que el compañero Kliwon estaba en dificultades después de verse obligado a cerrar la biblioteca, le propuso que lo ayudara a llevarla, prácticamente como socio de pleno derecho. Era un negocio muy prometedor, por descontado. Seguían existiendo los pescadores de toda la vida, pero además, desde el descalabro del Partido Comunista —que había provocado la disolución del Sindicato de Pescadores— también había más barcos pesqueros faenando en las aguas de Halimunda y todos ellos necesitaban hielo. Kliwon no demostró el más

mínimo interés por la propuesta. No indicó sus razones —puede que fueran ideológicas o puede que se sintiera incómodo aceptando más ayuda de Shodancho y su mujer después de la mañana en que había estado previsto su fusilamiento—, pero prefirió dedicarse a buscar nidos de pájaros. Podían venderse a precios muy altos a los comerciantes chinos, que luego los revendían en grandes ciudades y en el extranjero. A Kliwon le traía sin cuidado quién acabara comiéndose esos nidos, que según él no eran más sabrosos que unos macarrones sin aderezo, solo pensaba en encontrarlos y en vendérselos a los intermediarios chinos, y para ello formó un grupo con tres nuevos amigos.

Por toda la selva, en el cabo, había paredes de escarpados acantilados que escondían cuevas grandes y pequeñas y altas y bajas, estas últimas solo visibles cuando descendía la marea, y en el interior de esas grutas anidaban unos hermosos pájaros negros que entraban y salían y se lanzaban en picado sobre las aguas agitadas.

El equipo solía salir de noche, provisto de jaulas, algo de comida, linternas y un antídoto de urgencia contra el veneno de las serpientes que compartían las cuevas con los pájaros. Los cuatro hombres se dirigían a los acantilados en silencio, en un bote de remos sin motor. Tenían que tener mucha paciencia para sortear las volubles olas, que unas veces cooperaban y otras bloqueaban la entrada de las grutas, y debían prestar atención en todo momento por si cambiaba la marea, que podía subir a toda prisa sin previo aviso y dejarlos atrapados dentro. A veces echaban el ancla en un arrecife prominente, sacaban las cuerdas y escalaban el acantilado, jugándose la vida para llegar a las cuevas más altas. Era un trabajo increíblemente agotador y en ocasiones el tiempo, implacable, los obligaba a esperar varios días, pero con la venta de los nidos los cuatro ganaron mucho dinero. Para Kliwon, era mucho más rentable que trabajar los campos y los arrozales o llevar la biblioteca.



Y así, llevó esa vida de buscador de nidos durante aproximadamente un mes, mientras Adinda lo esperaba intranquila en casa, con Krisan recién nacido. Pero entonces, una noche, uno de los hombres resbaló y se cayó: se deslizó acantilado abajo hasta estamparse contra un arrecife de coral. Murió al instante, no requirió ayuda ni que lo llevaran al hospital. Aquella noche ya había reunido una buena cantidad de nidos de golondrina, que de golpe y porrazo parecían inútiles, porque con ellos llevaban también el cadáver de su amigo. Todo lo que obtuvieron de la venta de aquellos nidos fue para la familia del muerto, y después Kliwon y los otros dos hombres abandonaron aquella actividad. Hubo otros buscadores de nidos, por supuesto, y otros muertos, porque los pájaros no dejaban de hacer nidos, pero Kliwon había decidido olvidarse de aquel espantoso quehacer: era consciente de que, si fallecía, dejaría a una mujer y a un hijo recién nacido. Y no era esa su intención.

Se estrujó el cerebro para dar con una forma de empezar otro negocio. Por entonces, Halimunda se había convertido es una ciudad turística. En realidad, ya había empezado a acudir gente en tiempos coloniales, gracias a las dos hermosas bahías formadas por el cabo selvático, pero en los primeros años del nuevo gobierno la ciudad había empezado a anunciarse como destino de playa. Había nuevos hoteles metidos en varias calles laterales y un nuevo tenderete de venta de recuerdos. Sencillos puestos de comida se habían transformado en marisquerías y los socavones de las carreteras se habían rellenado con asfalto. Los turistas procedían de los rincones más remotos, tanto del país como del extranjero, muchos de ellos para bañarse en esa hermosa playa: la bahía occidental era su lugar preferido, mientras que en la oriental estaban el puerto y la lonja de pescado. Kliwon dio muchas vueltas a lo que más podían necesitar los turistas que acudían a bañarse en la playa y trató de combinarlo con lo podía dársele bien. Encontró una respuesta.

—Voy a hacer trajes de baño —anunció a Adinda.

Aquella idea le pareció ridícula incluso a ella, pero a él le daba igual. Compró una máquina de coser Singer. Quería vender los bañadores lo más baratos posible, puesto que, seguramente, los turistas se los pondrían durante unos días en la playa y luego los tirarían. Para ello, tenía que encontrar la tela más barata del mercado. Así pues, acudió a su madre.

—Sacos de harina y arroz —aconsejó Mina—. Yo suelo utilizarlos para forrar los bolsillos de los pantalones.

Primero Kliwon probó técnicas de blanqueado para borrar la marca comercial de los sacos y luego preparó tela corriente para cortar el patrón de los bañadores. En realidad, no eran muy distintos de los pantalones cortos que llevaban los campesinos, pero él los diferenció serigrafiando imágenes en el tejido antes de coserlos. Dibujó los estampados él mismo, con la habilidad de un pintor mediocre: peces de vivos colores que ni siquiera sabía cómo se llamaban o cocoteros con las hojas curvadas de cualquier manera ante el fondo de un atardecer con su sol anaranjado. Y al pie escribía siempre la palabra «Halimunda» con grandes letras. Si querían, los turistas podían llevárselos a su casa como recuerdo de la ciudad.

Los distribuyó por los sencillos tenderetes de bambú y lona que se alineaban en la playa y resultó que a los turistas les gustaron; quizá por ser baratos, quizá por los interesantes estampados, pero sobre todo porque les hacían falta para bañarse. Los tenderetes pedían más existencias y el compañero Kliwon tenía que dejarse la piel. Adinda sabía coser un poco, pero por lo general se limitaba a echar una mano con la contabilidad, porque tenía que cuidar al pequeño Krisan. Cuando parecía que no llegaba a cumplir todos los pedidos, Kliwon derivaba trabajo a su madre. Al cabo de un mes, Mina también se agobió, así que su hijo compró tres máquinas de coser nuevecitas y contrató a tres costureras y a un serigrafista, sin dejar de hacer

todos los patrones y los estampados él mismo. El negocio iba viento en popa y no le importaba haberse convertido en un capitalista de poca monta.

Quizá estaba olvidando su pasado, pero lo cierto era que Kliwon disfrutaba de un buen momento, con un negocio de éxito, una mujer hermosa y un hijito sano. Por descontento, empezaron a salirle competidores, sobre todo de China y de Padang, pero sus bañadores seguían siendo los más vendidos de Halimunda, el éxito empresarial del momento.

Sin embargo, el plan del alcalde frustró pronto esa vida de felicidad. Kliwon volvió a ser precisamente eso y nada más, el compañero Kliwon de antes.

Halimunda estaba prosperando como destino turístico de playa y al codicioso alcalde se le ocurrió vender la tierra de primera línea de costa a promotores inmobiliarios para que levantaran grandes hoteles, bares, discotecas y casinos, y quizá incluso burdeles mejores que el de Mamá Kalong. Casi todas esas tierras eran de los pescadores. En la playa que daba al paseo marítimo había más tierras sin un propietario explícito que estaban llenas de humildes tenderetes de recuerdos. Al principio, el ayuntamiento se dirigió a los pescadores y les preguntó con cortesía si pensaban vender, y luego trató amablemente de convencer a los propietarios de los tenderetes de trasladarse al nuevo mercado de artesanía que iba a construirse. No obstante, casi todos los pescadores se negaron a abandonar la tierra de sus ancestros, donde vivían sus familias desde hacía generaciones. No tenían ninguna intención de irse isla adentro, les hacía falta respirar el aire salado del mar. Los dueños de los tenderetes tampoco querían trasladarse, ya que el prometido mercado de artesanía iba a estar demasiado lejos del ajetreo de la playa.

Así pues, llegaron los soldados, respaldados por los *premanes*, para intimidar a la gente. Claro que los pescadores no se dejaban asustar

fácilmente, pues se enfrentaban a la muerte todas las noches, allí en mitad del mar, y, al ver su firmeza, los dueños de los tenderetes también se plantaron. Tras el fracaso de la intimidación llegaron la fuerza y las coacciones. En realidad, las tierras que había junto al paseo marítimo no estaban sin reclamar, sino que eran propiedad del Estado, según el alcalde, que se presentó en la playa y pronunció un discurso; las excavadoras no tardarían en derribar todos los tenderetes.

Kliwon era incapaz de ver algo así ante sus ojos sin transformarse en el compañero Kliwon de antes, aunque, en realidad, nadie sabía si lo movía la solidaridad o la amenaza a su propio negocio. Organizó una manifestación multitudinaria con pescadores y propietarios de tenderetes y muchos otros simpatizantes, la mayor desde la caída del Partido Comunista. Cortaron las calles para impedir el paso a las excavadoras enviadas para aplastar los endebles tenderetes, hasta que al final llegó el ejército. El compañero Kliwon se mantuvo firme, en la cabecera.

Los agentes de inteligencia enviados para detectar a posibles comunistas entre la multitud de disidentes reconocieron de inmediato a Kliwon. Se comprobaron los informes y pronto quedó confirmado que, en efecto, aquel hombre era un auténtico comunista. A instancias de los generales, Shodancho se vio obligado a detenerlo. Se abalanzó sobre él y le preguntó por qué se empeñaba en hacer tonterías de aquel calibre.

—Soy comunista y cualquier comunista haría lo mismo —respondió su cuñado.

Al final lo mandaron a Bloedenkamp, donde se reunió con algunos antiguos amigos que seguían retenidos allí indefinidamente. Se sorprendieron al enterarse de que no estaba muerto, y más aún al verlo llegar a Bloedenkamp después de tanto tiempo. Ver a tanta gente que conocía lo reconfortó, aunque vivieran todos en condiciones desgarradoras: pasaban

hambre, estaban desnudos y no recibían visitas. Los días estaban repletos de interrogatorios y torturas a manos de los soldados y los guardias. Dada su reputación, Kliwon sufrió el mismo tratamiento, administrado de forma aún más severa y sádica.

—Sobreviviré, te lo digo yo —afirmó Shodancho para calmar a su mujer, que estaba furiosa—. Y aunque muriera, los comunistas siempre vuelven en forma de fantasmas, como muy bien sabes.

—Eso díselo a Adinda y a su hijo —replicó Alamanda.

No mucho después, trasladaron a todo el grupo de prisioneros políticos de Bloedenkamp a la isla de Buru. A todos, sin excepción. Nadie sabía qué iba a pasarles allí. Quizá había una especie de Boven-Digoel de época colonial, o tal vez una especie de campo de concentración nazi. Todos los prisioneros esperaban tener que hacer trabajos forzados o incluso recibir castigos aún más duros que los que ya les habían infligido. Kliwon no tuvo oportunidad de despedirse de su madre, su mujer ni su hijo, solamente de Shodancho, que logró visitarlo un momento antes de que el buque militar se llevara a los reos a aquella isla remota, en los confines más orientales del archipiélago indonesio.

—Cuidaré de tu mujer y de tu hijo —le prometió.

Luego, cuando volvió a casa, Alamanda le dijo:

—Mira por dónde, ahora lo han mandado a la isla de Buru, donde lo obligarán a cortar madera y dejarán que se muera de hambre. Y aún no has ido a decírselo a Adinda y a su hijo.

Así pues, Shodancho fue por fin a ver a Adinda para comunicarle que lamentaba en el alma lo sucedido, pero que no tenía autoridad para haber impedido que mandaran al compañero Kliwon primero a Bloedenkamp y luego a la isla de Buru. Se trataba de un caso político complejo.

—Como mínimo, dime, Shodancho, ¿cuánto tiempo van a retenerlo allí?

—No lo sé —contestó su cuñado—. Quizá hasta que haya otro golpe de Estado.

En consecuencia, Krisan casi no llegó a conocer a su padre: cuando se lo llevaron a Bloedenkamp y luego a la isla de Buru, no era más que un bebé. Solo sabía de él por lo que le contaba su madre, o por las historias de Alamanda y Shodancho. En 1979, el compañero Kliwon regresó con el último grupo de prisioneros de la isla de Buru devuelto a sus casas. Adinda no cabía en sí de alegría ante su vuelta, pero Krisan se veía incapaz de compartir esa emoción. Por entonces, el muchacho ya tenía trece años y veía en su padre a un desconocido que se había instalado en su casa de la noche a la mañana.

Prestaba mucha atención a aquel hombre, sobre todo cuando se sentaba delante de él a la mesa del comedor. La figura que veía estaba todavía más flaca que la de las fotografías antiguas que le había enseñado su madre. Antes iba completamente afeitado, pero ahora se había dejado crecer el bigote, las patillas y la barba, y una melena ondulada le tapaba la nuca. Krisan se sorprendió bastante de que lo primero que buscara su padre al llegar fuera una gorra raída que seguía guardada en el armario, tan descolorida que ya no quedaba claro si era negra, marrón o gris. La acariciaba, pero nunca se la ponía y siempre volvía a dejarla en su sitio, dentro del armario.

Kliwon no hablaba mucho desde su regreso del exilio. Krisan dudaba de si de verdad había sido en su día un gran orador en mítines multitudinarios. Quizá le hablaba más a su madre cuando se hacía de noche y se acostaban juntos, pero a Krisan no le decía gran cosa. Se quedaba en «¿Cómo estás, hijo mío?» o «¿Qué edad tienes ya?». Repetía esas preguntas una y otra vez, con tanta frecuencia que a Krisan le daba miedo que hubiera perdido la razón. Quizá estaba ya senil, aunque no tenía ni cincuenta años. El chico no sabía la

edad de su padre. Quizá tenía menos, pero parecía viejo, frágil y hundido, y siempre iba harapiento. Krisan se deprimía al verlo.

Quizá el compañero Kliwon también se sentía raro, porque, cuando su hijo se ponía a escrutarlo, a menudo se lo quedaba mirando mucho rato, como si quisiera saber qué pensaba.

Durante varios días, no salió de casa y nadie fue a visitarlo, porque había llegado a escondidas y Adinda y Krisan no se lo habían contado a nadie. Querían proteger su intimidad y permitir que siguiera de incógnito hasta que estuviera preparado para ver a alguien. Ni siquiera lo sabían aún Shodancho o su mujer. Y tampoco Mina.

—¿Cómo era aquello? —preguntó el niño en una ocasión mientras cenaban—. La isla de Buru.

—Allí la mejor comida es lo que normalmente encontrarías en el retrete —contestó.

Con eso se enrareció el ambiente. Adinda hizo un gesto a Krisan y a partir de entonces dejaron de hablar. El compañero Kliwon nunca quería contar nada de la isla de Buru, y Adinda y Krisan ya no se atrevían a hacer preguntas.

Sin conversación alguna y sin salir nunca de casa, el compañero Kliwon parecía aún más hundido a cada día que pasaba. Quizá no se acostumbraba al lugar del que había pasado tantos años alejado, o quizá sentía la presencia de los numerosos fantasmas de comunistas que había en Halimunda y eso lo entristecía. En una ocasión, alguien llamó a la puerta y Krisan fue a abrir. Se encontró a un hombre andrajoso con una herida de bala en el pecho de la que salía sangre a chorro. Krisan estuvo a punto de chillar, pero entonces apareció su padre, que preguntó:

—¿Cómo estás, Karmin?

—Fatal, compañero —contestó el herido—. Estoy muerto.

El niño, pálido, se echó atrás hasta pegar la espalda contra la pared. Kliwon fue a buscar un balde con agua y un paño, se acercó al fantasma y le limpió la herida, con cariño y esmero, hasta que dejó de manar sangre.

—¿Te apetece un café? —propuso entonces—. Aunque no hay periódicos.

Se tomaron ese café juntos mientras Krisan los miraba, incapaz de comprender que su padre pudiera ser buen amigo de un fantasma tan aterrador. Los dos hombres hablaron de los años perdidos y rieron en voz baja. Una vez terminado el café, el fantasma se despidió.

—¿Adónde vas? —le preguntó Kliwon.

—Al lugar de los muertos.

Cuando desapareció, Krisan cayó redondo al suelo.

Cada vez que lo visitaba el fantasma de otro comunista, Kliwon se ponía melancólico. Quizá le daban pena o quizá había algo más. Krisan, que no había podido conocer a su padre durante trece años, estaba celoso de los fantasmas. Quería que su padre hablara con él, no con los demás, pero después del incidente del comedor no se atrevía a abrir la boca.

Un día, Kliwon preguntó a Adinda:

—¿Cómo está Shodancho?

—Pues prácticamente loco, por culpa de todos esos fantasmas de comunistas.

—Quiero ir a verlo.

—Deberías —asintió Adinda—. Puede que te siente bien.

Aquella tarde hacía calor y soplaba una suave brisa procedente de las colinas. Cuando salió a la calle, varios vecinos se fijaron en él, atónitos al ver que había vuelto. La casa de Shodancho se veía desde la suya, así que solo tardó un minuto en llegar hasta la puerta principal. La abrió Alamanda, que, al igual que los vecinos, se quedó pasmada.

—No eres un fantasma, ¿verdad? —fue lo que le preguntó.



—Bueno, soy una criatura aterradora si te dan miedo los comunistas vivos.

—Así que has vuelto.

—Me han traído los que se me llevaron.

—Pasa.

Kliwon se sentó en una silla de la sala mientras Alamanda iba a buscar algo de beber. Cuando regresó, él le preguntó por Shodancho.

—O se ha ido a algún rincón remoto de la ciudad a pegar cuatro tiros a los fantasmas de los comunistas —calculó Alamanda—, o estará jugando a las cartas en el mercado.

Después de eso, no se dijeron nada más. Kliwon se preguntaba dónde estaría Nurul Aini, pero Alamanda lo observaba con dulzura, con una mirada hermosa y lastimera. No estaba seguro de dónde o cuándo, pero era una mirada que ya había visto alguna vez y que le hizo olvidarse por completo de la niña. Tal vez había salido a jugar por ahí, o estaba en casa de Rengganis la Hermosa, pero en ese momento daba igual, a él lo único que le interesaba era contemplar los ojos de la mujer que tenía ante sí, los ojos que tan bien había llegado a conocer hacía tantos años.

Su cerebro había quedado dañado durante el largo exilio y le costaba entender las cosas, pero entonces recordó y comprendió. Sí, era cierto, conocía aquella mirada, era la misma mirada de amor que solo tenía Alamanda la de los ojos pequeños, una mirada que le había lanzado hacía muchos años. Aquella mirada era delicada como la suave caricia de una mujer por la espalda de un gato, llena de ternura y ahora de la llama de la añoranza. La reconoció y se dio cuenta de que había sido tonto por haberla olvidado. Así pues, la miró como ella lo miraba, con ojos llenos de pasión, y de repente el viejo cascarrabias se transformó en un hombre que acababa de redescubrir un amor perdido hacía mucho tiempo.

Y así fue como sucedió lo siguiente.

Los dos se levantaron y, sin mediar palabra, se abalanzaron el uno sobre el otro y se abrazaron, llorando, pero no por mucho tiempo, porque ya habían empezado a darse besos largos y apasionados, como aquel día a la sombra del almendro, besos que los condujeron hasta el sofá, donde se desnudaron a toda prisa e hicieron el amor alocada y salvajemente.

Cuando todo hubo terminado, no se arrepintieron lo más mínimo.

Sin embargo, al llegar a casa, Kliwon se encontró a su mujer esperando en la puerta. Trató de ocultar la alegría que irradiaba y volver a poner cara de pocos amigos, pero Adinda no se dejó engañar ni por un segundo.

—Los fantasmas me lo han contado —aseguró—, sé lo que has hecho en casa de Shodancho, pero no me importa, mientras te haya hecho feliz.

Eso lo turbó. No se arrepentía, pero de repente se avergonzó, se sentía muy sucio ante una mujer que le decía: «No me importa, mientras te haya hecho feliz», una mujer que había pasado años esperándolo y a la que, poco después de su regreso repentino, acababa de traicionar igual de repentinamente.

Kliwon no dijo nada. Se metió en el cuarto de invitados sin más, se encerró con llave y se negó a salir, por mucho que Adinda y Krisan llamaran una y otra vez a la puerta para invitarlo a salir a cenar. Al día siguiente, cuando el desayuno estaba listo, madre e hijo se turnaron para llamar a la puerta, pero Kliwon no hacía el más mínimo ruido, de modo que, cada vez más preocupados y más recelosos, empezaron a aporrearla con más fuerza, pero tampoco hubo respuesta.

Al final, Krisan fue a la cocina a buscar el hacha con la que cortaba madera para hacer las jaulas de sus palomas y, delante de Adinda, la utilizó para echar abajo la puerta, que primero se rajó por la mitad y luego, después de varios golpes más, ofreció por fin un hueco lo bastante grande para que el muchacho metiera la mano y girase la llave. Se encontraron al compañero

Kliwon colgado de una sábana que había enrollado y atado de una viga, muerto. Krisan agarró a su madre en el momento en que se desmayaba.

La noticia de la aparición de Kliwon, difundida por los vecinos que lo habían visto, había corrido como un reguero de pólvora. Pero todo el mundo había llegado demasiado tarde. Lo único que lograron ver fue la comitiva que rodeaba su ataúd de camino al cementerio. Habían llegado tarde, lo mismo que Krisan, que no había tenido oportunidad de conocer a su padre y ya nunca la tendría. Se habían visto durante muy poco tiempo, ni siquiera una semana, y con eso no bastaba ni por asomo para que un padre y un hijo se conocieran de verdad. De todo el mundo, Krisan fue el que quedó más consternado por el fallecimiento de Kliwon. Reclamó como herencia la gorra raída con la que lo había visto en las fotografías antiguas y se la ponía a menudo, para consolarse y sentirse cerca de él.

A partir de entonces hubo un fantasma de comunista más en Halimunda, pero por suerte fue discreto.

Un buen día, cuando Rengganis la Hermosa trajo al mundo a un hijo, la gente de Halimunda abandonó todos sus rituales matutinos y acudió en tropel a su casa para verlo. Tenían bastantes motivos para zafarse de la obligación de dar a las gallinas sus gachas de salvado o llenar la tina para lavar los platos. En primer lugar, Rengganis la Hermosa era famosa, sobre todo desde que la habían elegido Princesa Playera del Año. En segundo lugar, era hija de Maman Gendeng, que también era muy conocido, aunque muy odiado por los ciudadanos. En tercer lugar, y eso era lo más importante, en la historia reciente de Halimunda aún no se había visto que una jovencita diera a luz después de que la violara un perro.

Cuando la comadrona anunció que lo que había surgido del vientre de la Hermosa era en efecto una criatura humana, la gente empezó a poner en duda la vieja historia de que la había violado un perro marrón de hocico negro, uno de esos perros que se veían por todas partes en Halimunda, igual que cuando se miraba al cielo por la noche se veían estrellas. Había sucedido en el retrete del colegio, más o menos nueve meses antes, poco después de que sonara el timbre del recreo.

Todo empezó porque la Hermosa tenía la mala costumbre de apostar, que había heredado de su padre. Las sinvergüenzas de sus amigas la habían desafiado a beberse cinco botellas de limonada con la promesa de que no tendría que pagarlas si se las acababa sin dejar ni una gota. Lo consiguió,

pero sí tuvo que pagar un precio cuando sonó el timbre para volver a clase, ya que de repente le pareció que iba a orinarse encima. Era mal momento, porque justo entonces muchos otros alumnos estaban yendo al retrete para alargar el recreo y reducir el tiempo de clase, una tradición que había pasado de generación en generación. Había una cola larguísima y cuando por fin te tocaba podías tener ya las bragas o la falda empapadas, pero meterse en clase y correr el peligro de hacerse pipí en el pupitre tampoco era muy buena idea, y eso lo sabía hasta la simplona de Rengganis la Hermosa, así que salió corriendo del comedor, donde sus amigas se reían tontamente, y sin pensárselo dos veces se sumó a aquella cola monstruosa.

Había una hilera de catorce retretes detrás del edificio del colegio y delante de trece de ellos ya había chicos esperando, probablemente con más intención de dar unas caladas a un pitillo compartido lejos de la mirada del director que de mear o de cagar. El último retrete hacía años que no se utilizaba. Según un rumor, allí se había suicidado una chica y, según otro, lo que había pasado era que una alumna había parido y luego había estrangulado al bastardo recién nacido. No podía probarse nada y lo único que estaba claro era que aquel retrete parecía más una jaula para malos espíritus que otra cosa.

Construido en época colonial junto a una plantación de cacao y cocos, el edificio había albergado en un principio un colegio franciscano. Después de la partida de los holandeses, había pasado a manos del Estado y la historia más razonable sobre el decimocuarto retrete era que en algún momento se le habían caído en el tejadillo un coco o una rama y el colegio no había tenido dinero para repararlo de inmediato. Con el paso del tiempo, habían caído hojas de cacao por el agujero hasta la taza y se habían puesto húmedas y mohosas, y luego las lagartijas habían anidado debajo de los detritos y las arañas habían tejido sus redes. El agua estancada se había llenado de huevos de mosquito, algas y malas hierbas, y quizá alguien había meado sin

molestarse en tirar de la cadena, pero, fuera como fuera, aquel retrete se había convertido en un reducto de horrores y ya nadie se atrevía a ponerse delante de la puerta.

Cuando entró en él Rengganis la Hermosa, hacía años que nadie lo utilizaba. Las cinco botellas de limonada que tenía en la vejiga empezaron a rebelarse y no tuvo otra salida: se acercó a aquel retrete maldito, se asomó y vio a un perro muy ocupado olisqueando las hojas de cacao, en busca del rastro de un gato que se había escabullido por el agujero del tejadillo. Era un perro de la calle cruzado con un *ajak*, de pelaje marrón y hocico negro, y Rengganis la Hermosa no tenía tiempo de echarlo, así que entró, cerró la puerta, corrió el pestillo y entonces, atrapada en aquel espacio reducido con el animal, lo único que pudo hacer fue quedarse inmóvil mientras la orina, aparentemente más copiosa que las cinco botellas de limonada que había engullido, se le escapaba sin darle la oportunidad de bajarse las bragas. El líquido caliente bajó por los muslos y las pantorrillas y le empapó los calcetines y los zapatos.

A continuación provocó otro revuelo —que se sumaba a los muchos que ya había provocado durante los dieciséis años de su simplona existencia— cuando se presentó en clase como había venido al mundo. Sus compañeros se quedaron boquiabiertos, dejaron caer los libros y tropezaron con las sillas, e incluso el viejo profesor de matemáticas, que estaba a punto de empezar a quejarse de la suciedad de la pizarra, de improviso comprobó que la impotencia que sufría desde hacía años se había curado milagrosamente y su arma se alzaba fuerte y rígida. Todo el mundo sabía que era la chica más guapa de Halimunda, digna descendiente de la princesa Rengganis, diosa de la belleza de la ciudad, y contemplar su cuerpo, que era igual de hermoso que el rostro pero por lo general estaba oculto, dejó mudos de asombro a todos los presentes en el aula.

—¡Me ha violado un perro en el retrete!

Y era cierto, si se creía lo que contaba que había sucedido. Se meó en las bragas, encerrada en aquel retrete con el perro, y durante los primeros cinco minutos se mantuvo inmóvil, mirándose la falda, los calcetines y los zapatos, empapados de orina y malolientes, sin saber qué hacer. Incluso cuando ya no oía a sus compañeros al otro lado de la puerta, permaneció allí lamentando su mala suerte. Su cerebro, que aún funcionaba con la lógica de una niña, le ordenó quitarse toda la ropa mojada, así como la blusa y el sujetador, y eso fue lo que hizo, sumida en un extraño trance. Lo colgó todo de los clavos oxidados con la esperanza de que los rayos de sol que se colaban por el tejadillo agujereado secaran con rapidez la orina que quedaba y, como los viajeros que esperan en la lavandería de autoservicio, se quedó desnuda delante del perro, que se excitó al instante. Fue entonces, según contaría la Hermosa, cuando el animal la violó.

—Y, luego, incluso se llevó toda mi ropa.

Sea como fuere, era cierto que la suma de su misteriosa belleza y su inocencia le confería un aspecto sensual. Estaba muy claro que cualquier hombre que se la hubiera encontrado desnuda o que hubiera quedado atrapado con ella en el retrete de un colegio la habría forzado. Tenía un atractivo que impulsaba al deseo incontrolado. El único motivo por el que había permanecido virgen hasta la mañana en que el perro la había violado era que todo el que vivía en Halimunda sabía perfectamente que su padre era despiadado, malvado y aterrador.

Maman Gendeng no habría dudado en asesinar al que se atreviera a tocar a su única hija, a pesar de que la belleza de la chica era una venenosa provocación allí adonde iba. En ocasiones, cuando estaba en la parada del autobús, la pureza infantil la empujaba a levantarse la falda distraídamente y morder el dobladillo. Y, si soplaban un implacable viento recalentado,

podía desabrocharse unos cuantos botones de la blusa. Quedaba a la vista la piel suave que cubría sus pantorrillas y sus muslos, una piel que solo podía ser de ninfa, y las curvas de sus hermosos pechos, unas curvas que solo podían ser de una chica de dieciséis años. Sin embargo, no era recomendable deleitarse con esa provocación demasiado tiempo, puesto que, en caso contrario, tarde o temprano Maman Gendeng, más fuerte que cualquier *dukun*, cualquier hechicero de magia negra, se enteraba de que habías mirado a su hijita con lujuria y te molía a palos hasta dejarte ingresado en el hospital seis meses.

En momentos así, otra jovencita con otro tipo de esplendor, Nurul Aini, que había sido amiga de la Hermosa desde que eran recién nacidas cada una en su cuna, hacía las veces de protectora de tan perfecta belleza. Se apresuraba a bajarle la falda y le abrochaba los botones de la blusa. «No, no, cariño —le decía—. Eso no se hace.»

Así, cuando Rengganis la Hermosa se plantó desnuda delante de toda la clase, Ai, que de forma instintiva estaba siempre a punto para reaccionar ante las rarezas de su prima, se levantó del pupitre, recorrió el pasillo a toda prisa, tiró del mantel de la mesa del profesor, con lo que mandó por los aires un vaso que se estrelló contra el suelo, la cartera de piel negra del profesor se estampó contra la pizarra y arrojó todo su contenido, y un jarrón y varios libros dieron varias vueltas. Con esa tela arropó el cuerpo de la Hermosa, que de improviso parecía una jovencita envuelta en una toalla al salir del baño.

Tal vez Ai había heredado el carácter decidido de su padre, Shodancho, pero lo cierto es que en aquel momento, sin decir una sola palabra, con solo mirarlos de reojo, consiguió que los chicos y el viejo profesor de matemáticas salieran del aula al momento. Mientras se marchaban, se los oyó refunfuñar y lamentarse entre ellos.

—¿Un perro?! Como si ninguno de nosotros hubiera podido violar a



Rengganis la Hermosa.

Varias de las chicas fueron al gimnasio a buscar un equipo de fútbol del colegio que sustituyera al mantel en el que estaba envuelto el cuerpo de la Hermosa.

Más o menos a esa misma hora, Maya Dewi, madre de la Hermosa y esposa de Maman Gendeng, sufrió un incidente doméstico leve pero sumamente preocupante. Mientras limpiaba, a una lagartija encaramada a la pantalla de la lámpara del techo le dio por defecar y la suciedad le cayó en el hombro. No la preocupaban ni el mal olor ni la suciedad, pero sabía que la caída de un excremento de lagartija siempre anunciaba una catástrofe: era una señal.

A diferencia de su marido, Maya Dewi tenía todo el respeto de sus conciudadanos, a los que les daba igual que fuera hija de Dewi Ayu, la famosa puta. Era una mujer apacible y simpática, e incluso devota, y, al verla, la gente olvidaba el carácter perversamente infantil de su joven hija y los espantosos instintos malvados de su marido. Acudía a los rezos femeninos de los jueves a última hora de la tarde y al *arisan* de los domingos después de comer, alternaba y daba dinero al fondo común de las mujeres para jugar a la lotería. Gracias a ella, su familia parecía civilizada, en parte porque se ganaba la vida día a día, haciendo galletas con la ayuda de sus dos jovencitas montañesas.

Unos instantes después de limpiarse la mierda de lagartija y ordenar a unas de las chicas que acabara de barrer la sala de estar en su lugar, se le puso la cara, en la que se veían sus raíces holandesas, más pálida que si llevara muerta dos días. Se sentó en el porche y se preguntó, preocupada, si le habría sucedido algo a su marido o a su hija. Por descontado, les pasaban tantas cosas sin importancia con tanta frecuencia que ya ni les daba vueltas, pero siempre había tenido la impresión de que tarde o temprano iba a pasar algo

gordo, aunque no sabía el qué. Dichosa mierda de lagartija. A esas horas, por supuesto, Maman Gendeng seguiría en la estación de autobuses, como siempre. Había matado para hacerse con aquella mecedora y Maya Dewi siempre temía que alguien lo asesinara también a él para arrebatársela; por muy malo que fuera su marido, lo amaba tanto como amaban los dos a su hija, por lo que no quería que eso sucediera. Tenía la esperanza de que realmente fuera invulnerable a las armas, como siempre habían asegurado los rumores de Halimunda.

Interrumpió sus pensamientos la llegada de un ciclotaxi que se detuvo delante de la casa. De él bajaron dos chicas y Maya Dewi reconoció primero a la hija de Shodancho y luego a la suya. Se sorprendió de que volvieran tan pronto y de que Rengganis la Hermosa llevara un equipo de fútbol y no el uniforme del colegio. Se levantó con la angustia de una gallina clueca cuando las primas ya entraban en el jardín y se le acercaban. Con ganas de preguntar qué había sucedido, Maya Dewi miró a Nurul Aini, pero la chica tenía la cara más pálida que si llevara muerta tres días y estaba a punto de llorar, así que la madre aún no había tenido oportunidad de decir nada cuando habló la hija.

—Mamá, me ha violado un perro en el retrete del colegio —anunció la Hermosa, tranquila y decidida—. Y puede que esté embarazada.

Maya Dewi se dejó caer en la silla, con la cara más pálida que si llevara muerta cuatro días. Siendo como era de esas madres que nunca se enfadan, se limitó a mirarla impotente y luego le preguntó:

—¿Qué clase de perro?

Poco después llegó a la ciudad la mala noticia de que al año siguiente habría un eclipse total de sol. Los adivinos predijeron un año repleto de desgracias y, si de verdad era cierto que un perro había violado a Rengganis la Hermosa, las catástrofes ya habían empezado. La noticia se difundió como una plaga

hasta que se enteró toda Halimunda, con la excepción del padre de la criatura, el pobre Maman Gendeng. Por primera vez, la gente miraba a aquel matón con lástima y aflicción.

Durante un mes entero, nadie tuvo el valor de decírselo, hasta que un día apareció un jovencito con uniforme escolar, rechoncho, desaliñado, torpe y de aspecto ridículo, más o menos de la edad de su hija, que se llamaba Kinkin. Llevaba un jersey que le iba pequeño, unos pantalones de pana marrones desteñidos, unas zapatillas de lona blanca sucias y unas gafitas redondas con las que parecía un personaje de cómic. El hecho de que se atreviera a acercarse al matón, que estaba echando una cabezada en su sagrada y tronada mecedora de caoba con un vaso de cerveza en la mano que le sabía a mierda de caballo, provocó cierta conmoción. Varios de los presentes sabían que era el único hijo de Kamino el sepulturero, pero no llegaron a tiempo de impedir que importunara a Maman Gendeng.

El *preman* se despertó, dejó el vaso de cerveza de mala gana y miró con cara de pocos amigos al muchacho, que se había quedado allí plantado, enrollando y desenrollando el faldón de la camisa, hasta que le hizo perder los nervios.

—¡Suelta de una vez lo que quieras y lárgate de aquí! —bramó Maman Gendeng.

Pasó todavía un minuto entero y el chico no dijo nada, de modo que el matón, exasperado, agarró el vaso y le tiró toda la cerveza por la cabeza.

—¡Habla o te meto hasta el cuello en el lodazal de las vacas!

—Estoy dispuesto a casarme con su hija, Rengganis la Hermosa —dijo por fin Kinkin.

—¡Cómo va a casarse contigo! —exclamó Maman Gendeng, más divertido que molesto—. Puede elegir a quien quiera, pero estoy seguro de que no serás tú. Además, aún sois unos críos, no tenéis que poner os a hablar de bodas.

Kinkin y Rengganis la Hermosa iban a la misma clase y el chico contó que estaba enamorado de ella desde el día en que la había tenido delante por primera vez: se ponía a temblar cada vez que la veía y seguía temblando de añoranza cuando no la veía. Sufría fiebres e insomnio y se le cortaba la respiración, y todo por amor. A hurtadillas, le había metido unos poemas de amor en el cuaderno escolar, así como una carta escrita en papel perfumado, pero no había obtenido respuesta, y estaba desolado. Quiso dejar muy claro al matón que amaba a la Hermosa como Romeo amaba a Julieta y Rama a Shinta.

—Mi hija va a terminar los estudios y a ser dentista, como esa vecina rica que tenemos, así que, aunque os queráis, no hay ningún motivo para casarse ahora mismo.

—Su hija está preñada y alguien tiene que casarse con ella —replicó el chico.

Maman Gendeng sonrió con condescendencia antes de contestar:

—Para que estuviera embarazada tendría que haberla violado alguien, y eso solo podría pasar por encima de mi cadáver.

—La violó un perro en el retrete del colegio.

Eso divirtió aún más a Maman Gendeng, que despachó a aquel crío molesto y embriagado de amor diciéndole que, si de verdad quería a su hija, no debía tirar la toalla.

Luego, por la tarde, se fue a casa y lo olvidó todo rápidamente. Rengganis la Hermosa no le había dicho nada y su mujer tampoco, de modo que se imaginó que todo andaba bien y se echó la siesta, como siempre. Cuando su mujer lo despertó a las siete para cenar y encendió la espiral de incienso para ahuyentar a los insectos, Maman Gendeng se acordó de Kinkin y preguntó a Maya Dewi si sería cierto que había ido a verlo un chico que había asegurado

que un perro había violado a la Hermosa en el retrete del colegio, o si todo había sido un sueño.

—La niña me dijo eso mismo hace unas semanas —contestó ella.

—¿Por qué no me lo contaste?

—Un perro tendría que matarnos a los dos antes de atreverse a violarla.

El matrimonio pasó varias semanas preocupado por ese rumor. En realidad, ni una sola persona se lo había creído. Pensaban que solo buscaba llamar la atención, o bien se imaginaban lo que habría sido estar en la piel de aquel perro afortunado, pero, debido al lamentable estado de la muchacha, las mujeres devotas se llevaban la mano al corazón y rezaban por su bienestar.

—Nadie le tocará un pelo —decía el *preman* secamente—, al menos mientras sigamos con vida.

Había puesto a su hija el nombre de la diosa de la belleza de Halimunda y entonces recordó que, según la leyenda, la princesa Rengganis se había casado con un perro.

—No está preñada —afirmó con seguridad—, pero, si resulta ser cierto, me cargaré a todos los perros de esta ciudad.

La familia recuperó la rutina cotidiana, haciendo un esfuerzo por olvidar los rumores. Al fin y al cabo, no era tan raro que la Hermosa provocara un alboroto. En una ocasión había metido un gatito precioso en una olla llena de aceite hirviendo y en otra había interrumpido la actuación de un circo al levantarse del asiento por curiosidad y arrancarle la máscara a un payaso. Maya Dewi volvió a supervisar a las dos montañesas y Maman Gendeng regresó a su puesto y a jugar a las cartas con Shodancho por las tardes.

Durante muchos años había paliado el aburrimiento jugando al triunfo con Shodancho y un plantel rotatorio de sardineros y verduleros, culis del mercado y ciclotaxistas. Solo se saltó esa rutina cuando Shodancho se fue

seis meses a Timor Oriental a hacer la guerra. Con esa excepción, casi todos los días hacía el mismo recorrido en un ciclomotor sin silenciador, hacia las tres de la tarde, y el ruido del vehículo, como el motor de una trilladora de arroz, era tan reconocible que, si su cuñado estaba echando una cabezada, se despertaba de inmediato. Shodancho era más flaco y más bajo que la mayoría de los soldados, pero su impresionante uniforme militar, verde con manchas de camuflaje, combinado con duras botas de piel de aligátor y con la pistola y la porra de madera colgadas del cinto, disimulaba su escasa estatura. Era de tez oscura y en el bigote tenía algunas canas. La mayoría de la gente se había olvidado de su verdadero nombre y solo recordaba que había estado al mando de un *shodan* en la revolución contra los japoneses.

Un jueves por la tarde, en la mesa de juego, aquel día compartida con el aprendiz del carnicero y un pescadero, empezó el ritual cuando Shodancho tiró un paquete de cigarrillos americanos en la mesa. Antes de que se hubieran repartido las cartas, los cuatro ya se habían abalanzado sobre él y el humo del tabaco disimulaba el penetrante olor a pescado salado y verdura podrida.

—¿Qué novedades hay? —preguntó Shodancho.

—Ha venido a verme un mocoso para pedir la mano de mi hija —contestó el *preman*.

Halimunda estaba llena de bocazas y cotillas, de forma que eso Shodancho ya lo sabía, como sabía también la historia del revuelo en el aula. Pero parecía reticente a responder.

—No me la imagino casándose, teniendo un hijo y haciéndome abuelo. —Maman Gendeng miró a los tres amigos que disputaban la partida con él, en especial a Shodancho, para evaluar sus reacciones—. Apenas tiene dieciséis años.

—Me han dicho que a Rengganis la Hermosa la violó un perro. ¿Es cierto?

—preguntó.

—En Halimunda hay demasiados perros —murmuró Maman Gendeng, lo cual sorprendió a Shodancho: sí, en la ciudad había muchos perros, pero nunca había oído que nadie se quejara. El *preman* continuó con frialdad—: Y de ser cierta esa historia del retrete, bueno, tengo mucho veneno para perros desde que aquella puta murió de rabia hace dos años. Además, con independencia de lo que le pasara a mi hija, hay motivos más que suficientes para mandar a esos chuchos a las cocinas de los *bataks*. Con lo que les gusta comer perro.

Aunque no parecía que hablara a nadie en concreto, sus compañeros de partida sabían que todo eso iba dirigido a su cuñado. La mayoría de los perros de Halimunda, mezcla de *ajak*, habían sido domesticados y criados desde que él había empezado a cazar jabalíes. Todo el mundo sabía que hacía mucho tiempo, cuando la princesa Rengganis había llegado a la jungla neblinosa que más tarde se convertiría en Halimunda, la había acompañado un perro, pero antes de Shodancho nadie se había dedicado a criarlos.

—Espero que sea un simple cotilleo —dijo por fin Shodancho.

—U otra de las tonterías de mi hija —replicó el matón, cortante.

Recordó a todos los *dukunes* a los que habían visitado para conseguir que su hija se pareciera a las chicas de su edad. Algunos habían dicho que estaba poseída por un espíritu maligno, y otros habían apuntado que su espíritu se negaba a crecer y nada más: era una cría de seis años atrapada en el cuerpo de una joven de dieciséis. Sin embargo, daba igual lo que dijeran: ninguno podía hacer nada.

—Solo para conseguir que la admitieran en el colegio tuve que atizar a tres maestros distintos. —Estaba poniéndose un poco sensible el hombre, y perdiendo interés por la partida—. ¿Ahora vosotros también vais a reiros de ella?

Maman Gendeng se marchó a pie y, de camino a casa, empezó a soplar el viento de las colinas y oyó también el mar revuelto. Unos cuantos murciélagos volaban con torpeza en contra del viento, como borrachos, por un cielo tan naranja como la fruta. Los pescadores salían de sus casas con remos, redes y cubas de hielo, y en dirección contraria llegaban los campesinos con las hoces y sacos vacíos. El cielo encapotado inquietaba al *preman*.

No obstante, al ver el carambolo, la verbena en flor y el frondoso zapote que crecían delante de su casa se animó. Aquel hogar casi siempre lo rescataba de cualquier temporal de melancolía, pero aquella tarde se encontró a su mujer sentada delante de un cubo lleno de ropa, llorando.

—Me da miedo que esté preñada —reconoció Maya Dewi, mujer apacible pero ahora furiosa—. Ha pasado un mes y aún no he visto manchas de sangre en su ropa interior.

Y, al decir esas palabras, volcó el cubo de la ropa sucia, cuyo contenido quedó diseminado por el suelo.

—Si eso resulta cierto, no puede haber sido cosa de un perro —respondió su marido muy tajante, después de reflexionar—. De todos modos, si alguien tiene que violar a alguien, tendría que ser mi hija la que violara a un perro.

Tras el fracaso de la petición de mano en la estación de autobuses, Kinkin se entregó a una nueva afición: cazar perros perdidos por el cementerio y matarlos a perdigonazos. Era el único que se creía que a Rengganis la Hermosa la había violado un perro y unos celos ciegos le quemaban las entrañas, de modo que decidió no dejar que sobreviviera un solo perro en sus dominios. Si no aparecía ninguno, compraba los carteles de perros que vendían delante del mercado y los colgaba de las ramas de un franchipán para



luego dispararles hasta hacerlos trizas. Su padre, el único que estaba al tanto de aquella extraña conducta, se preocupó.

—Pero ¿qué te pasa, hijo mío? —le preguntó—. Los perros solo son culpables de un pecado: ladrar demasiado.

—Los perros no son más que perros, papá —replicó él con frialdad y sin volver la cabeza ni dejar de apuntar al cartel que su último perdigón había dejado balanceándose—. Y uno de ellos ha violado a mi amada.

—Yo nunca había oído decir que un perro violara a una mujer. ¿O quizá te has enamorado de una perra?

—Déjate de estupideces —contestó Kinkin—. Vete a casa, papá, que esta última bala es para un perro y no para ti.

Enamorarse había acabado por completo con cualquier aire de misterio que lo hubiera rodeado antes, o al menos así lo entendían sus compañeros de clase. Nadie había querido jugar con él nunca, del mismo modo que él nunca había querido jugar con nadie. Sus mejores amigos eran una pandilla a la que ningún otro niño se habría acercado: criaturas del *jailangkung*. Ni siquiera había llegado a tener compañero de pupitre, ya que le apestaba el uniforme a incienso, y los maestros nunca le preguntaban en clase porque si no podía ponerse a responder con la voz de un muerto. Y aunque los demás alumnos sabían que hacía trampa cuando había que dar la lección, pues sus amigos del *jailangkung* le soplaban las respuestas, nadie se atrevía ni a chivarse ni a pedirle ayuda. Era como un ombligo: todo el mundo sabía de su existencia, pero no le prestaban atención. Todo eso fue antes de conocer a la Hermosa.

La vio por primera vez el día que la chica llegó a su nuevo colegio: tras nueve aburridos cursos académicos, había empezado una refriega en la oficina, así que todos corrieron a ver qué había sucedido. Kinkin fue quizá la última persona en verlo: un hombre estaba apaleando a tres maestros que se habían negado a matricular a su hija y le habían propuesto un colegio especial

para niños retrasados, idiotas y locos, una idea que él había rechazado, diciendo que su hija se encontraba perfectamente.

—Lo único que la diferencia de los demás es que es la chica más guapa de toda esta ciudad, cuando no del universo entero —aseguró, mirando a los tres maestros tirados por el suelo y al director, que se estremecía detrás de su mesa.

Rengganis la Hermosa estaba al lado de su padre y vestía un uniforme escolar blanco y gris nuevecito que aún olía a la grasa de la máquina de coser, con pliegues muy marcados en la falda. Se había recogido la larga melena en dos trenzas que le caían a izquierda y derecha por debajo de la cintura, destacadas con lazos rojiblancos, en señal de respeto a los colores de la bandera nacional. Calzaba los zapatos negros reglamentarios, con calcetines blancos cortos con florecitas de encaje en torno a la caña, y sus pantorrillas desnudas eran más cautivadoras que nada de lo que llevaba. Estaba claro que no era tonta, eso lo veía cualquiera, incluso Kinkin, que la observaba desde el otro lado del cristal del despacho del profesor. Era un auténtico ángel perdido en un mundo de vicio y, desde aquella primera visión espléndida, el chico quedó prendado de ella con una fiebre de amor incontrolable. Aunque nunca había hablado con nadie en el colegio, se acercó a ella alcanzado por la flecha de Cupido y le preguntó cómo se llamaba. La Hermosa, al parecer sorprendida, señaló el pequeño emblema que llevaba bordado en la blusa, encima del pecho derecho.

—Aquí mismo puedes leerlo —dijo—: Rengganis.

Todos los niños llevaban el nombre cosido en el pecho del uniforme, pero Kinkin fue incapaz de fijar la vista en él cuando ella se lo indicó con la punta de un esbelto dedo, pues se había quedado mirándole los pechos. Se pasó el resto de aquel primer día de clase temblando, sufriendo a solas en un rincón del aula.

Y aún sufría más al sentir las miradas de sus compañeros, sorprendidos por haberlo oído hablar por vez primera desde la primaria. Sin embargo, no se atrevían a meterse con él, por paranoia, por miedo a que aquel chico tan raro les hiciera daño con un hechizo o con magia negra. Solo una chica, a la que al parecer habían puesto en aquella clase como guardiana de Rengganis la Hermosa, tuvo el coraje de acercarse.

—Escúchame bien, tú, el aficionado al *jailangkung* —lo amenazó—. Si molestas a mi amiga, te corto la polla en rodajitas como si fuera una zanahoria.

Acto seguido, Ai fue a sentarse al lado de su prima. Dejó a Kinkin casi llorando, imaginándose todos los obstáculos que iba a tener que superar para lograr el amor que tanto anhelaba. Ai le parecía la criatura más insoportable de todo el planeta. Todos los días albergaba la esperanza de acompañar a la Hermosa a casa después de clase, puesto que andar a su lado era, por descontado, lo más maravilloso que podía imaginarse cualquier chico, pero Ai siempre se le adelantaba. Lo ponía de tan mal humor que en una ocasión le dijo:

—Alguien debería asesinarte.

—Lo harías tú mismo si no fueras tan mariquita.

Pero no se atrevía. Y, así, se esfumaron todas las oportunidades de acompañar a la Hermosa a casa y su única felicidad se manifestaba en el aula, cuando podía volver la cabeza y contemplar aquel hermoso rostro todo el rato que quisiera. Acabó siendo el más tonto del colegio, porque ya no prestaba atención en ninguna clase. Lo único que lo ayudaba a sacar buenas notas era el *jailangkung*, ya que lo practicaba durante los exámenes para hacer consultas. Por otro lado, se quedó en los huesos porque ni comía ni dormía lo suficiente, dominado por el amor.

—Estás peor que yo —llegó a comentar la Hermosa—. Pareces idiota de

verdad.

La llevaron al hospital y el médico anunció sin ningún tipo de duda que, en efecto, estaba embarazada de siete semanas. Tanto Maman Gendeng como Maya Dewi trataron de no creérselo, pero cinco médicos más que la examinaron dijeron lo mismo. Y también un *dukun*.

Tras esa confirmación, el primer paso que dio su padre fue encerrarla en su cuarto para evitar la propagación de más rumores. Maya Dewi había intentado apartarse de la sombra de su pasado, con una madre puta que había traído al mundo a varias hijas fuera del matrimonio, pero era como si lo que le había sucedido a Rengganis la Hermosa fuera a confirmar que la maldición había pasado a la nieta. La gente decía que de una familia depravada siempre nacerían criaturas igual de depravadas. Así pues, entre los dos decidieron que había que encerrar a la niña, con la esperanza de que tarde o temprano la gente olvidara que tenía a una adolescente embarazada en casa.

Su cuarto estaba en el primer piso, demasiado alto para salir por la ventana, y la puerta se cerró a cal y canto por fuera. Sus únicos compañeros eran un osito de peluche, un montón de novelas baratas y la radio. Maya Dewi se ocupaba en persona de todas sus necesidades: le llevaba el desayuno, el almuerzo y la cena, el orinal y baldes llenos de agua para lavarse. Aunque la muchacha se quejaba por no poder volver al colegio, su madre se negaba en redondo a permitirlo.

—Te prometo que iré con más cuidado cuando vea un perro —decía la Hermosa, destrozada.

Maya Dewi se echaba a llorar y, entre gemido y gemido, contestaba:

—No, cariño. ¡Si no nos dices quién te violó en el retrete, ni lo sueñes!

Se lo habían preguntado una y mil veces, pero no servía de nada, porque ella, con una testarudez impresionante, contestaba una y mil veces más que

un perro de pelaje marrón y hocico negro. Se veían perros así por todas las esquinas de Halimunda y no había forma de investigarlos uno por uno. Cada vez que fracasaba en su intento de sonsacar una explicación lógica a su hija, Maya Dewi volvía a encerrarla y se marchaba, y entonces la Hermosa se ponía a chillar y a gritar para pedir que la dejaran salir y volver al colegio. Sus alaridos eran desgarradores y, por descontado, ensordecedores, como los de un bebé que no está a gusto porque no le han cambiado el pañal mojado. Al oír su voz aguda, los vecinos se asomaban y miraban la ventana del primer piso, y los peatones se paraban en seco y se decían cosas al oído. Maman Gendeng era partidario de mandarla a algún otro lugar, pero Maya Dewi se oponía a esa idea y se empeñaba en mantenerla encerrada en su cuarto, diciendo:

—Es mejor vivir esta deshonra que perder a mi hija.

Al final, cedieron y la mandaron al colegio. No fue cosa fácil, porque estaba terminantemente prohibido que las alumnas embarazadas asistieran a clase. El centro argumentaba que sería una mala influencia para sus compañeras. Por segunda vez, Maman Gendeng se presentó allí y entró de nuevo en el despacho del director sin llamar para asegurarse de que no expulsaban a su hija. El pobre director se vio entre la espada y la pared. Por un lado, tenía que vérselas con los demás padres, que estaban preocupados por sus hijas, puesto que lo que le había pasado a Rengganis la Hermosa demostraba que en aquel lugar corrían peligro. Por el otro, tenía que vérselas con aquel matón al que nadie se atrevía a contrariar. Se limpió el sudor frío que le caía a chorro por la frente y el cuello.

—Muy bien, querido amigo —dijo—, dado que aún no se ha graduado podrá estudiar aquí, pero tiene que ayudarme. Tiene que encontrar al que le hizo esto a su hija, a ver si puedo calmar los ánimos de los demás padres. Ah, y otra cosa: cómprenle ropa más ancha, haga el favor.

Entonces Maman Gendeng se acordó del aquel muchacho, de Kinkin. Por la tarde se escapó de la partida de triunfo y fue a casa de Kamino el sepulturero a buscarlo. Como en días anteriores, Kinkin estaba muy ocupado pegando tiros salvajemente a carteles de perros. Por un momento, el *preman* admiró su puntería, aunque no acababa de entender por qué había cogido esa costumbre tan extraña. Después de que el muchacho vaciara varios cargadores y la imagen del animal quedara destrozada en el suelo, se volvió y se acercó al padre de su amada sin aparentar el más mínimo asombro.

—Ya ha visto lo que estoy haciendo, ¿verdad? —preguntó con orgullo, pero el *preman* no entendía nada y simplemente asintió hasta que el otro se lo explicó—: Estoy cargándome a todos los perros que veo y, si no veo ninguno, disparo a carteles de perros. Los odio y los envidio, porque uno de ellos violó a su hija y ya sabe cuánto la quiero.

Kamino los observaba desde un lado de la casa. No le parecía bien que el criminal más cruel de Halimunda fuera a buscar a su hijo, pero se acercó e intentó invitarlo a tomar un café con toda la cordialidad de la que fue capaz. Maman Gendeng y Kinkin se sentaron en la sala de estar, que estaba llena de las cosas más variopintas dejadas en este mundo por los muertos. Una vez listo el café, el sepulturero los dejó a solas y el *preman* preguntó al muchacho:

—Dime, ¿quién violó a Rengganis la Hermosa?

Kinkin lo miró confundido y contestó con convicción:

—Me parece que ya lo sabe: un perro, en el retrete del colegio.

No era esa la respuesta que esperaba Maman Gendeng, que, de hecho, se cabreó un poco, aunque le quedó claro que el muchacho no sabía nada nuevo y solo Rengganis la Hermosa y Dios estaban al tanto de lo que había sucedido en aquel retrete. Bebió un sorbo de café simplemente para tranquilizarse.

Tenía la impresión de estar ante un misterio por resolver. Habría preferido sin duda alguna enfrentarse a un enemigo en combate mortal que al desconocido violador de su hija. Se quedó sentado delante de Kinkin sin decir una palabra más hasta que se dio cuenta de que se hacía tarde. Aunque le habría gustado posponer la vuelta a casa hasta tener una respuesta satisfactoria, se levantó para marcharse y, con voz ronca, rompió el silencio que había entre ellos:

—Bueno, parece que eso es todo lo que sabemos. Si de verdad la violó un perro, con un perro tendrá que casarse.

Después de oír eso, Kinkin no pudo pegar ojo y lo pasó aún peor que las noches anteriores. Tuvo despierto a su padre hasta el alba y los fantasmas del cementerio tampoco pudieron descansar. Por la mañana, se lavó a toda prisa y se fue temprano al colegio, pero de camino corrió a casa de Rengganis la Hermosa para ver a su padre, al que no le hizo ninguna gracia que lo despertaran a esas horas.

—¡No puede casarse con un perro de ninguna de las maneras! —resopló con una voz que parecía surgir de labios de un moribundo—. Yo me casaré con ella.

Eso era mucho mejor y el matón lo sabía. Se quedó mirándolo y recordó su primer encuentro en la estación de autobuses. Se arrepentía de no haber aceptado su petición de mano en aquel momento, antes de que el problema se complicara. Asintió y preguntó por qué.

—No la violó ningún perro; fui yo.

Era motivo suficiente para sacar al muchacho a rastras al jardín de atrás y darle una buena paliza sin un ápice de piedad, si bien con el primer puñetazo ya lo estampó contra el rincón de la valla y le dejó la cara ensangrentada. Kinkin no se defendía, aunque tampoco habría servido de nada intentarlo. Maya Dewi salió corriendo para poner fin a aquella brutalidad antes de que

su marido matara al chico. Tuvo que luchar con uñas y dientes para agarrarlo. Maman Gendeng seguía aporreando a Kinkin, pese a que el muchacho se había desplomado y estaba hecho un ovillo a la orilla de un pequeño estanque. Aún no estaba muerto, pero sufría terriblemente y gemía de dolor.

—No pienso matarte, por supuesto —aseguró el *preman*, después de que su mujer lograra tirar de él y apartarlo un poco—. Porque tienes que seguir con vida para casarte con mi hija.

Por la tarde, después de pasarse toda la mañana oyendo a Kinkin cotorrear en el colegio sobre sus planes de casarse con Rengganis la Hermosa una vez hubiera dado a luz, Ai se dirigió al cementerio para hablar con él, montada en la parte de atrás de una minimoto conducida por su primo Krisan.

—Sé que no estabas en el retrete aquel día —afirmó con malos modos.

El muchacho sonrió al verlos llegar y no lo negó, sino que los invitó a pasar sin más y les dio las gracias, puesto que era la primera vez que lo visitaba un compañero de clase. Su casa no era un lugar acogedor: estaba vieja y le faltaba un toque femenino.

Después de ir a buscar dos vasos de limonada fría a la cocina, les contó que su madre había muerto hacía mucho tiempo, en concreto en el momento de nacer él, para disculparse por el desorden generalizado, cuando no para cambiar de tema, pero la cara de Ai no parecía relajada en absoluto. Estaba esperando otra oportunidad para empezar el siguiente asalto.

—¡Qué pillo eres, mariquita! —exclamó—. Es imposible que la violaras tú.

—Yo nunca podría ser tan cruel, por supuesto —contestó Kinkin con tranquilidad—. Si quieres a alguien, no le haces eso, por mucho que se presente la oportunidad. He pedido su mano como Dios manda y voy a casarme con ella porque la quiero.



Iba a heredar el puesto de su padre, además de la casa del cementerio. Esas cosas pasaban siempre de generación en generación por un motivo claro: nadie más quería dedicarse a ese trabajo. Todos los habitantes de Halimunda creían que el cementerio estaba lleno de malos espíritus y demonios necrófagos, y solo una familia de sepultureros podía soportar vivir allí año tras año. También pasaban de generación en generación el secreto mágico para mantener contacto con los espíritus de los muertos gracias al *jailangkung*. Kinkin era el último de la familia y el único heredero posible, puesto que no tenía hermanos. Sin embargo, si sus compañeros le tenían miedo no era solo por ser hijo del sepulturero ni por saber jugar al *jailangkung*, sino por su gesto frío y por el hedor húmedo que desprendía su cuerpo, como si llevara un espíritu malvado en el hombro allí adonde fuera. Eso bastaba para erizarles el vello del cogote, por lo que Krisan casi no abrió la boca. No le había hecho ninguna gracia ir y si estaba allí era solo porque su prima lo había obligado.

—No te creas que por la simple razón de saber magia negra puedes hacer lo que te venga en gana —continuó Ai.

—La magia negra no sirve para nada —replicó Kinkin, agitando las manos en señal de protesta—. Te proporciona un pseudopoder que es falso, artificial y, evidentemente, maligno. A mí la experiencia me ha enseñado que el amor es más poderoso que cualquier otra cosa.

Por lo visto, el amor lo había vuelto bastante terco, cosa evidente para Ai, que en realidad no quería impedirle que amara a su prima; lo único que pretendía era protegerla, ya que tenía la sensación de que en aquellos planes de matrimonio había algo que no encajaba. Se levantó y tendió la mano a Krisan, pero, antes de marcharse, miró a Kinkin y habló.

—Ama a la Hermosa con todo tu corazón —espetó con el mismo tono que una madre al dar un consejo a su yerno el día de su boda.

—Por supuesto —contestó Kinkin, asintiendo con seguridad.

—Pero si resulta que tu amor no es más que un aplauso con una sola mano y mi bella prima no te corresponde, jamás permitiré que nadie os case —amenazó la muchacha—. Mi destino es protegerla, para que siempre pueda ser feliz.

Con frecuencia, la firmeza de su voz impedía que la gente la mirase a los ojos, y en ese momento Kinkin agachó la cabeza.

—Sí, pero —objetó— su propio padre ya me ha concedido su mano.

—Eso da igual.

Ai no le dio oportunidad de decir una sola palabra más. Tiró de Krisan, que se dirigió a la minimoto con rapidez. Con la chica sentada detrás, se marcharon a casa de la Hermosa, donde se encontraron a la familia en pleno caos y oyeron unos aullidos procedentes del primer piso. En la planta baja vieron a Maya Dewi llorando en silencio en un rincón del sofá, mientras que las dos montañesas se habían quedado plantadas en la puerta de la cocina sin saber qué hacer. Krisan se sentó delante de su tía y Ai a su lado para cogerla de la mano con gesto de confusión y preocupación.

—¿Qué te pasa, tía? —le preguntó.

Maya Dewi enjugó las lágrimas con la manga. Trató de sonreír a sus sobrinos como para decir que no era nada grave y luego se explicó:

—Se ha puesto hecha un basilisco en cuanto se ha enterado de que tenía que casarse con ese Kinkin.

—Sí, él se lo ha contado a todo el mundo en el colegio —dijo Ai.

—Pobre chico, mira que querer casarse con alguien que está embarazada de otro —comentó Maya Dewi—. La quiere mucho.

—A mí me da igual que la quiera o no —replicó Ai—. Si Rengganis no está enamorada, no se casa.

De repente cesaron los aullidos de la Hermosa. Primero se asustaron, pero

luego la vieron bajar la escalera a toda prisa, con la cara colorada e hinchada como si la hubiera sumergido en agua con hielo y vestida únicamente con el pijama de la siesta. Se sentó de inmediato al otro lado de su madre sin tratar siquiera de enjugarse las lágrimas.

—Si no amas al hijo del sepulturero y no quieres casarte con él, dímelo —pidió la pobre Maya Dewi—. A ver, ¿quién es el hombre que te ha robado el corazón y al que quieres hacer tu marido?

—No me gusta nadie —contestó la Hermosa—. Si tengo que casarme, quiero que sea con quien me violó.

—Dime quién fue.

—Me casaré con un perro.

Ya se le notaba mucho el embarazo y, como a todas las mujeres en ese estado, se la veía aún más radiante. Era como si su larga cabellera morena surgiera de una oscuridad profunda y misteriosa para caer por debajo de las caderas, pues hacía años que no se la cortaba. Su piel era como la corteza de una hogaza recién salida del horno y aún caliente. Tanto su padre como su madre estaban muy orgullosos de su belleza, pero siempre los había preocupado el precio que había que pagar: su simpleza.

—¿Sabes qué perro fue? —preguntó Ai.

Rengganis negó con la cabeza, llena de pesar.

—A mí todos los perros me parecen iguales —afirmó—. A lo mejor se presenta cuando nazca su hijo.

—¿Y cómo va a saber que ha nacido?

—Mi hijo ladrará y él lo oirá.

Nadie sabía de dónde había sacado una fantasía tan descabellada, pero cuando pensaba en eso se la veía tan feliz y radiante que los demás se quedaron callados. Sin obligarla a decir nada más, su madre le dio un abrazo y le acarició la larga melena, diciendo:

—¿Sabes qué? Tu mamá se quedó embarazada de ti a la misma edad que tienes tú ahora.

Al caer la noche, le contó a su marido todo lo que había pasado aquel día y detalló los coletazos del jaleo organizado por la Hermosa. Maman Gendeng se sentó en un escalón con cara de circunstancias.

—Todo el mundo sabe que Kinkin no estuvo en el retrete aquel día —aseguró—. Y Rengganis no quiere casarse con él.

—Bueno, en ese caso, tenemos que obligar a la hiña a contarnos quién fue.

—¿Y si no suelta prenda?

—Si no suelta prenda, la caso con el que quiera ser su marido, mientras no sea un perro.

Lo que sucedió fue que Rengganis la Hermosa no soltó prenda. Por descontado, había muchos hombres que querían casarse con ella, pero solo uno había tenido el valor de pedir su mano: Kinkin. Así pues, a pesar del rechazo de la joven, empezaron a organizar la boda mientras el momento del parto iba acercándose. Por descontado, ella estaba al tanto de esos preparativos, pero de improviso decidió sobrellevar la situación con tranquilidad, afirmando que el que acabaría sintiendo rencor y remordimientos sería él.

Su prima Ai se vio metida en el centro de aquel caos.

—Si la obligamos, hará alguna locura —decía.

Conocía bien a Rengganis la Hermosa. Sus padres también, pero por lo visto ya todo les daba igual. Para ellos bastaba recordar que Maya Dewi no tenía padre, que era hija ilegítima de Dewi Ayu, igual que sus hermanas mayores: no querían que su nieto tuviera un destino similar. Maman Gendeng, que nunca había llevado una existencia muy virtuosa, estaba profundamente triste, puesto que alguien había violado a su hija y él, el

hombre más temido de Halimunda, se sentía impotente. Tenía la impresión de encontrarse ante el enemigo más temible de toda su vida.

—Le puse «Rengganis» —decía, apenado— y, como todo el mundo sabe, la princesa Rengganis se casó con un perro.

Cuando ya se acercaba el día del enlace, llamó a una empresa de alquiler para reservar las sillas del que debía ser todo un banquete. Había decidido presentar un *orkes melayu* en la calle, delante de su casa. Tomaba todas esas decisiones porque no sabía qué otra cosa hacer.

—Esto no está bien, tío —le recordaba Ai—. Rengganis no desea esta boda. Dime, ¿por qué siempre hay que casar a las chicas que se quedan embarazadas?

El *preman* no tenía ganas de aguantar el sermón malhumorado de su sobrina y siguió preparando la boda como si fuera la suya propia. El médico había confirmado la fecha prevista para el nacimiento de la criatura que crecía dentro del vientre de la Hermosa y tenían previsto casarla justo al día siguiente. Cuando nació el niño, con ayuda de una comadrona, Rengganis la Hermosa insistió una vez más en que era hijo de un perro, mientras que sus padres insistieron a su vez en que tenía que sentarse en el estrado de la boda. A modo de respuesta, la joven desapareció pocas horas antes del enlace llevándose al recién nacido.

—Se habrá ido a casa de Ai —aventuró su padre.

La buscaron allí, pero ni siquiera su prima sabía lo que había sido de ella. Empezó a cundir el pánico. Regresaron a casa con la esperanza de encontrarla de vuelta, pero en lugar de eso descubrieron un breve mensaje escrito en un pedazo de papel: «He ido a casarme con un perro».

Digámoslo de una vez: fue Krisan el que exhumó el cadáver de Ai y lo escondió debajo de su cama.

En otros tiempos, todas las mañanas se plantaba en la ventana de su dormitorio a contemplar el porche trasero de la casa de Shodancho. Ai aún vivía, por supuesto, y si Krisan se quedaba en la ventana era solo para verla salir, adormilada, para ir a lavarse la cara en el grifo que vertía agua en el estanque. Volvía a situarse en el mismo punto también todas las tardes para verla charlar con su madre mientras cortaban un pollo o picaban *kangkong* para la cena, pero aquella tarde en concreto no la vio, porque ya estaba muerta y su cadáver, debajo de la cama del propio Krisan.

Calculaba que la gente ya estaría al tanto de que la tumba había sido profanada y se imaginaba a Shodancho, al que ya estaba empezando a notársele la edad, si bien aún mantenía el cargo de jefe del Distrito Militar de Halimunda, oyendo la noticia de que la había excavado un perro. Por supuesto, él no se creería que aquello pudiera ser cosa de un perro, dado que la tumba de su hija era muy profunda y estaba protegida por gruesos tablones de madera.

«Solamente podría haberlo hecho una persona, y tal vez el único capaz de ello sería Maman Gendeng», puede que hubiera dicho Shodancho.

A Krisan le gustaba creer que podía engañar a los demás. Sabía que Shodancho todavía guardaba rencor al *preman*, que era incapaz de exhumar

el cadáver de Ai: en lo único que pensaba era en recuperar a su hija, Rengganis la Hermosa, que se había fugado. Conviene repetir que había sido Krisan quien había exhumado los restos, los había escondido con mucho cuidado debajo de su cama y se asombraba de que nadie sospechara de él.

En realidad, lo había hecho de modo que pareciera obra de un perro, con la idea de que así Ai no se enfadaría e incluso se alegraría. Krisan había excavado la tumba de su prima con las manos y los pies, hurgando en aquel montón de tierra, aún blanda a pesar de que ya llevaba una semana enterrada. Había trabajado toda la noche, sin descansar. Para hacer feliz a Ai, incluso había llevado a un perro callejero, si bien el animal se había limitado a observar en silencio, encadenado al tronco de un franchipán. Sus huellas harían creer a la gente que lo había hecho un perro y Krisan borró con detenimiento las suyas propias.

Excavar una tumba con las manos y los pies no era tarea fácil, pero ¿un perro no lo habría hecho así? Metido en la piel de un animal, Krisan incluso dejó la lengua colgando y fue metiéndola y sacándola mientras trabajaba, convencido de que Ai se alegraría al verlo desde el cielo. Y cuando sintió que se moría de sed en mitad de tan alocada tarea, se dirigió a cuatro patas al canal que había en un extremo del cementerio y bebió a lengüetazos. Trabajando así, llegó por fin a los tablones a las tres de la mañana, después de haber empezado a cavar a las siete y media de la tarde.

Los tablones estaban colocados en pendiente, uno al lado del otro. A Krisan le bastó levantar unos cuantos para poder sacar el cadáver de Ai, envuelto en una mortaja, del hoyo en el que descansaba. Pesaba poco y el corazón del muchacho dio un vuelco de misterioso regocijo. Por fin podía abrazarla tanto como quisiera, así que casi no le importaba que estuviera muerta. La mortaja desprendía una extraña fragancia, como a parterre. Por

supuesto, no olía a flores, sino que era el aroma propio del cuerpo de la joven.

Después de soltar al perro callejero, Krisan se echó el cadáver de Ai al hombro. Volvió a casa deprisa, aunque con cautela, puesto que a aquella hora la gente ya solía estar despierta, preparándose para ir a la mezquita. Algunos verduleros debían de andar camino del mercado para abrir sus puestos y tal vez algunas personas se dirigían a uno de los estanques que rodeaban la ciudad, no lejos del cementerio, para aliviarse.

Llegó a su casa sin problemas, sin que nadie lo viera, ni siquiera su madre o su abuela —a la muerte de su padre, Mina se había ido a vivir con ellos y se encargaba de coser todo lo que hacía falta—, y eso que las dos eran madrugadoras. Entró por la puerta de la cocina, se dirigió a su dormitorio de puntillas y escondió el cadáver de Ai debajo de la cama. Luego volvió sobre sus pasos para limpiar, con la meticulosidad del conserje de un colegio, todo rastro de barro que pudiera haber metido en casa, y después llegó el momento de contemplar el cadáver. Lo sacó de debajo de la cama y desenvolvió la mortaja.

Al instante, aquel intenso aroma inundó la habitación con más intensidad aún y Krisan pudo contemplar el cuerpo de Ai, que parecía muy lozano. Era como si estuviera tumbada en el suelo, echando una cabezadita. No se sorprendió, pues estaba convencido de que el cadáver de su prima jamás se pudriría, ni aunque pasara años enterrada, o incluso siglos, y admiró sus mejillas, rosadas como cuando vivía.

De repente se avergonzó por estar mirando su desnudez. Volvió a envolver el cuerpo con la mortaja de inmediato y dejó solo la cara al descubierto, para seguir gozando de su belleza. Y entonces se puso a llorar, el muy bobo, entristecido porque Ai estaba muerta y lo había dejado completamente solo en un mundo desolado, si bien en un momento dado el tono del llanto cambió



y el joven soltó gritos de gratitud a su prima, pues, aunque estaba muerta, no había permitido que sus restos se pudrieran. Se había quedado en un estado de belleza eterna y Krisan creía que lo hacía por él. Sin darse cuenta, se puso a besar las mejillas del cadáver.

Krisan se había enamorado de Ai hacía mucho y estaba convencido de que ella también se había enamorado de él hacía mucho, tal vez cuando aún dormían en la misma cuna. Era prima suya, lo mismo que Rengganis la Hermosa. Ai había nacido doce días antes que Krisan y el suyo fue el primer rostro que vio al venir al mundo, estando echada en brazos de su madre mientras Alamanda, Shodancho y su padre esperaban su llegada. Quizá los bebés también podían tener flechazos, ¿por qué no? Y, además, en aquel momento Shodancho dijo, más o menos: «Espero que nuestros hijos se enamoren». Krisan debió de oírlo nada más aparecer en la Tierra, por lo que se convenció de que estaban hechos el uno para el otro. Y estuvieron juntos desde entonces, lloraron juntos, se orinaron encima juntos, fueron al mismo parvulario y a los mismos colegios, hasta que él se dio cuenta de que siempre había estado enamorado de ella.

Sin embargo, revelarle su amor no era tarea fácil, ya que Ai era su prima y, además, los unía una gran amistad. Una confesión así podía destrozar su tierna relación, pero si no decía nada, quizá ella jamás se diera cuenta de que la amaría mientras viviera, y él se arrepentiría si otro se la arrebatara. Eso era lo que más temía: habría preferido ahorcarse que sufrir ese desconsuelo.

Había otro problema grave: Krisan no tenía más amigos que Rengganis la Hermosa y que Ai, nadie con quien hablar. Contárselo a su abuela o a su madre era inconcebible, y mucho menos a alguno de sus cuatro tíos. Y tampoco podía escribirlo en un diario, porque sin duda alguna Ai lo encontraría y lo leería, daba igual dónde lo escondiera. Eso no habría sido problema si hubiera sabido que su amor era correspondido, pero solo lo

sospechaba y tenía miedo de haberse hecho demasiadas ilusiones. Sería horrible que Ai se enterase de que la amaba si resultaba que el sentimiento no era mutuo. Era todo muy penoso. A menudo maldecía su destino y se preguntaba por qué había tenido que nacer siendo su primo. Cuando el chico del *jailangkung* había pedido a Maman Gendeng la mano de Rengganis la Hermosa en la estación de autobuses, el terror se había apoderado de Krisan. Alguien había anunciado a bombo y platillo que amaba a Rengganis la Hermosa y era cuestión de tiempo, sin duda, que otro acudiera a Shodancho para pedirle la mano de Nurul Aini. Krisan estaba decidido a que fuera suya antes de que se le adelantaran.

Dedicó varias semanas a preparar la declaración de amor, semanas impregnadas de un dolor desgarrador.

Se puso a redactar cartas de amor, y cada vez que tenía que escribir la palabra «Ai», dejaba un espacio en blanco, evitaba escribir esas dos letras por si acaso. Fueron diez largas cartas, una historia en cada una, pero no llegó a mandar ni una sola, sino que las escondió en el armario debajo de un montón de ropa interior. Ai se pasaba el día en su casa, se metía por todas partes y cogía todo lo que le apetecía, sobre todo las novelas de artes marciales del compañero Kliwon. Había un acuerdo tácito entre los tres —Krisan, Ai y Rengganis la Hermosa— según el cual lo que era de uno era de todos. Con la excepción de su ropa interior. Ai nunca había querido tocarla, de modo que la prueba de su íntima pasión estaba a salvo allí debajo.

Entonces el joven decidió que escribir cartas era una estupidez. Sería mejor decirle directamente que la quería más que a una simple prima, como un hombre quiere a una mujer. Lo carcomía la impresión de que, aunque eran tan íntimos y su amistad tan estrecha, y aunque el destino ya había determinado que un día se casarían, la vida pasaría a ser plana e insulsa una vez expresara sus verdaderos sentimientos.

Pasó días ensayando la declaración, delante del espejo, imaginándose que ella estaba a su lado —quizá estarían viendo a una gaviota lanzarse en picado hacia la superficie del mar durante un viaje a la playa— y que le decía: «Ai». Y entonces hacía una pausa dramática, pensando que le haría falta un momento para que ella lo mirase, o como mínimo para que prestara atención. Entonces él seguiría con voz fuerte, que se oiría claramente por encima de la cacofonía del embate de las olas y del viento que agitaba las hojas de los cocoteros y los pandanos: «¿Sabes que te quiero?»

Una sola frase, corta. Krisan se sentía capaz de pronunciarla y se imaginaba a Ai ruborizándose a continuación, si bien en realidad hacía mucho que sabía del enamoramiento secreto de su primo. Por descontado, era posible que no lo mirase; era tímida, así que tal vez bajaría la cabeza por miedo a parecer demasiado contenta. Pero entonces, sin volverse hacia él, confesaría que también lo amaba.

Krisan se imaginaba con mucha más facilidad lo que sucedería a continuación. La cogería de la mano y desde aquel momento serían felices y comerían perdices: se casarían, tendrían hijos, conocerían a sus nietos y morirían juntos muchas décadas después. Claro que todo eso era tan hermoso que volvía a hacer mella en él la inseguridad, de forma que ensayaba todavía más, repitiendo esa breve frase una y otra vez: en el baño, tumbado en la cama, allí donde fuera.

Una tarde incluso trató de utilizar a su abuela de conejillo de Indias. Mina estaba cosiendo en el porche delantero y él, sentado a su lado, de repente le dijo:

—Abuela...

Tal y como había ensayado, se detuvo en ese punto. Mina interrumpió lo que estaba haciendo y volvió la cabeza con una mirada interrogativa protegida por sus gruesas gafas, suponiendo que su nieto iba a pedir dinero

para comprarse alguna tontería que no necesitaba, como de costumbre. Y menuda sorpresa se llevó cuando Krisan añadió:

—Abuela, ¿sabes que te quiero mucho?

A Mina se le humedecieron los ojos y de inmediato dejó a un lado la labor, acercó la silla a Krisan y lo abrazó, llorando ya con lágrimas que fluían cada vez más deprisa.

—Eres un cielo. Ni siquiera aquel loco comunista, mi propio hijo, me dijo jamás una cosa así.

No obstante, siempre que estaba con Ai, aunque fuera los dos solos, sin Rengganis la Hermosa, lo que casi nunca sucedía, todo lo que se había aprendido de memoria se esfumaba. Se juraba decírselo a la siguiente oportunidad, pero entonces las palabras volvían a desaparecer. Ai siempre lo dejaba sin habla. Era como si lo atravesara hasta llegar al corazón y lo dejara perdido en una tormenta de amor insoportable.

Hasta que un buen día sucedió lo siguiente: Rengganis la Hermosa dio a luz a un hijo y desapareció de su casa. La que se quedó más disgustada, quizá incluso más que los propios padres de la muchacha, Maya Dewi y Maman Gendeng, fue Ai. Todo el mundo sabía que se consideraba la protectora de su prima. Después de que se quedara preñada sin que se supiera de quién y al final pariera aquel niño, Ai se sintió destrozada. Se puso enferma aquel mismo día y, aquejada de una fiebre alta, empezó a llamarla en sueños. Era lógico, pero no por eso dejaba de provocar muchos celos a Krisan, que sabía que ellas tenían una relación muy íntima, mucho más que la que había mantenido él jamás con ninguna de ellas, tal vez por tratarse de dos chicas.

La fiebre continuó unos días y ningún médico supo determinar de qué enfermedad se trataba. Todas las pruebas que le hacían indicaban que gozaba de una salud de hierro.

—Está poseída por el fantasma de un comunista —decía Shodancho.

—¡Cierra el pico! —chillaba Alamanda.

Por las tardes, a la vuelta del colegio, Krisan era su acompañante más fiel: se sentaba al lado de su cama y la miraba, allí tendida exánime y con la mirada apagada mientras su cuerpo afiebrado tiritaba. Evidentemente, no era el mejor momento para confesarle que la quería como un hombre quiere a una mujer. Por entonces, ambos habían cumplido diecisiete años.

Ai se presentaba con frecuencia en el cuarto de Krisan. A veces entraba por la puerta pero también muy a menudo por la ventana: se colaba por allí cuando estaba abierta y había seguido haciéndolo hasta justo antes de ponerse enferma. Después de lo sucedido, una tarde, hacia las siete, volvió a meterse por la ventana de improviso, con una sonrisa pícara, como si tramara una travesura. Estaba guapísima, adorabilísima y sanísima. Iba vestida toda de encaje blanco con volantes, limpia y pura, como si llevara ropa nueva para celebrar el Eid. Tenía la cara y el cuerpo radiantes, y se había dejado la melena negra y lisa suelta por la espalda. Sus penetrantes ojos resplandecían y sus mejillas sonrosadas eran adorables, y aquella sonrisa burlona acentuaba sus labios, hermosos y tentadores. Krisan acababa de echarse después de comer y la visita repentina lo sorprendió.

—¡Ai! —exclamó, y se sentó en el borde de la cama—. ¿Ya estás buena?

—Más sana que una atleta olímpica —contestó ella, riendo y levantando los dos brazos para flexionarlos como un culturista.

Entonces, igual que si los hubiera atrapado un fuerte anhelo parecido al lazo de un vaquero, se acercaron el uno al otro y se abrazaron con fuerza, con más fuerza incluso que cuando Adinda había estrechado entre sus brazos al compañero Kliwon después de que la persiguiera un perro, hacía ya mucho tiempo. Y, sin saber quién había empezado, se dieron un beso y luego otro, besos más apasionados que los que habían compartido Alamanda y el

compañero Kliwon a la sombra del almendro, y luego cayeron los dos encima de la cama.

—Ai —dijo Krisan por fin—, ¿sabes que te quiero?

Ella contestó con una sonrisa arrebatadora que intensificó aún más el estado de embriaguez amorosa de Krisan, quien volvió a besarla. Poco después ya se habían quitado toda la ropa con la precipitación de un deseo adolescente incontrolable e hicieron el amor más apasionadamente que Alamanda y Shodancho la mañana en que no fusilaron al compañero Kliwon y más apasionadamente que Maman Gendeng y Maya Dewi tras esperar cinco años, y dedicaron toda la noche al juego amoroso, al que se entregaron con todo el entusiasmo deslumbrante y el extraordinario espíritu de indagación que solo pueden tener una pareja de jovencitos.

Después, Ai se puso aquella ropa tan blanca, salió por la ventana, tal y como había entrado, y lo saludó con la mano.

—Tengo que marcharme... —aseguró—, arme..., arme...

Esa última parte empezaba ya a ser confusa cuando Krisan se vio sacudido por una descarga súbita en la entrepierna y se despertó sin Ai. La ventana de su cuarto estaba bien cerrada. Había sido un sueño. No era su primera polución nocturna, pero sí la más hermosa, sin duda, y la primera en compañía de Ai, lo que le provocó una euforia inconmensurable.

Cuando los rayos del sol empezaron a colarse tímidamente entre los postigos de la ventana, la abrió y miró hacia el porche trasero de la casa de Shodancho. Vio una enorme multitud congregada, entre la que estaba su propia madre. Le dio un vuelco el corazón. Salió por la ventana, sin ni siquiera lavarse la cara ni calzarse, echó a correr hasta allí y se abrió paso entre la gente. Entró en la habitación donde había dejado a Ai y se encontró a Alamanda sentada en la cama, llorando. Al ver aparecer a Krisan, ella se

levantó de inmediato y fue a abrazarlo sin dejar de sollozar y tirándose de los pelos. Antes de que él pudiera preguntar qué había sucedido, le dijo:

—Tu querida Ai nos ha dejado.

Más adelante, una vez desenterrado el cadáver y trasladado hasta su cuarto, Krisan se echó a llorar junto a él recordando el sueño. Tal vez se lamentaba porque, hasta el momento de su muerte, nunca había llegado a profesarle su amor. O quizá era porque lo enternecía saber que, antes de su partida, Ai se había molestado en ir a verlo, aunque solo fuera en sueños. Había ido a oír sus palabras de amor, había ido a ofrecerle su virginidad, había ido a hacerle el amor antes de marcharse para no volver. Acaso lloraba por todo lo que había perdido y todo lo que añoraba, medio muerto de dolor, ya que, por muy hermoso que sea un cadáver, nunca puede ser lo mismo que una muchacha viva.

Ahí va otra confesión: fue Krisan quien asesinó a Rengganis la Hermosa y arrojó su cadáver al mar.

Una semana después de que Krisan exhumara el cadáver de Ai, alguien llamó con delicadeza a los postigos de la ventana de su cuarto. El chico se levantó, fue a abrirla y se encontró a Rengganis la Hermosa con aspecto desaliñado. Llevaba el pelo enmarañado y la ropa empapada, pero nada de eso podía encubrir su impresionante belleza. Hasta Krisan lo reconocía: Rengganis la Hermosa era, sin lugar a dudas, más guapa que Ai, como la propia Ai había dicho toda la vida.

—Ay, Dios mío, pero ¿qué haces? —preguntó Krisan.

—Estoy helada.

—Eso está muy claro, idiota.

Krisan se inclinó sobre el alféizar con la esperanza de que no los viera

nadie y tiró de la mano de su prima para ayudarla a entrar. Daba la impresión de que la joven se había caído dentro de una zanja enfangada o algo parecido, y era evidente que también estaba muerta de hambre.

—Cámbiate de ropa —dijo él mientras comprobaba que la puerta de su cuarto estuviera cerrada con llave.

Rengganis la Hermosa abrió el armario y sacó una camiseta, unos vaqueros y unos calzoncillos. Entonces, delante de él y sin pasar apuro, se quitó toda la ropa, prenda por prenda, hasta quedarse desnuda del todo. Su cuerpo, reluciente por la humedad a la luz de la lámpara, hizo que a Krisan casi se le cortase la respiración. Se sentó en la cama, el chico, con las piernas cruzadas, erecto, pero, aunque sentía el impulso de tomar por la fuerza a la muchacha que tenía delante, tan apetecible y tan espectacular, no se movió. Se quedó en la cama mientras Rengganis la Hermosa, con su maravillosa despreocupación, se secaba el cuerpo con una toallita que encontró colgada de la puerta.

Sus pechos eran tan perfectos como los de una mujer completamente desarrollada y Krisan los contempló un buen rato, imaginándose que los acariciaba, que los besaba y que jugaba con sus pezones con un pícaro manoseo. Una hermosa curva iba de los pechos a las caderas, como dibujada con compás, con perfecta simetría a la izquierda y a la derecha. Y en mitad de la entrepierna, detrás del abundante matorral de vello, se escondía algo que sobresalía ligeramente, como un coco verde, pero blando sin lugar a dudas. A Krisan se le puso aún más dura y sintió aún más ganas de abalanzarse sobre su primita y arrastrarla hasta la cama para abusar de ella. Pero no lo hizo. Y es que debajo estaba el cadáver de Ai.

La tortura fue amainando poco a poco. Rengganis la Hermosa se puso la ropa interior de Krisan, sin importarle que fuera de hombre. Luego se enfundó los vaqueros y sus pechos desaparecieron en un abrir y cerrar de ojos



debajo de la camiseta. Sin embargo, Krisan siguió erecto porque aún se distinguía la silueta de los pezones en la tela.

—¿Cómo estoy, Perro? —preguntó ella.

—No me llames «Perro». Me llamo Krisan.

—Muy bien, Krisan. —Rengganis la Hermosa se sentó en el borde de la cama, a su lado—. Tengo hambre.

Krisan fue a la cocina a buscar un plato de arroz con espinacas cocinadas y una porción de pescado frito. Fue todo lo que encontró en la alacena. Se lo llevó, junto con un vaso de agua; la muchacha lo devoró con ganas y, al terminar, pidió más. Krisan volvió a la cocina y cogió una ración parecida de la que su prima dio buena cuenta con la misma voracidad, como si no le hubieran enseñado buenos modales. Krisan se quedó aliviado cuando, después de aquel segundo plato, no le pidió más, puesto que a la mañana siguiente su madre no se habría creído que durante la noche se hubiera comido tres raciones enteras.

—Y ahora —dijo él, mientras Rengganis la Hermosa empezaba a secarse el pelo—, ¿dónde está tu hijo?

—Murió. Lo devoraron los *ajaks*.

—¡Mierda! —exclamó él—. Pero gracias a Dios. Cuéntame lo que pasó.

Rengganis la Hermosa se lo contó. La noche en que se fue de casa con el recién nacido, se dirigió hacia la cabaña que había construido Shodancho en mitad de la selva en sus tiempos de guerrillero. Durante mucho tiempo, había sido el lugar de reunión secreto de los tres primos. Habían oído hablar de ella, la habían buscado, la habían encontrado y la visitaban en sus divertidas excursiones. Aquella noche, Rengganis la Hermosa lo eligió porque sabía que era el mejor escondrijo para su hijo y para ella, pues ni siquiera Ai adivinaría que estaba allí. El niño estaba muy inquieto, según ella, y trató de darle el pecho, pero no dejaba de llorar. Iba completamente desnudo, aquel bebé,

envuelto simplemente en una mantita y calentado tan solo por el abrazo de su madre.

Por lo general, se tardaban ocho horas en llegar a pie a la cabaña, pero a Rengganis la Hermosa le costó todo un día con su noche. Se perdió un poco, deambuló de un lado para otro y anduvo muy despacito, con el niño a cuestas. Había cometido la estupidez de no llevar provisiones, de modo que cuando llegaron estaba medio muerta de hambre.

—Y allí no había nada de comer —aseguró Rengganis la Hermosa.

Se había criado en la ciudad y no sabía qué cosas comestibles había en la selva, pero al cabo de un rato se vio obligada a rebuscar para encontrar alimentos. Había unas nueces caídas de los árboles y, sorprendida al toparse con aquella cáscara dura, las partió con un pedrusco y probó lo que contenían. Resultó que estaban muy buenas y recogió muchas. Eso fue lo que cenó aquella primera noche. Beber no era demasiado complicado, porque junto a la cabaña pasaba un arroyuelo de aguas transparentes.

El peor problema era el niño. No dejaba de llorar. Durante todo el camino le había metido la puntita de la manta en la boca, para que no los descubrieran. Había evitado las calles y habría preferido correr al amparo de los árboles, atravesando platanales y campos de mandioca. De todos modos, había tenido que ser cautelosa en extremo, porque por las noches muchos campesinos salían a dar una vuelta para controlar sus tierras, y también había vigilantes y gente que se dedicaba a buscar anguilas y saltamontes. La manta funcionó muy bien para amortiguar el llanto del bebé, pero también estuvo a punto de matarlo. Cuando Rengganis la Hermosa entró en la selva del promontorio, se atrevió por fin a quitarle la mordaza, convencida de que nadie más rondaría por allí en plena noche, y se metió entre los matorrales a toda prisa, mientras el niño berreaba sin cesar.

Una vez en la cabaña, siguió chillando, aunque su madre le había dado el

pecho por fin, pero luego, en sus últimos días, se negó a mamar. Se había hecho pipí y la manta que le hacía las veces de pañal estaba empapada, pero su madre no tenía ninguna otra, así que se limitó a darle un poco la vuelta para que los trozos mojados quedaran por fuera. Sin embargo, él no dejaba de llorar, con una voz que iba perdiendo fuerza a medida que pasaba el tiempo. Hasta entonces no se dio cuenta Rengganis la Hermosa de que estaba enfermo y tenía fiebre. Su cuerpo desprendía un aire caliente y, sin embargo, tiritaba. Ella no sabía qué hacer, de modo que fue testigo de su sufrimiento sin más.

—Luego, al tercer día, se murió.

Y ella seguía sin saber qué hacer. Después de desenvolverlo, lo sacó de la cabaña y lo colocó encima de una piedra que muchos años antes Shodancho y sus hombres habían utilizado como mesa de comedor, y se pasó todo el día mirando el cuerpecillo de su hijo, incapaz de pensar. Era ya por la tarde cuando tuvo la idea de arrojarlo al mar, pero en ese momento llegó una manada de *ajaks*, atraída por el olor del cadáver, y los rodeó a los dos. Rengganis la Hermosa los miró y vio las ganas que tenían de hacerse con él, así que se lo lanzó. Se pelearon por él al instante y luego uno lo agarró y se lo llevó a rastras a las profundidades de la selva. Los demás lo siguieron.

—Eres peor que Satán —exclamó Krisan, estremeciéndose.

—Es que era más fácil que cavar una tumba.

Se quedaron en silencio, quizá imaginándose los dos cómo habrían descuartizado aquellos perros el cadáver de la pobre criatura. Krisan no sabía qué haría Maman Gendeng si se enterase de que ese había sido el destino de su nieto. Quizá se volvería loco e incendiaría Halimunda entera, con lo que mataría a todos los *ajaks* y, muy probablemente, también a toda la gente. A esas alturas ya era inútil buscar sus restos. Los *ajaks* no debían de haber

dejado nada, porque incluso sus huesecillos eran aún muy tiernos, comestibles.

—Y no viniste a buscarme —le recriminó Rengganis la Hermosa, mirándolo con un gesto a medio camino entre la rabia y la desilusión—. Te esperé hasta ayer por la tarde sin comer otra cosa que nueces.

—No pude.

—Qué malo eres.

—No pude ir —explicó Krisan, haciéndoles señas para que no levantara la voz, por miedo a que los oyeran su madre y su abuela— porque Ai se puso enferma y se murió.

—¿Qué?

—Que Ai se puso enferma y se murió.

—No puede ser.

Krisan se levantó de un salto de la cama, agarró el cadáver que escondía debajo, lo sacó a rastras y se lo enseñó a Rengganis la Hermosa. Ai quedó tendida en el suelo, envuelta en su mortaja y en el mismo estado que la primera vez que su primo la había abrazado, igual de lozana e igual de bella.

—Está dormida —dijo Rengganis la Hermosa. Bajó de la cama para mirarle bien la cara y trató de despertarla—. ¡Levanta!

Sacudió el cadáver, le abrió los ojos, le apretó la nariz y por fin se sentó entre sollozos. Lloraba la muerte de quien había sido su mejor amiga toda la vida y había estado a su lado siempre que la había necesitado. De repente, Rengganis la Hermosa se arrepintió de no haberla incluido en sus planes de fuga, de no haberla invitado a ir a la cabaña con ellos. Aún se habría afligido más si hubiera sabido que su muerte se había debido al sufrimiento y la preocupación provocados por la desaparición de su prima. Mientras, Krisan permaneció completamente inmóvil, preocupado sobre todo por si los

lamentos cada vez más fuerte de la Hermosa despertaban a su madre y a su abuela, hasta que finalmente ella preguntó:

—¿Qué hace aquí?

—La he desenterrado —explicó Krisan.

—¿Y por qué la has desenterrado?

A eso no supo qué contestar. Se quedó mirándola en silencio, un poco violento, hasta que tuvo una idea estupenda justo cuando más lo necesitaba.

—Para que pudiera ser testigo de nuestra boda.

Aquella explicación pareció satisfacer a Rengganis la Hermosa.

—¿Y cuándo vamos a casarnos?

A Krisan la pregunta no le hizo gracia. Se sentó en el borde de la cama y miró primero un momento a Rengganis la Hermosa y luego con detenimiento la cara del cadáver de Ai, a sus pies, escudriñó la ropa que colgaba de la puerta, estudió los montones de novelas de artes marciales, observó la almohada y luego volvió a concentrarse en su visitante, que lo contemplaba con expectación.

—Esta noche —contestó.

—¿Dónde?

—Lo estoy pensando.

Cuando se le ocurrió la idea, se la contó de inmediato. Retiraron en el acto la mortaja que envolvía a Ai y le pusieron ropa del armario de Krisan, ropa de hombre como la que llevaba Rengganis la Hermosa: calzoncillos, vaqueros y camiseta. Cuando el cadáver tuvo el aspecto de una chica normal y corriente vestida de manera informal y tumbada en el suelo sin más, Krisan abrió la puerta de su cuarto y comprobó que las de su madre y su abuela estuvieran cerradas, señal de que no se habían despertado. Sacó la minimoto empujándola por la puerta de atrás sin hacer el más mínimo ruido. Después volvió y se echó el cuerpo de Ai al hombro antes de salir del dormitorio,

seguido de Rengganis la Hermosa, y cerrarlo con llave. Cruzaron la cocina de puntillas y llegaron al jardín trasero. Ella se sentó de paquete, detrás del cadáver, que abrazó con todas sus fuerzas, y Krisan se colocó delante. Dio una embestida al pedal y la minimoto abandonó el jardín para dirigirse a la costa a toda velocidad, en plena noche, a la luz de las farolas.

Tuvieron suerte y se cruzaron con poca gente. Aunque sí había una o dos personas en la calle, no sospecharon nada al ver a un chico de diecisiete años con dos chicas de paquete en una moto, ya que se imaginaron que volvían de alguna fiesta.

Krisan se detuvo al pie de un espigón de hormigón que marcaba la frontera entre el mar y la costa. Estaba a punto de amanecer y vio que algunas barcas ya habían regresado. Por el cielo, al este, comenzaba a aparecer un color rosado. «Un momento muy propicio», se dijo.

—Espera aquí, voy a robar una barca —pidió entonces.

Agarrada todavía al cadáver de su prima, para que no se desplomara, Rengganis la Hermosa se sentó con la espalda pegada al espigón, al lado de la minimoto, a esperar a Krisan.

El joven reapareció al poco rato a los remos de una barca que sería de algún pescador. O quizá no era de nadie, porque estaba en muy malas condiciones, aunque no tenía ninguna vía. Se acercó todo lo que pudo al espigón donde lo aguardaba Rengganis la Hermosa.

—Tírame el cadáver —ordenó.

Ella dejó caer a Ai en el casco de la barca, que se balanceó un poco. El cadáver se quedó allí tendido y Rengganis la Hermosa saltó a la proa y se sentó, mientras que en la popa Krisan empezó a remar para alejarse de la playa, hacia mar abierto, que era donde le había prometido casarse con ella.

Trató de no cruzarse con las barcas de pesca que volvían a la playa, pero no se preocupó de los barcos grandes, que estaban más alejados. Empezaba a

salir el sol por detrás de la colina de Ma Iyang y sus rayos eran como líneas rectas y potentes que penetraban en el mar y relucían fosforescentes. El color rojizo del horizonte empezó a diluirse; por el cielo empezaron a pasar gaviotas y golondrinas. Con la luz, a Krisan le costaba menos ver adónde iban las barcas de pesca y virar cuando le parecía que podían acercarse demasiado.

Remó un buen rato en círculos cada vez más amplios, en busca de un sitio tranquilo en mitad del mar por el que no le pareciera que fuera a pasar ninguna otra embarcación. Lo encontró por fin en una parte donde el agua era de un azul oscuro. Sabía con seguridad que aquel punto era muy profundo y por eso estaba desierto, ya que no había demasiados peces. Por descontado ni Rengganis la Hermosa ni Krisan sabían que, muchos años antes, el compañero Kliwon había secuestrado a Alamanda y se la había llevado a ese mismo lugar.

Llegó la mañana con toda su perfección.

—Bueno, ¿cuándo vamos a casarnos?

—No corras tanto, primero disfruta un poco del sol —contestó Krisan.

Se tumbó allí en la popa para mirar el cielo. Rengganis la Hermosa trató de hacer lo mismo en la proa. Krisan tenía la frente arrugada y cara de pocos amigos, no gozaba en absoluto de aquella mañana completamente despejada. Ella, por su parte, se sentía cada vez más intranquila, a la espera de la boda. De repente se incorporó, ya muy impaciente, y preguntó:

—¿Cómo vamos a casarnos?

—Voy a darte una sorpresa —anunció, y se le acercó pasando por encima del cadáver de Ai—. Date la vuelta.

Rengganis la Hermosa obedeció y se quedó mirando el horizonte, de espaldas a Krisan. Esperó hasta que vio que sus manos formaban un rápido círculo y, sin darle tiempo a comprender lo que sucedía, empezaban a

estrangularla. Tenía un pañuelo enrollado en torno al cuello y las manos de Krisan tiraban con fuerza de las puntas. Rengganis la Hermosa se retorció para liberarse y empezó a dar patadas a un lado y a otro mientras con las manos trataba de aflojar el pañuelo. Pero Krisan era mucho más fuerte. Forcejearon unos cinco minutos, hasta que ella perdió la batalla y acabó tendida en el fondo de la barca, muerta, justo al lado del cadáver de su prima.

Krisan la miró, se le llenaron los ojos de lágrimas y luego rebosaron. Respiraba con jadeos irregulares, resollando. Con manos temblorosas, levantó el cuerpo de Rengganis la Hermosa, lo tiró al mar y esperó a que se hundiera. Y lloró por la borda, lloró como lloran las adolescentes sensibleras, lloró como lloran los recién nacidos, lloró un diluvio de lágrimas desconsoladas. Y entre sollozo y sollozo habló en voz alta, aunque no había nadie para oírlo:

—Te he matado porque solo he querido a Ai.

Y siguió llorando.

Ahí va otra confesión: fue Krisan quien violó a Rengganis la Hermosa en el retrete del colegio y no quiso asumir la responsabilidad de sus actos.

Esta es la parte más difícil de contar de toda la historia, pero ya es hora de decir la verdad.

Un día, cuando Ai había ido a casa de Rengganis la Hermosa después de clase, Krisan estaba sentado en el sofá leyendo una revista vieja. Las dos chicas habían subido al cuarto de la Hermosa. De repente, oyó unos pasos que bajaban por la escalera. Dejó la revista a un lado y apareció ante él su anfitriona, vestida tan solo con un sujetador y unas bragas. Quizá ya la había visto así alguna vez, era posible incluso que la hubiera visto en cueros, pero



cuando eran unos críos. Ahora ya habían cumplido los quince años los dos y él llevaba bastante tiempo teniendo poluciones nocturnas.

Como la mayoría de los hombres, sentía un respeto reverencial por el cuerpo de Rengganis la Hermosa, que era bello y provocador al mismo tiempo. «Apetitoso»: esa era la única palabra que lo describía. A menudo se imaginaba sus pechos firmes y redondeados y su cintura de suaves curvas, y en aquel momento lo tuvo casi todo ante los ojos. El sujetador no le tapaba la totalidad de los pechos, de modo que Krisan podía apreciar su esplendor, y las bragas de cintura baja dejaban adivinar un leve montículo. Ante aquella visión, su polla cobró vida y se puso dura como el acero. Tuvo que llevarse la mano a los pantalones para recolocársela, porque se había quedado en vertical y algo la pellizcaba. A Rengganis la Hermosa, por su parte, no parecía molestarle la presencia de su primo, ni que la mirase; en realidad, parecía bastante satisfecha de captar su atención. Acabó de bajar los últimos escalones con paso tranquilísimo, se dirigió a la tabla de planchar, recogió un par de prendas y se las puso. El momento de lujuria había pasado, pero Krisan fue incapaz de olvidarlo.

Un hombre puede querer a dos clases de mujer: a la primera la quiere para cuidarla y adorarla, y a la segunda para follársela. Krisan pensó que tenía una de cada: Ai era del primer grupo y Rengganis, del segundo. Quería casarse con aquella, pero siempre soñaba con acostarse con esta algún día, a pesar de que nunca había conseguido declararle su amor a Ai y no tenía ni idea de cómo acostarse con Rengganis la Hermosa sin meterse en un lío tremendo.

De pequeños, los tres primos tenían un buen escondrijo: el campo que había comprado el compañero Kliwon. Shodancho les construyó allí una casa de madera encaramada a una rama de un viejo baniano situado en el extremo del huerto. Sus padres nunca se preocupaban de que los tres chiquillos rondaran

por los campos, porque podían cuidarse entre ellos. Jugaban juntos, como había sucedido desde siempre, desde antes de tener la casa del árbol, y como seguirían haciendo después durante mucho más tiempo. Sin embargo, en la época en que iban constantemente a aquella casita a lo que más jugaban era a casarse. Rengganis la Hermosa siempre quería ser la novia, y como Krisan era el único chico, acababa haciendo de novio. Ai también interpretaba siempre los mismos papeles: de testigo, de juez y de invitada. Disfrutaban de aquel juego una y otra vez, aunque Krisan se sentía obligado a hacer aquel personaje; en realidad, le apetecía casarse con Ai.

La Hermosa iba engalanada con una corona consistente en una guirnalda de hojas de jaca, lo mismo que Krisan. Se sentaban a la sombra del baniano, el uno al lado del otro, y Ai se arrodillaba ante ellos y decía:

—¿Estáis preparados para casaros?

—Sí —contestaban invariablemente Krisan y Rengganis la Hermosa.

—Pues os declaro marido y mujer. Podéis besaros.

Rengganis la Hermosa besaba en los labios durante unos segundos a su primo, que en ese momento era cuando más disfrutaba.

Sin embargo, fuera del juego, Rengganis la Hermosa seguía considerando a Krisan su prometido.

Eso a él no le hacía gracia, pero no tenía más remedio que aguantarse, porque, al igual que Ai, sabía cómo era Rengganis la Hermosa: mimada, testaruda, infantil, simple, frágil, inestable y toda una ristra de adjetivos que explicaban por qué enfadarse con ella habría sido inútil. Lo que lo fastidiaba aún más era la actitud de Ai. De hecho, él quería que hicieran frente común contra la Hermosa, solo un poco, para que entrara en razón, pero, en lugar de eso, Ai defendía a capa y espada todas las actuaciones escandalosas de su prima.

Por aquel entonces, Krisan aún no sentía tanta atracción por Rengganis, si

bien tenía claro que era muy guapa y bastante provocadora; y es que le gustaban las chicas calladas con cara de serias, las chicas tranquilas que también podían ser muy apasionadas, y una chica así era Ai. Daba igual que lo atrajera o no, a menudo tenía la impresión de que la Hermosa estaba de más, y la tendencia de su amada a protegerla lo ponía celoso.

Había algo que le daba aún más celos: los perros. La hija de Shodancho se había contagiado de su obsesión por esos animales. Krisan siempre tenía la esperanza de que, cuando Ai no estuviera con Rengganis, podría estar a solas con él, pero, en realidad, cuando no estaba con su prima se la podía encontrar siempre jugando con algún perro, al que no dejaba de hacer caso por mucho que él estuviera delante.

—¿Tengo que ser un perro para que me hagas caso? —le preguntó el joven en una ocasión, cuando más enfadado estaba.

—No necesariamente —contestó ella—. Sé un hombre de verdad y te querré igual.

Esas enigmáticas palabras no eran fáciles de descifrar, de modo que Krisan se quejó a su otra prima:

—Ojalá fuera un perro.

—Me parece bien —respondió Rengganis—. Me he imaginado muchas veces a un perro sin cola.

Mantener una conversación coherente con ella era imposible.

Empezó a comportarse como un perro para llamar la atención de Ai. Si iban andando los tres, quizá a la vuelta del colegio o simplemente de paseo por la tarde, y veía un perro a lo lejos, Krisan se ponía a ladrar: «¡Guau, guau, guau!». O a veces se transformaba en un cachorrillo herido: «Yip, yip, yip». Y en otras ocasiones era un perro salvaje que aullaba en plena noche: «¡¡¡Au, au, auuuuuuu!!!».

—La voz, al menos, la clavás —comentaba Rengganis la Hermosa—. Ese

aullido de *ajak* me pone la piel de gallina.

—Pero no serviría para enamorar a una perra —replicaba Ai.

Daba la impresión de que se burlaba de su actitud infantil, pero a Krisan le daba igual y seguía interpretando el papel canino, lo cierto es que bastante bien, con independencia de que ella estuviera delante o no. Meaba en el baño levantando una pierna y empezó a dejar caer la lengua todo el rato.

—Aunque fueras todo el día por ahí a cuatro patas, tu cuerpo jamás se transformaría en el de un perro —le dijo un día Ai, a la que aquello le parecía de lo más ridículo—. Pero cuidado con el cerebro.

Sí, tal vez era cierto: su cerebro se había transformado en el de un perro. Al morir Ai, exhumó su cadáver del mismo modo que un perro habría desenterrado un hueso escondido anteriormente por él mismo como un tesoro. Como a ella le gustaban los perros, él se había convertido en un perro; o, como mínimo, ladraba, sacaba la lengua, bebía agua de las zanjas a lametazos y escarbó la tierra de su tumba con las manos desnudas.

Y, antes de eso, también había sido un perro al violar a Rengganis la Hermosa en el retrete del colegio.

El día del incidente, cuando, estando sentado en el sofá, vio a su prima bajar la escalera en sujetador y bragas, fue la primera vez en que pensó en acostarse con ella. Empezó a desearla y se olvidó por completo de los problemas derivados de su personalidad infantil. Se quedaba inmóvil si, de repente, ella lo abrazaba por detrás, le tapaba los ojos y le preguntaba quién era. Siempre sabía que era ella, porque nadie más se le pegaba tanto. Notaba en la espalda la presión de lo que, sin duda alguna, eran sus pechos, y permanecía así un buen rato, fingiendo que trataba de adivinar de quién se

trataba, solamente para disfrutar del tacto aterciopelado de la piel de sus manos.

Si andaban juntos los tres, Rengganis la Hermosa casi siempre iba en medio. Ai la cogía de la mano, por supuesto. Y el tercero en discordia, Krisan, le cogía la otra para notar su suavidad.

Ai y Krisan siempre la dejaban primero en su casa, porque ellos dos eran vecinos. A modo de despedida, Rengganis la Hermosa le daba un beso en la mejilla a su prima, que se lo devolvía. Al principio, Krisan se mantenía apartado, puesto que le parecía una niñería, pero, después del incidente del sofá y la escalera, empezó a disfrutar plenamente del contacto de los labios de la muchacha en la cara, y del beso que le daba luego él en la cálida mejilla.

Al caer la noche, ya no solo fantaseaba con su futura boda con Ai, sino también con un polvo extraordinario con la Hermosa.

Lo único que le hacía falta era una oportunidad.

En una ocasión en que Ai bajó la guardia y Krisan y Rengganis la Hermosa se quedaron a solas en el porche delantero de la casa de Shodancho, él la abrazó y ella le devolvió el abrazo. Ahí fue cuando Krisan empezó a seducirla:

—¿Algún día querrás casarte conmigo de verdad?

Lo había preguntado con tono de broma, pero ella contestó en serio:

—Sí. No hay otro hombre en mi vida aparte de ti, Krisan, así que debes casarte conmigo, no tienes más remedio.

—Los matrimonios tienen que acostarse juntos.

—Pues nos acostaremos.

—Algún día.

—Sí, algún día.

Krisan soltó a Rengganis la Hermosa, que se quedó con un brazo por los hombros de él hasta que apareció Ai con un cesto de guayabas, un cuchillo y

un mortero lleno de *sambal lutis*. Hicieron un picnic y se abararon la lengua con la salsa de guindilla. Krisan sintió que el calor le llegaba al corazón mientras se imaginaba la oportunidad de tirársela.

Y llegó, en efecto, el día que Rengganis la Hermosa ganó la apuesta y se bebió las cinco limonadas. Krisan estaba fumándose un cigarrillo cerca de los retretes y la vio. Cuando la chica entró en el último de la hilera, el que se había convertido en un nido de demonios necrófagos y espíritus, él se dio cuenta, de golpe y porrazo, de que aquel era su momento. Se separó de sus amigos al instante y, en un rincón tranquilo del patio, saltó el muro de dos metros de alto de la plantación de cacao contigua. Sabía que el tejadillo del retrete estaba completamente agujereado, así que se fue directo hasta allí, volvió a subirse al muro y, sirviéndose de una rama de cacao, se asomó por el hueco para espiar a Rengganis la Hermosa, que estaba meando en cuclillas.

—Eh, eh —la llamó en voz baja.

Rengganis la Hermosa levantó la vista y se quedó atónita al ver a Krisan en el tejadillo.

—¿Qué estás haciendo ahí arriba? —preguntó—. Cuidado, que podrías caerte y partirte la crisma.

—Te estoy esperando.

—¿Estás esperando a que suba?

—No. ¿No vamos a follar?

—Pero ¿vas a poder bajar? —insistió Rengganis la Hermosa.

—Pues claro que voy a bajar.

Agarrándose a una viga podrida, Krisan se balanceó y se metió en el retrete. Se habían quedado encerrados los dos, ella todavía con las bragas por los tobillos. El cubículo apestaba y, evidentemente, no era un lugar agradable, pero a él le traía sin cuidado, porque estaba en la cúspide del deseo.

—Venga, vamos a follar —susurró.

—No sé cómo se hace —contestó ella, también cuchicheando.

—Yo te enseño.

Poco a poco, Krisan empezó a quitarle las bragas y las colgó de un clavo oxidado que había en la pared. Luego, con la misma calma, le desabrochó los botones de la blusa del uniforme escolar, uno a uno, para disfrutar de la sensación de ir viendo su cuerpo expuesto muy despacio. También colgó esa prenda del clavo oxidado. Luego le quitó la falda y se quedó embelesado con la mata negra que descubrió en su entrepierna. Le temblaban ligeramente las manos y se precipitó un poco al quitarle el sujetador, pero, en cuanto dio con los pechos que tanto había anhelado, volvió a relajarse. Entonces se desnudó también él. Primero se quitó la camisa, luego los pantalones y por fin los calzoncillos. Su vergüenza quedó desplegada, dura y erguida, y se la agarró para enseñársela. Rengganis la Hermosa se rio un poco al ver su forma.

A partir de entonces ya no hubo calma. Él le aferró los pechos y los acarició y los estrujó lleno de deseo, con lo que ella se retorció y jadeó. Rengganis la Hermosa se agarraba con fuerza al muchacho, que la clavó contra la pared del retrete y apretó todo su cuerpo contra el suyo. Empezó a besarla en los labios, que había anhelado durante mucho tiempo pero no había rozado desde que jugaban a casarse. Las manos de él se movían entre el pecho de los dos, y las de ella se clavaban con delicadeza en la espalda de su amante. La vergüenza de Krisan empezó a pedir paso con urgencia, a intentar penetrarla, pero tal como estaban colocados lo único que podía hacer era chocar contra la suave piel del muslo, que se combaba. No conseguía otra cosa que restregarse contra el espacio que quedaba entre los dos muslos.

—Levanta la pierna y apóyala en el lavabo —musitó Krisan.

Rengganis la Hermosa obedeció y su vagina quedó bien abierta. Él la penetró con bastante facilidad, porque la zona ya estaba empapada, además de cálida, y con sus repetidas sacudidas empezaron a hacer mucho ruido,

como si anduvieran por un sendero cubierto de piedras. Disfrutaron mucho, si bien acabaron enseguida, como todos los principiantes.

Eso fue lo que sucedió en realidad.

—Pero ¿y si me quedo preñada? —preguntó Rengganis la Hermosa tras el breve episodio amoroso.

Krisan se sorprendió un poco de que supiera que mantener relaciones sexuales podía conducir a un embarazo. De repente, la idea también lo asustó, y se le ocurrió algo descabellado.

—Pues di que te ha violado un perro.

—No me ha violado ningún perro.

—A ver, ¿yo no soy un perro? —preguntó él—. Me has visto ladrar y dejar la lengua colgando un montón de veces, ¿no es verdad?

—Sí que es verdad.

—Bueno, pues di que te ha violado un perro. Un perro marrón con el hocico negro.

—Un perro marrón con el hocico negro.

—Y a mí no me menciones, ni una sola vez.

—Pero piensas casarte conmigo, ¿no?

—Claro. Si resulta que sí que estás preñada, podemos empezar a hacer planes.

Krisan se vistió a toda prisa y salió por el mismo agujero del tejadillo por el que había entrado. Se le había ocurrido llevarse la ropa de Rengganis la Hermosa y deshacerse de ella en algún lugar donde nadie pudiera encontrarla. Mientras, ella, completamente desnuda, sin llevar siquiera zapatos o calcetines, salió del retrete y regresó a su aula. Krisan no llegó a ver el alboroto producido por su aparición, porque iba a otra clase.

Luego, cuando resultó que, en efecto, estaba embarazada, hicieron planes



para huir. Decidieron esconderse en la cabaña de guerrillero de Shodancho y casarse allí, celebrar una boda de verdad. Pero las cosas no salieron así. En lugar de eso, Krisan se pasó nueve meses paralizado por el miedo de que la gente, en especial Maman Gendeng y Maya Dewi y también su propia madre, se enterase de que había sido él quien había dejado preñada a la Hermosa. Su plan era matarla en la cabaña y enterrar la verdad, pero al final acabó matándola en una barca y arrojando su cadáver al mar.

Aunque cueste creerlo, Maman Gendeng resucitó al tercer día de su ascenso a los cielos tras alcanzar el *moksa*. Volvía para despedirse, por supuesto. De Maya Dewi, ¿de quién si no?

Y eso a pesar de que, apenas tres días antes, Maya Dewi había dado sepultura a su cadáver, que estaba casi completamente irreconocible después de que los *ajaks* lo hubieran hecho trizas, los gusanos lo hubieran roído y las moscas lo hubieran invadido hasta tal punto que, al trasladarlo a su casa, lo habían seguido como la cola de una estrella fugaz.

—Ese no era yo —aseguró Maman Gendeng para tranquilizarla.

Maya Dewi llevaba, pues, tres días de duelo, de profunda congoja, ya que había perdido a Maman Gendeng después de que ambos hubieran perdido a su hija, Rengganis la Hermosa. Sin embargo, y aunque iba vestida de negro de la cabeza a los pies, durante esos tres días también se había mentido, se había repetido que sus seres queridos seguían con vida.

Hizo un esfuerzo para recordar que sus dos hermanas mayores habían sufrido un destino similar. Alamanda había perdido a Ai, y Shodancho había desaparecido para ir en busca del cadáver de su hija, que alguien había robado de la tumba. Por su parte, Adinda había perdido al compañero Kliwon, que se había suicidado, si bien seguía teniendo a Krisan.

A pesar de todo, Maya Dewi no encontraba consuelo. Todas las mañanas seguía preparando el desayuno —platos de arroz y verduras y varios

acompañamientos— para Maman Gendeng, Rengganis la Hermosa y ella misma, como antes. Por supuesto, la única que comía era ella, por lo que, al acabar el ritual, tiraba a la basura las dos raciones que habían quedado intactas. Hizo lo mismo a la hora de la cena durante esos días.

Cuando Maman Gendeng aún vivía, antes de marcharse, habían interpretado juntos esa mentira, engañándose para creer que Rengganis la Hermosa seguía con ellos. Se sentaban a la mesa, con un plato puesto para su hija como de costumbre, y al acabar lo tiraban a la basura. Después, Maya Dewi tuvo que hacerlo sola.

Completamente sola.

Sin embargo, al tercer día después de la muerte de Maman Gendeng, la mujer dejó de estar sola. Tuvo a alguien con quien comer. Igual que las dos noches y las tres mañanas anteriores, se sentó a la mesa vestida de luto y con dos raciones de más, para su marido y su hija. Todavía no había tragado el primer bocado de arroz cuando se abrió la puerta de su dormitorio y apareció él para sentarse en su silla como de costumbre. Maya Dewi siguió comiendo arroz con la mano derecha y Maman Gendeng empezó a dar vueltas a la salsa. Los dos cenaron con el mismo apetito de siempre, sin hablar. Solo quedó un plato de arroz intacto, porque solo había una silla vacía, pero Maya Dewi seguía imaginándose que Rengganis la Hermosa estaba en su sitio, del mismo modo que creía que estaba imaginándose a su marido sentado en su silla y comiendo. No se dio cuenta de que de verdad estaba presente hasta que terminó por fin la cena. Vio que el plato de él estaba vacío, mientras que el de la Hermosa seguía lleno de arroz. Se volvió hacia Maman Gendeng con incredulidad. Se miraron durante un buen rato antes de que ella preguntara con un susurro casi inaudible:

—¿Eres tú?

—He venido a despedirme.

Maya Dewi se acercó a su marido y lo tocó con un cuidado extremo, como si fuera de cera y pudiera derretirse con facilidad. Sus dedos se deslizaron hasta llegar a la frente y luego bajaron por la nariz, los labios y el mentón, y después de esa caricia vacilante lo contempló con la curiosidad de una niña. Cuando notó el calor que surgía de su cuerpo, cuando sintió que estaba vivo, se arrimó a él y lo abrazó. Maman Gendeng también la abrazó y dejó que llorara en su hombro, le acarició el pelo y le olisqueó con ternura la coronilla.

—¿Has venido a despedirte? —dijo ella de repente, mirándolo a la cara.

—Eso es.

—¿Vuelves a marcharte?

—Es que ya estoy muerto. Ya he ascendido a los cielos.

—¿Y ella qué?

—Velaré por ella. Allí.

Después de acariciar una de las mejillas de su mujer y besar la otra, Maman Gendeng se metió en la habitación de la que había salido y cerró la puerta tras de sí. Maya Dewi se quedó mirando la puerta confundida y luego miró el plato vacío de su marido y el que debería haberse comido Rengganis la Hermosa, que seguía lleno de arroz, y se volvió de nuevo hacia la puerta del dormitorio. Presa del pánico, echó a correr hacia allí, la abrió y no encontró a nadie dentro.

Siguió buscándolo. Comprobó que la ventana de la habitación estuviera cerrada, como lo había estado toda la tarde. Miró debajo de la cama, pero lo único que encontró fueron los restos de una espiral de incienso y las zapatillas que solía ponerse para rezar. No había ningún otro sitio donde pudiera haberse metido. Era imposible que se hubiera escondido en el armario, con su gran espejo, puesto que estaba dividido en cubículos y lleno de la ropa de los dos, pero Maya Dewi también abrió esa puerta y volvió a cerrarla de inmediato. Escudriñó la superficie de la cama y el tocador, con la

esperanza de dar con alguna pista, pero sus pesquisas fueron completamente en vano. Salió del dormitorio y una vez más se quedó mirando la mesa de la cena.

A continuación se puso manos a la obra. Recogió los platos y guardó el arroz y las verduras sobrantes y los acompañamientos en la despensa. Se lo comerían luego para cenar las dos montañesas que la ayudaban a hacer las galletas. Metió los platos en la tina y tiró a la basura el arroz que no se había comido Rengganis la Hermosa. Se lavó las manos pero dejó los platos, pues no le apetecía fregarlos como cada día, y volvió a su habitación para mirar el espacio vacío y hacer una pregunta, como si Maman Gendeng siguiera allí:

—Si tú has ascendido a los cielos tras alcanzar el *moksa*, ¿a quién enterré hace tres días?

Era aquella una historia de traiciones que había empezado mucho tiempo atrás, cuando acababan de casarse, antes de aquella noche de bodas que había llegado cinco años tarde y antes del nacimiento de Rengganis la Hermosa.

Un hombre fornido y calvo al que le faltaba media oreja se presentó en la estación de autobuses una tórrida tarde de domingo y se abrió paso a codazos entre la multitud, formada en su mayoría por turistas que luchaban para subir al autobús correspondiente después de pasar el fin de semana en Halimunda. Avasallaba a todo el que se le ponía por delante y provocó que a las cigarreras se les cayera la mercancía en su camino hacia la tronada mecedora de caoba que pertenecía a Maman Gendeng, quien a su vez se había hecho con ella al matar a Edi el Idiota.

Desde que había llegado al poder, Maman Gendeng se había enfrentado a muchos hombres que ansiaban aquella mecedora tronada, el símbolo de su dominio, y los había derrotado a todos, pero siempre iban apareciendo otros nuevos y aquella tarde, una vez más, llegó un forastero. Varios de los compinches del *preman* habían empezado a vigilarlo nada más verlo entrar en

la estación y habían comprendido lo que quería sin necesidad de preguntar. Maman Gendeng también lo había entendido, pero permaneció en silencio, con las piernas cruzadas, meciéndose tranquilamente y fumándose un pitillo. Nadie sabía todavía cómo se llamaba el hombre, de dónde venía o cómo sabía quién era el jefe de todo aquello, pero estaba claro que no era de Halimunda, puesto que, en caso de haber sido alguien de allí con ambición, habría desafiado a Maman Gendeng para quedarse la mecedora mucho antes.

Por aquel entonces, el *preman* aún guardaba el dinero en tarros de barro que dejaba al cuidado de una mujer fea llamada Moyang, de la que se fiaba casi tanto como de su propia esposa. Estaba ahorrando para darle una sorpresa a Maya Dewi, aunque no sabía exactamente qué quería regalarle. Moyang pasaba mucho tiempo en la estación de autobuses, lo mismo que él. De día vendía bebidas y tabaco y de noche se dejaba follar por hombres a los que aquella cara tan fea les daba igual. Eran hombres que no querían dejarse el dinero en la casa de putas, y es que Moyang nunca pedía pago alguno. Maman Gendeng no se la había tirado ni tenía intención de hacerlo, pero sí guardaba su dinero en los tarros de aquella mujer, que los escondía debajo de la cama en la cabaña en la que vivía. Todos los amigos de Maman Gendeng sabían dónde estaba ese dinero, pero nadie se atrevía a robarlo, ni siquiera a ponerle la vista encima.

En la estación de autobuses solía haber refriegas, puesto que a los chicos en edad escolar les gustaba ir allí a pelearse, pero Maman Gendeng raramente se metía en ningún altercado. Aquella tarde, cuando el calvo se le acercó para retarlo, todo el mundo se quedó a la espera de lo que pudiera suceder y de cómo fuera a suceder. Nadie confiaba en las posibilidades de éxito del forastero. Después de tantos años, la gente de la estación de autobuses se había convencido de que nadie podía derrotar a Maman Gendeng, a no ser que todos los soldados de la república lo atacaran a una, e incluso en ese caso

había dudas, si era cierto lo que se decía sobre su invulnerabilidad. A pesar de eso, la gente siempre estaba a la espera de que se enfrentara con alguien.

Aquella mañana, a primerísima hora, mientras le dejaba la ropa del día, limpia y bien planchada, encima de la cama antes de irse al colegio, Maya Dewi había pedido a Maman Gendeng que no volviera a casa cubierto de mugre como era habitual. Unas veces eran salpicaduras de aceite o grasa si ayudaba a los cobradores de los autobuses a reparar aquellos vehículos rebeldes; otras, el hollín que se quedaba pegado a las paredes de la estación. No lo decía porque eso le diera más trabajo al hacer la colada, afirmó, sino porque su marido no iba igual de guapo con la ropa sucia. Aquel día llevaba una camisa color crema en la que la suciedad se vería de inmediato, así que prometió que, pasara lo que pasara, no se haría lamparones.

Pues bien, estaba descansando en la mecedora de infausta fama aquel domingo por la tarde, inhalando lentamente el humo del cigarrillo y exhalándolo con la misma lentitud, cuando vio entrar al forastero en la estación. Como todos los demás, comprendió que iban a enfrentarse. Cuando lo tuvo delante, y sin darle tiempo a hablar, Maman Gendeng se levantó diciendo:

—Si quiere esta mecedora, siéntese, haga el favor. O, si lo prefiere, llévesela.

Eso no se lo creía nadie, ni siquiera el calvito, que se quedó en silencio un momento, contemplando el asiento vacío.

—No es tan sencillo —respondió—. Quiero la mecedora y todo lo que comporta.

—Lo entiendo perfectamente. Siéntese, haga el favor, y todo será suyo —ofreció Maman Gendeng, asintiendo, antes de tirar la colilla.

—Un *preman* al que nadie ha derrotado ni una sola vez entrega su poder de repente sin rechistar —dijo el calvito—. No existe ninguna explicación

razonable, salvo que quiera cambiar de vida y dedicarse a ser un buen marido.

Maman Gendeng asintió con una sonrisa y le hizo un gesto para que se sentara. El calvito no perdió el tiempo y se acercó a la mecedora, símbolo de un gran poder, de audacia y de victoria, pero, justo antes de que su culo se posara en el asiento, el matón le dio un puñetazo en el cogote con tanta fuerza que la gente tuvo la impresión de oír cómo se le rompían los huesos al derrumbarse en el suelo. Lo importante era que Maman Gendeng no se había ensuciado la ropa. Alguien sacó al forastero a la acera a rastras mientras el *preman* volvía a sentarse en su mecedora a fumar.

Desde aquel día, el calvito se quedó rondando por la estación y acabó siendo uno de los mejores hombres de Maman Gendeng. Se hacía llamar Romeo. Puede que hubiera leído a Shakespeare y puede que no, pero se hacía llamar Romeo y todo el mundo lo llamaba así, aunque les parecía un nombre extraño para un fortachón calvo al que le faltaba media oreja y tenía la otra media hecha trizas. Pasó a formar parte de la comunidad, a vivir entre ellos y a respetar el poder de Maman Gendeng. La gente seguía sin saber nada de su historia o de sus orígenes, pero tampoco es que los demás fueran precisamente transparentes sobre sus antecedentes. Al igual que ellos, Romeo se tiraba a Moyang de vez en cuando, hasta que un día le dijo a Maman Gendeng:

—Quiero casarme con ella.

—Pues ve y pregúntale tú mismo —replicó el criminal— si quiere o no ser tu mujer.

Moyang sí quería casarse con él, así que un mes después celebraron la ceremonia y un pequeño banquete pagado por Maman Gendeng. Se quedaron a vivir en la cabaña que hasta entonces había ocupado ella en solitario.

—Por Dios que Romeo se ha casado con una mujer ligera de cascos —



comentó Maman Gendeng.

Disfrutaron de una luna de miel que fue la envidia de mucha gente. Llegaban tarde a la estación de autobuses después de haberse pasado la noche entera haciendo el amor, y a veces desaparecían al mediodía del tenderete de Moyang para hacer el amor detrás de los arbustos que había no lejos de allí, cerca de las plantaciones de cacao. Sin embargo, al cabo de un tiempo se hizo evidente que Maman Gendeng llevaba razón. Por la noche, después de cerrar el tenderete y si su marido había salido, Moyang hacía el amor con otros hombres: unas veces con un ciclotaxista, otras con un cobrador de autobús y en una ocasión con los dos, que se la follaron al mismo tiempo.

—No podemos impedir que una mujer haga lo que le da la felicidad —aseguraba Romeo—, por mucho que sea nuestra mujer.

—Tendrías que haber sido filósofo —replicó Maman Gendeng—. Bueno, o eso o estás loco de atar.

—Bueno, si es que ella hasta me da dinero —continuó Romeo, sentado junto a la mecedora de caoba que en su día había ambicionado— para que vaya a probar otras mujeres en la casa de putas.

Hacía años que la estación de autobuses era el orgullo de su comunidad, desde los tiempos en que Edi el Idiota aún controlaba la ciudad, hasta que Maman Gendeng ocupó su lugar. No era muy grande, porque no había más que una ruta de salida de la ciudad, hacia el este y hacia el norte, pues hacia el oeste únicamente salía una carretera secundaria que quedaba cortada después de pasar junto a dos ciudades pequeñas. No todos los *premanes* se reunían en la estación de autobuses, en realidad podría haber sido solo una minoría, pero, dado que Maman Gendeng siempre andaba por allí, viendo pasar a la gente desde su mecedora de caoba, el lugar era importante para ellos.

En su comunidad, todo el mundo parecía feliz. Sin embargo, esa felicidad

se truncó un día tranquilo que debería haber pasado sin incidentes. Moyang abrió el tenderete pero no vendió nada y se dedicó a esperar a Maman Gendeng, que aún no había hecho acto de presencia. Cuando por fin apareció, hecho un brazo de mar —una novedad a la que sus amigos se habían acostumbrado desde su boda—, ella lo abordó directamente y se puso a llorar. Un llanto así era el de una mujer abandonada, de modo que el *preman* dedujo que Romeo había dejado a Moyang, aunque como no estaba convencido ni del amor ni de la fidelidad de aquella mujer a su marido, le preguntó:

—¿Qué pasa?

—Romeo se ha largado.

—Creía que en realidad no lo querías demasiado.

Después de enjugarse las lágrimas con el faldón de la camisa, lo que dejó al descubierto sus muchas lorzas de grasa, Moyang contestó:

—Lo que pasa es que se ha largado con todos tus tarros de dinero.

Era inconcebible que Romeo tratase de huir por la estación de autobuses, y a aquella hora tan temprana aún no habría salido ningún tren, de modo que seguramente se había refugiado en la selva, o alguien lo había ayudado a escapar en algún vehículo. Fuera como fuera, Maman Gendeng se puso furioso y decidió atraparlo, vivo o muerto, así que reunió a sus hombres del primero al último y les ordenó desplegarse en todas direcciones, incluso las ciudades vecinas, donde debían ponerse en contacto con matones autóctonos. Nadie tenía permiso para volver hasta que cogieran a Romeo, a no ser que quisiera una paliza. En consecuencia, todos los *premanes* de Halimunda se marcharon y la ciudad se quedó más tranquila que nunca en su historia. Solamente se quedó el propio Maman Gendeng, inquieto y furioso. Hacía mucho que soñaba con una vida familiar en paz, con poder sobrevivir ganando dinero honradamente. Deseaba una familia como las demás y había

ahorrado para cumplir ese hermoso sueño. Su idea era comprar algo, quizá una barca de pesca para hacerse pescador. O un camión, para ser transportista de verduras. O unas cuantas hectáreas para trabajar la tierra. Aún no había decidido qué quería comprar y de repente alguien le había robado todo su dinero. Estaba fuera de sí. Esperó tres días hecho un manojo de nervios sin contarle nada a su mujer, testigo atónito de su ansiedad, y mostrando muy malas pulgas en la estación de autobuses, de manera que todos los cobradores y conductores de autobuses lo evitaban en la medida de lo posible.

Y entonces, al cuarto día, dos de sus hombres le llevaron a Romeo. Lo habían encontrado en una ciudad pequeña y lejana, en el extremo de la enorme jungla situada al oeste de Halimunda, donde en su día había tenido lugar la contienda más violenta de la guerrilla. Por suerte, también recuperaron el dinero de Maman Gendeng, excepto el coste de una taza de *tuak*, una limonada y un paquete de tabaco. Los dos hombres lo habían atrapado antes de que tuviera oportunidad de comprar nada más, pero la ira del *preman* no tenía nada que ver con eso.

Al llegar, Romeo ya había recibido una soberana paliza a manos de aquellos dos matones, pero Maman Gendeng estaba tan furioso que volvió a pegarle mientras la gente se congregaba a su alrededor como para ver una pelea de gallos. Romeo aullaba lastimosamente, suplicaba clemencia y juraba que jamás volvería a hacer tal cosa, pero la experiencia había enseñado a Maman Gendeng a no confiar nunca en un traidor. Se concentró cada vez más gente. Los que estaban delante, más cerca del meollo, se sentaron, y los de detrás se quedaron de pie, todos incapaces de hacer otra cosa que contemplar aquella brutalidad. Incluso los policías que patrullaban delante de la estación de autobuses, yendo de un lado a otro, cerraron los ojos y se quedaron en su sitio.

Las aves carroñeras empezaron a dar vueltas a medida que el olor de la

muerte inminente de Romeo ascendía y se extendía con la brisa marina. Aún no se había ido al otro barrio, y no debido a una resistencia sobrehumana, sino porque Maman Gendeng alargaba el proceso adrede, para que su muerte fuera un auténtico tormento, toda una lección: aquel era el destino de un traidor. Y sentía mucha lástima por aquellas aves carroñeras, no porque el fallecimiento de su víctima tardase tanto en llegar, por mucho que le saltara los dientes poco a poco, le rompiera dos o tres dedos, le extirpara las uñas, lo desnudara y empezara a arrancarle los pelos del pubis uno por uno, y adornara su cuerpo entero, ya de por sí apaleado y amoratado, con quemaduras producidas por colillas... No, sentía lástima por aquellas aves por la sencilla razón de que no pensaba compartir su felicidad con ellas. No tenía intención de regalar su cuerpo, sino que pretendía quemarlo vivo como manifestación definitiva de su furia.

No obstante, cuando ya estaba preparando la gasolina y el mechero, una mujer horripilante se abrió paso de repente entre la multitud y se plantó ante él. Moyang suplicó clemencia para su marido, asegurando que, si Maman Gendeng le perdonaba la vida, prometía cuidar de él y convertirlo en un hombre de fiar.

—Dame esta oportunidad, amigo, te lo ruego —pidió—, porque, sea lo que sea, también es mi marido.

El *preman* se conmovió mucho y de improviso se le ablandó el corazón. Tiró la lata de gasolina a la basura y anunció a todos los presentes que iba a dar una segunda oportunidad a aquel hombre, pero que no iba a haber segundas oportunidades para nadie más que intentara traicionarlo. Y así fue como Romeo, el marido de Moyang, no acabó siendo pasto ni de las llamas ni de las aves carroñeras, sino que sobrevivió y desde entonces fue el mejor amigo y el más fiel seguidor de entre todos los hombres de Maman Gendeng.

Por su parte, el matón entregó todo el dinero recuperado a Maya Dewi, que luego, hacía años, lo había usado para empezar el negocio de las galletas.

—Lo enterraste a él —contestó Maman Gendeng a la pregunta de su mujer—. A Romeo.

Por supuesto, Maya Dewi no llegó a oír esa frase.

Nunca había sabido nada del asunto de Romeo ni de los detalles de ninguno de los problemas de su marido en la estación de autobuses; para ella las complicaciones habían empezado mucho más tarde al escaparse de casa Rengganis la Hermosa con el bebé que acababa de parir y dejar escrito: «He ido a casarme con un perro».

Y, puestos a hablar de Rengganis, sepan ustedes que Maman Gendeng y Maya Dewi no se rindieron fácilmente a la desaparición de su hija. Examinaron todos los cadáveres, uno por uno y al final la encontraron. Se la reconoció al instante, pues ni siquiera el agua del mar había podido hacer estragos en su belleza. Aunque nadie sabía cuánto hacía que se había ahogado antes de que las olas la llevaran hasta la costa, se informó de inmediato del descubrimiento a los padres. Estaba boca arriba, con la ropa casi desintegrada por completo. Su rostro seguía siendo igual de atractivo, y la melena flotaba en la superficie del agua, al capricho de las olas. Pronto se dieron cuenta de que no tenía el vientre hinchado, como la mayoría de los ahogados, y sí presentaba unos morados negruzcos en el cuello. La habían matado antes de arrojarla al mar. Maya Dewi estalló en sollozos desgarradores.

—Da igual lo que haya pasado, hay que enterrarla —apuntó Maman Gendeng, reprimiendo la rabia—. Luego ya encontraremos al hijo de puta del asesino.

—Es imposible que la estrangulara un perro —dijo Maya Dewi,

recostándose contra el hombro de su marido, prácticamente inconsciente.

Maman Gendeng llevó a su casa él mismo el cadáver de Rengganis la Hermosa, hallado en el extremo más apartado de la playa de Halimunda casi un mes después de su desaparición. Maya Dewi iba detrás, con los ojos hinchados y el llanto incontenible, y después los acompañaban espectadores de la tragedia que se solidarizaban con ellos.

Aquella tarde, una vez concluidos todos los ritos funerarios, el ataúd con los restos de Rengganis la Hermosa cruzó la ciudad en dirección al cementerio de Budi Dharma. Kinkin, que estuvo a punto de desmayarse al saber que el entierro de aquel día sería el de su amada, ayudó a su padre a cavar la tumba, sumido en un pesar inconsolable. Fue incluso uno de los que bajaron el cuerpo, junto con Maman Gendeng y Kamino. Y después de que el padre de la muerta esparciera el primer puñado de tierra sobre su mortaja, el joven se sumó a él para cubrir la tumba de la mujer que amaba y colocó con cariño la lápida de madera en el suelo.

—Voy a descubrir quién la ha asesinado —afirmó con la voz cargada de odio— y a vengar su muerte.

—Adelante —pidió Maman Gendeng—. Y si lo encuentras, te dejaré que lo mates.

Aquella noche se reunieron los dos junto a la tumba de Rengganis la Hermosa. Kinkin invocó su espíritu con el *preman* de testigo. Empezó el juego del *jailangkung*, pero la joven no apareció. Kinkin probó a llamar a otros espíritus para preguntarles quién la había matado, pero ninguno sabía la respuesta, del mismo modo que días antes no habían sabido adónde había huido.

—No hay manera —reconoció el muchacho, y concluyó la sesión de *jailangkung*—. Un espíritu malvado y poderoso ha desbaratado todos mis intentos desde el principio.

—En caso necesario, meditaré hasta entrar en el mundo de los espíritus con el fin de combatirlo en el más allá —dijo Maman Gendeng—. No renuncio a saber quién la mató.

Fue entonces cuando su mujer y él empezaron a engañarse imaginando que Rengganis la Hermosa seguía viva. Le ponían un plato en la mesa para desayunar y para cenar, y le servían una ración de comida, por mucho que luego Maya Dewi tuviera que tirarla a la basura. Mientras, la policía exhumó el cadáver de la joven para llevar a cabo una investigación y volvió a enterrarlo. Maman Gendeng trataba de convencerse de que las fuerzas del orden encontrarían al asesino, pero durante una semana, y luego un mes, no hubo ninguna explicación, ni siquiera una sola pista. Eso sí, interrogaron a mucha gente: convocaron a todo el mundo en la comisaría y les hicieron preguntas. Maman Gendeng y Maya Dewi acudieron cinco veces cada uno, y otras personas igual, pero todo parecía apartarlos cada vez más del descubrimiento del asesino de Rengganis la Hermosa. El asunto era agotador y el padre de la difunta dejó de confiar en la policía. Al último agente que se presentó en su casa para investigar le soltó una reprimenda.

—En esta casa no van a encontrar al asesino, y han sido imbéciles por pensarlo —les dijo, cabreado. En ese momento, como si le llegara una revelación divina, el *preman* comprendió con total claridad lo que debía hacer y, segurísimo de sí mismo, añadió—: Si nadie sabe quién la mató, eso significa que la ciudad entera es responsable de su muerte.

El lunes siguiente, con unos treinta de sus hombres, pasó a la acción. Fue brutal y los habitantes de Halimunda lo recordarían como un momento horripilante. Los matones empezaron por la comisaría de policía, donde destrozaron todo lo que vieron a su paso y se enfrentaron a los agentes que trataron de pararles los pies. Maman Gendeng concluyó la visita prendiendo

fuego al edificio, para descargar parte de la rabia provocada por su incompetencia.

La ciudad se quedó atónita. La columna de humo ascendió hacia los cielos y los bomberos fueron incapaces de apagar el incendio. Nadie se atrevió a ir a ver cómo ardía la comisaría, como sucedía por lo general cuando se declaraba un incendio, porque había corrido la voz de que Maman Gendeng y los sinvergüenzas de sus amigos estaban en pleno ataque de rabia incontrolable. La gente prefirió no hacer ruido y transmitir las noticias con discreción, sin saber qué podía hacer a continuación aquel hombre espeluznante.

A pesar de que era ya mayor, pues había vivido más de medio siglo, todo el mundo sabía que la fuerza de Maman Gendeng no había menguado en absoluto. Y había perdido a su hija adorada de la forma más amarga posible: alguien la había asesinado y había arrojado su cuerpo al mar, y el *preman* no sabía quién había sido. Se arrepentía de no haber hecho nada en el momento en que la chica había anunciado que la había violado un perro en el retrete del colegio. ¿Por qué no había buscado a aquel animal ya en un primer momento? ¿O por qué no había hecho una carnicería con todos los perros de Halimunda, como había intentado aquel chico, Kinkin, de forma tan tosca?

—*Mijn hond is weggelopen* —aseguró. «Mi perro se ha escapado.» Pero no estaba claro qué quería decir con eso.

Después de prender fuego a la comisaría, encontró un primer perro, un animal callejero que rebuscaba en las basuras y al que capturó y mató, retorciéndole el cuello hasta partírselo, para luego dejarlo tirado allí mismo.

—¿De qué me sirve tener poder si ni siquiera puedo proteger a mi propia hija de un perro? —preguntó—. Vamos a matar a todos los que haya en esta ciudad.

Sus matones empezaron a desplegarse en grandes grupos, pertrechados con



sus mortíferas armas. Varios de ellos llevaban escopetas de perdigones, y otros, machetes y espadas desenvainadas.

—Estoy decidido a hacerlo, aunque no me suponga ningún consuelo — suspiró Maman Gendeng.

—¿Y no podrías hacer otro hijo? —fue la pregunta idiota de Romeo.

—Aunque tuviera diez más, alguien ha matado a esta, y me es imposible descansar —contestó el *preman*, cuyos ojos peinaban los callejones de adoquines con la esperanza de dar con otro perro, antes de añadir entristecido —: Solo tenía diecisiete años.

—La hija de Shodancho también está muerta —recordó Romeo.

—Eso no me reconforta en absoluto.

Así empezó una matanza de perros de lo más cruel, casi comparable a la de comunistas que había tenido lugar dieciocho años antes. A saber qué habría sucedido si se hubiera enterado Shodancho, pues aquellos animales eran los descendientes de los *ajaks* que había adiestrado, pero en aquel momento no andaba por allí porque estaba buscando el cadáver de su hija. Los matones destripaban sin dificultad a los perros que vagabundeaban por las calles y los descuartizaban como si fueran a preparar *satay* con ellos. Colgaban las cabezas por las esquinas, con la sangre aún chorreando del cuello, a modo de advertencia para que todos los demás perros se mantuvieran alejados de Halimunda. Una vez muertos los perros callejeros, los matones empezaron a fijarse en los domésticos: tiraban abajo las vallas y los mataban dentro de sus jaulas, impotentes ante sus asesinos. También entraban en las casas destrozando las ventanas y atacaban a los animales de compañía que estaban echados tan tranquilamente en sus camitas; los mataban allí mismo y luego los llevaban a la cocina y los echaban en el wok.

La gente protestaba, pero eso a Maman Gendeng le traía sin cuidado.

—Si es cierto que uno de esos animales violó a mi hija —decía—, es que

realmente los perros han heredado la maldad de los hombres.

Llegó incluso a ordenar a sus secuaces que destrozaran las propiedades de todo el que tuviera un perro.

—Acabaremos dándonos de bruces con el ejército si sigues provocando tantos estragos —advirtió Romeo, claramente asustado.

—Ya nos hemos enfrentado a esos soldados.

Romeo se quedó mirándolo, incrédulo.

—¿Qué otra cosa crees que puede hacer un hombre enfurecido por el asesinato de su hija? —preguntó Maman Gendeng—. Sé que esa gente no ha cometido el más mínimo pecado, pero estoy rabioso.

Estaba muy cabreado, en efecto, con toda la gente de Halimunda, excepto con sus compinches, pero lo de su hija en cierto modo era una especie de excusa. En realidad, hacía muchísimo tiempo que guardaba rencor a sus conciudadanos, ya que sabía a ciencia cierta que los miraban por encima del hombro y los consideraban unos gorilas sin oficio ni beneficio que no hacían otra cosa en todo el día más que beber cerveza y pelearse. También les guardaba rencor por considerar a Rengganis la Hermosa una idiota y por haberla mirado con ojos de lujuria y depravación. Tenía motivos para tanto enfado.

—Creen que somos los desechos de la sociedad —resumió—. Y es cierto, pero a muchos de nosotros no nos ofrecieron la educación suficiente para llegar a ser alguien y nos dieron con la puerta en las narices. ¿Qué le vamos a hacer si acabamos siendo ladrones y carteristas y simplemente nos dedicamos a esperar el momento de vengarnos de quienes nos daban envidia? Yo se la tenía a la buena gente y sus familias felices. Quería algo parecido. Al final conseguí todo lo que deseaba y ahora, después de haber probado la felicidad, alguien me la ha arrebatado. Todos mis rencores han quedado abiertos en canal como una herida a medio curar.

Lo que había temido Romeo acabó pasando. Los disturbios se propagaron por toda la ciudad. Algunos dueños de perros plantaron cara y los matones se pusieron cada vez más violentos y empezaron a despedazar todo lo que se les ponía por delante, no solo a los perros. Destrozaban coches y arrancaban y arrojaban las señales de tráfico, al igual que los árboles que daban sombra por las calles. Hacían añicos los escaparates de las tiendas. Quemaron varios puestos de policía y hubo varios heridos. El terror asoló Halimunda hasta que el mando central hizo llegar la orden de imponer el control militar a las autoridades militares de la ciudad, que recurrieron a Shodancho para meter en cintura a los matones o, en caso de que no hubiera forma de conseguirlo, para que los mataran a todos.

—Hacía ya un tiempo que me parecía que había que acabar con esos sinvergüenzas como acabamos con los comunistas —dijo Shodancho a su mujer, tras regresar a casa después de otra búsqueda infructuosa del cuerpo de Ai.

—Después de desterrar al compañero Kliwon, ¿ahora vas a matar a Maman Gendeng? —quiso saber Alamanda, que nunca le había contado la aventura que había tenido con su antiguo amor el día antes de que se suicidara—. ¿Pretendes dejar viudas a todas mis hermanas?

Shodancho se quedó mirándola, sorprendido.

—Si no muere, matará a todos los habitantes de esta ciudad. ¿Qué quieres que haga? —replicó—. Además, piensa en una cosa: no supo proteger a su propia hija como Dios manda, con lo que la chiquilla se quedó preñada, y luego la obligó a casarse con quien no quería, con lo que se escapó la noche en que dio a luz a su hijo. Por culpa de esa fuga, nuestra hija, que había sido su amiga del alma desde siempre, se puso enferma y murió. Y luego, una vez muerta, alguien robó su cadáver del cementerio. ¿Es que no lo entiendes? El

cabecilla de esa pandilla de gorilas mató a nuestra niña, a nuestra Ai. A la tercera Nurul Aini.

—¿Por qué no culpas también a Eva de haber convencido a Adán de que se comiera la manzana y, por lo tanto, de habernos obligado a vivir en este mundo infausto? —espetó ella, apesadumbrada.

Al final, Shodancho no hizo ningún caso a su mujer. Al caos que estaban provocando los matones y a la orden del mando militar central se sumaba la rabia que sentía por la muerte de Ai y el resentimiento que aún lo reconcomía desde aquel día en que Maman Gendeng había irrumpido en su despacho para amenazarlo por haberse acostado con Dewi Ayu. Nadie lo había amenazado a la cara en la vida, ni siquiera un japonés o un holandés, pero aquel gorila se había atrevido. Si bien había visto pruebas del poder del *preman* con sus propios ojos, Shodancho consideraba que quedaban una o dos maneras de acabar con él y estaba dispuesto a recurrir a cualquier medio necesario. Por mucho que fuera amigo de Maman Gendeng, sobre todo en la mesa de la partida de cartas, siempre había acariciado la idea de matarlo algún día. Por fin había llegado ese momento, así que prefirió hacer caso omiso de lo que tuviera que decir Alamanda.

—Adelante, pero luego no vuelvas por aquí —respondió ella por fin—. Así, las tres seremos viudas y no habrá agravios comparativos.

—Adinda sigue teniendo a Krisan.

—Pues, si te da envidia, mávalo.

Shodancho dirigió en persona la operación de erradicación de los matones. Reunió a todos sus soldados y convocó a algunos más de los puestos militares más próximos. Celebró una reunión de emergencia, hizo un mapa con los puntos donde los hombres de Maman Gendeng habían cometido actos de violencia y trazó un plan para acabar con ellos. En realidad, Shodancho ya

era mayor para lanzarse al campo de batalla e incluso esperaba ya los papeles del retiro, pero parecía muy activo e incluso buen estratega.

—Vamos a hacerlo como cuando matamos a todos los comunistas —dijo—, pero esta vez hay que meter a todos los muertos en sacos.

Y llegó un camión cargado de sacos vacíos.

La operación se llevó a cabo de noche, para no provocar el pánico generalizado. Los soldados se desplegaron, armados pero vestidos de civil, y lo mismo hicieron los francotiradores, que se dirigieron hacia los grupos de matones. Identificaban como tales a todos los que llevaban tatuajes, bebían alcohol, provocaban altercados o mataban perros, y a todos ellos les disparaban allí donde los encontraban y luego los metían en un saco y los tiraban a un canal de riego o sencillamente los dejaban en la cuneta.

—Esos malditos no se merecen una mortaja —decía Shodancho—, y mucho menos una parcela en el cementerio.

Cuando amaneció aquel primer día, la mitad de los criminales de Halimunda ya había desaparecido, se la habían tragado esos sacos, que se ataban con cordones de plástico y que luego se encontraban por las carreteras, meneándose en el río, balanceándose con las olas en la playa, amontonados debajo de los arbustos o tirados en los canales de riego. Ni una sola persona los tocó antes de que empezara la tarde. La gente estaba rebosante de alegría por haber recibido ayuda, a saber de dónde, para deshacerse de todos aquellos alborotadores del primero al último. Por descontado, aún se acordaban de la matanza de los comunistas y de sus fantasmas, que los habían aterrorizado durante años. Daba igual: los matones estarían mejor convertidos en fantasmas que vivitos y coleando, amargando la vida a muchísima gente. En consecuencia, al principio dejaron los cadáveres donde estaban, dentro de sus sacos, con la esperanza de que los gusanos y las aves carroñeras dieran buena cuenta de ellos hasta llegar a la médula de los huesos. Sin embargo, cuando

un hedor a podrido espantoso empezó a perseguirlos y se vieron incapaces de soportarlo, acabaron ocupándose de los cuerpos que habían quedado más cerca de sus casas y enterrándolos sin sacarlos del saco.

La matanza continuó una segunda noche, y una tercera, y luego una cuarta, una quinta, una sexta y una séptima. La operación se ejecutó con rapidez y prácticamente liquidó a toda la población de matones de Halimunda. Sin embargo, Shodancho no estaba satisfecho en absoluto, porque Maman Gendeng no se encontraba entre los muertos.

Durante toda esa semana, el *preman* no pasó por su casa. Maya Dewi estaba muy preocupada, sobre todo desde que se había enterado de que estaban asesinando a los matones de la ciudad uno a uno, desde hacía siete noches, de un disparo en la cabeza o en el pecho. Si bien nadie lo sabía a ciencia cierta, todo el mundo podía imaginarse quién estaba detrás de aquello, ya que solo determinadas personas llevaban armas. Así pues, Maya Dewi fue a buscar a Shodancho.

—¿Habéis asesinado a mi marido?

—Aún no —contestó él, con tristeza—. Pregunta a esos soldados.

Se lo preguntó, uno por uno, a casi todos ellos, y contestaron lo mismo que había dicho su superior:

—Aún no.

Sin embargo, Maya Dewi no acababa de creérselo. Shodancho había desterrado al compañero Kliwon a la isla de Buru, así que perfectamente podía haber matado a Maman Gendeng. Ella tenía la esperanza de que, en efecto, su marido fuera invencible, pero, al ver tantos cadáveres por la calle, no podía evitar seguir mirando, ya que tal vez uno de aquellos fuera el suyo.

Y así, aquella hermosa mujer, con un pañuelo rojo por la cabeza para protegerse del intenso sol, empezó a comprobar los sacos uno tras otro, y uno tras otro fue desatando los cordones, impasible ante el hedor a podrido que le

invadía las fosas nasales, sin importarle tener que competir con las moscas, y examinando el contenido, comparando los rostros con el amado recuerdo de la cara de su marido. Ninguno de aquellos muertos era Maman Gendeng, pero sí reconoció en la mayoría a los fieles amigos de su marido, de modo que se quedó convencida de que también él había pasado a mejor vida. Quizá todas aquellas historias sobre su invencibilidad no habían sido más que palabrería. Tenía que encontrarlo y, si de verdad estaba muerto, enterrarlo con dignidad.

Para conseguir información sobre los cadáveres que ya había enterrado la gente que no había podido soportar el hedor, se dirigió a un grupo de sepultureros aficionados y les preguntó si su marido ya había pasado por sus manos.

—A juzgar por el olor, creemos que no.

—¿A qué os parece que huele mi marido?

—Bueno, tiene que apestar mucho más que ningún otro de los matones de aquí, porque era el peor de todos.

Maya Dewi reconoció la verdad de esas palabras y prosiguió con su búsqueda. Persiguió un par de cadáveres que flotaban en el río y eran arrastrados por la corriente, pero, después de hacer un gran esfuerzo para atraparlos, resultó que ninguno de los dos era su marido. También examinó los cuerpos diseminados por la playa, un panorama que había espantado a todos los turistas de Halimunda. No obstante, al cabo de todo un día, su ardua labor fue en vano y una vez más volvió a casa al atardecer, con la esperanza de que aquella noche no hubiera más matanzas y su marido regresara. Su deseo no se cumplió y, cuando despuntó el sol, reemprendió la búsqueda para abrir los sacos que aún no había mirado.

Siguió así hasta que, por fin, un par de personas le dijeron que habían visto a Romeo y a su marido huir hacia la selva del cabo durante el séptimo día de

la matanza, pero los soldados también lo habían oído, de modo que inició una carrera contra el tiempo con la ilusión de que aún no hubieran podido matarlo. La mujer se metió en la selva por su cuenta y riesgo, calzada con unas simples chancletas y protegida por el mismo pañuelo rojo del día anterior, y avanzó a trompicones por un sendero que había invadido la maleza. Aquella selva había sido una reserva natural desde tiempos coloniales y no solo la habitaban monos y jabalíes, sino también búfalos salvajes e incluso jaguares, pero Maya Dewi no tenía miedo de nada. Lo único que la movía era encontrar a su marido, vivo o muerto.

Pasó junto a un grupo de cuatro soldados y los hizo detenerse.

—¿Habéis asesinado a mi marido?

—Esta vez sí, señora —contestó el que estaba al mando—, y le damos nuestro más sentido pésame.

—¿Dónde habéis dejado su cadáver?

—Avance en línea recta unos cien metros y lo encontrará, rodeado ya de moscas. Primero lo hemos crucificado en un mango.

—¿Está dentro de un saco?

—Dentro de un saco —contestó el soldado—, acurrucado como un bebé.

—Hasta luego.

—Adiós.

Maya Dewi siguió andando por el mismo camino cien metros más, como le había dicho el soldado, y encontró un saco, en efecto, cubierto ya de moscas. Las aves carroñeras habían empezado a picotearlo y dos *ajaks* habían desgarrado las esquinas. Maya Dewi los espantó, abrió el cordón que servía para atarlo y comprobó que quien estaba dentro «acurrucado como un bebé» fuera aquel hombre, su marido; aunque la cara estaba casi irreconocible, no le cupo duda de que era él. No lloró, al menos en aquel momento. Con una compostura impresionante, volvió a atar el saco con el cordón de plástico y,



como no tenía fuerza suficiente para cargar con él, lo arrastró desde donde lo había encontrado hasta el cementerio público de Budi Dharma, donde pidió que lo enterraran con la debida dignidad.

Kamino lavó y perfumó al muerto. El cadáver quedó tumbado, rígido, con heridas de bala visibles en la frente y en el pecho, dos únicos disparos que debían de haberlo matado al instante. El orificio del pecho estaba justo encima del corazón. Al ver aquello fue cuando, por fin, Maya Dewi lloró y, para que no siguiera sufriendo, el sepulturero se apresuró a envolverlo en una mortaja. Recitó la plegaria de los muertos, junto con Kinkin, que presentó sus respetos a quien debería haber sido su suegro. El cuerpo de Maman Gendeng fue enterrado al lado del de su hija y Maya Dewi pasó casi una hora arrodillada entre las dos tumbas, sintiéndose abandonada, aislada y sola. Empezó el duelo y, al tercer día, Maman Gendeng regresó del más allá.

Como ya se había demostrado, aquel hombre era, en efecto, invencible. La matanza no le daba miedo, pero no soportaba ver los cadáveres de sus hombres tirados por las calles y le dijo a Romeo, que lo seguía fielmente:

—Vamos a huir a la selva.

Se marcharon durante la séptima jornada de la matanza, después de haber ido trasladándose de un escondrijo a otro. Era cierto: al *preman* aquella ciudad ya no le gustaba. Era incapaz de recordar todo el orgullo que había sentido por su fuerza y su invulnerabilidad cuando sus amigos yacían muertos a sus pies.

—Pronto se convertirán en fantasmas y nosotros, si sobrevivimos, sufriremos al ver su sufrimiento —afirmó durante la huida, al pensar en los últimos días de vida del compañero Kliwon, cuando lo había abatido un dolor cada vez mayor al ver a los fantasmas de sus amigos sumidos en una angustia tan abrumadora. Vivir así era demasiado doloroso y Maman Gendeng quería evitarlo.

—De los fantasmas no se puede huir —recordó Romeo.

—Es cierto, a no ser que te unas a ellos, como hizo el compañero Kliwon cuando, al final, decidió suicidarse.

—A mí me falta valor para suicidarme.

—Yo tampoco quiero —dijo el *preman*—. Sigo buscando otra solución.

Decidió huir a la selva del cabo porque estaba casi completamente deshabitada. Era una reserva natural y, por ello, no había campesinos que trabajaran las tierras, tan solo un puñado de guardias forestales indolentes. Tenía la esperanza de que refugiarse allí le permitiría ganar tiempo antes de que lo descubrieran los soldados, que quizá no podrían matarlo, pero aun así serían sumamente molestos. Se esforzaba por tomar una decisión.

—Me niego a seguir con vida cuando sé que todos mis amigos han sido asesinados en una matanza —aseguró, desconsolado.

—Me niego a morir mientras mucha gente sigue disfrutando de vidas estupendas —replicó Romeo con frialdad.

—Claro que también pienso en mi mujer, que se quedará muy triste, sobre todo porque ya hemos perdido a nuestra hija.

—A mí, mi mujer me da igual. Seguiría encontrando a muchos hombres con los que follar a los que les daría igual lo fea que es. Pero de todos modos prefiero vivir.

Llegaron a una pequeña colina en una de cuyas laderas había una gruta que los japoneses habían excavado para defenderse durante la guerra. Descansaron en la cima, donde Maman Gendeng siguió sopesando el deseo de poner fin a su vida frente a la reticencia a dejar a Maya Dewi sola en el mundo. Miró la gruta japonesa, oscura y húmeda, una especie de caja que parecía más una celda que un fuerte. Sin embargo, un lugar así era muy adecuado para la meditación. Maman Gendeng quería meditar hasta alcanzar

la liberación y abandonar esta tierra en estado de *moksa*, pero siguió pensando en su mujer hasta decir, por fin:

—Sea como sea, la muerte llegará tarde o temprano. Y no conozco a mujer más fuerte que Maya Dewi.

Decidió meditar en la gruta japonesa y entró. Ordenó a Romeo que montara guardia en lo alto de la colina por si los soldados habían encontrado su pista y los habían seguido hasta allí.

—Si llegan, ve a buscarme.

—Los mataré bien muertos antes de que tengan oportunidad de llegar —contestó el otro.

—Tu voz no parece muy tranquilizadora —reconoció Maman Gendeng—, pero confío en ti.

Maman Gendeng bajó a la gruta, se sentó en el suelo húmedo y se puso a meditar. Al cabo de poco rato alcanzó el *moksa* y desapareció deshaciéndose en globitos de luz. No se suicidó, pero dejó este mundo despojándose del cuerpo, abandonando todo lo material que encadenaba su alma, y se hizo uno con toda la luz, reluciente como el cristal en su ascenso a los cielos. Sin embargo, antes de llegar vio a cuatro soldados en lo alto de la colina que apuntaban con sus armas a Romeo. Quiso ayudarlo nublandoles la visión, pero no le dio tiempo, porque antes oyó a su amigo decir:

—¡No me matéis! Os digo dónde se esconde Maman Gendeng.

—Muy bien, dínoslo —contestó uno de los soldados.

—Está meditando en esa gruta japonesa.

Los cuatro hombres bajaron y registraron la gruta, pero, por descontado, no encontraron a Maman Gendeng. Romeo quería aprovechar la oportunidad para huir, pero Maman Gendeng no estaba dispuesto a permitirselo: lo retuvo, de modo que, aunque corría, no se movía del mismo punto.

—Un traidor siempre serás un traidor —dijo Maman Gendeng, y Romeo,

que no lo veía, sí oyó su voz atronadora.

A continuación, el *preman* transformó el rostro de Romeo en el suyo propio justo en el momento en que volvían los cuatro soldados, furiosos.

—Así que por fin te hemos atrapado, Maman Gendeng —dijeron, apuntando a la figura que estaba en la cúspide de la colina.

—¡Soy Romeo —exclamó él—, no Maman Gendeng!

Pero dos disparos de fusil acabaron con su vida. Una bala lo alcanzó en la cabeza y la otra, en el pecho. Fue ese cadáver el que encontró Maya Dewi, mientras su marido ascendía a los cielos, a la espera de visitarla al tercer día después de alcanzar el *moksa*.

El poderoso espíritu malvado rebosaba de alegría al ver todas sus victorias, al ver todo su rencor y su odio vengados, por mucho que se hubiera visto obligado a esperar tantísimo tiempo.

—Las he separado de sus seres queridos —reconoció ante Dewi Ayu—, del mismo modo que él me separó de la persona que amaba.

—Pero yo te quería —contestó Dewi Ayu—, y mi amor salía de lo más profundo de las entrañas.

—¡Sí, y por eso huí de ti, de la nieta de Stammler!

A Dewi Ayu le costaba creer la fuerza con la que había arraigado el anhelo de venganza en el espíritu malvado. Siempre le había parecido un fantasma común y corriente. Sabía que tenía planes perversos para algún momento del futuro, pero jamás se habría imaginado que pudiera hacer tanto daño, jamás habría supuesto hasta qué punto penetraría la amargura en su corazón.

—¡Mira a tus hijas —añadió el espíritu malvado—, han acabado siendo todas unas viudas lastimosas, y la cuarta es una solterona, no ha conseguido ni casarse!

Eso sucedió después de que el fantasma matara a Shodancho en la cabaña de

sus tiempos de guerrillero, donde en su día había ejercido el mando. Cuando una madrugada lo vio aparecer a Shodancho de golpe y porrazo y sentarse en cuclillas delante de la cocina de leña, Dewi Ayu, que había pasado largos años muerta e incluso cuando aún estaba viva no había mantenido contacto con él durante muchísimo tiempo, al principio no recordó que era su yerno. Él le contó que hacía años, desde que había exterminado a los matones de Halimunda, que se dedicaba a peinar ciudades y selvas en busca del cadáver robado de su hija. Estaba agotado y habría regresado como un fracasado. No se atrevía a ir a ver a su mujer, Alamanda, de modo que había acudido a casa de su suegra, Dewi Ayu.

—No tenía a ningún personaje adecuado para interpretar el papel del asesino de Shodancho —aseguró el espíritu malvado—, así que lo hice yo mismo.

—Desde un principio ya vi —respondió Dewi Ayu— que eras un cómico aficionado.

No, en realidad no lo hizo él mismo, no lo hizo con sus propias manos, si bien es cierto que ningún ser humano mató a Shodancho. En la soledad desesperada de su vejez, sin valor para presentarse ante su mujer, que lo había expulsado después de que dejara viudas a sus hermanas menores, y tras haber perdido a su querida hija, Shodancho acudía con frecuencia, para animarse, a su cabaña de guerrillero en mitad de la selva del cabo. Estaba igual que siempre, quizá no tan sólida pero sí con el mismo atractivo para trasladarlo a un nostalgia reconfortante.

También intentó mantenerse ocupado criando una más vez perros salvajes en torno a la cabaña. Estaba ya muy mayor y muy débil, pero aún era capaz

de arrancar a los cachorros de sus guaridas. Y entonces, un día, la madre fue a buscarlos.

Estaba Shodancho tumbado en la piedra en la que en otra época comía con sus hombres, la misma piedra en la que Rengganis la Hermosa había dejado el cadáver de su hijo antes de arrojarlo a los perros, cuando llegó la mamá *ajak* con su manada. No se lo pensó dos veces al ver a su enemigo en una posición tan vulnerable y lo embistió de inmediato asestándole un buen mordisco en el muslo. Conviene repetir que Shodancho estaba ya muy mayor; le fallaban los reflejos y tenía poca resistencia. Aún no le había dado tiempo de defenderse cuando empezaron a atacarlo otros *ajaks*: uno se le lanzó sobre un brazo y el otro le hincó los dientes en la pantorrilla. Por todo su cuerpo se abrieron enormes heridas y la sangre del anciano se derramó a chorro sobre la piedra. Podía todavía retorcerse y dar patadas aquí y allá, tratando de quitarse de encima a aquellos *ajaks*, pero las heridas eran muy graves y se quedó sin energía. Empezó a calmarse y se quedó mirando al cielo, consciente de que su muerte era inminente y de que la habían provocado los *ajaks* a los que había cuidado toda la vida. Murió con el cuerpo hecho trizas, devorado vivo. Tengan en cuenta que en realidad los *ajaks* son criaturas perezosas que se dedican a comer carroña: Shodancho es tal vez una de las pocas personas que han devorado vivas. Su muerte estaba destinada a ser así de trágica.

Dewi Ayu empezó a preocuparse cuando vio que su inquilino no volvía de la cabaña después de una semana, ya que por lo general no pasaba tanto tiempo fuera. Con ayuda de dos soldados retirados que en su día habían servido a las órdenes de Shodancho, se abrió paso por la selva del cabo para ir en su busca. Lo que encontraron fue unos restos en un estado espantoso y lamentable. Tenía la cara casi destrozada por completo, por lo que lo único que pudieron reconocer de buenas a primeras fue los jirones del uniforme.

Los *ajaks* no se lo habían llevado, lo habían devorado allí mismo, cuando aún estaba caliente, y las aves carroñeras se dedicaban a picotear los escasos trozos de músculo y carne que seguían pegados a los huesos. Dewi Ayu había llegado justo antes de que empezaran a pudrirse.

Se lo llevaron a Alamanda en una bolsa de plástico negro como las que utilizaban los bomberos para llevar al depósito los restos de víctimas de incendios. Después de dejarla a sus pies, Dewi Ayu le dijo:

—Hija, te traigo los huesos de tu hombre. Lo han matado y devorado los *ajaks*.

—Me lo temía, mamá, desde que llegó a Halimunda con aquellos noventa y seis *ajaks* para cazar jabalíes —reconoció Alamanda, sin un ápice de tristeza.

—Podría darte un poco de pena —contestó su madre—. Aunque solo fuera porque no te ha dejado nada en el testamento.

Alamanda enterró aquellos huesos, con pedazos de carne desgarrada aún pegada, que parecían los huesos de vaca que se cortan y se venden para hacer caldo. Shodancho recibió sepultura en el cementerio en memoria de los héroes de guerra, donde se celebró una ceremonia militar en su honor. Al menos, su viuda dio gracias por eso, puesto que, en caso de que lo hubieran enterrado en el cementerio público, habría tenido miedo de que su fantasma se peleara con el del compañero Kliwon. Allí, en el cementerio en memoria de los héroes de guerra, descansaría en paz, en su ataúd, envuelto en la bandera nacional. Los soldados dispararon salvas con los cañones para presentarle sus últimos respetos, pero Alamanda se imaginó que lanzaban a su fantasma con una catapulta, con lo que acabaría muerto y bien muerto, y eso la alegró un poco.

Era ya viuda con todas las de la ley, lo mismo que sus dos hermanas menores.



—Me di cuenta de que buscabas venganza cuando aniquilaron a los comunistas y aquel compañero tuvo que enfrentarse a un pelotón de fusilamiento —dijo Dewi Ayu, volviendo a centrar la atención en el espíritu malvado.

—Debería haber muerto entonces, debería haber sufrido una muerte atroz.

—Pero el amor demostró su verdadera fuerza —respondió Dewi Ayu—. Alamanda intervino justo cuando estaba a punto de morir.

El espíritu malvado soltó una carcajada burlona:

—Y, entonces, se lo tiró más de diez años después y acto seguido él se suicidó. Se suicidó. ¡¡¡Se suicidó!!! ¡Murió! Ja. Ja. Ja.

—Pero yo comprendí por fin lo que estaba pasando.

Era cierto. Dewi Ayu había comprendido que el espíritu malvado estaba tramando una venganza. Había deducido que pretendía destruir el amor de su familia, de los descendientes de Ted Stammler que quedaban en el mundo, del mismo modo que Ted Stammler había destruido el amor que él había compartido con Ma Iyang, pero lo que no esperaba era que la venganza fuera tan cruel. Ya en vida del espíritu malvado, cuando no era más que un hombre, Dewi Ayu había sentido en el corazón aquel pesar insondable antes incluso de conocerlo. Aquello la llevó a un amor ciego que condujo al matrimonio. Quería darle el amor que no había podido recibir de su abuela, de Ma Iyang, después de que su abuelo, Ted Stammler, la secuestrara, pero él se había negado a aceptarlo, a recibir aquel amor purísimo, surgido de lo más profundo de las entrañas. Fue entonces cuando Dewi Ayu entendió que el amor de aquel hombre por Ma Iyang era irremplazable y lo vio sufrir porque alguien había arrancado de raíz el único amor verdadero de su vida. Y así, a su muerte, Dewi Ayu tuvo claro que acabaría siendo un fantasma

malhumorado, vengativo y trágico que no podría descansar en paz en el mundo de los muertos. Y era cierto. El fantasma la seguía allí adonde iba. Sintió su presencia en Bloedenkamp, en el burdel y en todas sus casas, pero no comprendió del todo que estaba tramando su perversa venganza hasta la mañana en que se supo que el compañero Kliwon, el hombre al que amaban tanto Alamanda como Adinda, iba a ser fusilado.

—Por aquel entonces aún era soltero. No podía permitirme verlo morir sin haberse casado con una de tus hijas. Ja. Ja. Ja.

Poco después de la muerte de Shodancho, más convencida que nunca, Dewi Ayu convocó por fin al espíritu malvado con la ayuda de aquel joven aficionado al *jailangkung*, Kinkin. Entonces el fantasma se presentó ante ella, riendo a carcajada limpia y mostrando su alegría honda y maligna.

—Este es el espíritu malvado que una y otra vez me ha impedido descubrir quién mató a Rengganis la Hermosa —dijo el muchacho.

—Sí, también te separaré a ti de tu ser más querido. Ja. Ja. Ja.

Cuando se enteró, gracias al susurro de los vientos y al aullido de los *ajaks* en las profundidades de la selva, de que, a petición de Alamanda, el compañero Kliwon no había sido fusilado, Dewi Ayu pensó que el amor aún estaba a tiempo de frustrar la maldición vengadora del fantasma de su marido, pero no podía estar segura. Se había pasado casi toda su vida adulta pensando en eso, pensando en cómo salvar a sus hijas y proteger su felicidad, en cómo liberarlas de la maldición rencorosa del malvado fantasma que sería su compañero y su adversario durante el resto de sus días y en el más allá. Así pues, cuando sus hijas se casaron, ahuyentó a las tres parejas una a una y les prohibió volver a su casa, excepto a Maman Gendeng y a Maya Dewi, a los

que no ahuyentó, pues prefirió mudarse ella. Quería alejar a sus hijas del fantasma, aunque aún no estaba al tanto de que pretendía llevar a cabo una venganza tan perversa.

Sus temores reaparecieron cuando, diez años después de la boda de su última hija, Dewi Ayu se quedó otra vez embarazada. En su vientre estaba desarrollándose una nueva presa para el espíritu malvado. Decidió salvarla, fuera como fuera. Trató de provocarse un aborto por varios métodos distintos, para que no tuviera que llegar a este mundo y se librara de todas las maldiciones, de todas las venganzas, pero la criatura era tan resistente que no consiguió matarla y siguió creciendo en su interior. En caso de ser niña, saldría tan hermosa como sus hermanas mayores; en caso de ser niño, sería el hombre más atractivo sobre la faz de la Tierra. A una criatura así le llovería el amor y también tendría mucho amor que dar, pero Dewi Ayu no dejaba de sentir el acecho del espíritu malvado, sus ganas de hacer de ese amor su próxima víctima. Seguro que lo destruiría, igual que Ted Stammer había destruido el que él sentía por Ma Iyang.

En consecuencia, le dijo a Rosinah:

—Estoy harta de parir hijas guapas.

—Si así se siente, rece para parir una hija fea.

Tenía que estar agradecida por contar con la muda, porque sus plegarias fueron atendidas y, por vez primera, tuvo una hija fea, más fea que ninguna otra mujer que pudiera existir, aunque, irónicamente, se llamaba Bella. Con esa cara y ese cuerpo, nadie la querría jamás, ni hombre ni mujer. Se libraría de la maldición del espíritu malvado. Y tenía que agradecersele a Rosinah.

—¡Pues ahora está preñada! —bramó el espíritu malvado—. ¿No es eso prueba de que alguien la ha amado?

No le faltaba razón.

—Pero aún no has matado a ese alguien.

—Aún no lo he matado.

Una noche, al oír una vez más un extraño alboroto, como los gruñidos y los gemidos de la gente al hacer el amor, Dewi Ayu se decidió y echó abajo la puerta del dormitorio de su hija de un fuerte hachazo. Se quedó desilusionada, por no decir otra cosa, al descubrir que, en efecto, alguien estaba haciendo el amor a la fea Bella. Alguien la quería, y eso era precisamente lo que su madre había tratado de evitar desde antes incluso de que naciera. Abrumada por el resentimiento, quiso saber quién podía ser el idiota capaz de amar a una chica así, pero en el cuarto no vio a nadie más que a Bella, que se había llevado un buen susto y se había acurrucado en un rincón, completamente desnuda.

—¿Con quién estabas haciendo el amor?! —preguntó Dewi Ayu, presa de la furia, el desencanto y el pánico.

—No te lo diré jamás. Es mi príncipe.

Sin embargo, Dewi Ayu vio algo, apenas una mancha borrosa, que se movía como si bajara de la cama. Luego, al bordearla en dirección a la mesita de noche, distinguió unos pasos en el suelo, ligeramente húmedos como de sudor, ligeros a la luz de la lámpara. La figura invisible apartó la cortina con precipitación, abrió la ventana y luego, por supuesto, salió dando un salto. En aquel momento, Dewi Ayu pensó que el fantasma había acudido para hacer el amor a Bella, aunque no se le ocurría el porqué.

—No, no he sido yo —aseguró el espíritu malvado, ofendido.

—Me impediste ver quién era.

—Eso es verdad. Ja. Ja. Ja.

Era como si su venganza hubiera salido a la perfección, casi sin un solo obstáculo, y su maldición siguiera destruyendo lo poco que quedaba de la familia de Dewi Ayu. Alamanda había perdido a Shodancho y, a pesar de que en realidad nunca lo había querido demasiado, y de hecho la mayor parte del tiempo lo había odiado, sí que había habido algunos momentos de cariño. Además, después de perder a sus dos primeras hijas, había perdido también a la tercera Nurul Aini, Ai, que había muerto a tan temprana edad. Maya Dewi, por su parte, había perdido a Rengganis la Hermosa de forma aún más trágica: alguien la había matado y había arrojado su cadáver al mar, y nadie sabía quién había sido. Después, su marido se había desvanecido al alcanzar el *moksa* tras ver a casi todos sus amigos aniquilados. Y la segunda hija de Dewi Ayu, Adinda, se había encontrado a su marido, el compañero Kliwon, ahorcado en su dormitorio. De todos modos, aún le quedaba Krisan. Y al parecer Bella tenía un amante. Dewi Ayu tenía que salvar a los que quedaban de aquel espíritu malvado. No permitiría que apartara a Krisan de Adinda, ni que arrebatara a Bella su amante, fuera quien fuera. Estaba decidida a cualquier cosa para pararle los pies al espíritu malvado que tenía ante sí.

—Tengo que impedírtelo —dijo entonces.

—¿El qué? —preguntó el espíritu malvado.

—Que destruyas a mi familia.

—Ja. Ja. Ja. La perdición de tu familia está planeada desde hace mucho. Ya nada puede detener mi venganza.

—Fuiste incapaz de separar a Henri y Aneu Stammler —recordó Dewi Ayu.

—Porque uno de los dos era carne de la carne de mi amada.

—Y yo soy nieta de Ma Iyang.

—Eso ya es un parentesco muy lejano.

Despacio, Dewi Ayu sacó un puñal del bolsillo de su vestido. Era como los utilizados por los soldados, recio y brillante.

—Lo he encontrado en el cuarto de Shodancho. Con esta hoja voy a matarte.

—Ja. Ja. Ja. Ningún ser humano puede matarme —replicó el fantasma.

—¿Me dejas intentarlo, al menos?

—Adelante. Soy todo tuyo.

Dewi Ayu se acercó y el espíritu malvado sonrió de forma aún más repugnante, soberbia y prepotente. Kinkin, incapaz de soportar la idea de ser testigo de un asesinato, se tapó la cara. Después de mirar al fantasma a los ojos durante unos segundos en los que él también la miró fijamente, Dewi Ayu, con toda la potencia de una mujer movida por una profunda rabia, un talante y una fuerza igual de intensos que los de un espíritu malvado, apuñaló a quien había sido su marido. Salió un chorro de sangre y le asestó otra cuchillada; volvió a salir sangre y le clavó otra vez el puñal hasta herirlo cinco veces con un ímpetu que aumentaba con cada estocada.

El espíritu malvado se derrumbó entre gemidos, llevándose las manos al pecho.

—¿Cómo es posible que hayas logrado matarme?

—Morí a los cincuenta y dos años, por la fuerza de mi propia voluntad, con la esperanza de ser capaz, algún día, de resistir y contener la potencia de tu alma maligna —contestó Dewi Ayu—. Y hoy estoy aquí. ¿Tú crees que un simple ser humano puede levantarse de la tumba tras pasar veintiún años muerto? Yo ya no soy humana y por eso puedo matarte.

—Puede que hayas conseguido matarme, pero mi maldición sobrevivirá.

Acto seguido el espíritu malvado murió y se transformó en una densa nube

de humo negro antes de desaparecer, tragado por la atmósfera. Dewi Ayu miró al muchacho, Kinkin.

—He cumplido con mi deber y ahora voy a regresar al mundo de los muertos —anunció—. Adiós, chiquillo. Gracias por tu ayuda.

Tras pronunciar estas palabras, se transformó en una bella mariposa que salió volando por la ventana y se marchó por el jardín.

El hombre aparecía con frecuencia como por arte de magia y, dado que había sucedido tantas veces, Bella ya no se sorprendía de su presencia. Había empezado a presentarse cuando aún era pequeña y la animaba a hablar. A menudo, Rosinah estaba delante, pero nunca lo veía, a diferencia de Bella. Rosinah tampoco oía nunca su voz, a diferencia de Bella. Aquel hombre le enseñó a hablar. Era viejo, tan viejo que tenía las cejas completamente blancas. También tenía la piel morena, quemada por el sol, y músculos sin un ápice de grasa, forjados a base de años de duro trabajo. Todo lo que sabía lo había aprendido de él. Cuando Rosinah trató de matricularla en varios colegios y sus directores se negaron a aceptarla, y luego la niña no quiso ni volver a oír hablar del tema, el hombre le dijo:

—Voy a enseñarte a escribir, aunque nunca he aprendido.

Y añadió:

—Y voy a enseñarte a leer, aunque nunca he aprendido.

Bella tenía, al parecer, todo lo que quería, y no quería nada más porque estaba muy feliz de tener aquel amigo. Los demás se negaban a saber nada de ella por lo fea que era, pero aquel hombre le ofrecía su amistad sin importarles lo espantosa que fuera. Jugaban juntos a menudo y Rosinah se sobresaltaba por los arrebatos de alegría de la niña, que parecían producirse de repente y sin motivo aparente.

La pequeña Bella estaba encantada de saber leer y escribir. Encontró los libros que había dejado su madre y se los leyó casi todos con una felicidad desbordante; además, copiaba algunos fragmentos para practicar la escritura y encontraba en ello un placer similar. Rosinah, por su parte, la miraba atónita.

—Es como si estuviera enseñándote un ángel —le dijo un día.

—Sí, me está enseñando un ángel —contestó la niña.

—Incluso puedo enseñarte a cocinar, aunque nunca he aprendido.

Así, aprendió a cocinar y pronto fue toda una experta en la mezcla de especias. Y la cosa no acabó ahí, porque también empezó a hacer punto, a coser y a bordar, y quizá incluso se le habrían dado bien la mecánica del automóvil y el arado de los campos si hubiera tenido oportunidad de probarlos. Había aprendido todo lo que sabía de aquel ángel bueno, que se lo enseñaba con enorme paciencia y diligencia.

—Si nunca has aprendido a hacer ninguna de estas cosas, ¿cómo sabes lo que hay que hacer y cómo puedes enseñármelas? —le preguntó Bella un día.

—Se lo robo a la gente que sí sabe.

—¿Qué sabes hacer sin tener que robárselo a los demás?

—Tirar de un carro.

De ese modo creció la muchacha en aquella casa, en compañía de Rosinah, quien pronto se acostumbró a todas las habilidades extrañas y sobrenaturales de las que hacía gala. Su madre le había dejado una herencia bastante generosa y lo único que tenía que hacer la muda era organizarse para que pudieran mantenerse las dos con ese dinero. Iba al mercado a diario para comprar lo que necesitaba, mientras Bella se quedaba en casa. Tenían un



fantasma, como había dicho Dewi Ayu en una ocasión, pero no parecía que molestara a nadie. Si era realmente cierto que había enseñado a la niña todo lo que sabía, estaba claro que era un buen fantasma, por lo que Rosinah no veía nada de qué preocuparse cuando la dejaba sola.

Tampoco tenían nada de qué preocuparse los niños que a veces, movidos por la curiosidad, se asomaban a la valla con miedo en el cuerpo. Bella jamás se habría mostrado delante de ellos, porque era buena chica y sabía que les daría un susto de muerte. Solo dejaba que la viera Rosinah, que la conocía desde el día de su nacimiento. Era tan buena que sacrificaba su deseo de llevar una vida como la de casi todo el mundo. Su existencia se limitaba a aquella casa: su dormitorio, el comedor, el baño, la cocina y, a veces, el jardín, cuando salía al amparo de la oscuridad nocturna. Era tan buena que se sacrificaba, o se castigaba, llevando una vida monótona y terriblemente aburrida, pero parecía bastante satisfecha.

—Ahora voy a traerte a un príncipe —dijo el ángel bueno.

Era ya toda una jovencita, de modo que, lógicamente, anhelaba a un hombre que se enamorase de ella y del que ella también pudiera enamorarse. Eso empezó a deprimirla, porque estaba segura de que ninguno querría amarla jamás.

—Eso no es cierto. Vas a tener un príncipe para ti sola.

Era imposible. Nunca la había visto nadie, de modo que no la conocía nadie, y era imposible que alguien se enamorase de ella sin conocerla.

—¿Te he mentado yo alguna vez?

—No.

—Espera en el porche al atardecer y verás llegar a tu príncipe.

Con frecuencia salía al porche una vez había anochecido, para tomar el aire sin tener que preocuparse de si su cara monstruosa molestaba a la gente. En la oscuridad se sentía a salvo; la noche era su mejor amiga. A veces incluso se levantaba temprano, antes de que el sol lo hiciera arder todo, para sentarse allí fuera y contemplar la estrella rosada que el ángel llamaba Venus. Le gustaba mucho porque era bella. Como su nombre.

Empezó entonces a esperar en el porche al príncipe que le habían prometido. No sabía cómo llegaría. Quizá montaría un dragón procedente de Venus, o tal vez saldría de las entrañas del mundo, surgiría de la tierra de alguna forma asombrosa. No estaba segura de que fuera a aparecer, pero había decidido esperarlo. La primera noche terminó sin que pasara ningún príncipe por delante de su casa. Ni siquiera un simple mendigo.

Sin embargo, como confiaba en que el ángel no hubiera mentido, esperó de nuevo una segunda noche. Vio un cortejo funerario, pero ni rastro de un príncipe. También pasó por allí un vendedor de *bajigur*, pero no se detuvo a saludar y ni siquiera se volvió para mirarla. No llegó su príncipe y, al final, se quedó dormida en la silla, agotada, y tuvo que salir Rosinah a cogerla en brazos, meterla en casa y acostarla.

La tercera noche tampoco se presentó nadie. Rosinah le preguntaba por qué se pasaba las noches sentada en el porche y Bella le contestaba:

—Espero la llegada de mi príncipe.

La muda empezó a comprender que la muchacha había llegado a la pubertad. Sabía que ya había empezado a menstruar y ahora anhelaba un amante. Se pasaba las horas muertas allí en el porche con la esperanza de que alguien la viera y se enamorase de ella. Rosinah sintió lástima y se fue a su

cuarto a llorar por la desgracia de la fea Bella, que aún no había comprendido que nadie iba a amarla, quizá durante el resto de sus días. Para ella no iba a haber príncipes.

No obstante, Bella siguió esperando la cuarta noche, y la quinta, y la sexta. Al llegar la séptima, salió un hombre de detrás del seto del jardín y la sobresaltó. Era muy guapo y a la joven no le cupo duda de que se trataba de su príncipe. Tenía unos treinta años y una mirada tierna, llevaba el pelo peinado hacia atrás con esmero y vestía ropa oscura. Llevaba una rosa en la mano, se le acercó y se la ofreció vacilante, como con miedo al rechazo.

—Para ti, Bella.

La muchacha la aceptó con el corazón abierto como una flor y luego el desconocido desapareció. Regresó a la noche siguiente, con otra rosa para ella, y volvió a esfumarse. Hasta la tercera visita, después de regalarle otra rosa, que Bella aceptó, no dijo:

—Mañana por la noche llamaré a la ventana de tu cuarto.

Ella se pasó todo el día esperando que cayera la noche y que apareciera su príncipe en la ventana, como cualquier chica ilusionada con su primera cita. No sabía qué vestido ponerse y dio muchas vueltas delante del espejo. Se olvidó de su cara espantosa y trató de arreglarse con todo lo que había en el viejo tocador de su madre, e incluso tomó prestadas algunas cosas del neceser de Rosinah, quien, por cierto, no sabía nada de las visitas de aquel hombre. Cada vez que Bella entraba en casa con una rosa en la mano se imaginaba que la había cortado ella misma. Sin embargo, cuando la vio maquillarse y pasarse todo el día arreglándose, se quedó atónita, o acongojada.

«Como una rana que se disfraza de princesa», pensó mientras se restregaba los ojos llorosos.

Bella tenía ganas de ver al anciano, al ángel bueno al que le gustaba aparecerse de repente, pero ya no la visitaba desde la llegada del príncipe, y

eso que tenía muchas preguntas para él; por ejemplo, cómo debía prepararse para su primera cita, qué decir o hacer si el príncipe la seducía, cómo reaccionar cuando llamara a la ventana y fuera a abrirla, y si había que hablar, sobre qué temas. Quería tratar todo eso con el ángel bueno, pero el viejo no volvió a presentarse.

Al final, eligió un simple vestido de diario y se puso a esperar muy decidida en cuanto oscureció. Ya no en el porche, sino en su cuarto. Se sentó en el borde de la cama, evidentemente muy nerviosa, aguzando el oído; le daba miedo no oír el sonido de sus nudillos, que podía ser tenue, discreto. De vez en cuando se levantaba y apartaba la cortina para mirar por la ventana, pero lo único que se veía era el jardín, con las plantas completamente negras, y volvía a sentarse en la cama, igual de nerviosa que antes.

Entonces oyó la llamada, tan sutil que tuvo que concentrarse, pero se repitió al momento y luego la oyó por tercera vez. Hecha un lío, casi a la carrera, Bella se acercó a la ventana y la abrió.

Allí estaba su príncipe, como siempre con una rosa en la mano.

—¿Puedo pasar?

Bella asintió con recato.

Después de entregarle la rosa, el príncipe entró en el cuarto por la ventana. Se quedó quieto un momento, mirándolo todo, y anduvo despacio de un extremo a otro antes de volverse hacia Bella, que acababa de cerrar. Él se sentó en la cama y le hizo un gesto para que se sentara a su lado. La muchacha obedeció y por un momento permanecieron los dos en silencio.

—Hacía muchísimo tiempo que quería verte —afirmó el príncipe.

Bella se sintió muy halagada y no le preguntó cómo había oído hablar de ella.

—Hace muchísimo tiempo que quería tener la oportunidad de conocerte —continuó él—, hace muchísimo tiempo que quería tocarte.

Al oír eso, a Bella se le aceleró el corazón. No se atrevía a mirarlo y, de repente, se le quedó todo el cuerpo helado cuando él le tocó la mano y la cogió entre las suyas con mucha delicadeza.

—¿Me permites besarte el dorso de la mano? —preguntó.

Bella aún no había respondido, tal vez porque era incapaz, cuando el príncipe le besó el dorso de la mano derecha.

Su primera cita estuvo dominada por las palabras de él, pues ella, incómoda y vergonzosa, prácticamente no abrió la boca, y solo dijo que sí o que no con la cabeza de vez en cuando, para luego volver a mirar hacia otro lado. Pasaron así una hora y media, hasta que llegó el momento de la partida del príncipe, que salió por donde había entrado, por la ventana. Sin embargo, antes de irse anunció su próxima cita:

—Espérame este fin de semana igual que me has esperado hoy.

Fuera como fuera, Bella se juró que aquel fin de semana hablaría. No pensaba quedarse muda, limitarse a decir que sí o que no con la cabeza, incómoda y vergonzosa. Tenía que abrir la boca y hacer lo que fuera necesario para que el príncipe no se aburriera. El viejo no volvió a aparecer, pero eso dejó de preocuparla. Había encontrado a un sustituto que era más apuesto y más amable, que la piropeaba, que con frecuencia la seducía y que quizá incluso la amaba. Se le aceleraba el corazón solo de pensar en el fin de semana.

Tal y como había prometido, el príncipe acudió a la cita, de nuevo con una rosa. Entró por la ventana y se sentó en la cama con Bella. Luego, tomando la iniciativa, ella le preguntó con voz marcadamente tímida:

—¿De dónde has sacado la rosa?

—De tu jardín.

—Ah, ¿sí?

—Ando corto de dinero.

Y se rieron.

Entonces el príncipe volvió a cogerla de la mano y en esa ocasión ella también se la estrechó. Sin pedirle permiso, él se la besó en el dorso, con lo que Bella volvió a sentirse incómoda. Muy incómoda y vergonzosa. Notó que empezaba acariciarle la mano con tanta suavidad y delicadeza que la hacía flotar, como si estuviera adormeciéndose poco a poco. Entonces, de repente, se lo encontró delante, su cara frente a la suya, con lo que el corazón le latió más fuerte todavía. Sin darle tiempo a comprender qué sucedía, aquella cara se le acercó y sintió en los labios el contacto de los del príncipe, y luego sintió que apretaba y le dejaba los labios muy húmedos. Intentó devolverle esos besos y empezó a notar que no solo participaban los labios, sino también las lenguas, en un juego tempestuoso. Se besaron durante largo rato, casi media hora, hasta que llegó el momento en que el príncipe tuvo que marcharse.

—Te espero el próximo fin de semana.

Esa vez fue Bella la que habló, y el príncipe asintió con su sonrisa encantadora.

Aquellos besos causaron una profunda impresión en Bella, que se quedó con la esperanza de que el siguiente fin de semana llegara muy deprisa, como una mosca decidida, que viene y va y vuelve otra vez. Al día siguiente seguía sintiendo el calor que le habían provocado, y también al otro. Recordaba, paso a paso, cómo habían llegado al momento del primer beso, y solo de pensarlo le daba un vuelco el corazón.

Y, así, en su siguiente encuentro los besos fueron lo primero. Empezaron casi en la ventana, con Bella dentro de su cuarto y el príncipe aún con los pies en el jardín. Por fin entró y ella cerró los postigos, pero durante todo ese tiempo sus labios no se separaron. Los besos continuaron dentro del

dormitorio, con Bella pegada contra la pared y el príncipe pegado contra su cuerpo, desenfrenado y rebosante de deseo.

Sin prisa pero sin pausa, sus manos juguetonas empezaron a colarse por debajo del vestido de Bella y el ambiente se recalentó. Se quitaron la ropa prenda por prenda y fueron tirándola al suelo, hasta quedar desnudos, y entonces el príncipe la abrazó y la llevó a la cama.

—Voy a enseñarte a hacer el amor —anunció.

—Sí, enséñame —pidió ella.

Y así empezaron. Bella aún era virgen, por lo que gimió, atrapada entre el dolor y el placer, y armó un buen jaleo. Al oírla, Rosinah se plantó en la puerta de su dormitorio, confundida. La abrió —Bella se había olvidado de cerrarla con llave— y vio únicamente el cuerpo desnudo de la joven, que rebotaba encima de la cama. Movi6 la cabeza de un lado a otro con tristeza y solemnidad, cerró la puerta sin hacer ruido y la dejó allí. Mientras, el príncipe seguía destrozándole el himen, haciéndola sangrar y gritar de placer.

Su príncipe siempre entraba por la ventana, pero Bella lo esperaba en el porche, porque quería ser testigo del momento de su llegada, movida por un anhelo incontrolable. Hacían el amor siempre que se veían, una y otra vez, y se sentían la pareja más feliz del mundo. Bella no se preguntaba por qué Rosinah no lo veía, ni por qué, cuando Dewi Ayu volvió de la tumba, se instaló de nuevo en su casa y echó su puerta abajo, tampoco vio nada. En aquella familia los milagros eran moneda corriente, así que no se sorprendía. Al fin y al cabo, Rosinah tampoco había llegado a ver al anciano ángel, y Bella sí.

Y entonces se quedó preñada.

Sin embargo, incluso después de darse cuenta de eso, Bella siguió esperando la llegada de su príncipe y siguieron haciendo el amor. A él no le

contó nada del embarazo, porque le daba miedo que fuera el fin de su felicidad.

Así siguieron las cosas hasta que una noche, poco después de que Dewi Ayu volviera a desaparecer en el mundo de los muertos, y mientras Bella estaba echada en su cama, desnuda al lado del príncipe, descansando tras hacer el amor, un hombre echó la puerta abajo y entró con una escopeta de aire comprimido en la mano. Era bajito y rechoncho y lo envolvía un aire de tristeza. Se estremeció un poco, asustado al ver el rostro de Bella, pero su mirada se concentró de inmediato en el príncipe, rebosante de furia.

—¡Tú, el asesino de Rengganis la Hermosa! —exclamó—. ¡He venido a vengar su muerte!

El príncipe no tuvo oportunidad de ponerse a salvo; la escopeta de aire comprimido disparó y la bala, dirigida con enorme precisión, se le quedó alojada en el centro de la frente. Cayó de espaldas en la cama, ya casi muerto. El individuo de la escopeta cargó de nuevo y volvió a disparar. En total disparó cinco veces, con todo el odio del mundo, mientras Bella chillaba sin parar.

Lo único que sabía la gente era que lo habían matado a tiros en casa de su abuela.

La familia al completo asistió al entierro de Krisan, en el que Adinda se mostró desolada. Se cerraba el círculo: Alamanda había perdido a Shodancho y a Ai, Maya Dewi había perdido a Maman Gendeng y a Rengganis la Hermosa, y Adinda acababa de perder a Krisan tras haber perdido al compañero Kliwon. Todas habían perdido a sus seres queridos.

Las tres siguieron el ataúd de Krisan en su recorrido hacia el cementerio de Budi Dharma y, a lo largo del camino, Alamanda y Maya Dewi trataron de consolar a Adinda.



—Somos como una familia maldita —dijo esta entre sollozos.

—No, no somos «como» una familia maldita —la corrigió Alamanda—. Sobre nosotras pesa una maldición clara y evidente.

El viejo Kamino estaba cavando una tumba para Krisan al lado de la de su padre, tal y como había solicitado Adinda, que ya tenía reservada la parcela contigua para ella.

Por lo general, las mujeres no iban al cementerio más que en casos extraordinarios, cuando no podían soportar de ninguna manera separarse de los muertos, como había sucedido con Farida muchos años antes. Sin embargo, en el caso de Krisan las únicas asistentes fueron tres hermanas, acompañadas de seis hombres del barrio que portaron el ataúd y del imán, que iba a rezar por el difunto.

No había nadie más. Ellas, vestidas de negro, llevaban unos paraguas que no se sabía de qué las protegían, puesto que aquella tarde no brilló el sol con intensidad y no cayó ni gota de lluvia. Estuvieron allí solas las tres hasta que, al cabo de mucho rato, aparecieron dos manchas oscuras a lo lejos. Fueron aproximándose cada vez más y de manchas pasaron a figuras, y cuando estuvieron aún más cerca resultó que eran dos mujeres más, también vestidas de luto.

Lo más sorprendente era que habían ido a despedirse de Krisan, igual que ellas, en el momento en que su cuerpo ya estaba descendiendo y la tierra empezaba a engullirlo. Las tres hermanas se quedaron atónitas, y no solo por su presencia, sino por el rostro espantoso de una de ellas, que al principio les pareció el de un fantasma del cementerio. Pero enseguida recordaron los rumores sobre la cuarta hija de Dewi Ayu, a la que no conocían, pero de la que se decía que era un monstruo. Aquella mujer, la fea, parecía muy afligida por la muerte de Krisan. Lloraba y miraba desesperadamente el cadáver

envuelto en su mortaja, que ya desaparecía bajo la tierra, como si no estuviera dispuesta a separarse de él. Parecía aún más desolada que la propia Adinda.

Fue Alamanda la que reunió el valor necesario para preguntar:

—¿Eres Bella?

La recién llegada asintió.

—Y ya sé que vosotras sois Alamanda, Adinda y Maya Dewi.

—Todas somos hijas de Dewi Ayu —contestó Alamanda, y la abrazó sin importarle su rostro monstruoso.

—Os doy mi más sincero pésame por la muerte del único ser querido que os quedaba a las tres —dijo entonces Bella.

Una vez concluida la ceremonia funeraria, fueron todas a casa de Dewi Ayu, donde vivía Bella con Rosinah. La recorrieron, mirando fotos en las que se vieron de pequeñas, mirando fotos de Dewi Ayu y llorando al recordar su difícil pasado. Se habían convertido en una panda de huérfanas abandonadas. Ya solo se tenían las unas a las otras, además del deseo de volver a ser una familia de verdad.

—Mamá volvió, pero no se quedó mucho; se marchó otra vez antes de la muerte de Krisan —explicó Bella.

—Los muertos son así —afirmó Maya Dewi—. Mi marido también volvió, al tercer día de su muerte.

Después, todas siguieron viviendo en sus casas y llevando una existencia pacífica. Para entretenerse, se hacían visitas. Tras aquella primera aparición en el entierro, incluso Bella empezó a animarse a salir a la calle para ir a ver a sus hermanas mayores. Ya no le importaban las miradas ajenas. Llevaba vestidos largos y un velo que le tapaba la cara casi por completo.

Las cuatro mujeres encontraron un gran placer en sus nuevas vidas, tratando de olvidar todas las desgracias que habían sufrido, queriéndose y sintiéndose satisfechas con ese amor. Y así fueron las cosas hasta que

envejecieron; y la gente chismorreaba sobre ellas y las llamaba «la panda de las viudas» cuando se reunían las cuatro.

Pero ellas eran muy felices y se querían mucho.

En el sexto mes de embarazo, Bella tuvo un parto prematuro y su hijo murió sin haber tenido oportunidad de llorar o gritar. Sus hermanas mayores lo enterraron en el jardín, detrás de la casa, con ayuda de la muda Rosinah.

—¿No le has puesto nombre antes de enterrarlo? —preguntó Alamanda.

—Un nombre solo serviría para hacerme sufrir más.

—Por cierto, si me permites la pregunta, ¿de quién era hijo? —quiso saber Adinda.

—Mío y de mi príncipe.

Por supuesto, quedaban muchas cosas por decir entre ellas. No obligaron a Bella a decir quién era aquel hombre al que llamaba su príncipe.

Una vez enterrada la criatura, siguieron adelante con sus vidas, queriéndose y protegiendo unas los secretos de las otras.

Cuando se encontró el cadáver de Rengganis la Hermosa, a Krisan lo atenazó el tremendo miedo de que alguien descubriera finalmente que la había asesinado él. El pavor era aún mayor porque también tenía el cadáver de Ai aún escondido debajo de la cama, mientras Shodancho lo buscaba frenéticamente por todas partes.

Se planteó llevarlo otra vez al cementerio, pero le dio miedo que lo pillaran in fraganti, puesto que, desde que Shodancho se había enterado de que alguien había exhumado los restos de su hija, el camposanto estaba vigilado. Devolver a Ai a su tumba no era una idea nada inteligente, y casi perdió la razón intentando encontrar una forma de hacer desaparecer el cuerpo de debajo de la cama antes de que alguien lo descubriera.

Vivía prácticamente recluso en su cuarto, con la puerta siempre cerrada

con llave y con miedo de que su madre o su abuela entraran y se quedaran intrigadas por el dulce aroma que flotaba en el aire, procedente de debajo de la cama. Hasta barría él mismo la habitación, para que ninguna de las dos mujeres decidiera entrar a limpiar.

Incluso había planeado trocear el cadáver de la mujer que amaba, pues así sería fácil deshacerse de los pedacitos. Hacer de ella comida para perros parecía menos arriesgado que llevarla de vuelta a su tumba. Sin embargo, al ver aquel hermoso rostro, que no se pudría no obstante el tiempo que había pasado desde su muerte, aquel rostro que hacía pensar que estaba simplemente dormida y en algún momento iba a despertarse y a restregarse los ojos, Krisan no se vio capaz. La quería muchísimo y se puso a llorar solo de imaginarse cortándola en pedazos, de modo que ni siquiera tuvo fuerzas para levantar la cuchilla de carnicero que tenía preparada y devolvió a Nurul Aini, aún envuelta en su mortaja, al lugar que ocupaba debajo de la cama.

Estaba al borde de la desesperación, a punto de confesar todos sus pecados, cuando se le ocurrió una idea maravillosa. Era la forma de despedirse por fin de Ai.

Igual que cuando había cogido la barca con Rengganis la Hermosa y el cadáver de Ai, la vistió con su propia ropa. Por la noche, cuando ya se aproximaba el amanecer, se lo echó al hombro y se dirigió a la costa en bicicleta. Robó la misma barca de la otra vez. Llevó el cadáver de Ai hasta alta mar. Y no solo el cadáver, sino también dos piedras enormes, casi el doble de grandes que su cabeza.

Llegó al punto donde había matado a Rengganis la Hermosa cuando ya empezaba el nuevo día. En aquella zona había mucha profundidad, allí no la encontrarían ni los tiburones. Ató el cuerpo de la muchacha a las dos piedras —lloraba a lágrima viva, pero no había más remedio— e hizo nudos tan fuertes que ni los mordiscos de los peces vela habrían podido deshacerlos.

Las piedras pesaban tanto que, al arrojar a Ai al agua, se hundió rápidamente hasta las profundidades del océano y desapareció sin dejar rastro. Shodancho no podría encontrarla por mucho que la buscara.

Krisan emprendió el camino de vuelta muy abatido, aunque por fin en paz. Se cruzó con un pescador que faenaba en solitario y que le hizo una pregunta.

—¿Qué estás haciendo a solas en medio del mar, sin un solo pescado en la barca?

—Me he deshecho de un cadáver —respondió Krisan, con un estremecimiento provocado por el eco de aquella voz, que resonaba contra algo, a saber qué.

—¿Desconsolado por culpa de una chica guapa? Ja. Ja. Ja. Voy a darte un consejo, muchacho: búscate una amante fea. Esas nunca te hacen sufrir.

Cuando se alejó el pescador, que iba en dirección contraria, Krisan siguió pensando en su consejo. Y al llegar al lugar donde había aparcado la minimoto, se dijo: «Puede que sea verdad, puede que me convenga buscarme una amante fea. La más fea del mundo».

Poco después de que Dewi Ayu consiguiera matar al poderoso espíritu malvado, Kinkin se puso a jugar al *jailangkung* ante la tumba de Rengganis la Hermosa. Estaba seguro de que esa vez lograría su objetivo, pues el malhechor que siempre había frustrado sus intentos había sido derrotado. Plantó una efigie en forma de muñeca de madera en la tierra que cubría la sepultura, para que hiciera de médium del espíritu de su amada, y luego se puso a recitar mantras. La muñeca empezó a temblar, señal de que el espíritu

había sido convocado, pero luego se agitó violentamente, señal de que el espíritu se sentía molesto, y estuvo a punto de derrumbarse. Kinkin trató de calmar al espíritu de Rengganis la Hermosa, pero este lo rechazó.

—Idiota, ¿se puede saber qué estás haciendo?

—Invocar a tu espíritu.

—Sí, evidentemente —replicó ella—. Pero escúchame bien: pase lo que pase, jamás podrás casarte conmigo.

—Lo único que quiero es saber quién te mató. Permíteme buscar un resarcimiento en tu nombre y vengar mi amor —dijo Kinkin, postrándose delante de la muñeca de madera, suplicando con todas sus fuerzas.

La muñeca, Rengganis la Hermosa, contestó:

—Aunque vivieras mil años, jamás te diría quién me mató.

—¿Por qué? ¿No quieres que vengue tu muerte?

—No, porque sigo queriéndolo con locura.

—Muy bien, entonces lo mataré y así podréis reuniros en el mundo de los muertos.

—Lo único que pretendes es engañarme.

Y Rengganis la Hermosa desapareció.

Al final, sin embargo, el hombre acabó descubriendo la verdad. No fue gracias al espíritu de su amada, sino a otro, al que no reconoció. Invocó a varios espíritus al azar, convencido de que ya nadie les impediría decir la verdad y de que todos los fantasmas sabían lo que los seres humanos desconocían. Interrogó a uno que parecía viejo y débil, aunque hablaba con una voz bastante potente.

—No tengo la misma fuerza de antes, pero he vuelto, muchacho.

—¿Sabes quién mató a Rengganis la Hermosa? —preguntó Kinkin.

—Pues sí. El que mató a Rengganis la Hermosa fue Krisan. Mávalo, si de

verdad la amas y si tienes valor.

Y así fue como Kinkin mató a Krisan, en el cuarto de Bella, con cinco disparos bien ensayados de una escopeta de aire comprimido.

Después de aquello se pasó siete años encerrado en la cárcel, a merced de todos los sinvergüenzas que allí había. Lo sodomizaban más o menos una vez por semana, lo apaleaban casi a diario, lo obligaban a darles la mitad de sus raciones en todas las comidas y perdió todas las posesiones que había entregado a Kamino durante el tiempo en que estuviera entre rejas. No obstante, a pesar de tanto sufrimiento, era feliz en la cárcel, ya que había llegado allí por una misión de amor verdadero, por haber vengado la muerte de la mujer que había adorado desde la primera vez que la había visto.

Rebajaron su sentencia en un año por buena conducta y quedó libre. Salió al mundo exterior demacrado y ojeroso, con el pelo largo y descuidado y la cara reducida a un saco de huesos y pellejo en el que sobresalían la frente y la mandíbula. Era como un esqueleto andante, pero inhaló el aire con la sensación de ser por fin libre.

Aunque le habían dado ropa y algo de dinero para comida y transporte, se alejó de la cárcel a pie y sin cambiarse, vestido con harapos, como un pordiosero. La ropa que le habían entregado la llevaba doblada en las manos, y el dinero, guardado a buen recaudo en el bolsillo. No quería detenerse en ningún sitio ni perder tiempo. Su único objetivo era volver a casa y asegurarse de que habían enterrado a aquel hombre.

Encontró la tumba de Krisan al lado de la del compañero Kliwon. Su nombre estaba escrito claramente en la lápida, así que no había equivocación posible. Kinkin hizo otra lápida nueva. Tiró la vieja, la que llevaba su nombre, y la sustituyó por otra con una inscripción distinta:

## PERRO (1966-1997)

Durante años, Krisan había dado vueltas a aquella idea de buscarse una amante espantosa. Cuando la encontró, siguió visitando su cuerpo, incluso cuando ya solo era un fantasma. «¿Qué tienen de malo las mujeres feas? —se preguntaba—. Te las puedes follar igual que a las guapas.» Y recordó los rumores sobre la hija de Dewi Ayu, que según la gente era fea, quizá la persona más horripilante sobre la faz de la Tierra. Aunque sabía que Dewi Ayu era su abuela, lo que suponía que aquel adefesio, que según decían se llamaba Bella, era su tía, le daba igual. Ya se había tirado a su prima, ¿qué tenía de malo tirarse a su tía?

Así pues, una noche se fue a casa de su abuela y vio a la muchacha sentada en el porche, como si esperase a alguien. No tenía muy claro cómo abordarla, así que los primeros días se limitó a mirarla al amparo de la oscuridad, antes de volver a casa agotado. Hasta el séptimo día no se atrevió a cruzar el seto que había en un lado del jardín. Cogió una rosa que vio allí, se acercó a Bella y se la ofreció.

—Para ti —dijo—, Bella.

A partir de entonces todo marchó sobre ruedas, hasta que por fin follaron. Follaron. Follaron. Y siguieron follando. Ya no había diferencia, todo era igual. Acostarse con Rengganis la Hermosa o con la espantosa Bella no era demasiado distinto. Todo era lo mismo, todo provocaba que sus genitales se aliviaran. «Me la estoy follando», se decía. Y cuando se enteró de que estaba preñada, no le importó y siguió follándosela, hasta que, un día, ella le preguntó:

—¿Por qué me deseas?

—Porque te amo —contestó él, sin saber si era sincero o no.

—¿Amas a una mujer espantosa?



—Sí.

—¿Y por qué?

Como el porqué siempre es difícil de explicar, el hombre no contestó. Solo podía responder al cómo, y eso era fácil. Para demostrarle su amor, siguió acariciándola; le daba igual lo fea que fuera, lo repugnante que fuera, lo aterradora que fuera. Todo encajaba, había encontrado un placer que no tenía casi nada que ver con los que había experimentado antes. Sin embargo, Bella no dejaba de atosigarlo, cada vez que hacían el amor, preguntándole lo mismo: por qué. Krisan permanecía en silencio. Aunque sabía la respuesta, no quería decirla. Sin embargo, la noche antes de que lo mataran, por fin contestó.

Y aquí tienen ustedes una última confesión:

—Porque la belleza es una herida.

## **Una saga familiar marcada por el sexo, la brutalidad y un destino trágico que correrá paralelo a la historia reciente de su país, Indonesia.**



Dewi Ayu, una bella prostituta dada por muerta veinte años antes, aparece en medio del paisaje bélico y de tumultuosa inestabilidad política de la Indonesia del siglo XX. Esta inesperada reaparición es el punto de partida para la narración de su vida.

Dewi siempre supo cómo tratar a los hombres, y su fama de buena amante y de mujer hermosa la obligaron a tomar decisiones drásticas que cambiarían la vida de sus cuatro hijas.

***La belleza es una herida* es la historia de una mujer hermosa que supo gobernar su belleza y la de su país, Indonesia.**

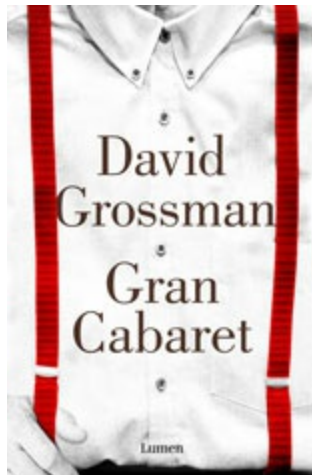
**Eka Kurniawan** nació en Tasikmalaya (Indonesia) en 1975. Estudió Filosofía en la universidad Gadjah Mada y desde entonces se ha dedicado a la escritura. Su obra incluye novelas gráficas, ensayos y colecciones de cuentos, y su primer éxito internacional fue la publicación en 2002 de *La belleza es una herida*, esta espléndida novela que la crítica comparó con *Cien años de soledad*. Este título ha sido traducido a más de treinta idiomas.

Tras este debut extraordinario, Kurniawan publicó *Man Tiger* en 2004, *Vengeance Is Mine, All The Others Pay Cash* en 2014 y otro texto titulado *O*, publicado en Malasia en 2016 con gran éxito de público y crítica.



Lumen recomienda

Jennifer Clement | Ladydi



Jeanette Winterson

El mundo  
y otros lugares



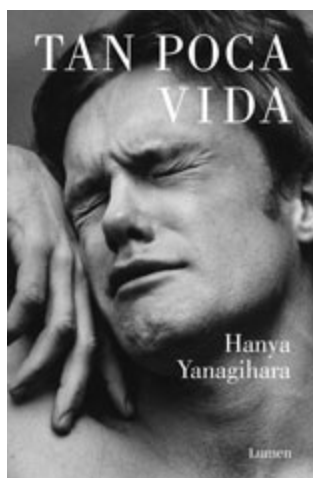
Lumen

Jeannette Winterson

El  
hueco  
del  
tiempo



Lumen



Hanya  
Yanagihara

Lumen

Jill Alexander Essbaum



La buena esposa



Lumen

Título original: *Beauty Is a Wound (Cantik Itu Luka)*

Edición en formato digital: octubre de 2017

© 2002, Eka Kurniawan

© 2017, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2017, Carlos Mayor Ortega, por la traducción

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial

Ilustración de portada: © Ana Yael

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-264-0439-8

Composición digital: M.I. Maquetación, S.L.

[www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)

| Penguin  
| Random House  
| Grupo Editorial |

# Índice

La belleza es una herida

Preludio

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Sobre este libro

Sobre Eka Kurniawan

Lumen recomienda

Créditos